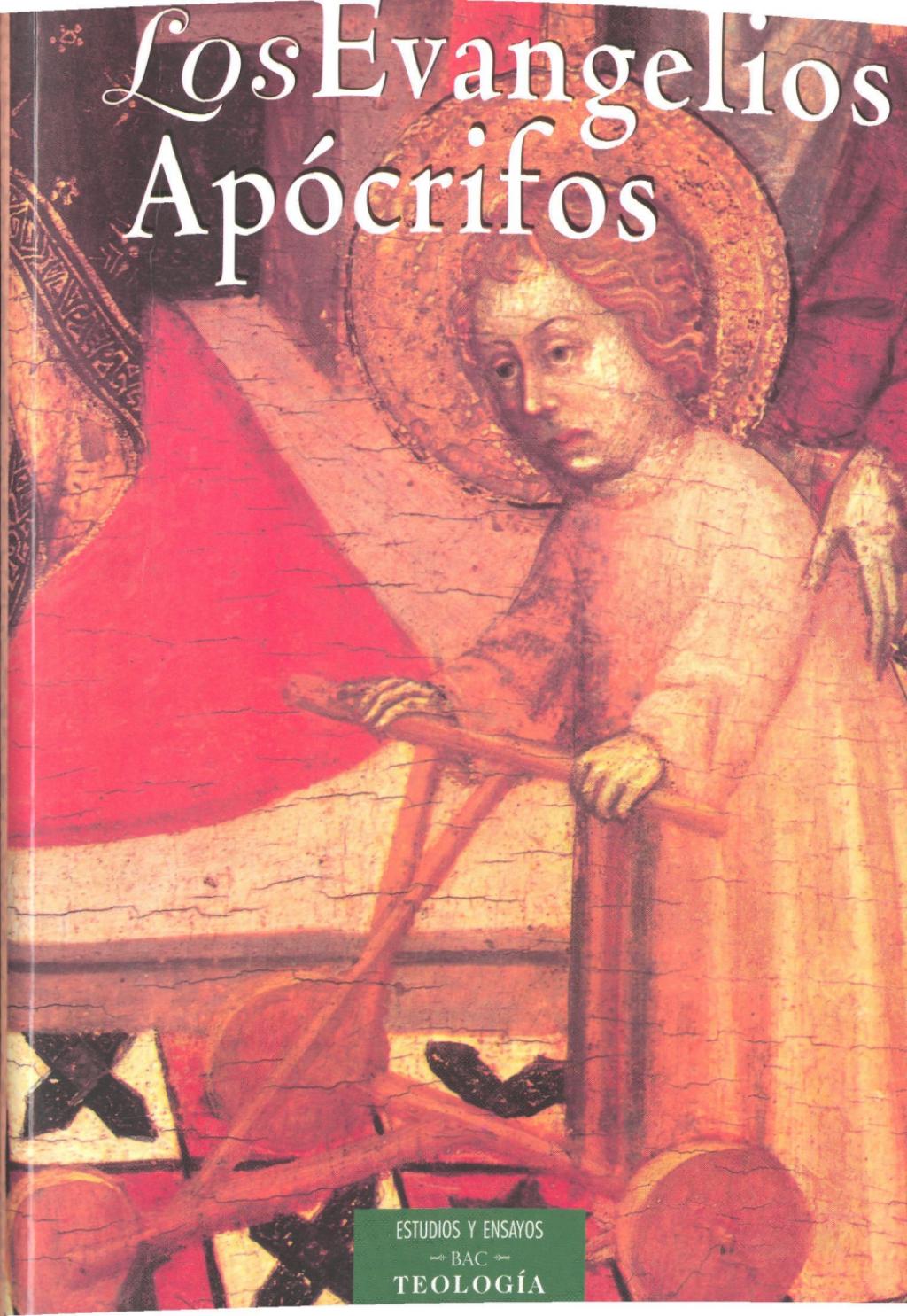


Los Evangelios Apócrifos



ESTUDIOS Y ENSAYOS
BAC
TEOLOGÍA

LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS

ESTUDIOS INTRODUCTORIOS
Y VERSIÓN DE LOS TEXTOS ORIGINALES POR

Aurelio de Santos Otero

LICENCIADO EN TEOLOGÍA, DOCTOR EN FILOLOGÍA ESLAVA Y ORIENTAL

CUARTA IMPRESIÓN

ESTUDIOS Y ENSAYOS
- BAC -
TEOLOGÍA

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2005

Primera edición: octubre de 2001

Segunda impresión: julio de 2002

Tercera impresión: mayo de 2004

Cuarta impresión: mayo de 2005

ÍNDICE GENERAL

Págs.

ABREVIATURAS DE LAS OBRAS MÁS CITADAS	IX
INTRODUCCIÓN GENERAL	XI
CATÁLOGOS DE APÓCRIFOS NEOTESTAMENTARIOS	XIX
EVANGELIOS APÓCRIFOS TARDÍOS	XXVII

I. Textos fragmentarios	3
A) <i>Evangelios apócrifos perdidos</i>	5
1. Evangelio de los Hebreos y de los Nazarenos	5
2. Evangelio de los Doce o de los Ebionitas	16
3. Evangelio de los Egipcios	20
4. Evangelio o Tradiciones de Matías	23
5. Otros evangelios apócrifos perdidos	25
B) <i>Fragmentos papiráceos</i>	29
1. « <i>Logia</i> » de Oxyrhynchus	29
2. Fragmento evangélico de Oxyrhynchus	33
3. Fragmento gnóstico de Oxyrhynchus	34
4. Fragmento evangélico de Fayum	35
5. Fragmento de El Cairo	35
6. Fragmento evangélico de Egerton	36
7. Evangelio de María Magdalena	39
8. Papiros coptos de Estrasburgo	41
C) <i>«Agrapha»</i>	45
1. « <i>Agrapha</i> » canónicos extraevangélicos	47
2. Variantes de los manuscritos evangélicos	48
3. « <i>Agrapha</i> » citados por los Padres	49
4. « <i>Agrapha</i> » de origen musulmán	51
II. Apócrifos de la Natividad	55
1. Protoevangelio de Santiago	57
2. Evangelio del Pseudo Mateo	75
3. Extractos del « <i>Liber de infantia Salvatoris</i> »	109
III. Apócrifos de la Infancia	119
1. Evangelio del Pseudo Tomás	121
2. Evangelio árabe de la Infancia	137
3. Historia de José el carpintero	167
4. Evangelio armenio de la Infancia	185

Ilustración de portada: Pintura de autor anónimo catalán (detalle), hacia 1400

Diseño: BAC

	Pages
IV Apócrifos de la pasión y resurrección	
1 Evangelio de Pedro [Fragmento de Akhmím]	193
2 Ciclo de Pilato	195
A) Evangelio de Nicodemo/Actas de Pilato	205
B) Escritos complementarios	246
a) Carta de Poncio Pilato a Tiberio	246
b) Carta de Tiberio a Pilato	247
c) Relacion de Pilato («Anaphora»)	249
d) Correspondencia entre Pilato y Herodes	253
e) Tradicion de Pilato	256
f) Muerte de Pilato	260
g) Declaracion de Jose de Arimatea	263
h) Venganza del Salvador («Vindicta»)	270
i) Sentencia de Pilato	281
3 Evangelio de Bartolome	285
V Apócrifos asuncionistas	
1 Libro de San Juan Evangelista (el Teologo)	303
2 Libro de Juan, arzobispo de Tesalonica	307
3 Narracion del Pseudo Jose de Arimatea	323
	343
VI Cartas del Señor	
1 Correspondencia entre Jesus y Abgaro	353
2 La Carta del domingo	355
	361
VII Apócrifos gnósticos de Nag Hammadi	
1 Evangelio de Tomas	367
2 Evangelio de Felipe	369
	387
	413

INDICES DE TEXTOS

ABREVIATURAS DE LAS OBRAS MÁS CITADAS

- Craveri = MARCELLO CRAVERI, *I Vangeli Apocrifi* (Turin 51969)
 Erbetta = MARIO ERBETTA, *Gli Apocrifi del Nuovo Testamento* I-1/2 (Turin 1975, 1981)
 Geerard = MAURITIUS GEERARD, *Clavis Apocryphorum Novi Testamenti* (Turnhout 1992)
 McNamara = MARTIN McNAMARA, *The Apocrypha in the Irish Church* (Dublin 1975)
 Moraldi = LUIGI MORALDI, *Apocrifi del Nuovo Testamento* I-II (Turin 1971, 21986)
 Santos Otero, *Die handschriftliche Überlieferung der altslavischen Apokryphen*, I-II (Berlin 1978, 1981)
 Santos Otero, *Los evangelios apócrifos* = AURELIO DE SANTOS OTERO, *Los evangelios apócrifos* (Madrid 1956, 101999)
 Schneemelcher = WILHELM SCHNEEMELCHER, *Neutestamentliche Apokryphen*, I-II (Tubinga 61990, 61997)
 Starowieyski = MAREK STAROWIEYSKI, *Apokryfy Nowego Testamentu* (Lublin 1986)
 Stegmüller-Reinhardt = FRIDERICUS STEGMÜLLER, adiuvante NICOLAO REIN HARDT, *Repertorium Biblicum Medu Aevi*, VIII *Supplementum* (Madrid 1976)
 Tischendorf = CONSTANTINUS DE TISCHENDORF, *Evangelia apocrypha* (Lipsiae 21876, Hildesheim 1987)
 Wilson = ROBERT McLACHLAN WILSON, «Apokryphen II», en *Theologische Realenzyklopädie*, III (Berlin 1978) 316-362

INTRODUCCIÓN GENERAL

A diferencia de otros fundadores de religiones, Jesús no dejó a la posteridad nada escrito. Su mensaje fue exclusivamente oral y se dirigió a todos los que quisieron oírle, especialmente al círculo restringido de sus apóstoles y discípulos, quienes a su vez lo transmitieron por la predicación a las primeras comunidades cristianas.

Es a partir de la mitad del siglo I cuando este mensaje oral empieza a cristalizarse en la forma escrita que conocemos como evangelios. Dos de ellos —los de San Mateo y San Juan— fueron escritos por testigos directos de la predicación de Jesús; los otros dos —los de San Marcos y San Lucas— por testigos indirectos, que para ello recabaron la información de otros apóstoles. Cada uno de estos evangelios fue escrito, además, para comunidades distintas (cristianos de procedencia judía, gentil o helenística), sin que por lo general traspasaran —en punto a utilización y conocimiento— los límites de esas comunidades hasta mucho tiempo después: sólo a finales del siglo II tenemos constancia por el testimonio de Ireneo de Lyon (*Adv. haeres. III 11,8*) de la validez general de los cuatro evangelios.

No es extraño que, en un tiempo en que para los cristianos no existía otra «Escritura» de referencia que el Antiguo Testamento, el mensaje de Cristo —transmitido oralmente por apóstoles y discípulos— se manifestara de muy diversas formas en la tradición oral y escrita, proliferando esta última a medida que iban desapareciendo los primeros testigos. De ello deja constancia San Lucas en el prólogo a su evangelio: «Puesto que ya muchos han intentado escribir la historia de lo sucedido entre nosotros, según que nos ha sido transmitida por los que, desde el principio, fueron testigos oculares y ministros de la palabra...» (Lc 1,1-2).

De esta simbiosis entre tradición oral y escrita surgieron a finales del siglo I y sobre todo en el decurso del II —al margen o dependientes de los cuatro evangelios— numerosos escritos de mayor o menor extensión que recogían dichos y sentencias dispersas de Jesús (*logia* y *agrapha*) y que en algunos casos llegaron a adoptar la forma de «evangelios». Así tenemos el evangelio *de los Hebreos, de los Nazare-*

nos, de los Egipcios, etc. De esta literatura que hoy llamaríamos «extra-canónica», pero no «apócrifa» en el sentido que esta palabra adquirió después, nos han quedado restos en papiros de gran antigüedad y numerosas referencias en autores del siglo III y IV. Así sabemos que tanto la comunidad judeo-cristiana de los *Nazarenos* en Berea como la de los *Hebreos* (en Egipto?) utilizaban un evangelio propio —que en el fondo era el texto *hebreo* de San Mateo, no la versión griega, considerada como canónica, que ha llegado hasta nosotros— en el que San Jerónimo encontraba en el siglo IV no pocas discrepancias con respecto al «textus receptus». Tales evangelios reflejaban a veces, como en el caso de los *Ebionitas*, tendencias especiales de acuerdo con la manera de vivir aislada de las correspondientes comunidades y se mantuvieron en vigor solamente mientras éstas existieron. Hubo otras, sin embargo —como las de Siria—, que desde el siglo II hasta el V no admitieron el texto separado de los cuatro evangelios, sino la adaptación (*Diatessaron*) que hizo Taciano en el siglo II, sirviéndose de éstos y de otras fuentes hoy difícilmente identificables.

Este estado de cosas cambió bruscamente al irrumpir con fuerza las corrientes gnósticas en el siglo II y las maniqueas en el III, a la vez que el Canon de los libros del Nuevo Testamento —apenas esbozado hasta entonces— iba adquiriendo consistencia y perfilándose como norma de fe. Es en estas circunstancias en las que se generaliza el concepto de «apócrifo», aplicado al principio en el sentido de *oculto, misterioso*. Así titulaban algunas veces los gnósticos sus propias producciones literarias (por ejemplo, el *Apócrifo de Juan*), y así consideraban ellos mismos el mensaje que con ellas transmitían: una revelación secreta, dirigida a un reducido número de elegidos, iniciados en la Gnosis. Sin embargo, para facilitar su penetración en el ambiente cristiano, se presentaba con frecuencia a estos «libros secretos» bajo la forma de *evangelios* y se les atribuía la autoría de un apóstol.

Un ejemplo típico de este proceder es el *Evangelio gnóstico de Tomás* (siglo II), descubierto a mediados del siglo XX en la biblioteca hallada en Nag Hammadi. El autor recoge en este escrito una gran cantidad de *logia* o dichos de Jesús, la mayor parte de los cuales se encuentran también, sin grandes discrepancias, en los evangelios sinópticos.

El autor no necesita en este caso introducir cambios sustanciales en el texto evangélico para difundir su mensaje, pues ya advierte desde el principio que se trata de palabras *secretas* pronunciadas por

Jesús y anotadas por Tomás, y que sólo el que encuentre el *verdadero sentido* de ellas se librará de la muerte. Esta ambivalencia hermenéutica será pronto sustituida por verdaderos tratados de alta Gnosis, que también se presentan como «evangelios» (por ejemplo, el *Evangelio de la Verdad*) y se amparan en la autoridad de un apóstol (por ejemplo, el *Evangelio de Felipe*).

La proliferación de esta clase de literatura «pseudoepígrafa» fue extraordinaria en lo que concierne a los evangelios, pero pronto se extendió también a otros géneros literarios relacionados con los apóstoles en el plano histórico, epistolar y apocalíptico.

Tampoco quedó reducida esta proliferación al sector heterodoxo, como el de los gnósticos o maniqueos. Con el intento de aclarar ciertos puntos oscuros en la tradición evangélica (por ejemplo, el que se refiere a la virginidad de María y a los «hermanos» de Jesús), y de satisfacer la curiosidad general por conocer más detalles acerca de la infancia de éste, surgió ya a fines del siglo II bajo el título de *Historia de Santiago* uno de los apócrifos que han ejercido mayor influencia en la posteridad, el llamado «Protoevangelio de Santiago». No sólo fue en su tiempo un verdadero *best-seller*, como lo acredita la cantidad inmensa de manuscritos en que ha llegado hasta nosotros (tanto en su original griego como en sus múltiples versiones antiguas), sino que dio origen a muchas otras narraciones apócrifas inspiradas en él. Igualmente «pseudoepígrafas» son muchas otras composiciones relacionadas con diversos temas (por ejemplo, el *Evangelio de Nicodemo* en el ciclo de la pasión y el *Libro de Juan evangelista* entre las narraciones relativas a la asunción de María), que han gozado en todo tiempo de una aceptación parecida a la del Protoevangelio.

La multiplicación de escritos pseudoepígrafos —tanto en el sector heterodoxo como en el ortodoxo— influyó notablemente en la formación del Canon del Nuevo Testamento, ya que con su presencia evidenciaban tales escritos la necesidad de fijar un «canon» de los libros que se consideraban como portadores auténticos de la revelación (evangelios, epístolas, hechos de los apóstoles, apocalipsis), y de excluir todos aquellos que usurpaban el nombre y la autoridad apostólica para difundir sus propias ideas. Este proceso fue largo y no exento de contradicciones, hasta que en el siglo IV quedó definitivamente fijado en 27 el número de libros que integran el Nuevo Testamento.

La exclusión de toda la literatura marginal que esta definición llevaba consigo introdujo un nuevo significado en el término de «apócrifo», que desde entonces se utilizó en el sentido de «escrito espurio», «no auténtico» como contrapartida a lo «canónico». Esto no supuso una condenación oficial de los libros apócrifos —ya que incluso el *Decretum Gelasianum* parece haber sido obra de un particular—, pero sí dio origen a toda una serie de catálogos de apócrifos neotestamentarios, de la que ofrecemos una detallada relación en el apartado siguiente.

Leyendo estas listas, se echa de ver que una buena parte de los escritos incriminados hoy apenas son identificables. Esto puede deberse en parte a la inseguridad de los títulos aducidos, pero en la mayoría de los casos significa que los textos correspondientes han desaparecido. Tal pérdida —más que consecuencia de una persecución sistemática por parte de la Iglesia oficial— es la suerte que ha corrido gran parte del legado de la antigüedad, cuya existencia hoy sólo podemos constatar a base de citas y referencias de segunda mano.

El número de apócrifos que ha llegado hasta nosotros en estado fragmentario o completo, ya en su lengua original, ya en versiones y reelaboraciones posteriores, es muy considerable. Por otra parte, el influjo palpable que esta literatura sigue ejerciendo en muchos aspectos de la vida religiosa y cultural es un argumento más en favor de su pervivencia a través de los siglos.

Es en el mundo oriental donde se forjaron la mayor parte de estas leyendas y donde mejor se han conservado hasta nuestros días. A ello han contribuido factores externos —como la falta del Renacimiento en los respectivos países y de las secuelas que este fenómeno cultural tuvo en Occidente—, pero también las características del cristianismo en estas regiones. El hecho, por ejemplo, de que la Iglesia bizantina no tuviera inconveniente en incorporar a sus libros litúrgicos textos apócrifos de mayor o menor extensión garantizó la pervivencia de éstos en su lengua original *griega* y su difusión por medio de traducciones en las amplias áreas culturales del Oriente Próximo en que ejerció su influencia.

Una de las regiones más fecundas en leyendas apócrifas fue, a no dudarlo, Siria. Es posible que su situación geográfica —marginal respecto al centro del cristianismo primitivo— y su proximidad con Irán, de donde dimanaron las corrientes dualistas que en el siglo III cristalizaron en el maniqueísmo, fueran circunstancias favorables para ello. En *siríaco* se escribieron a principios del siglo III los *Hechos*

apócrifos de Tomás, uno de los primeros libros de aventuras de aquella época, y del siríaco tradujo al griego Eusebio de Cesarea, un siglo después, una de las leyendas más antiguas y más conocidas: la correspondencia epistolar entre Jesús y el rey Abgaro de Edesa.

Armenia figura como una de las regiones que más se beneficiaron de la producción literaria en lengua siríaca, ya que de esta lengua y del griego se hicieron a partir del siglo IV numerosas traducciones. El hecho de que en lengua *armenia* se haya conservado una cantidad muy importante de apócrifos —traducciones y reelaboraciones posteriores— se debe sobre todo a la independencia cultural que este pueblo ha sabido mantener ininterrumpidamente a través de los siglos.

Un caso especial en la recepción, conservación y propagación de la literatura apócrifa es Egipto, quizás por su proximidad con Palestina y por las hondas raíces que ya desde antiguo había echado el helenismo en este país. No se trata sólo de los innumerables textos papiroáceos que se han ido descubriendo en las arenas del desierto: la biblioteca gnóstica de Nag Hammadi, descubierta a mediados del siglo XX, es —con sus 13 volúmenes— un buen exponente en este sentido. El interés de los antiguos egipcios por la vida de ultratumba continuó vigente en los cristianos de esta región, los *coptos*, y se manifestó, entre otras cosas, en el desarrollo de la literatura apócrifo-apocalíptica (por ejemplo, el *Apocalipsis de Pedro*) y en algunas leyendas apócrifas de la Infancia (como la *Historia de José el carpintero*). En copto se ha conservado asimismo buena parte de la literatura *gnóstica*, traducida de originales griegos hoy perdidos. Una característica de los apócrifos coptos es su tendencia a reelaborar y ampliar los modelos originales —en su mayoría griegos— exagerando hasta el extremo el lado milagroso. En una concatenación de episodios, dominados por la fantasía, salta a la vista con frecuencia (especialmente tratándose de los *Hechos apócrifos de los apóstoles*), la sustitución del marco original de la acción por un ambiente más en consonancia con aquel en que vivían inmersos los cristianos coptos. Tributaria en gran parte de la copta es la literatura apócrifa *etiópe*, que aporta una gran abundancia de textos. Si bien éstos han llegado hasta nosotros con frecuencia en manuscritos muy recientes, son muchas veces un punto de referencia obligado, cuando se trata de apócrifos cuyo original se ha perdido. Entre los del Antiguo Testamento es el *Libro de Henoc etiópico* uno de los textos fundamentales.

Al margen de los apócrifos conservados en *georgiano* y en *árabe* (tributarios respectivamente de originales en su mayoría griegos y coptos), merecen mención especial los que han llegado hasta nosotros en versiones eslavas. *Eslavo antiguo* es la lengua literaria que se formó en vastas regiones del Sur y del Este de Europa, al entrar en contacto a partir del siglo IX con la civilización bizantina, y adoptar el alfabeto cirílico-glagolítico que introdujeron los misioneros Cirilo y Metodio. A diferencia de los eslavos occidentales —expuestos al influjo de la cultura latina—, asumieron los eslavos del Este (búlgaros, serbios, rusos, ucranianos principalmente), el legado cultural de Bizancio y tradujeron a su lengua gran parte de la literatura apócrifa que por entonces estaba en uso en Constantinopla. Ésta se ha conservado en una gran cantidad de manuscritos de diversas épocas.

Frente a otras literaturas, en que los originales han sido sometidos a importantes reelaboraciones y adaptaciones, los apócrifos eslavos se distinguen por una fidelidad extraordinaria a sus modelos griegos. Lo cual constituye una preciosa ayuda para la crítica textual en aquellos casos en que la tradición manuscrita griega de que disponemos acuse deficiencias. Un ejemplo interesante de este fenómeno lo ofrece el texto *eslavo* del Evangelio de la Infancia de Tomás, cuya traducción castellana ofrecemos por primera vez en esta obra.

En Occidente no encontró la literatura apócrifa un terreno tan abonado para su difusión como en Oriente, pero su presencia es inegable. Conocidas son las reservas de escritores como San Jerónimo frente a ella, quien, sin embargo, no tenía reparo en citar con cierta veneración el *Evangelio de los Hebreos*, que afirma haber traducido él mismo del hebreo al griego y al latín (*De viris ill. 2*). Las duras condenaciones del papa Inocencio I y de Toribio de Astorga en el siglo V tienen como objeto principalmente los *Hechos apócrifos de los apóstoles* que este último relacionaba con la secta de los Priscilianistas en España. Del amplio catálogo de apócrifos que presenta en latín el *Decretum Gelasianum* en el siglo VI puede deducirse que buena parte de ellos (evangelios, hechos de los apóstoles, epístolas, apocalipsis) existían ya por esas fechas en versiones latinas.

Estas versiones en casos concretos eran verdaderas reelaboraciones de los modelos griegos. Tal es el caso del *Evangelio del Pseudo Mateo*, que recoge leyendas procedentes no sólo del *Protoevangelio*, sino también de otros apócrifos de la Infancia, por ejemplo del *Evangelio de Tomás*. A esto añade muchos otros detalles de su propia cosecha, como son las profecías «*ex eventu*» (presencia del *buey* y el *asno* en la

natividad, según Is 1,3), vida casi «conventual» de María antes y después de la anunciaciόn, etc. Relacionadas o no con el *Pseudo Mateo* existe toda una serie de reelaboraciones latinas en torno a la Natividad y la Infancia que testimonia la presencia de estas y otras leyendas apócrifas en Occidente hasta ser asumidas y ampliamente difundidas por obras como la *Legenda aurea* de Jacobo de Voragine o el *Speculum historiale* de Vicente de Beauvais en el siglo XIII.

En otros casos las versiones latinas están acreditadas por manuscritos de gran antigüedad como lo es el palimpsesto de Viena [Vindob. 563] del siglo V en relación con el *Evangelio de Nicodemo*. Sin la abundancia de códices latinos del *Apocalipsis de Pablo* sería difícil tanto recomponer el original griego —que nos ha llegado sólo en forma abreviada— como explicarse el influjo de la literatura apocalíptica en obras tan decisivas del Renacimiento como la *Divina Comedia*.

Un capítulo muy interesante, que en gran parte queda por estudiar, es el influjo de la literatura apócrifa latina en las incipientes literaturas vernáculas de Occidente. En los casos en que este estudio se ha hecho a fondo —como es el *irlandés*— los resultados son sorprendentes.

Un campo en que la literatura apócrifa ha ejercido su influjo sin barreras lingüísticas o geográficas es el de la iconografía religiosa, tanto en Oriente como en Occidente. Es aquí donde los apócrifos continúan llevando una vida soterrada, pero real, ya que la costumbre de contemplar repetida e irreflexivamente ciertas escenas y ciertos símbolos impide muchas veces descubrir el trasfondo legendario que las inspiró. Quizá pueda ayudar este libro a descorrer el velo.

Del conjunto de *apócrifos neotestamentarios* —evangelios, hechos de los apóstoles, cartas, apocalipsis— ofrecemos aquí sólo los primeros, según los criterios expuestos en la obra *Los evangelios apócrifos*, edición crítica y bilingüe (BAC, Madrid 101999). De esta misma obra procede la mayor parte de las traducciones, dejando para los lectores interesados los textos originales, la amplia bibliografía y los numerosos comentarios de todo tipo que allí pueden encontrar. En esta edición nos contentamos con ofrecer escuetamente los textos apócrifos en versión castellana, acompañados, eso sí, de introducciones de nuevo cuño y de una bibliografía completamente actualizada.

CATÁLOGOS DE APÓCRIFOS NEOTESTAMENTARIOS

El largo proceso de gestación que tuvo el Canon del Nuevo Testamento desde los comienzos de su formación hasta llegar al siglo IV —en que San Atanasio da la lista definitiva de los 27 libros que lo integran (*Carta festal 39*, del año 367)— no puede comprenderse del todo sin tener en cuenta el influjo que en este proceso ejerció la literatura apócrifa. El hecho de que ya en el siglo II aparezcan escritos semejantes en su nombre y en su forma literaria a los que tradicionalmente se consideraban como los auténticos portadores del mensaje de Cristo y de sus inmediatos sucesores, pero con un contenido distinto —no pocas veces condicionado a teorías filosóficas ajenas al cristianismo, como es el caso de la literatura gnóstica—, provocó en algunos escritores eclesiásticos la necesidad de denunciar en casos concretos estas falsificaciones y a la vez de fijar definitivamente el canon de los libros auténticos. Un ejemplo significativo de esta actitud lo ofrece a finales del siglo II Ireneo de Lyon en su obra fundamental *Desenmascaramiento y refutación de la falsa Gnosis*, en que, entre otras obras gnósticas, cita el «evangelio de la Verdad» (*Adv. haeres.* III 11,9).

También de finales del siglo II data con toda probabilidad el famoso *Fragmento Muratoriano*. En él se da una lista de los libros del Nuevo Testamento considerados como auténticos y a continuación se añade: «Circulan, además, una *epístola a los Laodicenses* y otra a los *Alejandrinos* falsificadas bajo el nombre de Pablo, para favorecer a la herejía de Marción, y algunas otras que no pueden recibirse en la Iglesia católica, porque no conviene mezclar la miel con la miel» (lín. 63-67).

Hay que esperar, sin embargo, hasta el siglo III para encontrar un elenco de libros apócrifos frente a la lista que se presenta cada vez más nítida de los canónicos. Se debe a Orígenes en su primera homilía a San Lucas (ver texto n.1). Este breve elenco de Orígenes es asumido y utilizado por escritores posteriores como Eusebio de Cesarea, San Jerónimo, Beda, etc.

Después de la consolidación definitiva del canon en el siglo IV no declina el interés por catalogar las obras que quedan fuera de él. A principios del siglo V envía el papa Inocencio I una carta a Exuperio, obispo de Toulouse, en que reprimina ciertos escritos atribuidos a Matías, Santiago, Pedro, Juan, Andrés y Tomás (ver texto n.2). Se trata probablemente en su mayor parte de *Hechos apócrifos de los apóstoles*. A esta clase de escritos se refiere de manera más concreta *Toribio de Astorga*, también en el siglo V, en su carta a Idacio y Ceponio (texto n.3), atribuyéndoles origen maniqueo o priscilianista.

En el siglo VI cita *Timoteo Presbítero*, en un recuento de obras maniqueas, los *evangelios* de Tomás y de Felipe, así como los *Hechos* de Andrés (ver texto n.4). Pero es con el *Decreto Gelasiano* con el que a partir de esta época tenemos el catálogo de apócrifos más completo que existe (texto n.5).

Se presenta este escrito con la pretensión de ser el proceso verbal de un concilio convocado por el papa Dámaso (366-384) para regular materias de fe. Está dividido en cinco capítulos, de los que el II ofrece un elenco de los libros canónicos y el V una lista de escritos «apócrifos» en el sentido más amplio de esta palabra. Dejando a salvo la unidad literaria de este «Decreto», quedan por esclarecer otros puntos tocantes a su carácter y fecha de composición.

Además de Dámaso, figuran en algunos códices el papa Gelasio (492-496) y en otros el papa Hormisdas (514-523) como autores. Por incongruencias con su contenido hay que descartar a estos personajes de la autoría, resultando mucho más probable que fuera un compilador privado el que se amparase en la autoridad y competencia del papa Gelasio para dar nombre a su composición.

Ésta recoge una gran cantidad de datos procedentes de diversas fuentes —por ejemplo, San Jerónimo, San Agustín, la carta ya citada de Inocencio I a Exuperio (texto n. 2), etc.— y tiene la ventaja de que cataloga no solamente apócrifos de origen gnóstico o maniqueo, como sus precedentes, sino también otros escritos que —sin dejar de ser apócrifos— eran utilizados y leídos comúnmente en el seno de la Iglesia, tales como los reseñados en los números 15, 16, 29, etc. Fuera de San Isidoro de Sevilla (560-636), que sí parece haber utilizado el *Decretum Gelasianum*, no aparecen hasta el siglo VIII testimonios explícitos que acrediten la antigüedad de este documento. Lo más probable es que su composición date de principios del siglo VI (ver E. von Dobschütz, *Das Decretum Gelasianum de libris recipiendis et non recipiendis* [Texte u. Untersuchungen 38,4], Leipzig 1912).

Como apéndice a la supuesta *Chronographia* de Nicéforo I, Patriarca de Constantinopla (806-815), aparece la llamada *Stichometria de Nicéforo*, una lista de apócrifos que se distingue de las demás porque indica al margen las líneas (*stichoi*) que comprendía cada una de las obras catalogadas (texto n.6). No es posible dilucidar hasta qué punto esta *Stichometria* es anterior al siglo IX.

En el c.76 de la *Synopsis Scripturae sacrae*, falsamente atribuida a San Atanasio, se encuentra una *Synopsis* (texto n.7) en que se catalogan como «discutidas» (*antilegomena*) seis obras distintas: la mayor parte son apócrifas.

Al siglo VII pertenece finalmente la famosa *Lista de los 60 libros* (texto n.8). Los «sesenta libros» son los de toda la Biblia. Los que se especifican al margen son considerados como «apócrifos».

1. Orígenes († 254)

La Iglesia tiene cuatro evangelios, la herejía muchísimos: uno de los cuales se titula *según los Egipcios*, otro *según los Doce Apóstoles*. Incluso Basílides se atrevió a escribir un *evangelio* y a titularlo con su propio nombre [...]. Conozco también un evangelio que se denomina *según Tomás* y *según Matías*: y sabemos de muchos otros más (*Hom. I in Lc.*).

2. Inocencio I (402-417)

Los demás [escritos] que corren bajo el nombre de *Matías* o *Santiago el Menor*, o *Pedro* y *Juan* compuestos por un tal Leucio (o bien bajo el nombre de *Andrés*, debidos a la pluma de los filósofos Xénocarís y Leónidas), o bajo el nombre de *Tomás*, y si hubiera alguno más: sabrás que todos ellos han de ser no sólo rechazados, sino también condenados (*Epist. ad Exsuperium episc. Tolosanum* a.405).

3. Toribio de Astorga († 480)

Ante todo hay que tener en cuenta y condenar de manera especial aquello que se narra en los *Actos* llamados de *Tomás*, es decir, que éste no bautizaba con agua —de acuerdo con la predicación del Se-

ñor—, sino sólo con óleo [...]. La cual herejía [la de los Maniqueos] ha de ser condenada, ya que a sus autores, con Manes a la cabeza, y a los discípulos de éste se debe la composición o falsificación de todos los libros apócrifos, particularmente de los *Actos* llamados de *Andrés*, o de aquellos que llevan el nombre de *San Juan* —que escribió Leucio con su boca sacrilega— o de los de *Santo Tomás* y de otros parecidos. Buscando apoyo en éstos... —y sobre todo en aquel libro especialmente blasfemo que se titula *Memoria apostolorum*— pretenden [los Maniqueos y Priscilianistas] dar fundamento a todas sus herejías (*Epis. ad Idacium et Ceponium episcopos, de non recipiendis in auctoritatem fidei apocryphis scripturis et de secta Priscillianistarum c.5*).

4. Timoteo presbítero (s.VI)

Escritos maniqueos:

1. El evangelio vivo.
2. El tesoro de la vida.
3. El colegio apostólico.
4. El [libro] de los misterios.
5. Los siete tratados del Irracional.
6. El [libro] de las preces.
7. El [libro] de los capítulos.
8. Tratado de los gigantes.
9. Evangelio según Tomás.
10. Evangelio según Felipe.
11. Hechos del apóstol Andrés.
12. La decimoquinta carta a los de Laodicea.
13. Libro de la infancia del Señor, compuesto por ellos para demostrar que la encarnación fue pura apariencia, no verdadera (*Tract. de iis qui ad Ecclesiam accedunt*).

5. Decretum Gelasianum (s.VI)

1. Viajes a nombre del apóstol Pedro, llamados libros de San Clemente, nueve en total [= *Recognitiones Ps.-Clementinae*].
2. Hechos a nombre del apóstol Andrés, apócrifos.
3. Hechos a nombre del apóstol Tomás, apócrifos.

4. Hechos a nombre del apóstol Pedro, apócrifos.
5. Hechos a nombre del apóstol Felipe, apócrifos.
6. Evangelio a nombre de Matías, apócrifo.
7. Evangelio a nombre de Bernabé, apócrifo.
8. Evangelio a nombre de Santiago el Menor, apócrifo.
9. Evangelio a nombre del apóstol Pedro, apócrifo.
10. Evangelio a nombre de Tomás, del que se sirven los Maniqueos, apócrifo.
11. Evangelios a nombre de Bartolomé, apócrifos.
12. Evangelios a nombre de Andrés, apócrifos.
13. Evangelios falsificados por Luciano, apócrifos.
14. Evangelios falsificados por Hesiquio, apócrifos.
15. Libro sobre la infancia del Salvador, apócrifo.
16. Libro sobre la natividad del Salvador, y sobre María y la comadrona, apócrifo.
17. Libro llamado del Pastor [de Hermas?], apócrifo.
18. Todos los libros que compuso Leucio, discípulo del diablo, apócrifos.
19. Libro llamado el Fundamento, apócrifo.
20. Libro llamado el Tesoro, apócrifo.
21. Libro acerca de las hijas de Adán, el Leptogénesis, apócrifo.
22. Centón acerca de Cristo, compuesto en versos de Virgilio, apócrifo.
23. Libro llamado «Hechos de Pablo y Tecla», apócrifo.
24. Libro que lleva el nombre de Nepote, apócrifo.
25. Libro de los proverbios, escrito por los herejes, a quien se le da el nombre de San Sixto, apócrifo.
26. Revelación que lleva el nombre de Pablo, apócrifa.
27. Revelación que lleva el nombre de Tomás, apócrifa.
28. Revelación que lleva el nombre de Esteban, apócrifa.
29. Libro llamado «Tránsito de Santa María», apócrifo.
30. Libro llamado «Penitencia de Adán», apócrifo.
31. Libro acerca del gigante Ogias, de quien cuentan los herejes que luchó con el dragón, apócrifo.
32. Libro llamado «Testamento de Job», apócrifo.
33. Libro llamado «Penitencia de Orígenes», apócrifo.
34. Libro llamado «Penitencia de San Cipriano», apócrifo.
35. Libro llamado «Penitencia de Jamnes y Mambres», apócrifo.
36. Libro llamado «Suerteres de los Apóstoles», apócrifo.
37. Libro llamado «Juegos (?) de los Apóstoles», apócrifo.

38. Libro llamado «Cánones de los Apóstoles», apócrifo.
39. Libro «Fisiólogo», escrito por los herejes y puesto bajo el nombre de San Ambrosio, apócrifo.
40. Historia de Eusebio Pánfilo, apócrifa.
41. Opúsculos de Tertuliano, apócrifos.
42. Opúsculos de Lactancio o Firmiano, apócrifos.
43. Opúsculos de Africano, apócrifo.
44. Opúsculos de Postumiano y Gallus, apócrifos.
45. Opúsculos de Montano, Priscila y Maximila, apócrifos.
46. Opúsculos de Fausto Maniqueo, apócrifos.
47. Opúsculos de Comodiano, apócrifos.
48. Opúsculos del otro Clemente de Alejandría, apócrifos.
49. Opúsculos de Tascio Cipriano, apócrifos.
50. Opúsculos de Arnobio, apócrifos.
51. Opúsculos de Ticonio, apócrifos.
52. Opúsculos de Casiano, presbítero de las Galias, apócrifos.
53. Opúsculos de Victorino de Pettau, apócrifos
54. Opúsculos de Fausto de Riez en las Galias, apócrifos.
55. Opúsculos de Frumencio el Ciego, apócrifos.
56. Carta de Jesús a Abgaro, apócrifa.
57. Carta de Abgaro a Jesús, apócrifa.
58. Pasión de Quírico y Julita, apócrifa.
59. Pasión de Jorge, apócrifa.
60. Escrito titulado «Entredichos [¿prohibiciones?] de Salomón», apócrifo.
61. Todos los amuletos escritos no con nombre de ángeles, como ellos imaginan, sino de demonios, apócrifos (E. VON DOBSCHÜTZ: *Texte u. Untersuchungen* 38, 4 [Leipzig 1912]).

6. Stichometria de Nicéforo (s.IV [?])

a) *Escritos dudosos del Nuevo Testamento:*

1. Apocalipsis de Juan, 1.400 líneas.
2. Apocalipsis de Pedro, 300 líneas.
3. Carta de Bernabé, 1.360 líneas.
4. Evangelio de los Hebreos, 2.200 líneas.

b) *Escritos apócrifos del Nuevo Testamento:*

1. Viajes de Pablo, 3.600 líneas.
2. Viajes de Pedro, 2.750 líneas.
3. Viajes de Juan, 2.600 líneas.
4. Viajes de Tomás, 1.700 líneas.
5. Evangelio según Tomás, 1.300 líneas.
6. Doctrina [Didaché] de los Apóstoles, 200 líneas.
7. [Cartas] de Clemente: primera y segunda, 2.600 líneas.
8. [Escritos] de Ignacio, Policarpo, Pastor de Hermas (MIGNE, *Patrologia Graeca*, 100,1060A-B).

7. Synopsis del Ps. Atanasio (s.VI o posterior)

Éstos son los libros discutidos (*antilegomena*) del Nuevo Testamento: Viajes de Pedro, Viajes de Juan, Viajes de Tomás, Evangelio según Tomás, Doctrina de los Apóstoles, obras de Clemente. De las cuales fueron traducidas las que, previa selección, (parecieron ser) las más conformes con la verdad e inspiración (*Synopsis scripturae sacrae*, c.76).

8. Lista de los sesenta libros (s.VII)

- 1-14. Libros del Antiguo Testamento.
15. Historia de Santiago [= Protoevangelio].
16. Apocalipsis de Pedro.
17. Correrías y Enseñanzas de los Apóstoles.
18. Epístola de Bernabé.
19. Hechos de Pablo.
20. Apocalipsis de Pablo.
21. Doctrina de Clemente.
22. Doctrina de Ignacio.
23. Doctrina de Policarpo.
24. Evangelio según Bernabé.
25. Evangelio según Matías (Th. ZAHN, *Geschichte des neutestamentl. Kanons* II/1, 290-292).

EVANGELIOS APÓCRIFOS TARDÍOS

1. Evangelio árabe del Pseudo Juan

Se trata de un manuscrito árabe del año 1342 conservado en la Biblioteca Ambrosiana de Milán (or. 93). De los 158 folios de este códice, 134 corresponden a un *Evangelio de San Juan*, que en 57 capítulos narra minuciosamente una serie de milagros de la vida de Jesús, dejando al margen el aspecto doctrinal. El escrito fue identificado ya en 1939 por A. Galbiati, quien en 1957 publicó una edición del original árabe con traducción latina (*Iohannis Evangelium apocryphum arabice I-II* [Mediolani 1957]). La expectación que provocaron las primeras publicaciones sobre el hallazgo (ver bibliografía en la edición bilingüe de esta obra [BAC 148] p.23-24) no se corresponde con el valor real del documento, ya que —prescindiendo de su época tardía— no representa más que una versión árabe del apócrifo conocido como *Los milagros de Jesús*, publicado mucho antes por S. Grébaut («Les miracles de Jésus / Texte éthiopien publié et traduit», en *Patrologia Orientalis* XII, 4 [1919]; XIV, 5 [1920]; XVII, 4 [1923]). Para más información ver Geerard 19-23.

2. Evangelio de la infancia según San Pedro

Es una narración apócrifa publicada por Catulle Mendès bajo el título *L'Évangile de la jeunesse de Notre-Seigneur Jésus-Christ d'après S. Pierre* (texto lat. y versión franc., París 1894). Posteriormente fue traducida al inglés por H. Copley Greene (*The childhood of Christ - translated from the Latin by H. C. G., with original text of the manuscript at the monastery of St. Wolfgang* [Nueva York y Londres 1904]). Como lugar de proveniencia del texto latino señala C. Mendès la abadía de S. Wolfgang, en Salzkammergut, donde fue encontrado, según él, años atrás. Las palabras iniciales del texto lo atribuyen a San Pedro. James cree que se trata únicamente de una compilación del *Protoevangelio, Ps. Mateo*, versión lat. de Tomás, y *Evangelio árabe*, cuya data hay que

situar en el siglo XVII (M. R. James, *The apocryphal NT* [Londres, reimpr. 1953] 89).

3. Evangelio de Bernabé

Si alguien tiene la paciencia necesaria para leer hasta el final este «evangelio» no podrá menos de admirar la imaginación de que hace gala su autor con tal de convertir el contenido de los evangelios canónicos en una apología del Islam. Valgan algunos botones de muestra: Jesús, según él, no sufre muerte de cruz, sino que —para evitar el «problema» de la resurrección— es Judas el que muere en su lugar; Mahoma es el «Mesías» que vino a liberar a los hombres de los errores en que estaban sumidos después de la venida de Cristo, etc.

El texto se ha conservado íntegro en una traducción italiana encontrada en un manuscrito del siglo XVI (cod. 2662 Eugen, de la Biblioteca Nacional de Viena), de la que dependen todas las traducciones modernas (Lo. and La. Ragg, *The gospel of Barnabas* [Oxford 1907]; E. González Blanco, *Los evangelios apócrifos*, III [Madrid 1934]; J. Slomp, *Het Pseudo-Evangelie van Barnabas* [Hertogenbosch 1981]; L. Cirillo-M. Frémaux, *Évangile de Barnabé* [París 1977]; S. M. Linges, *Das Barnabasevangelium* [Bonndorf i. Schwarzwald 1994]).

Del original español sólo se han conservado fragmentos. Todo induce a creer que este apócrifo —lejos de ser el *Evangelio de Barnabé* a que se refiere el *Decretum Gelasianum* en el siglo VI— es obra de un cristiano del siglo XVI convertido al Islam. Ver M. de Epalza, «Sobre un posible autor español del *Evangelio de Barnabé*: *Al-Andalus* 28 (1963) 479-491; J. E. Fletcher, «The “Spanish Gospel of Barnabas”»: *Novum Testamentum* 18 (1976) 314-320; R. Stichel, «Bemerkungen zum Barnabasevangelium»: *Byzantinoslavica* 43 (1982) 189-201; M. de Epalza, «Le milieu Hispano-moresque de l’Évangile islamisant de Barnabé (XVI^e-XVII^e siècle)»: *Islamochristiana* 8 (1982) 159-183.

4. Evangelio monofisita georgiano

Es un apócrifo desconocido, proveniente de círculos monofisitas. Está contenido en un ms. georgiano del siglo XIX perteneciente a la Biblioteca Bodleiana de Oxford (n.º 27) y forma parte de la colección

Wardrop. Probablemente esta composición ha sido redactada en el siglo XII o XIII, teniendo por base muchos escritos apócrifos y heterodoxos. Está traducido del armenio al georgiano y pertenece a la literatura popular de los georgianos monofisitas. La versión polaca fue publicada por Grzegorz Peradze, *Nieznana Ewangelia Apokryficzna pochodząca z Kół Monofizyckich* (Warszawa 1935). Ver Starowieyski, 150-172.

5. Apócrifos Bogomiles

Se da el nombre de Bogomiles a los miembros de un movimiento religioso, dualista y antijerárquico, que apareció en Bulgaria a principios del siglo X y fue extendiéndose en los siglos siguientes, primero en los países del área cultural bizantina, y luego —merced al influjo de las Cruzadas— en varias regiones del Occidente europeo, dando aquí origen a la secta de los Cátaros o Albigenses (ver A. de Santos Otero, «Bogomilen» en *Theol. Realencyklopädie*, VII [Berlín 1981] 28-42).

A los Bogomiles se les ha atribuido tradicionalmente la composición de un gran número de apócrifos conservados en antiguo-eslavo (ver J. IVANOV, *Bogomilski knigi i legendi* [Sofia 1925]), pero una investigación rigurosa llevada a cabo principalmente por E. Turdeanu («Apocryphes bogomiles et apocryphes pseudobogomiles»: *Revue de l'histoire des religions* 138 [1950] 22-52, 176-218) ha demostrado que apenas existen apócrifos eslavos que se puedan considerar de origen «bogomil»: casi todos son simples traducciones de apócrifos griegos ya conocidos (ver Santos Otero, *Die handschriftliche Überlieferung...*, I-II).

El único apócrifo que parece haber sido realmente escrito por los Bogomiles es el llamado *tajnaja kniga* (= libro secreto) o *Interrogatio Iohannis*, en que se describe el mito dualístico de la creación del mundo y caída de Satanás en términos que recuerdan al *Evangelio de Bartolomé*, incluido en la sección IV de esta obra. El escrito en cuestión se ha conservado únicamente en latín y constituye un buen ejemplo de intercambio cultural entre Bogomiles y Albigenses, pues fue el obispo cárabo Nazario quien lo trajo al Norte de Italia por el año 1190 y lo hizo traducir al latín (ediciones: J. BENOIST, *Histoire des Albigeois*, I [París 1691] 283-296; J. IVANOV, o.c., 73-87).

6. Evangelio de Santiago el Mayor

Se trata de una serie de escritos apócrifos amparados bajo el nombre de Santiago el Mayor y contenidos en los llamados «Plomos» del Sacro Monte, de Granada. Fueron desenterrados en este lugar hacia el año 1597. Recogen de fuentes árabes diversos datos apócrifos acerca de la vida de Cristo y de María. Hacen especial hincapié en el dogma de la Inmaculada Concepción y en la tradición sobre la venida de Santiago a España. Aunque no contienen, por lo general, errores dogmáticos, fueron proscritos por el papa Inocencio XI el año 1682 juntamente con los demás «Plomos», a causa del carácter sagrado que el pueblo les atribuía.

Pueden encontrarse noticias abundantes acerca de todos ellos en la obra de J. GODOY ALCÁNTARA, *Historia crítica de los falsos cronicones* (Madrid 1868) 44-78. Ver, además, M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, II (Madrid 1910) 287-291.

LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS

I. *TEXTOS FRAGMENTARIOS*

A) EVANGELIOS APÓCRIFOS PERDIDOS



Huida de Isabel con su hijo Juan (*Protoevangelio c.22*).
Disco de tierra cocida procedente de Palestina y conservado en Bobbio (s.VII).

1. EVANGELIO DE LOS HEBREOS Y DE LOS NAZARENOS

Bajo este título incluimos aquí el núcleo fundamental de los evangelios apócrifos llamados *judeo-cristianos*, dejando para después un tercer representante de este grupo: el llamado de los Ebionitas. Una característica común de estos escritos es que los textos correspondientes se han perdido totalmente, quedando únicamente a nuestra disposición alusiones, citas de primera o segunda mano, referencias, etc., dispersas en las diversas obras de la literatura patrística. Otra característica común es que estos apócrifos fueron adoptados, o quizás compuestos, por comunidades judías que habían abrazado el cristianismo —pero sin renunciar a su mentalidad semítica— y que por tanto se sentían especialmente atraídos por el *Evangelio de San Mateo*, al que copiaban o parafraseaban en su original hebreo o arameo.

De lo dicho se desprende lo complicado que es este tema desde cualquier punto de vista y lo abonado que es este terreno para la serie de conjeturas, hipótesis y teorías que se han hecho y seguramente seguirán haciéndose acerca de la identidad y características de los escritos que nos ocupan. Una exposición de las hipótesis que aparecieron hasta mitad del siglo XX aproximadamente —con su correspondiente bibliografía— puede encontrar el lector en la edición bilingüe de esta obra (BAC 148). Aquí nos contentaremos con reproducir todo el material de citas originales de que disponemos y resumir los últimos resultados de la investigación en orden a una valoración coherente de los datos que han llegado hasta nosotros.

La inmensa mayoría de los testimonios que se ofrecen a continuación aluden, sin dar lugar a dudas, a un *Evangelio de los Hebreos* o *según los Hebreos*. Sin embargo, San Jerónimo —que es el que más referencias aporta (n.15-32)—, aun llamándolo hebreo o *según los Hebreos*, consigna en varios lugares que era usado por los *Nazarenos* de Berea (n.18, 23, 24, 28, 29, 30, 31) y que él mismo lo tradujo al griego y al latín (n.17), después de que éstos le ofrecieran un ejemplar. Este autor no deja dudas de que este evangelio usado por los Nazarenos y

traducido por él era el mismo *Evangelio de los Hebreos* a que aluden los testimonios más antiguos —por ejemplo, de Clemente Alejandrino (n.3, 4) y Orígenes (n.5, 6)— y que él en parte reproduce.

Esta apreciación de San Jerónimo ha determinado durante largo tiempo la imagen que se tenía del evangelio judeo-cristiano de los Hebreos y a la vez ha constituido un verdadero rompecabezas para la investigación moderna al descubrir en ella no pocas incongruencias. Éstas desaparecen en gran parte partiendo del supuesto de que el evangelio hebreo, del que se dicen usuarios los *Nazarenos*, es una obra distinta del evangelio hebreo citado por Clemente Alejandrino y Orígenes. Esta hipótesis, ya lanzada a principios del siglo XX, ha adquirido nueva solidez gracias al examen minucioso a que ha sido sometido de nuevo todo el material documental existente desde los más distintos puntos de vista (Vielhauer, Krause, Klijn). Aun dejando a salvo diferencias de enfoque y conjeturas, que seguramente persistirán mientras no aflore nuevo material de primera mano, parece, hoy por hoy, seguro que en las numerosas citas que presentamos a continuación hay restos de dos apócrifos judeo-cristianos perfectamente distintos: el *Evangelio de los Hebreos* y el de los *Nazarenos*.

El primero podría estar representado por poco más de media docena de testimonios, entre los que se encuentran Clemente Alejandrino y Orígenes (ver n.3, 4, 5, 6) —escritores que vivieron entre la segunda mitad del siglo II y la primera del III— y varios de San Jerónimo (por ejemplo, n.15, 17, 28, 30), que murió a principios del siglo V. A éstos hay que añadir otro de Dídimo el Ciego (313-398), que no figura en la presente lista. Fue descubierto por los años 60 entre los papiros de Tura y no aporta nada sobre el contenido de nuestro apócrifo, sino que simplemente lo cita a propósito de la confusión entre los nombres *Mateo* y *Matías*, sólo explicable lingüísticamente teniendo en cuenta un trasfondo hebreo.

A juzgar por el origen de los autores más antiguos que de él hacen referencia, el *Evangelio de los Hebreos* hubo de estar en uso —o fue quizás compuesto— en medios helenísticos judíos de Egipto, como lo demuestra el uso del Antiguo Testamento a través de la versión griega de los LXX y el colorido «sapiencial» de algunos pasajes que se le atribuyen. Su lengua original fue probablemente el griego. Se trataba probablemente de una «vida de Jesús», al estilo de los evangelios sinópticos, compuesta en una comunidad de «hermanos» estrechamente unidos entre sí y separados del mundo. El pasaje citado por Clemente Alejandrino (n.3, 4) aparece como *logion* en el

papiro griego de Oxyrhynchus 654 y, por consiguiente, en el evangelio gnóstico de Tomás (v.2), del que forma parte. Es interesante el pasaje citado por Orígenes en que el Espíritu Santo aparece como *madre* del Salvador (n.5, 6), lo cual explica San Jerónimo (n.16) por el género femenino que en hebreo tiene la palabra *ruah* (= espíritu). La fecha de composición es difícil de precisar, pero bien puede suponerse a principios del siglo II.

Del *Evangelio de los Nazarenos* tenemos muchos más testimonios. Los que más probabilidad ofrecen de referirse a él son los de Eusebio de Cesarea, muerto el año 339 (n.11, 12); el de la traducción latina de Orígenes, de fecha desconocida (n.33), y los de San Jerónimo (n.21, 23, 24, 25, 26, 31). A estas citas hay que añadir un gran número de variantes o *scholia* contenidos en cinco manuscritos griegos del evangelio de San Mateo, cuya antigüedad oscila entre el siglo IX y el XIII. Estas variantes o glosas al texto canónico son aducidas como partes integrantes del *Iudaikon* (n.42-54), un evangelio judeo-cristiano perdido que probablemente puede identificarse con el de los *Nazarenos*, a que aquí nos referimos. Así lo hace San Jerónimo en una cita (n.32) que coincide en lo sustancial con una variante al texto de Mt 18,22 que el códice 566 del Nuevo Testamento aduce como procedente del *Iudaikon* (n.44). Sobre el origen hebreo de éste no deja dudas, por lo demás, el tenor de las variantes aducidas, pues casi todas constituyen *hebraísmos* introducidos en el texto griego.

Lo mismo que San Jerónimo copió de sus antecesores citas de evangelios judeo-cristianos, de la misma manera hay un gran número de autores medievales latinos que en sus comentarios al evangelio de San Mateo se inspiran en San Jerónimo y reproducen referencias de éste al evangelio de los Hebreos o al de los Nazarenos. De tales citas ofrecemos aquí sólo un ejemplo (n.40).

A diferencia del evangelio de los Hebreos, el de los Nazarenos fue escrito originariamente en lengua aramea o siro-palestinense por un grupo de cristianos radicados en Berea. Un ejemplar de este apócrifo se conservaba en tiempos de San Jerónimo en la biblioteca de Cesarea (n.18), y este mismo autor afirma que lo tradujo al griego y al latín (n.17). Su contenido era análogo al del original hebreo de San Mateo, añadiendo detalles nuevos por su cuenta, por lo que era muy apreciado en los primeros siglos del cristianismo. Y siguió siendo aun después de que el grupo de los Nazarenos, movimiento aislado que más se distinguía por su devoción al original hebreo de San Mateo que por preocupaciones teológicas de carácter especula-

tivo, finalmente se extinguió. Se supone que este evangelio fue compuesto en la primera mitad del siglo II.

Textos griegos y latinos Santos Otero, *Los evangelios*, 34-47

Bibliografía S BROCK, «A New Testimonium to the “Gospel according to the Hebrews?”» *New Testament Studies* 18 (1971-72) 220-222, P VIELHAUER, *Geschichte der urchristlichen Literatur* (Berlín 1975) 648-661, D LUHRMANN, «Das Bruchstück aus dem Hebraerevangelium bei Didymos von Alexandrien» *Novum Testamentum* 29 (1987) 265-279, A F J KLIJN, «Das Hebraer- und Nazoraerevangelium», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 25,5 (Berlín/NY 1988) 3997-4033, E VIELHAUER-G STRECKER, en *Schneemelcher*, I, 115-138 142 147, Wilson, 327 329, Stegmüller-Reinhardt, 129, McNamara, 40 42, Craven, 265 273, Moraldi, I, 355-361 371-385, Erbetta, I/1, 111-136, Starowieyski, 67-77, Geerard, 4

RECONSTRUCCIÓN DEL TEXTO

San Ireneo († h.202):

1. [Los ebionitas] utilizan únicamente el evangelio que es *según San Mateo* y rechazan al apóstol Pablo, llamándole apóstata de la ley (*Adv. haeres.* I 26,2)

2. Pues los ebionitas, sirviéndose solamente del evangelio que es *según San Mateo*, se dejan persuadir por él y no piensan rectamente del Señor (*Adv. haeres.* III 11,7).

Clemente Alejandrino († ant.215):

3. Y como también está escrito en el evangelio *según los Hebreos*. *El que se admiró, reinará; y el que reinó, descansará* (*Strom.* II 9).

4. Pues aquello puede equivaler a esto: *El que pide, no cejará hasta que encuentre. Y encontrando, se llenará de estupor; y en llenándose de estupor, reinará, y en reinando, descansará* (*Strom.* V 14).

Orígenes († 253-254):

5. Y si alguien acepta el *Evangelio de los Hebreos*, donde el Salvador en persona dice: *Poco ha me tomó mi madre, el Espíritu Santo, por uno de mis cabellos y me llevó al monte sublime del Tabor*, se quedará perplejo al

considerar cómo puede ser madre de Cristo el Espíritu Santo, engendrado por el Verbo. Pero tampoco esto le es a éste difícil de explicar (*In Ioh.* 2,6).

6. Si alguien admite el: *Ha poco me tomó mi madre, el Espíritu Santo, y me llevó al monte sublime del Tabor* y lo que sigue, puede, viendo en Él a su madre, decir.. (*Hom. in Ier.* 15,4)

Eusebio de Cesarea († 339):

7. Ya algunos han querido incluir entre estos escritos [cuya canonicidad se discute] el *Evangelio según los Hebreos*, que es el mayor encanto de los judíos que han recibido a Cristo (*Hist. Eccl.* III 25).

8. Estos [los ebionitas] pensaban que debían ser rechazadas todas las cartas del Apóstol, llamándole a éste apóstata de la Ley; y utilizando solamente el llamado *Evangelio según los Hebreos*, hacían poco caso de todos los demás (*Hist. Eccl.* III 27)

9. Narra también [Papiás] otra historia contenida en el *Evangelio según los Hebreos*, referente a una mujer acusada ante el Señor de muchos pecados (*Hist. Eccl.* III 39).

10. [Hegesipo] habla algo del *Evangelio según los Hebreos* y del *siriano*, y particularmente del dialecto *hebreo*, dando a entender que él había llegado a la fe gracias a los hebreos. Recuerda asimismo otras cosas como si provinieran de la tradición judaica no escrita (*Hist. Eccl.* IV 22)

11. Puesto que el evangelio que ha llegado hasta nosotros en *caracteres hebreos* no lanzaba la amenaza contra el que escondió (el talento), sino contra el que vivió disolutamente —pues distinguía tres siervos: *uno* que había consumido la hacienda de su señor con meretrices y flautistas, *otro* que había hecho rendir mucho su trabajo, y *otro*, finalmente, que había ocultado el talento. Y dijo que el *primero* fuera recibido; que el *segundo*, tan sólo amonestado, y que al *tercero* le metieran en la cárcel—, se me ocurre preguntar si por ventura en el Evangelio de San Mateo la amenaza que viene después de la reprimenda contra el indolente va dirigida, no ya contra éste, sino (por *epanálepsis*) contra el anterior, que había comido y bebido con los borrachos (*Theophania* IV 22).

12. Él dio a conocer [ya] la causa de la escisión de las almas, cual ha de sobrevenir a los edificios, como hemos podido comprobarlo en un lugar del evangelio que está divulgado entre los judíos, en lengua hebrea,

donde se dice: *Yo he de escogerme los que me complazcan; [y éstos son] los que me da mi Padre en el cielo (Theoph. [siríaca] IV 12: vers. de GRESSMAN cit. por PREUSCHEN, Antilegomena 2 [1905] p.9).*

13. ... así es posible reconocer la fuerza de que se sirvió [y constatar] que no sólo predijo el futuro, sino que además vinculó los hechos a su palabra; sobre todo en lo que se refiere a aquello que está escrito: *Yo me escijo los mejores, los que me da mi Padre en el cielo (Theoph., ibid.).*

San Epifanio († 403):

14. Está en poder de [los nazarenos] el *Evangelio según San Mateo*, completísimo, y en hebreo. Pues entre ellos se conserva, sin duda, todavía éste tal como fue compuesto originariamente, en caracteres *hebreos*. Lo que no sé es si han suprimido las genealogías desde Abrahán hasta Cristo (*Haeres.* 29,9).

San Jerónimo († 419 o 420):

15. Como podemos también leer en el *Evangelio Hebreo*, [donde] el Señor habla a los discípulos diciéndoles: *Nunca estéis contentos sino cuando miréis a vuestro hermano con amor (Comm. III in Eph. 5,4).*

16. ... Pero quien leyere el Cantar de los Cantares y entiendiere que el esposo del alma es el Verbo de Dios, y diere crédito al evangelio publicado [bajo el título] *según los Hebreos*, que recientemente hemos traducido —en el que, refiriéndose a la persona del Salvador, se dice: *Hace poco me tomó mi madre, el Espíritu Santo, por uno de mis cabelllos*—, no tendrá reparo en decir que el Verbo de Dios procede del Espíritu, y que, por tanto, el alma, que es esposa del Verbo, tiene por suegra al Espíritu Santo, cuyo nombre entre los hebreos es de género femenino, RUAH (*Comm. II in Mich. 7,6*).

17. También el evangelio llamado *según los Hebreos*, traducido recientemente por mí al griego y al latín, del que Orígenes se sirve con frecuencia, después de la resurrección refiere lo siguiente: *Mas el Señor, después de haber dado la sábana al criado del sacerdote, se fue hacia Santiago y se le apareció. (Pues es de saber que éste había hecho voto de no comer pan desde aquella hora en que bebió el cáliz del Señor hasta tanto que le fuera dado verlo resucitado de entre los muertos.)*

Y poco después: *Traed, dijo el Señor, la mesa y el pan.* Y a continuación se añade: *Tomó un poco de pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio a Santiago el Justo, diciéndole: Hermano mío, come tu pan, porque el Hijo del hombre ha resucitado de entre los muertos (De viris ill. 2).*

18. Aun el texto mismo hebreo se conserva hasta hoy en la biblioteca de Cesarea, que el mártir Pánfilo formó con muchísimo empeño. También a mí, los nazarenos que viven en Berea, ciudad de Siria, y que se sirven de este libro, me proporcionaron ocasión de copiarlo. En el cual es de notar que, siempre que el evangelista, ya por cuenta propia, ya poniéndolo en boca del Salvador, aduce testimonios del Antiguo Testamento, no sigue la interpretación de los LXX, sino la antigua hebraica. Entre los cuales están aquellos dos: *De Egipto llamé a mi Hijo y será llamado Nazareno (De viris ill. 3).*

19. Ignacio ... escribió ... a los de Esmirna y a Policarpo en particular. En esta carta se aduce un testimonio acerca de la persona de Cristo, sacado del evangelio recientemente traducido por mí, en estos términos: *Yo a mi vez pude verlo en su propia carne después de la resurrección, y estoy convencido de que vive. Y cuando se dirigió a Pedro y a los que con él estaban, les dijo: Palpad y ved que no soy un fantasma sin cuerpo. Y al momento le tocaron y creyeron (De viris ill. 16).*

20. *En Belén de Judea:* Es éste un error de los copistas, pues creamos que el evangelista dijo, como leemos en el texto hebreo, *de Judá*, y no de *Judea (Comm. in Mt. 2,5)*.

21. En el evangelio llamado *según los Hebreos* se encuentra *mahar*, que quiere decir *de mañana*, en lugar de *sobresustancial*; de manera que el sentido resulta así: *Danos hoy el pan de mañana*, esto es, *el del futuro (Comm. in Mt. 6,11)*.

22. En el evangelio hebreo *según San Mateo* se dice: *Danos hoy el pan de mañana*, esto es, *danos hoy el pan que vas a darnos en tu reino (Tract. in Ps. 135)*.

23. En el evangelio usado por nazarenos y ebionitas (que recientemente hemos traducido del hebreo al griego y que la mayoría llaman el *auténtico de San Mateo*), este hombre que tiene la mano seca, se dice ser un albañil, y se le describe pidiendo socorro con estas exclamaciones: *Era albañil y me ganaba el sustento con mis manos; te ruego, ¡oh Jesús!, que me devuelvas la salud para no verme obligado a mendigar vergonzosamente mi sustento (Comm. I in Mt. 12,13)*.

24. En el evangelio que usan los nazarenos encontramos escrito, en lugar de *hijo de Baraquías, hijo de Joyada (Comm. IV in Mt. 23,35)*.

25. Éste (Barrabás), que había sido condenado por rebelión y homicidio, se interpreta *hijo de su maestro* en el evangelio llamado *según los Hebreos* (*Comm. IV in Mt. 27,16*).

26. En (ese) evangelio, que repetidas veces hemos mencionado, leemos que *el arquitrabe del templo*, de tamaño extraordinario, se rompió y se partió (*Comm. IV in Mt. 27,51*).

27. Y en el evangelio escrito con caracteres hebreos leemos, no que se rasgó el velo del templo, sino que se vino abajo el arquitrabe del citado templo, cuya magnitud causaba admiración (*Ep. 120,8 ad Hedybiam*).

28. Mas según el evangelio escrito en lengua hebrea, leído por los nazarenos, *descenderá sobre él toda la fuente del Espíritu Santo*. El Señor es espíritu; y donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad... Y a propósito, en el evangelio del que hace poco hicimos mención, encontramos escrito: *Y sucedió que, cuando hubo subido el Señor del agua, descendió toda la fuente del Espíritu Santo, descansó sobre Él, y le dijo: Hijo mío, a través de todos los profetas te estaba esperando para que vinieras y pudieras descansar en ti. Pues tú eres mi descanso, mi Hijo primogénito, que reinas por siempre* (*Comm. IV in Is. 11,2*).

29. Pues como los apóstoles le tuvieron por un espíritu, o como dice el evangelio que entre los hebreos leen los nazarenos, por un fantasma sin cuerpo... (*Comm. in Is. 18 praef.*).

30. Y en el evangelio que acostumbraron a leer los nazarenos, *según los Hebreos*, se cuenta entre los crímenes mayores el haber causado tristeza al alma de su hermano (*Comm. VI in Ez. 18,7*).

31. En el *Evangelio según los Hebreos*, que fue escrito en lengua caldea y siriaca, mas con caracteres hebreos, del que se sirven hasta hoy los nazarenos, *según los apóstoles*, o, como prefiere la mayor parte, *según San Mateo*, conservado en la biblioteca de Cesarea, se cuenta esta historia: *He aquí que la madre del Señor y sus hermanos le decían: Juan el Bautista bautiza en remisión de los pecados; vayamos (también nosotros) yせamos bautizados por él. Mas Él les dijo: ¿Qué pecados he cometido yo para que tenga que ir y ser bautizado? De no ser que esto que acabo de decir sea una ignorancia mía* (*Contra Pelag. III 2*).

32. Y en el mismo libro [*Evangelio según los Hebreos*]: *Si pecare, dice, tu hermano de palabra y te diere satisfacción, recíbele siete veces al día. Le dijo Simón, su discípulo: ¿Siete veces al día? Respondió el Señor y le dijo: Te digo que sí, y aun setenta veces siete. Puesto que aun en los mismos profetas, después de haber sido ungidos por el Espíritu Santo, se han encontrado faltas* (*Contra Pelag. III 2*).

Ps. Orígenes Latino:

33. Está escrito en cierto evangelio, llamado *según los Hebreos* (si es que place admitirlo, no como autoridad, sino para esclarecimiento de la cuestión propuesta): *Le dijo el otro de los ricos: ¿Qué de bueno tengo que hacer para poder vivir? Le contestó: Cumple la ley y los profetas. Le respondió: Ya lo vengo haciendo. Le dijo: Vé, vende todo lo que es tuyo, distribúyelo entre los pobres, y vente, sígueme. Mas el rico empezó a rascarse la cabeza, y no le agrado (el consejo). Le contestó el Señor: ¿Cómo te atreves a decir: He observado la Ley y los Profetas? Puesto que está escrito en la Ley: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Y he aquí que muchos hermanos tuyos, hijos de Abráhán, están vestidos de basura y muriéndose de hambre, mientras que mi casa está llena de bienes abundantes, sin que salga nada de ella.*

Y volviéndose, dijo a Simón, su discípulo, que estaba sentado a su lado: Simón, hijo de Juan, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico en el cielo (*Comm. in Mt. 15,14* cit. por PREUSCHEN, *Antilegomena 2* [1905] 6).

Ps. Cipriano:

34. Y el inventor de este bautismo adulterino, o mejor, mortífero, si algún otro es, sobre todo... aquel libro supositicio titulado *Predicación de Pablo*. En el cual podrás encontrar, contra el testimonio de todas las escrituras, a Cristo confesando su propio pecado (Él, que fue el único que no pecó lo más mínimo), e impelido, casi contra su voluntad, por María, su madre, a recibir el bautismo de Juan. Y que, mientras era bautizado, se vio fuego sobre el agua, cosa que no figura en evangelio alguno. Y que Pedro y Pablo, después de tanto tiempo, después de consignar el evangelio en Jerusalén y de cambiar impresiones, y después de la discusión y disposición de lo que había de hacerse, por fin [vinieron a verse] en Roma, como si entonces precisamente se conocieran por vez primera. Y otras cosas parecidas, inventadas absurda y torpemente, encontrarás reunidas en aquel libro (*De rebapt. c.17*. Cf. supra n.31).

Teodoreto Cirense († h.460):

35. Los nazarenos admiten solamente el *Evangelio de los Hebreos*, y llaman apóstata al Apóstol (*Haeret. Fabul. Comp. II 1*).

36. [Los nazarenos] han utilizado únicamente el Evangelio *según San Mateo* (ibid.).

37. Los nazarenos son judíos que honran a Cristo como hombre justo y usan el evangelio llamado *según San Pedro* (ibid.).

Felipe de Side († h.430):

38. [Los antiguos] rechazaban de plano el *Evangelio según los Hebreos* y el llamado *de Pedro* y el *de Tomás*, diciendo que eran escritos heréticos (Extracta, cit. por LAGRANGE en *Revue Biblique* 31 [1922] 181).

Stichometria (s.IV):

39. Cuarto *Evangelio según los Hebreos*: 2.200 líneas.

Haymon de Auxerre († h.850):

40. Como se dice en el *Evangelio de los Nazarenos*, que, al oír esta voz del Señor: [Padre, perdónalos], *muchos miles de judíos que estaban en torno a la cruz creyeron* (*Comm. in Is. 53,12*).

Versión copta de San Cirilo de Jerusalén:

41. (Se trata de un fragmento copto, versión de un diálogo sobre la Virgen atribuido a San Cirilo de Jerusalén, publicado por V. Burch («The Gospel according to the Hebrews: some new matter chiefly from Coptic sources»: *JThSt* 21 [1920] 310-315. Cf. M. R. James, «Notes on Mr. Burch's Article “The Gospel according to the Hebr.”»: *JThSt* 22 [1921] 160-161). En él el Pseudo Cirilo narra cómo al tener que requerir a un monje de Maioma (Gaza) por ciertas doctrinas falsas que predicaba, éste le respondió:

«Está escrito en [el evangelio] según los Hebreos que, deseando Cristo venir a la tierra para efectuar la redención, el Buen Padre llamó a una fuerza celestial por nombre Miguel, recomendándole el cuidado de Cristo en esta empresa. Y vino la fuerza al mundo, y se llamaba María, y (Cristo) estuvo siete meses en su seno. Después le

dio a luz, y creció en estatura y escogió los apóstoles..., fue crucificado y asumido por el Padre. Cirilo le dice: ¿En qué lugar de los cuatro Evangelios se dice que la santa Virgen María, Madre de Dios, es una fuerza? El monje responde: En el Evangelio de los Hebreos. ¿Entonces, dice Cirilo, son cinco los Evangelios? ¿Cuál es el quinto? El monje responde: Es el Evangelio que fue escrito para los Hebreos».

(Luego Cirilo le arguye de su error y quema el libro. El carácter doceta del escrito queda evidenciado por la sentencia final del monje:)

«Cuando ellos le pusieron en cruz, el Padre le asumió hacia sí en los cielos».

Glosas que reproducen el «ΙΟΥΔΑΙΚΟΝ»

42. El *Judaico* no dice *en la ciudad santa*, sino *en Jerusalén* (*In Mt. 4,5: Codex NT 566*).

43. *Bariona*: El *judaico: hijo de Juan* (*In Mt. 16,17: Codex NT 566*).

44. El *Judaico* dice así después de setenta veces siete: *Pues también en los profetas, después de haber sido ungidos con el Espíritu Santo, se encuentra pecado* (*In Mt. 18,22: Codex NT 566*).

45. El *Judaico: y negó y juró y echó maldiciones* (*In Mt. 27,65*).

46. La palabra *εἰκῆ* no aparece en ciertos ejemplares (*códices*), ni en el *Judaico* (*In Mt. 5,22: Codex NT 1424*).

47. El *Judaico* en este punto dice así: *Si estáis en mi regazo y no hacéis la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, yo os arrojaré de mi seno* (*In Mt. 7,5: Codex NT 1424*).

48. El *Judaico: más [prudentes] que las serpientes* (*In Mt. 10,16: Codex NT 1424*).

49. El *Judaico* dice: *es saqueado* (*In Mt. 11,12: Codex NT 1424*).

50. El *Judaico: te doy gracias* (*In Mt. 11,25: Codex NT 1424*).

51. El *Judaico* no dice: *tres [días y tres noches]* (*In Mt. 12,40*).

52. El *Judaico: el Korbán, en el que vosotros saldréis beneficiados por nosotros* (*In Mt. 15,5: Codex NT 1424*).

53. Lo señalado con asterisco no está en los otros, ni en el *Judaico* (*In Mt. 16,2-3: Codex NT 566*).

54. El *Judaico: y les puso a su disposición gente armada que se pusiera al frente de la gruta y le hiciera guardia de día y de noche* (*In Mt. 27,65: Codex NT 1424*).

2. EVANGELIO DE LOS DOCE O DE LOS EBIONITAS

La titulación del presente apartado exige ante todo una breve explicación. «Evangelio de los Doce» es un epígrafe histórico que aflora en algunos autores antiguos —por ejemplo, Orígenes (*Hom. in Lc.* 1,1), San Jerónimo (*Contra Pelag.* III 2)— sin que por ello sea posible asignarle con seguridad un contenido concreto, ya que ciertas reelaboraciones *coptas* o *siriacas* amparadas bajo este título son ciertamente de origen posterior. «Evangelio de los Ebionitas» no existe, por otra parte, como título; pero sí un *evangelio* que, según los testimonios de San Epifanio —de quien depende prácticamente toda nuestra información acerca de este apócrifo (ver a continuación n.1-7)—, era usado por la secta judeo-cristiana de los *Ebionitas*. La asociación de este evangelio con el epígrafe *de los Doce* se debe sobre todo a las insinuaciones contenidas en el inciso n.2, en que los *apóstoles* aparecen como narradores en primera persona, y al carácter *heterodoxo* que Orígenes atribuía al «de los Doce», cosa que también puede afirmarse, según San Epifanio, del «de los Ebionitas». Estas circunstancias no pueden, sin embargo, considerarse como argumento apodíctico en favor del título con que encabezamos este apartado. Para mayor comodidad denominaremos en adelante al único apócrifo de que aquí se trata *Evangelio de los Ebionitas*.

Sobre el carácter *judeo-cristiano* de la secta de los Ebionitas no hay apenas dudas. Se trata de un grupo de cristianos, fieles en gran parte a la Ley mosaica, que abandonó Jerusalén sobre el año 66-67 de nuestra era para instalarse en la ciudad de Pella, en Transjordania, donde después de la destrucción de Jerusalén desarrolló su propio cuerpo doctrinal. El nombre no proviene de un supuesto fundador llamado «Ebión», sino que es la denominación común por aquellos tiempos de muchos grupos de cristianos que, por seguir el ideal evangélico, se llamaban a sí mismos «pobres» (= hebr. *ebjonim*).

A juzgar por el testimonio de San Ireneo (ver *Evangelio de los Hebreos* n.1,2), los Ebionitas utilizaban únicamente el evangelio de San Mateo. Esto mismo afirma San Epifanio (n.1,2), pero añade que el texto canónico lo habían «mutilado y adulterado», denominándolo también «hebreo» o «según los Hebreos».

No vamos a intentar aquí reconstruir el cuerpo doctrinal de los Ebionitas, sino destacar simplemente las características más sobresalientes, tal como vienen reflejadas en los fragmentos que de él ha transmitido San Epifanio.

Que el evangelio de San Mateo —«escrito en lengua y caracteres hebraicos»— sea la base fundamental de nuestro apócrifo se desprende de lo dicho anteriormente, pero además está claro que del texto canónico faltaban en el *Evangelio de los Ebionitas* los dos primeros capítulos con el árbol genealógico de Jesús y su nacimiento virginal (n.4). En consonancia con esto último, la cristología ebionita parece haber tenido un carácter *adopcionista*, pues negaban que Jesús hubiera sido «engendrado de Dios Padre» y afirmaban que fue «creado como uno de los ángeles» (n.6).

La abolición del templo y de los sacrificios de la antigua Ley viene afirmada también claramente (n.6). Una tendencia *vegetariana* es insinuada en dos pasajes distintos. Uno de ellos transforma el alimento de Juan Bautista en el desierto —que según Mt 3,4 era de *langostas* y miel silvestre— en «miel silvestre ... como empanada en aceite» (n.3). Otro pasaje transforma la respuesta afirmativa de Jesús a los apóstoles que le preguntaban «¿dónde comer la Pascua?» (Mt 26,17-19) en una interrogación de signo abiertamente negativo: «¿Es que he deseado yo, por ventura, comer carne con vosotros en esta Pascua?» (n.7). Esta línea *enratita* o vegetariana está en perfecta consonancia con la abolición de los sacrificios, a que aludíamos antes (n.6), y puede constituir una de las bases de la ética ebionita.

Otra peculiaridad del *Evangelio de los Ebionitas* es «la gran luz» que hace aparecer en el momento del bautismo de Jesús (n.5), ausente en el relato de los evangelios canónicos (Mt 3,13-17; Mc 1,9ss; Lc 3,21ss; Jn 1,31-34), pero presente en harmonías evangélicas, como el *Diatesaron* de Taciano, y en algunos códices del Nuevo Testamento.

Este último detalle indica que no todas las peculiaridades que se pueden observar en el texto del *Evangelio de los Ebionitas* han de considerarse necesariamente privativas de éste. Además, nuestro apócrifo refleja con cierta frecuencia una actitud más antigua —y muy extendida— frente a los evangelios canónicos, que consiste en limar las diferencias existentes en ellos para ofrecer un texto homogéneo. A esto hay que añadir otras modificaciones de carácter estilístico, v.gr. sustitución de ciertas palabras por sus sinónimos, inversión de términos en una oración, quiasmo, paralelismo de tipo targumico, juegos de palabras semejantes entre sí fonéticamente o en sus respectivas grafías, etc., fenómenos lingüísticos que recientemente han sido estudiados de manera exhaustiva por G. Howard (ver bibliografía). No cabe duda de que tales observaciones pueden aclarar algunas de las peculiaridades textuales que presentan los fragmentos de

este evangelio transmitidos por San Epifanio, pero no son suficientes para relegar a segundo plano el evangelio de San Mateo —«escrito en lengua y caracteres hebraicos»— como fuente primordial del de los Ebionitas ni para borrar la intencionalidad «ebionita» de las divergencias arriba apuntadas.

Durante largo tiempo se pensó en la literatura llamada *pseudo-clementina* como posible fuente de inspiración judeo-cristiana del *Evangelio de los Ebionitas*. Aunque esta hipótesis ha sido descartada últimamente (ver Krause, en la bibliografía adjunta), presentamos tres fragmentos (n.8-10) en que se pueden encontrar ciertas analogías de pensamiento con nuestro apócrifo.

La lengua original de éste fue, a no dudarlo, el griego; ya que de otra manera no podrían explicarse ciertos juegos de palabras como los del fragmento n.3: en lugar de «langostas» (= gr. *akris*) de Mt 3,4 se lee en los Ebionitas «empanada en aceite» (= gr. *enkrís*). La fecha de su composición es ciertamente posterior a la de los sinópticos y probablemente anterior a la cita de San Ireneo (ver *En. de los Hebreos* n.1 y 2), con lo que puede suponerse en la segunda mitad del siglo II.

Textos griegos EPIPHANIUS, *Haereses [Panarion]* 30,3 13 16 22, PS -CLEMENS, *Hom 3,51 11,35 Recognitiones* 2,29

Bibliografía E. FABBRI, «El bautismo de Jesus en el Evangelio de los Hebreos y en el de los Ebionitas» *Revista de Teología* 6 (1956) 36-55, M. E. BOISMARD, «Évangile des Ebionites et problème synoptique» *Revue Biblique* 73 (1966) 321-352, D. A. BFRTRAND, «L'Evangile des Ebionites une harmonie évangélique antérieure au Diatessaron» *New Testament Studies* 26 (1980) 548-563, G. HOWARD, «The Gospel of the Ebionites», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* 25, 2,5 (Berlin NY 1988) 4034-4053, P. VIELHAUER-G. STRECKER, en *Schneemelcher*, I, 138-142, SANTOS OTERO, *Los evangelios*, 47-53, Craveri, 261-264, Moraldi, I, 371-373, Erbetta, I/1, 132-136, Starowieyski, 77-79, Stegmüller-Reinhardt, 82, Geerard, 4-5

RECONSTRUCCION DEL TEXTO

San Epifanio († 403):

1. También ellos (los ebionitas) aceptan el evangelio según Mateo, pues se sirven únicamente de él; al igual que los cerintianos y merintianos. Lo denominan *según los Hebreos*, ya que, a decir verdad, Mateo fue el único (escritor) del Nuevo Testamento que consignó

en lengua y caracteres *hebraicos* la exposición y predicación del Evangelio (*Haeres.* 30,3).

2. En el evangelio que usan (los ebionitas) llamado *según Mateo*, no del todo completo, sino mutilado y adulterado —ellos lo llaman *Evangelio Hebreo*—, se dice que *hubo un hombre por nombre Jesús, como de unos treinta años, que fue el que nos escogió a nosotros*. Y en llegando a Cafarnaúm, entró en la casa de Simón, por sobrenombre Pedro, y abriendo su boca dijo: *Al pasar por la orilla del lago Tiberíades escogí a Juan y Santiago, hijos del Zebedeo, y a Simón y a Andrés, y a Tadeo y a Simón el Celoso, y a Judas el Iscariote*.

También te llamé a ti, Mateo, cuando estabas sentado en el telonio, y me seguiste.

Quiero, pues, que seáis Doce Apóstoles para testimonio de Israel (*Haeres.* 30,13).

3. Y estaba Juan bautizando, y vinieron hacia él los fariseos y fueron bautizados, lo mismo que Jerusalén entera. Tenía Juan una vestidura de pelos de camello y un cinturón de piel alrededor de sus lomos. Su alimento, dice, era miel silvestre, cuyo gusto era el del maná, como empanada en aceite (*Haeres.* 30,13).

4. El principio de su evangelio dice que sucedió durante los días de Herodes, rey de Judea, que vino Juan bautizando con bautismo de penitencia en el río Jordán. Se decía que éste era de la descendencia del sacerdote Aarón, hijo de Zacarías y de Isabel.

Y todos venían hacia él (*Haeres.* 30,13).

5. Y después de muchas cosas, añade que, habiendo sido bautizado el pueblo, vino también Jesús y fue bautizado por Juan. Y en cuanto subió del agua, se abrieron los cielos y vio al Espíritu Santo en forma de paloma que bajaba y penetraba en Él. Y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi hijo el amado; en ti he encontrado mis complacencias. Y otra vez: Yo te he engendrado hoy. Y una gran luz iluminó al momento el lugar. Y Juan, al verle (a Jesús), le dice, según cuenta: ¿Tú quién eres? Y de nuevo se oyó una voz del cielo dirigida a Él: Éste es mi hijo el amado, en el que me he complacido. Y entonces, reñiere, habiéndose Juan echado a sus pies, le decía: Bautízame tú a mí, Señor, te lo ruego. Pero Él se opuso diciendo: Deja, que es conveniente que así se cumplan todas las cosas (*Haeres.* 30,13).

6. Y dicen que no fue engendrado de Dios Padre, sino creado, como uno de los arcángeles y más aún. Dicen, además, que tiene dominio sobre los ángeles y sobre todo lo que creó el Pantocrátor, y que vino a declarar, según se dice en su evangelio llamado *según los Hebreos*, he venido a abolir los sacrificios, y, si no dejáis de sacrificar, no se apartará de vosotros mi ira (*Haeres.* 30,16).

7. Mas ellos, habiéndose desentendido de la lógica de la verdad, cambiaron la frase, (cuyo sentido) está bien patente a todos por el contexto, e hicieron decir a los discípulos: *¿Dónde quieres que preparamos para que comas la Pascua?* Y que Él, al parecer, respondió: *¿Es que he deseado yo, por ventura, comer carne con vosotros en esta Pascua?* (*Haeres.* 30,22).

Pseudoclementinas (princ. s.III).

8. Y el decir *no he venido a abolir la Ley*, y quebrantarla aparentemente luego, es señal de que quería dar a entender que lo que derrgó no era de la Ley (*Hom.* 3,51).

9. Por lo cual, aquel que nos envió dijo: *Muchos vendrán a mí con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceis* (*Hom.* 11,35).

10. Y, por el contrario, se lamentaba de aquellos que, viviendo entre riquezas y luxuria, no daban nada a los pobres, echándoles en cara el que habían de dar cuenta por no haberse compadecido de aquellos a quienes habían debido amar como a sí mismos, ni aun viéndolos sumidos en la miseria (*Recognit.* 2,29).

3. EVANGELIO DE LOS EGIPCIOS

El escrito que ahora nos ocupa no tiene nada que ver con el *Evangilio de los Egipcios* que se encuentra en los códices III y IV de la biblioteca copta de Nag Hammadi, descubierta el año 1945, y que —a pesar del título— no es otra cosa que un tratado de alta gnosis sin apenas referencias cristianas o bíblicas (ver Wilson, 330).

Nuestro apócrifo es conocido en la literatura cristiana antigua como *Evangilio egipcio* o *según los Egipcios*, pero de él sólo han llegado hasta nosotros alusiones y referencias de varios escritores que no permiten hacerse una idea exacta de su contenido. Orígenes afirma en el siglo III que la «Iglesia tiene cuatro evangelios y la herejía muchos: de los cuales uno se titula *según los Egipcios...*» (*Hom. I in Lc.*). Clemente Alejandrino —también en el siglo III— no acentúa tanto como Orígenes el carácter «herético» de este evangelio y nos ofrece, en cambio, un buen número de citas, que son, hoy por hoy, la mejor

fuente de información de que disponemos sobre el particular (n.1-6).

Este autor se refiere reiteradamente a un «diálogo entre el Salvador y Salomé» —contenido, según cree, en el «evangelio según los Egipcios»— a cuya autoridad recurría la secta de los *Engratitas* para justificar su posición hostil respecto al matrimonio y a la vida sexual. Se da el caso de que una de las frases más contundentes en este contexto («Cuando holléis la vestidura del rubor y cuando los dos vengan a ser una sola cosa, y el varón, juntamente con la hembra, no sea ni varón ni hembra»), que Clemente Alejandrino dice haber encontrado en nuestro evangelio (n.5), aflora de una u otra forma en otros documentos coetáneos, por ejemplo en la llamada *2. Carta de Clemente* (12,2) y en el *Evangilio gnóstico de Tomás* (v.22), ambos del siglo II.

Esto ha dado pie para un buen número de conjetas sobre el origen de este *logion* y hasta sobre la posible dependencia del evangelio de Tomás respecto al de los Egipcios, sin que se puedan aducir pruebas definitivas en uno u otro sentido.

De lo que no parece caber duda es de que este inciso —igual que los otros a los que se refiere Clemente Alejandrino en sus testimonios— formaba parte del «diálogo entre el Salvador y Salomé», perteneciente al género literario de los «diálogos» cultivado por los gnósticos y estrechamente relacionado con el evangelio de los Egipcios. Prescindiendo de la cuestión sobre si este «evangelio» ha de considerarse como una narración evangélica que utilizaban los cristianos egipcios de origen gentil frente al «evangelio de los Hebreos» utilizado por los judeo-cristianos también en Egipto, o más bien como uno de los diversos «diálogos del Salvador» que se han conservado —cuestión difícil de dirimir a base de los datos que poseemos—, lo que no deja lugar a dudas es el trasfondo *enratita* y *gnóstico* que el escrito refleja, según las referencias de Clemente de Alejandría.

En este mismo sentido puede interpretarse el testimonio de Hipólito de Roma, quien afirma en el siglo III que el «evangelio titulado *según los Egipcios*» era utilizado por los *Naassenos* u *Ofitas* como apoyo para sus lucubraciones sobre la naturaleza del alma (n.7). Posteriormente es San Epifanio, en el siglo IV, quien atribuye a los *Sabellianos* del siglo II el uso del «evangelio egipcio» como autoridad en favor de sus errores trinitarios (n.8).

A juzgar por todo lo dicho, el *Evangilio según los Egipcios* tuvo su origen en el ambiente *enratita* de Egipto —probablemente en la

primera mitad del siglo II— y fue utilizado generosamente por diversas familias gnósticas.

Textos griegos: CLEMENS ALEXANDRINUS, *Stromata* III 6.9.13; ID., *Excerpta ex Theodoto*, 67; HIPPOLYTUS ROMANUS, *Philosophumena* V 7; EPIPHANIUS, *Haereses*, 62,2.

Bibliografía: M. HORNISCHUH, «Erwägungen zum “Evangelium der Ägypter”»: *Vigilius Christianae* 18 (1964) 6-13; Schneemelcher, I, 174-179; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 53-57; Moraldi, I, 383-385; Erbetta, I/1, 147-152; Starowieyski, 85-86; Stegmüller-Reinhardt, 76-77; Geerard, 6-7.

RECONSTRUCCIÓN DEL TEXTO

Clemente Alejandrino († ant.215):

1. A Salomé, que preguntaba: «¿Durante cuánto tiempo estará en vigor la muerte?», le dijo el Señor: «Mientras vosotras, las mujeres, sigáis engendrando». (Y esto) no porque la vida sea mala o la creación perversa, sino queriendo dar a entender lo que acontece naturalmente, pues la corrupción suele seguir ordinariamente a la generación (*Strom.* III 6).

2. Los que por medio de la famosa continencia se oponen a la acción creadora de Dios, aducen también aquellas palabras dirigidas a Salomé mencionadas anteriormente por mí. Están contenidas, según pienso, en el *Evangelio de los Egipcios*. Y afirman que dijo el Salvador en persona: *He venido a destruir las obras de la mujer. De la mujer, esto es, de la concupiscencia; las obras de ella, esto es, la generación y la corrupción* (*Strom.* III 9).

3. De donde, al tocar el discurso el punto de la consumación, hace bien en decir Salomé: «¿Hasta cuándo los hombres seguirán muriendo?» (La Escritura con la palabra *hombre* se refiere a dos cosas: a la apariencia exterior y al alma, y, además, al que se salva y al que no.) Y (es de saber) que el pecado se llama muerte del alma. Ésta es también la causa por la que el Señor responde con toda circunspección: «Mientras las mujeres sigan engendrando» (*Strom.* III 9).

4. Y ¿por qué no citan las demás cosas dichas a Salomé estos que se pliegan a cualquier norma mejor que a la evangélica, que es la verdadera? Pues habiendo dicho ella: «Bien hice al no engendrar», tomando la generación como cosa no conveniente, replica el Señor diciendo: «Puedes comer cualquier hierba, pero aquella que es amarga no la comas» (*Strom.* III 9).

5. Preguntando Salomé cuándo llegarían a realizarse aquellas cosas de que había hablado, dijo el Señor: *Cuando holléis la vestidura del rubor y cuando los dos vengan a ser una sola cosa, y el varón, juntamente con la hembra, no sea ni varón ni hembra*. La primera frase, ciertamente, no la encontramos en los cuatro evangelios retransmitidos, sino en el que es *según los Egipcios* (*Strom.* III 13).

6. Y cuando el Salvador diga a Salomé que continuará existiendo la muerte mientras sigan engendrando las mujeres, no lo dice con intención de vituperar la generación (como tal), que es necesaria para la salvación de los que creen (*Excerp. ex Theod.* 67).

Hipólito de Roma († 235):

7. Dicen [los naassenos] que el alma es difícil de encontrar y de comprender, pues no permanece siempre, ni en un mismo modo, ni en una misma forma, ni en una misma pasión, de manera que se pueda expresar en su imagen y comprender en su esencia. Estas diversas mutaciones las tienen contenidas en el evangelio titulado *según los Egipcios* (*Philosoph.* V 7).

San Epifanio († 403):

8. Todo su error y toda la fuerza de su error les viene a ellos [los sabelianos] de ciertos escritos apócrifos, sobre todo del llamado *Evangelio Egipcio*, al que algunos han impuesto este nombre. Pues en él se refieren muchas cosas de este estilo como si provinieran secretamente de la persona del Salvador, quien habría revelado a sus discípulos que la misma persona es el Padre, la misma el Hijo y la misma el Espíritu Santo (*Haeres.* 62,2).

4. EVANGELIO O TRADICIONES DE MATÍAS

Bajo la supuesta autoría de Matías aparece de vez en cuando en la literatura cristiana de los primeros siglos un *evangelio* que es tildado de «herético» por varios autores —por ejemplo, Orígenes (*Hom. I in Lc.*), Eusebio (*Hist. Ecl.* III, 25,6-7)— y que de hecho es citado como «apócrifo» en el *Decretum Gelasianum* y en la *Lista de los 60 li-*

bras. Estas alusiones no hacen, sin embargo, indicación alguna sobre su contenido.

Es posible, aunque no se pueda probar, que dicho escrito tenga algo que ver con las *Tradiciones de Matías* a que se refiere en el siglo III Clemente de Alejandría en diversos lugares, citando de ellas algunos fragmentos. Unas veces se alude sin más a estas *Tradiciones* en relación con algún extracto concreto (por ejemplo n.1, 3), otras se dice que fueron utilizadas por los gnósticos (n.2) o simplemente se hace alusión a los «herejes» que se amparaban en la autoridad de *Matías* (n.5). En este mismo sentido se expresa asimismo Hipólito de Roma, también en el siglo III, citando a los heterodoxos Basílides e Isidoro, que pretendían haber recibido de *Matías* unos *discursos secretos* que éste habría escuchado de labios del Salvador (n.6).

Con estas referencias resulta difícil recomponer el apócrifo perdido, pero no cabe duda de que —bajo la forma de *Evangelio* o bien de *Tradiciones*— existió en el siglo II un escrito atribuido a *Matías* del que se servían sobre todo círculos heterodoxos.

Textos griegos: CLEMENS ALFAXANDRINUS, *Stromata* II 9, III 4, IV 6, VII 13.17; HIPPOLYTUS ROMANUS, *Philosophumena* 7, 20.

Bibliografía: H. CH. PUICH-B. BLATZ, en *Schneemelcher*, I, 306-309; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 58-60; Moraldi, I, 385-386; Erbetta, I/1, 288-290; Starowieyski, 82-83; Stegmüller-Reinhardt, 128-129; Geerard, 7.

RECONSTRUCCIÓN DEL TEXTO

Clemente Alejandrino († ant.215):

1. Mas el principio de esta [verdad] es el admirarse de las cosas, como dice Platón en el *Theeteto* y Matías en (sus) *Tradiciones* al exhortar: *Admira lo presente*, poniendo esto como primer grado del conocimiento del más allá (*Strom. II* 9).

2. Dicen [los gnósticos] que también Matías enseñó de esta manera: *Luchar contra la carne y tratarla con desdén, no concediéndole placer alguno desenfrenado*, (equivale a) *crecer el alma por la fe y el conocimiento* (*Strom. III* 4).

3. Y dicen que el apóstol Matías decía continuamente en las *Tradiciones* que, *si peca el vecino de un elegido, pecó también el elegido. Pues, si este se hubiera comportado como el Verbo aconseja, se hubiera avergonzado*

también el vecino de su propia vida, de manera que no hubiera pecado (*Strom. VII* 13).

4. Cuentan, pues, que el jefe de los publicanos, Zaqueo (algunos dicen Matías), al oír la voz del Señor, que tuvo a bien quedarse en su casa, dijo: *Señor, he aquí que soy en limosna la mitad de mis bienes, y si en algo he defraudado a alguno, le devuelvo el cuádruplo*. Por lo que dijo el Señor a su vez: *Al venir hoy el hijo del hombre, ha encontrado lo que estaba perdido* (*Strom. IV* 6).

5. Entre las herejías, hay algunas que se denominan según el nombre [del fundador], tales como la de Valentín, Marción y Basílides, aunque se pavoneen de apropiarse la gloria (de ser) de Matías; pues, así como es idéntica la doctrina de todos los apóstoles, así lo es también la tradición (*Strom. VII* 17).

Hipólito de Roma († 235):

6. Basílides, pues, e Isidoro, su hijo legítimo y discípulo, dicen que Matías les dirigió unos *discursos secretos* que él escuchó de labios del Salvador, de quien fue adoctrinado privatamente. Veamos, pues, cómo lo mismo Basílides que Isidoro y todo su cortejo mienten a ojos vistos no sólo contra Matías, sino contra el Salvador mismo (*Philosoph. 7,20*).

5. OTROS EVANGELIOS APÓCRIFOS PERDIDOS¹

a) **Evangelio de los Adversarios de la ley y de los profetas.** Debió de ser un tratado anónimo que circulaba en Cartago hacia el año 420. San Agustín lo cita en su tratado *Contra adv. legis et Prophetarum* (II,3,14), recriminando su carácter apócrifo.

b) **Memoria de los Apóstoles.** Pablo Orosio, nacido h. 390, menciona este apócrifo en su tratado *Commonitorium de errore Priscilianistarum et Origenistarum* (c.2), como libro usado por los Priscilianistas, cuyo campo de acción fue sobre todo la Península Ibérica. A juzgar por este testimonio, el escrito tenía un carácter abiertamente dualista.

¹ Sobre el *evangelio de Pedro*, en gran parte recuperado, ver sección IV: Apócrifos de la Pasión. Sobre el *evangelio de Tomás*, descubierto en su versión copta, ver sección VII: Apócrifos gnósticos de Nag Hammadi.

c) **Evangelio de los cuatro rincones y quicios del mundo.** Se trata, según el testimonio de Abrahán Ecchelense en su tratado *Praefatio in conc. Nicaenum* (Migne, *Dictionnaire des Apocryphes* II, 953), de un escrito compuesto por gnósticos —discípulos de Simón Mago— que fomentaban las prácticas mágicas y el pacto con el diablo.

d) **Nacimiento de María.** Era un libro que —según el testimonio de San Epifanio (*Haeres.* 26,12)— utilizaban los gnósticos y contenía «cosas terribles y deletéreas». Se refiere, entre otras, a detalles concretos sobre la muerte de Zacarías, ausentes en otros apócrifos de la Natividad (ver Protoevangelio c.23-24), tales como la visión que éste tuvo antes de morir de «un hombre en pie, cuya cabeza era como de asno», a raíz de la cual se quedó mudo.

e) **Evangelio de Judas Iscariote.** Uno de los grupos más libertinos de la Gnosis —el de los llamados Cainitas— consideraba a Judas Iscariote como depositario de muchos secretos relacionados con su secta. Así lo afirman algunos escritores —por ejemplo, San Ireneo (*Adv. haeres.* I 31,1), San Epifanio (*Haeres.* 38,1)— y de ahí que en este ambiente surgiera un *evangelio* a su nombre.

f) **Evangelio de Eva.** No es extraño que —también en círculos gnósticos— se forjara un evangelio con este nombre, ya que es conocida la estrecha relación existente en el sistema *ofita* entre Eva y la serpiente. A él se refiere San Epifanio en varios pasajes (*Haeres.* 26,2,3).

g) **Evangelio de la Perfección.** Se le supone un origen gnóstico, pero nada sabemos sobre su contenido. Su existencia está atestiguada por los testimonios de San Epifanio (*Haeres.* 26,2) y Filastro (*Liber de haeres.* 33,7).

h) **Evangelio vivo.** Se trata de un escrito *maniqueo* del siglo III con el título de «evangelio vivo» o «viviente», a que alude Timoteo de Constantinopla en su tratado *De iis qui ad Ecclesiam accidunt* (Migne: PG 86,1,21). Sobre el evangelio de Mani, al que también se da el título de «vivo», y los fragmentos descubiertos relacionados con él, ver H.-Ch. Puech-B. Blatz, en *Schneemelcher*, I,320-329.

i) **Evangelio de Basílides.** A este escritor gnóstico de Alejandría, que vivió en el siglo II, le atribuye Orígenes en su *Homilia I sobre Lucas* un evangelio propio. Este testimonio es repetido por San Jerónimo en sus *Comentarios a Lucas*, sin que dé detalles concretos acerca de su contenido. Posiblemente se trata —si es que de verdad existió— de una redacción *gnóstica* de los evangelios sinópticos, inspirada particularmente en San Lucas y en San Mateo.

j) **Evangelio de Apeles.** Un discípulo de Marción —que, en su afán de purificar el cristianismo de todo influjo judaico, rechazaba en el siglo II todos los escritos del Antiguo Testamento y gran parte de los del Nuevo— por nombre *Apeles* compuso, según el testimonio de San Jerónimo en el prólogo a su *Comentario a San Mateo*, un evangelio que llevaba su nombre. Sobre la veracidad de este testimonio hay dudas más que justificadas que dan pie para pensar que —si de veras existió un *Evangelio de Apeles*— éste no fue otra cosa que el resultado de la manipulación a la que tanto Marción como su discípulo sometían textos del Nuevo Testamento.

B) FRAGMENTOS PAPIRÁCEOS

1. «LOGIA» DE OXYRHYNCHUS

Bajo este título recogemos tres series de fragmentos papiráceos descubiertos en Egipto en los años 1897, 1903 y 1904 por B. P. Grenfell y A. S. Hunt. Su hallazgo suscitó un interés extraordinario por la antigüedad de los papiros (siglo III) y porque la tesitura de los «dichos de Jesús» en ellos contenidos ofrece sorprendentes coincidencias y variantes respecto a los pasajes paralelos de los evangelios canónicos. La proliferación de teorías en torno a este descubrimiento —con la correspondiente, casi inabarcable, bibliografía— no cesó durante la primera mitad del siglo XX hasta que fue posible constatar la identidad de esta colección de *logia*. Esto ocurrió a partir del año 1945, en que fue descubierta la biblioteca gnóstica de Nag Hammadi. Los «dichos de Jesús» de nuestros fragmentos no son —según este sensacional hallazgo— otra cosa que restos dispersos del texto original griego del Evangelio gnóstico de Tomás, cuya versión íntegra copta forma parte de la biblioteca gnóstica citada y del que en la sección VII de esta obra ofrecemos al lector cumplida información, junto con la traducción castellana.

Textos griegos: B. P. GRENFELL-A. S. HUNT, *The Oxyrhynchus Papyri*, p.1 (Londres 1898), p.4 (Londres 1904); SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 85-87, 89-91, 73-74.

Bibliografía: Ver *Evangelio de Tomás*, sección VII.

a) Pap. Oxyrh. 654 (= Ev. de Tomás, v.1-6)

... Tales son los [...] discursos que tuvo Jesús, Señor viviente a [...] y a Tomás. Y les dijo: «Todo el que oyere estas palabras, no gustará la muerte».

I

Dice Jesús: «El que busca... no cese hasta que encuentre; y cuando haya encontrado, se quedará consternado; y consternado, reinará; y en reinando, descansará» (cf. Mt 7,7).

II

Dice Judas: «¿Quiénes son, pues, los que nos arrastran a lo alto del cielo, si es que el reino está en el cielo?» Dice Jesús: «Las aves del cielo, las bestias y todo lo que puede haber bajo la tierra, o sobre ella, y los peces del mar, son los que os arrastran hasta Dios. Y el reino de los cielos dentro de vosotros está. Quien, pues, conozca a Dios, lo encontrará, porque, conociéndole a Él, os conoceréis a vosotros mismos y entenderéis que sois hijos del Padre, el Perfecto, y, a la vez, os daréis cuenta de que sois ciudadanos del cielo. Vosotros sois la ciudad de Dios».

III

Dice Jesús: «El hombre que duda dónde ha de colocarse, no tendrá reparo en preguntar a alguno de sus compañeros sobre su sitio. Si no, tendrá que caer en la cuenta de que muchos primeros serán postreros y los postreros primeros y de que (éstos) solos vivirán» (cf. Mt 19,30).

IV

Dice Jesús: «Todo lo que no está ante tu vista y lo que te está oculto, te será revelado; pues no hay cosa oculta que no llegue a ser manifiesta y sepultada que no se desentierre» (cf. Mt 10,26)

V

Le preguntan sus discípulos y (le) dicen: «¿Cómo ayunaremos y cómo oraremos y cómo haremos limosna y qué observaremos de cosas semejantes?» (Les) dice Jesús: «Mirad, no sea que perdáis la recompensa. No hagáis sino las obras de la verdad. Pues, si hacéis éstas, conoceréis el misterio escondido. Digoos: Bienaventurado es el que...» (cf. Mt 6,1-18).

b) *Pap. Oxyrh. 1 (= Ev. de Tomás, vv.26-33)*

I

«y entonces verás de quitar la pajita que está en el ojo de tu hermano» (cf. Lc 6,42).

II

Dice Jesús: «Si no hacéis abstinencia del mundo, no encontraréis el reino de Dios; y si no observáis el sábado, no veréis al Padre».

III

Dice Jesús: «Estuve en medio del mundo y me dejé ver de ellos en carne; y encontré a todos ebrios y no di con ninguno que estuviera sediento entre ellos».

IV

«Y se aflige mi alma por los hijos de los hombres, porque están ciegos en su corazón y no miran a... la pobreza».

V

Dice Jesús: «Donde estén [...], y donde hay uno solo [...] yo estoy con él. Levanta la piedra y allí me encontrarás, hiende el leño y yo allí estoy».

VI

Dice Jesús: «No es acepto un profeta en su patria, ni un médico obra curaciones entre los que le conocen» (cf. Lc 4,24; Mt 13,57; Mc 6,4-5; Jn 4,44).

VII

Dice Jesús: «Una ciudad edificada sobre la cumbre de un alto monte y fortificada, ni ca[e]r puede, ni estar escondida» (cf. Mt 5,14).

VIII

Dice Jesús: «Tú escuchas con uno de tus oídos...»

c) *Pap. Oxyrh. 655 (= Eu. de Tomás, vv.36-37.102)*

I

No estéis preocupados desde la mañana hasta la tarde, ni desde la tarde hasta la mañana, ni por vuestra comida, qué vais a comer, ni por vuestro vestido, qué vais a poneros. Mucho más valéis que los lirios, los cuales crecen y no hilan. Teniendo un vestido, ¿por qué [...] también vosotros? (cf. Mt 6,25-26; Lc 12,22s).

II

¿Quién sería capaz de añadir (algo) a vuestra estatura? Él (Dios) os dará vuestro vestido (Mt 6,27; Lc 12,25). Le dicen sus discípulos: ¿Cuándo te manifestarás a nosotros y cuándo te podremos ver? (Les) dice (Jesús): Cuando os despojéis (de vuestros vestidos) y no sintáis vergüenza (cf. Gén 3,7).

III

.....
Decía: Han ocultado las llaves del reino; ellos no entraron ni dejaron pasar a los que entraban (cf. Lc 11,52; Mt 23,13).

Pero vosotros sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas (cf. Mt 10,16).

2. FRAGMENTO EVANGÉLICO DE OXYRHYNCHUS (*Oxyrh. Pap. n.840*)

Se trata de una hoja de pergamino, probablemente del siglo IV o V, descubierta por B. P. Grenfell y A. S. Hunt el año 1905. El texto está integrado por dos discursos atribuidos a Jesús, de los cuales el primero ha desaparecido casi por completo. El segundo, muy bien conservado, viene a ser una controversia entre Jesús y un fariseo —cuyo nombre parece leerse *Leví*— acerca de las purificaciones en el templo. El tenor de esta disputa recuerda de cerca a ciertos pasajes de los evangelios sinópticos (por ejemplo, Mt 15,1-20; 23-25; Mc 7,1-23) y pone en evidencia el influjo de fuentes canónicas. Lo que

el autor aporta de su propia cosecha denota cierta ignorancia respecto al ritual de las abluciones judías. Hay alusiones —por ejemplo, la de las «meretrices y flautistas» o la de la inutilidad del agua en orden a la purificación interior— que recuerdan pasajes atribuidos al *Evangelio de los Hebreos* y de los *Nazarenos* (ver anteriormente n.11, 28, 31).

Texto griego: B. P. GRENFELL-A. S. HUNT, *The Oxyrhynchus Papyri*, p.5 (Londres 1908); SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 76-78.

Bibliografía: J. HERMÍAS-W. SCHNEEMELCHER, en *Schneemelcher*, I, 81-82; Craveri, 281-282; Moraldi, I, 436-438; Erbetta, I/1, 105-106; Starowieyski, 96-97; Stegmüller-Reinhardt, 75; Geerard, 1.

[Verso]

... «antes de atacar injustamente, traman toda clase de ardides. Pero estad atentos no sea que os sobrevenga a vosotros también lo mismo que a ellos. Porque estos malhechores de los hombres no sólo reciben su castigo entre los vivos, sino que habrán de sufrir penas y muchos tormentos». Y, tomándolos consigo, los introdujo en el lugar mismo de las purificaciones y se puso a pasear por el templo. Entonces, cierto fariseo, un pontífice por nombre Leví (?), se acercó, salió a su paso y dijo al Salvador : «¿Quién te ha dado permiso para pisar este lugar de purificación y ver estos vasos sagrados sin haberte lavado tú y sin que tus discípulos se hayan mojado los pies? Sino que, estando contaminado, has hollado este templo, que es un lugar puro, donde nadie puede pisar sin haberse primero lavado y mudado y donde nadie osa mirar los vasos sagrados». Y párandonse al momento el Salvador con los discípulos, le respondió:

[Recto]

«Entonces tú, que estás en el templo, ¿(crees) estar puro?» Le dice él: «Sí estoy puro, pues me he lavado en el estanque de David y he subido por distinta escalera de la que utilicé para bajar y me he puesto vestidos limpios y blancos, y (sólo) entonces he venido y (me he atrevido a) mirar estos vasos sagrados». El Salvador le respondió diciendo: «Ay (de vosotros)!, ciegos, que no veis. Tú te has lavado en esta agua corriente, donde se han echado perros y puercos de noche y de día, y, al lavarte, has limpiado lo

exterior de la piel, que es lo que las meretrices y flautistas perfuman, lavan, acicalan y adornan para concupiscencia de los hombres, siendo así que su interior está lleno de escorpiones y de toda clase de maldad. Mas, por lo que se refiere a mí y a mis discípulos, de quienes tú afirmas que no nos hemos lavado, (yo te aseguro que) lo hemos hecho utilizando las aguas vivas que proceden de... Mas ¡ay de aquellos que...!»

3 FRAGMENTO GNOSTICO DE OXYRHYNCHUS (*Oxyrh. Pap. n.1081*)

Este fragmento papiráceo fue encontrado a principios del siglo XX en Behnesa. Se trata de un diálogo entre Jesús y sus discípulos, cuyo carácter gnóstico salta a la vista. En realidad es un fragmento del original griego de la obra titulada *Sophia Jesu Christi* —más conocida por su versión copta—, cuyo origen se remonta al siglo III.

Texto griego B P GRENFFLL A S HUNT, *The Oxyrhynchus Papyri*, p 8 (Londres 1911), SANTOS OTERO, *Los evangelios*, 78-79

Bibliografía Moraldi, I, 423, Stegmüller-Reinhardt, 75

[Verso]

«... Efectivamente, la naturaleza visible, extenuada por el aniquilamiento y la corrupción, no puede aniquilar la naturaleza de las cosas incorruptibles. Quien tenga (otros) oídos fuera de los oídos (corrientes), escuche. A los despiertos hablo yo». Aún añadió y dijo: «Todo lo nacido de la corrupción perece, como hijo que es de la corrupción. Mas lo nacido de incorruptibilidad no perece, sino que permanece incorruptible, como hijo que es de la incorruptibilidad. Mas algunos de los hombres erraron al no ver... la corrupción»...

[Recto]

Los discípulos: «¿Cómo, pues, vamos a encontrar la fe?» Les dice el Salvador: «Pasando de la oscuridad a la luz de las visiones; y esta emanación de la inteligencia os hará ver cómo se puede encontrar la fe clara del Padre que no tuvo padre. El que tenga oídos para oír, que escuche. El Señor

de todo no es el Padre, sino el progenitor. Pues el padre es principio solamente de las cosas futuras; mas el padre de él es Dios, el progenitor de todas las cosas desde su origen en adelante».

4 FRAGMENTO EVANGÉLICO DE FAYUM

En un trozo de papiro procedente de Fayum (Egipto), cuya antigüedad se cifra en los últimos decenios del siglo III, se conserva este breve texto de difícil lectura a causa de su estado lagunoso y fragmentario. Se trata de una versión abreviada de las pericopas Mt 26,30-34 y Mc 14,26-30 en que Jesús, en vísperas de su pasión, profetiza la deserción de los apóstoles y la negación de Pedro. No se encuentra en él detalle alguno de carácter apócrifo. Tampoco hay argumentos suficientes para dirimir en un sentido o en otro la cuestión sobre la dependencia o no dependencia de los textos canónicos.

Texto griego G BICKELL, *Mitteilungen aus der Sammlung der Papyrus Erzb Rainer*, I, (Viena 1886) 53-61, SANTOS OTERO, *Los evangelios*, 81

Bibliografía Craveri, 285, Erbetta, I/1, 108, Moraldi, I, 447, Starowieyski, 101, Schneemelcher, I, 87, Stegmüller-Reinhardt, 74, Geerard, 2-3

[...] Después de cenar como de costumbre, (dijo:) «Todos en esta noche habréis de escandalizaros, según lo que está escrito: Herré al pastor y las ovejas se dispersarán» (Zac 13,7). Habiéndole dicho Pedro: «Aunque todos, yo no», (dijo:) «Antes de que el gallo cante hoy dos veces, tú has de negarme tres»...

5 FRAGMENTO DE EL CAIRO (*Pap. n 10735*)

Forma parte del *Catalogue général des antiquités égypt. du Musée du Caire* t.X (Oxford 1903), publicado por B. P. Grenfell y A. S. Hunt. Es un fragmento papiráceo de caracteres unciales del siglo VI o VII, cuyo *recto* alude a la huida a Egipto —paralelamente a Mt 2,13— y cuyo *verso* se refiere a la anunciación en términos semejantes a los de Lc 1,36. Da la impresión de que —más que de un fragmento evangélico— se trata de una antigua homilía.

Texto griego: B. P. GRENFELL-A. S. HUNT, o.c., n.10735; SANTOS OTERO, *Los evangelios..., 82.*

Bibliografía: Erbetta, I/1, 107-108; Moraldi, I, 446-447; Starowieyski, 102; Schneemelcher, I, 86-87; Stegmüller-Reinhardt, 74; Geerard, 2.

[*Recto*]

Un ángel del Señor habló: «José, levántate y toma a María, tu mujer, y huye a Egipto...» [...] todo presente y si [...] a sus amigos [...] del rey [...].

.....

[*Verso*]

[...] séate explicado. Mas el generalísimo (celestial) dice a la Virgen: «He aquí que Isabel, tu pariente, también ha concebido; y está en el sexto mes, la que era llamada estéril. En el sexto (mes), esto es, en el mes de Thoth, la madre concibió, pues, a Juan. Mas convenía que el generalísimo anunciara al ministro, Juan, que se adelantaba a la venida de su Señor.

6. FRAGMENTO EVANGÉLICO DE EGERTON (*Egerton Pap. 2*)

Pocos fragmentos papiráceos de contenido evangélico han despertado tanto interés como el que se descubrió el año 1934, parte integrante de un lote de papiros procedentes de Egipto que adquirió por estas fechas el British Museum. No sólo su antigüedad —se trata de un documento del siglo II—, sino sus numerosas analogías, tanto de carácter lingüístico como de contenido, con los cuatro evangelios canónicos (al margen de algún episodio ajeno a éstos), hicieron pensar a no pocos investigadores en la existencia de una composición totalmente independiente de la tradición canónica. Algunos llegaron incluso a denominarlo «quinto evangelio» (ver bibliografía en la edición bilingüe de esta obra [BAC 148] 93).

Este entusiasmo de primera hora ha dado paso a estudios más serenos que corrigen en varios aspectos las exageraciones de antaño. Hay que notar, por ejemplo, que el año 1987 fue dado a conocer por M. Gronewald (ver bibliografía) un nuevo fragmento papiráceo que contiene parte del Egerton 2 y cinco líneas más. El estudio papirológico de este nuevo

hallazgo da pie para pensar que la antigüedad de Egerton 2 se acerca más al año 200 que al 150 que proponían los primeros editores.

El texto, que ocupa dos folios y parte de un tercero, empieza con una larga discusión entre Jesús y «legisperitos»/«jefes del pueblo» en términos que encontramos con frecuencia en el evangelio de San Juan (lín.1-30: Jn 5,39.45; 7,30.44; 8,59; 9,29; 10,31.39). El motivo de la discusión no viene indicado, pero todo inclina a pensar que se trata de una supuesta infracción del descanso sabático por parte de Jesús. Sigue un episodio sobre la curación de un leproso, que —si bien muestra rasgos muy originales— concuerda en lo sustancial con la relación de los sinópticos (lín.32-42: Mt 8,2-4; Mc. 1,40-44; Lc 5,12-14).

Más adelante se reproduce el diálogo entre Jesús y los discípulos de los fariseos en torno a la pregunta capciosa de éstos sobre si era lícito pagar tributo al césar, en que se entrecruza un pasaje de San Juan con otros diversos de los sinópticos (lín.43-59: Jn 3,2; Mt 22,16-21; Mc 12,13-17; Lc 20,20-25; Lc 6,46; Mt 15,7-9; Mc 6-7). Finalmente concluye el papiro con un episodio del que no hay constancia en los evangelios canónicos: Jesús pasea por la ribera del Jordán y deja caer unas semillas en el agua, que luego fructifican (lín.60-75). A juzgar por los restos legibles de este pasaje, la acción de Jesús está enmarcada en una discusión entre éste y sus adversarios, como buena parte de los episodios anteriores.

Este breve análisis del contenido hace plausible la hipótesis de que Egerton 2 es ante todo una compilación de pasajes evangélicos de carácter conflictivo. Su autor conocía muy bien —ya en el siglo II— los cuatro evangelios canónicos. Las divergencias textuales en relación con éstos —lejos de exigir por sí mismas una tradición independiente de la que ha llegado hasta nosotros— reflejan más bien ese estado fluido entre fijación textual y tradición oral, en que «citar de memoria» es un fenómeno con que hay que contar.

Texto griego: H. I. BELL-T. C. SKEAT, *Fragments of an Unknown Gospel* (Londres 1935); ID., *The New Gospel Fragments* (Londres 1935); SANTOS OTERO, *Los evangelios..., 93-96.*

Bibliografía: PH. VIELHAUER, *Geschichte der urchristlichen Literatur* (Berlín 1975) 636-639; F. NEIRYNCK, «Papyrus Egerton 2 and the Healing of the Leper»: *Ephemerides theologicae Lovanienses* 61 (1985) 153-160; M. GRONEWALD, «Unbekanntes Evangelium oder Evangeliumharmonie» en *Kölner Papyri*, vol. 6 [Abhandlungen RWA/Sonderreihe Papyrologica Colonenstia VII] (Köln 1987) 136-145; J. JEREMIAS-W. SCHNEEMELCHER, en *Schneemelcher I*, 82-85; Craveri, 283-284; Erbetta, I/1, 102-104; Moraldi, I, 444-446; Starowieyski, 97-100; Stegmüller-Reinhardt, 76; Geerard, 1.

Fragm. I [verso]

.....
mas Jesús dijo a los legisperitos: «Castigad a todo delincuente e inicuo, pero no a mí».

[.....]
y volviéndose hacia los jefes del pueblo, (les) dirigió este discurso: «Examinad las Escrituras en las que vosotros pensáis encontrar la vida; ellas son las que dan testimonio acerca de mí. No penséis que yo he venido a acusaros ante mi Padre. Es Moisés, en el cual tenéis puesta vuestra confianza, quien os acusa». Pero diciendo ellos: «Bien sabemos que Dios habló a Moisés, mas, por lo que a ti se refiere, ignoramos de dónde eres», respondió Jesús diciéndoles: «Ahora os acusa vuestra incredulidad...»

Fragm. I [recto]

.....
[...] concitaron a la turba a coger piedras, para lapidarle (todos) a una. Y los jefes echaron sus manos sobre Él para prenderlo y entregárselo a la chusma. Y no eran capaces de apresarlo porque aún no era llegada la hora de su entrega. Sino que el Señor, saliendo por medio de ellos, se retiró. Y he aquí que un leproso se le acerca y dice: «Maestro Jesús, al ir de camino con unos leprosos y comer juntamente con ellos en la posada, he contraído yo también la lepra. Si, pues, tú lo quieras, quedará purificado (de ella)». Entonces el Señor le dijo: «Quiero. Sé limpio». Y al instante se apartó de él la lepra. Y el Señor le dijo: «Ponte en camino (ahora mismo) y muéstrate a los sacerdotes.»

Fragm. II [recto]

Y presentándose ante Él en plan indagatorio, le tentaban diciendo: «Maestro Jesús, sabemos que eres venido de Dios, pues tus obras están de acuerdo con el testimonio de los profetas. Dinos, pues: ¿Es lícito dar a los reyes lo que corresponde a (su) autoridad? ¿Se lo damos o no?» Mas Je-

sús, indignado al conocer su pensamiento, les dijo: «¿Por qué me llamáis maestro con los labios, si no escucháis lo que os digo? Bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo me honra con los labios, mas su corazón está lejos de mí. En vano me reverencian... mandatos»...

Fragm. II [verso]

.....
su peso ingravido [...] dudando aquéllos (como si se tratara) de una pregunta extraña, Jesús, que estaba andando, se paró en la ribera del Jordán, extendió su mano diestra [...] y sembró en el río...

.....
[...] y a vista de ellos, el agua produjo fruto...

7. EVANGELIO DE MARÍA MAGDALENA

(Pap. Ryl. III 463)

Este escrito gnóstico lleva el título de *Evangelio según María* en el colofón de los principales testigos en que su texto ha llegado hasta nosotros. Que esta mujer sea *María Magdalena*, se deduce del contexto y encaja además perfectamente en la ideología gnóstica, que considera a María de Magdala como depositaria privilegiada de las confidencias de Jesús resucitado, por haber sido su predilecta.

De este apócrifo, cuyo origen se remonta con toda probabilidad al siglo II, han llegado hasta nosotros dos fragmentos papiráceos del siglo III en su lengua original griega: uno es el papiro n.º 463 de la colección John Rylands de Manchester, que cubre la segunda parte del texto hasta el final, y otro —más breve— el papiro Oxyrhynchus 3525.

La mayor parte del texto se ha conservado sin embargo —aunque también de forma fragmentaria— en su versión copta, contenida en el Pap. Berolinensis 8502 del siglo V. Aunque faltan 6 folios del principio y algunos más después, permite este testigo recomponer en líneas generales el texto del apócrifo hasta conectar con el fragmento original griego del papiro Ryl. 463, del que ofrecemos la versión castellana.

Según el texto copto, nuestro apócrifo ofrece en primer lugar un diálogo entre Jesús resucitado y sus discípulos, en que Cristo —el «Redentor»— contesta a diversas preguntas formuladas por éstos relacionadas con la «materia» y el «pecado». Después se despide de ellos, no sin antes recomendarles que vayan a predicar el «evangelio del Reino». Esta despedida deja a los apóstoles consternados y sumidos en la desolación hasta que María Magdalena irrumpre de pronto y les da ánimos, exhortándoles a confiar en la gracia divina. Aquí parece terminar la primera parte del apócrifo.

La segunda parte comienza con un requerimiento de Pedro a María Magdalena para que ésta le cuente a él y a los demás discípulos la «revelación» que ella ha recibido de Jesús. María describe entonces una «visión», en que le ha sido dado conocer muchos secretos acerca del «alma» y de las «cinco potencias contrarias» que se le interponen en su camino hacia el «descanso». La reacción de Pedro y Andrés ante esta visión de María —análoga a la que se lee en el v.114 del *Evangelio gnóstico de Tomás* (ver sección VII)— viene reflejada en este fragmento del texto griego:

«... lo restante del camino, de la medida justa, del tiempo, del siglo, descanso en silencio». Dicho que hubo esto, María calló, como si el Salvador le hubiera hablado (solamente) hasta aquí. (Entonces) dice Andrés: «Hermanos, ¿qué os parece de lo dicho? Porque yo, por mi parte, no creo que haya hablado esto el Salvador, pues parecía no estar de acuerdo con su pensamiento». Pedro dice: «Pero es que, preguntado el Señor por estas cuestiones, iba a hablar a una mujer ocultamente y en secreto para que todos (la) escucháramos? ¿Acaso Iba a querer presentarla como más digna que nosotros?» [...]

La laguna que afecta aquí al texto griego puede llenarse con la siguiente intervención contenida en la versión copta: «María, llorando, le dice a Pedro: Pedro, hermano mío, ¿en qué piensas? ¿Crees que son todo imaginaciones mías o que he engañado al Salvador?» A continuación sale Leví en defensa de María y pone final a «su» evangelio:

[...] del Salvador?» Leví dice a Pedro: «Siempre tienes la cólera a tu lado, y ahora mismo discutes con la mujer enfrentándote con ella. Si el Salvador la ha juzgado digna, ¿quién eres tú para despreciarla? De todas maneras, Él, al verla, la ha amado sin duda. Avergoncémonos más bien, y, revestidos del hombre perfecto, cumplamos aquello que nos fue mandado. Prediquemos el evangelio sin restringir ni legislar, (sino) como dijo el Salvador». Terminado que hubo Leví estas palabras, se marchó y se puso a predicar el *evangelio según María*.

Fragmentos griegos: C. H. ROBERTS, «Catalogue of the Greek and Latin Papyri in the John Rylands Library, III», en *Theological and Literary Texts* (Manchester 1938) n.463; P. J. PARSONS, *The Oxyrhynchus Papyri, L* (Londres 1983) 12-14; D. LUHRMANN, «Die griechischen Fragmente des Mariaevangeliums POx 3525 und PRyl 463»; *Novum Testamentum* 30 (1988) 321-339.

Fragmentos coptos: W. C. TILL-H. M. SCHENKE, *Die gnostischen Schriften des koptischen Papyrus Berolinensis 8502* (Texte u. Untersuchungen 60, Berlín 1972) 62-78; R. MCL. WILSON-G. W. MACRAE, en D. M. PARROT, *Nag Hammadi Codices V, 2-5 and VI with Papyri Berolinensis 8502, 1 and 4* (Leiden 1979) 453-471.

Bibliografía: Wilson, 340; A. PASQUIER, «L'eschatologie dans l'Évangile selon Marie», en B. BARC, *Colloque internationale sur les Textes de Nag Hammadi* (Québec-Louvain 1981) 390-404; H. CH. PUICH-B. BLATZ, en *Schneemelcher*, I, 313-315; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 96-97; Erbetta, I/1, 293-296; Moraldi, I, 453-457; Geerard, 14-15.

8. PAPIROS COPTOS DE ESTRASBURGO (Strassb. Copt. 5-6)

Al presentar el *Evangelio de María Magdalena* hicimos mención del papiro copto de Berlín n.8502, del siglo V, que consta de 71 folios y contiene —además del texto fragmentario de este evangelio— otros tratados gnósticos como el *Apócrifo de Juan* y la *Sabiduría de Jesucristo*. Característica común de todos estos escritos —a los que hay que añadir muchos otros del mismo género descubiertos a partir de 1945 en la biblioteca gnóstica de Nag Hammadi— es que están redactados todos en lengua copta y que, a pesar de que se presenten con frecuencia en forma de diálogo entre Jesús y sus discípulos, son ante todo tratados de filosofía gnóstica y, por tanto, ajenos al objeto de este libro. Dejamos para la sección VII la presentación de los evangelios de *Tomás* y de *Felipe*, que también forman parte de la citada biblioteca de Nag Hammadi.

Los fragmentos papiráceos de Estrasburgo que aquí presentamos sí que dan la sensación de ser restos de un *evangelio*, aunque su deficiente estado de conservación hace difícil la lectura e interpretación del texto. Fueron editados primero por A. Jacoby el año 1900, pero la reconstrucción textual fue sometida el mismo año a un riguroso examen llevado a cabo por C. Schmidt, que dio por resultado una lectura más coherente del contenido. En lo que no han podido ponerse de acuerdo los críticos es en lo relativo a la identidad y filiación de los fragmentos. El papiro n.5 contiene una oración de Jesús parecida a la del c.17 de San Juan, con una estructura rítmica que recuerda de lejos la del himno gnóstico de los *Hechos apócrifos de Juan*

(c.97-99). El segundo fragmento reproduce una conversación entre Jesús y los apóstoles. A juzgar por las huellas de los evangelios canónicos que se pueden detectar en estos textos, no parece que su composición pueda suponerse antes del siglo III.

Texto copto: A. JACOBY, *Ein neues Evangelienfragment* (Estrasburgo 1900); C. SCHMIDT, en *Göttingische gelehrte Anzeigen* 6 (1900) 481-506.

Bibliografía: Schneemelcher, I, 87-89; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 98-99; Moraldi, I, 448-451; Erbetta, I/1, 109-110; Stegmüller-Reinhardt, 76; Geerard, 3.

a) *Strassb. Copt. 5*

[*Recto*]: [para que] pueda ser conocido por su [hospitalidad para con los extranjeros] y ser alabado por su fruto, pues...

[...] Amén. Dame ahora tu [fuerza], ¡oh Padre!, para que [ellos] conmigo puedan soportar el mundo. Amén. [Yo he] recibido la diadema (cetro?) del reino.

.....
Yo he llegado a ser rey por ti, Padre. Tú quieres someter todas las cosas a mí. [Amén]. ¿Por quién debe ser destruido [el último] enemigo? Por [Cristo]. ¿Por quién debe ser aniquilado el aguijón de la muerte? [Por el] Unigénito. Amén.

¿A quién pertenece el dominio? [Al Hijo]. Amén.

[*Verso*]: Cuando Él terminó todo el [canto de alabanza a su Padre], se volvió hacia nosotros y [nos] dijo: «Viene la hora en que yo he de ser separado de vosotros.

El espíritu [está] presto, pero la carne es débil: [quedao] y vigilad conmigo».

Pero nosotros, los apóstoles, llorábamos diciendo:

.....
Él respondió y nos dijo: «No temáis [por] la destrucción [del cuerpo], sino [temed] más bien... la fuerza de [las tinieblas]. Recordad todo [lo que] os he dicho: [Si] ellos me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros... Alegra[os] porque yo [he vencido al mundo].

b) *Strassb. Copt. 6*

[*Recto*]: [para que yo] pueda revelaros toda mi gloria y manifestaros toda vuestra fuerza y el misterio de vuestro apostolado..

[*Verso*]: Nuestras miradas penetraron por todos los lugares. Nosotros hemos contemplado la gloria de su Divinidad y todo el resplandor de su dominio. Él nos ha revestido con la fuerza de nuestro apostolado.

C) «AGRAPHÀ»

El interés por encontrar dichos o hechos de Jesús no consignados en los cuatro evangelios canónicos emerge con diversos grados de intensidad ya en los primeros siglos del cristianismo. De hecho, ya constataba San Juan al final de su evangelio que si se intentara recoger todo lo que hizo Jesús a lo largo de su vida, los libros que para ello serían necesarios «no cabrían en todo el mundo». A este interés primigenio responde también la literatura apócrifa en general, si bien aquí la fabulación y la defensa de determinadas corrientes ideológicas tienen más peso que la búsqueda desinteresada del mensaje desconocido de Jesús.

Es a partir del siglo XVII cuando se acuñan los términos de *logia* (= dichos) y *agrapha* (= no escritos), refiriéndose al conjunto de palabras o dichos de Jesús que se pueden encontrar dispersas en diversas fuentes antiguas, ajena a los cuatro evangelios. Aunque ambas expresiones son complementarias, se suele emplear la palabra *logia* para referirse a los dichos extracanónicos de Jesús que se han ido encontrando en diversos fragmentos papiráceos de gran antigüedad —como los ya reseñados de Oxyrhynchus, Fayum, Egerton, etc.—, mientras que *agrapha* tiene una significación más amplia, que comprende muchas otras fuentes de la tradición.

Sobre el interés que ha despertado este tema en el mundo científico puede el lector hacerse una idea consultando la amplia bibliografía que incluimos en la edición bilingüe de esta obra. Las discrepancias en la definición general y valoración concreta de cada uno de sus componentes saltan también a la vista, teniendo en cuenta que del material immense de *agrapha* que recogió A. Resch en 1889, no son muchos más de media docena los que a juicio de O. Hofius en 1990 ofrecen alguna garantía de autenticidad (ver bibliografía).

Con toda la importancia que puede tener esta cuestión de la *auténticidad*, creemos que en una colección de *apócrifos* como la presente no debe faltar una relación representativa de los *dichos* que se han atribuido a Jesús durante los primeros siglos, aunque en muchos casos su autenticidad sea dudosa o difícilmente verificable.

Excluimos de este apartado, por razones obvias, los *agrapha-logia* ya contenidos en otros capítulos de esta obra, por ejemplo, evangelios apócrifos, fragmentos papiráceos, etc. Descartamos también —por su insignificancia— los que se pueden encontrar en fuentes judías, como la *Mischna* o el *Talmud*, para centrar nuestra atención en cuatro grupos distintos de «dichos de Jesús» con arreglo a la diversidad de su procedencia:

1. **«Agrapha» canónicos extraevangélicos** (n.1-5). Se trata de dichos de Jesús no consignados en los cuatro evangelios, pero sí en otros lugares del Nuevo Testamento, por ejemplo en los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas de San Pablo o el Apocalipsis. Su autenticidad es, por supuesto, la misma que la de los escritos de donde proceden.

2. **Variantes de los manuscritos evangélicos** (n.6-12). Es sabido que para obtener un texto fiable de los cuatro evangelios ha sido necesario colacionar un gran número de manuscritos griegos de diversas épocas y pertenecientes a distintas familias. Cada uno de estos códices presenta una cantidad de variantes de diverso género con respecto a la lectura acreditada por los mejores testigos. Estas «variantes» —que muchas veces constituyen también *añadiduras* al texto canónico— son una gran cantera de *agrapha* de muy diversa índole. Uno de los ejemplos más interesantes es el llamado *Logion de Freer*, que se encuentra en el códice W (manuscrito uncial del siglo V), y es en realidad una interpolación entre los versículos 14 y 15 del c.16 de San Marcos (n.7). En él se reproduce un diálogo entre Jesús resucitado y los apóstoles, parecido en su estructura al que sirve de marco y punto de partida a numerosas obras de la literatura gnóstica.

3. **«Agrapha» citados por los Padres** (n.13-38). Es éste el grupo más numeroso, ya que comprende «dichos de Jesús» cuyo punto de referencia se encuentra diseminado por todo el ámbito de la literatura cristiana antigua. Escritores del siglo II y III —como Justino, Ireneo, Hipólito, Orígenes, Clemente y Dídimo de Alejandría— están temporalmente ya lejos de las fuentes evangélicas, pero son los que más *agrapha* aportan en sus obras. Más cercanos a los orígenes son los escritos de la era apostólica, pero son pocos los «dichos de Jesús» extracanónicos que nos han conservado (n.13, 34-36), y aun éstos no siempre identificables con absoluta seguridad como «palabras de Jesús».

4. **«Agrapha» de origen musulmán** (n.39-51). La ascética y mística musulmana hace referencia con frecuencia a Jesús y aduce numerosas sentencias como «dichos» de éste. No tiene ello nada de particular, ya que los representantes musulmanes de estas corrientes recurren no pocas veces al mensaje evangélico como fuente de inspiración. Las posibilidades, sin embargo, de encontrar auténticos *agrapha* en este campo son muy remotas, ya sea porque la época de composición de los escritos correspondientes es muy reciente (la mayor parte datan del siglo XI o XII), ya sea porque la forma en que se presentan estos «dichos» atribuidos a Jesús son en general meras adaptaciones a los temas tratados por sus autores. La colección más amplia de estos *agrapha* fue publicada en 1916 por M. Asín Palacios (ver bibliografía): de ella extractamos algunos ejemplos.

Bibliografía: A. RESCH, *Agrapha / Aussercanonische Evangelienfragmente* [Texte u. Untersuchungen V,4] (Leipzig 1889, reimpr. Darmstadt 1967); L. VAGANAY, «Agrapha», en *Dictionnaire de la Bible* (Suppl. I) (1928) 159-198; M. ASÍN PALACIOS, «Logia et agrapha Domini Jesu apud Moslemicos scriptores, asceticos praelestern usitata», en *Patrologia Orientalis* t.13, 3 (1916), t.19, 4 (1926); J. JEREMIAS, *Unbekannte Jesusworte / Unter Mitwirkung von O. Hofius völlig neu bearbeitete Auflage* (Gütersloh 1965); Wilson, 322-323; O. HOFIUS, en *Schneemelcher*, I, 76-79; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 102-116; Erbetta, I/1, 83-96; Moraldi, I, 459-464; Starowieyski, 104-118; Geerard, 8.

1. «AGRAPHÀ» CANÓNICOS EXTRAEVANGÉLICOS

1. Y, estando con ellos a la mesa, les recomendó que no se retirasen de Jerusalén, sino que aguardasen la promesa del Padre, «da cual oísteis de mí; porque Juan bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo de aquí a no muchos días». [...] Les dijo: «No os toca a vosotros conocer los tiempos u oportunidades que el Padre determinó con su propia potestad; pero recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos así en Jerusalén como en toda la Judea y Samaria e incluso hasta en los confines de la tierra» (Hch 1,4-8).

2. Es necesario ... recordar las palabras del Señor Jesús, pues Él dijo: «Mayor dicha es la de dar que la de recibir» (Hch 20,35).

3. Haced esto en mi memoria. [...] Haced esto, cuantas veces bebáis, en mi memoria (1 Cor 11,24-25).

4. Porque esto os afirmamos de acuerdo con la palabra del Señor: que nosotros, los vivos, los supervivientes hasta la venida del Señor, no nos adelantaremos a los que durmieron (1 Tes 4,15).

5. He aquí que vengo como ladrón. Dichoso el que vigila y conserva sus vestidos de manera que no ande desnudo y deje ver sus vergüenzas (Ap 16,15).

2. VARIANTES DE LOS MANUSCRITOS EVANGÉLICOS

6. ... Mas vosotros haced por crecer (partiendo) de lo pequeño, y [no] (*Syro-Curet*) por disminuir (partiendo) de lo más grande, y cuando os acerquéis, invitados, a un banquete, no os reclineís sobre los puestos destacados, no sea que venga alguien más digno que tú, y, viniendo el anfitrión, te diga: Retírate un poco más abajo, y te llenes de vergüenza, Mas, si ocupas el lugar más inferior, te dirá el anfitrión: Ponte más arriba; y esto te será provechoso (*Cod. D*: Mt 20,28).

7. Y aquellos (los apóstoles) se excusaban diciendo: «Este mundo infiel e inicuo está bajo el poder de Satanás, el cual no permite a los mancillados por los espíritus percibir la verdadera fuerza de Dios. Manifiesta, pues, tu justicia», le decían los apóstoles a Cristo. Mas Él les dijo: «Se han cumplido los años de duración del poder satánico, pero se acercan otras cosas terribles. Yo me entregué a la muerte por los que pecaron, para que vuelvan a la verdad y no tengan a pecar y para que sean herederos de la gloria espiritual e incorruptible que está en el cielo» (*Cod. W*: Mc 16,14-15 [*Logion Freer*]).

8. El mismo día, habiendo visto a uno que trabajaba en sábado, le dijo: «Hombre, si te das cuenta de lo que haces, dichoso de ti; pero, si no, maldito eres y transgresor de la Ley» (*Cod. D*: Lc 6,4).

9. Porque yo vine a vosotros como el que sirve, no como el que está sentado a la mesa; mas vosotros os habéis engrandecido en mi servicio como el que sirve (*Cod. D*: Lc 22,27).

10. Y, al ser bautizado, salió del agua una gran luz y le rodeó, de manera que se llenaron de temor todos los que allí habían llegado (*Cod. Vercellensis*: Mt 3,13-17).

11. Y de repente, sobre la hora de tercia, las tinieblas se extendieron por toda la faz de la tierra y descendieron ángeles del cielo, y al resucitar (Jesús) con el resplandor de Dios vivo, (éstos) se elevaron juntamente con Él, y al momento sobrevino la luz. Entonces

ellas (las mujeres) se acercaron al sepulcro y ven removida la tierra (*Cod. Bobbiensis*: Mc 16,2-4).

12. Golpeaban su pecho diciendo: ¡Ay de nosotros! Éste era el Hijo de Dios. He aquí que ya ha llegado la ruina de Jerusalén (*Cod. Palatinus*: Lc 23,48).

3. «AGRAPHÀ» CITADOS POR LOS PADRES

13. Así, dice, los que pretenden verme a mí y conseguir mi reino, han de alcanzarme a fuerza de tribulaciones y sufrimientos (*Epist. Barnabae* 7,11).

14. Por eso dijo también Nuestro Señor Jesucristo: «En el estadio en que os sorprenda, en él os juzgaré» (*IUSTINUS, Adv. Tryph.* 47).

15. Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, dijo: «Es necesario que vengan los bienes, y dichoso aquel por quien vienen» (*Epitome Clem.* I c.96).

16. Mi secreto para mí y para los hijos de mi casa (*CLEMENS AL., Strom.* V 10,63,7).

17. Pedid las cosas grandes y os darán por añadidura las pequeñas (*CLEMENS AL., Strom.* I 24,158,2).

18. Justamente, pues, la Escritura, en su deseo de que nos hagamos dialécticos de esta categoría, nos exhorta: «Sed banqueros expertos, rehusando lo (malo) y reteniendo lo bueno» (*CLEMENS AL., Strom.* I 28,177,2).

19. Y el Señor dijo: «Salid (libres), los que queréis, de vuestras ligaduras» (*CLEMENS AL., Strom.* VI 6,44).

20. Dice, pues, Jesús: «Me hice débil por los débiles y pasé hambre por los hambrientos y sed por los sedientos» (*ORÍGENES, In Mt.* 13,2).

21. Por eso dice el Salvador: «Sálvate tú y tu alma» (*CLEMENS AL., Excerpta ex Theod.* 2).

22. Y otra vez dice el Señor: «El que está casado no sea repudiado y el célibe no se case. El que está determinado a vivir en soltería según su propósito, que permanezca célibe» (*CLEMENS AL., Strom.* III 15,97,4).

23. Y en el Evangelio está escrito: «La sabiduría envía sus hijos» (*ORÍGENES, In Ier.* 14,5)

24. Por lo cual dice el Salvador: «El que anda cerca de mí anda cerca del fuego; mas el que está lejos de mí, lejos está de (mi) reino» (DIDYMUS, *In Ps.* 88,8).

25. Por eso dice: «Heme aquí presente a mí, el que habla por medio de los profetas» (EPIPHANIUS, *Haeres.* 66,42).

26. ... la sentencia evangélica que dice: «Pasa la apariencia de este mundo» (THEOD. BALS., *Epist. de Rasaph*).

27. Pues dice: «¿Has visto a tu hermano? (Hazte cuenta de que) has visto a Dios» (CLEMENS AL., *Strom.* I 19,94,5. II 15,70,5).

28. Hablando de María, dijo Marta que la había visto sonreírse. María repuso: No me reí, pues (Jesús) anunció en su predicación que «lo débil sería salvado por lo fuerte» (*Ord. Ecl. de los Apóst.* 26).

29. Por tanto, les decía el Señor: «¿Por qué os admiráis de los prodigios? Una herencia os voy a dar que no posee el mundo entero» (MACARIUS AEGYPT., *Homilia* 12,17).

30. Asimismo, acerca de la caridad: «El amor, dijo, cubre multitud de pecados» (CLEMENS AL., *Paedagogus* III 12,91,3).

31. «Si alguien comulga el cuerpo del Señor y usa de purificaciones, será maldito», como dijo el Señor (*Norma canónica de los Santos Apóstoles* n.3).

32. Porque dice la Escritura: «El hombre que no es tentado, no es aprobado» (*Didascalia* II 8).

33. Pues dijo: «Muchos vendrán en mi nombre vestidos por fuera con pieles de oveja, pero por dentro son lobos rapaces»; y: «Habrá cismas y herejías» (IUSTINUS, *Dialogus* 35).

34. Pues así dijo: «Compadeceos para que seáis compadecidos; perdonad para que se os perdone; conforme a vuestro comportamiento en relación con los demás, será el de ellos con relación a vosotros; del mismo modo que dais, se os dará; como juzgáis, así seréis juzgados; en la medida que seáis benignos, se usará de benevolencia con vosotros; la vara con que medís, servirá de medida para vosotros mismos» (*I Clem.* 13,2).

35. Se ha dicho también acerca de esto: «Que sude la limosna en tus manos hasta tanto que sepas a quién se la vas a dar» (*Didaché* 1,6).

36. Dice el Señor: «Cuando el madero se incline y vuelva a subir y cuando de él destile sangre...» (*Epist. Barnabae* 12,1).

37. Estando el Señor hablando a sus discípulos acerca del futuro reino de los santos y ponderando lo glorioso y admirable que será, maravillado Judas ante la descripción, dijo: «¿Quién, pues, po-

drá ver estas cosas?» Y el Señor replicó: «Será dado ver estas cosas a aquellos que se hicieren dignos de ello» (HIPPOLYTUS, *Comm. in Dan.* 4,60).

Asimismo, los ancianos que conocieron a Juan, el discípulo del Señor, recuerdan haberle oído referir las enseñanzas y dichos de Jesús acerca de aquellos tiempos: «Días vendrán en que brotarán las vides, teniendo cada cepa diez mil sarmientos; y en cada sarmiento habrá diez mil ramos, y en cada ramo habrá diez mil renuevos; y en cada renuevo, diez mil racimos; y en cada racimo, diez mil granos de uva; y cada grano de uva, al ser exprimido, dará veinticinco metretas de vino [= 100 lit.]. Y cuando alguno de los santos vaya a tomar un racimo, otro le dirá: Yo soy mejor; tómame a mí y por mi medio bendice al Señor. De la misma manera, cada grano de trigo ha de producir diez mil espigas, y cada espiga ha de tener diez mil granos, y cada grano ha de dar cinco libras dobles de flor pura de harina. Y todos los demás frutos, hierba[s] y simientes proliferarán según esta proporción. Todos los animales que se nutran de estos alimentos provenientes de la tierra serán pacíficos entre sí, vivirán amigablemente y estarán sometidos a los hombres con toda sujeción». De estas cosas da también testimonio por escrito Papías, hombre antiguo, discípulo de Juan y compañero de Policarpo, en el cuarto de entre sus libros; pues son cinco los que escribió. Y añadió estas palabras: «Pero esto es digno de crédito únicamente para los creyentes. Y al no creer, dice, Judas el traidor y preguntar de qué manera realizaría el Señor tales proliferaciones», refiere que dijo el Señor: «Las verán aquellos que sean capaces de llegar hasta allí» (IRENAEUS, *Adv. haeres.* V 33,3s).

38. «Sed fuertes en la batalla y luchad con la serpiente antigua, y alcanzaréis el reino eterno», dice el Señor (*Old English Homilies*, ed. R. Morris [Londres 1868], serie I, p.151).

4. «AGRAPHÀ» DE ORIGEN MUSULMÁN

39. Dijo Jesús (a quien Dios salude): ¡Cuántos son los áboles! Pero no todos dan fruto. ¡Cuántos son los frutos! Pero no todos son buenos. ¡Cuántas son las ciencias! Pero no todas son útiles» (ALGAZEL, *Epítome del renacimiento de las ciencias religiosas* I 24,5).

40. Dijo Jesús (a quien Dios salude): «No colgueís las margaritas al cuello de los puercos, pues la sabiduría vale más que las mar-

garitas, y quien la despreciare, peor es que los puercos» (ALGAZEL, o.c., I 43,4).

41. Dijo Jesús (a quien Dios salude): «¿Cómo va a ser contado entre los sabios el que, (después de estar) andando por la senda que conduce a la vida futura, dirige sus pasos hacia la vida de este mundo? Y ¿cómo va a ser contado entre los sabios el que busca la palabra de Dios para anunciarla a los demás y no para ponerla en práctica?» (ALGAZEL, o.c., I 46,14).

42. Dijo Jesús (a quien Dios salude): «Dichoso el que abandona la pasión del momento por una promesa ausente que aún no vio» (ALGAZEL, o.c., III 48,8).

43. Dijo Jesús (a quien Dios salude): «Cuidaos de mirar a las mujeres, pues esto siembra la concupiscencia en el corazón y es suficiente para excitar la tentación» (ALGAZEL, o.c., III 74,2).

44. Dijo Jesús (a quien Dios salude): «No pueden estar juntos a la vez en el corazón del creyente el amor de este mundo y el de la vida futura. De la misma manera que el agua y el fuego no pueden tampoco permanecer juntos en un mismo vaso» (ALGAZEL, o.c., III 140,10).

45. Dijo Jesús (a quien Dios salude): «Quien busca el mundo se parece al hombre que bebe agua de mar. Cuanto más bebe, tanto más aumenta su sed, hasta que el agua acabe por matarle» (ALGAZEL, o.c., III 149,5).

46. Dijo el Mesías (a quien Dios salude): «Dichoso aquel a quien Dios enseña su libro y luego no muere soberbio» (ALGAZEL, o.c., III 235,21).

47. Decía Jesús (a quien Dios bendiga y salude) a los hijos de Israel: «Os recomiendo el agua pura, las hierbas silvestres y el pan de cebada. Y tened cuidado con el pan de trigo, pues nunca podréis dar a Dios cumplidas gracias por él» (ALGAZEL, o.c., IV 164,14).

48. Se cuenta de Jesús, hijo de María (a los cuales Dios salude y llene de bendiciones), que dijo: «¡Oh gremio de los sabios! Habéis abandonado la senda de la verdad y habéis amado el mundo. Dejad, no obstante, a estos reyes el dominio de éste, así como ellos os han dejado a vosotros el de la sabiduría» (SAMARQANDI, *Desvelo de los negligentes* 190,12).

49. Se cuenta de Jesús (a quien Dios salude) que dijo a sus apóstoles: «No os he enseñado a vanagloriaros, sino a trabajar. La sabiduría no consiste ciertamente en la expresión de la ciencia, sino en

la práctica de ella» (IBN ABD AL-BARR, *Breviario acerca de las ciencias de las tradic. proféticas* 100,8).

50. Dijo Jesús (a quien Dios salude): «Dos son mis amigos. Quien los ama, a mí me ama; quien los odia, a mí me odia. Es a saber: la pobreza y la mortificación de la codicia» (ALGAZEL, *Epítome del renacimiento de las ciencias religiosas* 246,16).

51. Dijo el Mesías (a quien Dios salude): «¡Oh gremio de los apóstoles! ¡Cuántas son las lámparas que apaga el viento! ¡A cuántos siervos de Dios corrompe la vanidad!» (ALGAZEL, *Epítome...*, 63, 14).

II. *APÓCRIFOS DE LA NATIVIDAD*

1. PROTOEVANGELIO DE SANTIAGO



Viaje de Nazaret a Belén (*Protoevangelio* c.17).
Marfil de la Biblioteca Nacional de París (s.vi).

Se trata de la narración apócrifa más antigua en torno al nacimiento de Jesús y de una de las que más influencia han ejercido en la posteridad. El título de *Protoevangelio* no es original (data del siglo XVI), pero así sigue llamándose a este apócrifo en casi todas las ediciones para distinguirlo de otras composiciones de contenido parecido.

Escrito originariamente en griego, en una época no anterior al siglo II y no posterior al IV, es conocido en toda la tradición manuscrita como *Historia* o *Libro de Santiago*. En su redacción actual consta de 25 capítulos, en que se narra el nacimiento y vida de María hasta los dieciséis años (c.1-16), nacimiento de Jesús (c.17-21) y matanza de los Inocentes con el martirio de Zacarías (c.22-24). Se termina con un epílogo (c.25) en que se presenta *Santiago* (sin duda el apóstol Santiago el Menor) como presunto autor del libro.

Es muy posible que el *Protoevangelio* en su forma original no constara de todos los episodios que hoy leemos en él. El martirio de Zacarías (c.22-24), por ejemplo, parece ser una adición posterior. La redacción vigente tuvo, sin embargo, que cerrarse ya entre el siglo III y IV, dado que a esta época pertenece el recientemente descubierto *Papyrus Bodmer V*, que —con todas sus variantes— ofrece en lo sustancial un texto análogo al de los 25 capítulos que hasta ahora conocíamos. El núcleo original del apócrifo hay que datarlo por lo menos en la segunda mitad del siglo II, ya que escritores como Orígenes y Clemente de Alejandría, que vivieron entre finales del siglo II y principios del III, atestiguan su existencia.

Los relatos del *Protoevangelio* presuponen las narraciones de los evangelios canónicos en torno al nacimiento de Jesús, pero añaden una larga serie de detalles nuevos, tan asimilados mientras tanto por la tradición, que en muchos casos resulta difícil descubrir su origen apócrifo. Así, por ejemplo, los nombres de los padres de María, *Joaquín* y *Ana*, la fiesta litúrgica de la *Presentación*, Jesús nace en una *cueva* y es reclinado en un *pesebre*, José es *viudo* y *viejo*, etc.

Sería, sin embargo, superficial detenerse en estos detalles y no fijarse en el objetivo fundamental que persigue el autor y que da sentido a

todo el escrito: éste no es otro que la exaltación de la figura de María, madre virginal de Jesús. Ya su nacimiento es algo especial, pues sus padres —lo mismo que los del profeta Samuel en el Antiguo Testamento— son estériles. Su educación desde niña en el templo es el preludio de toda una serie de recursos que inventa el autor para demostrar que María, la madre de Jesús, fue virgen antes del parto, en el parto y después del parto. A esto parecían oponerse algunos pasajes de los evangelios canónicos, en que se habla abiertamente de los *hermanos de Jesús*. Estos «hermanos», y en primer lugar Santiago —el supuesto autor del *Protoevangelio*—, no son, según nuestro apócrifo, sino los hijos del primer matrimonio de José. Otros recursos —tales como la prueba de las aguas amargas (c.16) o la constatación de la *comadrona* (c.19-20)— no son tan ingeniosos como el que acabamos de citar, pero sirven al mismo fin: demostrar la virginidad integral de María.

No se sabe con certeza si la patria del *Protoevangelio* fue Siria o más bien Egipto. Lo que no admite duda alguna es la extraordinaria aceptación de que ha gozado este escrito en las iglesias orientales, particularmente en el ámbito *greco-bizantino*. Su texto llegó a ser lectura obligada en las celebraciones litúrgicas, y de ahí el gran número de manuscritos griegos en que ha sido transmitido a partir del siglo x: E. de Strycker, que ha sido quien más a fondo ha estudiado esta cuestión, cuenta no menos de 140 códices. Este mismo fenómeno se puede observar en la tradición *eslava*, fiel reflejo de la bizantina, donde a mi vez he podido constatar la existencia de 169 manuscritos, que ofrecen una versión muy próxima a la de los originales griegos.

En el Occidente *latino* no fue tan fácil la divulgación del *Protoevangelio*, debido sobre todo a la condenación de que fue objeto —juntamente con una larga serie de apócrifos— por parte del llamado *Decretum Gelasianum* en el siglo vi. Sólo restos dispersos de una traducción antigua han podido encontrarse en época reciente.

Textos griegos Tischendorf, 1-50, SANTOS OTERO, *Los evangelios*., 130-170, M TESTUZ, *Papyrus Bodmer V (Nativité de Marie)* (Cologny-Ginebra 1958), E DE STRYCKER, *La forme la plus ancienne du Protevangelie de Jacques* (Bruselas 1961)

Bibliografía J. A. DE ALDAMA, «Fragmentos de una versión latina del Protoevangelio de Santiago» *Biblica* 43 (1962) 57-74, J. M. CANAL SANchez, «Antiguas versiones latinas del Protoevangelio de Santiago» *Ephemerides Mariologicae* 18 (1968) 431-473, Erbetta, I/2, 7-43, Moraldi, I, 57-90, Starowieyski, 175-207, Craveri, 5-28, McNamara, 38-39, Wilson, 333-334, Stegmüller-Reinhardt, 84-88, O CULLMANN, en *Schneemelcher*, I, 334-349, Geerard, 25-27

PROTOEVANGELIO DE SANTIAGO

TRATADO HISTORICO ACERCA DE LA NATIVIDAD DE LA MADRE SANTISSIMA DE DIOS Y SIEMPRE VIRGEN MARIA

I

1. Según cuentan las memorias de las doce tribus de Israel, había un hombre muy rico por nombre Joaquín, quien hacía sus ofrendas en cantidad doble diciendo: «El sobrante lo ofrezco por todo el pueblo, y lo debido en expiación de mis pecados será para el Señor a fin de volverle propicio».

2. Llegó la fiesta grande del Señor, en que los hijos de Israel suelen ofrecer sus dones, y Rubén se plantó frente a Joaquín diciéndole: «No te es lícito ofrecer el primero tus ofrendas, por cuanto no has suscitado un vástago en Israel».

3. Joaquín se contristó en gran manera y se marchó al archivo de Israel con intención de consultar el censo genealógico y ver si por ventura había sido él el único que no había tenido posteridad en su pueblo. Y, examinando los códices, encontró que todos los justos habían suscitado descendientes. Se acordó, por ejemplo, de cómo al patriarca Abrahán le dio el Señor en sus postrimerías por hijo a Isaac.

4. Joaquín quedó sumamente afligido y no compareció ante su mujer, sino que se retiró al desierto. Allí plantó su tienda y ayunó cuarenta días y cuarenta noches, diciéndose a sí mismo: «No bajaré de aquí [a mi casa], ni siquiera para comer y beber, hasta tanto que no me visite el Señor mi Dios; que mi oración me sirva de comida y de bebida».

II

1. Y Ana, su mujer, se lamentaba y gemía doblemente, diciendo: «Lloraré mi viudez y mi esterilidad».

2. Pero vino la fiesta grande del Señor y le dijo Judit, su criada: «Hasta cuándo vas a estar humillando tu alma? Ya ha llegado la

fiesta mayor y no te es lícito contristarte. Toma este pañuelo de cabeza que me ha dado la dueña del taller, ya que no puedo yo ceñirmelo por ser de condición servil y tener él sello real».

3. Y dijo Ana: «Apártate de mí, pues no he hecho yo tal cosa, y además, el Señor me ha humillado demasiado como para que me lo ponga; no sea que algún malvado te lo haya dado, y hayas venido a hacerme también a mí cómplice del pecado». Replicó Judit: «Para qué te voy a maldecir yo, si ya el Señor te ha herido de esterilidad no dándote fruto en Israel?»

4. Y Ana, aunque afligida en extremo, se despojó de sus vestidos luctuosos, se hizo el tocado, tomó sus vestidos de boda y sobre la hora nona bajó al jardín para pasear. Allí vio un laurel, se sentó a su sombra y oró al Señor, diciendo: «Oh Dios de nuestros padres!, óyeme y bendícame a mí de la manera que bendijiste el seno de Sara dándole como hijo a Isaac».

III

1. Y, habiendo elevado sus ojos al cielo, vio un nido de pájaros en el laurel y se lamentó de nuevo entre sí, diciendo: «Ay de mí! ¿Por qué habré nacido y en qué hora habré sido concebida? He venido al mundo para ser como tierra maldita entre los hijos de Israel; éstos me han colmado de injurias y me han barrido del templo de Dios».

2. «Ay de mí! ¿A quién me semejo yo? No a las aves del cielo, puesto que ellas son fecundas en tu presencia, Señor».

«Ay de mí! ¿A quién me parezco yo? No a las bestias de la tierra, pues aun estos animales irracionales son prolíficos ante tus ojos, Señor».

3. «Ay de mí! ¿Con quién me puedo comparar? Ni siquiera con estas aguas, porque aun ellas son fértiles ante tí, Señor».

«Ay de mí! ¿A quién me he igualado yo? Ni siquiera a esta tierra, porque también ella es feraz, dando sus frutos oportunamente, y te bendice a tí, Señor».

IV

1. Y he aquí que se presentó un ángel de Dios, diciéndole: «Ana, Ana, el Señor ha escuchado tu ruego: concebirás y darás a luz y de tu prole se hablará en todo el mundo». Ana respondió: «Vive el Se-

ñor, mi Dios, que, si llego a tener algún fruto de bendición, sea niño o niña, lo llevaré como ofrenda al Señor y estará a su servicio todos los días de su vida».

2. Entonces vinieron dos mensajeros con este recado para ella: «Joaquín, tu marido, está de vuelta con sus rebaños, pues un ángel de Dios ha descendido hasta él y le ha dicho: Joaquín, Joaquín, el Señor ha escuchado tu ruego; baja, pues, de aquí, que Ana, tu mujer, va a concebir en su seno».

3. Y, habiendo bajado Joaquín, mandó a sus pastores que le trajeran diez corderas sin mancha: «Y éstas, dijo, serán para el Señor; y doce terneras de leche: «Y éstas, dijo, serán para los sacerdotes y el sanedrín»; y, finalmente, cien cabritos para todo el pueblo.

4. Y al llegar Joaquín con sus rebaños, estaba Ana a la puerta. Ésta, al verlo venir, echó a correr y se abalanzó sobre su cuello, diciendo: «Ahora veo que Dios me ha bendecido copiosamente, pues, siendo viuda, dejo de serlo, y, siendo estéril, voy a concebir en mi seno». *Y Joaquín reposó aquel primer día en su casa.*

V

1. Al día siguiente, al ir a ofrecer sus dones al Señor, se decía entre sí: «Conoceré que Dios me va a ser propicio si llego a ver el efod del sacerdote». Y al ofrecer el sacrificio se fijó en el efod del sacerdote, cuando éste se acercaba al altar de Dios, y, no encontrando pecado ninguno en su conciencia, dijo: «Ahora veo que el Señor ha tenido a bien condonarme todos mis pecados». Y descendió Joaquín justificado del templo y se fue a su casa.

2. Y se le cumplió a Ana su tiempo, y el mes noveno alumbró. Y preguntó a la comadrona: «Qué es lo que he dado a luz?» Y la comadrona respondió: «Una niña». Entonces Ana exclamó: «Mi alma ha sido hoy enalteceda». Y reclinó a la niña en la cuna. Habiéndose transcurrido el tiempo marcado por la ley, Ana se purificó, dio el pecho a la niña y le puso por nombre Mariam.

VI

1. Y día a día la niña se iba robusteciendo. Al llegar a los seis meses, su madre la dejó sola en tierra para ver si se tenía, y ella, después de andar siete pasos, volvió al regazo de su madre. Ésta la le-

vantó, diciendo: «Vive el Señor, que no andarás más por este suelo hasta que te lleve al templo del Señor». Y le hizo un oratorio en su habitación y no consintió que ninguna cosa común o impura pasara por sus manos. Llamó, además, a unas doncellas hebreas, vírgenes todas, y éstas la entretenían.

2. Al cumplir la niña un año, dio Joaquín un gran banquete, invitando a los sacerdotes, a los escribas, al sanedrín y a todo el pueblo de Israel. Y presentó la niña a los sacerdotes, quienes la bendijeron con estas palabras: «¡Oh Dios de nuestros padres!, bendice a esta niña y dale un nombre glorioso y eterno por todas las generaciones». A lo cual respondió todo el pueblo: «Así sea, así sea. Amén». La presentó también Joaquín a los príncipes de los sacerdotes, y éstos la bendijeron así: «¡Oh Dios Altísimo!, pon tus ojos en esta niña y otórgale una bendición cumplida, de esas que excluyen las ulteriores».

3. Su madre la llevó al oratorio de su habitación y le dio el pecho. Entonces compuso un himno al Señor Dios, diciendo: «Entonaré un cántico al Señor, mi Dios, porque me ha visitado, ha apartado de mí el oprobio de mis enemigos y me ha dado un fruto santo, que es único y múltiple a sus ojos. ¿Quién dará a los hijos de Rubén la noticia de que Ana está amamantando? Oíd, oíd, todas las doce tribus de Israel: “Ana está amamantando”».

Y habiendo dejado a la niña, para que reposara, en la cámara donde tenía su oratorio, salió y se puso a servir a los comensales. Éstos, una vez terminado el convite, se fueron regocijados y alabando al Dios de Israel.

VII

1. Mientras tanto, iban sucediéndose los meses para la niña. Y, al llegar a los dos años, dijo Joaquín a Ana: «Llevémosla al templo del Señor para cumplir la promesa que hicimos, no sea que el Señor nos la reclame y nuestra ofrenda resulte ya inaceptable ante sus ojos». Ana respondió: «Esperemos todavía hasta que cumpla los tres años, no sea que la niña vaya a tener añoranza de nosotros». Y Joaquín respondió: «Esperemos».

2. Al llegar a los tres años, dijo Joaquín: «Llamad a las doncellas hebreas que están sin manilla y que tomen sendas candelas encendidas [para que la acompañen], no sea que la niña se vuelva atrás y

su corazón sea cautivado por alguna cosa fuera del templo de Dios». Y así lo hicieron mientras iban subiendo al templo de Dios. Y la recibió el sacerdote, quien, después de haberla besado, la bendijo y exclamó: «El Señor ha engrandecido tu nombre por todas las generaciones, pues al fin de los tiempos manifestará en ti su redención a los hijos de Israel».

3. Entonces la hizo sentar sobre la tercera grada del altar. El Señor derramó gracia sobre la niña, quien danzó con sus piecitos, haciéndose querer de toda la casa de Israel.

VIII

1. Bajaron sus padres, llenos de admiración, alabando al Señor Dios porque la niña no se había vuelto atrás. Y María permaneció en el templo como una palomica, recibiendo alimento de manos de un ángel.

2. Pero, al llegar a los doce años, los sacerdotes se reunieron para deliberar, diciendo: «He aquí que María ha cumplido sus doce años en el templo del Señor, ¿qué habremos de hacer con ella para que no llegue a mancillar el santuario?» Y dijeron al sumo sacerdote: «Tú, que tienes el altar a tu cargo, entra y ora por ella, y lo que te dé a entender el Señor, eso será lo que hagamos».

3. Y el sumo sacerdote, endosándose el manto de las doce campanillas, entró en el «sancta sanctorum» y oró por ella. Mas he aquí que un ángel del Señor se apareció, diciéndole: «Zacarías, Zacarías, sal y reúne a todos los viudos del pueblo. Que venga cada cual con una vara, y de aquél sobre quien el Señor haga una señal portentosa, de ése será mujer». Salieron los heraldos por toda la región de Judea, y, al sonar la trompeta del Señor, todos acudieron.

IX

1. José, dejando su hacha, se unió a ellos, y, una vez que se juntaron todos, tomaron cada uno su vara y se pusieron en camino en busca del sumo sacerdote. Éste tomó todas las varas, penetró en el templo y se puso a orar. Terminado que hubo su plegaria, tomó de nuevo las varas, salió y se las entregó, pero no apareció señal ninguna en ellas. Mas, al coger José la última, he aquí que salió una palo-

ma de ella y se puso a volar sobre su cabeza. Entonces el sacerdote le dijo: «A ti te ha cabido en suerte recibir bajo tu custodia a la Virgen del Señor».

2. José replicó: «Tengo hijos y soy viejo, mientras que ella es una niña; no quisiera ser objeto de risa por parte de los hijos de Israel». Entonces el sacerdote repuso: «Teme al Señor tu Dios y ten presente lo que hizo con Datán, Abirón y Coré: cómo se abrió la tierra y fueron sepultados en ella por su rebelión. Y teme ahora tú también, José, no sea que sobrevenga esto mismo a tu casa».

3. Y él, lleno de temor, la recibió bajo su protección. Despues le dijo: «Te he tomado del templo; ahora te dejo en mi casa y me voy a continuar mis construcciones. Pronto volveré. El Señor te guardará».

X

1. Por entonces los sacerdotes se reunieron y acordaron hacer un velo para el templo del Señor. Y el sacerdote dijo: «Llamadme algunas doncellas sin mancha de la tribu de David». Se marcharon los ministros, y, despues de haber buscado, encontraron siete vírgenes. Entonces al sacerdote le vino a la memoria el recuerdo de María (aquella jovencita que, siendo de estirpe davídica, se conservaba inmaculada a los ojos de Dios) y los emisarios se fueron y la trajeron.

2. Despues que introdujeron a todas en el templo, dijo el sacerdote: «Echadme suertes a ver quién es la que ha de bordar el oro, el amianto, el lino, la seda, el jacinto, la escarlata y la verdadera púrpura». Y la escarlata y la púrpura auténtica le tocaron a María, quien, en cogiéndolas, se marchó a su casa. En aquel tiempo se quedó mudo Zacarías, siendo sustituido por Samuel hasta tanto que pudo hablar. María tomó en sus manos la escarlata y se puso a hilarla.

XI

1. Certo día cogió María un cántaro y se fue a llenarlo de agua. Mas he aquí que se dejó oír una voz que decía: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres». Y ella se puso a mirar en torno, a derecha e izquierda, para ver de dónde provenía esta voz. Y, toda temblorosa, se marchó a su casa, dejó el ánfora, cogió la púrpura, se sentó en su escaño y se puso a hilarla.

2. Mas de pronto un ángel del Señor se presentó ante ella, diciendo: «No temas, María, pues has hallado gracia ante el Señor omnipotente y vas a concebir por su palabra». Pero ella, al oírla, quedó perpleja y dijo entre sí: «¿Deberé yo concebir por virtud del Dios vivo y habré de dar a luz luego como las demás mujeres?»

3. A lo que respondió el ángel: «No será así, María, sino que la virtud del Señor te cubrirá con su sombra; por lo cual, además, el fruto santo que ha de nacer de ti será llamado Hijo del Altísimo. Tú le pondrás por nombre Jesús, pues Él salvará a su pueblo de sus propias iniquidades». Entonces dijo María: «He aquí la esclava del Señor en su presencia; hágase en mí según tu palabra».

XII

1. Y, concluida su labor con la púrpura y la escarlata, se la llevó al sacerdote. Éste la bendijo y exclamó: «María, el Señor ha ensalzado tu nombre y serás bendecida en todas las generaciones de la tierra».

2. Llena de gozo, María se fue a casa de Isabel su parienta. Llamó a la puerta y, al oírla Isabel, dejó la escarlata, corrió hacia la puerta, abrió, y, al ver a María, la bendijo diciendo: «¿De dónde a mí el que la madre de mi Señor venga a mi casa?; pues fíjate que el fruto que llevo en mi seno se ha puesto a saltar dentro de mí, como para bendecirte». Pero María se había olvidado de los misterios que le había comunicado el aracángel Gabriel y elevó sus ojos al cielo y dijo: «¿Quién soy yo, Señor, que todas las generaciones me bendicen?»

3. Y pasó tres meses en casa de Isabel. Y de día en día su embarazo iba aumentando, y, llena de temor, se marchó a su casa y se escondía de los hijos de Israel. Cuando sucedieron estas cosas, tenía ella dieciséis años.

XIII

1. Al llegar al sexto mes de su embarazo, volvió José de sus edificaciones; y, al entrar en casa, se dio cuenta de que estaba encinta. Entonces hirió su rostro y se echó en tierra sobre un saco y lloró amargamente, diciendo: «¿Con qué cara me voy a presentar yo ahora ante mi Señor? ¿Y qué oración haré yo por esta doncella? Porque la recibí virgen del templo del Señor y no he sabido guardarla. ¿Quién

es el que me ha puesto insidias y ha cometido tal deshonestidad en mi casa, violando a una virgen? ¿Es que se ha repetido en mí la historia de Adán? Así como en el momento preciso en que él estaba glorificando a Dios, vino la serpiente, y, al encontrar sola a Eva, la engañó, lo mismo me ha sucedido a mí».

2. Y, levantándose José del saco, llamó a María y le dijo: «Predilecta, como eres, de Dios, ¿cómo has hecho esto? ¿Te has olvidado del Señor, tu Dios? ¿Cómo has envilecido tu alma, tú que te criaste en el santo de los santos y recibiste alimento de manos de un ángel?»

3. Y ella lloró amargamente, diciendo: «Pura soy y no conozco varón». «De dónde, pues, proviene —replicó José— lo que ha nacido en tu seno?» María repuso: «Por vida del Señor, mi Dios, que no sé de dónde ha venido esto».

XIV

1. Entonces José se llenó de temor, se retiró de la presencia de María y se puso a pensar qué es lo que había de hacer con ella. Se decía a sí mismo: «Si oculto su falta, contravengo a la ley del Señor; si la denuncio al pueblo de Israel, temo que lo que ha ocurrido con ella sea debido a una intervención angélica y venga yo a entregar a la muerte sangre inocente. ¿Cómo procederé, pues? La despediré oclaramente». Y en esto le sorprendió la noche.

2. Mas he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciéndole: «No temas por esta doncella, pues lo que lleva en sus entrañas es fruto del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, pues Él ha de salvar a su pueblo de sus propios pecados». Y, una vez despierto, José se levantó y glorificó al Dios de Israel por haberle concedido tal gracia, y siguió guardando a María.

XV

1. Mas por entonces vino a casa de José Anás el escriba y le dijo: «¿A qué se debe el que no hayas comparecido en nuestra reunión?» Le respondió José: «Venía cansado del camino y el primer día lo he dedicado a reposar». Pero al volverse, se dio cuenta Anás del embarazo de María.

2. Entonces se marchó corriendo al sacerdote y le dijo: «Ese José de quien tú respondes ha cometido un grave delito». «Y quéquieres decir con eso?», dijo el sacerdote. A lo cual respondió Anás: «Pues que ha violado a aquella doncella que recibió del templo de Dios, con fraude de su matrimonio y sin manifestarlo al pueblo de Israel». Respondió el sacerdote y dijo: «Y estás seguro de que ha sido José el que ha hecho esto?» A lo cual replicó Anás: «Envía unos cuantos comisionados y te percatarás de que efectivamente la doncella está encinta». Salieron los emisarios y la encontraron tal cual les había dicho Anás, por lo cual se la trajeron juntamente con José ante el Tribunal.

3. Y empezó el sacerdote diciendo: «María, ¿cómo es que has hecho esto? ¿Qué es lo que te ha movido a envilecer tu alma y a olvidarte del Señor tu Dios? Tú que te has criado en el santo de los santos, que recibías el alimento de manos de un ángel, que escuchabas los himnos y que danzabas en la presencia de Dios? ¿Cómo es que has hecho esto?» Y ella se echó a llorar amargamente, diciendo: «Por vida del Señor, mi Dios, que estoy limpia en su presencia y que aún no he conocido varón».

4. Entonces se dirigió el sacerdote a José, diciéndole: «Por qué has hecho esto?» Y replicó José: «Por vida del Señor, mi Dios, que me encuentro puro en relación con ella». Y añadió el sacerdote: «No jures en falso, di la verdad. Tú has usado fraudulentamente del matrimonio con ésta, y no lo has dado a conocer al pueblo de Israel, resistiéndote a doblegar tu cerviz bajo la mano poderosa de Dios, con lo cual hubiera sido bendecida tu descendencia». José quedó silencioso.

XVI

1. «Devuelve, pues —continuó el sacerdote—, la virgen que has recibido del templo del Señor». Entonces a José se le arrasaron los ojos en lágrimas. Pero añadió el sacerdote: «Os haré beber el agua de la prueba del Señor y ella pondrá de manifiesto vuestros pecados ante vuestros propios ojos».

2. Y tomándola se la hizo beber a José, enviándole después a la montaña; pero él volvió sano y salvo. Hizo después lo propio con María, enviándola también a la montaña; mas ella volvió sana y sal-

va. Y todo el pueblo se llenó de admiración al ver que no aparecía pecado en ellos.

3. Y repuso el sacerdote: «Puesto que el Señor no ha declarado vuestro pecado, tampoco yo voy a condenaros». Entonces les despidió. Y, tomando a María, José marchó a su casa lleno de gozo y alabando al Dios de Israel.

XVII

1. Y vino una orden del emperador Augusto para que se hiciera el censo de todos los habitantes de Belén de Judea. Y se dijo José: «Desde luego que a mis hijos sí que les empadronaré, pero ¿qué voy a hacer de esta doncella? ¿Cómo voy a incluirla en el censo? ¿Como mi esposa? Me da vergüenza. ¿Como hija mía? ¡Pero si ya saben todos los hijos de Israel que no lo es! Éste es el día del Señor, que Él haga según su beneplácito».

2. Y, aparejando su asna, hizo acomodarse a María sobre ella, y mientras un hijo suyo iba delante llevando la bestia del ronzal, José les acompañaba. Cuando estuvieron a tres millas de distancia [de Belén] José volvió su rostro hacia María y la encontró triste; y se dijo a sí mismo: «Es que el embarazo debe de causarle molestias». Pero, al volverse otra vez, la encontró sonriente, y le dijo: «María, ¿qué es lo que te sucede, que unas veces veo sonriente tu rostro y otras triste?» Y ella repuso: «Es que se presentan dos pueblos ante mis ojos, uno que llora y otro que se alegra y regocija».

3. Y al llegar a la mitad del camino, dijo María a José: «Bájame, porque el fruto de mis entrañas pugna por venir a luz». Y le ayudó a apearse del asna, diciéndole: «¿Dónde podría yo llevarte para resguardar tu pudor?, porque estamos al descampado».

XVIII

1. Y, encontrando una cueva, la introdujo dentro, y, habiendo dejado con ella a sus hijos, se fue a buscar una partera hebrea en la región de Belén.

2. Y yo, José, me eché a andar, pero no podía avanzar; y al elevar mis ojos al espacio, me pareció ver como si el aire estuviera estremecido de asombro; y cuando fijé mi vista en el firmamento, lo

encontré estático y los pájaros del cielo inmóviles; y al dirigir mi mirada hacia la tierra, vi un recipiente en el suelo y unos trabajadores echados en actitud de comer, con sus manos en la vasija. Pero los que simulaban masticar, en realidad no masticaban; y los que parecían estar en actitud de tomar la comida, tampoco la sacaban del plato; y, finalmente, los que parecían introducir los manjares en la boca, no lo hacían, sino que todos tenían sus rostros mirando hacia arriba. También había unas ovejas que iban siendo arreadas, pero no daban un paso [sino que estaban paradas], y el pastor levantó su diestra para bastonearlas [con el cayado], pero quedó su mano tendida en el aire. Y, al dirigir mi vista hacia la corriente del río, vi cómo unos cabritillos ponían en ella sus hocicos, pero no bebían. En una palabra, todas las cosas eran en un momento apartadas de su curso normal.

XIX

1. Y entonces una mujer que bajaba de la montaña me dijo: «¿Dónde vas tú?» A lo que respondí: «Ando buscando una partera hebrea». Ella replicó: «¿Pero tú eres de Israel?» Y respondí: «Sí». «Y quién es —añadió— la que está dando a luz en la cueva?» «Es mi esposa», dije yo. A lo que ella repuso: «Entonces ¿no es tu mujer?» Yo le contesté: «Es María, la que se crió en el templo del Señor, que aunque me cayó en suerte a mí por mujer, no lo es, sino que ha concebido por virtud del Espíritu Santo». Y le interrogó la partera: «¿Es esto verdad?» José respondió: «Ven y verás». Entonces la partera se puso en camino con él.

2. Al llegar al lugar de la gruta se pararon, y he aquí que ésta estaba sombreada por una nube luminosa. Y exclamó la partera: «Mi alma ha sido engrandecida hoy, porque han visto mis ojos cosas increíbles, pues ha nacido la salvación para Israel». De repente, la nube empezó a retirarse de la gruta y brilló dentro una luz tan grande, que nuestros ojos no podían resistirla. Ésta por un momento comenzó a disminuir hasta tanto que apareció el niño y vino a tomar el pecho de su madre, María. La partera entonces dio un grito, diciendo: «Grande es para mí el día de hoy, ya que he podido ver con mis propios ojos un nuevo milagro».

3. Y, al salir la partera de la gruta, vino a su encuentro Salomé, y ella exclamó: «Salomé, Salomé, tengo que contarte una maravilla

nunca vista, y es que una virgen ha dado a luz; cosa que, como sabes, no sufre su naturaleza». Pero Salomé repuso: «Por vida del Señor, mi Dios, que no creeré tal cosa si no me es dado introducir mi dedo y examinar su naturaleza».

XX

1. Y, habiendo entrado la partera, le dijo a María: «Disponte, porque hay entre nosotras un gran altercado con relación a ti». Salomé, pues, introdujo su dedo en la naturaleza, mas de repente lanzó un grito, diciendo: «Ay de mí! ¡Mi maldad y mi incredulidad tienen la culpa! Por tentar al Dios vivo se desprende de mi cuerpo mi mano carbonizada».

2. Y dobló sus rodillas ante el Señor, diciendo: «¡Oh Dios de nuestros padres!, acuérdate de mí, porque soy descendiente de Abrahán, de Isaac y de Jacob; no hagas de mí un escarmiento para los hijos de Israel; devuélveme más bien a los pobres, pues tú sabes, Señor, que en tu nombre ejercía mis curas, recibiendo de ti mi salario».

3. Y apareció un ángel del cielo, diciéndole: «Salomé, Salomé, el Señor te ha escuchado. Acerca tu mano al Niño, tómalo, y habrá para ti alegría y gozo».

4. Y se acercó Salomé y lo tomó, diciendo: «Le adoraré porque ha nacido para ser el gran Rey de Israel». Mas de repente se sintió curada y salió en paz de la cueva. Entonces oyó una voz que decía: «Salomé, Salomé, no digas las maravillas que has visto hasta tanto que el Niño esté en Jerusalén».

XXI

1. Y José se dispuso para salir hacia Judea. Por entonces sobrevió un gran tumulto en Belén, pues vinieron unos magos diciendo: «¿Dónde se encuentra el nacido Rey de los Judíos?, porque hemos visto su estrella en el Oriente y hemos venido para adorarle».

2. Herodes, al oír esto, se turbó, envió sus emisarios a los magos y convocó a los príncipes de los sacerdotes, haciéndoles esta pregunta: «¿Qué es lo que hay escrito en relación con el Mesías? ¿Dónde debe nacer?» Ellos respondieron: «En Belén de Judea, se-

gún rezan las Escrituras». Con esto les despachó e interrogó a los magos con estas palabras: «¿Cuál es la señal que habéis visto en relación con ese rey nacido?» Le respondieron los magos: «Hemos visto un astro muy grande que brillaba entre las demás estrellas y las eclipsaba, haciéndolas desaparecer. En ello hemos conocido nosotros que a Israel le ha nacido un rey y hemos venido con intención de adorarle». Entonces repuso Herodes: «Id y buscadlo, y, si dierais con él, comunicádmelo para que yo vaya también a adorarle».

3. Y en aquel momento la estrella aquella, que habían visto en el Oriente, volvió de nuevo a guiarles hasta que llegaron a la cueva, y se posó sobre la boca de ésta. Entonces vieron los magos al Niño con su Madre, María, y sacaron dones de sus cofres: oro, incienso y mirra.

4. Pero, siendo avisados por un ángel de que no entraran en Judea, se marcharon por otro camino a su tierra.

XXII

1. Al darse cuenta Herodes de que había sido burlado por los magos, montó en cólera y envió sus sicarios, dándoles la consigna de matar a todos los niños de dos años para abajo.

2. Y cuando llegó a María la noticia de la matanza de los infantes, se llenó de temor, y, envolviendo a su hijo entre pañales, lo reclinó en una pesebrera de bueyes.

3. Y cuando se enteró Isabel de que también buscaban a su hijo Juan, lo cogió, y lo llevó a la montaña y se puso a mirar dónde esconderlo; pero no había lugar propicio para hacerlo. Por lo cual, entre sollozos, exclamó a grandes voces: «¡Oh monte de Dios!, recibe en tu seno a la madre con su hijo» [pues ya no podía subir más arriba].

4. Y al instante abrió la montaña sus entrañas para recibirlos. Y les acompañó una gran luz, pues estaba con ellos un ángel de Dios para guardarlos.

XXIII

1. Pero Herodes proseguía en la búsqueda de Juan y envió sus emisarios a Zacarías para que le dijieran: «¿Dónde has escondido a tu

hijo?» Mas él respondió de esta manera: «Yo me ocupo en el servicio de Dios y me encuentro de ordinario en el templo. No sé dónde está mi hijo».

2. Los emisarios informaron a Herodes de todo lo que pasaba, quien se encolerizó sobremanera, diciéndose a sí mismo: «Debe de ser su hijo el que va a reinar en Israel». Y envió un nuevo recado, diciéndole: «Dinos la verdad de dónde está tu hijo, porque, de lo contrario, bien sabes que tu sangre está bajo mi mano». Y se fueron los emisarios y le comunicaron todo esto.

3. Pero Zacarías respondió: «Seré mártir del Señor si te atreves a derramar mi sangre, porque mi alma será recogida por el Señor al ser segada una vida inocente en el vestíbulo del santuario». Y al romper el alba fue asesinado Zacarías, sin que los hijos de Israel se dieran cuenta del crimen.

XXIV

1. Y los sacerdotes se congregaron a la hora del saludo; mas Zacarías no salió a su encuentro, como de costumbre, bendiciéndolos. Y se pusieron a esperarle para saludarle en la oración y glorificar al Altísimo.

2. Ante su tardanza empezaron todos a temer; y, cobrando ánimo, uno de ellos entró y vio al lado del altar sangre coagulada y oyó una voz que decía: «Zacarías ha sido muerto y no se borrará su sangre hasta que venga su vengador». Y, al oír la voz, se llenó de miedo y salió para comunicárselo a los sacerdotes.

3. Y, cobrando valor, entraron y se percataron de lo ocurrido. Entonces crujío el artesonado del templo y ellos se rasgaron las vestiduras de arriba abajo. Mas no encontraron su cuerpo, sino sólo un reguero de sangre coagulada; y, llenos de temor, salieron para dar cuenta a todo el pueblo de que Zacarías había sido asesinado. Y llegó la noticia a todas las tribus de Israel, quienes le lloraron y guardaron luto durante tres días y tres noches.

4. Y, concluido este tiempo, se reunieron los sacerdotes para deliberar sobre quién iban a poner en su lugar. Y cayó la suerte sobre Simeón, pues éste era el que había sido asegurado por el Espíritu Santo de que no vería la muerte hasta tanto que le fuese dado contemplar al Mesías encarnado.

XXV

1. Y yo, Santiago, que he escrito esta historia, al levantarse un gran tumulto en Jerusalén con ocasión de la muerte de Herodes, me retiré al desierto hasta que se apaciguó el motín, glorificando al Señor mi Dios, que me concedió la gracia y la sabiduría necesarias para componer esta narración.

2. Sea la gracia con todos aquellos que temen a nuestro Señor Jesucristo, para el cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

2. EVANGELIO DEL PSEUDO MATEO

El hecho de que el *Protoevangelio de Santiago* no pudiera tener en Occidente la divulgación que tuvo en las iglesias orientales no quiere decir que las leyendas en él contenidas no encontraran sus cauces de difusión en el mundo latino. Ésta se llevó a cabo a través de numerosos arreglos y manipulaciones del texto protoevangélico, como lo demuestra el escrito que ahora nos ocupa.

Es curioso que en la carta-prólogo que antecede en varios manuscritos al texto que ofrecemos se presente a San Jerónimo —que había sido en el siglo IV el que con más ahínco había rechazado la interpretación protoevangélica de los «hermanos de Jesús»— como traductor de un libro misterioso, escrito en hebreo por el evangelista Mateo, acerca de la *natividad de la Virgen Madre junto con la infancia de nuestro Salvador*, es decir, el apócrifo que hoy conocemos como evangelio del Pseudo Mateo.

Lejos de ser un escrito homogéneo, es en realidad esta composición un mosaico con abundantes préstamos del *Protoevangelio* (c.1-17), del *Evangelio de Tomás* (c.25-39) y de diversas leyendas de la infancia (c.18-24.40-42). Su importancia radica en haber sido no sólo órgano difusor de las leyendas orientales, sino una cantera inacabable de inspiración para el arte medieval en Europa occidental tanto en el aspecto literario (por ejemplo, la *Leyenda áurea*) como iconográfico.

Entre los detalles peculiares del *Pseudo Mateo* que más se han afianzado en la tradición latina figura la escena de Jesús recién nacido, adorado en el *establo* por el *buey* y el *asno* (c.14). Este y algunos episodios más (por ejemplo los de los cc.18 y 23) acusan el creciente desarrollo de una tendencia ya iniciada en el *Protoevangelio* a abusar de lo que se llama «*vaticinia ex eventu*», es decir, inventar acontecimientos portentosos en que se pretende ver cumplidos vaticinios del Antiguo Testamento, particularmente del profeta Isaías.

Si a todo esto añadimos otras características peculiares del *Pseudo Mateo*, por ejemplo el estilo casi *monacal* que se imprime a la vida de María en el templo y en la casa de José (c.6,8) y el lenguaje un tanto

bárbaro en que se expresa, no parece arriesgado datar su composición alrededor del siglo VI.

Textos latinos: Tischendorf, 51-111; SANTOS OTERO, *Los evangelios...,* 173-236.

Bibliografía: O. MAZAL, «Die Überlieferung des „Evangelium Pseudo-Matthaei“ in der Admonter Riesenbibel»; *Novum Testamentum* 9 (1967) 61-78; J. GIJSEL, *Die unmittelbare Textüberlieferung des sog. Pseudo-Matthäus* (Bruselas 1981); Erbetta, I/2, 44-70; Moraldi, I, 195-239; Craveri, 63-111; McNamara, 39-40; Starowieyski, 208-236; O. CULLMANN, en *Schneemelcher*, I, 364.367-369; Stegmüller-Reinhardt, 125-128; Geerard, 29-30.

EVANGELIO DEL PSEUDO MATEO

COMIENZA EL LIBRO QUE TRATA DEL NACIMIENTO DE LA BIENAVENTURADA MARÍA Y DE LA INFANCIA DEL SALVADOR, ESCRITO EN HEBREO POR EL BIENAVENTURADO EVANGELISTA MATEO Y TRADUCIDO AL LATÍN POR EL BIENAVENTURADO SACERDOTE JERÓNIMO

A

Los obispos Cromacio y Heliodoro al presbítero Jerónimo, su amadísimo hermano: Salud en el Señor.

La natividad de la Virgen María, así como el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo y su infancia, la encontramos relatada en libros apócrifos. Mas, considerando que en ellos se contienen muchas cosas en pugna con nuestra fe, creemos prudente rechazar[los] en su totalidad, no sea que, a propósito de Cristo, vayamos a proporcionar júbilo al Anticristo. Estando nosotros embebidos en estas consideraciones, hubo dos santos varones, Parmenio y Virino, quienes vinieron en decir que tu Santidad había dado con un manuscrito hebreo del beatísimo evangelista Mateo, en el que se contenía la natividad de la Virgen Madre junto con la infancia de nuestro Salvador.

Así pues, rogamos encarecidamente a tu Caridad por el mismo Jesucristo, Señor nuestro, que traduzcas del hebreo al latín el mencionado volumen, no tanto para informarnos de las maravillas de Cristo cuanto para rechazar la astucia de los herejes, que, con la pretensión de acredecir su perversa doctrina, mezclaron mentiras en la santa natividad de Cristo, intentando encubrir con la dulzura de su vida lo amargo de la muerte.

Te constreñirá, pues, tu acendrado afecto, o a escuchar la petición de unos hermanos que recurren a ti en actitud suplicante, o a satisfacer el requerimiento de unos obispos que exigen de ti la deuda de caridad que juzgues razonable. Salud en el Señor y ruega por nosotros.

B

Jerónimo, siervo ruin de Cristo, a los santos y beatísimos obispos Cromacio y Heliodoro: Salud en el Señor.

Quien cava en el suelo, donde supone hay oro, no se lanza inmediatamente sobre lo primero que arroja la brecha recién abierta, sino que, antes de conseguir que el golpe vibrante de la herramienta arranque un filón del precioso metal, vuelve y revuelve los terrones; y así vive ya de la esperanza aunque aún no haya conseguido aumentar su caudal.

En realidad de verdad es ardua la labor que me ha sido impuesta, si tenemos en cuenta que vuestra Beatitud me ha intimado la orden de traducir aquello que ni el mismo San Mateo, apóstol y evangelista, quiso dar a la publicidad en sus escritos. Porque a no haberse tratado de cosas de índole secreta, como éstas, a buen seguro las hubiera añadido al evangelio que él sacó a luz. Mas quiso escribir el tal folleto sigilándolo con caracteres hebraicos y en manera alguna permitió que se divulgase, hasta tal punto que el autógrafo escrito de su puño y letra se encuentra a la sazón en poder de varones muy piadosos, quienes lo han ido recibiendo de sus antecesores como precioso legado. Y como ellos han tenido por norma no dejar a nadie este ejemplar, y por otra parte su contenido ha sido divulgado según el gusto de los diversos redactores, resulta que una de tantas versiones, la de ese Leucio discípulo de Maniqueo (que hasta llegó a escribir hechos falsos de los apóstoles), ha servido a los fieles más de escándalo que de edificación; por lo que un concilio la ha juzgado ser de tal calaña, que hace bien la Iglesia en no prestarle la más mínima atención.

Cesen ya, pues, los mordiscos de los que nos ladran, porque no pretendemos añadir este opúsculo a los ya señalados por el canon, sino que, deseando únicamente poner en evidencia la astucia de los herejes, no intentamos otra cosa que traducir lo que escribió quien es a la vez apóstol y evangelista. Con lo cual, al mismo tiempo que acatamos la orden terminante de unos obispos eminentes en la piedad, hacemos frente a la astucia de unos desalmados herejes.

Es, pues, el amor de Cristo a quien rendimos justa satisfacción, en espera de ser ayudados por las oraciones de todos aquellos que, gracias a este nuestro acto de obediencia, puedan conocer la santa infancia del Salvador.

PARTE PRIMERA

I

1. Por aquellos días vivía en Jerusalén un hombre llamado Joaquín, perteneciente a la tribu de Judá. Éste pastoreaba sus propias ovejas y temía a Dios con sencillez y bondad de corazón. No tenía otro cuidado fuera del de sus rebaños, con cuyo producto sustentaba a todas las personas piadosas, ofreciendo presentes duplicados a los que se entregaban a la vida de piedad y estudio de la Ley, y sencillos a los servidores de éstos. Así pues, hacía tres partes de sus bienes, bien se tratara de las ovejas, o de los corderos, o de la lana, o de cualquiera otra cosa que le pertenecía: la primera la distribuía entre las viudas, los huérfanos, los peregrinos y los pobres; la segunda era para las personas consagradas al culto de Dios; la tercera, finalmente, se la reservaba para sí y para toda su familia.

2. El Señor en recompensa multiplicaba de tal manera sus ganados, que no había nadie en todo el pueblo de Israel que pudiera comparársele (en la abundancia de reses). Venía observando esta costumbre desde los quince años. Cuando llegó a los veinte, tomó por mujer a Ana, hija de Isacar, que pertenecía a su misma tribu; esto es: de estirpe davídica. Y después de vivir veinte años de matrimonio, no tuvo de ella hijos ni hijas.

II

1. Y sucedió que se encontraba Joaquín durante las fiestas entre los que ofrecían incienso al Señor, preparando a su vez sus ofrendas ante la presencia de Dios. En esto se le acercó un escriba llamado Rubén y le dijo: «No te es lícito mezclarte entre los que ofrecen sus sacrificios a Dios, puesto que Él no se ha dignado bendecirte, dándote descendencia en Israel». Así pues, sintiéndose avergonzado ante el pueblo, se retiró del templo llorando, y, sin pasar por casa, se fue a la majada. Allí recogió a los pastores y, atravesando montañas, se fue a una región muy lejana, de manera que durante cinco meses consecutivos no volvió a tener noticia de él Ana, su mujer.

2. Ésta oraba diciendo entre sollozos: «¡Oh Señor, Dios fortísimo de Israel! ¿Por qué, después de negarme los hijos, me arrebatas también el marido? Pues he aquí que van ya cinco meses sin que me haya sido posible verlo y ni aun sé si por ventura ha muerto, para darle por lo menos sepultura». Y estando en el jardín de su casa, sumida en amargo llanto, elevó sus ojos al cielo. Y, tropezando su mirada con un nido de pajarillos que había en un laurel, exhaló un gemido y prorrumpió en estas frases: «¡Señor Dios omnipotente! Tú que das hijos a toda criatura: a los animales salvajes, a los jumentos, a los reptiles, a los peces, a las aves; otorgándoles el poderse regocijar con ellos, ¿vas a excluirme solamente a mí de tu benignidad? Tú conoces, Señor, el voto que hice al contraer matrimonio: que, si me hubieras concedido un hijo o una hija, te lo hubiera ofrecido a ti en tu templo santo».

3. Y, mientras así hablaba, se presentó de repente ante ella un ángel del Señor, diciéndole: «No temas, Ana, porque Dios ha determinado que tú tengas un vástagos y tu prole será objeto de admiración por todos los siglos hasta el fin». Y dicho esto desapareció de sus ojos. Mas ella, toda temblorosa y asustada por haber contemplado una aparición semejante y por haber oído palabras tales, entró en su habitación se tendió en el lecho cual si estuviera muerta, y allí permaneció todo aquel día, con la noche siguiente, orando temblorosa.

4. Despues llamó a su doncella y le dijo: «Ves el decaimiento en que me ha sumido la viudez y la angustia en que estoy anegada, ¿y no te dignas siquiera venir a mi lado?» Mas ella replicó murmurando: «Si el Señor ha tenido a bien dejar cerrado tu seno y arrebatararte tu marido, ¿qué es lo que yo puedo hacerte?» Ana, al oír esto, se puso a llorar aún con mayor intensidad.

III

1. Por aquel mismo tiempo apareció un joven entre las montañas donde Joaquín apacentaba sus rebaños y dijo a éste: «¿Cómo es que no vuelves al lado de tu esposa?» Joaquín replicó: «Veinte años hace ya que tengo a ésta por mujer, y, puesto que el Señor ha tenido a bien no darme hijos de ella, me he visto obligado a abandonar el templo de Dios ultrajado y confuso. ¿Para qué, pues, voy a volver a su lado, lleno como estoy de oprobios y vejaciones? Aquí estaré con

mis ganados mientras quiera el Señor que me ilumine la luz de este mundo. Mas no por ello dejaré de dar de muy buena gana, por conducto de mis criados, la parte que les corresponde a los pobres, a las viudas, a los huérfanos y a los servidores de Dios».

2. No bien hubo dicho esto, el joven respondió: «Soy un ángel de Dios, que me he dejado ver hoy de tu mujer cuando hacía su oración sumida en llanto; sábete que ella ha concebido ya de ti una hija. Esta vivirá en el templo del Señor, y el Espíritu Santo reposará sobre ella. Su dicha será mayor que la de todas las mujeres santas. Tan es así, que nadie podrá decir que en los tiempos pasados hubo alguna semejante a ella, y ni siquiera habrá una en el futuro que pueda comparársele. Por todo lo cual, baja ya de estas montañas y corre al lado de tu mujer. La encontrarás embarazada, pues Dios se ha dignado suscitar en ella un germen de vida (lo cual te obliga a ti a mostrarte reconocido para con Él); y ese germen será bendito, y ella misma será también bendita y quedará constituida madre de eterna bendición».

3. Joaquín se postró en actitud de humilde adoración y le dijo: «Si es que he encontrado gracia ante tus ojos, ten a bien reposar un poco en mi tienda y bendecir a tu siervo». A lo que repuso el ángel: «No te llames *siervo mío*, sino más bien *consiervo*; pues ambos estamos en la condición de servir al mismo Señor. Mi comida es invisible y mi bebida no puede ser captada por ojos humanos; por lo cual no haces bien en invitarme a que entre en tu tienda. Será mejor que ofrezcas a Dios en holocausto lo que habías de presentarme a mí». Entonces Joaquín tomó un cordero sin defecto y dijo al ángel: «Nunca me hubiera yo atrevido a ofrecer a Dios un holocausto si tu mandato no me hubiera dado la potestad de hacerlo». El ángel replicó: «Tampoco te hubiera invitado yo a ofrecerlo de no conocer el beneplácito divino». Y sucedió que, al ofrecer Joaquín su sacrificio, juntamente con el perfume de éste y, por decirlo así, con el humo, el ángel se elevó hacia el cielo.

4. Entonces Joaquín se postró con la faz en tierra y estuvo echado desde la hora de sexta hasta la tarde. Cuando llegaron sus criados y jornaleros, al no saber a qué obedecía aquello, se llenaron de espanto, pensando que quizás quería suicidarse. Se acercaron, pues, a él y a viva fuerza lograron levantarle del suelo. Entonces él les contó su visión, y ellos, movidos por la admiración y el estupor que les produjo el relato, le aconsejaron que pusiera en práctica sin demora el mandato del ángel y que a toda prisa volviera cabe su mu-

jer. Mas sucedió que, mientras Joaquín cavilaba sobre si era conveniente o no el volver, se quedó dormido y se le apareció en sueños el mismo ángel que había visto anteriormente cuando estaba despierto. Éste le habló así: «Yo soy el ángel que te ha sido dado por custodio; baja, pues, tranquilamente y vete al lado de Ana, porque las obras de misericordia que tanto ella como tú habéis hecho han sido presentadas ante el acatamiento del Altísimo, quien ha tenido a bien legaros una posteridad tal cual nunca han podido tener desde el principio los santos y profetas de Dios, ni aun podrán tenerla en el futuro». Joaquín llamó a los pastores, cuando hubo despertado, para referirles el sueño. Éstos le dijeron, postrados en adoración ante Dios: «Ten cuidado y no desprecies más a un ángel del Señor. Levántate y vámonos. Avanzando lentamente, podremos ir apacentando nuestros rebaños».

5. Anduvieron treinta días consecutivos, y, cuando estaban ya cerca, un ángel de Dios se apareció a Ana mientras estaba en oración y le dijo: «Vete a la puerta que llaman *Dorada* y sal al encuentro de tu marido, porque hoy mismo llegará». Ella se dio prisa y se marchó allá con sus doncellas. Y, en llegando, se puso a orar. Mas estaba ya cansada y aun aburrida de tanto esperar, cuando de pronto elevó sus ojos y vio a Joaquín que venía con sus rebaños. Y en seguida salió corriendo a su encuentro, se abalanzó sobre su cuello y dio gracias a Dios diciendo: «Poco ha era viuda, y ya no lo soy; no hace mucho era estéril, y he aquí que he concebido en mis entrañas». Esto hizo que todos los vecinos y conocidos se llenaran de gozo, hasta el punto de que toda la tierra de Israel se alegró por tan grata nueva.

IV

Cumplidos nueve meses después de esto, Ana dio a luz una hija y le puso por nombre María. Al tercer año, sus padres la destetaron. Luego se marcharon al templo, y, después de ofrecer sus sacrificios a Dios, le hicieron donación de su hijita María, para que viviera entre aquel grupo de vírgenes que se pasaban día y noche alabando a Dios. Y, al llegar frente a la fachada del templo, subió tan rápidamente las quince gradas, que no tuvo tiempo de volver su vista atrás y ni siquiera sintió añoranza de sus padres, cosa tan natural en la niñez. Esto dejó a todos estupefactos, de manera que hasta los mismos pontífices quedaron llenos de admiración.

V

Entonces Ana, llena del Espíritu Santo, dijo en presencia de todos: «El Señor de los ejércitos ha tenido en cuenta su promesa y ha querido honrar a su pueblo con su santa visita, humillando a las gentes que se levantaban contra nosotros y convirtiendo hacia Sí sus corazones. Abrió sus oídos para escuchar nuestras plegarias y apartó de nosotros los vejámenes que provenían de nuestros enemigos. La que fue estéril es ahora madre y ha dado a luz el gozo y la alegría de Israel. Ahora ya podré hacer mis ofrendas a Dios, sin que mis enemigos se atrevan a impedirlo. El Señor atraiga hacia mí sus corazones y me conceda un gozo sempiterno».

VI

1. Y María era la admiración de todo el pueblo; pues, teniendo tan sólo tres años, andaba con un paso tan firme, hablaba con una perfección tal y se entregaba con tanto fervor a las alabanzas divinas, que nadie la tendría por una niña, sino más bien por una persona mayor. Era, además, tan asidua en la oración como si tuviera ya treinta años. Su faz era resplandeciente cual la nieve, de manera que con dificultad se podía poner en ella la mirada. Se entregaba también con asiduidad a las labores de la lana, y es de notar que lo que mujeres mayores no fueron nunca capaces de ejecutar, ésta lo realizaba en su edad más tierna.

2. Ésta era la norma de vida que se había impuesto: desde la madrugada hasta la hora de tercia hacía oración; desde tercia hasta nona se ocupaba en sus labores; desde nona en adelante consumía todo el tiempo en oración hasta que se dejaba ver el ángel del Señor, de cuyas manos recibía el alimento. Y así iba adelantando más y más en las vías de la oración. Finalmente, era tan dócil a las instrucciones que recibía en compañía de las vírgenes más antiguas, que no había ninguna más pronta que ella para las vigilias, ninguna más erudita en la ciencia divina, ninguna más humilde en su sencillez, ninguna interpretaba con más donosura la salmodia, ninguna era más gentil en su caridad, ni más pura en su castidad, ni, finalmente, más perfecta en su virtud. Pues ella era siempre constante, firme, inalterable. Y cada día iba adelantando más.

3. Nadie la vio jamás airada ni le oyó nunca una palabra de murmuración. Su conversación rebosaba tanta gracia, que bien claro manifestaba tener a Dios en la lengua. Siempre se la encontraba sumida en la oración o dada al estudio de las sagradas letras. Tenía al mismo tiempo cuidado de que ninguna de sus compañeras ofendiera con su lengua, o soltara la risa desmesuradamente, o se dejara llevar por la soberbia, prorrumpiendo en injurias contra alguna de sus iguales. Continuamente estaba bendiciendo al Señor; y con el fin de no susstraer nada a las alabanzas divinas en sus saludos, cuando alguien le dirigía uno de éstos, ella respondía: *Deo gratias*. Y de ahí viene precisamente el que los hombres correspondan al saludo diciendo: *Deo gratias*. Cada día usaba exclusivamente para su refección el alimento que le venía por manos del ángel, repartiendo entre los pobres el que le daban los pontífices. Frecuentemente se veía hablar con ella a los ángeles, quienes la obsequiaban con cariño de íntimos amigos. Y si algún enfermo lograba tocarla, volvía inmediatamente curado a su casa.

VII

1. El sacerdote Abiatar ofreció entonces cuantiosos dones a los pontífices para que éstos se la entregaran y él pudiera a su vez dárse la en matrimonio a su propio hijo. Pero María por su parte se oponía resueltamente, diciendo: «No es posible que yo conozca varón o que varón alguno me conozca a mí». Pero los pontífices y sus parentes le decían: «Dios es honrado en los hijos y adorado en la posteridad, como siempre se ha observado en Israel». A lo que María repuso: «A Dios se le honra, sobre todo, con la castidad, como es fácil probar».

2. Antes de Abel no hubo justo alguno entre los hombres. Él agració a Dios con sus ofrendas y fue cruelmente asesinado por quien disgustó al Señor. Sin embargo, obtuvo doble galardón: uno por sus oblaciones y otro por su virginidad, ya que no consintió en su cuerpo polución alguna. Finalmente, también Elías fue arrebatado en carne mortal al cielo por haber conservado inmaculado su cuerpo. Esto es lo que he ido aprendiendo yo misma en el templo desde mi infancia: que una virgen puede hacerse grata a los ojos de Dios. Por ello he resuelto en mi corazón no conocer jamás varón alguno.

VIII

1. Y sucedió que, al llegar a los catorce años, los fariseos tomaron en ello pretexto para decir que era ya antigua la costumbre que prohibía habitar a cualquier mujer en el templo de Dios. Por esto se tomó la resolución de enviar un mensajero por todas las tribus de Israel, que convocara a todo el pueblo para dentro de tres días en el templo. Cuando estuvo reunido todo el pueblo, Abiatar se levantó, subió a las gradas más altas con el fin de ser visto y oído por todos, y, después de hacerse silencio, habló de esta manera: «Escuchadme, hijos de Israel; que vuestros oídos percibian mis palabras: Desde la edificación de este templo por Salomón han vivido en él vírgenes hijas de reyes, de profetas, de sumos sacerdotes y de pontífices, llegando a ser grandes y dignas de admiración. No obstante, en llegando a la edad conveniente, fueron dadas en matrimonio, siguiendo con ello el ejemplo de las que anteriormente habían precedido y agraciado a Dios de esta manera. Pero María ha sido la única en dar con un nuevo modo de seguir el beneplácito divino, al hacer promesa de permanecer virgen. Así pues, creo que nos será posible averiguar quién es el hombre a cuya custodia debe ser encomendada, preguntándoselo a Dios y esperando su respuesta».

2. Agració tal proposición a toda la asamblea. Echaron suerte los sacerdotes sobre las doce tribus de Israel, y ésta vino a recaer sobre la de Judá. Entonces dijo el sacerdote: «Vengan mañana todos los que no tienen mujer y traiga cada cual una vara en su mano». Resultó, pues, que entre los jóvenes vino también José trayendo su vara. Y el sumo sacerdote, después de recibirlas todas, ofreció un sacrificio e interrogó al Señor, obteniendo esta respuesta: «Mete todas las varas en el interior del santo de los santos y déjalas allí durante un rato. Mándales que vuelvan mañana a recogerlas. Al efectuar esto, habrá una de cuya extremidad saldrá una paloma que emprenderá el vuelo hacia el cielo. Aquel a cuyas manos venga esta vara portentosa será el designado para encargarse de la custodia de María».

3. Al día siguiente todos vinieron con presteza. Y, una vez hecha la oblación del incienso, entró el pontífice en el santo de los santos para recoger las varas. Fueron éstas distribuidas sin que de ninguna saliera la paloma esperada. Entonces el pontífice Abiatar se endosó las doce campanillas juntamente con los ornamentos sacerdotiales y entró en el santo de los santos, donde prendió fuego al sacrificio. Y, mientras hacía su oración, se le apareció un ángel que le

dijo: «Hay entre todas las varas una pequeñísima, a la que tú has tenido en poco y la has metido entre las otras. Pues bien: cuando saques ésta y se la des al interesado, verás cómo aparece sobre ella la señal de que te he hablado». La vara en cuestión pertenecía a José. Éste estaba postergado por ser ya viejo y no había querido reclamar su vara por temor de verse obligado a hacerse cargo de la doncella. Y mientras estaba así en esta actitud humilde, como el último de todos, le llamó Abiatar con una gran voz, diciéndole: «Ven a recoger tu vara, porque todos estamos pendientes de ti». José se acercó lleno de temor, al verse tan bruscamente llamado del sumo sacerdote. Mas, cuando fue a extender su mano para recoger la vara, salió del extremo de ésta una hermosísima paloma, más blanca que la nieve, la cual, después de volar un poco por lo alto del templo, se lanzó al espacio.

4. Entonces el pueblo entero le felicitó diciendo: «Dichoso tú en tu ancianidad, ya que el Señor te ha declarado idóneo para recibir a María bajo tu cuidado». Los sacerdotes le dijeron: «Tómala, porque tú has sido el elegido entre todos los de la tribu de Judá». Mas José empezó a suplicarles con toda reverencia y a decirles lleno de confusión: «Soy ya viejo y tengo hijos. ¿Por qué os empeñáis en que me haga cargo de esta jovencita?» Entonces Abiatar, sumo sacerdote, dijo: «Acuédate, José, cómo perecieron Datán, Abirón y Coré por despreciar la voluntad divina. Lo mismo te pasará a ti si no haces caso a este mandato del Señor». José repuso: «No seré yo quien menosprecie la voluntad de Dios, sino que seré custodio de la joven hasta que aparezca claro el beneplácito divino sobre quién de mis hijos ha de tomarla por mujer. Le sean dadas algunas de sus compañeras vírgenes, con las que pueda mientras tanto alternar». El pontífice Abiatar respondió: «Sí; le serán dadas algunas doncellas para su solaz hasta que llegue el día prefijado en que tú debas recibirla; pues has de saber que no puede contraer matrimonio con ningún otro».

5. Entonces José admitió a María juntamente con otras cinco doncellas que deberían acompañar a ésta en casa. Estas muchachas se llamaban: Rebeca, Séfora, Susana, Abigea y Zahel, a las que los sacerdotes entregaron la seda y la púrpura juntamente con el jacinto, el lino y la escarlata. Echaron suertes entre sí para ver qué es lo que debía trabajar cada una, y a María le cupo en suerte recibir la púrpura de que debía estar confeccionado el velo del templo. Y al recibirla le decían las otras doncellas: «Eres la más pequeña de todas y, sin embargo, has merecido quedarte con la púrpura», con lo que empe-

zaron en son de chanza a llamarla *reina de las vírgenes*. Y estando en esto apareció en medio de ellas el ángel del Señor y dijo: «Esto que estáis bromeando no será una burla, sino una auténtica profecía». Quedaron ellas sobrecogidas ante la aparición del ángel y las palabras que les dirigió. Y rogaron a María que las perdonara y las encorriendase en sus oraciones.

IX

1. Al día siguiente, mientras se encontraba María junto a la fuente, llenando el cántaro de agua, se le apareció el ángel de Dios y le dijo: «Dichosa eres, María, porque has preparado al Señor una habitación en tu seno. He aquí que una luz del cielo vendrá para morar en ti y por tu medio iluminará a todo el mundo».

2. Tres días después, mientras se encontraba en la labor de la púrpura, vino hacia ella un joven de belleza indescriptible. María, al verlo, quedó sobrecogida de miedo y se puso a temblar. Mas él le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante los ojos de Dios. He aquí que vas a concebir en tu seno y vas a dar a luz un rey cuyo dominio alcanzará no sólo a la tierra, sino también al cielo, y cuyo reinado durará por todos los siglos».

X

1. Mientras esto sucedía, José se hallaba en la ciudad marítima de Cafarnaúm ocupado en su trabajo, pues su oficio era el de carpintero. Permaneció allí nueve meses consecutivos, y, cuando volvió a casa, se encontró con que María estaba embarazada; por lo cual se puso a temblar y, todo angustiado, exclamó: «Señor y Dios mío, recibe mi alma, pues me es mejor ya morir que vivir». Pero las doncellas que acompañaban a María le dijeron: «¿Qué dices, José? Nosotras podemos atestigar que ningún varón se ha acercado a ella. Estamos seguras de que su integridad y su virginidad permanecen invioladas, pues Dios ha sido quien la ha guardado. Siempre ha permanecido con nosotras dada a la oración. Todos los días viene un ángel a hablar con ella y de él recibe también diariamente su alimento. ¿Cómo es posible que pueda encontrarse en ella pecado alguno? Y, si quieres que te manifestemos claramente lo que pensamos, nuestra opinión es que su embarazo no obedece sino a una intervención angélica».

2. Mas José repuso: «¿Por qué os empeñáis en hacerme creer que ha sido precisamente un ángel quien la ha hecho grávida? Puede muy bien haber sucedido que alguien se haya fingido ángel y la haya engañado». Y al decir esto lloraba y se lamentaba diciendo: «Con qué cara me voy a presentar en el templo de Dios? ¿Cómo voy a atreverme a fijar la mirada en los sacerdotes? ¿Qué he de hacer?» Y, mientras decía estas cosas, pensaba en ocultarse y despacharla.

XI

Estaba ya determinado a levantarse de noche y huir a algún lugar desconocido, cuando se le apareció un ángel de Dios y le dijo: «José, hijo de David, no tengas reparo en admitir a María como esposa tuya, pues lo que lleva en sus entrañas es fruto del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, que se llamará Jesús, porque será quien salve a su pueblo de sus pecados». Se levantó José del sueño y, dando gracias al Señor, su Dios, contó a María y a sus compañeras la visión que había tenido. Y, consolado por lo que se refería a María, le dijo a ésta: «He hecho mal en abrigar sospechas contra ti».

XII

1. Despues de esto, fue cundiendo el rumor de que María estaba encinta. Por lo cual los servidores del templo arrestaron a José y lo llevaron ante el pontífice. Éste (y lo mismo los sacerdotes) empezó a injuriarle de esta manera: «¿Por qué has usurpado fraudulentamente el derecho matrimonial a una doncella, a quien los ángeles de Dios alimentaban en el templo como si fuera una paloma, y que nunca quiso ver siquiera el rostro de un varón, y que tenía además un conocimiento perfecto de la ley de Dios? Si tú no la hubieras violentado, ella hubiera permanecido virgen hasta el día de hoy». Mas José juraba que no la había tocado. Entonces el pontífice Abiatar le dijo: «Vive Dios, que ahora mismo te haré beber el agua del Señor y al instante quedará descubierto tu pecado».

2. Y se reunió el pueblo entero de Israel en cantidad tal, que era imposible contarla. María fue llevada también al templo de Dios. Y los sacerdotes, al igual que sus parientes y conocidos, le decían llorando: «Confiesa tu pecado a los pontífices: tú que eras como una

paloma en el templo de Dios y recibías el alimento de manos de un ángel». Fue llamado José ante el altar de Dios y le dieron a beber el agua del Señor. Aquel agua que, al ser gustada por un hombre perjurado, hacía aparecer en su rostro una señal divina, después de dar siete vueltas en torno al altar de Dios. José la bebió con toda tranquilidad y dio las vueltas rituales, sin que apareciera en él señal alguna de haber pecado. Entonces los sacerdotes, los ministros de éstos y todo el pueblo le proclamaron inocente con estas palabras: «Dichoso eres, porque no se ha encontrado en ti reato alguno de culpa».

3. Despues llamaron a María y le dijeron: «Y tú, ¿qué excusa podrás alegar? ¿O es que podrá haber alguna señal en tu descargo de más peso que ese embarazo que te está delatando? Ahora, puesto que José es inocente, sólo exigimos de ti que nos digas quién ha sido el que te ha engañado. De todas maneras será mejor que tú misma te delates antes de que la ira de Dios ponga el estigma en tu cara a vista de todo el pueblo». Entonces María, sin vacilación alguna ni temor, dijo: «Si es que hay en mí alguna contaminación o pecado por haberme dejado llevar de la concupiscencia o de la impureza, manifiéstelo el Señor a vista de todas las gentes y sirva yo a todos de escarmiento». Y, dicho esto, se acercó decididamente al altar de Dios, dio las vueltas rituales y bebió el agua del Señor, sin que apareciera en ella señal alguna de pecado.

4. Estaba todo el pueblo lleno de estupor, y al mismo tiempo perplejo, al ver por una parte las señales de su embarazo y constatar por otra la ausencia de indicios que comprobaran su culpabilidad. Por lo cual se formó un revuelo de opiniones en torno al asunto. Unos la proclamaban santa. Otros, de mala fe, se convertían en detractores de su inocencia. Entonces María, viendo cómo el pueblo sospechaba aún de sí, (pensando) que no estaba perfectamente justificada, dijo en voz clara para que todo el mundo la oyera: «Por vida de Adonay, Señor de los ejércitos, en cuya presencia estoy, que no he conocido nunca varón ni aun pienso conocerlo en adelante, ya que así lo tengo decidido desde mi infancia. Éste es el voto que hice al Señor en mi niñez: permanecer pura por amor de Aquel que me creó. En esta integridad confío vivir para Él sólo, transcurriendo mi existencia libre de toda mancha».

5. Entonces todos la abrazaron, rogándole que les perdonara sus injustas sospechas. Y toda la multitud, juntamente con los sacerdotes y las vírgenes, la condujo hasta casa. Todos estaban llenos de júbilo y clamaban con gritos de alegría: «Bendito sea el nombre de

Dios, que se ha dignado poner en claro tu inocencia ante el pueblo entero de Israel».

XIII

1. Pasado algún tiempo, vino un edicto del César Augusto intimando a todo el mundo la orden de empadronarse en su propia patria. Este censo fue puesto en ejecución por Cirino, gobernador de Siria. Viose, pues, obligado José a ponerse en camino de Belén juntamente con María, ya que él era oriundo de la mencionada villa y María descendía asimismo de la tribu de Judá y de la casa y patria de David.

Yendo ya de camino, dijo María a José: «Veo dos pueblos ante mis ojos: uno que llora y otro que se regocija». A lo que éste replicó: «Estate bien sentada y apóyate sobre el jumento, sin proferir palabras inútiles». En el mismo momento apareció ante los viajeros un hermoso niño que lucía una espléndida vestidura. Y dijo a José: «¿Por qué has dicho que eran palabras inútiles las que dijiste María hablando de los dos pueblos? Ella ha visto llorar al pueblo de los judíos por haberse apartado de su Dios y ha visto regocijarse al pueblo de los gentiles por haberse acercado y adherido al Señor, en conformidad con las promesas que Él hizo a nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob. Pues ha llegado ya el tiempo en que van a ser benditas todas las naciones de la tierra en la posteridad de Abrahán».

2. Y, en diciendo esto, mandó el ángel parar la caballería, porque el tiempo de dar a luz se había echado ya encima. Después mandó a María que bajara de la cabalgadura y se metiera en una cueva subterránea, donde siempre reinó la oscuridad, sin que nunca entra un rayo de luz, porque el sol no podía penetrar hasta allí. Mas, en el momento mismo en que entró María, el recinto se inundó de resplandores y quedó todo resplandeciente como si el sol estuviera allí dentro. Aquella luz divina dejó la cueva como si fuera el mediodía. Y, mientras estuvo allí María, el resplandor no faltó ni de día ni de noche. Finalmente, dio a luz un niño, a quien en el momento de nacer rodearon los ángeles y luego adoraron diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

3. Hacía un rato que José se había marchado en busca de comadronas. Mas, cuando llegó a la cueva, ya había alumbrado María al

infante; y dijo a ésta: «Aquí te traigo dos parteras: Zelomi y Salomé. Pero se han quedado a la puerta de la cueva, no atreviéndose a entrar por el excesivo resplandor que la inunda». Oyendo estas palabras María, se sonrió, mas José le dijo: «No te sonrías. Sé más bien prudente, no sea que luego vayas a necesitar algún remedio». Y mandó que una de ellas entrara dentro. Entró Zelomi y dijo a María: «Permítame que te palpe». Y cuando se lo hubo permitido María, exclamó diciendo a grandes voces: «Señor, Señor, misericordia! Jamás se ha oído ni ha podido caber en cabeza humana que estén hendidos los pechos de leche y que haya nacido un infante dejando virgen a su madre. Ninguna polución de sangre en el nacido. Ningún dolor en la parturienta. Virgen concibió, virgen dio a luz y virgen quedó después».

4. La otra comadrona, llamada Salomé, al oír esto, dijo: «No creeré jamás lo que oigo, si yo misma en persona no lo compruebo». Y se acercó a María diciéndole: «Déjame que palpe para ver si es verdad lo que acaba de decir Zelomi». Asintió María, y Salomé extendió su mano, pero ésta quedó seca nada más tocar. Entonces la comadrona empezó a llorar vehementemente en la fuerza de su dolor y estaba desesperada, diciendo a voz en grito: «Oh Señor! Tú sabes que siempre me he mantenido en tu santo temor y que me he dedicado a asistir a los pobres sin percibir recompensa alguna, sobre todo cuando se trataba de viudas y huérfanos, y que jamás he despedido a ningún menesteroso con las manos vacías. Y he aquí que por mi incredulidad he quedado reducida a la miseria, al atreverme a tocar a tu virgen».

5. Dicho que hubo esto, apareció a su lado un joven todo resplandeciente, que le dijo: «Acércate al Niño, adórale y tócale con tu mano. Él te curará, pues es el Salvador del mundo y de todos los que en Él ponen su confianza». Ella se acercó al Niño con toda presteza, le adoró y tocó los flecos de los pañales en que estaba envuelto. Y al instante quedó su mano curada. Y, fuera ya de la gruta, empezó a pregonar en alta voz las maravillas y la virtud portentosa que había obrado en ella al realizarse su curación. Y muchos, al oír su predicación, quedaron convencidos.

6. También unos pastores afirmaban haber visto al filo de la media noche algunos ángeles que cantaban himnos y bendecían con alabanzas al Dios del cielo. Éstos anuncianaban asimismo que había nacido el Salvador de todos, Cristo Señor, por quien habrá de venir la restauración de Israel.

7. Pero, además, había una enorme estrella que expandía sus rayos sobre la gruta desde la mañana hasta la tarde, sin que nunca jamás desde el origen del mundo se hubiera visto un astro de magnitud semejante. Los profetas que había en Jerusalén decían que esta estrella era la señal de que había nacido el Mesías, que debía dar cumplimiento a la promesa hecha no sólo a Israel, sino a todos los pueblos.

XIV

Tres días después de nacer el Señor, salió María de la gruta y se aposentó en un establo. Allí reclinó al niño en un pesebre, y el buey y el asno le adoraron. Entonces se cumplió lo que había sido anunciado por el profeta Isaías: «El buey conoció a su amo, y el asno el pesebre de su señor». Y hasta los mismos animales entre los que se encontraba le adoraban sin cesar. En lo cual tuvo cumplimiento lo que había predicho el profeta Habacuc: «Te darás a conocer en medio de dos animales». En este mismo lugar permanecieron José y María con el Niño durante tres días.

XV

1. Al sexto día, después del nacimiento, entraron en Belén, y allí pasaron también el séptimo día. Al octavo circuncidaron al Niño y le dieron por nombre Jesús, que es como le había llamado el ángel antes de su concepción. Y, al cumplirse el período de purificación para María a tenor de la ley mosaica, José llevó el Niño al templo del Señor. Y, después de ser éste circuncidado, ofrecieron por él un par de tórtolas y dos palominos.

2. Se encontraba en el templo en aquel instante un varón de Dios justo y perfecto, que contaba ciento doce años y se llamaba Simeón. Éste había recibido promesa de parte de Dios de que no moriría hasta tanto que viese al Mesías, hijo de Dios encarnado. Este anciano, nada más ver al infante, exclamó a grandes voces: «El Señor ha visitado a su pueblo y ha dado cumplimiento a sus promesas»; y al momento le adoró. Después le tomó en su manto, le adoró de nuevo y se puso a besar sus pies, diciendo: «Señor, ahora puedes ya despachar en paz a tu siervo conforme a tu palabra, porque mis

ojos han visto tu salvación, la cual preparaste ante la faz de todos los pueblos; luz que iluminará a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel».

3. También estaba a la sazón en el templo de Dios la profetisa Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Esta, después de que se casó, vivió siete años en unión con su marido, y por entonces contaba ya ochenta y cuatro años de viudez. Nunca se apartaba del templo, entregada como estaba a los ayunos y a la oración. Y en aquel momento se acercó al Niño, le adoró y dijo que en sus manos estaba la redención del mundo.

XVI

1. Despues de transcurridos dos años, vinieron a Jerusalén unos magos procedentes del Oriente, trayendo consigo grandes dones. Éstos preguntaron con toda solicitud a los judíos: «¿Dónde está el rey que os ha nacido? Pues hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarle». Llegó este rumor hasta el rey Herodes. Y él se quedó tan consternado al oírlo, que dio aviso en seguida a los escribas, fariseos y doctores del pueblo para que le informaran dónde había de nacer el Mesías según los vaticinios proféticos. Éstos respondieron: «En Belén de Judá, pues así está escrito: y tú, Belén, tierra de Judá, en manera alguna eres la última entre las principales de Judá, pues de ti ha de salir el jefe que gobierne a mi pueblo Israel». Despues llamó a los magos y con todo cuidado averiguó de ellos el tiempo en que se les había aparecido la estrella. Y con esto les dejó marchar a Belén, diciéndoles: «Id e informaos con toda diligencia sobre el niño, y, cuando hubiereis dado con él, avisadme para que vaya yo también y le adore».

2. Y, mientras avanzaban en el camino, se les apareció la estrella de nuevo e iba delante de ellos, sirviéndoles de guía hasta que llegaron por fin al lugar donde se encontraba el Niño. Al ver la estrella, los magos se llenaron de gozo. Despues entraron en la casa y encontraron al Niño sentado en el regazo de su madre. Entonces abrieron sus cofres y donaron a José y María cuantiosos regalos. A continuación fue cada uno ofreciendo al Niño una moneda de oro. Y, finalmente, el primero le presentó una ofrenda de oro; el segundo, una de incienso, y el tercero, una de mirra. Y, como tuvieran aún intención de volver a Herodes, recibieron durante el sueño aviso de un

ángel para que no lo hicieran. Y entonces adoraron al Niño, rebosantes de júbilo, tornando después a su tierra por otro camino.

XVII

1. Al caer Herodes en la cuenta de que había sido burlado por los magos, montó en cólera y envió sus sicarios por todos los caminos con intención de darles alcance y matarlos. Mas, no pudiendo dar con ellos, ordenó la matanza de todos los niños betlemitas de dos años para abajo, conforme al tiempo que había averiguado por los magos.

2. Pero, un día antes de que esto se llevara a efecto, recibió José durante el sueño un aviso del ángel del Señor, cifrado en estos términos: «Toma a María y al Niño y vete camino del desierto con dirección a Egipto». José, siguiendo la indicación del ángel, emprendió el viaje.

XVIII

1. Y, en llegando a la proximidad de una gruta, quisieron descansar en ella. Por lo que María bajó del jumento y se sentó, teniendo a Jesús en su regazo. Es de saber que iban tres jóvenes haciendo el viaje con José y una muchacha con María. Mas he aquí que, sin saber cómo, salieron del fondo de la caverna muchos dragones, a cuya vista los jóvenes fueron presa de un gran terror y se pusieron a gritar. Entonces Jesús bajó del regazo de su madre y se plantó por su propio pie frente a los dragones. Ellos le adoraron y luego se marcharon. Y aquí se cumplió lo predicho por el profeta David: «Alabad al Señor desde la tierra, monstruos marinos, todos los océanos».

2. Entonces Jesús, paseándose ante ellos, les mandó que no hicieran daño a ningún hombre. María y José tenían mucho miedo de que los dragones fueran a hacer mal a Jesús. Pero Él les dijo: «No temáis ni os fijéis en mi corta edad, pues yo siempre he sido y soy varón perfecto y es necesario que las fieras todas de los bosques se amansen ante mí».

XIX

1. Asimismo, los leones y leopardos le adoraban e iban haciéndoles compañía en el desierto. Adondequiera que María y José diri-

gieran sus pasos, ellos les precedían, enseñándoles el camino. E inclinando sus cabezas, adoraban a Jesús. El primer día que María vio cabe sí a los leones, juntamente con otras diversas fieras, quedó sobrecogida de temor. Pero Jesús le dirigió una mirada sonriente y le dijo: «No tengas miedo, madre. Ellos se apresuran a venir a tus plantas, no para causarte daño, sino para rendirte pleitesía». Y, dicho esto, hizo desaparecer todo temor de sus corazones.

2. Los leones hacían el camino juntamente con ellos y con los bueyes, asnos y bestias que llevaban los bagajes. Y no hacían mal a nadie, sino que marchaban tranquilos entre las ovejas y carneros que habían traído consigo desde Judea. Andaban entre lobos sin miedo y sin que unos a otros se hicieran ningún daño. Entonces se cumplió lo que había dicho el profeta: «Pacerán lobos con corderos, y el león y el buey juntamente se apacentarán de paja». De hecho había dos bueyes y un carro, en el que llevaban su equipaje, siendo los propios leones los que iban delante señalando el camino.

XX

1. Aconteció que, al tercer día de camino, María se sintió fatigada por la canícula del desierto, y, viendo una palmera, le dijo a José: «Quisiera descansar un poco a la sombra de ella». José, a toda prisa, la condujo hasta la palmera y la hizo descender del jumento. Y cuando María se sentó, miró hacia la copa de la palmera y la vio llena de frutos, y le dijo a José: «Me gustaría, si fuera posible, tomar algún fruto de esta palmera». Mas José le respondió: «Me admira el que digas esto, viendo lo alta que está la palmera, y el que pienses comer de sus frutos. A mí me preocupa más la escasez de agua, pues ya se acabó la que llevábamos en los odres y no queda más para saciarnos nosotros y abreviar a los jumentos».

2. Entonces el niño Jesús, que plácidamente reposaba en el regazo de su madre, dijo a la palmera: «Agáchate, árbol, y con tus frutos da algún refrigerio a mi madre». Y a estas palabras inclinó la palmera su penacho hasta las plantas de María, pudiendo así recoger todo el fruto que necesitaban para saciarse. Pero la palmera continuaba aún en esta posición, esperando que le ordenara erguirse la misma voz que le había mandado abajarse. Por fin, Jesús le dijo: «Álzate, palmera, y recobra tu vigor, pues vas a ser compañera de los árboles que pueblan el jardín de mi Padre. Y ahora haz que rompa

de tus raíces esa vena de agua escondida en la tierra, para que del manantial podamos saciarnos». Al instante se irguió la palmera y empezaron a brotar de entre sus raíces raudales de agua cristalina, fresca y dulcísima en extremo. Al ver el hontanar, todos se llenaron de júbilo y pudieron saciarse juntamente con los jumentos y demás gente de la comitiva, dando por ello fervientes gracias a Dios.

XXI

Al día siguiente abandonaron el lugar. Mas, en el momento de partir, Jesús se volvió hacia la palmera y le dijo: «Este privilegio te concedo, palmera: que una de tus ramas sea transportada por mano de mis ángeles y plantada en el paraíso de mi Padre. Y esta bendición especial te otorgo: que a todos aquellos que hubieren vencido en un certamen, pueda decírseles: *Habéis llegado hasta la palma de la victoria*». Y, mientras decía esto, apareció un ángel del Señor sobre la palmera, le quitó una de sus ramas y voló al cielo llevándosela en la mano. Al ver esto, cayeron todos sobre sus rostros y quedaron como muertos. Mas Jesús les habló de esta manera: «Por qué habéis dejado que el temor invada vuestros corazones? ¿No sabéis que esta palmera que he hecho trasladar al paraíso está allí reservada para todos los santos del edén, lo mismo que ha estado preparada para vosotros en este desierto?» Y todos se levantaron llenos de gozo.

XXII

1. Durante el camino le dijo José: «Señor, un terrible bochorno nos asfixia: si te agrada, tomemos un camino a la orilla del mar para que podamos hacer la travesía descansando en las ciudades marítimas». Le dijo Jesús: «No tengas miedo, José; yo os abreviaré el camino, de manera que lo que habíais de hacer en treinta días lo hagáis en uno solo». Y, mientras iban diciendo esto, tendieron su vista y empezaron a ver ya las montañas y las ciudades de Egipto.

2. Y, llenos de gozo y alegría, llegaron a los confines de Hermópolis. Entraron en una ciudad llamada Sotinen, y, no teniendo allí ningún conocido donde hospedarse, fueron a cobijarse en un templo llamado el Capitolio de Egipto. En él había trescientos sesenta y

cinco ídolos, a los que diariamente se tributaban honores divinos sacrílegamente.

XXIII

Y aconteció que, al entrar María con el Niño en el templo, todos los ídolos se vinieron a tierra, quedando deshechos y reducidos a pedazos. Así manifestaron evidentemente no ser nada. Entonces tuvo cumplimiento lo que había predicho el profeta Isaías: «He aquí que vendrá el Señor sobre una nube ligera y penetrará en Egipto. A su vista se conmoverán todas las obras de Egipto hechas por mano de hombre».

XXIV

Al oír esto anunciado a Afrodisio, gobernador de aquella ciudad, vino al templo con todo su ejército. Cuando los sacerdotes idólatras vieron acercarse a Afrodisio de aquella manera, pensaron que se trataba de una venganza contra aquellos por cuya causa habían venido los ídolos a tierra. Pero él, cuando entró en el templo y vio que todos los ídolos yacían en el suelo boca abajo, se acercó a María, adoró al Niño que ésta llevaba en sus brazos y después se dirigió a su ejército y a sus amigos en estos términos: «Si no fuera este Niño el Dios de nuestros dioses, éstos no hubieran sido derribados ni yacerían en tierra. Por lo cual ellos le están confesando tácitamente su señor. Así pues, si nosotros no imitamos su conducta con mayor cautela, podemos incurrir en la indignación de este Niño y perecer; como le ocurrió al Faraón, rey de los egipcios, quien, por no creer ante señales tan portentosas, fue sepultado en el mar con todo su ejército». Entonces toda la gente de aquella ciudad creyó en el Señor Dios por medio de Jesucristo.

PARTE SEGUNDA

XXV

Poco después dijo el ángel a José: «Vuélvete a la tierra de Judá, pues ya han dejado de existir los que buscaban la vida del Niño».

XXVI

1. Sucedió esto después de la vuelta de Egipto. Se encontraba Jesús en Galilea, recién cumplidos sus tres años, y jugaba un día con otros niños junto al lecho del Jordán. Se sentó e hizo siete balsas de barro. En ellas abrió otros tantos canales por los que con sólo su mandato hacía discurrir el agua de la corriente y luego la dejaba salir. Mas uno de aquellos muchachos, hijo del diablo, cerró por envidia los orificios que daban entrada al agua en las balsas y estropeó la obra de Jesús. Éste le dijo: «¡Ay de ti, hijo de la muerte, hijo de Satanás! ¿Te atreves a deshacer lo que yo acabo de construir?» Y al momento quedó muerto el rapaz.

2. Entonces los padres del difunto alzaron tumultuosamente su voz contra María y José, diciendo: «La maldición fulminada por vuestro hijo ha sido la causa de que muriera el nuestro». Ellos, al oír esto, se fueron inmediatamente a Jesús, apurados por las protestas de los padres y el tumulto de la gente. Pero José dijo en voz baja a María: «Yo no me atrevo a decirle palabra. Avísale tú y dile: ¿Por qué has concitado contra nosotros la odiosidad del pueblo y hemos de soportarla ahora ingratamente?» Su madre se le acercó y le dijo: «¿Qué es lo que hizo éste para tener que morir?» Mas él repuso: «Bien merecida tenía la muerte por haber deshecho lo que yo había construido».

3. Y su madre insistía diciendo: «No seas así, Señor, porque todo el mundo protesta contra nosotros». Entonces Él, no queriendo contristar a su madre, golpeó ligeramente con el pie derecho las nalgas del difunto y le dijo: «Levántate, hijo de iniquidad; no eres digno de entrar en el descanso de mi Padre por haber desbaratado lo

que yo había edificado». Entonces se levantó el que había estado muerto y se marchó. Y Jesús, con sólo su mandato, continuó haciendo discurrir por los canales el agua de las balsas.

XXVII

A continuación tomó Jesús barro de las charcas y a vista de todos hizo con él doce pájaros. Era a la sazón día de sábado y había muchísimos niños con Él. Y un judío que le vio hacer estas cosas, dijo a José: «Oye, José, ¿no ves al niño Jesús trabajar en sábado, cosa que, como sabes, está prohibida? Ha hecho ya doce pajarillos de barro». Escuchó José estas palabras y riñó a Jesús de esta manera: «¿Por qué ejecutas en sábado lo que sabes está prohibido?» Jesús, que oyó esto, dio unas palmadas y dijo a los pajarillos: «Volad». Y, al mandato de su voz, todos echaron a volar. Y, mientras estaban aún todos allí viéndole y escuchándole, dijo a las aves: «Id, volad por toda la tierra y por el universo entero y vivid». Todos los circunstantes, testigos de tales prodigios, se llenaron de estupor. Unos le alababan y le admiraban. Otros, en cambio, le vituperaban. Hasta hubo unos cuantos que se fueron a los principes de los sacerdotes y jefes de los fariseos para decirles que Jesús, el hijo de José, había hecho grandes prodigios y señales a vista de todo el pueblo. Y esto llegó a divulgarse por todas las doce tribus de Israel.

XXVIII

Por segunda vez, el hijo del sacerdote Anás, que había llegado con José, tomó un bastón y, loco de ira, deshizo a vista de todos las balsas que había construido Jesús. Con lo cual se disipó toda el agua recogida. Obstruyó incluso los canales de entrada y luego los destruyó. Jesús, que vio esto, dijo a aquel muchacho: «¡Oh germen pésimo de iniquidad, hijo de muerte, oficina de Satanás! El fruto de tu posteridad será inerte; tus raíces, sin frescura; tus ramas secas, desprovistas de fruto». Y al instante quedó seco el muchacho a vista de todos y murió.

XXIX

Tembló entonces José, tomó a Jesús y se lo llevó a casa en compañía de su madre. De improviso vino de la parte contraria un mu-

chacho, hijo también de iniquidad, quien se lanzó en su carrera contra los hombros de Jesús, pretendiendo burlarse de Él o hacerle daño, si fuera posible. Mas Jesús le dijo: «No te levantarás sano ya del camino por donde vas». Y al instante cayó muerto. Los padres del difunto, que vieron lo ocurrido, exclamaron: «¿Dónde ha nacido este niño? Pues es cosa comprobada que todo lo que sale de su boca resulta verdad. Y con frecuencia, antes de que termine de pronunciarlo, ya está cumplido». Despúes se acercaron a José y le dijeron: «Quita a ese Jesús de entre nosotros, pues así no puedes vivir en nuestro pueblo. O, si no, dile que bendiga siempre en lugar de maledicir». Se acercó, pues, José a Jesús y le amonestaba en estos términos: «¿Por qué haces estas cosas? Ya hay muchos que están quejoso de ti. Por tu culpa nos tienen odio y nosotros hemos de aguantar sus molestias». Jesús respondió: «No hay ningún hijo sabio sino aquel a quien su padre instruyó en la ciencia de este tiempo, y la maldición del padre no repercutre sino en los que se portan mal». Formóse entonces una confabulación contra Jesús y le acusaban ante su padre. José, viendo esto, se intimidó, recelando una violenta sedición en el pueblo de Israel. Mas en aquel momento tomó Jesús de la oreja al rapazuelo difunto y le suspendió en el aire a vista de todos. Y los circunstantes pudieron verle hablar con él, lo mismo que un padre con su hijo. Con lo que retornó a él su alma y revivió, cosa que dejó a todos pasmados de admiración.

XXX

1. Había un cierto maestro judío por nombre Zaquías, el cual oyó a Jesús decir estas cosas. Y, viendo que estaba poseído de una ciencia irrefutable de la virtud, se sintió herido y empezó a hablar contra José inconsiderada y neciamente, sin pizca de respeto. Decía, pues: «¿Es que tú no quieres entregar a tu hijo para que sea instruido en la ciencia humana y en las buenas maneras? Veo que tanto tú como María tenéis en más a vuestro hijo que a toda la tradición de los ancianos. Más cuenta os tendría respetar al senado de la comunidad israelítica y preocuparos de que vuestro hijo observara la debida caridad para con sus iguales y de que recibiera la instrucción conveniente en la doctrina judía».

2. José, por su parte, respondió: «¿Y quién será capaz de gobernar y educar a este muchacho? Si tú te crees con fuerzas suficientes

para ello, no hay inconveniente alguno por nuestra parte en que le instruyas en esas cosas que enseñas también a los demás». Jesús, que oyó lo que había dicho Zaquías, respondió de esta forma: «Maestro de la ley, bien está lo que acabas de decir, tratándose de quienes tienen que ser instruidos en ciencias humanas. Pero, por lo que a mí se refiere, has de saber que no tengo nada que ver con vuestro fuero, ya que no tengo padre según la carne. Tú, que eres legisperito e interpretas la ley, estás sujeto a ella. Pero yo ya existía mucho antes que la ley. Y, ya que piensas que nadie puede compararse contigo en punto a ciencia, sábete que te encuentras en la necesidad de ser instruido por mí, pues nadie fuera de mí puede enseñar cosa alguna distinta de esas que acabas de mencionar. Solamente el que es digno es capaz de hacerlo. Mas, cuando me llegue el momento de ser elevado sobre la tierra, haré cesar toda traza de vuestra genealogía. Tú no eres capaz de precisar la fecha de tu nacimiento. Yo soy el único que sé perfectamente cuándo habéis nacido y cuánto ha de durar vuestra vida sobre la tierra».

3. Entonces, todos los que oyeron propalar estas palabras se llenaron de estupor y exclamaron diciendo: «¡Oh!, ¡oh!, ¡oh! Esto es un misterio maravillosamente grande y admirable. Jamás se oyó cosa semejante. Ni los fariseos, ni los profetas, ni los escribas han dicho nunca u oído cosa parecida. Nosotros bien sabemos dónde ha nacido éste. Mas, teniendo apenas cinco años, ¿cómo es que sabe decir tales cosas?» Respondieron los fariseos: «Nosotros nunca hemos oido decir a un niño de esta edad cosas parecidas».

4. Jesús respondió de esta manera: «Os admiráis de que un niño sepa decir esto? ¿Y por qué no creéis lo que acabo de decir? Os maravilla el que os haya dicho que sabía la fecha de vuestro nacimiento. Más cosas os diré que os provocarán aún mayor admiración. Yo he visto a Abrahán, a quien llamáis vuestro padre; he hablado con él y él me ha visto a mí también». Al oír estas palabras enmudecieron, y nadie se atrevía a hablar. Jesús les dijo entonces: «Entre vosotros he estado con niños y no me habéis conocido. He hablado con vosotros como con personas entendidas y no me habéis comprendido, porque en realidad de verdad sois más pequeños que yo, y vuestra fe es escasa».

XXXI

1. Nuevamente dijo Zaquías, el doctor de la ley, a José y a María: «Dadme al Niño y yo se lo confiaré al maestro Leví para que le edique y le enseñe las letras». Y ellos llevaron a Jesús con caricias a la escuela, para que el anciano Leví le enseñara las letras. Jesús permanecía callado después de entrar en clase. El maestro Leví le iba enseñando mientras tanto el alefato, empezando por *alef*. Y le decía: «Dí tú ahora esta letra». Pero Él continuaba silencioso, sin responder palabra. Entonces el maestro Leví cogió enfadado una vara de estoraque y le pegó en la cabeza.

2. Jesús dijo al preceptor: «¿Por qué me hieres? Sábete que es más bien el castigado el que enseña al que castiga que viceversa. Yo soy capaz de enseñarte a ti esas mismas cosas que me vas diciendo. Mas todos estos que hablan y escuchan son ciegos como el bronce que tañe o el timbal que retiene, los cuales no conocen el sentido de las cosas que con sus sonidos interpretan». Y añadió Jesús a Zaquías: «Todas las letras, desde *alef* hasta *tau*, se distinguen por su disposición. Dime tú primero qué es *tau* y yo te diré después qué es *alef*». Jesús continuó: «¡Hipócrita! ¿Cómo pueden decir *tau* los que no conocen *alef*? Decidme en primer lugar qué es *alef*, y sólo entonces me fiaré de vosotros cuando digáis *bet*». Y comenzó Jesús a preguntar el nombre de las letras, diciendo: «Que nos diga el doctor de la ley en qué consiste la primera letra o por qué tiene muchos triángulos agudos, graduados, semiagudos, partidos por medio, opuestos, alargados, alzados, yacentes y yacentes en curva». Al oír esto Leví, quedó estupefacto ante tan diversa disposición de los nombres de las letras.

3. Y comenzó a gritar, oyéndolo todos: «Es digno acaso de vivir este hombre? Mejor estaría colgado en una cruz, pues es capaz de extinguir el fuego y eludir los demás tormentos. Para mí, éste existía ya antes del cataclismo universal; nació antes del diluvio. ¿Qué entrañas fueron capaces de gestarle? ¿Qué madre pudo darle a luz? ¿Qué pechos han podido amamantarle? Huyo de Él no pudiendo aguantar la palabra de su boca, ya que mi corazón se queda estupefacto al oírla. No creo que de hecho haya hombre alguno capaz de entender lo que dice a no ser que Dios viniera en su ayuda. Y yo ahora, pobre de mí, estoy por mi culpa a merced de sus burlas, ya que pensaba tener ante mí un alumno y me he encontrado con mi propio maestro sin saberlo. ¿Qué diré? No soy capaz de aguantar las

palabras de este niño. Me marcharé de este pueblo, ya que me es imposible entender esto. Viejo y todo, me he dejado ganar por un niño, pues soy incapaz de encontrar lo mismo el principio que el fin de lo que dice. Es harto difícil que uno por sí solo pueda dar con el principio. Os digo con toda sinceridad que, a mi modo de ver, la conducta de este muchacho, los principios de su discurso y la meta de su intención no parecen tener nada de común con los hombres. No sé, por tanto, si será un mago o un dios, o si, más bien, es un ángel de Dios quien habla en Él. Lo que tampoco puedo decir es de dónde procede y qué es lo que ha de llegar a ser».

4. Entonces Jesús, con rostro alegre y sonriéndose de él, dijo imperiosamente a todos los hijos de Israel que estaban presentes y le escuchaban: «Sean prolíficos los estériles, vean los ciegos, anden normalmente los cojos, gocen de bienes los pobres y revivan los muertos, para que, devueltos todos a su primitivo estado, permanezca cada cual en Aquel que es la fuente de la vida y de la felicidad perpetua». Al decir Jesús estas palabras, todos los que se encontraban aquejados de diversas enfermedades se encontraron de pronto restablecidos. Y nadie osaba ya decirle nada ni escuchar cosa alguna de sus labios.

XXXII

Después de esto, partieron de allí María y José juntamente con Jesús y se fueron a la ciudad de Nazaret. Aquí vivía éste en compañía de sus padres. Sucedió un día de sábado que estaba jugando con otros niños en la terraza de una casa. Uno de ellos empujó a otro con tan mala suerte, que el desgraciado cayó de la altura y se mató. Al saberlo los padres del muerto, protestaron contra José y María, diciendo: «Vuestro hijo ha tenido la culpa de que el nuestro cayera y muriese». Jesús, por su parte, estaba silencioso, sin responder palabra. Vinieron a Él con toda prisa José y María, y ésta le preguntó: «¿Fuiste tú, Señor mío, el que le hiciste caer?» Jesús, por respuesta, bajó a toda prisa de la terraza y llamó al niño por su nombre, Zenón. Él respondió: «¡Señor!» Jesús le dijo: «¿Fui yo acaso el que te tiré?» El interpelado repuso: «No, Señor». Y los padres del que había sido cadáver se llenaron de admiración y honraban a Jesús por el milagro que acababa de hacer. De allí partieron José y María, juntamente con Jesús, camino de Jericó.

XXXIII

Tenía Jesús a la sazón seis años. Su madre le envió una vez con otros niños a buscar con un cántaro agua a la fuente. Tenía ya sacada el agua, cuando un muchacho le dio un empellón, con el que la vasija recibió un rudo golpe y se hizo pedazos. Mas Jesús extendió su manto y recogió en él toda el agua que había en el cántaro. Después se la llevó a su madre. Ella, al verlo, se llenaba de admiración e iba rumiando estas cosas y escondiéndolas en su corazón.

XXXIV

Otro día salió al campo llevando un poco de trigo del granero de su madre y lo sembró. El trigo nació, creció y se multiplicó prodigiosamente. Y Él mismo se encargó de segarlo, recogiendo tres cotos de semilla, que dio después a sus muchos conocidos.

XXXV

Hay un camino que, saliendo de Jericó, conduce hasta el río Jordán, en el lugar por donde pasaron los hijos de Israel. Allí mismo se dice que descansó también el arca de la alianza. Teniendo, pues, Jesús la edad de ocho años, salió una vez de Jericó con dirección al Jordán. A la vera del camino, muy cerca ya de las márgenes del río, había una madriguera, donde una leona criaba sus cachorros. Ésta era la causa por la que nadie transitaba seguro por aquellos parajes. Llegó, pues, Jesús al lugar, a sabiendas de que en aquella caverna había parido la leona sus crías. A vista de todos entró en la cueva. Los leoncitos, que le vieron, corrieron a Él y le adoraron. Jesús se sentó en medio de la gruta, y ellos correteaban en torno suyo, acariciándole y jugueteando, mientras que los leones más viejos estaban retirados cabizbajos, haciendo fiestas con la cola. La gente que observaba esto desde lejos, al no ver a Jesús, se decía: «De no ser que éste, o sus padres, hubiera cometido grandes pecados, no se hubiera lanzado espontáneamente a los leones. Y, mientras los circunstantes pensaban estas cosas y estaban sumidos en una grande aflicción, he aquí que Jesús salió de la gruta y los leones iban jugueteando ante Él. Mas los padres de Jesús estaban observando todo esto cabizbajos y

desde lejos. Asimismo, la demás gente se mantenía a distancia, sin que osaran acercarse por miedo a los leones. Jesús entonces empezó a hablar de manera que todos le oyeron: «¡Cuánto mejores que vosotros son estas bestias, que reconocen y glorifican a su Señor, a quien vosotros, hombres hechos a su imagen y semejanza, desconocéis! Los brutos animales me reconocen y se amasan. Los hombres me ven y no me conocen».

XXXVI

Después atravesó Jesús el Jordán en compañía de los leones y en presencia de todos. Las aguas del río se partieron entonces a derecha e izquierda. Y Jesús se dirigió a los leones de manera que todos pudieran oírle: «Id en paz, sin hacer daño a nadie y sin que tampoco los hombres os lo hagan a vosotros, hasta que volváis al lugar de donde habéis salido». Y ellos se despidieron de Él, no de viva voz, sino con su actitud, y retornaron a sus cubiles. Jesús volvió hacia su madre.

XXXVII

1. José tenía el oficio de carpintero y no hacía sino yugos de bueyes, arados, instrumentos para revolver la tierra, juntamente con otros aperos de labranza, y camas de madera. Vino, pues, un día cierto joven a encargarle un lecho de seis codos. José mandó a su mozo que cerrara la madera de acuerdo con las medidas que le habían sido dadas. Pero él no las observó, sino que sacó un travesaño más largo que otro. José se puso nervioso y empezó a cavilar qué se debería hacer en aquel trance.

2. Jesús, que le vio en tan grave aprieto al no encontrar la manera de arreglarlo, le dijo con voz llena de consuelo: «Ven, tomemos ambos los palos, juntemos sus extremidades, igualémoslas entre sí, tirando de ellas hasta nosotros; así podremos hacerlos iguales». José obedeció a sus indicaciones, pues sabía que Jesús era capaz de hacer cuanto se proponía. Tomó, pues, José las extremidades de los maderos y las adosó a la pared junto a sí. Jesús hizo lo mismo, tirando de la otra punta, y estiró el travesaño más corto hasta que logró igualarlo con el más largo. Después dijo a José: «Vete ahora a trabajar y haz lo que te habías prometido». Y José pudo terminar la obra prometida.

XXXVIII

1. Aconteció por segunda vez que la gente rogó a José y a María que dieran instrucción a Jesús, mandándolo a la escuela. Ellos, por su parte, no se negaron, sino que, obedientes al mandato de los ancianos, le llevaron a un maestro que le enseñase las ciencias humanas. Y éste comenzó por instruirle imperiosamente diciendo: «*Di alfa*». Mas Jesús respondió: «Dime tú primero qué es *beta* y luego te diré yo qué es *alfa*». Al recibir tal respuesta, el maestro pegó a Jesús. Pero, nada más hacerlo, cayó muerto.

2. Jesús volvió a casa al lado de su madre. Mas José, lleno de temor, dijo a María: «Sábete que mi alma está mortalmente triste por este muchacho. Porque puede muy bien suceder que alguien le pague maliciosamente y se nos vaya a morir». María replicó: «Hombre de Dios, no creas que pueda suceder esto. Puedes estar seguro de que Aquel que le envió para que naciera entre los hombres, le librará de todo malhechor y le conservará inmune de toda desgracia con su poder».

XXXIX

1. Nuevamente rogaron los judíos a José y María que llevaran al niño con caricias a otro maestro para que recibiera instrucción. Ellos, por temor al pueblo y por la insolencia de los príncipes y amenazas de los sacerdotes, le presentaron de nuevo en la escuela, aunque bien sabían que nada nuevo podría aprender de los hombres quien de solo Dios había recibido una ciencia completa.

2. Y, entrado que hubo Jesús en clase, se sintió inspirado por el Espíritu Santo y tomó un libro de manos del doctor que explicaba la ley. Después, siendo testigo de vista y oído todo el pueblo, empezó a leer, no por cierto lo que estaba escrito en el citado volumen, sino lo que le dictaba el Espíritu de Dios vivo, como si de una fuente viva brotara un torrente de agua quedando rebosante el manantial. Y con tanta persuasión enseñaba al pueblo las maravillas de Dios vivo, que hasta el maestro mismo se postró en tierra, adorándole. Los corazones de los circunstantes se llenaron de estupor al oírle tales cosas. José, nada más enterarse de ello, vino con toda prisa hacia Jesús, temiendo no fuera también a morir aquel maestro. Éste, al verlo, le dijo: «Tú no me has confiado un alumno, sino un maestro. ¿Quién

será capaz de aguantar su palabra?» Y en esto tuvo cumplimiento lo que había predicho el salmista: «El río de Dios se sale de madre. Preparaste su alimento, pues que tal es su preparación».

XL

Después María y José partieron de allí con dirección a la ciudad marítima de Cafarnaúm, a causa de la malicia de la gente que les era contraria. En esta ciudad se encontraba un hombre muy rico llamado José, quien, acosado de una grave enfermedad, vino a morir. El cadáver del difunto se encontraba ya sobre el lecho mortuorio. Jesús, que oyó los gemidos, lloros y lamentos de la gente por aquella desgracia, dijo a José: «¿Por qué no das muestras de tu benevolencia a este tocayo tuyo?» Él respondió: «Y qué hay en el terreno de mis posibilidades para socorrerle?» Dijo Jesús: «Toma el pañuelo que cubre tu cabeza y ponlo sobre la cara del difunto, diciéndole: *Que Cristo te salve*. Y al instante será salvo y se levantará de su lecho de muerte». Oído lo cual, marchó José presuroso, siguiendo las indicaciones de Jesús, y entró en la casa mortuoria. Se quitó el pañuelo que cubría su cabeza y lo puso sobre la faz del cadáver yacente, diciendo: *Que Jesús te salve*. Al momento se levantó el difunto, preguntando que quién era Jesús.

XLI

1. Y se trasladaron de Cafarnaúm a Belén, viviendo José y María en compañía de Jesús. Cierta día llamó José a su primogénito Santiago y le envió por coles a un huerto para hacer un guiso. Jesús fue tras de su hermano sin que José ni María se enteraran. Y, mientras Santiago recogía las hortalizas, salió repentinamente una víbora de un agujero y le picó en la mano. Él, experimentando un vivísimo dolor, empezó a dar gritos. Y, sintiéndose ya desfallecer, decía con tono lastimero: «¡Ay!, ¡ay! Una maldita víbora me ha mordido en la mano».

2. Jesús estaba en la parte opuesta. Y, al oír los amargos lamentos de Santiago, corrió hacia él. Tomó su mano y no hizo más que soplar sobre ella y refrigerarla, cuando el joven se sintió curado y la víbora quedó muerta. José y María ignoraban lo ocurrido, pero, a los

gritos de Santiago y a la voz imperativa de Jesús, se llegaron al huerto, y encontraron ya muerto al reptil y a Santiago sanado.

XLII

1. Siempre que José iba a algún convite en compañía de sus hijos Santiago, José, Judas y Simeón y de sus dos hijas, asistía también Jesús con María, su madre, y con la hermana de ésta, María de Cleofás, que el Señor había otorgado a su padre Cleofás y a su madre Ana en recompensa por la ofrenda que habían hecho a Dios de María, madre de Jesús. Y para su consuelo le habían dado también por nombre María.

2. Y, siempre que se juntaban, Jesús les santificaba y les bendecía, siendo también el primero en empezar a comer y beber. Pues nadie se atrevía a hacerlo, ni siquiera a sentarse a la mesa o a cortar el pan, mientras Jesús no lo hubiera hecho y les hubiera bendecido. Si por casualidad estaba ausente, esperaban hasta que viniera. Y, cuando Él se ponía a la mesa, le acompañaban María y José y los hijos de éste, hermanos suyos. Pues éstos tenían ante sus ojos su vida como una antorcha y le profesaban veneración y respeto. Siempre que Jesús dormía, fuera de día o de noche, siempre resplandecía sobre Él la claridad divina.

Al cual sea dada toda alabanza y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén. Amén.

3. EXTRACTOS DEL «LIBER DE INFANTIA SALVATORIS»

Entre las muchas narraciones apócrifas que difundieron leyendas protoevangélicas en Occidente descuella, por sus abundantes rasgos de originalidad, el *Liber de infantia Salvatoris*, del que ofrecemos algunos extractos siguiendo el texto del cod. Arundel 404 del British Museum (siglo XIV), publicado por M. R. James en 1927.

El contenido del escrito delata ciertamente al evangelio del Pseudo-Mateo como una de las fuentes principales de inspiración, pero su autor no se contenta con transmitir el mensaje apócrifo, sino que lo somete a una reelaboración personal. Todo ello en un estilo fluido y elegante que hace olvidar la artificiosa ingenuidad de los apócrifos antiguos y que parece más propio de un erudito compilador carolingio (siglo IX).

Texto latino: M. R. JAMES, *Latin Infancy Gospels: a new text with a parallel version from Irish, edited with Introduction* (Cambridge 1927); SANTOS OTERO, *Los evangelios... (ex tracta)*, 253-269.

Bibliografía: Erbetta I/2, 206-211; Starowieyski, 236-242; McNamara, 42-48; Geerard, 31.

LIBRO SOBRE LA INFANCIA DEL SALVADOR

EL NACIMIENTO

62. Y José se adelantó con dirección a la ciudad, dejando a María en compañía de su hijo Simón, ya que ésta caminaba despacio a causa de su embarazo. Entró en Belén, su patria, y, ya en medio de la ciudad, dijo: «No hay cosa (tan) justa como el que uno ame a su ciudad (natal), pues ella constituye el descanso de todo hombre y el que cada cual repose en su propia tribu. Yo vuelvo a verte después de largo tiempo, ¡oh Belén!, casa buena de David, rey y profeta de Dios».

63. Y dando vueltas, vio un establo solitario y dijo: «Éste es el sitio donde habré de aposentarme, pues parece ser albergue de caminantes y no dispongo aquí de mesón ni de posada donde podamos descansar». Y, echándole una ojeada, dijo: «Ciertamente el local es reducido, pero a propósito para unos pobres (como nosotros), pues está alejado del criterio de la multitud, de manera que no pueda perjudicar a una mujer en trance de dar a luz. Así pues, éste es el sitio en que debo descansar con todos los míos».

64. Y al decir esto, salió fuera, miró al camino y he aquí que María se iba ya aproximando en compañía de Simeón. Después que hubieron llegado, dijo José: «Simeón, hijo mío, ¿cómo es que has tardado (tanto)? Éste respondió: «Si no es por mí, señor y padre mío, María hubiera tardado (aún más), porque, embarazada como está, hacia muchas paradas en el camino para descansar. Durante el viaje siempre he estado preocupado no fuera a sorprenderle el momento del parto (en plena marcha). Y doy gracias al Altísimo porque le ha dado fuerza para aguantar. Pues, por lo que puedo sospechar y a juzgar por lo que ella dice, está ya muy próximo su parto». Y en diciendo esto, mandó parar el jumento y bajó María de la cabalgadura.

65. Entonces dijo José a María: «Hija mía, has sufrido mucho por mi causa. Entra, pues, ya y cuídate. Tú, Simeón, trae agua y lava sus pies, dale también alimento o lo que necesite y complácela en todo». Hizo Simeón lo que le mandó su padre y la condujo a la cueva. Ésta, al entrar María, se vio inundada por la luz del sol y se iluminó como si fuera mediodía.

66. Ella, por su parte, no cesaba un momento, sino que estaba continuamente dando gracias entre sí. Simeón dijo a su padre: «Padre, ¿qué pensamos que sufre esta doncella, pues está hablando continuamente entre sí?» Le dice José: «No puede conversar contigo, pues está fatigada del viaje. Por eso habla entre sí y da gracias». Y acercándose a ella, le dijo: «Levántate, señora e hija mía, sube al lecho y reposa».

67. Y hablando así, salió fuera. Poco después salió Simeón en su seguimiento para decirle: «Date prisa, señor y padre mío; ven con presteza, pues María te reclama ardientemente. Yo pienso que está ya para dar a luz». Le dijo José: «Yo no me retiraré de su lado; mas tú, como joven que eres, vete ligero, entra en la ciudad y busca a una comadrona para que venga junto a la doncella, pues una partera es de gran ayuda para la mujer que está en trance de alumbrar». Respondió Simeón diciendo: «¿Cómo voy a poder encontrar una partera yo, que soy desconocido en esta ciudad? Óyeme más bien, señor y padre mío: sé perfectamente y estoy seguro de que el Señor se preocupa de ella y de que Él le proporcionará comadrona, nodriza y todo lo que le haga falta».

68. Y en esto, he aquí que viene una muchacha con el taburete que utilizaba para asistir a las parturientas. Ésta se paró. Al verla, se llenaron de admiración y José le dijo: «Hija, ¿adónde vas con ese taburete?». La muchacha respondió en estos términos: «Me ha mandado aquí mi maestra, pues fue en su busca un joven con toda prisa, diciéndole: Ven con toda presteza a recoger un nuevo parto, pues una doncella está para dar a luz por vez primera. Al oír esto mi maestra, me envió a mí por delante. Ella viene detrás».

José echó una mirada y, al verla venir, fue a su encuentro y cambió con ella un saludo. Le dice la comadrona: «¿Adónde vas, buen hombre?» A lo que José repuso: «Voy en busca de una comadrona hebrea». Le dice la mujer: «¿Eres tú de Israel?» José responde: «Sí, soy de Israel». Continúa la comadrona: «¿Quién es la doncella que está para dar a luz en la cueva?» José respondió: «Es María, mi esposa, la que fue educada en el templo del Señor». Le dice la comadrona: «¿No es por ventura tu esposa?» José repuso: «Es verdad que está desposada conmigo, pero ha concebido por virtud del Espíritu Santo». Le dice ella: «¿Es verdad lo que dices?» Le responde José: «Ven y ve».

69. Por fin entraron en la cueva. Y José le dijo: «Pasa y asiste a María». Ella se sintió sobrecogida de miedo al querer penetrar en el

interior, ante la gran luz que allí resplandecía y que no desapareció ni de día ni de noche mientras estuvo allí María. Dijo, pues, José a ésta: «Mira, te he traído a la comadrona Zaquel. Está fuera, a la entrada de la cueva, y no se atreve a venir hasta aquí por lo excesivo del resplandor; y es que (además) esto le es imposible». María sonrió al oír esto y José le dijo: «No te sonrías. Sé más bien prudente, pues ha venido por ver si necesitas alguna medicina». Y con esto la hizo entrar. Ésta se paró ante la presencia de María. Después que ésta consintió en ser examinada por espacio de (algunas) horas, exclamó la comadrona y dijo a grandes voces: «Misericordia, Señor y Dios grande, pues jamás se ha oido, ni se ha visto, ni ha podido caber en sospecha (humana) que unos pechos estén henchidos de leche y que a la vez un niño recién nacido esté denunciando la virginidad de su madre. Ninguna mancha de sangre se ha producido en el recién nacido, ningún dolor se ha manifestado en la parturienta. Virgen concibió, virgen ha dado a luz y continúa siendo virgen».

70. Ante la tardanza de la comadrona, José penetró dentro de la cueva. Vino entonces aquella a su encuentro y ambos salieron fuera, hallando a Simeón de pie. Éste le preguntó: «Señora, ¿qué es de la doncella?, ¿puede abrigar alguna esperanza de vida?» Le dice la comadrona: «¿Qué es lo que dices, hombre? Siéntate y te contaré una cosa maravillosa». Y elevando sus ojos al cielo, dijo la comadrona con voz clara: «Padre omnipotente, ¿cuál es el motivo de que me haya cabido en suerte presenciar tamaño milagro, que me llena de estupor?, ¿qué es lo que he hecho yo para ser digna de ver tus santos misterios, de manera que hicieras venir a tu sierva en aquel preciso momento para ser testigo de las maravillas de tus bienes? Señor, ¿qué es lo que tengo que hacer?, ¿cómo podré narrar lo que mis ojos vieron?»

Le dice Simeón: «Te ruego me des a conocer lo que has visto». Le dice la comadrona: «No quedará esto oculto para ti, ya que es un asunto (henchido) de muchos bienes. Así pues, presta atención a mis palabras y retenlas en tu corazón».

71. «Cuando hube entrado para examinar la doncella, la encontré con la faz vuelta hacia arriba, mirando al cielo y hablando consigo (misma). Yo creo que estaba en oración y bendecía al Altísimo. Cuando hube, pues, llegado hasta ella, le dije: «Dime, hija, ¿no sientes por ventura alguna molestia o tienes algún miembro dolorido? Mas ella continuaba inmóvil mirando al cielo, cual una sólida roca y como si nada oyese».

72. «En aquel momento se pararon todas las cosas, silenciosas y atemorizadas: los vientos dejaron de soplar; no se movió hoja alguna de los árboles, ni se oyó el ruido de las aguas; los ríos quedaron inmóviles y el mar sin oleaje; callaron los manantiales de las aguas y cesó el eco de voces humanas. Reinaba (por doquier) un gran silencio. Hasta el mismo polo abandonó desde aquel momento su vertiginoso curso. Las medidas de las horas habían ya casi pasado. Todas las cosas se habían abismado en el silencio, atemorizadas y estupefactas. Nosotros (estábamos) esperando la llegada del Dios alto, la meta de los siglos».

73. «Cuando llegó, pues, la hora, salió al descubierto la virtud de Dios. Y la doncella, que estaba mirando fijamente al cielo, quedó convertida (como) en una viña, pues ya se iba adelantando el colmo de los bienes. Y en cuanto salió la luz, la doncella adoró a Aquel a quien reconoció haber ella misma alumbrado. El niño lanzaba de sí resplandores, lo mismo que el sol. Estaba limpísimo y era gratísimo a la vista, pues sólo Él apareció como paz que apacigua todo (el universo). En la misma hora de nacer se oyó la voz de muchos espíritus invisibles que decían a una voz: "Amén". Y aquella luz se multiplicó y oscureció con su resplandor el fulgor del sol, mientras que esta cueva se vio inundada de una intensa claridad y de un aroma suavísimo. Esta luz nació de la misma manera que el rocío desciende del cielo a la tierra. Su aroma es más penetrante que el perfume de todos los ungüentos de la tierra».

74. «Yo, por mi parte, quedé llena de estupor y de admiración y el miedo se apoderó de mí, pues tenía fija mi vista en el intenso resplandor que despedía la luz que había nacido. Y esta luz fuese poco a poco condensando y tomando la forma de un niño, hasta que apareció un infante (tal) como suelen ser los hombres al nacer. Yo entonces cobré valor: me incliné, le toqué, le levanté en mis manos con gran reverencia y me llené de espanto al ver que no tenía el peso (propio) de un recién nacido. Le examiné y vi que no estaba manchado lo más mínimo, sino que su cuerpo todo era nítido, como acontece con la rociada del Dios Altísimo; era ligero de peso y radiante a la vista. Y mientras me tenía sorprendida el ver que no lloraba, como suelen hacerlo los recién nacidos, y estaba mirándole de hito en hito, me dirigió una gratísima sonrisa; después, abriendo los ojos, fijó en mi una penetrante mirada y al instante salió de su vista una gran luz como si fuera un relámpago».

75. Simeón respondió al oír esto: «Dichosa de ti, oh mujer, que fuiste digna de presenciar y anunciar esta nueva y santa visión; y dichoso de mí también por haber oído esto, (pues) aunque no lo vi, lo he creído». Le dice la comadrona: «Tengo aún que contarte (otra) maravilla para que te llenes de estupor». Respondió Simeón: «Dímela, señora, pues siento gozo al oír estas cosas». Le dice la comadrona: «Cuando tomé al infante en mis manos, vi que tenía limpio el cuerpo, sin las manchas con que suelen nacer los hombres, y pensé para mis adentros que a lo mejor habían quedado otros fetos en la matriz de la doncella. Pues es cosa que suele acontecer a las mujeres en el parto, lo cual es causa de que corran peligro y desfallezcan de ánimo. Y al momento llamé a José y puse al niño en sus brazos. Me acerqué luego a la doncella, la toqué, y comprobé que no estaba manchada de sangre. ¿Cómo lo referiré?, ¿qué diré? No atino. No sé cómo describir una claridad tan grande del Dios vivo. Mas tú, Señor, me eres testigo de que la he tocado con mis manos y de que he encontrado virgen a esta doncella puérpera, no sólo a raíz del parto, sino también... [...] del sexo de un hombre masculino. En aquel momento me puse a gritar a grandes voces, glorifiqué a Dios, caí sobre mi rostro y le adoré. Después salí fuera. José, por su parte, envolvió al niño entre pañales y lo reclinó en el pesebre».

76. Le dijo Simeón: «¿Te ha dado alguna recompensa?» Respondió la comadrona: «Soy yo más bien la que me siento obligada por una deuda de merced, de agradecimiento y de oración. He hecho promesa de ofrecer a Dios un sacrificio immaculado por haberse dignado concederme la gracia de ser espectadora y testigo consciente de este misterio. Pues yo misma directamente ofrezco un don por los dones que se ofrecen en el templo del Señor».

Y, en diciendo esto, dijo a su aprendiz: «Hija mía, coge el taburete y vámonos. Hoy mi vejez ha podido ver a una parturienta sin dolores y a una virgin que es madre, si es que lo que acabamos de ver puede llamarse un parto. Yo tengo para mí que ella se abandonó a la voluntad de Dios, el cual permanece por los siglos». Y, en diciendo esto, se puso en camino con ella.

ADORACIÓN DE LOS MAGOS

89. José, al ver a los magos, dijo: «¿Quién piensas serán estos que vienen a nuestro encuentro? Me da la sensación de que se están

acermando después de un largo viaje. Me levantaré, pues, y saldré a su encuentro». Y, adelantándose, dijo a Simeón: «Creo que son unos adivinos: pues efectivamente no están quietos un momento, (siempre) están observando y discutiendo entre sí. Y me parecen además forasteros, pues su vestimenta es distinta de la nuestra: su traje es amplísimo y de color oscuro. Finalmente, tienen también birretes en sus cabezas y llevan unas sarabaras ceñidas a sus piernas como... Mas he aquí que se han parado y me han dirigido una mirada. Ahora continúan de nuevo la marcha hacia nosotros». Cuando hubieron, pues, llegado a la cueva, les dijo José: «¿Quiénes sois vosotros? Decidme». Mas ellos pretendían entrar con audacia, pues efectivamente se dirigían al interior. José les dijo: «Decidme, por vuestra salud, quiénes sois para dirigiros así a mi albergue». Ellos dijeron: «Nuestro guía ha entrado aquí a vista nuestra. ¿Por qué nos preguntas a nosotros? [Dios] nos ha enviado aquí». Le dijeron: «Podemos asegurarte que es la salvación de todos».

90. «Hemos visto en el cielo la estrella del rey de los judíos y hemos venido a adorarle, pues así está escrito en los libros antiguos acerca de la señal de esta estrella: que cuando apareciere este astro, nacerá el rey eterno y dará a los justos una vida inmortal». Les dice José: «Sería conveniente que hicierais primero indagaciones en Jerusalén, pues allí está el templo del Señor». Le respondieron: «Hemos estado ya en Jerusalén y hemos anunciado al rey que ha nacido el Cristo y que vamos en su busca. Mas él nos dijo: Yo por mi parte ignoro cuál es el sitio donde ha nacido. Después envió recado a todos los escudriñadores de las escrituras y a todos los magos, príncipes de los sacerdotes y doctores, quienes acudieron a su presencia. Él les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Ellos respondieron: En Belén. Pues así está escrito acerca de él: y tú, Belén, tierra de Judá, no serás la más insignificante entre las principales de Judá, pues de ti ha de salir el jefe que rija los destinos de mi pueblo Israel. Nosotros, en cuanto oímos esto, caímos en la cuenta y vinimos a adorarle. Es de saber que la estrella que se nos apareció ha ido precediéndonos desde que emprendimos el viaje. Mas Herodes, al oír estas cosas, cogió miedo y nos preguntó en secreto acerca del tiempo de la estrella, cuándo se nos apareció. Al marcharnos, nos dijo: Informaos con toda diligencia, y, cuando lo hayáis encontrado, hacédme saber para que yo también vaya y le adore».

91. Y el mismo Herodes nos dio la diadema que él solía llevar en su cabeza (esta diadema tiene una blanca mitra), y un anillo en

que va engarzada una preciosa piedra real, sello incomparable que le envió como presente el rey de los Persas; y nos mandó que ofreciéramos este don al niño. El mismo Herodes prometió hacerle un presente cuando estuviéremos de vuelta ante su presencia. Recibidos los dones, partimos de Jerusalén. Mas he aquí que la estrella, que se nos había aparecido, iba delante de nosotros desde que salimos de Jerusalén hasta este lugar y luego entró en esta cueva donde tú estás y no nos permites a nosotros penetrar». Les dice José: «Yo por mi parte no me opongo. Seguidla, pues Dios es vuestro guía, y no sólo vuestro, sino de todos aquellos a quienes quiso manifestar su gloria». Al oír esto, los magos entraron y saludaron a María diciendo: «Salve, llena de gracia». Después se acercaron al pesebre, (lo) examinaron y vieron al infante.

92. Mas José dijo a Simeón: «Hijo, observa y mira qué es lo que hacen dentro estos forasteros, pues no está bien que yo los espíe». Y así lo hizo. Luego, dijo a su padre: «Nada más entrar han saludado al niño y han caído en tierra sobre sus rostros; después se han puesto a adorarle según la costumbre de los extranjeros y (ahora) cada uno va besando por separado las plantas del infante. ¿Qué es lo que hacen en este momento? No lo veo bien». Le dice José: «Observa atentamente». Respondió Simeón: «Están abriendo sus tesoros y le ofrecen dones». Le dice José: «Qué es lo que le ofrecen?» Simeón respondió: «Pienso que lo que le ofrecen son aquellos dones que envió el rey Herodes. (Ahora) le acaban de ofrecer oro, incienso y mirra de sus cofres y han dado muchos dones a María». Le dijo José: «Muy bien han hecho estos señores en no besar al niño de balde; lo contrario de aquellos nuestros pastores que vinieron aquí con las manos vacías». Y de nuevo le dice: «Observa más atentamente y mira qué es lo que hacen». Vigilando pues Simeón, dice: «He aquí que de nuevo han adorado al niño y vienen ya hacia nosotros».

93. Salieron por fin y dijeron a José: «¡Oh dichosísimo varón! Ahora vas a saber quién es este niño que estás alimentando». Les dice José: «Sospecho que es mi hijo». Le dicen ellos: «Su nombre es más grande que el tuyo. Pero quizá la razón de que puedas llamarte padre suyo estriba en que le sirves, no como a tu hijo, sino como a tu Señor y tu Dios, y (en que) tocándole con tus manos, le respetas con gran temor y diligencia. No nos tengas, pues, por ignorantes. Sábete que Aquel, de quien has sido designado nutricio, es el Dios de los dioses y el Señor de los que dominan, Dios y Rey de todos los príncipes y potestades, Dios de los ángeles y de los justos. Él será el

que salvará a todos los pueblos por su nombre, (pues suya es la majestad y el imperio), y el que deshará el agujón de la muerte y disipará el poder del infierno. Le servirán los reyes y todas las tribus de la tierra le adorarán; y toda lengua le confesará diciendo: Tú eres Cristo Jesús, libertador y salvador nuestro, pues Tú eres Dios, virtud y resplandor del Eterno Padre».

94. Les dice José: «¿De dónde habéis sabido esto que me estáis diciendo?» Le responden los magos: «Vosotros poseéis las antiguas escrituras de los profetas de Dios en las que está escrito acerca del Cristo, cómo ha de tener lugar su venida en este mundo. También tenemos nosotros escrituras de escrituras más antiguas que se refieren a Él. En lo tocante a tu pregunta sobre el origen de nuestro conocimiento, escúchanos: Lo supimos por el signo de una estrella, (ésta se nos apareció más resplandeciente que el sol), de cuyo fulgor nadie pudo hablar nunca. Y esta estrella significa que la estirpe de Dios reinará en la claridad del día. Ésta no giraba en el centro del cielo, como suelen (hacerlo) las estrellas fijas y también los planetas, que aunque observan un plazo fijo de tiempo... mas sólo ésta no es errante. Pues nos parecía que todo el polo (esto es: el cielo) no podía contenerla con toda su grandeza; y ni el mismo sol pudo nunca oscurecerla, como (lo hace) con las otras estrellas, por el fulgor de su luz. (Más aún) éste pareció debilitarse a vista del resplandor de su venida. Pues esta estrella es la palabra de Dios, ya que hay tantas palabras de Dios cuantas son las estrellas. Y esta palabra de Dios, (como el mismo) Dios, es inefable. Lo mismo que es inenarrable esta estrella, que fue nuestra compañera de viaje en la marcha (que emprendimos) para venir hasta el Cristo».

95. Así pues, José les dijo: «Me habéis proporcionado un gran placer con todo lo que acabáis de decirme. Os suplico que os dignéis permanecer conmigo el día de hoy». Ellos le dijeron: «Te rogamos nos permitas emprender nuestro viaje (de retorno), pues el rey nos encomendó que volviéramos lo más pronto (posible) a su lado». Pero él les detuvo.

96. Ellos abrieron sus tesoros e hicieron a María y a José enormes presentes.

III. *APÓCRIFOS DE LA INFANCIA*

1. EVANGELIO DEL PSEUDO TOMÁS



Jesús en la escuela (*Evangelio del Ps. Tomás* c.6-8,14-15).
Evangelario de la catedral de Milán (s.v.).

El contenido de este apócrifo no tiene nada que ver con el del *Evangelio de Tomás* que incluimos al final de esta obra entre los apócrifos gnósticos de Nag Hammadi. Mientras éste es una colección de *logia* o dichos que se ponen en boca de Jesús, el escrito que ahora nos ocupa es un apócrifo de la Infancia, en que se inserta una larga serie de milagros o hechos portentosos atribuidos al niño Dios. El que ambos escritos reclamen la autoría de *Tomás* puede estribar en la preferencia que ciertos círculos heterodoxos del cristianismo antiguo daban a este personaje como depositario de secretos no contenidos en los escritos del Nuevo Testamento para amparar bajo su autoridad sus propias doctrinas. Así ocurre también con los famosos *Hechos de Tomás*.

Hablando Ireneo de Lyon a fines del siglo II de la secta gnóstica de los Marcosianos, dice que éstos referían una anécdota, según la cual «habiéndole dicho el maestro a Jesús, como es costumbre, *di alfa*, él respondió: *alfa*. Y que habiéndole mandado de nuevo el maestro decir la *beta*, respondió el Señor: *Dime tú primero qué es el alfa y entonces te diré a ti qué es la beta*» (*Haer. I, 13,1*). Este episodio se encuentra realmente en nuestro apócrifo (ver c.VIa, 2). Un discípulo de Ireneo, Hipólito de Roma, cuenta un poco más tarde que los gnósticos Naassenos utilizaban un *Evangelio de Tomás* en que, entre otras cosas, se decía: «Quien me busca, me encontrará entre los niños, pues allí en el decimocuarto eón me manifestaré» (*Ref. V 7,20*).

Dejando aparte la cuestión de si el texto que actualmente poseemos puede identificarse en todo o en parte con el que reflejan estas referencias, no cabe duda de que al final del siglo II corría en círculos gnósticos un «*Evangelio de Tomás*» que mostraba gran preferencia por temas relacionados con la infancia de Jesús y que ha dejado marcadas huellas en el apócrifo que nos ocupa.

Éste fue escrito originariamente en griego, lengua en que aún se conserva, pero su texto ha sido transmitido también en diverso estado de conservación en varias versiones antiguas: latina, siríaca, geór-

gica, eslava, etc. Una de las versiones latinas más conocidas es la que forma la segunda parte del evangelio del Pseudo Mateo (c.XXVI-XLII), que incluimos arriba, con una redacción bastante libre.

La tesitura del evangelio del Pseudo Tomás, tal como aparece después de que Tischendorf fijara el texto griego en su edición de mediados del siglo pasado, es muy simple: no se trata de una narración orgánica que sirva de soporte a un mensaje concreto, como es el caso del Protoevangelio, sino de una concatenación de episodios sin otro nexo entre sí que el que da el cuadro general en que vienen enmarcados: la infancia de Jesús desde los cinco a los doce años.

Estos episodios tienen casi siempre una connotación milagrosa, a veces ingenua y encantadora, como en el caso de los pajarillos de barro (c.II), pero con frecuencia vengativa y arbitraria que da a Jesús un carácter difícil y extraño, casi diríamos intratable.

Cabe preguntar si esta sarta de episodios milagrosos de proveniencia incierta no es más que el esqueleto a que ha quedado reducido este apócrifo, después de haber sido despojado en redacciones posteriores del entramado especulativo y doctrinal que tuvo en su origen. Se han lanzado muchas hipótesis a este respecto, pero todas tropiezan con la dificultad de tener que partir de una redacción griega deficiente, como es la que refleja a todas luces la edición de Tischendorf.

La ayuda que pueden ofrecer las diversas versiones antiguas para solucionar este problema no es siempre eficaz, por tratarse unas veces de textos fragmentarios y otras de reelaboraciones que se alejan bastante del original griego. Una excepción presenta la versión eslava que en éste, como en otros muchos casos, se distingue por ser una traducción servil, sin pretensiones literarias, de un original griego que hubo de existir alrededor del siglo XI. Esta versión está apoyada por unos quince manuscritos y ofrece un texto completo de nuestro apócrifo. Todo ello son garantías que nos permiten reconstruir la redacción griega aludida, no sólo mucho más antigua, sino más coherente que la que reflejan los textos griegos que tenemos hoy a nuestra disposición. A toda esta problemática he dedicado una extensa monografía publicada en otra parte (*Das kirchenslavische Evangelium des Thomas* [Berlín 1967]), a quien remito al lector que desee conocer más detalles. Aquí he de contentarme con ofrecer la traducción castellana de la versión eslava del *Evangelio del Pseudo Tomás* según el tra-

bajo citado, añadiendo como apéndice los tres primeros capítulos del Tomás latino (Tischendorf, 164-166).

Textos griegos Tischendorf, 140-163, A DFLATI^F, «Anecdota Atheniensia, I» *Bibliothèque de la Faculte de Philos et Lettres de l'Universite de Lège* 36 (1927) 264-271, SANTOS OTIRO, *Los evangelios*, 279-296

Textos eslavos A POPOV, *Opisanie rukopisej i katalog knig cerkovnoy pečati biblioteki A I Chludova* (Moscu 1872) 320-325, St NOVAKOVIC, «Apokrifí jednoga srpskog cirilovskog zbornika XIV v», en *Starine* (1876) 48-55, M N SPIRANSKIJ, *Slavjanskaia apokrificeskaya evangelyja* (Moscu 1895) 73-92 140-143, P A LAVROV, «Apokrificeskie teksty» en *Sbornik otdeleniya russkago jazyka i slovenosti Imp AN*, 67 (Moscu 1899) 111-118, A I JACIMIRSKIJ, «Iz slavjanskikh rukopisej, teksty i zametki», en *Učenya zapiski* Imp. Mosk. Universitet, 24 (Moscu 1899) 93-144, B GRABAR, «Glagolski odlomak Pseudo-Tomina evanđelija» *Slovo* 18 (Zagreb 1969) 213-231

Bibliografia G GARITI^F, «Le fragment géorgien de l'Evangile de Thomas» *Revue d'Histoire Eccl* 51 (1956) 513-520, J CARNFY, «The Irish Gospel of Thomas», en *Eru* (Dublin 1958) 1-43, A DI SANTOS OTIRO, *Das kirchenslavische Evangelium des Thomas* (Berlín 1967), St GERO, «The Infancy Gospel of Thomas» *Novum Testamentum* 13 (1971) 46-80, M McNAMARA, «Notes on the Irish Gospel of Thomas» *Irish Theol Quarterly* 38 (1971) 42-66, G PHILIPPART, «Fragments palimpsestes latins du Vindobonensis 563» *Analecta Bollandiana* 90 (1972) 391-411, Erbetta, I/2, 78-101, Moraldi, I, 247-279, Starowieyski, 254-276, Craveri, 29-59, SANTOS OTIRO, *Die handschriftliche*, II, 49-54, Schneemelcher, I, 349-359

EVANGELIO DEL PSEUDO TOMÁS

INFANCIA DE NUESTRO SEÑOR, DIOS Y SALVADOR JESUCRISTO

I

Yo, Tomás Israelita, el elegido, os he informado a todos vosotros, hermanos de la gentilidad, para que conozcáis la infancia de nuestro Señor, todas las maravillas que nuestro Dios obró, aquel que nació en nuestra tierra de Belén y en la ciudad de Nazaret. El principio es como sigue:

II

1. Despues de cumplir cinco años, se encontraba un día jugando junto a los charcos que se habían formado después de llover. El agua estaba sucia y él hacía confluir los regatos en una sola corriente, transformándolos en agua limpia sin hacer otra cosa que mandárselo.

2. Luego tomó un poco de barro blando del cieno y formó con él doce pajaritos. Era a la sazón día de sábado cuando Jesús hizo esto jugando. Y había otros muchachos que jugaban juntamente con él.

3. Cuando un judío vio lo que Jesús hacía, fue y se lo contó a su padre José, diciendo: «Mira, tu hijo está en el arroyo y, tomando un poco de barro, ha hecho doce pájaros, con lo que ha profanado el sábado».

4. Cuando José llegó al lugar y vio a Jesús, le increpó: «¿Por qué haces en sábado lo que no está permitido hacer?» Mas Jesús batió sus palmas y dijo a los pajarillos: «Volad y pensad en mí, vosotros los vivientes». Y los pajarillos se echaron a volar y se marcharon gorjeando.

5. Cuando los judíos vieron esto, se llenaron de pavor y se fueron juntos a contar a los otros el milagro que habían visto hacer a Jesús.

III

1. Estaba allí junto a José el hijo de Anás, el escriba, y se le ocurrió estropear con un mimbre el embalse, dando salida a las aguas que Jesús había reunido.

2. Al ver éste lo ocurrido, se indignó y le dijo: «Tú, sodomita, impío e insensato. ¿Es que te estorbaban mi embalse y el agua? Pues ahora te vas a quedar tú seco como un árbol, sin que puedas llevar hojas ni raíz ni fruto».

3. E inmediatamente se quedó el muchacho completamente seco. Jesús se alejó mientras tanto camino de casa. Entonces vinieron los padres del lisiado, lloraron su juventud y dijeron a José: «Mira qué hijo tienes».

IV

1. Iba otra vez Jesús paseando por medio de la ciudad. En esto vino corriendo un muchacho por detrás y saltó sobre sus hombros. Irritado Jesús, le dijo: «No concluirás tu camino». E inmediatamente cayó muerto el rapaz. Cuando los otros vieron lo sucedido, dijeron: «¿De dónde habrá venido este muchacho, que todas sus palabras resultan hechos consumados?»

2. Y, acercándose a José los padres del difunto, le amenazaban diciendo: «Tú, teniendo un hijo como éste, no puedes vivir en nuestra ciudad, de no ser que le enseñas a bendecir y a no maldecir; pues deja secos a nuestros hijos».

V

1. José llamó aparte a Jesús y le amonestó de esta forma: «¿Por qué maldices así, siendo con ello la causa de que éstos sufran, nos odien y pretendan echarnos fuera de la ciudad?» Jesús replicó: «Yo sé que estas palabras que acabo de pronunciar no son mías, mas por amor a ti, ¡oh padre!, callaré. Esos otros, en cambio, recibirán su castigo». Y en el mismo momento quedaron ciegos los que habían hablado mal de él.

2. Los testigos de esta escena se llenaron de pavor y no se atrevieron a enojarle más, pues toda palabra que salía de su boca, fuera

bueno o malo, se cumplía. Cuando José se dio cuenta de que Jesús había hecho esto, se enfadó mucho y, cogiéndole de la oreja, le tiró fuerte.

3. Jesús entonces se indignó y dijo: «Tú ya tienes bastante con buscarme y no encontrar(me), pues realmente no sabes si te pertezco. Por lo demás, no me aflijas, pues tuyo soy y a ti voy».

VI

1. Y cierto rabino por nombre Zaqueo, que se encontraba allí mismo, oyó a Jesús hablar con su padre y se quedó maravillado de que el niño hablara así.

2. Se llegó, pues, pasados unos días, a José y le dijo: «Veo que tienes un hijo cuerdo e inteligente. ¡Ea!, confíamelo a mí para que aprenda las letras. Yo me encargaré de enseñarle todo lo que es menester: respetar a los mayores, padres o abuelos, tratar con mansedumbre a sus iguales, mostrar respeto y veneración hacia sus padres para que él mismo pueda ser amado por sus propios hijos y por los de los extraños».

3. José se enfadó con el niño y dijo al maestro: «Pero ¿quién es capaz de educarlo? ¿Piensas, hermano, que es una pequeña cruz?»

4. Cuando el niño Jesús oyó lo que estaba diciendo su padre, se echó a reír y dijo a Zaqueo: «Es verdad todo lo que acaba de decir mi padre. Yo soy aquí el Señor, y vosotros, forasteros. Sólo a mí me ha sido dado el poder, pues yo ya existía antes y sigo existiendo. He nacido entre vosotros y con vosotros vivo. Vosotros no sabéis quién soy yo, pero yo sé muy bien de dónde venís, quiénes sois, cuándo habéis nacido y cuántos años va a durar vuestra vida. En verdad te digo, maestro, que cuando tú naciste, yo ya existía, y antes de que tú nacieras, ya vivía yo. Si quieres ser un maestro perfecto, escúchame y yo te enseñaré una sabiduría que nadie conoce fuera de Aquel que me envió a vosotros para adoctrinaros. En realidad yo soy tu maestro, mientras tú lo eres mío (sólo) en apariencia, pues sé muy bien qué edad tienes y cuánto va a prolongarse tu vida. Cuando veáis mi cruz, a la que ha aludido mi padre, entonces te darás cuenta de que todo lo que te estoy diciendo es verdad. Yo soy aquí el Señor, mientras que vosotros sois forasteros, pues yo sigo siendo siempre el mismo».

5. Y los judíos que estaban presentes, al escucharlo, se quedaron pasmados y gritaron diciendo: «¡Oh rara e inaudita maravilla! Ni siquiera cinco años tiene este muchacho y pronuncia tales discursos como no los hemos oído nunca de boca de los príncipes de los sacerdotes, de los escribas o de los fariseos». Respondió Jesús y les dijo: «Vosotros os maravilláis, es verdad, pero no creéis lo que acabo de deciros. Os voy a anunciar otra cosa inaudita: Yo sé, lo mismo que el que me ha enviado, cuándo fue creado el mundo». Al oírle hablar así, los judíos quedaron consternados y no pudieron contestarle. Entonces el niño se puso a jugar y a saltar y se mofaba de ellos diciendo: «Yo sé qué poca capacidad tenéis de admirarlos y de intuir, pues es a mí a quien ha sido dada la gloria para consuelo del niño».

VIIa

1. Entonces dijo el maestro a su padre José: «Ven, tráeme este muchacho a la escuela y yo le enseñaré las letras». José le tomó de la mano y lo llevó a la escuela. El maestro comenzó la lección con palabras amables y le escribió el alfabeto. Luego empezó a explicarlo, diciendo en alta voz lo que había escrito. El niño, sin embargo, se quedó callado, sin escucharle durante largo tiempo, con lo que el maestro se enfadó y le dio un golpe en la cabeza. Entonces el niño replicó: «Te portas mal, ¿he de instruirte yo a ti, o eres tú quien me estás instruyendo a mí? Yo ya sé las letras que tú pretendes enseñarme. Muchos te condenarán, pues éstas son para mí como un bronce que tañe o como un cascabel que hace ruido, incapaces de reproducir ni una voz inteligible, ni la gloria de la sabiduría, ni la fuerza del alma y de la inteligencia».

2. Luego hizo el niño una pausa y recitó a continuación todo el alfabeto, desde la A a la T. Después clavó, airado, la vista en el maestro y le dijo: «¿Por qué enseñas tú la *Beta* a los demás, sin conocer de antemano la naturaleza del *Alfa*? Hipócrita, si lo sabes, enséñame primero lo que es el *Alfa*, y luego te creeré lo referente a la *Beta*». Entonces comenzó a explicar al maestro la naturaleza de la primera letra.

3. Y dijo a Zaqueo en presencia de muchos oyentes: «Escucha, maestro, y entiende la constitución de la primera letra: cómo tiene dos trazos rectilíneos y los rasgos que ves agudizarse en la mitad unidos, elevados..., triangulares y biangulares, homogéneos..., equilibrados; el *Alfa* tiene dimensiones iguales».

VII

1. Cuando el maestro Zaqueo escuchó la exposición que hizo el niño acerca de los elementos de la primera letra, desconcertado por ver que él nada podía añadir a una respuesta como ésta, ni a una lección como la que acababa de escuchar, dijo: «¡Ay, pobre de mí, que he perdido el juicio! Instruyendo a este muchacho, yo mismo me he acarreado la vergüenza».

2. «Tómalo, hermano José, y llévatelo, pues no puedo soportar su mirada ni la sutileza de sus palabras. Es verdad que este niño es extraterrestre: es capaz de dominar el mismo fuego; ya existía mucho antes de la creación del mundo. Ignoro qué seno materno le ha traído al mundo y no sé qué madre le ha amamantado. ¡Ay de mí!, amigo mío: todo esto se me oculta. Me encuentro aturdido, pues me he engañado a mí mismo, pobre de mí. Deseaba tener un discípulo y me he encontrado con un maestro».

3. «Ahora me doy perfecta cuenta de mi confusión, pues he sido vencido por este niño. Por causa suya no me queda otro remedio que morir humillado. Soy incapaz de mirarle a los ojos, mientras todos son testigos de que me he dejado vencer por un rapazuelo. ¿Qué es lo que puedo añadir, o qué explicación voy a dar acerca de lo expuesto sobre los elementos de la primera letra? No lo sé, amigos míos, pues no comprendo ni el principio ni el fin».

4. «Toma, hermano José, este niño y llévatelo a casa, pues es algo extraordinario: o un Dios, o un ángel o no sé cómo llamarlo».

VIII

1. Y en presencia de los judíos que acompañaban a Zaqueo, el niño rompió a reír, diciendo: «Den fruto ahora los estériles, vean los ciegos y oigan los sordos en el fondo de su corazón: Yo he venido desde arriba para redimir a los que estaban abajo y elevarlos a las alturas, tal como me mandó quien me envió a vosotros».

2. Cuando el niño terminó su discurso, se sintieron inmediatamente curados todos aquellos que habían caído bajo su maldición. Y desde entonces nadie osaba enojarle, no fuera que le maldijera y quedara lisiado.

IX

1. Días después se encontraba Jesús jugando en una terraza de un edificio. Y uno de los muchachos que con él estaba cayó de lo alto y se mató. Los otros niños, al ver esto, se marcharon todos y quedó solo Jesús.

2. Vinieron los padres del difunto y se encararon con Jesús, diciéndole: «Tú, revoltoso, tú eres el que ha tirado abajo a nuestro hijo». Jesús respondió: «No he sido yo el que le ha empujado; ha sido él solo que, después de dar un traspie, ha caído desde el tejado. Por eso está muerto».

3. Entonces Jesús dio un grito y dijo: «Zenón! —éste era el nombre del difunto—, levántate y di si he sido yo quien te ha tirado». El niño se levantó y dijo: «No, Señor». Los circunstantes se llenaron de admiración y los padres del muchacho alabaron al Señor por el milagro y adoraron a Jesús.

X

1. A los pocos días sucedió que un joven que estaba partiendo leña en las cercanías se hirió con el hacha, cortándose la planta del pie, y estaba a punto de morir.

2. Sobre vino por esto un gran alboroto y se arremolinó mucha gente. Jesús acudió también, después de abrirse paso a través de la multitud, y tomó en sus manos el pie lastimado, con lo que éste quedó inmediatamente sano. Luego dijo al muchacho: «Levántate, sigue cortando leña y piensa en mí». Cuando la multitud se dio cuenta del milagro que acababa de verificar, adoró a Jesús y dijo: «Es verdad, pues, que Dios habita en él».

XI

1. A la edad de seis años le envió una vez su madre María a que trajera agua a casa. Mas con la aglomeración se le soltó el cántaro, que fue a dar en el suelo y se quebró.

2. Entonces extendió Jesús el manto con que iba cubierto, lo llenó de agua y se lo llevó a su madre. Ésta, al ver la maravilla que

Jesús había obrado, le besó y guardaba (en su interior) todos los misterios que le veía realizar.

XII

Otra vez, siendo época de sementera, salió Jesús con su padre a sembrar trigo en su finca. Y mientras su padre lo hacía, sembró también Jesús un celemín de trigo, recolectando —después de segar y limpiar la cosecha— cien celemines. Luego llamó a los pobres y les repartió el grano en la era. José también tuvo su parte en el trigo que Jesús había sembrado.

XIII

1. Por entonces tenía Jesús ocho años y su padre era carpintero. Cuando éste se disponía una vez a hacer un mueble por encargo de un hombre rico, se dio cuenta de que una de las tablas se había quedado corta, pues no tenía medida alguna. Estando por ello muy apesadumbrado, le dijo Jesús: «No te preocunes, pon las dos tablas en el suelo e igualalas por tu parte».

2. José así lo hizo. Entonces cogió Jesús la tabla más corta, la estiró y la hizo igual a la otra. Luego dijo a José: «No te preocunes, ahora puedes hacer lo que tú quieras». Éste abrazó al niño, lo besó y dijo: «Dichoso de mí, a quien Dios ha dado un hijo como éste».

XIV

1. Teniendo en cuenta José la buena disposición del niño, así como su edad y su sabiduría, pensó de nuevo que no debía quedarse sin aprender las letras, por lo que le llevó a otro maestro. Éste dijo a José: «¿Qué clase de letras he de enseñarle?» José respondió: «Primero las griegas, luego las hebreas». El maestro conocía el carácter del muchacho y le tenía miedo, pero no obstante le escribió el alfabeto, se lo explicó y le dijo: «A». Jesús respondió A y luego se calló. El maestro le enseñó entonces la B, pero Jesús no respondió.

2. Luego dijo: «Si de verdad eres maestro y conoces perfectamente las letras, dime primero el valor de la A y luego te digo yo el

de la B». Irritado entonces el maestro, le pegó en la cabeza, por lo que el niño, airado, le maldijo. E inmediatamente se desvaneció el maestro y cayó al suelo.

3. Jesús volvió a casa, pero José, lleno de pesar, dijo a su madre: «No le dejes en manera alguna salir fuera, para que no tengan que sufrir tanto los que le enojan».

XV

1. Un año después, otro profesor, vecino de José, dijo a éste: «Tráeme tu chico a la escuela; quizás consiga por las buenas hacer que aprenda las letras». José respondió: «Si te atreves, hermano, llévatelo con mucho cuidado, respeto y circunspección».

2. El muchacho entró de muy buena gana en la escuela y encontró un volumen puesto sobre el pupitre. Lo abrió y, sin pararse a leer lo que en él estaba escrito, abrió su boca y se puso a hablar llevado por el Espíritu Santo, enseñando la Ley. Los circunstantes le escuchaban y le pedían que siguiera hablando. Y se congregó gran muchedumbre que había escuchado a Jesús y admiraba su hermosura, su doctrina y su facilidad de palabra, teniendo en cuenta que era un niño el que decía tales cosas.

3. Cuando supo esto José, se llenó de miedo y corrió en seguida hacia la escuela, recelando que quizás también aquel maestro cayera en la tentación. Pero éste le dijo: «Sábete, hermano, que yo recibí a este niño como si fuera un alumno y resulta que está rebosando gracia y sabiduría; tómalo, como es justo, y llévatelo a tu casa».

4. Al oír el niño lo que el maestro decía a su padre, se echó a reír y dijo: «Gracias a ti, que has hablado con cordura, va a ser curado aquel hombre que anteriormente fue castigado». Y en la misma hora quedó curado el otro maestro.

XVI

1. Otra vez mandó José a su hijo Santiago que fuera a atar haces de leña para traerlos a casa. El niño Jesús le acompañó a éste cuando se puso en marcha para recoger la leña. Mas he aquí que una víbora mordió a Santiago en la mano.

2. Cuando éste yacía en el suelo y estaba ya para morir, se le acercó Jesús y le sopló en la mordedura, con lo que el veneno se retiró y el reptil quedó muerto.

XVII

1. Sucedió después que otro niño de la vecindad murió y su madre lloraba desconsolada. Cuando Jesús oyó los gritos y sollozos de ésta, corrió allá y vio al niño que yacía muerto en el regazo de su madre. Inmediatamente le tocó en el pecho y dijo: «Niño, a ti te hablo; no mueras, sino vive más bien y quédate con tu madre». El niño sonrió y se inclinó hacia él. Entonces dijo Jesús a la mujer: «Toma el niño, dale el pecho y piensa en mí».

2. Al ver esto la multitud, se llenó de admiración y exclamó: «Verdaderamente que este muchacho es o un Dios o un ángel, pues toda palabra que sale de su boca se convierte en un hecho». Y Jesús se fue a casa.

XVIII

1. Un año después aconteció que, estando construyéndose una casa, un hombre cayó de lo alto y murió, sobreviniendo por ello un tumulto y un gran griterío. Al oírlo Jesús, se fue allá y vio al hombre muerto. Entonces le tomó de la mano y le dijo: «A ti te digo, hombre, levántate y reanuda tu trabajo». Él se levantó y le adoró.

2. La multitud que vio esto se llenó de admiración y dijo: «Este muchacho tiene que haber venido del cielo, pues ha librado muchas almas de la muerte y continuará librando(las) hasta el fin de su vida».

XIX

1. Al cumplir los doce años marcharon sus padres, como de costumbre, a Jerusalén para asistir a las fiestas de la Pascua, enrolados en la caravana. Y terminadas las fiestas, se volvían José y María ya de nuevo a casa. Mas el niño Jesús se quedó en Jerusalén y sus padres no se dieron cuenta, pensando que se encontraría en la comitiva.

2. Despues del primer día de camino se pusieron a buscarle entre sus parientes y compañeros de viaje, pero no lo encontraron. Entonces se volvieron a Jerusalén en su busca, llenos de aflicción. Al cabo de tres días le encontraron finalmente en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles la lectura de la Ley y haciendo sus preguntas. Todos estaban pendientes de él y se admiraban de ver que, niño como era, dejaba sin palabra a los ancianos y maestros del pueblo, desentrañándoles los capítulos de la Ley y las parábolas de los profetas.

3. Y acercándose María, su madre, le dijo: «Hijo mío, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira con qué dolor y preocupación te hemos venido buscando». Mas Jesús replicó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que debo ocuparme de las cosas que atañen a mi Padre?»

4. Los escribas y fariseos decían a su madre: «¿Eres tú por ventura la madre de este niño?» Ella respondió: «Así es». Y ellos repusieron: «Pues dichosa de ti entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, porque gloria, virtud y sabiduría semejantes ni las hemos oído ni visto jamás».

5. Jesús se levantó y siguió a su madre. Y era obediente a sus padres. Su madre, por su parte, retenía todos estos hechos portentosos en su corazón. Mientras tanto iba Jesús creciendo en edad, sabiduría y gracia y obraba curaciones, siendo glorificado por Dios, su Padre. A Él sea tributada alabanza por los siglos de los siglos. Amén.

APÉNDICE
Los tres primeros capítulos del Tomás latino

I. DE CÓMO MARÍA Y JOSÉ HUYERON A EGIPTO CON ÉL

1. Habiéndose levantado una gran agitación porque Herodes estaba haciendo pesquisas para encontrar a nuestro Señor Jesucristo y quitarle la vida, dijo un ángel a José: «Toma a María con su hijo y date a la huida camino de Egipto, lejos de esos que quieren matarle». Tenía Jesús dos años cuando entró en Egipto.

2. Una vez iba caminando por un sembrado y, alargando su mano, cogió algunas espigas. Después las puso al fuego, las trituró y empezó a comerlas.

3. Al entrar en Egipto se hospedaron en casa de una viuda y allí permanecieron durante un año entero.

4. Jesús cumplió sus tres años. Y, viendo jugar a los demás niños, se puso él a hacer lo propio en su compañía. Cogió un pez disecado, lo echó en una jofaina y le mandó que empezara a colear. Y él empezó a colear. Jesús se dirigió otra vez al pez en estos términos: «Anda, arroja la sal y échate al agua». Todo lo cual sucedió puntualmente. Entonces algunos vecinos que lo habían visto fueron a contárselo a la mujer en cuya casa se hospedaba su madre, María. Y ella, al enterarse, los arrojó inmediatamente de casa.

II. DE CÓMO UN MAESTRO LE MANDÓ FUERA DE LA CIUDAD

1. Iba una vez Jesús paseando con María su madre por el foro de la ciudad, cuando vio a un maestro que estaba dando clase a unos cuantos alumnos. Y hete aquí que unos gorriones que reñían entre sí vinieron a caer por la pared en el seno de aquel profesor que daba clase a los chicos. Jesús, al verlo, dio muestras de alegría y se paró.

2. El preceptor, que notó las muestras de contento que daba Jesús, montó en cólera y dijo a sus alumnos: «Id y traédmelo acá». Hecho lo cual, tomó a Jesús de la oreja y le dijo: «¿Qué es lo que has visto para echarte a reír?» Él respondió: «Mira: tenía esta mano llena

de trigo. Se la enseñé y desparramé el grano. Ellos, al ver que éste estaba en peligro [de ser apropiado por los otros], lo quitaron de en medio. Ésta ha sido la causa de la riña». Jesús no se marchó de allí hasta que no se cumplió lo que dijo. Entonces el maestro se puso a echarlo fuera de la ciudad juntamente con su madre.

III. DE CÓMO JESÚS FUE EXPULSADO DE EGIPTO

1. Un ángel del Señor salió al encuentro de María y le dijo: «Toma al niño y vuélvete de nuevo a la tierra de los judíos, pues han muerto ya los que iban tras de su vida». Levantóse, pues, María y juntamente con Jesús se puso en camino de Nazaret, ciudad que está emplazada entre las propiedades de su padre.

2. José salió de Egipto, muerto ya Herodes. Y llevó (al niño) al desierto hasta que se hiciera calma en Jerusalén de parte de aquellos que buscaban la vida del niño. Y dio gracias a Dios por haberle dado entendimiento y por haber encontrado gracia ante el Señor Dios. Amén.

2. EVANGELIO ÁRABE DE LA INFANCIA

Uno de los apócrifos que más claramente delatan el carácter compilatorio de escritos posteriores que utilizan como fuente de inspiración, entre otras, el *Protoevangelio de Santiago* y el *Evangelio del Pseudo Tomás* es el llamado «Evangelio árabe de la Infancia», del que ofrecemos el texto completo. Los diez primeros capítulos de este escrito reflejan la influencia del primero, mientras que los diecisiete últimos contienen numerosos episodios calcados en el segundo. El autor se ha servido además de las narraciones canónicas de la infancia, añadiendo detalles propios, por ejemplo, que la circuncisión de Jesús (Lc 2,21) tuvo lugar en la cueva del nacimiento (c.5) y que los magos en su viaje a Belén (Mt 2,1-12) venían aleccionados por una predicción de Zoroastro (c.7).

Los dos pasajes acabados de citar dejan entrever al mismo tiempo cierto culto a las *reliquias* (prepucio, pañales, etc.), que constituye un claro índice de su origen tardío. El que este apócrifo no pudo escribirse con anterioridad al siglo VI parecen confirmarlo otros episodios, como el de la «Historia del mulo» (cc.20-21), inspirada con toda seguridad en la *Historia Lausíaca* de Paladio (siglo V), donde se cuenta cómo un jumento quedó convertido en mujer gracias a las oraciones de Macario, el egipcio. El texto árabe fue dado a conocer por H. Sike en una edición bilingüe de 1697, en que se reproduce un manuscrito sin fecha de la Biblioteca Bodleiana de Oxford (Or. 350). Esta documentación sirvió de base para todas las ediciones posteriores, incluida la versión latina de Tischendorf (p.180-209), de la que depende la traducción castellana que presentamos. Posteriormente ha sido descubierto otro manuscrito árabe de dicho texto fechado en 1299 y perteneciente a la Biblioteca Laurenziana de Florencia, n.387.

La fuente de esta versión árabe hay que buscarla en originales *síriacos*, como demostró P. Peeters en 1914 y ha sido confirmado últimamente por M. Provéra (v. bibliografía). Los textos correspondientes están contenidos en una Historia de la Virgen María contenida en un manuscrito del siglo XIII-XIV, publicada por E. A. Wallis Bud-

ge en 1899 (v. bibliografía), juntamente con el manuscrito Sir. 159, fol. 231-239, de la Biblioteca Vaticana, copiado el año 1622 o 1623 por Efrén Phigana y estudiado por Peeters y Provéra en las obras citadas en la bibliografía.

Textos árabes: H. SIKE, *Evangelium Infantiae vel liber apocryphus de Infantia Salvatoris, ex manuscripto edidit ac latina versione et notis illustravit H. S.* (Traiecti ad Rhenum 1697); Tischendorf, 181-209 (sólo trad. latina), M. E. PROVÉRA, *Il Vangelo arabo dell'Infanzia secondo il Ms. Laurenziano orientale (n.387)* (Jerusalén 1973).

Texto siríaco: E. A. WALLIS BUDGE, «The history of the blessed Virgin Mary and the history of the Likeness of Christ», en *Luzac's Semitic Text and Translation Series IV/5* (Londres 1899).

Bibliografía: P. PEETERS, *Évangiles Apocryphes. II: L'Évangile de l'Enfance* (París 1914); O. H. E. BURMEISTER, *Fragments from an Arabic Version of two Infancy Gospels* (El Cairo 1962) 105-114; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 301-332; Craveri, 113-148; Erbetta, I/2, 102-123; Moraldi, I, 281-311; Starowieyski, 277-306; Schneemelcher, I, 363-366; Stegmüller-Reinhardt, 102-104.

EVANGELIO ÁRABE DE LA INFANCIA

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo un solo Dios.

Con el auxilio y el favor de la Divinidad Suprema empezamos a escribir el libro de los milagros de Jesucristo, Dueño, Señor y Salvador nuestro, que lleva por título Evangelio de la Infancia, en la paz del Señor. Amén.

I. PALABRAS DE JESÚS EN LA CUNA

1. Encontramos lo que sigue en el libro del pontífice Josefo, sacerdote que vivió en los tiempos de Cristo y a quien algunos identifican con Caifás.

2. En él se cuenta que Jesús habló cuando se encontraba precisamente reclinado en la cuna, y que dijo a su madre: «Yo soy Jesús, el hijo de Dios, el Verbo (ó Λόγος), a quien tú has dado a luz de acuerdo con el anuncio del ángel Gabriel. Mi Padre me ha enviado para la salvación del mundo».

II. VIAJE A BELÉN

1. En el año 309 de la era de Alejandro decretó Augusto que cada cual fuera a empadronarse en su lugar de origen. Levantóse, pues, José y tomando a María, su esposa, salió de Jerusalén y vino a Belén con intención de empadronarse con su familia en la ciudad natal.

2. Y, en llegando a una cueva, dijo María a José: «Se me echa encima el momento de dar a luz y no me es posible proseguir el camino hasta la ciudad; entremos, si te parece, en esta gruta». Tenía esto lugar a la caída del sol. José se dio prisa en buscar una mujer que la asistiera. Y, ocupado en esto, vio una anciana de raza hebrea, oriunda de Jerusalén, a quien dijo: «Bendita seas; date prisa y entra en esta gruta donde se encuentra una doncella a punto de dar a luz».

III. LA PARTERA DE JERUSALÉN

1. A todo esto, se había puesto ya el sol cuando la anciana llegó a la gruta en compañía de José. Ambos penetraron dentro. Y he aquí que estaba iluminado el recinto con una luz más hermosa que el resplandor de lámparas y antorchas, y más resplandeciente que la luz del sol. Un niño en pañales y reclinado en un pesebre estaba mamando la leche de su madre, María.

2. Admirados los dos de esta luz, pregunta la anciana a María: «Eres tú, por ventura, la madre del recién nacido?» Al responder María afirmativamente, le dice: «Pues tú no eres como las demás hijas de Eva». A lo que María replica: «Lo mismo que mi hijo no tiene igual entre los niños, de igual manera su madre no tiene semejante entre las mujeres». Dice entonces la anciana: «Aquí he venido, señora mía, en busca de alguna recompensa, pues hace ya mucho tiempo que me encuentro aquejada de parálisis». Dícele, pues, María: «Pon tus manos sobre el niño». Y nada más hacer esto, quedó curada la mujer. Entonces marchó diciendo: «De ahora en adelante seré la esclava y criada de este niño durante todos los días de mi vida».

IV. ADORACIÓN DE LOS PASTORES

1. En aquel momento llegaron unos pastores, quienes encendieron fuego y se entregaron a regocijados transportes de alegría. Simultáneamente se dejaron ver ejércitos celestiales que alababan y glorificaban a Dios. Los pastores se pusieron a imitarlos. Y así aquella cueva parecía el templo de un mundo sublime, ya que lenguas del cielo y de la tierra glorificaban y ensalzaban a Dios por la natividad de Cristo, nuestro Señor.

2. Y al ver la anciana hebrea estos milagros tan patentes, expresó su agradecimiento a Dios de esta manera: «Gracias, Señor, Dios de Israel, porque mis ojos han visto el nacimiento del Salvador del mundo».

V. CIRCUNCISIÓN

1. Y al llegar el tiempo de la circuncisión, esto es, el día octavo, el niño hubo de someterse a esta prescripción de la Ley. La ceremonia

tuvo lugar en la misma cueva. Y sucedió que la anciana hebrea tomó la partecita de piel circuncidada (otros dicen que fue el cordón umbilical) y la introdujo en una redoma de bálsamo añejo de nardo. Tenía ella un hijo perfumista y se la entregó, haciéndole con todo encarecimiento esta recomendación: «Ten sumo cuidado de no vender a nadie esta redoma de ungüento de nardo, por más que te ofrezcan por ella hasta trescientos denarios». Y ésta es aquella redoma que compró María, la pecadora, y que derramó sobre la cabeza y pies de Nuestro Señor Jesucristo, enjugándolos luego con sus propios cabellos.

2. Al cabo de diez días trasladaron el niño a Jerusalén; y, al cumplirse los cuarenta después de su nacimiento, lo presentaron en el templo para ofrecérselo a Dios. E hicieron por él sacrificios, de acuerdo con lo prescrito en la Ley mosaica: «Todo varón primogénito será consagrado a Dios».

VI. PRESENTACIÓN EN EL TEMPLO

1. Y cuando su madre, la Virgen María, le llevaba gozosa en sus brazos, le vio el anciano Simeón resplandeciente como una columna de luz. Los ángeles estaban en derredor suyo alabándole, como suele estar la guardia de honor en presencia de su rey. Simeón, pues, se acercó presurosamente a María y, extendiendo sus manos ante ella, se dirigió a Cristo en estos términos: «Ahora, oh Señor mío, puedes despedir a tu siervo en paz, de acuerdo con tu promesa. Pues mis ojos han visto la prueba de tu clemencia, que has preparado para la salvación de todos los pueblos; luz para todos los gentiles y gloria para tu pueblo Israel».

2. También intervino en aquella ceremonia la profetisa Ana, quien se acercó dando gracias a Dios y felicitando a María.

VII. ADORACIÓN DE LOS MAGOS

Y sucedió que, habiendo nacido el Señor Jesús en Belén de Judá durante el reinado de Herodes, vinieron a Jerusalén unos magos según la predicción de Zaradust. Y traían como presentes oro, incienso y mirra. Y le adoraron y ofrecieron sus dones. Entonces María tomó uno de aquellos pañales y se lo entregó en retorno. Ellos se

sintieron muy honrados en aceptarlo de sus manos. Y en la misma hora se les apareció un ángel que tenía la misma forma de aquella estrella que les había servido de guía en el camino. Y siguiendo el rastro de su luz, partieron de allí hasta llegar a su patria.

VIII. LLEGADA DE LOS MAGOS A SU TIERRA

Y salieron a su encuentro los reyes y los príncipes, preguntándoles qué era lo que habían visto o hecho, cómo habían efectuado la ida y la vuelta y qué habían traído consigo. Ellos les enseñaron este pañal que les había dado María, por lo cual celebraron una fiesta y, según su costumbre, encendieron fuego y lo adoraron. Después arrojaron el pañal sobre la hoguera y al momento fue arrebatado y contraído por el fuego. Mas cuando éste se extinguió, sacaron el pañal en el mismo estado en que estaba antes de arrojarlo, como si el fuego no lo hubiera tocado. Por lo cual empezaron a besarlo y a colocarlo sobre sus cabezas diciendo: «Ésta sí que es una verdad sin sombra de duda. Ciertamente es portentoso el que el fuego no haya podido devorarlo o destruirlo». Por lo cual tomaron aquella prenda y con grandes honores la depositaron entre sus tesoros.

IX. CÓLERA DE HERODES

1. Mas Herodes, al caer en la cuenta de que había sido burlado por los magos, ya que no habían vuelto a visitarle, llamó a los sacerdotes y sabios, diciéndoles: «Indicadme dónde debe nacer el Cristo». Y habiéndole ellos respondido que «en Belén de Judea», empezó a tramar la muerte de Jesucristo.

2. Entonces se le apareció a José entre sueños un ángel del Señor diciéndole: «Levántate, toma al niño y a su madre, y marcha camino de Egipto». Levantóse, pues, al canto del gallo y partió.

X. HUIDA A EGIPTO

1. Y mientras estaba cavilando sobre la manera de verificar el viaje, le sorprendió la alborada, cuando ya había recorrido un buen trecho del camino. En esto se iban acercando a una gran ciudad en

que se encontraba un ídolo al que todos los demás ídolos y divinidades egipcias ofrecían dones y votos. Al servicio de este ídolo había un sacerdote que se encargaba de transmitir a los habitantes de Egipto y de sus regiones cuanto Satanás hablaba por su boca. Tenía este sacerdote un hijo de tres años poseído de varios demonios, el cual charlaba y decía muchas cosas. Y al apoderarse de él los espíritus infernales, deshacía sus vestidos quedándose desnudo y se lanzaba contra las gentes a pedradas.

2. Había en la localidad un asilo dedicado a aquel ídolo. Y al ir a parar allí José y María con intención de hospedarse, los habitantes se llenaron de miedo y todos los hombres principales y sacerdotes idólatras se congregaron junto al ídolo mayor y le dijeron: «¿A qué viene esta agitación y temblor que acaba de sobrevenir a nuestra tierra?» Respondióles el ídolo: «Ha llegado aquí un dios disfrazado que es el Dios verdadero, ya que a ninguno fuera de Él se deben tributar honores divinos. Él en verdad es el Hijo de Dios. Esta tierra, al presentirle, se puso a temblar y ante su llegada se ha estremecido y conmovido. Nosotros nos sentimos también sobrecogidos de pavor ante la grandeza de su poder». Y en el mismo momento se desplomó, y a su caída acudieron todos los habitantes de Egipto y de otras regiones.

XI. CURACIÓN DEL NIÑO ENDEMONIADO

1. Mas el hijo del sacerdote, al sentirse atacado por su enfermedad habitual, entró en el asilo y encontró allí a José y María, de quienes todos los demás habían huido. La Señora Santa María acababa de lavar los pañales de Nuestro Señor Jesucristo y los había tendido sobre unos maderos. Llegó, pues, el niño endemoniado y tomando uno de estos pañales se lo puso sobre la cabeza. Entonces los demonios empezaron a salir de su boca, huyendo en forma de cuervos y de serpientes, al mandato de Jesús, quedando el niño sano. Y éste empezó a alabar a Dios y a dar gracias al Señor que le había curado.

2. Al verle su padre, ya bueno, le dijo: «Hijo mío, ¿qué es lo que te ha ocurrido?, ¿cómo es que te has curado?» Respondió el hijo: «Al echarme por tierra los demonios, me fui al asilo y allí encontré a una augusta señora con un niño, cuyos pañales, recién lavados, había tendido sobre unos maderos. Tomé uno de éstos y al ponérmelo en la cabeza los demonios me dejaron y huyeron». Su padre se llenó de

gozo y le dijo: «Hijo mío, bien puede ser que este niño sea el hijo de Dios vivo, creador de los cielos y de la tierra, pues al venir a nosotros se deshizo el ídolo y cayeron todos los demás dioses, pereciendo todos por la fuerza de su majestad».

XII. TEMORES DE LA SAGRADA FAMILIA

Y en esto se cumplió aquella profecía que dice: «De Egipto llamé a mi hijo». Mas José y María, oyendo que se había desplomado aquel ídolo haciendo añicos, se llenaron de temor y de espanto y exclamaron: «Cuando estábamos en tierra de Israel, Herodes intentó matar a Jesús; y por esto acabó con todos los niños de Belén y de sus cercanías. No hay duda de que ahora, al enterarse los egipcios de que este ídolo ha sido aniquilado, nos quemarán vivos».

XIII. LOS BANDIDOS

1. Y saliendo de allí llegaron a un lugar infestado de ladrones. Los bandidos habían atacado a unos viajeros, despojándoles de sus vestidos y bagajes y apresándolos con fuertes ligaduras. Los malhechores oyeron entonces un ruido muy grande, como si se tratara de un rey magnífico que hubiera salido de su ciudad con todo su ejército y caballeros al sonido de tambores; quedaron por ello consternados y abandonaron cuanto habían cogido.

2. Entonces los cautivos se desataron unos a otros; y, recogiendo sus bagajes, se marcharon. Mas viendo acercarse a José y María, les preguntaron: «¿Dónde está ese rey cuya venida estrepitosa y magnífica ha sido la causa de que los bandidos nos dejaran libres, de manera que pudiéramos escaparnos?» Les respondió José: «Vendrá tras de nosotros».

XIV. LA ENDEMONIADA

1. Después llegaron a otra ciudad, donde se encontraba una mujer endemoniada, que, habiendo salido una noche por agua, se había visto acometida por el maldito y rebelde Satanás. No era capaz de aguantar sus vestidos y no había manera de hacerla permanecer en casa. Siempre

que intentaban sujetarla con cadenas o con cordeles, rompía las ligaduras y huía desnuda a lugares salvajes. Se situaba en las encrucijadas de los caminos y entre los sepulcros, acometiendo a la gente con piedras y causando a sus familiares males sin cuento.

2. Al verla María se compadeció de ella, por lo que Satanás la dejó al momento y huyó en forma de un joven, diciendo: «¡Ay de mí, María, por culpa tuya y de tu Hijo!» De esta manera se vio libre aquella mujer de su azote. Dueña ya de sí, sintió vergüenza de su propia desnudez y retornó a casa, evitando el encuentro con las gentes. Y, cuando se hubo adecentado, contó a su padre y a los suyos el suceso tal como había tenido lugar. Éstos, siendo como eran los más nobles de la ciudad, dieron honrosísima hospitalidad a José y María.

XV. LA JOVEN MUDA

1. Al día siguiente, bien provistos de vituallas, se separaron de ellos. Al anochecer llegaron a otra ciudad, donde se estaban celebrando unas bodas. Pero la novia, por virtud del maldito Satanás y por arte de encantadores, había perdido el uso de la palabra y no podía hablar.

2. Y cuando la pobre desdichada vio a María que entraba en la ciudad llevando a su hijo, Nuestro Señor Jesucristo, dirigió hacia ella su mirada. Despues extendió sus manos hacia Cristo, le tomó en sus brazos, le apretó contra su corazón y le besó. Y meciendo su cuerpecito del uno al otro lado, se inclinó sobre él. Al momento se desató el nudo de su lengua y se abrieron sus oídos. Entonces glorificó y dio gracias a Dios por haberle sido devuelta la salud. Y los habitantes de aquella ciudad se llenaron de regocijo y pensaron que era Dios con sus ángeles el que había bajado hasta ellos.

XVI. OTRA ENDEMONIADA

1. Permanecieron allí tres días consecutivos, siendo honrados y agasajados espléndidamente por los esposos. Y, provistos de vituallas, partieron de allí y llegaron a otra ciudad, donde, como de costumbre, determinaron pernoctar. Había en la localidad una mujer de muy buena fama que, habiendo salido una noche a lavar al río, fue

sorprendida por el maldito Satanás. Éste se abalanzó sobre ella y se enroscó alrededor de su cuerpo; después, siempre que se acercaba la noche, la sometía a terribles torturas.

2. Esta mujer, al ver a María, Nuestra Señora, con el niño, que llevaba reclinado en su regazo, le dijo: «Señora, déjame ese niño para que lo lleve y lo besé». Dejóselo, pues, a la mujer. Cuando ésta le hubo acercado a sí, se vio libre de Satanás, quien la abandonó huyendo, sin que nunca desde entonces volviera a dejarse ver de la mujer. Por lo cual todos los presentes alabaron al Dios Sumo y esta mujer trató muy bien a los viajeros.

XVII. UNA LEPROSA

Al día siguiente, esta mujer tomó agua perfumada para lavar al Señor Jesús. Cuando esto hubo hecho, tomó parte de aquel agua y se la envió a una joven que allí vivía, cuyo cuerpo estaba blanco por la lepra. Al ser derramada sobre ella, la joven quedó inmediatamente limpia de su lepra. Y sus paisanos dijeron: «No cabe duda de que José, María y el Niño son dioses, no hombres». Y cuando los viajeros preparaban ya su marcha, se les acercó esta joven rogándoles que la admitieran como compañera de viaje.

XVIII. UN NIÑO LEPROSO

1. Y, recibido su asentimiento, la muchacha partió con ellos. Despues llegaron a una ciudad donde se encontraba un príncipe muy esclarecido que habitaba su palacio y que además disponía de unas habitaciones destinadas a recoger huéspedes. Entraron en este compartimento. Mas la muchacha se llegó hasta donde estaba la esposa del príncipe y, encontrándola llorosa y apesadumbrada, le preguntó por la causa de su llanto. —«No te admires —dijo ella— de mi llanto. Estoy sumida en una terrible angustia que aún no he sido capaz de descubrir a hombre alguno». —«Quizá, si me la descubres, encontraré remedio para ella», dijo la muchacha.

2. Dijo entonces la mujer del príncipe: «Guarda, pues, secreto de lo que te voy a decir. Yo estoy casada con este príncipe, que es rey y tiene muchas ciudades sometidas a su mando. Llevo viviendo mucho tiempo con él sin tener hijos. Cuando por fin tuve uno, éste

resultó leproso y él lo aborreció juntamente conmigo. O le matas, me dijiste, o si no, envíaselo a una nodriza para que le críe lejos de aquí, de manera que no vuelva yo a tener noticia alguna suya. Por mi parte, no tengo ya nada que ver contigo ni volveré a mirarte. Por ello me encuentro sin saber qué hacer y presa de la angustia. ¡Ay de mi hijo! ¡Ay de mi esposo!» —«¿No te lo dije? —replicó la muchacha—. He dado ya con el remedio para tu desgracia y ahora te lo indicaré. Has de saber que yo fui también leprosa y que me limpió un dios que se llama Jesús, hijo de María». Y preguntándole la mujer dónde se encontraba este Dios a quien se refería, respondió la muchacha: «Aquí mismo; dentro de tu misma casa». —«¿Y cómo es esto posible? —dijo ella—, ¿dónde se encuentra?» Respondió la muchacha: «Aquí están José y María. Pues bien, el niño que llevan se llama Jesús y es Él precisamente quien me libró a mí de mi atormentadora enfermedad». —«¿Y cómo fuiste tú curada de la lepra? —dijo ella—; ¿no es verdad que me lo darás a conocer?» —«Por qué no? —replicó la doncella—; tomé un poco de agua con la que su madre le había lavado y la derramé sobre mí. De esta manera me vi libre de la lepra».

3. Entonces se levantó la mujer del príncipe, los invitó a hospedarse en su propia casa y preparó a José un espléndido festín en medio de una nutrida concurrencia de caballeros. A la mañana siguiente tomó agua perfumada para lavar al niño Jesús. Despues, tomando la misma agua, hizo lo propio con su hijo, quien al momento quedó limpío de la lepra. Tributando, pues, alabanzas y gracias a Dios, dijo: «Dichosa la madre, ¡oh Jesús!, que te dio a luz. ¿Así dejas limpios con el agua que ha bañado tu cuerpo a los hombres tus semejantes?» Finalmente colmó de regalos a María Nuestra Señora y la despidió con grandes honores.

XIX. UN SORTILEGIO

1. Y en llegando a otra ciudad, decidieron pasar allí la noche. Se hospedaron, pues, en la casa de un hombre que recientemente había contraído matrimonio, pero a quien malas artes tenían apartado de su esposa. Y habiendo pasado allí la noche, cesó el influjo del maleficio.

2. Y como intentaran a la mañana siguiente preparar sus cosas para proseguir el viaje, no les consintió esto aquel hombre sin antes ofrecerles un gran banquete.

XX. HISTORIA DE UN MULO

1. Al día siguiente partieron de allí y en las cercanías ya de otra ciudad encontraron a tres mujeres que volvían llorando del cementerio. Al verlas, María dijo a la doncella que les acompañaba: «Pregúntales en qué circunstancias se encuentran y qué calamidad les ha sobrevenido». Ellas no quisieron responder a las preguntas de la doncella, sino que le interrogaron a su vez: «¿De dónde venís vosotros y adónde vais?, pues ya se está acabando el día y se echa encima la noche». Respondió la muchacha: «Nosotros somos unos viandantes que buscamos un lugar donde pernoctar». Ellas entonces dijeron: «Pues venid con nosotras y albergaos en nuestra casa».

2. Ellos las siguieron y fueron introducidos en una casa nueva, elegante y ricamente amueblada. Era a la sazón tiempo de invierno. La muchacha penetró hasta la pieza donde se encontraban las dueñas de la casa y las encontró afligidas y llorando. Estaba a su lado un mulo cubierto de brocado, ante el que se había puesto sésamo y a quien besaban y daban de comer. Al preguntarles la muchacha: «¿Qué es lo que sucede con este mulo, señoras mías?», ellas respondieron: «Este mulo que aquí ves era hermano nuestro, hijo de la misma madre. Al fallecer nuestro padre y quedarnos únicamente con él, pensamos proporcionarle un buen casamiento, como es costumbre entre las gentes. Pero unas mujeres, sirviéndose de malas artes, nos lo fascinaron sin saberlo nosotras».

3. «Y una noche, poco antes de amanecer, estando cerradas todas las puertas de casa, nos encontramos con que se había convertido en mulo, tal como ahora lo ves. Éste es para nosotras un motivo de tristeza muy grande, ya que no tenemos un padre con quien consolarnos. Por ello no hemos dejado mago alguno o docto o encantador sin consultar en todo el mundo, pero de nada nos ha valido. Cuantas veces nuestro pecho se siente oprimido por la angustia, nos levantamos y vamos con nuestra madre a llorar cabe el sepulcro de nuestro padre y luego nos volvemos a casa».

XXI. VUELVE A SER HOMBRE

1. Al oír tales cosas, la muchacha les dijo: «Tened buen ánimo y no lloréis. El remedio de vuestro mal lo tenéis muy cerca; más aún, entre vosotras; en vuestra misma casa. Yo a mi vez fui leprosa, pero

en cuanto vi aquella mujer que llevaba en brazos un infante llamado Jesús, tomé el agua con que ella lo lavaba, la derramé sobre mí y quedé curada. Estoy segura de que Él puede también poner remedio a vuestro mal. Así pues, levantaos, id a ver a mi señora María y descubridle vuestro secreto, rogándole que se compadezca de vosotras».

2. Cuando las mujeres hubieron oído las palabras de la muchacha, se acercaron rápidamente a Nuestra Señora María, la hicieron entrar en su habitación y se sentaron junto a ella, diciendo entre sollozos: «¡Oh Señora nuestra, María!, ten compasión de nosotras, pues no nos queda ya en la familia una persona mayor o principal ni padre ni hermano que nos proteja. Este mulo que aquí ves era nuestro hermano, a quien unas malvadas mujeres con sus sortilegios le han dejado reducido al estado en que ahora le encuentras. Te rogamos, pues, que te compadezcas de nosotras. Entonces María tomó al niño, lo puso sobre el lomo del mulo, se echó a llorar con aquellas mujeres y dijo a Jesucristo: «¡Ea, hijo mío!, cura por tu gran misericordia a este mulo y hazle hombre racional como lo era antes».

3. En cuanto salió esta voz de la boca de María, el mulo cambió de forma y se convirtió en hombre: un joven sin tacha. Entonces él mismo, su madre y sus hermanas adoraron a María y levantando al niño Jesús empezaron a besarle, diciendo: «Dichosa tu madre, joh Jesús!, Salvador del mundo. Dichosos los ojos que gozan del encanto de tu vista».

XXII. UNA BODA RUMBOSA

1. Dijeron finalmente las dos hermanas a su madre: «Ya ves que nuestro hermano ha tomado de nuevo la forma humana gracias al auxilio de Jesucristo y a la intervención saludable de esta doncella, que fue quien nos presentó a Jesús y a María. Ahora bien, puesto que es soltero, lo mejor que podemos hacer es darle en matrimonio esta muchacha». Y como María asintiera a su petición, prepararon unas bodas suntuosas a la muchacha. Y se cambió la tristeza en alegría y el llanto en cánticos festivos. Y empezaron todos a dar muestras del gozo que les embargaba, cantando y ataviándose con trajes hermosísimos. Después recitaron unas coplas que decían: «Jesús, Hijo de David, Tú eres el que cambia la tristeza en alegría y los lamentos en gritos de júbilo».

2. Y permanecieron allí José y María diez días consecutivos. Después se despidieron con grandes honras por parte de aquellos hombres, quienes les acompañaron a la salida y se volvieron llorando, particularmente la muchacha.

XXIII. LOS BANDIDOS

1. Y de allí pasaron a una región desierta que, al decir de las gentes, estaba infestada de ladrones. A pesar de ello, determinaron José y María atravesarla de noche. Y durante la marcha vieron dos ladrones apostados en el camino y con ellos muchos otros malhechores de la misma banda que estaban durmiendo. Los dos primeros se llamaban Tito y Dúmaco. Dijo, pues, aquél a éste: «Te ruego que les dejes marchar libremente, de manera que pasen inadvertidos a nuestros compañeros». Oponiéndose a ello Dúmaco, le dice Tito de nuevo: «Mira, puedes contar con cuarenta dracmas; ahora toma esto en prenda». Y le alargó la faja que llevaba en la cintura. Todo esto lo hacía con el fin de que su compañero no hablara y los delatase.

2. Y viendo María el favor que este ladrón les había hecho, se dirige a él y le dice: «El Señor te protegerá con su diestra y te concederá la remisión de tus pecados». Entonces Jesús intervino y dijo a su madre: «Madre mía, de aquí a treinta años me han de crucificar los judíos en Jerusalén y estos dos ladrones serán puestos en cruz juntamente conmigo. Tito estará a la derecha, Dúmaco a la izquierda. Tito me precederá al paraíso». Ella respondió: «Aparte esto de ti Dios, hijo mío».

3. Y se alejaron de allí con dirección a la ciudad de los ídolos, la cual a su llegada se convirtió en colinas de arena.

XXIV. LA SAGRADA FAMILIA EN MATARIEH

De aquí se dirigieron hacia el sicómoro aquel que hoy día se llama Matarieh. Allí hizo brotar el Señor una fuente y María lavó en ella la túnica de Jesús. Y del sudor esparcido se produjo un bálsamo por toda aquella región.

XXV. LA SAGRADA FAMILIA EN MENFIS

De aquí bajaron a Menfis; y, después de visitar al faraón, permanecieron tres años en Egipto, donde Jesús hizo muchos milagros

que no están relatados ni en el Evangelio de la Infancia ni en el Evangelio Completo.

XXVI. VUELTA A ISRAEL

1. Y al cumplirse los tres años retornó de Egipto. Pero, habiendo oído decir al tocar los confines de Judea que, si bien Herodes estaba ya muerto, su hijo Arquelao le había sucedido en el trono, José tuvo miedo de entrar. No obstante, se dirigió allá. Y en esto se le apareció un ángel de Dios, que le dijo: «José, márchate a la ciudad de Nazaret y quédate allí».

2. Es admirable el que fuera peregrinando por diversos países el que es dueño de todos ellos.

XXVII. PESTE EN BELÉN

1. Y al entrar después en Belén se encontraron con que la ciudad estaba infestada de una peste que atacaba los ojos de los niños y les causaba la muerte.

2. Había allí una mujer que tenía su hijo enfermo. Al verlo ya agonizante, lo llevó a María, que se encontraba a la sazón bañando a Jesucristo, y le dijo: «Oh María, señora mía!, ten una mirada de compasión para este mi hijo que sufre dolores muy agudos».

3. María escuchó y dijo: «Toma el agua con que acabo de bañar a mi hijo y lávale al tuyo con ella». Tomó la buena mujer el agua aquella e hizo tal como se lo había indicado María. Cesó inmediatamente la agitación y tras de un breve sueño despertó el niño salvo y sano. Su madre, llena de gozo, se lo llevó de nuevo a María y ésta le dijo: «Da gracias a Dios, porque Él ha devuelto la salud a tu hijo».

XXVIII. OTRO NIÑO AGONIZANTE

1. Vivía allí otra mujer, vecina de aquella cuyo hijo había sido curado. Tenía a su hijo aquejado de la misma enfermedad, y la pobre criatura, casi sin vista, se pasaba los días y las noches en un continuo lamento. Le dijo la madre del niño curado anteriormente: «¿Por qué no llevas tu hijo a María como lo hice yo con el mío, que estaba ya

agonizante? Éste se me puso bueno al solo contacto del agua con que Jesús había sido bañado por su madre».

2. En oyendo esto la mujer, se marchó y ungíó a su hijo con la misma agua. Al momento el cuerpecito y los ojos del niño recobraron la salud. Y cuando esta buena mujer fue a visitar a María para referirle lo ocurrido, la Virgen le recomendó encarecidamente que diera gracias a Dios por la curación del niño y que no contara a nadie lo sucedido.

XXIX. UN NIÑO EN EL HORNO

1. Había en la misma ciudad dos mujeres casadas con un mismo hombre. Cada una tenía un hijo y ambos estaban atacados por la fiebre. Una de ellas se llamaba María, y su hijo, Cleofás. Levantóse ésta y fuese a ver a María, la madre de Jesús, para ofrecerle un hermoso velo y decirle: «¡Oh María, señora mía!, acepta este velo y dame en retorno uno solo de los pañales del niño». Asintió María y se marchó la madre de Cleofás. Ésta hizo de la prenda una túnica y se la puso a su hijo, el cual sanó al momento de su enfermedad. Pero el hijo de su rival murió a las veinticuatro horas. Por este motivo se produjo enemistad entre ellas.

2. Era costumbre el que cada una se encargara de los oficios domésticos en semanas alternas. Tocó, pues, el turno a María, la madre de Cleofás. Ocupada en estos menesteres, encendió una vez el horno; y, dejando a su hijo junto al fuego, se fue a buscar la masa para hacer pan. La rival, al percatarse de que estaba solo el niño, lo cogió y lo echó al horno, cuya temperatura mientras tanto se había elevado mucho. Después se retiró a hurtadillas. Cuando volvió María encontró a su hijo sonriente en medio de las llamas y le pareció como si el horno se hubiera refrigerado. Cayó entonces en la cuenta de que su émula lo había precipitado allí. Lo sacó, pues, en seguida y se fue corriendo donde estaba María (la madre de Jesús) para referirle lo sucedido. Ésta le dijo: «Calla y no se lo cuentes a nadie, pues temo por ti si lo divulgas». Otra vez salió la rival a buscar agua al pozo. Dio la casualidad de que estaba Cleofás junto al brocal y, al percatarse de que no había ningún testigo, lo arrojó dentro y se marchó. Fueron unos hombres a buscar agua y encontraron al niño sentado en la superficie. Bajaron y lo sacaron de allí, sobre cogidos de admiración ante el caso. Y todos alabaron a Dios. Entonces vino su

madre, lo cogió y se lo llevó llorando a Nuestra Señora, diciendo: «¡Oh señora mía!, mira qué ha hecho mi rival con mi hijo y cómo le ha arrojado al pozo. No puede menos de ocurrir que algún día acabe con él». Le dijo María: «Dios te vengará de ella». Posteriormente hubo de ir la rival al pozo para sacar agua. Mas con tan mala suerte que se le enredaron los pies en la soga y cayó al fondo. Es verdad que vinieron algunos hombres para sacarla, pero la encontraron con la cabeza magullada y los huesos fracturados. Así pereció de mala manera y se cumplió en ella aquel dicho: «Cavaron un pozo muy hondo y cayeron en la fosa que habían preparado» (Sal 7,16).

XXX. UN FUTURO APÓSTOL

1. Otra mujer de la localidad tenía dos hijos gemelos. Ambos fueron atacados por la enfermedad. El uno murió y el otro se encontraba en muy mal estado. Tomó a éste su madre y se lo llevó a María, diciéndole: «¡Oh señora mía!, socórreme, pues de dos hijos que tenía, el uno ha poco que lo sepulté y el otro está para morir. En este trance habré de rogar a Dios de esta manera: ¡Oh Señor!, tú eres misericordioso, clemente y lleno de piedad. Tú me diste dos hijos; ya que me has quitado el uno, déjame al menos el otro».

2. La Virgen María se compadeció al ver lo amargo de su llanto y le dijo: «Coloca a tu hijo en la cuna del mío y cúbrelle con los vestidos de éste». Pusole, pues, en la cuna donde Cristo reposaba, después que había cerrado ya los ojos y era cadáver. Y al perfume que exhalaban los vestidos de Jesús abrió el niño los ojos y se puso a llamar con grandes voces a su madre. Despues pidió pan y lo chupó. Entonces su madre exclamó: «¡Oh señora mía!, ahora reconozco que la virtud de Dios habita en ti, ya que tu hijo devuelve la salud a sus semejantes al solo contacto de sus vestidos». Este niño devuelto a la vida es aquel que en el evangelio lleva el nombre de Bartolomé.

XXXI. UNA MUJER LEPROSA

1. Fue testigo de esta escena una mujer leprosa que por allí se encontraba, la cual se dirigió a la madre de Jesús en estos términos: «¡Oh señora mía!, préstame tu ayuda». Le respondió María: «¿Y qué es lo que necesitas?, oro, plata, o bien ver tu cuerpo libre de la le-

pra?» Y la mujer exclamó: «¿Mas quién será capaz de obtenerme esto último?» A lo que repuso nuestra señora la Virgen María: «Espera un momento mientras doy un baño a mi hijo Jesús y lo deposite en la cuna».

2. Aguardó la mujer conforme se le había indicado. Y cuando María terminó de arreglar al niño, se dirigió a la mujer y le dio un poco del agua con que había bañado a Jesús, diciéndole: «Toma esta agua y derrámala sobre tu cuerpo». Y en haciendo esto quedó limpia, con lo que rindió a Dios las cumplidas gracias y alabanzas.

XXXII. OTRA LEPROSA

1. Marchóse, pues, aquella señora tras haber permanecido tres días en casa de María. Y al llegar a una ciudad se encontró con un hombre principal que había contraído matrimonio recientemente con la hija de otro personaje de su rango. Mas al poco tiempo de casados observó el marido una motita de lepra como una estrella entre las cejas de su esposa. Y se separó de ella, disolviendo el matrimonio. Al verlos la buena mujer sumidos en este estado de abatimiento y de tristeza, les preguntó por la causa de su llanto. Mas ellos respondieron: «No pretendas escudriñar nuestra situación, pues no estamos dispuestos a descubrir a ninguno de los mortales la causa de nuestro dolor». Insistió ella, no obstante, y rogó que se la dieran a conocer, pues quizás tenía a su disposición algún remedio contra el mal que les aquejaba.

2. Le presentaron por fin a la muchacha y, al ver las señales de lepra que aparecían entre sus cejas, dijo la mujer: «Yo misma, tal como me veis, estaba herida de la misma enfermedad, cuando, por ciertos asuntos que surgieron casualmente, hube de hacer un viaje a Belén. Al entrar en la ciudad vi en una caverna a una señora por nombre María con un hijo llamado Jesús. Ella, al verme leprosa, se compadeció de mí y me proporcionó un poco del agua con que acababa de bañar a su hijo. Rocié con ella mi cuerpo y quedé limpia». Dijeron, pues, a la mujer aquella: «¿No sería posible que te levantarás y vinieras con nosotras para indicarnos quién es esa señora que se llama María?» Y, obtenido su consentimiento, se levantaron todos y se pusieron en camino, llevando consigo espléndidos presentes.

3. Entraron finalmente donde estaba María y, después de ofrecerle sus dones, le presentaron la muchacha leprosa. Al verla, exclamó

mó María: «Que la misericordia del Señor Jesucristo descienda sobre vosotros». Después les ofreció un poco de aquel agua que había servido para bañar a Jesús y mandó que la derramaran sobre aquella pobrecita. Cuando esto hubieron hecho, quedó curada la enferma y todos a coro se pusieron a alabar a Dios. Después tornaron llenos de gozo a su ciudad glorificando a Dios. Y al oír el principio que su esposa había sido curada, la recibió en su casa, celebró por segunda vez las nupcias y dio gracias a Dios por la curación.

XXXIII. UNA JOVEN ENDEMONIADA

1. Vivía también allí una jovencita que era atormentada de continuo por Satanás. El maldito se le aparecía con frecuencia en forma de un dragón que se disponía a engullirla y le chupaba la sangre, de manera que la pobrecita estaba ya casi reducida a cadáver. Siempre que se le acercaba el maligno, juntaba sus manos sobre la cabeza y decía a grandes voces: «¡Desdichada de mí!, porque no hay nadie capaz de librarme de este dragón». Sus padres y todos los que estaban a su alrededor, o simplemente la veían, se dolían de su desgracia. Muchas personas la rodeaban y se lamentaban entre sollozos al verla llorar y decir: «Oh hermanos y amigos míos! ¿No hay nadie que pueda librarme de este criminal?»

2. Oyóla un día la esposa del noble, aquella que había sanado de la lepra. Subió a la terraza de su palacio desde donde la vio llorando con las manos en la cabeza y asimismo a la gente que la rodeaba. Preguntó, pues, al marido de la endemoniada si vivía aún su suegra, a lo que él respondió que vivían aún sus padres políticos. Entonces le dijo: «Hazme venir aquí a la madre de tu esposa». Y en cuanto la tuvo a su lado, le preguntó: «¿Es hija tuya esta pobrecita?» «Así es», dijo la mujer toda triste y llorosa. Repuso entonces la hija del noble: «Guarda el secreto que voy a confiarle. Te participo que yo también fui leprosa, pero ha poco me devolvió la salud María, la madre de Jesús. Y si túquieres ver sana a tu hija, llévala a Belén, busca a esta señora y espera confiadamente que tu hija será curada. Por mi parte estoy segura de que volverás a mí llena de alegría, viendo a tu hija gozando de perfecta salud». La mujer, que oyó las palabras de aquella dama, tomó inmediatamente a su hija, se puso en camino hacia el lugar designado y, al llegar a la presencia de María, le manifestó el estado de su hija. Cuando María hubo escuchado sus palabras, le dio

un poco de aquel agua con que había lavado el cuerpo de Jesús y le mandó que la derramara sobre su hija. Después le dio una de las fajas que usaba Jesús diciéndole: «Toma esta prenda y muéstrasela al enemigo cuantas veces le veas». Y con un saludo las despidió.

XXXIV. OTRA POSESA

1. Partieron de allí con dirección a su ciudad. Y, llegado el momento en que la joven solía quedar sometida a la acción diabólica, se le apareció el maldito en forma de un dragón terrible, a cuya vista la muchacha se llenó de miedo. Su madre le dijo: «No temas, hija: en cuanto se te acerque, muéstrale la prenda que nos regaló la Señora María y vamos a ver qué es lo que sucede».

2. Se acercó, pues, Satanás bajo la forma de aquel maldito dragón y la joven se puso a temblar de pies a cabeza. Pero en seguida sacó la faja, la puso sobre su cabeza y se cubrió con ella los ojos. Entonces empezaron a salir de la prenda brasas y llamas que eran lanzadas contra el dragón. ¡Oh qué gran milagro se obró cuando el maligno dirigió su mirada a aquella faja, de la que centelleaba fuego que venía a dar sobre su cabeza! Exclamó entonces con gran voz: «¿Qué tengo que ver yo contigo, Jesús, hijo de María? ¿A dónde huiré de ti?», y consternado se apartó de la muchacha y no volvió a aparecersele. Ésta gozó por fin de paz y tributó gracias y alabanzas a Dios. Y todos los que presenciaron el milagro la acompañaron en su oración.

XXXV. JUDAS ISCARIOTE

1. Vivía allí mismo otra mujer cuyo hijo era atormentado por Satanás. Su nombre era Judas. Cuantas veces la pobre criatura era embestida por el demonio, se ponía a morder a todos cuantos se le acercaban. Y si no encontraba nadie a su alcance, se mordía sus propias manos y miembros. Al llegar, pues, la fama de la Virgen María y de su hijo Jesús a la madre del desgraciado, se levantó ésta y llevó a Judas ante la presencia de Nuestra Señora.

2. Entre tanto, Santiago y José habían sacado al niño Jesús fuera de casa para jugar con otros niños. Y, estando todos sentados, se acercó Judas el endemoniado, y se puso a la derecha de Jesús.

Entonces [·]fue atacado por Satanás, como de costumbre, y quiso morder a aquél; pero no pudo. Sin embargo, le hizo daño en el costado derecho y Jesús se puso a llorar. Mas de repente salió Satanás del endemoniado bajo la forma de un perro rabioso. Y este niño era Judas Iscariote, el que luego habría de entregarle a los judíos. Es de notar que el costado en que le lastimó Judas fue el mismo que traspasaron los judíos con una lanza.

XXXVI. LAS FIGURILLAS DE BARRO

1. Cumplió el niño Jesús los siete años y estaba un día entretenido jugando con los muchachos de su misma edad. Todos se divertían haciendo con barro figurillas de asnos, bueyes, pájaros y otros animales. Cada cual hacía alarde de sus habilidades y aplaudía su trabajo. Entonces dijo Jesús a los demás: «Yo voy a mandar correr a mis figurillas». Admirados los otros, le preguntaron si por ventura era hijo del Creador.

2. Entonces Jesús las mandó ponerse en movimiento, y ellas empezaron a saltar. Luego, a una indicación suya, se volvieron a parar. Había hecho también figuras de pájaros y aves, que, al oír su voz, se echaban a volar; mas cuando las mandaba estar quietas, se paraban. Y siempre que les ponía algo de comer o de beber, ellas comían o bebían. Al marcharse los muchachos contaron todo esto en casa, y sus padres les dijeron: «Tened cuidado, hijos, y no tratéis con él. Huid y no juegues ya más en su compañía, pues es un encantador».

XXXVII. LOS COLORES DEL TINTORERO

1. Jugueteando un día Jesús con los muchachos, vino a pasar frente a la tienda de un tintorero llamado Salem, quien tenía allí depositados muchos paños para teñir.

2. Entró Jesús en el taller y se entretuvo en coger todos los paños que allí había e irlos metiendo en un recipiente lleno de azul índigo. Al llegar Salem y percatarse del estropicio, se puso a gritar desaforadamente y a reñir a Jesús diciendo: «¿Qué es lo que me has hecho, hijo de María? Me has deshonrado ante los vecinos, pues cada uno deseaba un color a su gusto y tú lo has echado todo a per-

der». Respondió Jesús: «Todos los colores que quieras cambiar, yo me comprometo a cambiártelos». Y en seguida empezó a sacar las prendas del recipiente, teñidas cada una del color que quería el tintorero, hasta que estuvieron todas fuera. Los judíos, al ver el portento, alabaron a Dios.

XXXVIII. JESUS EN LA CARPINTERÍA

1. José, siempre que salía a la ciudad, solía llevar consigo a Jesús. Es de saber que, dado el oficio que tenía, la gente le encargaba puertas, ordeñaderos, catres y arcas. Dondequiera que fuese, siempre le acompañaba Jesús.

2. Y sucedía que cuando José tenía necesidad de alargar o cortar algún madero (ya se tratara de un codo o de un palmo), o bien de hacerlo más ancho o más estrecho, Jesús no hacía nada más que extender sus manos hacia el objeto y éste se acoplaba a la medida, sin que José tuviera necesidad de poner en ello la mano. Es de notar que éste no estaba extraordinariamente práctico en el arte de la carpintería.

XXXIX. UN ENCARGO PARA EL REY

1. Cierta vez le llamó el rey de Jerusalén para decirle: «José, quiero que me hagas un trono a la medida del sitio donde yo acostumbro a sentarme». Obedeció José y permaneció dos años en palacio a partir del día en que puso manos a la obra hasta que la dio por terminada. Y, estando ya para trasladarlo a su lugar, cayó en la cuenta de que faltaban dos palmos para la medida propuesta. Al ver esto el rey se enfadó con José; y éste, presa de un gran temor, pasó la noche sin cenar ni probar bocado.

2. Preguntándole Jesús la causa de su temor, respondió: «He perdido el trabajo de dos años enteros». Le dijo Jesús: «No tengas miedo ni te dejes dominar por el abatimiento. Toma más bien un lado del trono; yo tomaré el otro y a ver si lo arreglamos». José puso en práctica lo que le había dicho Jesús, y sucedió que, al tirar cada uno de su parte, quedó el trono arreglado y proporcionado a las medidas del lugar. Los circunstantes que presenciaron este prodigo se llenaron de estupor y alabaron a Dios.

3. La madera del trono procedía de aquellos árboles tan apreciados en tiempos de Salomón, hijo de David, por su variedad y sus múltiples aplicaciones.

XL. UNA TRETA DE MUCHACHOS

1. Otro día salió Jesús a la calle, y, viendo unos muchachos reunidos para jugar, quiso seguirles. Mas ellos se le escondieron. Entonces preguntó a unas cuantas mujeres que estaban a la puerta de una casa dónde se habían ido. Ellas respondieron que allí no estaban, a lo que Jesús replicó: «¿Quiénes, pues, son estos que veis en el hornero?» Las mujeres dijeron que se trataba de unos cabritos de tres años. Entonces exclamó Jesús: «Venid aquí, cabritos, en torno a vuestro pastor». Nada más pronunciar estas palabras, salieron los muchachos en forma de cabritos y se pusieron a triscar a su alrededor. Viendo esto las mujeres se llenaron de admiración y de temor y se echaron a los pies de Jesús, diciendo: «Oh Jesús, Señor nuestro, hijo de María: Tú eres de verdad el pastor de Israel; ten compasión de las siervas que están ante ti y que nunca lo dudaron, pues tú, oh Señor, has venido a curar y no a perder».

2. Y como hubiera respondido Jesús que los hijos de Israel eran como los etíopes entre los demás pueblos, replicaron las mujeres: «Tú, Señor, sabes todas las cosas y nada se te oculta. Te rogamos, apelando a tu piedad, que devuelvas estos muchachos, tus siervos, a su primitivo estado». Dijo, pues, el Señor Jesús: «¡Muchachos, a jugar!» Y a vista de las mujeres, quedaron al momento los cabritos convertidos en muchachos.

XLI. JESÚS, REY

Y en el mes de *Adar* Jesús reunió a los muchachos en torno a sí, como un rey. Éstos pusieron en el suelo sus vestidos y Él se sentó sobre ellos. Después tejieron una guirnalda, ciñeron con ella sus sienes y formaron a ambos lados de Él como chambelanes en presencia de su rey. Y a todo el que transitaba por aquel camino, le obligaban a interrumpir su marcha diciendo: «Antes de proseguir tu viaje, rinde vasallaje y adora al Rey».

XLII. SIMÓN EL CANANEO

1. Y, mientras estaban así entretenidos, se acercaron a aquel lugar unos hombres que llevaban un niño. Éste había ido con sus compañeros al monte en busca de leña; y, al divisar un nido de perdiz, extendió su mano para apoderarse de los huevos. Mas con tan mala suerte que en el mismo momento salió del nido una serpiente y le picó. Dio entonces gritos pidiendo auxilio, y sus compañeros corrieron a su lado, encontrándolo ya tendido en tierra como muerto. Llegaron después sus padres y lo levantaron para llevárselo.

2. Y llegaron al sitio donde estaba Jesús sentado a manera de rey rodeado de los demás muchachos que le servían de ministros. Éstos salieron al paso del cortejo y dijeron a los portadores: «¡Eal! Venid a rendir homenaje a vuestro Rey». Ellos se negaron a causa de la aflicción en que estaban sumidos, mas los muchachos les arrastraron a viva fuerza, bien a pesar suyo.

3. Cuando por fin estuvieron en su presencia, Jesús inquirió sobre el motivo de llevar así al muchacho. Y al saber que le había mordido una serpiente, dijo a los suyos: «Vayamos y démosle muerte». Los padres del herido le suplicaron que les permitiera marchar, ya que su hijo se encontraba en la agonía; mas los muchachos se encararon con ellos diciendo: «Pero ¿es que no os habéis enterado de lo que ha dicho el Rey, *vayamos y demos muerte a la serpiente?* ¿Acaso os negáis a complacerle?» Y así, muy a pesar suyo, dieron marcha atrás a la litera.

4. En llegando al lugar del nido, preguntó Jesús a los muchachos: «¿Es aquí donde estaba la serpiente?» Ellos contestaron afirmativamente. Y en seguida, nada más oír la voz de Jesús, salió el reptil con todo rendimiento. Entonces le dijo Jesús: «Mira, vete y chupa todo el veneno que has inoculado a este niño». La serpiente se fue arrastrando hasta él y chupó todo el veneno. Después de lo cual, Jesús fulminó una maldición sobre ella y al instante reventó. El niño se puso a llorar después de ser curado; mas Jesús le dijo: «No llores, pues un día has de ser mi discípulo». Éste es precisamente Simón Cananeo, de quien se hace mención en el Evangelio.

XLIII. JESÚS Y SANTIAGO

Otro día envió José a su hijo Santiago a recoger leña. Jesús se ofreció para acompañarle. Y, en llegando al bosque, comenzó San-

tiago su trabajo; mas fue mordido en su mano por una víbora maligna y se puso a dar voces, llorando. Al darse cuenta de lo que pasaba, corrió Jesús a su lado y sopló en el lugar donde había sido mordido por la víbora. Hecho lo cual, quedó curado sin más.

XLIV. UN NIÑO DESPLOMADO

Otro día se encontraba Jesús jugando con otros niños encima de una terraza. Uno de éstos cayó desde lo alto y murió al instante. Los demás se dieron a la fuga, y Jesús quedó solo en la terraza. Llegaron entonces los padres del difunto y le dijeron: «Tú empujaste a nuestro hijo desde arriba». Jesús lo negó; mas ellos se pusieron a dar voces diciendo: «Nuestro hijo ha muerto, y éste es el que lo ha matado». Replicó Jesús: «No me calumniéis; y si es que no queréis creerme, vamos a preguntárselo al niño para que él ponga las cosas en claro». Entonces bajó Jesús, se acercó al muerto y le dijo a grandes voces: «Zenón, ¿quién fue el que te tiró abajo?» Y el difunto respondió y dijo: «No fuiste Tú, Señor, sino el Terror». Jesús recomendó a los circunstantes que prestaran atención a sus palabras, y todos alabaron a Dios por este milagro.

XLV. EL CÁNTARO ROTO

1. Mandó una vez María a Jesús por agua a la fuente. Mas a la vuelta, cuando traía el cántaro lleno, recibió éste un gran golpe y se partió.

2. Entonces Jesús extendió su pañuelo, recogió el agua en él y se la llevó a su madre. Ésta se llenó de admiración y conservaba escondido dentro de su corazón todo lo que se ofrecía a sus ojos.

XLVI. JUGANDO CON EL BARRO

1. Una vez estaba Jesús jugando con otros niños a la orilla de un arroyo. Todos se entretenían formando pequeñas balsas. El Señor había hecho doce pajaritos de barro y los había puesto de tres en tres a ambos lados de la balsa. Y era a la sazón día de sábado.

2. Se acercó por allí el hijo de Hanán y, viéndolos en este entretenimiento, se enfadó muchísimo. E indignado dijo: «¿No os da ver-

güenza de poneros a hacer figuras de barro en día de sábado?» Y en un momento estropeó las balsas. Dio entonces Jesús unas palmadas a sus pájaros y éstos se echaron a volar piando.

3. Al verlos el hijo de Hanán, se acercó también a la balsa de Jesús y la pisoteó, dejando escapar el agua estancada. Le dijo entonces Jesús: «Así como se ha disipado esta agua, se disipará también tu vida». Y en el instante quedó seco aquel muchacho.

XLVII. UNA MUERTE REPENTINA

En otra ocasión era ya de noche y volvía Jesús a casa en compañía de José. De pronto se presentó un muchacho que venía corriendo en dirección contraria y dio a Jesús un golpe tan fuerte que le hizo caer. Entonces le dijo el Señor: «Así como me has tirado, de la misma manera caerás tú para no levantarte más». Y al instante se desplomó el muchacho y expiró.

XLVIII. EL MAESTRO CONFUNDIDO

1. Había en Jerusalén un tal Zaqueo que se dedicaba a enseñar a los niños. Un día le dijo a José: «Por qué no me traes a Jesús para que aprenda las letras?» Asintió José, y fue a decírselo a María, y lo llevaron a casa del maestro. Éste, nada más verle, le preguntó el alefato y le mandó que pronunciara *Aleph*. Cuando hubo dicho *Aleph*, el maestro ordenó que pronunciara *Beth*. Replicó entonces Jesús: «Dime primero tú a mí lo que significa la letra *Aleph* y entonces te pronunciaré yo a ti la *Beth*».

2. Al ver que el maestro le amenazaba con el látigo, Jesús expuso la significación de las letras *Aleph* y *Beth*. Y asimismo qué figuras de letras eran rectas, cuáles torcidas, cuáles en forma de espiral, cuáles puntuadas y cuáles no; por qué una letra precedía a otra. Y muchas cosas del mismo estilo que el maestro no había oído ni leído en su vida. Dijo finalmente Jesús al maestro: «Préstame atención mientras te voy explicando». Y empezó a recitar claramente *Aleph*, *Beth*, *Ghimel*, *Daleth* hasta *Thau*. El maestro, lleno de admiración, exclamó: «Este niño ha nacido antes que Noé, según pienso». Luego se dirigió a José en estos términos: «Me has traído este niño para que le diera instrucción, y resulta que es más docto que todos los maestros». Y dijo finalmente a María: «Tu hijo no tiene necesidad de instrucción alguna».

XLIX. EL PROFESOR CASTIGADO

Lo llevaron después a un maestro más instruido, quien, al verlo, le mandó pronunciar *Aleph*. Cuando lo hubo hecho, le dijo: «Di ahora *Beth*». A lo que replicó Jesús: «Dime primero la significación de la letra *Aleph* y luego te pronunciaré la *Beth*». Entonces el maestro levantó la mano para castigarle con un látigo, pero se le quedó seca la mano y él murió al instante.

L. JESÚS, MAESTRO

1. Al cumplir los doce años le llevaron a Jerusalén para la fiesta. Terminada ésta, sus padres se volvieron. Pero Él se quedó entre los doctores y eruditos de Israel, a los que hacía preguntas relativas a sus respectivas especialidades, respondiendo a su vez a las cuestiones que se le proponían.

2. Y entre otras cosas les preguntó: «¿De quién es hijo el Mesías?» Respondieron: «De David». Les dice: «Y cómo, pues, éste le llama su Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies?»

3. Le dice de nuevo el principal entre los doctores: «¿Tú lees libros?» «Sí leo —dijo Jesús—, y todo lo que en ellos se contiene». E inmediatamente se puso a explicarles los libros de la ley (*Thorá*), los preceptos, los estatutos y los misterios contenidos en los profetas; cosas a que no alcanza la inteligencia de criatura alguna. Dijo, pues, el doctor aquél: «Yo por mi parte he de confesar que hasta ahora no he tenido ocasión de aprender ni oír nunca tales cosas. ¿Quién pensáis que será este niño?»

LI. JESÚS Y EL ASTRÓNOMO

1. Se encontraba allí un filósofo ducho en astronomía, quien preguntó a Jesús si había estudiado esta ciencia.

2. La respuesta de Jesús consistió en hacer una exposición del número de esferas y de cuerpos que hay en el firmamento, de su naturaleza y propiedades, de su contraposición, de su aspecto triangular, cuadrangular y hexagonal, de su trayectoria de ida y vuelta, de

sus posiciones en minutos y segundos y de otras muchas cosas a que no alcanza la razón.

LII. JESÚS Y EL FÍSICO

1. Había también entre los circunstantes un filósofo muy impuesto en las ciencias naturales, el cual preguntó a Jesús si por ventura había estudiado medicina.

2. Él por respuesta le explicó la física, la metafísica, la hiperfísica y la hipofísica; las fuerzas del cuerpo, sus humores y los efectos de ambos; los efectos del calor y de la sequedad, del frío y de la humedad y de todo lo que de ellos proviene; la actuación del alma en el cuerpo, su sentido y sus efectos; en qué consiste la facultad de hablar, de airarse, de apetecer; la articulación y desarticulación; y, finalmente, otras muchas cosas a que no alcanza el entendimiento de criatura alguna.

3. Entonces se levantó el filósofo y se postró ante él, diciendo: «Señor, de aquí en adelante seré tu discípulo y tu siervo».

LIII. HALLAZGO DE JESÚS

1. Mientras hablaban entre sí estas cosas y otras por el estilo se presentó allí María, que llevaba tres días consecutivos buscando a Jesús en compañía de José. Al verlo, finalmente, allí sentado en medio de los doctores, preguntando unas veces y otras respondiendo, le dijo: «Hijo mío, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? He aquí que tu padre y yo venimos en tu busca con gran fatiga». Mas Él respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿Es que no sabéis que me es conveniente estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron sus palabras. Entonces los doctores preguntaron a María si aquél era su propio hijo. Y asintiendo ella, le dijeron: «Bienaventurada de ti, María, porque has dado a luz un niño como éste».

2. Y volvió con ellos a Nazaret, dándoles gusto en todas las cosas. Y su madre, por su parte, conservaba todo esto dentro de su corazón. Mientras tanto Jesús iba creciendo en edad, en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres.

LIV. VIDA OCULTA

Desde entonces empezó a ocultar los milagros y a dedicarse al estudio de la Ley, hasta que cumplió los treinta años, que fue cuando el Padre le dio a conocer públicamente a la orilla del Jordán con esta voz bajada del cielo: «Éste es mi hijo amado, en quien reposo», estando presente el Espíritu Santo en forma de blanca paloma.

LV. DOXOLOGÍA

Éste es Aquel a quien adoramos suplicantes, el que nos dio el ser y la vida, el que nos sacó del seno de nuestra madre, el que tomó un cuerpo humano por nosotros y nos redimió para darnos el abrazo eterno de su misericordia y manifestarnos su clemencia por la liberalidad, la beneficencia, la generosidad y la benevolencia. A Él pertenece la gloria, la beneficencia, el poder y el imperio, ahora y siempre por los siglos sempiternos. Amén.

Aquí termina el evangelio íntegro de la infancia con el auxilio del Dios supremo y de acuerdo con lo que encontramos en el original.

3. HISTORIA DE JOSÉ EL CARPINTERO

A diferencia de otros escritos pseudoepígrafos que recurren a la autoridad de un apóstol (por ejemplo, Santiago, Mateo, Tomás) como garantía de su presunta autenticidad, la presente «Historia» se presenta como una revelación del mismo Jesús en el monte de los Olivos, que es quien aparece como narrador, refiriéndose a María y José como «mi madre» y «mi padre» respectivamente.

Los capítulos 2-9, de los 32 que componen el apócrifo, están inspirados en el Protoevangelio; el resto gira casi exclusivamente en torno a la enfermedad y muerte de José en términos que delatan claramente el origen egipcio de la obra. La muerte del patriarca, a los ciento once años, se fija en el 26 del mes copto de *Epep* (= 20 de julio), fecha en que comienza la crecida periódica del Nilo y que ha dado pie para pensar en un influjo del mito egipcio de Isis/Osiris en nuestro apócrifo.

La tradición manuscrita lleva igualmente a Egipto. A finales del siglo XVIII se encontró el primer documento, una redacción árabe, que resultó ser una simple traducción del copto, como se demostró posteriormente. Al principio fueron descubiertos algunos fragmentos copto-sahídicos que sólo cubren los capítulos 13-21 de la versión árabe; luego apareció la redacción copto-bohaírica, que ofrece un texto completo del apócrifo. En esta redacción se apoya la traducción castellana que ofrecemos.

Como en la mayor parte de los textos apócrifos conservados en lengua copta, hay motivos más que suficientes para suponer que el original hay que buscarlo en fuentes griegas que no han llegado hasta nosotros. Este original puede muy bien remontarse a los siglos IV o V, ya que las tendencias apocalíptico-quiliásticas, que aparecen claramente en el capítulo 26, cayeron en desuso a partir del siglo V.

Textos árabes: G. WALLIN, *Historia Iosephi fabri lignarii* (Lipsiae 1772); A. BATTISTA-B. BAGATTI, *Edizione critica del testo arabo della «Historia Iosephi fabri lignarii» e ricerche sulla sua origine* (Jerusalén 1978).

Textos coptos: P. DE LAGARDE, *Aegyptiaca* (Göttingen 1883); L. TH. LEFORT, «À propos de ‘L’Histoire de Joseph le charpentier’»; *Le Muséon* 66 (1953) 201-222.

Bibliografía: P. PEETERS, *Evangiles apocryphes*, I (1911) XXXIII-XL. 191-243; S. MORENZ, «Die Geschichte von Joseph dem Zimmermann»; *Texte und Untersuchungen* 56 (1951) 1-26; G. GIAMBERARDINI, *Saint Joseph dans la tradition copte* (Montreal 1969); SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 332-352; Craveti, 227-256; Erbetta, I/2, 186-205; Moraldi, I, 313-352; Starowieyski, 383-406; Stegmüller-Reinhardt, 110-111; Geerard, 41-42.

HISTORIA DE JOSÉ EL CARPINTERO

Así abandonó esta vida mortal nuestro padre José el carpintero, padre de Cristo según la carne, el que vivió ciento once años. Cuando nuestro Salvador hizo a los apóstoles, reunidos en el monte de los Olivos, el relato de toda su vida, éstos fueron escribiendo estas palabras, las depositaron después en la biblioteca de Jerusalén y dejaron consignado, además, que el día en que el santo anciano se separó de su cuerpo fue el 26 de Epep, en la paz del Señor. Amén.

I. JESÚS HABLA A SUS APÓSTOLES

1. Y un día estaba nuestro buen Salvador en el monte de los Olivos con los discípulos en torno y se dirigió a ellos con estas palabras: «¡Oh mis queridos hermanos, hijos de mi buen Padre, a quienes Él ha escogido de entre todo el mundo!—2. Bien sabéis lo que tantas veces os he repetido: Es necesario que yo sea crucificado y que guste la muerte; que resucite de entre los muertos; que os comunique el mensaje del Evangelio para que vosotros, por vuestra parte, lo prediquéis a todo el mundo; que haga descender sobre vosotros una fuerza de lo alto, la cual os llenará del Espíritu Santo; y que vosotros, finalmente, prediquéis a todas las gentes de esta manera: Haced penitencia.—3. Porque vale más un vaso de agua en la vida venidera que todas las riquezas de este mundo;—4. y vale más poner tan sólo el pie en la casa de mi Padre que toda la riqueza de este mundo;—5. y más aún: vale más una hora de regocijo para los justos que mil años para los pecadores, en que han de llorar y lamentarse, sin que nadie preste atención ni consuelo a sus gemidos.—6. Cuando, pues, os llegue a vosotros, mis distinguidos miembros, la hora de marchar, predicadles que mi Padre os exigirá cuentas con balanza justa y equilibrada y que os examinará hasta de una palabra inútil que digáis.—7. Así como nadie puede escapar de la mano de la muerte, de la misma manera ninguno puede sustraerse a sus propios actos, sean buenos o malos.—8. Además, os he dicho muchas veces, y repito ahora, que ningún fuerte podrá salvarse por

su propia fuerza y ningún rico por lo cuantioso de sus riquezas.—9. Y ahora escuchad, que os voy a narrar la vida de mi padre José, el bendito anciano carpintero.

II. VIUDEZ DE JOSÉ

1. Había un hombre llamado José, oriundo de Belén, esa villa judía que es la ciudad del rey David.—2. Estaba muy impuesto en la sabiduría y en su oficio de carpintero.—3. Este hombre, José, se unió en santo matrimonio a una mujer que le dio hijos e hijas: cuatro varones y dos hembras, cuyos nombres eran: Judas y Josetos, Santiago y Simón; sus hijas se llamaban Lisia y Lidia.—4. Y murió la esposa de José, como está determinado que suceda a todo hombre, dejando a su hijo Santiago niño aún de corta edad.—5. José era un varón justo y alababa a Dios en todas sus obras. Acostumbraba a salir forastero con frecuencia para ejercer el oficio de carpintero en compañía de sus dos hijos, ya que vivía del trabajo de sus manos en conformidad con lo dispuesto en la ley de Moisés.—6. Este varón justo de quien estoy hablando es José, mi padre según la carne, con quien se desposó en calidad de consorte mi madre, María.

III. MARÍA EN EL TEMPLO

1. Mientras mi padre José permanecía en su viudez, mi madre, por su parte, la buena y bendita entre las mujeres, vivía en el templo, sirviendo a Dios en toda santidad, y tenía ya cumplidos los doce años. Había pasado sus tres primeros años en la casa de sus padres, y los nueve restantes en el templo del Señor.—2. Y, al ver los sacerdotes que la santa doncella llevaba una vida ascética y penetrada del temor de Dios, hablaron entre sí y dijeron: Busquemos un hombre de bien y desposémosla con él hasta que llegue el momento de su matrimonio, no sea que por descuido nuestro le sobrevenga en el templo el período de su purificación e incurramos en un grave pecado.

IV. DESPOSORIOS DE MARÍA Y DE JOSÉ

1. Entonces convocaron a la tribu de Judá y tomaron de ella doce familias (hombres) en correspondencia con el nombre (número) de las doce tribus.—2. La suerte recayó sobre el buen viejo José,

mi padre según la carne.—3. Dijeron, pues, los sacerdotes a mi madre, la Virgen: «Vete con José y estate sumisa a él hasta que llegue la hora de celebrar tu matrimonio».—4. Entonces José llevó a María, mi madre, a su casa. Ella encontró al pequeño Santiago en la triste condición de huérfano y le prodigó caricias y cuidados. Ésta fue la razón por la que se la llamó María la (madre) de Santiago.—5. Cuando, pues, José la hubo acomodado en su casa, partió para aquel sitio donde ejercía su oficio de carpintero.—6. Y mi madre María vivió dos años en su casa hasta que llegó el momento feliz.

V. LA ENCARNACIÓN

1. Y al decimocuarto año de su edad vine yo, Jesús, vuestra vida, a habitar en ella por mi propio deseo.—2. Y a los tres meses de su embarazo volvió el candoroso José de sus ocupaciones. Mas, al encontrar a mi madre encinta, presa de la turbación y del miedo, pensó abandonarla secretamente. Y fue tan grande el disgusto, que no quiso comer ni beber (aquel día).

VI. VISIÓN DE JOSÉ

1. Mas, durante la noche, he aquí que, por mandato de mi Padre, se le apareció en una visión Gabriel, el arcángel de la alegría, y le dijo: «José, hijo de David, no tengas reparo en admitir en tu compañía a María, tu esposa. Has de saber que el que ha sido concebido en sus entrañas es fruto del Espíritu Santo.—2. Dará, pues, a luz un hijo, a quien tú pondrás por nombre Jesús. Él apacentará a los pueblos con cayado de hierro».—3. El ángel desapareció por fin. Y José, en levantándose del sueño, cumplió lo que le había sido ordenado, admitiendo a María consigo.

VII. VIAJE A BELÉN

1. Y en esto salió un edicto del emperador Augusto para que todo el mundo fuera a empadronarse, cada uno según el lugar de origen.—2. También el buen anciano se puso en camino, y llevó a María, mi madre virginal, a su ciudad de Belén. Y, como ya se acer-

caba el alumbramiento, él consignó su nombre por medio del escriba de la siguiente manera: «José, hijo de David; María, su esposa, y su hijo Jesús, de la tribu de Judá».—3. Y María, mi madre, me trajo al mundo a la vuelta de Belén, junto a la tumba de Raquel, la mujer del patriarca Jacob, la madre de José y Benjamín.

VIII. HUIDA A EGIPTO

1. Satanás dio un consejo a Herodes el Grande, padre de Arquelao, el que hizo decapitar a mi querido pariente Juan.—2. Y así él me buscó para quitarme la vida, porque pensaba que mi reino era de este mundo.—3. Mi Padre manifestó esto a José en una visión, quien se dio a la huida inmediatamente, llevándome consigo a mí y a mi madre, en cuyos brazos iba yo reclinado. Nos acompañaba también Salomé. Bajamos, pues, a Egipto y permanecimos allí un año, hasta que el cuerpo de Herodes vino a ser pasto de los gusanos y murió, como justo castigo por la sangre de los inocentes que él había derramado, y de la que ya no se acordaba.

IX. VUELTA A GALILEA

1. Cuando aquel inicuo Herodes dejó de existir, volvimos nosotros a Israel y nos fuimos a vivir a una villa de Galilea por nombre Nazaret.—2. Y mi padre José, el bendito anciano, seguía ejerciendo el oficio de carpintero, gracias a cuyo trabajo nosotros podíamos vivir. Jamás se puede decir que él comiera su pan de balde, sino que se comportaba en conformidad con lo prescrito por la ley de Moisés.

X. ANCIANIDAD DE JOSÉ

Y, después de tanto tiempo, su cuerpo no estaba achacoso, ni tenía delicada la vista, ni había siquiera un solo diente estropeado en su boca. Nunca le faltó la cordura y la prudencia y conservó siempre intacto su sano juicio, aun siendo ya un venerable anciano de ciento once años.

XI. OBEDIENCIA DE JESÚS

1. Sus dos hijos mayores, Josetos y Simón, contrajeron matrimonio y se fueron a vivir a sus hogares. Asimismo, sus dos hijas se

casaron, como es natural entre los hombres, y José quedó sólo con su pequeño hijo Santiago.—2. Yo, por mi parte, desde que mi madre me trajo a este mundo, le estuve siempre sumiso como un niño, y ejecuté lo que es natural entre los hombres, excepto el pecado.—3. Llamaba a María «mi madre» y a José «mi padre». Les obedecía en todo lo que me indicaban, sin que jamás me permitiera replicarles una palabra, sino que les mostraba siempre un gran cariño.

XII. CARA A LA MUERTE

1. Mas le llegó a mi padre José la hora de abandonar este mundo, que es la suerte de todo hombre mortal.—2. Cuando su cuerpo enfermó, vino un ángel a anunciarle: «Tu muerte tendrá lugar este año».—3. Y, sintiendo él su alma llena de turbación, hizo un viaje a Jerusalén, penetró en el templo del Señor, se humilló ante el altar y oró de esta manera:

XIII. PLEGARIA DE JOSÉ

1. «¡Oh Dios, Padre de toda misericordia y Dios de toda carne, Señor de mi alma, de mi cuerpo y de mi espíritu!—2. Si es que se han cumplido ya los días de vida que me has dado en este mundo, te ruego, Señor Dios, que envíes al arcángel Miguel para que esté a mi lado hasta que mi desdichada alma salga del cuerpo sin dolor ni turbación.—3. Porque la muerte es para todos causa de dolor y turbación, ya se trate de un hombre, de un animal doméstico o salvaje, o bien de un gusano o pájaro;—4. en una palabra, es muy doloroso para toda criatura que vive bajo el cielo y en que alienta un soplo de espíritu tener que arrostrar el trance de ver su alma separada de su cuerpo.—5. Ahora, pues, Señor mío, haz que tu ángel esté al lado de mi alma y de mi cuerpo para que esta recíproca separación se consuma sin dolor.—6. No permitas que aquel ángel que me fue dado el día en que salí de tus manos vuelva hacia mí airado su rostro a lo largo de este camino que emprendo hasta ti, sino que se muestre más bien amable y pacífico.—7. No permitas que aquellos cuya faz se muda dificulten mi marcha hacia ti.—8. No consientas que mi alma caiga en manos del cancerbero y no me confundas en tu tribunal formidable.—9. No permitas que las olas de ese río de fuego, en

que han de ser acrisoladas todas las almas antes de ver la gloria de tu rostro, se vuelvan furiosas contra mí.—10. ¡Oh Dios, que juzgas a todos en verdad y en justicia, ojalá que tu misericordia me sirva ahora de consuelo, ya que tú eres la fuente de todos los bienes y a ti se te debe toda la gloria por eternidad de eternidades! Amén».

XIV. ENFERMEDAD DE JOSÉ

1. Y sucedió que, al volver a su domicilio habitual de Nazaret, se vio atacado por la enfermedad que había de llevarle al sepulcro.—2. Ésta se presentó más alarmante que en ninguna otra ocasión de su vida, desde el día en que nació.—3. He aquí (resumida) la vida de mi querido padre José:—4. Al llegar a los cuarenta años, contrajo matrimonio, en el que vivió otros cuarenta y nueve. Después que murió su mujer, pasó un año solo.—5. Mi madre pasó luego dos años en su casa, después que los sacerdotes se la confiaron con estas palabras: «Guárdala hasta el tiempo en que se celebre vuestra matrimonio».—6. Al comenzar el tercer año de su permanencia allí —tenía a la sazón quince años de edad— me trajo al mundo de un modo misterioso, que nadie entre toda la creación pudo conocer a excepción de mí, mi Padre y el Espíritu Santo, que formamos una unidad.

XV. ACHAQUES DE JOSÉ

1. La vida de mi padre José, el bendito anciano, comprendió ciento once años, según la había determinado mi buen Padre.—2. El día en que se separó del cuerpo fue el 26 del mes de Epep.—3. Entonces el oro acendrado de su carne empezó a demudarse, y la plata de su inteligencia y razón sufrió alteraciones.—4. Se olvidó de comer y de beber, y la destreza en el desempeño de su oficio empezó a resentirse.—5. Y sucedió que, al amanecer el día 26 de Epep, fue presa de una gran agitación mientras estaba en su lecho: lanzó un fuerte gemido, dio unas palmas y se puso a gritar todo fuera de sí diciendo:

XVI. LAMENTOS DE JOSÉ

1. «Ay miserable de mí! ¡Ay del día en que mi madre me trajo a este mundo!—2. ¡Ay del seno materno en que recibí el germen de la

vida! ¡Ay de los pechos que me amamantaron!—3. ¡Ay del regazo en que fui reclinado! ¡Ay de las manos que me sostuvieron hasta el día en que fui mayor y comencé a pecar!—5. ¡Ay de mi lengua y mis labios, que han proferido injurias, engaños, detraccciones y calumnias!—6. ¡Ay de mis ojos, que han visto el escándalo!—7. ¡Ay de mis oídos, que han escuchado con gusto conversaciones frívolas!—8. ¡Ay de mis manos, que han sustraído cosas que no les pertenecían!—9. ¡Ay de mi estómago y de mi vientre, que han ambicionado lo que no era suyo! Cuando se les presentaba alguna cosa, la devoraban con más avidez que pudiera hacerlo la misma llama.—10. ¡Ay de mis pies, que han hecho mal servicio a mi cuerpo, pues lo han llevado por malos caminos!—11. ¡Ay de mi cuerpo todo, que ha dejado reducida mi alma a un desierto, arrojando de ella a Dios, que la creó!—12. ¿Qué he de hacer ahora? No encuentro salida por ninguna parte.—13. En verdad que ¡pobres de los hombres que son pecadores!—14. Ésta es la angustia que se apoderó de mi padre Jacob en su agonía, la cual ha venido hoy a darme alcance a mí, desdichado.—15. Pero tú, Jesús, Dios, que eres mi abogado, cumple en mí tu divina voluntad».

XVII. JESÚS CONSUELA A SU PADRE

1. Cuando él hubo dicho esto, penetré yo en el sitio donde se encontraba, y al verle agitado de cuerpo y de alma, le dije: «Salve, José, mi querido padre, anciano bueno y bendito».—2. El respondió, presa aún de un miedo mortal: «Salve mil veces, querido hijo. Al oír tu voz, mi alma recobra su tranquilidad.—3. Jesús, mi Señor; Jesús, mi verdadero rey, mi salvador bueno y misericordioso; Jesús, mi libertador; Jesús, mi guía; Jesús, mi protector; Jesús, en cuya bondad se encuentra todo; Jesús, cuyo nombre es dulce y potente en la boca de todos; Jesús, ojo que ve y oído que oye verdaderamente: escúchame hoy a mí, tu servidor, cuando elevo mis ruegos y vierto mis lamentos ante ti.—4. En verdad que tú eres Dios. Tú eres el Señor según me lo ha repetido muchas veces el ángel, sobre todo aquel día en que anidaron en mi corazón sospechas humanas al observar las señales de embarazo de la Virgen sin mancilla y había determinado abandonarla.—5. Pero, cuando yo estaba pensando esto, se me apareció en sueños un ángel y me dijo: «José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María como esposa, pues el que ha de dar a luz es

fruto del Espíritu Santo.—6. No abrigues sospecha alguna acerca de su embarazo. Ella traerá al mundo un hijo y tú le darás por nombre Jesús».—7. Tú eres Jesucristo, el salvador de mi alma, de mi cuerpo y de mi espíritu. No me condenes a mí, siervo tuyو y obra de tus manos.—8. Yo no sabía ni conocía el misterio de tu maravilloso nacimiento y jamás había oído que una mujer pudiera concebir sin obra de varón y que una virgen pudiera dar a luz sin romper el sello de su virginidad.—9. ¡Oh Señor mío!, si no hubiera conocido la ley de este misterio, no hubiera creído en ti, ni en tu santo nacimiento, ni tributado honor a María, la Virgen, que te trajo a este mundo.—10. Recuerdo aún el día aquel en que un niño murió a resultas de una mordedura de serpiente.—11. Sus familiares iban por ti con intención de entregarte a Herodes.—12. Mas tu misericordia alcanzó a la pobre víctima y le devolviste la vida para disipar aquella calumnia que te hacía a ti causante de su muerte. Por lo cual hubo una gran alegría en la casa del difunto.—13. Entonces te cogí yo de la oreja y te dije: «Sé prudente, hijo mío».—14. Y tú me cominaste de esta manera: «Si no fueras mi padre según la carne, te daría a entender qué es esto que acabas de hacer».—15. Si, pues, ¡oh Señor y Dios mío!, es ésta la razón por la que has venido en son de juicio y por la que has permitido que se cernieran sobre mí estos terribles presagios, te suplico que no me emplaces ante tu tribunal para contender conmigo.—16. Pues he aquí que yo soy siervo tuyо e hijo de tu esclava.—17. Si tienes a bien romper mis grillos, te ofreceré un sacrificio santo, que no será otro sino la confesión de tu gloria divina, de que tú eres Jesucristo, hijo verdadero de Dios, y, a la vez, hijo verdadero del hombre».

XVIII. AFLICCIÓN DE MARÍA

1. Al decir esto mi padre, no pude yo contener las lágrimas y me eché a llorar, viendo cómo la muerte se iba enseñoreando de él por momentos y oyendo, sobre todo, las palabras llenas de amargura que salían de su boca.—2. En aquel momento, mis queridos hermanos, me vino al pensamiento la muerte de cruz que había de sufrir por la vida de todo el mundo.—3. Y entonces María, mi madre querida, cuyo nombre es dulce para todos los que me aman a mí, se levantó y me dijo, teniendo su corazón anegado en la amargura: «¡Ay de mí, querido hijo. Pero ¿es qué va a morir el bueno y bendito anciano de

José, tu padre nutrijo querido y adorado?»—4. Yo le respondí: «¡Oh mi querida madre! ¿Y quién entre los humanos se verá libre de la necesidad de tener que arrostrar la muerte?—5. Ésta es dueña de toda la humanidad, ¡oh madre bendita!—6. Y aun tú misma has de morir como todos los demás hombres.—7. Mas ni tu muerte ni la de mi padre José puede llamarse propiamente muerte, sino más bien vida eterna ininterrumpida.—8. También yo he de pasar por este trance a causa de la carne mortal con que me he revestido.—9. Mas ahora, madre querida, levántate y entra donde está el bendito anciano José para que puedas ver el lugar que le está aguardando desde lo alto».

XIX. DOLORES DE JOSÉ

1. Se levantó, pues, penetró en la estancia donde se encontraba y pudo apreciar las señales evidentes de la muerte que ya se reflejaban en él.—2. Yo, mis queridos, me puse a su cabecera, y mi madre a sus pies.—3. Él clavaba su vista en mi rostro, sin poder dirigirme una palabra siquiera, pues la muerte se apoderaba de él por momentos.—4. Entonces elevó su mirada hacia lo alto y dejó escapar un fuerte gemido.—5. Yo sujeté sus manos y sus pies durante largo tiempo, y él me miraba suplicándome que no le abandonásemos en manos de sus enemigos.—6. Yo puse mi mano sobre su pecho y noté que su alma había subido ya a su garganta para dejar su cuerpo. Mas no había llegado aún el momento supremo de la muerte, pues de lo contrario no hubiera podido aguantar más. No obstante, estaban ya presentes las lágrimas, la turbación y el decaimiento que siempre la preceden.

XX. LA AGONÍA

1. Cuando mi querida madre me vio palpar su cuerpo, quiso ella palpar a su vez los pies, y notó que el aliento había huido juntamente con el calor.—2. Entonces se dirigió a mí y me dijo ingenuamente: «Gracias, querido hijo, pues desde el momento en que has puesto tu mano sobre su cuerpo, la fiebre le ha abandonado.—3. Fíjate, sus miembros están fríos como el hielo».—4. Yo llamé a sus hijos e hijas y les dije: «¡Ea!, hablad ahora con vuestro padre, que éste es el momento de hacerlo, antes que su boca deje de hablar y su cuerpo que-

de yerto».—5. Y hablaron con él sus hijos e hijas. Mas su vida estaba minada por aquella dolencia mortal que había de provocar su salida de este mundo.—6. Entonces se levantó Lisia, hija de José, para decir a sus hermanos: «Juro, queridos hermanos, que ésta es la misma enfermedad que aquejó a nuestra madre, que no había vuelto a aparecer por aquí hasta ahora.—7. Esto mismo sucede con nuestro padre José, para que no volvamos a verle por toda la eternidad».—8. Entonces prorrumpieron en lamentos los hijos de José. María, mi madre, y yo, por nuestra parte, nos unimos a su llanto, pues, efectivamente, había llegado ya la hora de su muerte.

XXI. LLEGA LA MUERTE

1. Yo me puse a mirar hacia el sur y vi a la muerte que se dirigía hacia nuestra casa. Iba seguida de Amentí, que es su instrumento, y del Diablo, a quien acompañaba una multitud ingente de satélites vestidos de fuego, cuyas bocas vomitaban humo y azufre.—2. Al tender su vista, se encontró mi padre con aquel cortejo que le miraba con rostro colérico y rabioso, el mismo con que suele mirar a todas las almas que salen del cuerpo, particularmente a aquellas que son pecadoras y que considera como propiedad suya.—3. Ante la vista de este espectáculo, los ojos del buen anciano se nublaron de lágrimas.—4. Este fue el momento en que mi padre exhaló su alma con un gran suspiro, mientras procuraba encontrar un sitio donde esconderse y salvarse.—5. Cuando yo observé el suspiro de mi padre, provocado por la visión de aquellas potencias hasta entonces para él desconocidas, me levanté rápidamente y cominé al Diablo y a todo su cortejo.—6. Por lo cual ellos se dieron a la fuga avergonzados y confusos.—7. Y ninguno de entre los circunstantes, ni aun mi misma madre María, se percató de la presencia de aquellos terribles escuadrones que van a la caza de almas humanas.—8. Cuando la muerte cayó en la cuenta de que yo había cominado y echado fuera a las potestades infernales para que no pudieran tender asechanzas, se llenó de pavor.—9. Yo me levanté apresuradamente y dirigí esta oración a mi Padre, el Dios de toda misericordia:

XXII. PLEGARIA DE JESÚS

1. «Padre mío misericordioso, Padre de la verdad, ojo que ve y oído que oye: escúchame, que yo soy tu hijo querido; te pido por mi padre José, la obra de tus manos. Envíame un gran coro de ángeles juntamente con Miguel, el administrador de los bienes, y con Gabriel, el buen mensajero de la luz, para que acompañen al alma de mi padre José hasta tanto que haya salvado el séptimo eón tenebroso. De manera que no se vea forzada a emprender esos caminos infernales, terribles para el viajero por estar infestados de genios malignos que por ellos merodean y por tener que atravesar ese lugar espantoso por donde discurre un río de fuego igual a las olas del mar.—2. Sé además piadoso para con el alma de mi padre José cuando venga a reposar en tus manos, pues éste es el momento en que (más) necesita de tu misericordia».—3. Yo os digo, venerables hermanos y apóstoles benditos, que todo hombre que, en llegando a discernir entre el bien y el mal, haya consumido su tiempo siguiendo la fascinación de sus ojos, cuando llegue la hora de su muerte y haya de franquear el paso para comparecer ante el tribunal terrible y hacer su propia defensa, se verá necesitado de la piedad de mi buen Padre.—4. Pero sigamos relatando el desenlace de mi padre José, el bendito anciano.

XXIII. JOSÉ EXPIRA

1. Al exhalar su espíritu, yo le besé.—2. Los ángeles tomaron su alma y la envolvieron en lienzos de seda.—3. Yo estaba sentado junto a él, y ninguno de los circunstantes cayó en la cuenta de que había ya expirado.—4. Entonces puse su alma en manos de Miguel y Gabriel para que le sirvieran de defensa contra los genios que acechaban en el camino. Y los ángeles se pusieron a entonar cánticos de alabanza ante ella, hasta que por fin llegó a los brazos de mi Padre.

XXIV. LUTO EN CASA DE JOSÉ

1. Yo entonces me eché sobre el cuerpo ingravido de mi padre. Entorné sus ojos, cerré su boca y me levanté para contemplarlo.—2. Dije después a la Virgen: «Oh María, mi madre, ¿dónde están los

objetos de artesanía que él ha hecho desde su niñez hasta ahora? Todos ellos han pasado en este momento, como si él no hubiera venido siquiera a este mundo».—3. Cuando sus hijos e hijas me oyeron decir esto a María, mi madre virginal, me preguntaron con grandes voces y lamentos: «Pero ¿es que nuestro padre ha muerto, sin que nosotros nos percatáramos de ello?»—4. Yo les dije: «Efectivamente, ha muerto; pero su muerte no es muerte, sino vida eterna.—5. Grandes cosas le esperan a nuestro querido padre José. Desde el momento en que su alma ha salido del cuerpo, ha desaparecido para él toda clase de dolor. Él se ha puesto en camino del reino eterno, ha dejado tras sí la pesadez de la carne, con todo este mundo de dolor y de preocupaciones, y ha ido al lugar de reposo que tiene mi Padre en esos cielos que nunca serán destruidos».—6. Mas al decir yo a mis hermanos: «Vuestro padre José, el bendito anciano, ha muerto», ellos se levantaron, rasgaron sus vestiduras y le lloraron durante largo tiempo.

XXV. DUELO EN NAZARET

1. Cuando los habitantes de Nazaret y de toda Galilea se enteraron de la triste nueva, acudieron en masa al lugar donde nos encontrábamos. En conformidad con la ley de los judíos, se pasaron todo el día dando señales de duelo hasta que llegó la hora nona.—2. Entonces los despedí yo a todos, derramé agua sobre el cuerpo de mi padre José, le ungí con bálsamo y dirigí a mi Padre amado, que está en los cielos, una oración celestial que había escrito yo con mis propios dedos antes de encarnarme en las entrañas de la Virgen María.—3. Y al decir *Amén* vino una multitud de ángeles. Mandé a dos de ellos que extendieran un manto para depositar en él el cuerpo de mi padre José y amortajarlo.

XXVI. BENDICIÓN DE JESÚS

1. Entonces puse yo mis manos sobre su cuerpo y dije: «No seas presa de la fetidez de la muerte. Tus oídos no sufran corrupción. No emane podredumbre de tu cuerpo. No eche a perder la tierra tu mortaja ni tu carne, sino que queden intactas adheridas a tu cuerpo hasta el día del convite de los mil años. No envejezcan, ¡oh

querido padre!, esos cabellos que tantas veces he acariciado con mis manos. Y que la dicha sea contigo.—2. A aquel que se preocupe de llevar una ofrenda a tu santuario el día de tu conmemoración, yo le bendeciré con afluencia de dones celestiales.—3. Asimismo, a todo aquel que diere en tu nombre pan a un pobre, no le permitiré que se vea agobiado por la necesidad de cualesquiera bienes de este mundo durante todos los días de su vida.—4. Te concederé que puedas invitar al banquete de los mil años a todos aquellos que en el día de tu conmemoración den un vaso de vino en la mano a un forastero, a una viuda o a un huérfano.—5. He de darte como regalo, mientras vivan en este mundo, a todos los que se dediquen a escribir el libro de tu salida de este mundo y a consignar todas las palabras que hoy han salido de mi boca; y, cuando abandonen este mundo, yo haré que desaparezca el libro en que están escritos sus pecados y que no sufran tormento alguno, fuera de la muerte inevitable y del río de fuego que está ante mi Padre para purificar a toda clase de almas.—6. Y si se diera el caso de que un pobre, no pudiendo hacer nada de lo dicho, impusiera el nombre de José a uno de sus hijos en tu honor, yo haré que en aquella casa no entre el hambre ni la peste, pues tu nombre habita de verdad allí».

XXVII. CAMINO DE LA TUMBA

1. Y entonces se presentaron en la casa mortuoria los ancianos de la ciudad, a quienes acompañaban los enterradores, con intención de efectuar el sepelio a la manera judía.—2. Y encontraron el cadáver dispuesto ya para el enterramiento. La mortaja se había adherido fuertemente a su cuerpo, como si se la hubiera sujetado con grapas de hierro, y cuando removieron el cadáver no encontraron su abertura.—3. A continuación tuvo lugar la conducción del cadáver hasta la tumba.—4. Y, cuando llegaron a ésta y estaban ya dispuestos a franquear su entrada para colocarle junto a los restos de su padre, me vino a la mente el recuerdo del día en que me llevó a Egipto y de las grandes preocupaciones que asumió por mí, y no pude menos de echarme sobre su cuerpo y llorar un largo rato, diciendo:

XXVIII. EXCLAMACIONES DE JESÚS

1. «¡Oh muerte, de cuántas lágrimas y lamentos eres causante! Mas este poder te viene de Aquel que tiene bajo su dominio todo el universo.—2. Por eso tal reproche no va tanto contra la muerte cuanto contra Adán y Eva.—3. La muerte no actúa nunca sin orden previa de mi Padre.—4. Hay quienes han vivido hasta novecientos años, y aun algunos mucho más tiempo.—5. Sin embargo, ninguno de ellos ha dicho: “Yo he visto la muerte” o “venía de tiempo en tiempo a darme tormento”,—6. sino que ella trae una sola vez el dolor, y aun entonces es mi buen Padre el que la envía.—7. Y, cuando viene en busca del hombre, es que sabe que tal resolución proviene del cielo.—8. Si la sentencia viene cargada de cólera, también procede colérica la muerte a cumplir su cometido, tomando el alma del hombre y entregándosela a su Señor.—9. La muerte no tiene atribuciones para lanzar al hombre al infierno ni para introducirle en el reino celestial.—10. La muerte cumple de hecho el mandato de Dios. Al contrario de Adán, quien, al no someterse a la voluntad divina, cometió una transgresión. Éste irritó a mi Padre contra sí por haber preferido dar oídos a su mujer antes que obedecer a su mandato, y así todo ser vivo quedó implacablemente condenado a la muerte.—11. Si Adán no hubiera sido desobediente, mi Padre no le hubiera castigado con este terrible azote.—12. ¿Y qué impide ahora que haga yo oración a mi buen Padre para que envíe un gran carro luminoso que eleve a José para que no guste las amarguras de la muerte y que le traslade al lugar de reposo en la misma carne que trajo al mundo, para que viva allí con mis ángeles incorpóreos?—13. La transgresión de Adán fue la causa de que sobrevinieran estos grandes males sobre la humanidad juntamente con lo irremediable de la muerte.—14. Y por cuanto yo mismo llevo también esta carne concebida en el dolor, debo gustar con ella la muerte para que pueda apiadarme de las criaturas que he formado».

XXIX. EL ENTERRO

1. Mientras yo decía esto abrazado al cuerpo de mi padre José y llorando sobre él,—2. abrieron la entrada del sepulcro y depositaron el cadáver junto al de su padre Jacob.—3. Su vida fue de ciento once años, sin que al cabo de tanto tiempo se estropeara un solo diente

de su boca y sin que sus ojos se debilitaran, sino que todo su aspecto se asemejaba al de un tierno niño.—4. Nunca estuvo achacoso, sino que trabajó continuamente en su oficio de carpintero hasta el día en que sobrevino la enfermedad que había de llevarle al sepulcro.

XXX. RÉPLICA DE LOS APÓSTOLES

1. Y cuando nosotros, los apóstoles, oímos tales cosas de labios de nuestro Salvador, nos pusimos en pie llenos de gozo y luego adoramos sus manos y sus plantas, diciendo extáticos de alegría: «Te damos gracias, Señor y Salvador nuestro, por haberte dignado regalarnos con estas palabras salidas de tus labios.—2. Mas no salimos de nuestra admiración, ¡oh buen Salvador!, pues no acabamos de explicarnos cómo, habiendo concedido la inmortalidad a Elías y a Henoc, ya que están disfrutando de los bienes en la misma carne con que nacieron sin que hayan sido víctimas de la corrupción,—3. sin embargo, tratándose del bendito anciano José el Carpintero, a quien concediste el gran honor de llamarle tu padre y de obedecerle en todas las cosas (a nosotros mismos nos has encargado: “Cuando seáis revestidos de mi fuerza y recibáis la voz de mi Padre, e.e., el Espíritu Paráclito, y seáis enviados a predicar el evangelio, predicad también a mi querido padre José”);—4. y además: “Consignad estas palabras de vida en el testamento de su partida de este mundo”;—5. y “leed las palabras de este testamento en los días solemnes y festivos”;—6. y “quien no haya aprendido a leer correctamente, no debe leer este testamento en los días festivos”;—7. y, finalmente, “quien suprimiere o añadiere algo a estas palabras de manera que me haga embustero, será reo de mi venganza”),—8. nos admira, repetimos, el que, habiéndole llamado tú padre según la carne desde el día en que naciste en Belén, no le hayas concedido la inmortalidad para vivir eternamente».

XXXI. RESPUESTA DE JESÚS

1. Nuestro Salvador respondió diciéndoles: «La sentencia pronunciada por mi Padre contra Adán no quedará sin vigor, por cuanto éste no fue obediente a sus mandatos.—2. Cuando mi Padre

destina a uno a ser justo, éste viene a ser inmediatamente su elegido.—3. Si un hombre ofende a Dios por amar las obras del demonio, ¿ignora acaso que vendrá a caer un día en sus manos si sigue impenitente, aunque se le concedan largos días de vida?—4. Si, por el contrario, alguno vive mucho tiempo haciendo siempre buenas obras, son éstas precisamente las que le harán viejo.—5. Cuando Dios ve que uno sigue el camino de la perdición, suele concederle un corto plazo de vida y le hace desaparecer en la mitad de sus días.—6. Por lo demás, han de tener exacto cumplimiento las profecías dictadas por mi Padre sobre la humanidad y todas las cosas han de suceder en conformidad con ellas.—7. Me habéis citado el caso de Henoc y de Elías: “Ellos, decís; siguen viviendo y conservan la carne que trajeron a este mundo, ¿por qué, pues, tratándose de tu padre, no le has permitido conservar su cuerpo?”—8. Pues yo os digo que, aunque hubiera llegado a tener diez mil años más, incurriría siempre en la misma necesidad de morir.—9. Más aún, yo os aseguro que siempre que Henoc y Elías piensan en la muerte, desearían haberla sufrido ya y verse así libres de la necesidad que les está impuesta, puesto que han de morir en un día de turbación, de miedo, de gritos, de perdición y de aflicción.—10. Pues habéis de saber que el anticristo ha de matar a estos hombres y derramar su sangre en la tierra como el agua de un vaso a causa de las inculpaciones que le echarán en cara cuando le acusen».

XXXII. EPILOGO

1. Nosotros respondimos diciendo: «Señor y Dios nuestro, ¿quiénes son esos dos hombres de quienes acabas de decir que el hijo de la perdición les matará por un vaso de agua?»—2. Jesús, nuestro Salvador y nuestra vida, respondió: «Henoc y Elías».—3. Y, al oír estas palabras de boca de nuestro Salvador, el corazón se nos llenó de gozo y de alegría. Por lo cual le tributamos alabanzas y gracias como a nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Salvador, Jesucristo, por quien conviene al Padre toda gloria y todo honor juntamente con Él y con el Espíritu Santo vivificador, ahora, en todo tiempo y por eternidad de eternidades. Amén.

4. EVANGELIO ARMENIO DE LA INFANCIA

Consta este apócrifo de veintiocho larguísimos capítulos en los que de manera redundante y monótona se van parafraseando episodios contenidos en el *Evangelio árabe de la Infancia* (reproducido anteriormente), o más bien en las fuentes siriacas que dieron origen a éste. El prototipo del texto armenio data posiblemente del siglo VI, en que el movimiento nestoriano procedente de Siria intentó echar raíces en Armenia, introduciendo muchas traducciones del siriaco. Del texto, tal como ha llegado hasta nosotros en dos redacciones y en manuscritos raros y tardíos, entresacamos algunos pasajes que ofrecen interés, bien por la originalidad del contenido, bien por la repercusión que hayan podido tener en la tradición posterior. Tales son los referentes a la concepción de Jesús «per aurem» (c.V,9), a los magos —que eran «tres y reyes, respectivamente, de Persia, India y Arabia»— (c.V,10) y al «Testamento de Adán», conservado entre los Persas, que fue lo que —según este apócrifo— puso a los magos en conocimiento del nacimiento de Jesús (c.X,10-11.22-23).

Texto armenio: I. DAIETSI, *Ankanon girkh Nor Ketakaranatz*, I [= Libros no canónicos del NT] (Venecia 1898) 1-235.

Bibliografía: P. PEETERS, *Evangiles Apocryphes*, II (París 1914) 69-286; Craveri, 149-213; Erbetta, I/2, 124-185; Starowieyski, 307-382.

EVANGELIO ARMENIO DE LA INFANCIA

ANUNCIACION

La Virgen sostiene una larga conversación con el ángel antes de dar su consentimiento. El episodio termina así:

V,8. ... Le dice el ángel: «¡Oh santa y dichosa Virgen! Escucha esta palabra y retén bien en tu alma lo que voy a decirte. Esto no es obra de hombre, y el acontecimiento de que te hablo no será provocado por él. Es Dios quien lo realizará en ti. Él tiene en sus manos poder suficiente para librarte de todas las angustias de la prueba». María responde: «Si es tal como dices y el Señor tiene a bien bajar hasta su sierva y esclava, hágase en mí según tu palabra». Y el ángel se retiró.

9. No bien hubo pronunciado la Virgen con toda humildad estas palabras, el Verbo de Dios penetró en ella por la oreja, y la naturaleza íntima de su cuerpo, con todos sus sentidos, fue santificada y purificada como el oro en el crisol. Quedó convertida en un templo santo, inmaculado, mansión del Verbo divino. Y en el mismo momento dio comienzo el embarazo de la Virgen. Pues la embajada del ángel portador de la buena nueva para María tuvo lugar el 15 de Nísán, que corresponde al 6 de abril, un miércoles a la hora tercia.

11. Y luego que la Virgen recibió el anuncio de su concepción por el Espíritu Santo, vio a los coros angélicos que le entonaban cánticos de alabanza. Esta visión la llenó de temor, al par que la inundó de gozo. Y luego, con la faz postrada en tierra, se puso a alabar a Dios, diciendo: «¡Oh Señor de mi alma y de mi cuerpo! Tú tienes el poder de dar cumplimiento a todos los deseos que te inspira tu amor creador y dispones libremente de todo según tu beneplácito. Dígnate ahora ser condescendiente con los ruegos de tu esclava. Escúchame y libra a mi alma, ya que eres mi Dios y mi Salvador y ya que tu nombre, ¡oh Señor!, ha sido diariamente invocado sobre mí. Hasta el día de hoy me he mantenido santa y pura, resuelta por vuestro amor, ¡oh Señor y Dios mío!, a conservar mi virginidad firme e intacta, sin admitir en mí ningún deseo de concupiscencia. Ahora hágase tu voluntad».

EVA Y MARÍA

IX,1. Y cuando José y Eva, nuestra primera madre, vieron aquello, se prosternaron con la faz en tierra y, dando gracias a Dios en voz alta, le glorificaron diciendo: «Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres, Dios de Israel, que me habéis realizado hoy con vuestra venida la redención del hombre; que me habéis rehabilitado de nuevo y levantado de mi caída y que me habéis reintegrado a mi antigua dignidad. Ahora mi alma se siente ufana, estremecida de esperanza en Dios mi Salvador».

2. Y, dicho esto, vio nuestra primera madre Eva que se elevaba al cielo una nubecilla partiendo de la cueva. Y por otro lado aparecía una luz centelleante que había venido a posarse ante el pesebre del establo. Y el niño se aplicó a los pechos de su madre para mamar, después de lo cual volvió a su sitio y se sentó. A vista de esto, José y nuestra primera madre Eva dieron, reconocidos, gloria a Dios y quedaron estupefactos de admiración ante los prodigios que acababan de tener lugar. Y decían: «En verdad que ¿quién ha oído jamás a nadie cosa semejante o ha visto con sus propios ojos prodigo parecido a este que acaba de realizarse?»

3. Y nuestra primera madre entró en la cueva, tomó al niño en sus brazos y se puso a acariciarle y a abrazarle con ternura, bendiciendo a Dios, porque el niño era extremadamente hermoso y tenía un semblante fascinador y resplandeciente, mientras que sus rasgos eran muy expresivos. Después lo envolvió entre pañales, lo depositó en el pesebre de los bueyes y salió de la cueva. Y de pronto vio a una mujer llamada Salomé, que venía de la ciudad de Jerusalén. Eva, nuestra primera madre, se le adelantó y le dijo: «Te doy una buena y feliz noticia: una tierna doncella acaba de traer un hijo al mundo sin haber conocido varón en absoluto».

LOS MAGOS

V,10. Y un ángel del Señor se apresuró a ir al país de los persas para prevenir a los reyes magos y ordenarles que fueran a adorar al niño recién nacido. Y éstos, después de caminar durante nueve meses teniendo por guía a la estrella, llegaron al lugar de destino en el momento mismo en que María llegaba a ser madre. Es de saber que a la sazón el reino de los persas dominaba sobre todos los reyes del

Oriente por su poder y sus victorias. Y los reyes de los magos eran tres hermanos: Melkon, el primero, que reinaba sobre los persas; después Baltasar, que reinaba sobre los indios, y el tercero Gaspar, que tenía en posesión el país de los árabes. Habiéndose reunido en conformidad con el mandato de Dios, llegaron en el momento mismo en que la Virgen llegaba a ser madre. Habían apresurado la marcha y se encontraron allí en el momento preciso del nacimiento de Jesús.

El capítulo X describe minuciosamente el viaje de los magos, su fastuoso cortejo y la llegada a Jerusalén. Herodes se intranquiliza y los llama a su palacio para que le den cuenta de sus intenciones. Ellos le manifiestan su propósito de adorar al rey recién nacido. Entonces Herodes les interroga:

X,10. «¿Quién os ha narrado lo que decís o cómo habéis llegado a saberlo?» Los magos respondieron: «Nuestros antepasados nos han legado un testimonio escrito de ello, que ha sido guardado con todo secreto y sellado. Y durante largos años, de padres a hijos y de generación en generación, se ha mantenido viva esta expectación, hasta que por fin ha venido a tener cumplimiento esta palabra en nuestros días, como nos ha sido revelado de parte de Dios en una visión que hemos tenido de un ángel. Ésta es la causa de encontrarnos ahora en este lugar que nos ha sido indicado por el Señor». Herodes dijo: «¿Cuál es la procedencia de este testimonio que tan sólo vosotros conocéis?»

11. Los magos respondieron: «Nuestro testimonio no procede de hombre alguno. Es un designio divino referente a una promesa hecha por Dios en favor de los hijos de los hombres y que ha sido conservado entre nosotros hasta el día de hoy». Herodes dijo: «Dónde está ese libro que sólo vuestro pueblo posee?» Los magos dijeron: «Ninguna nación, fuera de la nuestra, tiene noticia directa ni indirecta de él. Sólo nosotros poseemos un testimonio escrito. Porque has de saber que, después que Adán fue expulsado del paraíso y después que Caín hubo matado a Abel, el Señor dio a nuestro primer padre un hijo de consolación llamado Set, y con él le entregó aquella carta escrita, firmada y sellada de su misma mano. Set la recibió de su padre y se la transmitió a sus hijos. Éstos, a su vez se la retransmitionaron a los suyos, y así fue de generación en generación. Todos hasta Noé recibieron la orden de guardarla con todo cuidado. Este patriarca se la entregó a su hijo Sem, y los hijos de éste la retransmitionaron a sus descendientes, quienes, a su vez, se la entregaron a Abraham. Éste se la dio a Melquisedec, rey de Salem y sacerdote

del Altísimo, por cuyo conducto llegó a poder de nuestro pueblo en tiempos de Ciro, rey de Persia. Nuestros padres la depositaron con toda clase de honores en un salón especial, y así llegó hasta nosotros, quienes, gracias a este escrito misterioso, vinimos de antemano en conocimiento del nuevo monarca, hijo de Israel».

22. Y el rey Melkon tomó el libro del Testamento que conservaba en su casa como legado precioso de sus antepasados, según ya dijimos, y se lo presentó al niño, diciéndole: «Aquí tienes la carta sellada y firmada por tu misma mano que tuviste a bien entregar a nuestros mayores para que la guardaran. Toma este documento que tú mismo escribiste. Ábrelo y léelo, pues está a tu nombre».

23. [El documento en cuestión, dirigido a Adán, estaba encabezado así]: «En el año seis mil, el día sexto de la semana (que es el mismo en que te creé) y a la hora sexta, enviaré a mi Hijo unigénito, el Verbo divino, quien tomará carne de tu descendencia y vendrá a ser hijo del hombre. Él te reintegrará a tu pristina dignidad por los tormentos terribles de su pasión en cruz. Y entonces tú, joh Adán!, unido a mí con alma pura y cuerpo inmortal, serás deificado y podrás, como yo, discernir el bien y el mal».

TRAVESURAS DE JESÚS

XXIII,2. Jesús acostumbraba a conducir los muchachos hasta el brocal del pozo que surtía de agua a toda la ciudad. Y, cogiendo los cántaros de sus manos, los chocaba entre sí o contra las piedras y los arrojaba después al fondo del pozo. Y con esto los muchachos aquellos no osaban entrar en casa por miedo a sus padres. Jesús entonces se compadecía viéndolos llorar y les decía: «No lloréis más, que yo os devolveré vuestros cántaros». Después daba órdenes a los raudales de agua, y estos arrojaban de nuevo los cántaros intactos a la superficie. Cada uno cogía el suyo y se marchaban a sus hogares contando a todo el mundo los milagros de Jesús.

3. Otro día se los llevó de nuevo consigo y les hizo acampar a la sombra de un árbol gigantesco. Dio entonces órdenes a éste de inclinar su ramaje y subió y se montó encima. Después le mandó que se enderezara, y él se elevó, dominando así todo aquel paraje. Jesús se mantuvo allí una hora, hasta que los demás muchachos empezaron a gritar, diciéndole: «Manda al árbol que se incline para que podamos subir contigo». Así lo hizo Jesús y les dijo a ellos: «Venid de

prisa junto a mí». Y se subieron llenos de gozo a su lado. Poco después mandó Jesús al árbol que inclinara de nuevo su ramaje. Y, después que todos hubieron bajado, el árbol recobró su posición ordinaria.

TEMORES DE MARÍA

XXV,7. ... María le dijo: «Hijo mío, como todavía no eres más que un niño y no una persona mayor, temo no te vaya a suceder alguna desgracia». Jesús respondió: «Tus temores, madre mía, no son del todo razonables, pues yo sé muy bien todo lo que debe acontecer».

María dijo: «No tengas pena por esto que acabo de decirte, pues estoy rodeada de fantasmas y no sé qué hacer». Jesús preguntó: «¿Y qué es lo que piensas hacer conmigo?» Le dice María: «Esto es lo que me tiene preocupada: que hemos puesto sumo empeño en que aprendieras durante tu infancia todos los oficios, y hasta ahora no has hecho nada en este sentido ni te has prestado a nada. Y ahora que ya te has hecho mayorcito, ¿qué prefieres hacer o cómo quieres pasar la vida?»

8. Al oír esto Jesús, se indignó en su interior y dijo a su madre: «Has hablado muy inconsideradamente. ¿Es que no entiendes las señales y prodigios que hago ante ti, y que tú puedes ver con tus propios ojos? Aún no me das crédito después de tanto tiempo que estoy viviendo contigo. Observa mis milagros, considera todo lo que he hecho y ten paciencia durante algún tiempo hasta que veas realizadas todas mis obras, pues mi hora no ha llegado aún. Mientras tanto, mantente fiel a mí». Y en diciendo esto, Jesús salió apresuradamente de casa.

JESÚS Y LOS SOLDADOS

Jesús, deseoso de mostrarse al mundo, encuentra a dos soldados riñendo. Éstos le ven sentado tranquilamente junto a un pozo, y uno de ellos le dice:

XXVIII,2. ... «Niño, ¿de dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Cómo te llamas?» Jesús respondió: «Si te lo digo, no serás capaz de comprenderme». Le preguntó de nuevo el soldado: «¿Viven todavía tu padre y tu madre?» Jesús respondió: «Efectivamente: mi Padre vive y es in-

mortal». Replicó el soldado: «¿Cómo? ¿Inmortal?» Y Jesús dijo: «Sí; es inmortal desde el principio, y la muerte no tiene poder sobre él». Dijo entonces el soldado: «¿Quién es este que vivirá siempre y sobre el que la muerte no tiene poder alguno, ya que dices que tu Padre tiene asegurada la inmortalidad?» Respondió Jesús: «No serías capaz de conocerle ni de tener una idea aproximada de él». Dijo el soldado: «¿Quién puede verle?» Jesús respondió: «Nadie». Preguntó el soldado: «¿Dónde está tu Padre?» Jesús respondió: «En el cielo, por encima de la tierra». Dijo el soldado: «Y tú, ¿cómo vas a poder ir junto a él?» Respondió Jesús: «Ya he estado allí y aun ahora estoy en su compañía». Replicó el soldado: «No soy capaz de comprender lo que dices». Dijo Jesús: «Es que esto es inefable e inexplicable». Preguntó el soldado: «¿Quién, pues, puede entenderlo?» Respondió Jesús: «Si me lo ruegas, yo te lo explicaré». Dijo entonces el soldado: «Dímelo, Señor, te lo pido».

A continuación el Señor le explica su generación eterna del Padre y su generación temporal en el seno virginal de María. Después arregla su contienda y se despide, con lo que termina el apócrifo.

IV. *APÓCRIFOS DE LA PASIÓN
Y RESURRECCIÓN*



Deferencia de un soldado con Jesús cuando es llevado ante Pilato
Columna del *abborum* de San Marcos, en Venecia (s.vi) (*Acta Pilati*).

1. EVANGELIO DE PEDRO

(*Fragmento de Akhmím*)

Hasta finales del siglo XIX no se conocía este apócrifo más que por referencias de diversos autores de los primeros siglos. La principal de ellas se debe a Serapión, obispo de Antioquía en Siria (190-211), que es quizás el único testigo que tuvo en sus manos y leyó dicho documento. Según este testimonio, transmitido por Eusebio de Cesarea en su *Historia Eclesiástica* (VI 12,2-6), se leía en la comunidad de Rhossos un evangelio atribuido a Pedro, procedente de círculos *docetas*, que —fuera de algunas pequeñas alteraciones con respecto a los textos evangélicos tradicionales— no estaba, en líneas generales, en contraposición con la «recta doctrina del Salvador». El carácter apócrifo de este *Evangelio de Pedro* viene luego subrayado por toda una serie de escritores posteriores (desde Orígenes a San Jerónimo), sin que aparezcan nuevos datos que faciliten su identificación.

En el invierno de 1886 a 1887 se descubrió en el sepulcro de un monje cristiano de Akhmím (Alto Egipto) un volumen de 33 folios en pergamino (siglo VIII-IX) que —junto con otros dos escritos de carácter apocalíptico— contiene un amplio fragmento griego de una narración evangélica sobre la Pasión y Resurrección (fol. 2-10) atribuida a Pedro. De este fragmento ofrecemos a continuación la versión castellana. A falta de título y colofón, la simple lectura del texto no deja lugar a dudas sobre la autoría del mismo en favor del principio de los apóstoles (ver VII 26, XIV 60) ni sobre su carácter de relato evangélico. Que se trate del mismo apócrifo a que se refería Serapión en el siglo II parece desprenderse de estos detalles y de la coincidencia entre el tenor del texto descubierto y los rasgos con que caracterizaba Serapión el *Evangelio de Pedro*. Aunque no sea posible aducir pruebas apodícticas en este sentido, es ésta una hipótesis de trabajo sobre la que no hay discrepancias en la crítica moderna.

El contenido del fragmento de Akhmím viene enmarcado entre el comienzo de la pasión de Jesús y las últimas apariciones después de

su resurrección. El hecho de que el autor utilice continuamente datos y expresiones procedentes de los cuatro evangelios canónicos evidencia su dependencia de éstos, o bien de la correspondiente tradición paralela. Si a esto añadimos la antigüedad del testimonio de Serapión (finales del siglo II), se puede concluir con toda probabilidad que el origen de este apócrifo hay que situarlo hacia el año 150 de nuestra era.

Al margen del uso generoso de las fuentes canónicas, afloran en el relato detalles y retoques que delatan tendencias específicas de su autor. La más marcada es sin duda el intento de cargar toda la responsabilidad por la pasión y muerte de Cristo en las autoridades y pueblo judío, con Herodes a la cabeza, exculpando con ello a los romanos, especialmente a Pilato (I 1-5). Se da incluso el caso de que los soldados de éste no aparecen para nada en la crucifixión: su misión es exclusivamente custodiar el sepulcro (VIII 31-33) y ser con ello testigos de la resurrección de Jesús.

Hay otra serie de innovaciones que se prestan a interpretaciones diversas. Así, por ejemplo, las expresiones «Mas Él [Jesús] callaba como si no sintiera dolor alguno» (IV 10) y la de «fue sublimado» (V 19) —refiriéndose a su expiración— pueden entenderse como una afirmación de la soberanía de Cristo sobre el dolor y la muerte que tiene su culminación en el hecho de la resurrección, descrita posteriormente con todo lujo de nuevos detalles y testimonios (VIII 30-XIII 56). Algunos, sin embargo, prefieren ver en las expresiones aludidas y en otras análogas —por ejemplo, «Fuerza mía, fuerza mía, ¡tú me has abandonado!» (V 19)— más bien resabios de las tendencias *docéticas* que ya acusaba Serapión en los que detentaban este evangelio. No cabe duda de que estas y otras discrepancias de la tradición evangélica —por ejemplo, el episodio de la «cruz ambulante» (X 39)— pueden leerse también en clave *gnóstica* (en el sentido de un gnosticismo incipiente), sin que esto constituya de por sí un óbice para la ortodoxia del apócrifo en líneas generales, también afirmada por Serapión.

El influjo de este escrito en la posteridad ha sido muy exiguo. Cabe pensar que quedó reducido a las comunidades que lo utilizaban en Siria, región donde (según todos los indicios) fue compuesto por algún cristiano proveniente del helenismo.

Texto griego: U. BOURIANT, «Fragments du livre d'Énoch et de quelques écrits attribués à saint Pierre»: *Mémoires publiées par les membres de la mission archéologique fran-*

çaise au Caire 9 (1892) 137-142; L. VAGANAY, *L'Évangile de Pierre* (París 1930); SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 369-387; M. G. MARA, *Évangile de Pierre* (Sources chrétiennes, 201; París 1973).

Bibliografía: O. PERLER, «L'Évangile de Pierre et Méliton de Sardes»: *Revue Biblique* 71 (1964) 584-590; J. DENKER, *Die theologiegeschichtliche Stellung des Petrusevangeliums* (Fráncfort 1975); P. VIELHAUER, *Geschichte der urchristlichen Literatur* (Berlín 1975) 641-648; J. W. McCANT, «The Gospel of Peter/Docetism reconsidered»: *Novum Testamentum Supl.* 30 (1984) 258-273; Craveri, 289-297; Wilson, 331-332; Stegmüller-Reinhardt, 130; Erbetta, I/1, 137-145; Moraldi, I, 503-517; Starowieyski, 409-419; CH. MAURER-W. SCHNEEMELCHER, en *Schneemelcher*, I, 180-188; Geerard, 5-6.

EVANGELIO DE PEDRO

I

1. Pero de entre los judíos nadie se lavó las manos: ni Herodes ni ninguno de sus jueces. Y, al no quererse ellos lavar, Pilato se levantó.

2. Entonces el rey Herodes manda que se hagan cargo del Señor, diciéndoles: «Ejecutad cuanto os acabo de mandar que hagáis con él».

II

3. Se encontraba allí a la sazón José, el amigo de Pilato y del Señor. Y, sabiendo que iban a crucificarle, se llegó a Pilato en demanda del cuerpo del Señor para su sepultura.

4. Pilato a su vez mandó recado a Herodes y le pidió el cuerpo (de Jesús).

5. Y Herodes dijo: «Hermano Pilato: aun dado caso que nadie lo hubiera reclamado, nosotros mismos le hubiéramos dado sepultura, pues está echándose el sábado encima y está escrito en la ley que el sol no debe ponerse sobre un ajusticiado». Y con esto, se lo entregó al pueblo (de los judíos) el día antes de los Ázimos, su fiesta.

III

6. Y ellos, tomando al Señor, le daban empellones corriendo, y decían: «Arrastremos al Hijo de Dios, pues ha venido a caer en nuestras manos».

7. Despues le revistieron de púrpura y le hicieron sentar sobre el tribunal, diciendo: «Juzga con equidad, rey de Israel».

8. Y uno de ellos trajo una corona de espinas y la colocó sobre la cabeza del Señor.

9. Algunos de los circunstantes le escupían en el rostro, (mientras que) otros le daban bofetadas en las mejillas y otros le herían

con una caña. Y había quienes le golpeaban diciendo: «Éste es el homenaje que rendimos al Hijo de Dios».

IV

10. Despues llevaron dos ladrones y crucificaron al Señor en medio de ellos. Mas él callaba como si no sintiera dolor alguno.

11. Y, cuando hubieron enderezado la cruz, escribieron encima: «Éste es el rey de Israel».

12. Y, depositadas las vestiduras ante él, las dividieron en lotes y echaron a suerte entre ellos.

13. Mas uno de aquellos malhechores les increpó diciendo: «Nosotros sufrimos así por las iniquidades que hemos hecho; pero éste, que ha venido a ser el Salvador de los hombres, ¿en qué os ha perjudicado?»

14. E indignados contra él, mandaron que no se le quebraran las piernas para que muriera entre tormentos.

V

15. Era a la sazón mediodía, y la oscuridad se posesionó de toda la Judea. Ellos fueron presa de la agitación, temiendo no se les pusiera el sol —pues (Jesús) estaba aún vivo—, ya que les está prescrito que «El sol no debe ponerse sobre un ajusticado».

16. Uno de ellos dijo entonces: «Dadle a beber hiel con vinagre». Y, haciendo la mezcla, le dieron el brebaje.

17. Y cumplieron todo, colmando la medida de las iniquidades acumuladas sobre su cabeza.

18. Y muchos discurrían (por allí) sirviéndose de linternas, pues pensaban que era de noche, y venían a dar en tierra.

19. Y el Señor elevó su voz, diciendo: «¡Fuerza mía, fuerza (mía), tú me has abandonado!» Y, en diciendo esto, fue sublimado (al cielo).

20. En aquel mismo momento se rasgó el velo del templo de Jerusalén en dos partes.

VI

21. Entonces sacaron los clavos de las manos del Señor y le tendieron en el suelo. Y la tierra entera se conmovió y sobrevino un pánico enorme.

22. Luego brilló el sol, y se comprobó que era la hora de nona.
 23. Se alegraron, pues, los judíos y entregaron su cuerpo a José para que le diera sepultura, puesto que (éste) había sido testigo de todo el bien que (Jesús) había hecho.
 24. Y, tomando el cuerpo del Señor, lo lavó, lo envolvió en una sábana y lo introdujo en su misma sepultura, llamada *Jardín de José*.

VII

25. Entonces los judíos, los ancianos y los sacerdotes se dieron cuenta del mal que se habían acarreado a sí mismos y empezaron a golpear sus pechos, diciendo: «¡Malditas nuestras iniquidades! He aquí que se echa encima el juicio y el fin de Jerusalén».

26. Yo, por mi parte, estaba sumido en la aflicción juntamente con mis amigos, y, heridos en lo más profundo del alma, nos mantuvimos ocultos. Pues éramos hechos objeto de sus pesquisas como malhechores y como (sujetos) que pretendían incendiar el templo.

27. Por todas estas cosas, nosotros ayunábamos y estábamos sentados, lamentándonos y llorando noche y día hasta el sábado.

VIII

28. Entretanto, reunidos entre sí los escribas, los fariseos y los ancianos, al oír que el pueblo murmuraba y se golpeaba el pecho diciendo: «Cuando a su muerte han sobrevenido señales tan portentosas, ved si debería ser justo»,

29. los ancianos, pues, cogieron miedo y vinieron a presencia de Pilato en plan de súplica, diciendo:

30. «Danos soldados para que custodien su sepulcro durante tres días, no sea que vayan a venir sus discípulos, le sustraigan y el pueblo nos haga a nosotros algún mal, creyendo que ha resucitado de entre los muertos».

31. Pilato, pues, les entregó a Petronio y a un centurión con soldados para que custodiaran el sepulcro. Y con ellos vinieron también a la tumba ancianos y escribas.

32. Y, rodando una gran piedra, todos los que allí se encontraban presentes, juntamente con el centurión y los soldados, la pusieron a la puerta del sepulcro.

33. Grabaron además siete sellos y, después de plantar una tienda, se pusieron a hacer guardia.

IX

34. Y muy de mañana, al amanecer el sábado, vino una gran multitud de Jerusalén y de sus cercanías para ver el sepulcro sellado.

35. Mas durante la noche que precedía al domingo, mientras estaban los soldados de dos en dos haciendo la guardia, se produjo una gran voz en el cielo.

36. Y vieron los cielos abiertos y dos varones que bajaban de allí teniendo un gran resplandor y acercándose al sepulcro.

37. Y la piedra aquella que habían echado sobre la puerta, rodando por su propio impulso, se retiró a un lado, con lo que el sepulcro quedó abierto y ambos jóvenes entraron.

X

38. Al verlo, pues, aquellos soldados, despertaron al centurión y a los ancianos, pues también éstos se encontraban allí haciendo la guardia.

39. Y, estando ellos explicando lo que acababan de ver, advierten de nuevo tres hombres saliendo del sepulcro, dos de los cuales servían de apoyo a un tercero, y una cruz que iba en pos de ellos.

40. Y la cabeza de los dos (primeros) llegaba hasta el cielo, mientras que la del que era conducido por ellos sobrepasaba los cielos.

41. Y oyeron una voz proveniente de los cielos que decía: «¿Has predicado a los que duermen?»

42. Y se dejó oír desde la cruz una respuesta: «Sí».

XI

43. Ellos entonces andaban tratando entre sí de marchar y de manifestar esto a Pilato.

44. Y, mientras se encontraban aún cavilando sobre ello, aparecen de nuevo los cielos abiertos y un hombre que baja y entra en el sepulcro.

45. Viendo esto los que estaban junto al centurión, se apresuraron a ir a Pilato de noche, abandonando el sepulcro que custodiaban. Y, llenos de agitación, contaron cuanto habían visto, diciendo: «Verdaderamente era Hijo de Dios».

46. Pilato respondió de esta manera: «Yo estoy limpio de la sangre del Hijo de Dios; fuisteis vosotros los que lo quisisteis así».

47. Después se acercaron todos y le rogaron encarecidamente que ordenara al centurión y a los soldados guardar secreto sobre lo que habían visto.

48. «Pues es preferible —decían— ser reos del mayor crimen en la presencia de Dios que caer en manos del pueblo judío y ser apedreados».

49. Ordenó, pues, Pilato al centurión y a los soldados que no dijeran nada.

XII

50. A la mañana del domingo, María la de Magdala, discípula del Señor —atemorizada a causa de los judíos, pues estaban rabiosos de ira, no había hecho en el sepulcro del Señor lo que solían hacer las mujeres por sus muertos queridos—,

51. tomó a sus amigas consigo y vino al sepulcro en que había sido depositado.

52. Mas temían no fueran a ser vistas por los judíos y decían: «Ya que no nos fue posible llorar y lamentarnos el día aquel en que fue crucificado, hagámoslo ahora por lo menos cabe su sepulcro».

53. Pero ¿quién nos removerá la piedra echada a la puerta del sepulcro, de manera que, pudiendo entrar, nos sentemos junto a él y hagamos lo que es debido?

54. Pues la piedra era muy grande y tenemos miedo no nos vaya a ver alguien. Y si (esto) no nos es posible, echemos al menos en la puerta lo que llevamos en memoria suya; lloraremos y golpeémonos el pecho hasta que volvamos a nuestra casa».

XIII

55. Fueron, pues, y encontraron abierto el sepulcro. Y en esto ven allí un joven sentado en medio de la tumba, hermoso y cubierto de una vestidura blanquíssima, el cual les dijo:

56. «¿A qué habéis venido? ¿A quién buscáis? ¿Por ventura a aquel que fue crucificado? Resucitó ya y se marchó. Y si no lo queréis creer, asomaos y ved el lugar donde yacía. No está, pues ha resucitado y ha marchado al lugar aquél de donde fue enviado».

57. Entonces las mujeres, aterrorizadas, huyeron.

XIV

58. Era a la sazón el último día de los Ázimos y muchos partían de vuelta para sus casas una vez terminada la fiesta.

59. Y nosotros, los doce discípulos del Señor, llorábamos y estábamos sumidos en la aflicción. Y cada cual, apesadumbrado por lo sucedido, retornó a su casa.

60. Yo, Simón Pedro, por mi parte, y Andrés, mi hermano, tomamos nuestras redes y nos dirigimos al mar, yendo en nuestra compañía Leví el de Alfeo, a quien el Señor...

2. CICLO DE PILATO

A) EVANGELIO DE NICODEMO/ACTAS DE PILATO

Incluimos bajo el título general de *Ciclo de Pilato* una serie de escritos de diverso carácter y proveniencia que coinciden en dar un protagonismo especial a la figura del Procurador romano en los acontecimientos que atañen a la muerte y resurrección de Jesús. Este protagonismo es considerado de manera muy positiva —con una intención casi diríamos apologética— por una parte de estos escritos, especialmente los de origen oriental, mientras que otra, de proveniencia predominantemente occidental, acentúa la responsabilidad histórica de este personaje.

El «Evangelio de Nicodemo» comprende dos piezas literarias perfectamente distintas: una a la que propiamente corresponde el título de *Actas de Pilato* según la tradición griega y otra segunda a la que se ha venido en denominar *Descendimiento de Cristo a los infiernos* a falta de título original. De ambas ofrecemos a continuación la versión completa.

El título de «Evangelio de Nicodemo» no es original. Sólo aparece en algunos manuscritos latinos a partir del siglo X, y todo hace pensar que fue introducido al ser ensambladas las *Actas* y el *Descendimiento* —anteriormente independientes entre sí— en una sola narración apócrifa, cosa que muy bien pudo ocurrir en la época carolingia.

PARTE I («ACTA PILATI»)

Las *Actas de Pilato* constan de 16 capítulos en los que se describe el prendimiento y crucifixión de Jesús (c.1-11), así como los debates a que dio lugar el hecho de la resurrección entre las autoridades judías (c.12-16), con un fin claramente apologético: demostrar la divinidad de Cristo.

La antigüedad de este apócrifo ha sido y continúa siendo objeto de no pocas discusiones. No cabe duda de que, según el testimonio de San Justino en una de sus apologías escrita hacia el año 150

(*Apol.* 1,35), existían en el siglo II unas *Actas de Poncio Pilato*, de las que se sirvió este escritor para confirmar el hecho de la división de las vestiduras de Jesús entre los soldados después de la crucifixión, según narran los evangelios canónicos, y que figura también en las *actas* que han llegado hasta nosotros (v.c.X,1). Algo más tarde menciona Tertuliano en su *Apologeticum* (c.XXI), escrito hacia el año 200, una relación que hizo Pilato al césar Tiberio acerca de la pasión de Jesús. Esta *relación* parece, sin embargo, estar más en consonancia con alguna de las narraciones que incluimos a continuación en la rúbrica B) *Escritos complementarios* que en las actas que nos ocupan. Finalmente es seguro, según el testimonio de Eusebio de Cesarea (*Historia Ecclesiastica* I, 9,3,51), que hacia el año 311 o 312, bajo el imperio de Maximino Daza, circularon unas *Actas de Pilato* calumniosas en extremo para Jesús, que fueron inmediatamente rebatidas por otras *Actas o Memorias del Salvador*, de cuño cristiano, recordadas por Epifanio (*Haer.* L,1) hacia el año 376. Ecos de esta controversia parecen descubrirse en el c.II de las actas que nos ocupan, en que tan ampliamente se discute la acusación lanzada por los ancianos de los judíos contra Jesús de ser «hijo de fornicación».

Los testimonios aludidos no bastan naturalmente para identificar con certeza las actas de Pilato que han llegado hasta nosotros con las que existieron en el siglo II, pero hacen verosímil la hipótesis de que aquéllas bien pueden ser una reelaboración de éstas en el amplio sentido de la palabra. Que el origen de esta reelaboración no es posterior al siglo V viene además refrendado por la tradición manuscrita, alguno de cuyos testimonios —por ejemplo, el palimpsesto latino de Viena [Vindob. 563]— se remonta con toda probabilidad a esta época.

La lengua original de este escrito fue sin duda alguna la griega, a pesar de que en el prólogo —para reivindicar su antigüedad— se haga mención de la hebrea. Actualmente se conservan en numerosos manuscritos dos redacciones distintas del texto griego: una larga, de la que ofrecemos aquí la versión castellana, y otra breve, que parece haberse derivado de la primera, y, en consecuencia, resulta mucho menos interesante.

Además del texto original, se conservan numerosas versiones antiguas en diversas lenguas (latina, copta, siríaca, armenia, aramea, georgiana, eslava, etc.), que testifican la enorme difusión de las *Actas de Pilato* desde los tiempos más remotos.

PARTE II («DESCENSUS CHRISTI AD INFEROS»)

Consta este escrito de 11 capítulos en los que se intenta corroborar la verdad de la resurrección aduciendo el testimonio de dos hijos de Simeón (la versión latina les da los nombres de Leucio y Karino), quienes afirman haber resucitado juntamente con Jesús y describen la entrada triunfante de éste en los infiernos. Este tema está ya insinuado en diversas partes del Nuevo Testamento (por ejemplo, 1 Pe 3,18ss), pero aquí es desarrollado ampliamente con un colorido y un dramatismo que recuerda al *Evangelio de Bartolomé* que insertamos después.

Como insinuamos antes, el *Descensus* tuvo vida propia antes de ser añadido como segunda parte a las *Actas de Pilato* y constituir así en época posterior el «*Evangelio de Nicodemo*». Sobre su origen, sin embargo, bien poco sabemos. Son muchas las analogías que algunos de los temas aquí esbozados ofrecen con la literatura gnóstica y apocalíptica de los primeros siglos, sin que esto permita fijar una fecha concreta de composición. De lo que no cabe duda es del influjo enorme que ha ejercido este apócrifo en la iconografía oriental, debido a que su texto (o partes de él) fue utilizado como lectura obligada en la liturgia pascual.

Ofrecemos a continuación la traducción castellana de la única redacción griega que ha llegado hasta nosotros y la de la versión latina B (según Tischendorf), que —además de presentar características muy peculiares— fue el punto de partida para la difusión de esta narración apócrifa en Occidente.

Textos griegos y latinos: Tischendorf, 210-432; H. C. KIM, *The Gospel of Nicodemus* [cod. Einsidl. 326] (Toronto 1973); SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 388-465.

Bibliografía: M. VANDONI-T. ORLANDI, *Vangelo di Nicodemo*, I-II (Milán 1966); A. VAILLANT, *L'Évangile de Nicodème* (Ginebra-París 1968); S. BROCK, «A Fragment of the Acta Pilati in Christian Palestinian Aramaic»: *Journal of Theol. Studies* 22 (1971) 157ss; G. PHILIPPART, «Fragments palimpsestes latins du Vindobonensis 563»: *Analecta Bollandiana* 90 (1972) 391-411; W. SPEYER, «Neue Pilatus-Apokryphen»: *Vigiliae Christianae* 32 (1978) 53-59; McNamara, 68-69; Wilson, 337; Craveri, 299-377; Erbetta, I/2, 231-290; Moraldi, I, 519-537; Starowieski, 420-460; Stegmüller-Reinhardt, 141-147; SANTOS OTERO, *Die handschriftliche...*, II, 61-98; F. SCHEIDWEILER, en *Schneemelcher*, I, 395-422; C. KURCIK'DZE, *La version géorgienne du livre apocryphe de Nicodème* (Tiflis 1985); Geerard, 42-46.

ACTAS DE PILATO

PARTE I

MEMORIAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO COMPUSTAS EN TIEMPO DE PONCIO PILATO

Prólogo

Yo Ananías, protector, de rango pretoriano, legisperito, vine por medio de las divinas Escrituras en conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo y me acerqué a Él por la fe, y se me permitió recibir el santo bautismo; ahora bien, después de seguir la pista a las memorias relativas a Nuestro Señor Jesucristo que se hicieron en aquella época, y que los judíos dejaron en depósito a Poncio Pilato, las encontré escritas como estaban en hebreo, y con el beneplácito divino las traduje al griego, para conocimiento de todos los que invocan el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, durante el reinado de Flavio Teodosio, nuestro señor, en el año 17, y sexto de Flavio Valentino, en la indicación novena.

Todos, pues, cuantos leáis y trasladéis esto a otros libros, acordaos y pedid por mí para que el Señor sea piadoso conmigo y me perdone los pecados que he cometido contra él.

Paz a los lectores y a los oyentes y a sus servidores. Amén.

En el año decimoquinto del gobierno de Tiberio César, emperador de los romanos; en el año decimonono del gobierno de Herodes, rey de Galilea; en el día octavo de las calendas de abril, correspondiente al día 25 de marzo; durante el consulado de Rufo y Rubelión; en el año cuarto de la olimpiada 202; siendo a la sazón sumo sacerdote de los judíos José Caifás. Todo lo que narró Nicodemo a raíz del tormento de cruz y de la pasión del Señor, lo transmitió a los príncipes de los sacerdotes y a los demás judíos después de haberlo redactado él mismo en hebreo.

I

1. Después de haberse reunido en consejo los príncipes de los sacerdotes y los escribas, Anás y Caifás y Semes y Dothaim y Gamaliel, Judas, Leví y Neftalí, Alejandro y Jairo y los restantes de entre los judíos, se presentaron ante Pilato acusando a Jesús de muchas fechorías, diciendo: «Sabemos que éste es hijo de José el carpintero y que nació de María, y se llama a sí mismo hijo de Dios y rey; además profana el sábado y aun pretende abolir la ley de nuestros padres». Les dijo Pilato: «¿Y qué es lo que hace y lo que pretende abolir?» Dijeron los judíos: «Tenemos una ley que prohíbe curar a alguien en sábado; pues bien, éste, sirviéndose de malas artes, ha curado en sábado a cojos, jorobados, impedidos, ciegos, paralíticos, sordos y endemoniados». Les dijo Pilato: «¿Por qué clase de malas artes?» Ellos dijeron: «Es un mago; por virtud de Beelzebú, príncipe de los demonios, expulsa a éstos y todos se le someten». Les dijo Pilato: «Esto no es echar los demonios por virtud de un espíritu inmundo, sino por virtud del dios Esculapio».

2. Dijeron los judíos a Pilato: «Rogamos a tu majestad que sea presentado ante tu tribunal para que pueda ser oído». Les llamó entonces Pilato y les dijo: «Decidme vosotros a mí cómo yo, que soy un mero gobernador, voy a someter a interrogatorio a todo un rey». Ellos respondieron: «Nosotros no decimos que sea rey, sino que se da a sí mismo ese título». Pilato llamó entonces al mensajero para decirle: «Séame presentado aquí Jesús con toda deferencia». Salió, pues, el mensajero y, nada más identificarle, le adoró; cogió después el manto que llevaba en su mano y lo extendió en el suelo, diciendo: «Señor, pasa por encima y entra, que te llama el gobernador». Viendo los judíos lo que había hecho el mensajero, levantaron el grito contra Pilato, diciendo: «¿Por qué te has servido de un mensajero para hacerle entrar, y no de un simple pregonero? Sábete que el mensajero nada más verle le ha adorado y ha extendido su manto sobre el suelo, haciéndole caminar por encima como si fuera un rey».

3. Mas Pilato llamó al mensajero y le dijo: «Por qué has hecho esto y has extendido tu manto sobre el suelo, haciendo pasar por encima a Jesús?» Respondió el mensajero: «Señor gobernador, cuando me enviaste a Jerusalén al lado de Alejandro le vi sentado sobre un asno y los niños de los hebreos iban clamando con ramos en sus manos, mientras otros extendían sus vestiduras en el suelo diciendo:

Sálva[nos], tú que estás en las alturas; bendito el que viene en el nombre del Señor».

4. Los judíos entonces comenzaron a gritar y dijeron al mensajero: «Los muchachos hebreos clamaban en su lengua, ¿cómo, pues, te has enterado de su equivalencia en griego?» El mensajero les contestó: «Pregunté a uno de los judíos y le dije: ¿Qué es lo que gritan en hebreo? Y él me lo tradujo». Les dijo Pilato: «¿Cómo suena en hebreo lo que ellos decían a grandes voces?» Respondieron los judíos: «Hosanna membrome; baruchamma; adonai». Les dijo entonces Pilato: «¿Y qué significa hosanna y lo demás?» Respondieron los judíos: «Sálva[nos], tú que estás en las alturas; bendito el que viene en el nombre del Señor». Les dijo Pilato: «Si vosotros mismos dais testimonio de las voces que salieron de la boca de los muchachos, ¿en qué ha faltado el mensajero?» Ellos callaron. Dijo entonces el gobernador al mensajero: «Sal e introducele de la manera que te plazca». Salió, pues, el mensajero e hizo lo mismo que la vez anterior, diciendo a Jesús: «Señor, entra; el gobernador te llama».

5. Pero en el momento en que entraba Jesús, mientras los abanderados sostenían los estandartes, los bustos de éstos se inclinaron y adoraron a Jesús. Los judíos que vieron la actitud de los estandartes, cómo se habían inclinado y adorado a Jesús, comenzaron a gritar desaforadamente contra los abanderados. Mas Pilato les dijo: «No os causa admiración el ver cómo se han inclinado los bustos y han adorado a Jesús?» Respondieron los judíos a Pilato: «Nosotros mismos hemos visto cómo los abanderados los han inclinado y le han adorado». El gobernador llamó entonces a los abanderados y les dijo: «¿Por qué habéis obrado así?» Ellos respondieron a Pilato: «Nosotros somos griegos y servidores de las divinidades, ¿cómo, pues, íbamos a adorarle? Sábete que, mientras estábamos sosteniendo los bustos, éstos por sí mismos se inclinaron y le adoraron».

6. Dijo entonces Pilato a los archisinagogos y ancianos del pueblo: «Escoged vosotros mismos unos cuantos varones forzudos y robustos; que ellos sostengan los estandartes y veamos si éstos se inclinan por sí mismos». Tomaron, pues, los ancianos de los judíos doce hombres forzudos y robustos, a quienes obligaron a sostener los estandartes en grupos de seis, y quedaron en pie ante el tribunal del gobernador. Dijo entonces Pilato al mensajero: «Sácale fuera del pretorio e introducele de nuevo de la manera que te plazca». Y salió Jesús del pretorio acompañado del mensajero. Llamó entonces Pilato a los que anteriormente sostenían los bustos y les dijo: «He jura-

do por la salud del César que, si no se doblegan los estandartes a la entrada de Jesús, os cortaré las cabezas». Y ordenó de nuevo el gobernador que entrara Jesús. El mensajero observó la misma conducta que al principio y rogó encarecidamente a Jesús que pasara por encima de su manto. Y caminó sobre él y penetró dentro. Mas en el momento de entrar se doblegaron de nuevo los estandartes y adoraron a Jesús.

II

1. Cuando vio esto Pilato, se llenó de miedo y se dispuso a dejar el tribunal. Pero, mientras estaba aún pensando en levantarse, su mujer le envió esta misiva: «No te metas para nada con ese justo, pues durante la noche he sufrido mucho por su causa». Pilato entonces llamó a todos los judíos y les dijo: «¿Sabéis que mi mujer es piadosa y que propende más bien a secundaros en vuestras costumbres judías?» Ellos dijeron: «Sí; lo sabemos». Les dijo Pilato: «Pues bien, mi mujer acaba de enviarme este recado: No te metas para nada con ese justo, pues durante la noche he sufrido mucho por su causa». Pero los judíos respondieron a Pilato diciendo: «¿No te hemos dicho que es un mago? Sin duda ha enviado un sueño químérico a tu mujer».

2. Pilato llamó entonces a Jesús y le dijo: «¿Cómo es que éstos dan testimonio contra ti? ¿No dices nada?» Jesús respondió: «Si no tuvieran poder para ello, nada dirían, pues cada uno es dueño de su boca para hablar cosas buenas y malas; ellos verán».

3. Mas los ancianos de los judíos respondieron diciendo a Jesús: «¿Qué es lo que nosotros vamos a ver? Primero, que tú has venido al mundo por fornicación; segundo, que tu nacimiento en Belén trajo como consecuencia una matanza de niños; tercero, que tu padre José y tu madre María huyeron a Egipto por encontrarse cohibidos entre el pueblo».

4. Dijeron entonces algunos de los allí presentes, que eran judíos piadosos: «Nosotros no estamos conformes con que ha nacido de fornicación, sino que sabemos que José se desposó con María y que no ha sido engendrado fornicariamente». Dijo Pilato a los judíos que afirmaban su origen fornicario: «No es verdad esto que decís, puesto que se celebraron los espousales, según vuestros mismos compatriotas afirman». Dijeron entonces Anás y Caifás a Pilato:

«Todos en masa estamos dando voces y no se nos cree el que haya nacido de fornicación; éstos son prosélitos y discípulos suyos». Llamó Pilato a Anás y a Caifás y les dijo: «¿Qué significa la palabra *prosélitos?*» Ellos respondieron: «Que nacieron de padres griegos y ahora se han hecho judíos». A lo que repusieron los que afirmaban que [Jesús] no había nacido de fornicación (esto es: Lázaro, Asterio, Antonio, Santiago, Amnes, Zeras, Samuel, Isaac, Finees, Crispo, Agripa y Judas): «Nosotros no hemos nacido prosélitos, sino que somos hijos de judíos, y decimos la verdad, pues nos encontramos presentes en los esponsales de José y de María».

5. Llamó Pilato a estos doce que afirmaban no haber nacido [Jesús] de fornicación, y les dijo: «Os conjuro por la salud del César, decidme, ¿es verdad lo que habéis afirmado, que no ha nacido de fornicación?» Ellos respondieron: «Nosotros tenemos una ley que prohíbe jurar, porque es pecado; dejá que éstos juren por la salud del César que no es verdad lo que acabamos de decir, y somos reos de muerte». Dijo entonces Pilato a Anás y Caifás: «¿Nada respondéis a esto?» Ellos replicaron: «Tú das crédito a estos doce que afirman el nacimiento legítimo [de Jesús]; mientras tanto, todos en masa estamos diciendo a voces que es hijo de fornicación, que es mago y que se llama a sí mismo Hijo de Dios».

6. Mandó entonces Pilato que saliera toda la multitud, exceptuados los doce que negaban el origen fornicario, y ordenó que Jesús fuera separado. Después les dijo: «¿Por qué razón quieren darle muerte?» Ellos respondieron: «Le tienen envidia porque cura en sábado». A lo que replicó Pilato: «¿Y por una obra buena quieren matarle?»

III

1. Y, lleno de ira, salió fuera del pretorio y les dijo: «Pongo por testigo al sol de que no encuentro culpa alguna en este hombre». Respondieron los judíos y dijeron al gobernador: «Si no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado». Y dijo Pilato: «Tomaos vosotros y juzgadle según vuestras leyes». Dijeron entonces los judíos a Pilato: «A nosotros no nos está permitido matar a nadie». A lo que repuso Pilato: «A vosotros sí que os prohibió Dios matar, pero ¿y a mí?»

2. Y, entrando de nuevo Pilato en el pretorio, llamó a Jesús por separado y le dijo: «¿Tú eres el rey de los judíos?» Respondió Jesús: «¿Dices esto por cuenta propia o te lo han dicho otros acerca de

mí?» Pilato replicó: «¿Pero es que soy yo acaso también judío? Tu pueblo y los pontífices te han puesto en mis manos, ¿qué es lo que has hecho?» Respondió Jesús: «Mi reino no es de este mundo, pues, de lo contrario, mis servidores hubieran luchado para que no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí». Dijo entonces Pilato: «¿Luego tú eres rey?» Respondió Jesús: «Tú dices que yo soy rey; pues para esto he nacido y he venido al mundo, para que todo el que es de la verdad oiga mi voz». Le dijo Pilato: «¿Qué es la verdad?» Respondió Jesús: «La verdad proviene del cielo». Dijo Pilato: «¿No hay verdad sobre la tierra?» Y respondió Jesús a Pilato: «Estás viendo cómo son juzgados los que dicen la verdad por los que ejercen el poder sobre la tierra».

IV

1. Y, dejando a Jesús en el interior del pretorio, salió Pilato hacia los judíos y les dijo: «Yo no encuentro culpa alguna en él». Replicaron los judíos: «Éste ha dicho: Yo soy capaz de destruir este templo y reedificarlo en tres días». Dijo Pilato: «¿Qué templo?» Respondieron los judíos: «Aquel que edificó Salomón en cuarenta y seis años, éste dice que lo va a destruir y reedificar en el término de tres días». Dijo Pilato: «Soy inocente de la sangre de este justo; vosotros veréis». Y dijeron los judíos: «Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

2. Pilato entonces llamó a los ancianos, a los sacerdotes y a los levitas y les dijo en secreto: «No obréis así, pues ninguna de vuestras acusaciones merece la muerte, ya que éstas se refieren a las curaciones y a la profanación del sábado». Respondieron los ancianos, sacerdotes y levitas: «Si uno blasfema contra el César, ¿es digno de la muerte o no?» Les dijo Pilato: «Digno es de la muerte». Dijeron los judíos: «Pues si uno por blasfemar contra el César es digno de la muerte, sábete que éste ha blasfemado contra Dios».

3. Mandó después el gobernador que salieran los judíos del pretorio, y, llamando a Jesús, le dijo: «¿Qué voy a hacer contigo?» Respondió Jesús: «Obra como te ha sido dado». Dijo Pilato: «¿Y cómo me ha sido dado?» Respondió Jesús: «Moisés y los profetas hablaron acerca de mi muerte y de mi resurrección». Los judíos y los oyentes preguntaron entonces a Pilato diciendo: «¿Para qué has de seguir oyendo esta blasfemia?» Respondió Pilato: «Si estas palabras son

blasfemias, prendedle vosotros por blasfemia, llevadle a vuestra sinagoga y juzgadle según vuestra ley». Replicaron los judíos: «Está escrito en nuestra ley que, si un hombre pecha contra otro hombre, merece recibir cuarenta azotes menos uno; pero que, si uno blasfema contra Dios, debe ser lapidado».

4. Les dijo Pilato: «Tomadle por vuestra cuenta y castigadle como queráis». Replicaron los judíos: «Nosotros queremos que sea crucificado». Repuso Pilato: «No merece la crucifixión».

5. Echó entonces el gobernador una mirada en derredor suyo sobre las turmas de judíos que estaban presentes, y, al ver que muchos lloraban, exclamó: «No toda la multitud quiere que muera». Dijeron los ancianos de los judíos: «Para esto hemos venido todos en masa, para que muera». Les preguntó Pilato: «¿Y por qué va a morir?» Respondieron los judíos: «Porque se llamó a sí mismo Hijo de Dios y rey».

V

1. Mas cierto judío por nombre Nicodemo se puso ante el gobernador y le dijo: «Te ruego, bondadoso como eres, me permitas decir unas palabras». Respondió Pilato: «Habla». Y dijo Nicodemo: «Yo he hablado en estos términos a los ancianos, a los levitas y a la multitud entera de Israel reunida en la sinagoga: ¿Qué pretendéis hacer con este hombre? Él obra muchos milagros y portentos que ningún otro fue ni será capaz de hacer. Dejadle en paz y no maquinéis nada contra él: si sus prodigios tienen origen divino, permanecerán firmes; pero si tienen origen humano se disiparán. Pues también Moisés, cuando fue enviado de parte de Dios a Egipto, hizo muchos prodigios, señalados previamente por Dios, en presencia del Faraón, rey de Egipto. Y estaban allí unos hombres al servicio del Faraón, Jamnes y Jambres, quienes obraron a su vez no pocos prodigios como los de Moisés, y los habitantes de Egipto tenían por dioses a Jamnes y a Jambres. Mas, como sus prodigios no provenían de Dios, perecieron ellos y los que les daban crédito. Y ahora dejad libre a este hombre, pues no es digno de muerte».

2. Dijeron entonces los judíos a Nicodemo: «Tú te has hecho discípulo suyo y así hablas en su favor». Les dijo Nicodemo: «Pero ¿es que también el gobernador se ha hecho discípulo suyo y habla en su defensa? ¿No le ha puesto el César en esta dignidad?» Estaban

los judíos rabiosos y hacían rechinar sus dientes contra Nicodemo. Les dijo Pilato: «¿Por qué hacéis crujir vuestros dientes contra él al oír la verdad?» Dijeron los judíos a Nicodemo: «Para ti su verdad y su parte». Dijo Nicodemo: «Amén, amén; sea para mí como habéis dicho».

VI

1. Mas uno de los judíos se adelantó y pidió la palabra al gobernador. Éste le dijo: «Si algo quieres decir, dilo». Y el judío habló así: «Yo estuve treinta y ocho años echado en una litera, lleno de dolores. Cuando vino Jesús, muchos que estaban endemoniados y sujetos a diversas enfermedades fueron curados por Él. Entonces se compadecieron de mí unos jóvenes y, cogiéndome con litera y todo, me llevaron hasta Él. Jesús, al verme, se compadeció de mí y me dijo: Toma tu camilla y anda. Y tomé mi camilla y me puse a andar». Dijeron entonces los judíos a Pilato: «Pregúntale qué día era cuando fue curado». Y dijo el interesado: «Era en sábado». Dijeron los judíos: «¿No te habíamos informado ya de que curaba en sábado y echaba demonios?»

2. Otro judío se adelantó y dijo: «Yo era ciego de nacimiento, oía voces, pero no veía a nadie, y, al pasar Jesús, grité a grandes voces: Hijo de David, apiádate de mí. Y se compadeció de mí, impuso sus manos sobre mis ojos y recobré en seguida la vista». Y otro judío se adelantó y dijo: «Estaba encorvado y me enderezó con una palabra». Y otro dijo: «Había contraído la lepra y me curó con una palabra».

VII

Y cierta mujer llamada Bernice (Verónica) empezó a gritar desde lejos, diciendo: «Encontrándome enferma con flujo de sangre, toqué la fimbria de su manto y cesó la hemorragia, que había tenido doce años consecutivos». Dijeron los judíos: «Hay un precepto que prohíbe presentar como testigo a una mujer».

VIII

Y algunos otros, multitud de varones y de mujeres, gritaban diciendo: «Este hombre es profeta y los demonios se le someten».

Dijo Pilato a los que esto afirmaban: «¿Por qué no se le han sometido también vuestros maestros?» Ellos respondieron: «No sabemos». Otros afirmaron que había resucitado del sepulcro a Lázaro, difunto de cuatro días. Lleno entonces de miedo el gobernador, dijo a toda la multitud de judíos: «¿Por qué os empeñáis en derramar sangre inocente?»

IX

1. Y después de llamar a Nicodemo y a aquellos doce varones que afirmaban el origen limpio [de Jesús], les dijo: «¿Qué debo hacer, pues se está fraguando un alboroto entre el pueblo?» Le dijeron: «Nosotros no sabemos; ellos verán». Convocó de nuevo Pilato a toda la multitud de judíos y les dijo: «Sabéis que tengo la costumbre de soltar un encarcelado en la fiesta de los Ázimos. Pues bien, está preso en la cárcel y condenado un asesino llamado Barrabás, y tengo además a este Jesús que está en vuestra presencia, contra el cual no encuentro culpa alguna. ¿A quién queréis que os suelte? Ellos gritaron: «A Barrabás». Les dijo Pilato: «¿Qué haré, pues, de Jesús, el llamado Cristo?» Respondieron los judíos: «¡Sea crucificado!» Y algunos de entre ellos dijeron: «No eres amigo del César si sueltas a éste, porque se ha llamado a sí mismo Hijo de Dios y rey; según esto, quieras a éste por rey y no al César».

2. Pilato entonces, encolerizado, dijo a los judíos: «Vuestra raza es revoltosa por naturaleza y hacéis frente a vuestros bienhechores». Dijeron los judíos: «¿A qué bienhechores?» Respondió Pilato: «Vuestro Dios os sacó de Egipto, librándoos de una cruel esclavitud; os mantuvieron incólumes a través del mar como a través de la tierra, os alimentó con maná en el desierto y os dio codornices, os abrevó con agua sacada de una roca y os dio una ley, y, después de todo esto, vosotros encolerizasteis a vuestro Dios, fuisteis tras un becerro fundido, exasperasteis a vuestro Dios y Él se disponía a exterminaros; pero intercedió Moisés por vosotros y no fuisteis entregados a la muerte. Y ahora me denunciáis a mí por odiar al emperador».

3. Y, levantándose del tribunal, se disponía a salir. Pero empezaron a gritar los judíos, diciendo: «Nosotros reconocemos por rey al César y no a Jesús. Pues, además, los magos vinieron a ofrecerle dones traídos del Oriente como a [su] rey; y cuando Herodes se enteró por estos personajes de que había nacido un rey, intentó acabar con

él. Pero vino en conocimiento de ello su padre José y le tomó juntamente con su madre y huyeron todos a Egipto. Y cuando se enteró de esto Herodes, exterminó a los niños de los hebreos que habían nacido en Belén».

4. Cuando Pilato oyó estas palabras, temió, y después de imponer silencio a las turmas, pues estaban gritando, les dijo: «De manera que es éste aquel a quien Herodes buscaba?» Respondieron los judíos: «Sí, éste es». Entonces tomó agua Pilato y lavó sus manos cara al sol, diciendo: «Soy inocente de la sangre de este justo; vosotros veréis». Y de nuevo comenzaron a gritar los judíos: «Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

5. Entonces mandó Pilato que fuera corrido el velo del tribunal donde estaba sentado y dijo a Jesús: «Tu pueblo te ha desmentido como rey. Por eso he decretado que en primer lugar seas flagelado, de acuerdo con la antigua costumbre de los reyes piadosos, y que después seas colgado de la cruz en el huerto donde fuiste apresado. Y Dimas y Gestas, ambos malhechores, serán crucificados juntamente contigo».

X

1. Salió, pues, Jesús del pretorio, acompañado de los dos malhechores. Y, en llegando al lugar convenido, le despojaron de sus vestiduras, le ciñeron un lienzo y le pusieron alrededor de las sienes una corona de espinas. A los dos malhechores les colgaron de manera semejante. Mientras tanto, Jesús decía: «Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen». Y se repartieron los soldados sus vestiduras, y todo el pueblo estaba de pie contemplándolo. Y se burlaban de Él los pontífices, lo mismo que los jefes, diciendo: «A otros salvó; salvese, pues, a sí mismo; si éste es Hijo de Dios, que baje de la cruz». Los soldados, a su vez, se acercaban haciéndole burla y ofreciéndole vinagre mezclado con hiel, mientras decían: «Tú eres el rey de los judíos; salvate a ti mismo». Y, después de proferir la sentencia, mandó [el gobernador] que a manera de título se escribiera encima [de la cruz] su acusación en griego, latín y hebreo, de acuerdo con lo que habían dicho los judíos: «Es rey de los judíos».

2. Y uno de aquellos ladrones que habían sido colgados le dijo así: «Si tú eres el Cristo, salvate a ti mismo y a nosotros». Mas Dimas, por respuesta, le increpaba diciendo: «¿Tú no temes para nada

a Dios, aun estando en la misma condenación? Y a nosotros ciertamente bien nos está, pues recibimos la justa recompensa de nuestras obras; pero éste nada de malo ha hecho». Y decía: «Acuédate de mí, Señor, en tu reino». Y le dijo Jesús: «En verdad, en verdad te digo que hoy vas a estar contigo en el paraíso».

XI

1. Era como la hora de sexta, cuando se cernieron las tinieblas sobre la tierra hasta la hora de nona por haberse oscurecido el sol; y el velo del templo se rasgó por la mitad. Jesús entonces dio una gran voz y dijo: «Padre, baddach efkid ruel», que significa: «En tus manos encomiendo mi espíritu». Y, en diciendo esto, entregó su alma. Al ver el centurión lo ocurrido, alabó a Dios diciendo: «Este hombre era justo». Y todas las turbas que asistían al espectáculo, al contemplar lo ocurrido, se volvían golpeándose el pecho.

2. El centurión, por su parte, refirió al gobernador lo acaecido. Éste, al oírlo, se contristó, lo mismo que su mujer, y ambos pasaron todo aquel día sin comer ni beber. Después Pilato hizo llamar a los judíos y les dijo: «¿Habéis visto lo que ha ocurrido?» Mas ellos respondieron: «Ha sido un simple eclipse de sol, como de ordinario».

3. Mientras tanto, sus conocidos estaban a lo lejos; y las mujeres que le habían acompañado desde Galilea estaban contemplando todo esto. Mas había un hombre llamado José, senador, oriundo de Arimatea, el cual esperaba el reino de Dios. Éste, pues, se acercó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Después fue a descolgar el cadáver, lo envolvió en una sábana limpia y lo depositó en un sepulcro tallado en piedra que estaba aún sin estrenar.

XII

1. Cuando los judíos oyeron decir que José había pedido el cuerpo de Jesús, comenzaron a buscarle a él, así como también a aquellos que habían declarado que Jesús no había nacido de fornicación, a Nicodemo y a muchos otros que se habían presentado ante Pilato para dar a conocer sus buenas obras. Y, habiéndose escondido todos, sólo apareció Nicodemo, porque era varón principal entre los judíos. Les dijo, pues, Nicodemo: «¿Cómo habéis entrado en la sin-

goga?» Respondieron los judíos: «¿Y tú? ¿Cómo has entrado en la sinagoga? Puesto que eres su cómplice, sea también su parte contigo en el siglo venidero». Y dijo Nicodemo: «Sea así, sea así». José, a su vez, se presentó de manera parecida y les dijo: «¿Por qué os habéis apesadumbrado contra mí por haber reclamado el cuerpo de Jesús? Pues sabed que lo he depositado en mi sepulcro nuevo, después de haberlo envuelto en una sábana blanca, y que he hecho correr la piedra sobre la entrada de la gruta. Mas vosotros no os portasteis bien con el justo aquel, puesto que, no contentos con crucificarle, le traspasasteis también con una lanza». Los judíos entonces detuvieron a José y mandaron que fuera puesto a buen recaudo hasta el primer día de la semana. Después le dijeron: «Bien sabes que lo avanzado de la hora no nos permite hacer nada contra ti, pues el sábado está ya amaneciendo; pero sábete que ni siquiera se te hará la gracia de darte sepultura, sino que expondremos tu cuerpo a las aves del cielo». Repuso José: «Esta manera de hablar es la del soberbio Goliat, que injurió al Dios vivo y al santo David. Pues dijo el Señor por medio del profeta: A mí me corresponde la venganza y yo retribuiré, dice el Señor. Y poco ha, uno que es incircunciso según la carne, pero circunciso de corazón, tomó agua, se lavó las manos cara al sol y dijo: Soy inocente de la sangre de este justo; vosotros veréis. Mas vosotros respondisteis a Pilato: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Ahora, pues, temo no vaya a venir la ira del Señor sobre vosotros y sobre vuestros hijos, como dijisteis». Al oír los judíos estas palabras, se llenaron de rabia en su corazón, y, después de echar mano a José, lo detuvieron y encerraron en una casa donde no había ventana alguna; después sellaron la puerta tras la que estaba encerrado José y quedaron junto a ella unos guardianes.

2. Y el sábado dieron una disposición los archisinagogos, los sacerdotes y los levitas para que al día siguiente se encontraran todos en la sinagoga. Y, muy de madrugada, la multitud entera se puso a deliberar qué clase de muerte habían de darle. Y estando sentado el consejo, ordenaron que se le hiciera comparecer con gran deshonra. Y abrieron la puerta, mas no lo encontraron. Quedó, pues, el pueblo fuera de sí y se llenaron de admiración al encontrar los sellos intactos [y ver] que la llave estaba en poder de Caifás. Con lo cual no se atrevieron a poner sus manos sobre los que habían hablado ante Pilato en defensa de Jesús.

XIII

1. Y mientras estaban aún sentados en la sinagoga, llenos de admiración por lo de José, vinieron algunos de los guardianes, aquellos a quienes habían encomendado los judíos de parte de Pilato la custodia del sepulcro de Jesús, no fuera que vinieran sus discípulos y le sustrajeran. Y fueron a dar cuenta a los archisinagogos, a los sacerdotes y a los levitas diciéndoles lo sucedido; esto es, cómo «sobrevino un terremoto y vimos un ángel que bajaba del cielo, el cual retiró la piedra de la boca de la gruta, sentándose después sobre ella. Y brilló como nieve y como relámpago. Con lo que nosotros, llenos de miedo, quedamos como muertos. Entonces oímos la voz del ángel que hablaba a las mujeres que se encontraban junto al sepulcro: No tengáis miedo, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí; resucitó como había dicho; venid, ved el lugar donde yacía el Señor. Y ahora id rápidamente y decid a sus discípulos que resucitó de entre los muertos y que está en Galilea».

2. Dijeron entonces los judíos: «¿A qué mujeres hablaba?» Respondieron los de la guardia: «No sabemos quiénes eran». Dijeron los judíos: «¿A qué hora tenía esto lugar?» Respondieron los de la guardia: «A medianoche». Dijeron los judíos: «¿Y por qué no las detuvisteis?» Respondieron los de la guardia: «Quedamos como muertos por el miedo, no esperando poder ver la luz del día, ¿cómo íbamos a echarles mano?» Dijeron los judíos: «Vive Dios que no os damos fe». Replicaron entonces los de la guardia: «Tantas señales visteis en aquel hombre y no le creísteis, ¿cómo vais a darnos crédito a nosotros? Y con razón habéis jurado por la vida del Señor, pues Él vive también». Y añadieron los de la guardia: «Hemos oído decir que encerrasteis a aquel que reclamó el cuerpo de Jesús, sellando la puerta, y que al abrir no le habéis encontrado. Entregad, pues, vosotros a José, y nosotros entregaremos a Jesús». Dijeron los judíos: «José marchó a su ciudad». Y replicaron los de la guardia: «También Jesús resucitó, como hemos oído al ángel, y está en Galilea».

3. Y al oír los judíos estas palabras cobraron miedo y dijeron: «No vaya a ser que esto se propague y todos se inclinen ante Jesús». Y, convocado el consejo, hicieron un depósito de mucho dinero, y se lo dieron a los soldados, diciendo: «Decid: Mientras nosotros dormíamos vinieron sus discípulos de noche y se lo llevaron. Y si esto llega a oídos del gobernador, nosotros le persuadiremos y os librare-

mos de toda responsabilidad». Ellos lo cogieron y hablaron de la manera que se les había indicado.

XIV

1. Mas un sacerdote llamado Finees, Adas, doctor, y Ageo, levita, bajaron de Galilea a Jerusalén y contaron a los archisinagogos, a los sacerdotes y a los levitas: «Hemos visto a Jesús en compañía de sus discípulos sentado en el monte llamado Mamilch, y decía a éstos: Id por todo el mundo y predicad a toda criatura; el que crea y sea bautizado, se salvará; pero el que no crea, será condenado. Y a los que hubieren creído les acompañarán estas señales: arrojarán demonios en mi nombre; hablarán en lenguas nuevas; cogerán serpientes; y, aunque bebiere alguna cosa capaz de producir la muerte, no les dañará; impondrán sus manos sobre los enfermos y éstos se sentirán bien. Y, cuando aún les estaba hablando, vimos que se iba elevando al cielo».

2. Dijeron los ancianos, los sacerdotes y los levitas: «Glorificad y confesad al Dios de Israel si es que habéis oído y visto lo que acabáis de decir». Dijeron los que habían hablado: «Vive el Señor Dios de nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob, que oímos esto y que le vimos al ser asumido al cielo». Dijeron los ancianos, los sacerdotes y los levitas: «¿Habéis venido a darnos cuenta de todo esto o a cumplir algún voto hecho a Dios?» Ellos respondieron: «A cumplir un voto hecho a Dios». Replicaron entonces los ancianos, los pontífices y los levitas: «Si habéis venido a cumplir un voto a Dios, ¿a qué vienen estas patrañas que habéis contado ante todo el pueblo?» Dijeron Finees, sacerdote; Adas, doctor, y Ageo, levita, a los archisinagogos y levitas: «Si estas palabras que hemos dicho, y de las que hemos sido testigos oculares, constituyen un pecado, aquí nos tenemos en presencia vuestra; haced con nosotros lo que parezca bueno ante vuestros ojos». Entonces ellos tomaron el libro de la ley y les hicieron jurar que no referirían a nadie estas cosas. Después les dieron de comer y de beber y les sacaron de la ciudad, no sin antes haberles provisto de dinero y haberles dado tres hombres que les acompañaran, quienes les reintegraron hasta los confines de Galilea. Y se marcharon en paz.

3. Y después de que se marcharon aquellos hombres a Galilea, se reunieron los pontífices, los archisinagogos y los ancianos en la

sinagoga, cerrando tras de sí la puerta, y daban grandes muestras de dolor, diciendo: «¿Es posible que haya tenido lugar este portento en Israel?» Entonces Anás y Caifás dijeron: «¿Por qué estáis alborotados? ¿Por qué lloráis? ¿O es que no sabéis que sus discípulos les han comprado con una buena cantidad de oro y les han dado instrucciones para que digan que un ángel del Señor ha bajado y ha removido la piedra de la entrada del sepulcro?» Mas los sacerdotes y ancianos dijeron: «Pase que los discípulos robaron su cuerpo; pero ¿cómo entró su alma en el cuerpo y está viviendo en Galilea?» Y ellos, en la imposibilidad de dar respuesta a estas cosas, dijeron por fin a duras penas: «No nos está permitido a nosotros dar crédito a unos incircuncisos».

XV

1. Mas se levantó Nicodemo y se puso de pie ante el consejo, diciendo: «Rectamente habláis. No desconocéis, ¡oh pueblo del Señor!, a los varones que han bajado de Galilea, hombres de recursos, temerosos de Dios, enemigos de la avaricia, amigos de la paz. Pues bien, ellos han dicho bajo juramento que han visto a Jesús en el monte Mamilch en compañía de sus discípulos, que estaba enseñando cuantas cosas habéis podido oír de su boca y que le han visto en el momento de ser asumido al cielo. Y nadie les preguntó en qué forma fue asumido. Pues, como nos enseñaba a nosotros, estaba contenido en el libro de las Sagradas Escrituras que Elías fue asumido al cielo y que Eliseo gritó fuertemente, con lo que Elías arrojó su capa sobre el Jordán, y así [Eliseo] pudo atravesar el río y llegar hasta Jericó. Salieron entonces a su encuentro los hijos de los profetas y le dijeron: Eliseo, ¿dónde está Elías, tu señor? Él respondió que había sido asumido al cielo. Y ellos dijeron a Eliseo: ¿No le habrá arrebatado el espíritu y lo habrá arrojado sobre alguno de los montes? Tomemos nuestros criados con nosotros y vayamos en su busca. Y convencieron a Eliseo, quien se marchó con ellos. Y anduvieron buscándole tres días enteros, sin encontrarle, por lo que conocieron que había sido asumido. Y ahora hacedme caso: enviemos una expedición por todos los confines de Israel y veamos si por ventura Cristo ha sido asumido por un espíritu y ha sido arrojado después en uno de estos montes». Agradó a todos esta proposición y enviaron una expedición por todos los confines de Israel en busca de Jesús y

no dieron con Él. A quien encontraron fue a José de Arimatea, pero nadie se atrevió a detenerle.

2. Y fueron a dar cuenta a los ancianos y a los sacerdotes y a los levitas, diciendo: «Hemos dado la vuelta por todos los confines de Israel y no hemos hallado a Jesús, pero sí que hemos encontrado a José en Arimatea». En oyendo hablar de José, los archisinagogos, los sacerdotes y los levitas se llenaron de alegría, dieron gloria a Dios y se pusieron a deliberar de qué manera podrían entrevistarse con José. Y tomaron un rollo de papel, en el que escribieron así a José: «La paz sea contigo; sabemos que hemos pecado contra Dios y contra ti. Y hemos rogado al Dios de Israel que te permita venir al encuentro de tus padres y de tus hijos. Pues sábete que todos nos hemos llenado de aflicción por no encontrarte al abrir la puerta. Y ahora nos damos cuenta de que habíamos tomado una perversa determinación contra ti; pero el Señor ha venido en tu ayuda y Él mismo se ha encargado de disipar nuestro mal propósito, honorable padre José».

3. Y escogieron de entre todo Israel siete varones amigos de José, a quienes éste mismo conocía, y les dijeron los archisinagogos, sacerdotes y levitas: «Mirad, si al recibir nuestra carta la leyere, sabed que vendrá en vuestra compañía hacia nosotros; pero, si no la leyere, entended que está molesto con nosotros, y, después de darle un ósculo de paz, volveos acá». Luego bendijeron a los emisarios y les despidieron. Llegaron, pues, éstos al lugar donde estaba José, y, haciéndole una reverencia, le dijeron: «La paz sea contigo». Y él dijo a su vez: «Paz a vosotros y a todo el pueblo de Israel». Ellos entonces le entregaron el volumen de la carta. José lo aceptó, lo leyó, besó la carta y bendijo a Dios, diciendo: «Bendito el Señor Dios, que ha librado a Israel de derramar sangre inocente, y bendito el Señor, que envió a su ángel y me cubrió bajo sus alas». Despues preparó la mesa y ellos comieron, bebieron y durmieron allí.

4. Al día siguiente se levantaron muy temprano e hicieron oración. Después aparejó su asna José y se puso en camino acompañado de aquellos hombres y vinieron a la ciudad santa de Jerusalén. Y el pueblo en masa salió al encuentro de José, gritando: «Entra en paz». Él dijo dirigiéndose a todo el pueblo: «Paz a vosotros». Y ellos le dieron un ósculo, poniéndose después en oración juntamente con José. Y quedaron todos fuera de sí al poder contemplar a éste. Nicodemo le hospedó en su casa e hizo en su honor una gran recepción, invitando a Anás, a Caifás, a los ancianos, a los sacerdotes y a los le-

vitias. Y se alegraron comiendo y bebiendo en compañía de José; y, después de entonar himnos, cada cual se fue a su casa. Mas José permaneció con Nicodemo.

5. Pero al día siguiente, que era viernes, madrugaron los archisínagogos, sacerdotes y levitas para ir a casa de Nicodemo. Éste les salió al encuentro y les dijo: «Paz a vosotros». Y ellos dijeron a su vez: «Paz a ti y a José, a toda tu casa y a toda la casa de José». Entonces él les introdujo en su domicilio. Estaba reunido el consejo en pleno, y José vino a sentarse en medio de Anás y de Caifás. Y nadie se atrevió a decirle una palabra. Entonces José dijo: «¿A qué obedece el que me hayáis convocado?» Ellos hicieron señas a Nicodemo para que hablara a José. Él entonces abrió su boca y le habló así: «Sabes que los venerables doctores, así como los sacerdotes y levitas, desean saber de ti una cosa». Y José dijo: «Preguntad». Entonces Anás y Caifás tomaron el libro de la ley y conjuraron a José, diciéndole: «Glorifica y confiesa al Dios de Israel. Sábete que Achar, al ser conjurado por el profeta Jesús, no perjuró, sino que le anunció todo y no le ocultó una sola palabra. Tú, pues, tampoco nos ocultes a nosotros ni una palabra». Y dijo José: «No os ocultaré una sola palabra». Entonces ellos le dijeron: «Experimentamos una gran contrariedad cuando pediste el cuerpo de Jesús y lo envolviste en una sábana limpia y lo pusiste en el sepulcro. Por esto te pusimos a buen recaudo en un recinto donde no había ventana alguna. Dejamos, además, selladas las puertas y cerradas con llave y quedaron unos guardianes custodiando [la prisión] donde estabas encerrado. Pero, cuando fuimos a abrir, el primer día de la semana, no te encontramos y nos afligimos en extremo y ha ido cundiendo el espanto sobre todo el pueblo de Dios hasta ayer. Ahora, pues, cuéntanos qué ha sido de ti».

6. Y dijo José: «El viernes, sobre la hora décima, me encerrasteis, y permanecí allí el sábado entero. Pero a medianoche, mientras estaba yo de pie en oración, la casa donde me dejasteis encerrado quedó suspendida de los cuatro ángulos y vi como un relámpago de luz ante mis ojos. Atemorizado entonces, caí en tierra. Pero alguien me tomó de la mano y me levantó del sitio donde había caído. Después sentí que se derramaba agua sobre mí desde la cabeza hasta los pies y vino a mis narices una fragancia de ungüento. Y aquel personaje desconocido me enjugó la cara, me dio un ósculo y me dijo: No temas, José; abre tus ojos y mira quién es el que te está hablando. Levantando entonces mis ojos, vi a Jesús; pero en mi estremeci-

miento supuse que era un fantasma y me puse a recitar los mandamientos. Y él se puso a recitarlos juntamente conmigo. Como sabéis muy bien, si un fantasma os sale al encuentro y oye los mandamientos, huye rápidamente. Viendo, pues, que los recitaba juntamente conmigo, le dije: Maestro Elías. Mas él me dijo: No soy Elías. Dije yo entonces: ¿Quién eres, pues, Señor? Él me dijo: Yo soy Jesús; aquel cuyo cuerpo tú pediste a Pilato, y me envolviste en una sábana limpia, y pusiste un sudario sobre mi cabeza, y me colocaste en tu gruta nueva, y corriste una gran piedra a la boca de ésta. Y dije al que me hablaba: Muéstrame el lugar donde te coloqué. Y él me llevó y me enseñó el lugar donde yo le había colocado, en el que estaba tendida la sábana y el sudario que había servido para su rostro. Entonces reconocí que era Jesús. Él después tomó mi mano y me dejó a puertas cerradas en medio de mi casa; luego me llevó a mi lecho y me dijo: La paz sea contigo. A continuación me dio un ósculo, diciéndome: Hasta dentro de cuarenta días no salgas de tu casa; pues he aquí que me voy a Galilea al encuentro de mis hermanos».

XVI

1. Cuando oyeron los archisínagogos, sacerdotes y levitas estas palabras de labios de José, quedaron como muertos y cayeron en tierra. Y ayunaron hasta la hora de nona. Entonces Nicodemo, en compañía de José, se puso a animar a Anás y Caifás, a los sacerdotes y a los levitas, diciendo: «Levantaos, poneos sobre vuestros pies y robusteced vuestras almas, pues mañana es el sábado del Señor». Y con esto se levantaron, hicieron oración a Dios, comieron, bebieron y cada cual se marchó a su casa.

2. El sábado siguiente se reunieron en consejo nuestros doctores, así como los sacerdotes y levitas, discutiendo entre sí y diciendo: «¿Qué es esta cólera que se ha cernido sobre nosotros? Porque por nuestra parte conocemos bien a su padre y a su madre». Dijo entonces Leví, doctor: «Conozco a sus padres y sé que son temerosos de Dios, que no descuidan sus votos y que dan tres veces al año sus diezmos. Cuando nació Jesús, le trajeron a este lugar y ofrecieron a Dios sacrificios y holocaustos, y el gran doctor Simeón, al tomarle en sus brazos, dijo: Ahora despides en paz a tu siervo, Señor, según tu palabra; pues mis ojos han visto tu salvación, que has preparado a la faz de todos los pueblos; luz para la revelación de los gentiles y

gloria de tu pueblo de Israel. Y les bendijo Simeón y dijo a María, su madre: Te doy buenas nuevas con relación a este niño. Dijo María: ¿Buenas, señor? Y respondió Simeón: Buenas; mira, éste está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel y para ser signo de contradicción. Tu misma alma será traspasada por una espada de manera que queden al descubierto los pensamientos de muchos».

3. Dijeron entonces a Leví, doctor: «¿Cómo sabes tú esto?» Él respondió: «No sabéis que aprendí de sus labios la ley?» Dijeron los del consejo: «Queremos ver a tu padre». E hicieron llamar a su padre. Y, cuando le hubieron interrogado, él respondió: «Por qué no habéis dado crédito a mi hijo? El bienaventurado y justo Simeón en persona le enseñó la ley». Y dijo el consejo: «Maestro Leví, ¿es verdad lo que has dicho?» Él respondió: «Verdad es». Y dijeron entre sí los archisinagogos, sacerdotes y levitas: «¡Eal, envíemos a Galilea por los tres varones que vinieron a darnos cuenta de su doctrina y de su ascensión, y que nos digan de qué manera le vieron ser asumido!». Y fue del agrado de todos esta proposición. Envieron, pues, a los tres varones que les habían acompañado anteriormente a Galilea con este encargo: «Decid al maestro Adas, al maestro Finees y al maestro Ageo: Paz a vosotros y a los que están en vuestra compañía. Habiéndose tenido una gran discusión en el consejo, hemos sido enviados a vosotros para citaros a este lugar santo de Jerusalén».

4. Pusieronse, pues, los hombres camino de Galilea y los encontraron sentados y sumidos en el estudio de la ley. Y les dieron un abrazo de paz. Dijeron entonces los varones galileos a los que habían ido en su busca: «Paz sobre todo Israel». Y dijeron [los enviados]: «Paz a vosotros». Y dijeron aquéllos de nuevo: «¿Cómo es que habéis venido?» Respondieron los enviados: «Os llama el consejo a la santa ciudad de Jerusalén». Cuando oyeron aquellos hombres que eran buscados por el consejo, hicieron oración a Dios, se sentaron a la mesa con los enviados, comieron, bebieron, se levantaron y se pusieron tranquilamente en marcha hacia Jerusalén.

5. Al día siguiente se reunió el consejo en la sinagoga y les interrogaron diciendo: «Es verdad que visteis a Jesús sentado en el monte Mamilch dando instrucciones a sus once discípulos y que presenciasteis su ascensión?» Y los hombres respondieron de esta manera: «De la misma manera que le vimos al ser asumido, así hemos hablado».

6. Dijo entonces Anás: «Ponedlos aparte uno de otro y veamos si coinciden sus declaraciones». Y los separaron. Después llamaron a

Adas en primer lugar y le dijeron: «Maestro, ¿cómo contemplaste la ascensión de Jesús?» Respondió Adas: «Mientras estaba todavía sentado en el monte Mamilch y daba instrucciones a sus discípulos, vimos una nube que cubrió a todos con su sombra; después la misma nube elevó a Jesús al cielo, mientras los discípulos yacían con su faz en tierra». Luego llamaron a Finees, sacerdote, y le preguntaron asimismo: «¿Cómo contemplaste la ascensión de Jesús?» Y él habló de manera semejante. Interrogaron también a Ageo y contestó de manera semejante. Entonces dijo el consejo: «Está contenido en la ley de Moisés: Sobre la boca de dos o tres estará firme toda palabra». Y añadió el maestro Buthem: «Está escrito en la ley. Y paseaba Henoc con Dios, y ya no existe, porque Dios lo tomó consigo». Dijo asimismo el maestro Jairo: «También oímos hablar de la muerte de Moisés, mas a él no le vimos, pues está escrito en la ley del Señor: Y murió Moisés por la palabra del Señor y nadie ha conocido jamás, hasta el día de hoy, su sepulcro». Y el maestro Leví dijo: «Y qué significa el testimonio que dio el maestro Simeón cuando vio a Jesús: He aquí que éste está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel y como signo de contradicción?» Y el maestro Isaac dijo: «Está escrito en la ley: He aquí que yo envío mi mensajero ante ti, el cual te irá precediendo para guardarte en todo camino bueno, pues mi nombre es invocado en él».

7. Entonces dijeron Anás y Caifás: «Justamente habéis citado lo escrito en la ley de Moisés, que nadie vio la muerte de Henoc y que nadie mencionó la muerte de Moisés. Mas Jesús habló a Pilato, y [nosotros sabemos] que le hemos visto recibir bofetadas y espaldas en su cara; que los soldados le ciñeron una corona de espinas; que fue flagelado; que recibió sentencia de parte de Pilato; que fue crucificado en el Calvario en compañía de dos ladrones; que se le dio a beber hiel y vinagre; que el soldado Longinos abrió su costado con una lanza; que José, nuestro honorable padre, pidió su cuerpo y que, como dice, resucitó; que, como dicen los tres maestros, le vimos ascender al cielo; y, finalmente, que el maestro Leví ha dado testimonio de lo que dijo el maestro Simeón, y que dijo: He aquí que éste está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel y como signo de contradicción». Y dijeron todos los doctores en bloque al pueblo entero de Israel: «Si ésta [ira?] proviene del Señor y es admirable a nuestros ojos, conoce sin lugar a dudas, ¡oh casa de Israel!, que está escrito: Maldito todo el que pende de un madero. Y otro lugar de la Escritura dice: Dioses que no hicieron el cielo y la tierra

perecerán». Y dijeron los sacerdotes y levitas entre sí: «Si dura su memoria hasta Sommos (por otro nombre Jobel), sabed que su dominio será eterno y que suscitará para sí un pueblo nuevo». Entonces los archisinagogos, sacerdotes y levitas exhortaron a todo el pueblo de Israel, diciendo: «Maldito aquel que adore obra alguna salida de manos humanas y maldito aquel que adore las criaturas al lado del Creador». Y el pueblo en masa contestó: «Amén, amén».

8. Despues la multitud entonó un himno al Señor en esta forma: «Bendito el Señor, que proporcionó descanso al pueblo de Israel en conformidad con lo que tenía prometido; no cayó en el vacío ni una sola de todas las cosas buenas que dijo a su siervo Moisés. Siga a nuestro lado el Señor nuestro Dios de la misma manera que estaba al lado de nuestros padres. No nos entregue a la perdición para que podamos inclinar nuestro corazón hacia Él, para que podamos seguir todos sus caminos y para que podamos practicar los preceptos y criterios que inculcó a nuestros padres. En aquel día el Señor será rey sobre toda la tierra. No habrá otro a su lado; su nombre será únicamente Señor, rey nuestro. Él nos salvará. No hay semejante a ti, Señor; grande eres, Señor, y grande tu nombre. Cúranos por tu virtud y seremos curados; salvanos, Señor, y seremos salvos, pues somos tu partecita y tu heredad. No abandonará jamás el Señor a su pueblo por la magnitud de su nombre, pues ha comenzado a hacer de nosotros su pueblo».

Y, despues de cantar el himno todos a coro, se marchó cada cual a su casa alabando a Dios, porque su gloria permanece por los siglos de los siglos. Amén.

PARTE II

DESCENDIMIENTO DE CRISTO A LOS INFIERNOS

(red. griega)

I (XVII)

1. Dijo entonces José: «¿Y por qué os admiráis de que Jesús haya resucitado? Lo admirable no es esto; lo admirable es que no ha resucitado él solo, sino que ha devuelto a la vida a gran número de muertos, los cuales se han dejado ver de muchos en Jerusalén. Y si no conocéis a los otros, sí que conocéis por lo menos a Simeón,

aquel que tomó a Jesús en sus brazos, así como también a sus dos hijos, que han sido igualmente resucitados. Pues a éstos les dimos nosotros sepultura hace poco, y ahora se pueden contemplar sus sepulcros abiertos y vacíos, mientras ellos están vivos y habitan en Arimatea». Envieron, pues, a unos cuantos y comprobaron que los sepulcros estaban abiertos y vacíos. Dijo entonces José: «Vayamos a Arimatea a ver si les encontramos».

2. Y levantándose los pontífices, Anás, Caifás, José, Nicodemo, Gamaliel y otros en su compañía, marcharon a Arimatea, donde encontraron a aquellos a quienes se refería José. Hicieron, pues, oración y se abrazaron mutuamente. Despues regresaron a Jerusalén en compañía de ellos y los llevaron a la sinagoga. Y, puestos allí, se aseguraron las puertas, se colocó el Antiguo Testamento de los judíos en el centro y les dijeron los pontífices: «Queremos que juréis por el Dios de Israel y por Adonai, para que así digáis la verdad, de cómo habéis resucitado y quién es el que os ha sacado de entre los muertos».

3. Cuando esto oyeron los resucitados, hicieron sobre sus rostros la señal de la cruz y dijeron a los pontífices: «Dadnos papel, tinta y pluma». Trajéronselo, pues, y, sentándose, escribieron de esta manera.

II (XVIII)

1. «¡Oh Señor Jesucristo, resurrección y vida del mundo!, danos gracia para hacer el relato de tu resurrección y de las maravillas que obraste en el infierno. Estábamos, pues, nosotros en el infierno en compañía de todos los que habían muerto desde el principio. Y a la hora de medianoche amaneció en aquellas oscuridades algo así como la luz del sol, y con su brillo fuimos todos iluminados y pudimos vernos unos a otros. Y al instante nuestro padre Abrahán, los patriarcas y profetas y todos a una se llenaron de regocijo y dijeron entre sí: Esta luz proviene de un gran resplandor. Entonces el profeta Isaías, presente allí, dijo: Esta luz procede del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; sobre ella profeticé yo, cuando aún estaba en la tierra, de esta manera: Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, el pueblo que estaba sumido en las tinieblas vio una gran luz.

2. Despues salió al medio un asceta del desierto, y le preguntaron los patriarcas: ¿Quién eres? Él respondió: Yo soy Juan, el último de los profetas, el que enderezé los caminos del Hijo de Dios y pre-

diqué penitencia al pueblo para remisión de los pecados. El Hijo de Dios vino a mi encuentro y, al verle desde lejos, dije al pueblo: He aquí el cordero de Dios, el que borra el pecado del mundo. Y con mi propia mano le bauticé en el río Jordán y vi al Espíritu Santo en forma de paloma que descendía sobre Él. Y oí asimismo la voz de Dios Padre, que decía así: Éste es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido. Y por esto mismo me envió también a vosotros, para anunciaros la llegada del Hijo de Dios unigénito a este lugar, a fin de que quien crea en Él, sea salvo, y quien no crea, sea condenado. Por esto os recomiendo a todos vosotros que, en cuanto le veáis, le adoréis a una, porque ésta es la única oportunidad de que disponéis para hacer penitencia por el culto que rendisteis a los ídolos mientras vivíais en el mundo vano de antes y por los pecados que cometisteis; esto no podrá hacerse ya en otra ocasión.

III (XIX)

Al oír el primero de los creados y padre de todos, Adán, la instrucción que estaba dando Juan a los que se encontraban en el infierno, dijo a su hijo Set: Hijo mío, quiero que digas a los progenitores del género humano y a los profetas a dónde te envié yo cuando caí en trance de muerte. Set dijo: Profetas y patriarcas, escuchad: Mi padre Adán, el primero de los creados, cayó una vez en peligro de muerte y me envió a hacer oración a Dios muy cerca de la puerta del paraíso, para que se dignara hacerme llegar por medio de un ángel hasta el árbol de la misericordia, de donde había de tomar óleo para ungir con él a mi padre y así pudiera éste reponerse de su enfermedad. Así lo hice. Y, después de hacer mi oración, vino un ángel del Señor y me dijo: ¿Qué es lo que pides, Set? ¿Buscas el óleo que cura a los enfermos o bien el árbol que lo destila, para la enfermedad de tu padre? Esto no se puede encontrar ahora. Vete, pues, y di a tu padre que después de cinco mil quinientos años, a partir de la creación del mundo, ha de bajar el Hijo de Dios humanizado; Él se encargará de ungirle con este óleo, y tu padre se levantará; y además le purificará, tanto a él como a sus descendientes, con agua y con el Espíritu Santo; entonces sí que se verá curado de toda enfermedad, pero por ahora esto es imposible.

Los patriarcas y profetas que oyeron esto se alegraron grandemente.

IV (XX)

1. Y, mientras estaban todos regocijándose de esta manera, vino Satán, el heredero de las tinieblas, y dijo al infierno: ¡Oh tú, devorador insaciable de todos!, oye mis palabras: Anda por ahí cierto judío, por nombre Jesús, que se llama a sí mismo Hijo de Dios; mas, como es un puro hombre, los judíos le dieron muerte de cruz gracias a nuestra cooperación. Ahora, pues, que acaba de morir, estate preparado para que podamos ponerle aquí a buen recaudo; pues yo sé que no es más que un hombre, y hasta le oí decir: Mi alma está muy triste hasta la muerte. Sábete, además, que a mí me causó muchos daños en el mundo mientras vivía con los mortales; pues dondequiera que encontrase a mis siervos, los perseguía; y a todos los hombres que yo dejaba mutilados, ciegos, cojos, leprosos o cosa parecida, él los curaba con sola su palabra; e incluso a muchos, a los que yo tenía ya dispuestos para la sepultura, les hacía revivir con sola su palabra.

2. Dijo entonces el Infieno: ¿Y tan poderoso es éste como para hacer tales cosas con sola su palabra? ¿Y, siendo él así, tú te atreves por ventura a hacerle frente? Yo creo que a uno como éste nadie podrá oponérsele. Y eso que dices haberle oído exclamar expresando su temor ante la muerte, lo dijo, sin duda, para reírse y burlarse de ti, con el fin de poderte echar el guante con mano poderosa. Y entonces, ¡ay!, ¡ay de ti por toda la eternidad! A lo que replicó Satán: ¡Oh infierno, devorador insaciable de todos!, ¿tanto miedo has cobrado al oír hablar de nuestro común enemigo? Yo no le tuve nunca miedo, sino que azucé a los judíos, y éstos le crucificaron y le dieron a beber hiel con vinagre. Prepárate, pues, para que, cuando venga, le sujetes fuertemente.

3. Respondió el Infieno: Heredero de las tinieblas, hijo de la perdición, calumniador, acabas de decirme que él hacía revivir con una sola palabra a muchos de los que tú tenías preparados para la sepultura; si, pues, él ha librado a otros del sepulcro, ¿cómo y con qué fuerzas seremos capaces de sujetarle nosotros? Hace poco devoré yo a un difunto llamado Lázaro; pero, poco después, uno de los vivos con sola su palabra lo arrancó a viva fuerza de mis entrañas. Y pienso que éste es ese a quien tú te refieres. Si, pues, lo recibimos aquí, tengo miedo de que peligremos también con relación a los demás, porque has de saber que veo agitados a todos los que tengo devorados desde el principio y siento dolores en mi vientre. Y Lázaro, el que me ha sido anteriormente arrebatado, no es un buen presagio,

pues voló lejos de mi, no como un muerto, sino como un águila: tan rápidamente le arrojó fuera la tierra. Así pues, te conjuro, por tus artes y por las mías, no le traigas aquí. Para mí que el haberse presentado en nuestra mansión obedece a que todos los muertos pecaron. Y ten esto en cuenta, por las tinieblas que poseemos, que, si le traes aquí, no me quedará ni uno solo de los muertos.

V (XXI)

1. Mientras se decían entre sí tales cosas Satanás y el Infierno, se produjo una voz grande como un trueno, que decía: "Elevad, joh príncipes!, vuestras puertas; elevaos, joh puertas eternales!, y entrará el Rey de la gloria". Cuando esto oyó el Infierno, dijo a Satanás: Sal, si eres capaz, y hazle frente. Y salió fuera Satanás. Después dijo el Infierno a sus demonios: Asegurad bien y fuertemente las puertas de bronce y los cerrojos de hierro; guardad mis cerraduras y examinad todo de pie, pues, si entra él aquí, jay!, se apoderará de nosotros.

2. Los progenitores, que oyeron esto, empezaron a hacerle burla, diciendo: Tragón insaciable, abre para que entre el Rey de la gloria. Y dijo el profeta David: ¿No sabes, ciego, que, estando yo aún en el mundo, hice esta profecía: "Elevad, joh príncipes, vuestras puertas!"? Isaías dijo a su vez: "Yo, previendo esto por virtud del Espíritu Santo, escribí: Resucitarán los muertos y se levantarán los que están en los sepulcros y se alegrarán los que viven en la tierra"; y, ¿dónde está, joh muerte!, tu agujón? ¿Dónde, Infierno, tu victoria?

3. Vino, pues, de nuevo una voz que decía: Levantad las puertas. El Infierno, que oyó repetir esta voz, dijo como si no cayera en la cuenta: ¿Quién es este Rey de la gloria? Y respondieron los ángeles del Señor: El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla. Y al instante, al conjuro de esta voz, las puertas de bronce se hicieron añicos, y los cerrojos de hierro quedaron reducidos a pedazos, y todos los difuntos encadenados se vieron libres de sus ligaduras, y nosotros entre ellos. Y penetró dentro el Rey de la gloria en figura humana, y todos los antros oscuros del Infierno fueron iluminados.

VI (XXII)

1. En seguida se puso a gritar el Infierno: Hemos sido vencidos, jay de nosotros! Pero ¿quién eres tú, que tienes tal poder y tal fuerza? ¿Quién eres tú, que vienes aquí sin pecado? ¿El que es pequeño en apariencia y puede cosas grandes, el humilde y el exelso, el sirvo y el señor, el soldado y el rey, el que tiene poder sobre vivos y muertos? Fuiste pegado a la cruz y depositado en el sepulcro, y ahora has quedado libre y has deshecho nuestra fuerza. ¿Luego entonces eres tú Jesús, de quien nos decía el gran sátrapa Satanás que por la cruz y la muerte ibas a hacerte dueño de todo el mundo?

2. Luego el Rey de la gloria agarró por la coronilla al gran sátrapa Satanás y se lo entregó a los ángeles, diciendo: Atadle con cadenas de hierro sus manos y sus pies, su cuello y su boca. Después lo puso en manos del Infierno con este encargo: Tómalo y tenlo a buen recaudo hasta mi segunda venida.

VII (XXIII)

Entonces el Infierno se hizo cargo de Satanás y le dijo: Beelzebú, heredero del fuego y del tormento, enemigo de los santos, ¿qué necesidad tenías tú de proveer que el Rey de la gloria fuera crucificado para que viniera luego aquí y nos despojara? Date la vuelta y mira que no ha quedado en mí muerto alguno, sino que todo lo que ganaste por el árbol de la ciencia lo has echado a perder por la cruz. Todo tu gozo se ha convertido en tristeza, y la pretensión de matar al Rey de la gloria te ha acarreado a ti mismo la muerte. Y, puesto que te he recibido con el encargo de sujetarte fuertemente, vas a aprender por propia experiencia cuántos males soy capaz de infligirte. ¡Oh jefe de los diablos, principio de la muerte, raíz del pecado, fin de toda maldad!, ¿qué habías encontrado de malo en Jesús para buscar su perdición? ¿Cómo tuviste valor para perpetrar un crimen tan grande? ¿Por qué se te ocurrió hacer bajar a estas tinieblas a un varón como éste, por quien te has visto despojado de todos los que habían muerto desde el principio?

VIII (XXIV)

1. Mientras así apostrofaba el Infierno a Satanás, extendió su diestra el Rey de la gloria y con ella tomó y levantó al primer padre Adán. Después se volvió hacia los demás y les dijo: Venid aquí conmigo todos los que fuisteis heridos de muerte por el madero que éste tocó, pues he aquí que yo os resucito a todos por el madero de la cruz. Y con esto sacó a todos fuera. Y el primer padre Adán apareció rebosante de gozo y decía: Agradezco, Señor, a tu magnanimitad el que me hayas sacado de lo más profundo del Infierno. Y asimismo todos los profetas y santos dijeron: Te damos gracias, ¡oh Cristo Salvador del mundo!, porque has sacado nuestra vida de la corrupción.

2. Después que ellos hubieron hablado así, bendijo el Salvador a Adán en la frente con la señal de la cruz. Luego hizo lo mismo con los patriarcas, profetas, mártires y progenitores. Y a continuación les tomó a todos y dio un salto desde el infierno. Y mientras Él caminaba, le seguían los santos padres cantando y diciendo: Bendito el que viene en el nombre del Señor. Aleluya. Para Él sea la alabanza de todos los santos.

IX (XXV)

Iba, pues, camino del paraíso teniendo asido de la mano al primer padre, a Adán. [Y al llegar] hizo entrega de él, así como también de los demás justos, al arcángel Miguel. Y cuando entraron por la puerta del paraíso, les salieron al paso dos ancianos, a los que los santos padres preguntaron: ¿Quiénes sois vosotros, que no habéis visto la muerte ni habéis bajado al infierno, sino que vivís en cuerpo y alma en el paraíso? Uno de ellos respondió y dijo: Yo soy Henoc, el que agració al Señor y a quien Él trasladó aquí; éste es Elías el Tesbita; ambos vamos a seguir viviendo hasta la consumación de los siglos; entonces seremos enviados por Dios para hacer frente al anticristo, y ser muertos por él, y resucitar a los tres días, y ser arrebatados en las nubes al encuentro del Señor.

X (XXVI)

Mientras éstos se expresaban así, vino otro hombre de apariencia humilde, que llevaba además sobre sus hombros una cruz. Le dijeron los santos padres: ¿Quién eres tú, que tienes aspecto de ladrón, y qué es esa cruz que llevas sobre tus hombros? Él respondió: Yo, según decís, era ladrón y salteador en el mundo, y por eso me detuvieron los judíos y me entregaron a la muerte de cruz juntamente con Nuestro Señor Jesucristo. Y mientras estaba Él pendiente de la cruz, al ver los prodigios que se realizaban, creí en Él y le rogué, diciendo: Señor, cuando reinares, no te olvides de mí. Y Él me dijo en seguida: De verdad, de verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso. He venido, pues, con mi cruz a cuestas hasta el paraíso y, encontrando al arcángel Miguel, le he dicho: Nuestro Señor Jesús, el que fue crucificado, me ha enviado aquí; llévame, pues, a la puerta del Edén. Y cuando la espada de fuego vio la señal de la cruz, me abrió y entré. Después me dijo el arcángel: Espera un momento, pues viene también el primer padre de la raza humana, Adán, en compañía de los justos, para que entren también ellos dentro. Y ahora, al veros a vosotros, he salido a vuestro encuentro. Cuando esto oyeron los santos, clamaron con gran voz de esta manera: Grande es el Señor nuestro y grande es su poder.

XI (XXVII)

Todo esto vimos y oímos nosotros, los dos hermanos carnales, quienes fuimos asimismo enviados por el arcángel Miguel y designados para predicar la resurrección del Señor antes de marchar al Jordán y ser bautizados. Allí nos fuimos y hemos sido bautizados juntamente con otros difuntos también resucitados; después vinimos a Jerusalén y celebramos la Pascua de la resurrección. Mas ahora, en la imposibilidad de permanecer aquí, nos vamos. Que la caridad, pues, de Dios Padre y la gracia de Nuestro Señor Jesucristo y la comunicación del Espíritu Santo sean con todos vosotros».

Y una vez escrito esto y cerrados los libros, dieron la mitad a los pontífices y la otra mitad a José y a Nicodemo. Ellos, por su parte, desaparecieron al momento para gloria de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

DESCENDIMIENTO DE CRISTO A LOS INFIERNOS
(*red. latina B*)

I (XVII)

1. Entonces los maestros Adas, Finees y Egias, tres varones que habían venido de Galilea para testificar que habían visto a Jesús ser arrebatado al cielo, se levantaron en medio de la multitud de jefes de los judíos y dijeron en presencia de los sacerdotes y levitas reunidos en consejo: «Señores, cuando íbamos nosotros desde Galilea al Jordán, nos salió al encuentro una gran muchedumbre de hombres vestidos de blanco que habían muerto hacía algún tiempo. Entre ellos reconocimos a Karino y a Leucio; y cuando ellos se hubieron acercado a nosotros y nos dimos un ósculo mutuo, pues habían sido amigos nuestros, les preguntamos: Decidnos, hermanos y amigos, ¿qué son esta alma y este cuerpo, y quiénes son esos con quienes vais de camino, y cómo vivís en el cuerpo, siendo así que moristeis hace tiempo?»

2. Ellos respondieron de esta manera: «Hemos resucitado con Cristo desde los infiernos y Él nos ha sacado de entre los muertos. Y sabed que han quedado desde ahora destruidas las puertas de la muerte y de las tinieblas, y las almas de los santos han sido sacadas de allí y han subido al cielo con Cristo Nuestro Señor. E incluso a nosotros nos ha mandado el Señor en persona que durante cierto tiempo merodeemos por las riberas del Jordán y por los montes, sin que, no obstante, nos dejemos ver de todos ni hablemos con todos, sino sólo con aquellos a quienes a Él pluguiere. Ahora mismo no nos hubiera sido posible ni hablar ni dejarnos ver de vosotros si no nos hubiera sido permitido por el Espíritu Santo».

3. Ante estas palabras, la multitud entera que asistía al consejo quedó sobrecogida, presa de temor y de temblor, y decían: «¿Será verdad por ventura lo que estos galileos testifican?» Entonces Anás y Caifás se dirigieron al consejo en estos términos: «En seguida se descubrirá lo relacionado con todas estas cosas de que éstos han dado testimonio antes y después: si se comprueba ser cierto que Karino y Leucio permanecen vivos unidos a sus cuerpos, y si nos es dado contemplarlos con nuestros propios ojos, entonces es que es verdad lo que éstos testifican en todos sus detalles, y, cuando los encontramos, ellos nos informarán con certeza de todo. Pero, si no, sabed que todo es pura farsa».

4. Entonces se pusieron en seguida a deliberar, y convinieron en elegir unos cuantos varones idóneos y temerosos de Dios, que conocían además cuándo habían muerto y la sepultura en que habían sido puestos, para que hicieran diligentes pesquisas y comprobaran si era en verdad tal como habían oído. Así pues, fueron allí quince varones que habían presenciado su muerte, y habían estado con su propio pie en el lugar de su sepultura, y habían visto sus sepulcros. Llegaron, pues, y encontraron éstos abiertos, así como también otros muchos, sin que pudieran ver señales de sus huesos o de sus cenizas. Y, tornando con gran prisa, refirieron lo que habían visto.

5. Entonces la sinagoga entera se turbó, presa de terrible angustia, y se dijeron entre sí: «¿Qué vamos a hacer?» Anás y Caifás dijeron: «Enviemos al lugar donde hemos oído que están una comisión formada por los personajes más nobles en plan de súplica y de ruego; quizás se dignen venir hacia nosotros». Les enviaron, pues, a Nicodemo, a José y a los tres maestros galileos que los habían visto, con la petición de que tuvieran a bien venir hacia ellos. Se pusieron, pues, en marcha y anduvieron por todos los alrededores del Jordán y de los montes. Pero, no habiéndolos encontrado, se volvían ya de camino.

6. Cuando, de pronto, se divisó una gran muchedumbre, como de unos doce mil hombres, que habían resucitado con el Señor y bajaban del monte Amalech. Ellos reconocieron allí a muchísimos, pero no fueron capaces de dirigirles una sola palabra, cohibidos como estaban por el miedo y la visión del ángel, contentándose con verles a lo lejos y oírles cómo marchaban cantando himnos y diciendo: «Ha resucitado el Señor de entre los muertos, como había dicho; alegrémonos y regocijémonos todos, porque Él reina eternamente». Entonces los comisionados quedaron mudos de admiración y recibieron de ellos el consejo de buscar a Karino y a Leucio en sus propias casas.

7. Se levantaron, pues, y se fueron a sus casas, donde los encontraron entregados a la oración. Y, entrando hasta el sitio donde estaban, cayeron con sus rostros en tierra y, luego que les saludaron, se levantaron y dijeron: «Amigos de Dios, al oír que habíais resucitado de entre los muertos, la asamblea entera de los judíos nos ha enviado a vosotros para rogaros encarecidamente que vayáis hasta ellos, de manera que podamos todos conocer las maravillas divinas que han tenido lugar a nuestro alrededor en nuestros tiempos». Ellos entonces se levantaron al momento, movidos por inspiración divina, y

vinieron en su compañía y entraron en la sinagoga. Y la asamblea de los judíos, juntamente con los sacerdotes, pusieron en sus manos los libros de la ley y les conjuraron por Dios Heloi y Dios Adonai y por la ley y los profetas de esta manera: «Decidnos cómo habéis resucitado de entre los muertos y qué son estas maravillas que han tenido lugar en nuestros tiempos, tales como nunca hemos oído decir que hayan sucedido en ningún otro tiempo. Pues habéis de saber que nuestros huesos se han quedado secos y entumecidos por el miedo y que la tierra se mueve a nuestros pies por haber puesto de acuerdo todos nuestros pechos para derramar sangre justa y santa.

8. Entonces Karino y Leucio les hicieron señas con las manos para que les dieran un rollo de papel y tinta. Y lo hicieron así porque el Espíritu Santo no les permitió hablar con ellos. Éstos les dieron el papel a cada uno y les separaron entre sí en distintos compartimientos. Y ellos entonces, después de hacer con sus dedos la señal de la cruz, empezaron a escribir cada uno su propio rollo. Y, cuando hubieron terminado, exclamaron a una voz desde sus propios compartimientos: «Amén». Luego se levantó Karino y dio su papel a Anás, mientras que Leucio hizo lo mismo con Caifás. Y, después de despedirse mutuamente, salieron y se volvieron a sus sepulcros.

9. Entonces Anás y Caifás abrieron un volumen y empezó cada uno a leer en secreto. Pero, llevándolo a mal todo el pueblo, exclamaron todos a una: «Leednos estos escritos en alta voz, y, después de que hayan sido leídos, nosotros los conservaremos, no sea quizá que la verdad divina sea adulterada por individuos inmundos y falaces, llevados de su obcecación». Entonces Anás y Caifás, llenos de temblor, entregaron el volumen de papel al maestro Adas, al maestro Finees y al maestro Egias, que habían venido de Galilea con la noticia de que Jesús había sido asumido al cielo; y todo el pueblo se fió de ellos para que leyieran este escrito. Y leyeron el papel, que contenía lo siguiente:

II (XVIII)

1. «¡Oh Señor Jesucristo!, permíteme a mí, Karino, que exponga las maravillas que obraste en los infiernos. Mientras nos encontrábamos nosotros detenidos en los infiernos, sumidos en las tinieblas y en las sombras de la muerte, nos sentimos iluminados de repente por una gran luz y se estremeció el infierno y las puertas de la muerte.

te. Entonces se dejó oír la voz del Hijo del Altísimo, como si fuera la voz de un gran trueno, el cual, dando un fuerte grito, dijo: Dejad correr, ¡oh príncipes!, vuestras puertas; elevad las puertas de la eternidad, pues sabed que Cristo Señor, Rey de la gloria, va a venir para entrar.

2. Entonces acudió Satanás, el príncipe de la muerte, huyendo aterrorizado, para decir a sus satélites y a los infiernos: Ministros míos e infiernos todos, venid todos aquí, cerrad vuestras puertas, echad los cerrojos de hierro, luchad con denuedo y resistid, no sea que, siendo dueños de las cadenas, vayamos a quedar presos de ellas. Entonces se pusieron en conmoción todos sus impíos satélites y se dieron prisa a cerrar las puertas de la muerte, y a ir asegurando las cerraduras y los cerrojos de hierro, y a empuñar con entereza sus armas todas, y a lanzar alardos con voz dura y terrible en extremo.

III (XIX)

1. Entonces Satanás dijo al Infierno: Prepárate para recibir a uno que voy a traerte. Mas el Infierno respondió así a Satanás: Esta voz no ha sido otra cosa sino el grito del Hijo del Padre Altísimo, pues a su conjuro la tierra y los lugares del infierno se han puesto en conmoción; por lo cual pienso que tanto yo como mis ligaduras han quedado ahora patentes y al descubierto. Mas te conjuro, ¡oh Satanás!, cabeza de todos los males, por tu fuerza y por la mía, que no le traigas a mí, no sea que, queriendo atraparle, seamos nosotros atrapados por él. Pues si con sola su voz mi fortaleza ha quedado de tal manera deshecha, ¿qué piensas ha de hacer cuando venga su presencia?

2. Satanás, por su parte, el príncipe de la muerte, le respondió así: ¿Por qué gritas? No tengas miedo, perversísimo amigo de antaño, porque yo he sido quien ha concitado contra él al pueblo de los judíos y gracias a mí ha sido herido con bofetadas, y yo he perpetrado su traición por medio de un discípulo suyo. Además, es un hombre muy temeroso ante la muerte, puesto que, dejándose oprimir por la fuerza del temor, ha dicho: Triste está mi alma hasta la muerte. Y yo mismo le he traído hasta ella, pues ahora está colgado, pendiente de la cruz.

3. Entonces le dijo el Infierno: Si es Él quien con sola la voz de su imperio ha hecho volar de mis entrañas como un águila a Lázaro,

muerto ya de cuatro días, ése no es un hombre en su humanidad, sino Dios en su majestad. Te suplico, pues, que no me lo traigas aquí. Repuso Satanás: Prepárate, no obstante; no tengas miedo. Ahora que ya está pendiente de la cruz, no puedo hacer otra cosa. Entonces el Infierno respondió de esta manera a Satanás: Si, pues, no eres capaz de hacer otra cosa, está ya cercana tu perdición. En último término, yo quedaré, sí, derribado y sin honor, pero tú estarás entre tormentos sujeto a mi dominio.

IV (XX)

1. Mientras tanto, los santos de Dios estaban escuchando la disputa entre Satanás y el Infierno. Ellos no se reconocían aún entre sí, pero estaban a punto de empezar a reconocerse. Y nuestro padre Adán respondió así, por su parte, a Satanás: ¡Oh príncipe de la muerte!, ¿por qué estás lleno de miedo y de temblor? Mira, va a venir el Señor y va a destruir ahora mismo todas tus criaturas, y tú vas a ser atado por Él y quedarás hecho cautivo por toda la eternidad.

2. Entonces todos los santos, al oír la voz de nuestro padre Adán y ver con qué entereza respondía a Satanás, se alegraron y se sintieron confortados; luego echaron a correr en masa al lado de Adán y se reunieron junto a él. Y nuestro padre Adán, al mirar con más atención toda aquella multitud, se admiraba de que todos hubieran sido engendrados por él en este mundo. Y luego, después de abrazar a todos los que estaban a su alrededor, dijo, derramando lágrimas amarguísima, a su hijo Set: Cuenta, hijo mío Set, a los santos patriarcas y profetas lo que te dijo el guardián del paraíso cuando caí enfermo y te envié para que me trajeras un poco del óleo mismo de la misericordia y me ungieras con él.

3. Y Set dijo: Cuando me enviaste a la puerta del paraíso, oré y rogué al Señor con lágrimas y llamé al guardián del paraíso para que me diera algo de este óleo. Entonces salió el arcángel Miguel y me dijo: Set, ¿por qué lloras? Sábete de antemano que tu padre Adán no recibirá de este óleo de misericordia sino después de muchas generaciones del mundo. Pues descenderá a éste desde el cielo el Hijo de Dios y será bautizado por Juan en el río Jordán; entonces participará de este óleo de misericordia tu padre Adán, al igual que todos los que crean en él; y el reino de estos últimos permanecerá por los siglos.

V (XXI)

1. Cuando esto oyeron todos los santos, se llenaron nuevamente de gozo, y uno de ellos allí presente, llamado Isaías, exclamó a grandes voces: Padre Adán y todos los que estáis presentes, escuchad mis palabras: Mientras vivía en la tierra, inspirado por el Espíritu Santo, compuse un cántico profético acerca de esta luz, diciendo: El pueblo que estaba sentado en las tinieblas vio una gran luz; a los que habitaban en la región de las sombras de la muerte les amaneció un resplandor. Al oír esto, se volvió Adán, así como todos los circundantes, y le preguntó: ¿Tú quién eres? Porque es verdad lo que estás diciendo; y él respondió: Yo me llamo Isaías.

2. Entonces apareció a su lado otro personaje con aspecto de anacoreta. Y le preguntaron diciendo: ¿Quién eres tú, que llevas tales señales en tu cuerpo? Y él respondió con entereza: Yo soy Juan el Bautista, la voz y el profeta del Altísimo. Yo caminé ante la faz del mismo Señor para convertir los desiertos y los caminos ásperos en sendas llanas. Yo señalé con mi dedo a los jerosolimitanos y glorifiqué al cordero del Señor y al Hijo de Dios. Yo le bauticé en el río Jordán y pude oír la voz del Padre que tronaba desde el cielo sobre él y proclamaba: Éste es mi Hijo amado, en el que me he complacido. Yo mismo recibí también promesa suya de que ha de bajar a los infiernos.

El padre Adán, que oyó esto, exclamó con gran voz (repitiéndolo una y otra vez): Aleluya, que significa: El Señor está llegando.

VI (XXII)

1. Después otro de los presentes, que se distinguía por una especie de insignia imperial, llamado David, se puso a dar voces, diciendo: Yo, viviendo aún en la tierra, revelé al pueblo los arcanos de la misericordia de Dios y su visitación por parte de éste, profetizando los gozos futuros que habían de venir pasando los siglos, de esta manera: Den gloria a Dios sus misericordias y sus maravillas a los hijos de los hombres, porque ha despedazado las puertas de bronce y ha roto los cerrojos de hierro. Entonces los santos patriarcas y profetas empezaron a reconocerse entre sí y a hablar cada uno de sus profecías. El santo profeta Jeremías, examinando las suyas, decía

a los patriarcas y profetas: Viviendo en la tierra, profeticé acerca del Hijo de Dios, que apareció en la tierra y conversó con los hombres.

2. Entonces los santos todos, llenos de alegría por la luz del Señor, por la vista del padre Adán y por la respuesta de todos los patriarcas y profetas, exclamaron diciendo: "Aleluya, bendito el que viene en el nombre del Señor", de manera que, ante su exclamación, se llenó de pavor Satanás y buscó camino para huir. Mas no le era esto posible, porque el Infierno y sus satélites le tenían sujeto y sitiado por todos lados; y le decían: ¿Por qué tiemblas? Nosotros en manera alguna te permitimos salir de aquí, sino que has de recibir esto, como bien merecido lo tienes, de manos de Aquel a quien atacabas sin cesar; y si no, sábete que vas a ser encadenado por Él y sometido a mi vigilancia.

VII (XXIII)

1. Y de nuevo resonó la voz del Hijo del Padre Altísimo, como el fragor de un gran trueno, que decía: Levantad, ¡oh príncipes!, vuestras puertas, y elevaos, ¡oh puertas eternales!, que va a entrar el Rey de la gloria. Entonces Satanás y el Infierno se pusieron a gritar de esta manera: ¿Quién es ese Rey de la gloria? Y les respondió la voz del Señor: El Señor fuerte y poderoso, el Señor fuerte en la batalla.

2. Después de oírse esta voz, vino un hombre, cuyo aspecto era como de ladrón, con una cruz a cuestas, y gritaba desde fuera diciendo: Abridme para que entre. Satanás entonces entreabrió y le introdujo en el interior del recinto, cerrando de nuevo tras él la puerta. Y le vieron todos los santos deslumbrante y le dijeron al momento: Tu aspecto exterior es de ladrón; dinos qué es eso que llevas en tus espaldas. Él respondió humildemente y dijo: En verdad que he sido todo un ladrón, y los judíos me han colgado en la cruz juntamente con mi Señor Jesucristo, Hijo del Padre Altísimo. Últimamente yo me he adelantado, pero Él viene inmediatamente tras de mí.

3. Entonces el santo David montó en cólera contra Satanás y clamó fuertemente: Abre, asqueroso, tus puertas para que entre el Rey de la gloria. Y asimismo todos los santos de Dios se levantaban de igual manera contra Satanás y querían echarle mano y dividírselo entre sí. Y de nuevo se oyó gritar desde dentro: Alzad, ¡oh príncipes!, vuestras puertas, y elevaos, ¡oh puertas eternales!, que va a entrar el Rey de la gloria. Y preguntaron de nuevo el Infierno y Satanás

a aquella voz clara, diciendo: ¿Quién es este Rey de la gloria? Y respondió aquella voz admirable: El Señor de las virtudes, Él es el Rey de la gloria.

VIII (XXIV)

Y al momento el Infierno se puso a temblar, y las puertas de la muerte, así como las cerraduras, quedaron desmenuzadas, y los cerrojos del Infierno se rompieron y cayeron al suelo, quedando todas las cosas al descubierto. Satanás quedó en medio y estaba de pie confuso y descaecido, amarrados sus pies con grillos. Y he aquí que el Señor Jesucristo vino rodeado de claridad excelsa, manso, grande y humilde, llevando en sus manos una cadena; con ella ató el cuello de Satanás y, después de ligar de nuevo sus manos por detrás, le arrojó de espaldas al tartaro y le puso su santo pie en la garganta, diciendo: Muchas cosas malas hiciste en el curso de muchos siglos; no te diste reposo alguno; hoy te entrego al fuego eterno. Y, llamando de nuevo al Infierno, le dijo con voz de mando: Toma a este pésimo y perverso en grado extremo y tenle bajo tu vigilancia hasta el día que yo te mande. Y, haciéndose cargo de él, se hundió bajo los pies del Señor en lo profundo del abismo.

IX (XXV)

1. Entonces Nuestro Señor Jesucristo, Salvador de todos, piadosísimo y suavísimo, saludando de nuevo a Adán, le decía benignamente: La paz sea contigo, Adán, en compañía de tus hijos por los siglos sempiternos. Amén. Y el padre Adán se echó entonces a los pies del Señor y, levantándose de nuevo, besó sus manos y derramó abundantes lágrimas diciendo: Ved las manos que me hicieron, dando testimonio a todos. Luego se dirigió al Señor, diciendo: Viniste, ¡oh Rey de la gloria!, para librar a los hombres y agregarlos a tu reino eterno. Y nuestra madre Eva cayó de manera semejante a los pies del Señor y, levantándose de nuevo, besó sus manos y derramó abundantes lágrimas, mientras decía: Ved las manos que me formaron, dando testimonio a todos.

2. Entonces todos los santos le adoraron y clamaron diciendo: Bendito el que viene en el nombre del Señor; el Señor Dios nos ha

iluminado. Así sea por todos los siglos. Aleluya por todos los siglos; alabanza, honor, virtud, gloria, porque viniste de lo alto para visitarnos. Y, cantando aleluya y regocijándose mutuamente de su gloria, acudían bajo las manos del Señor. Entonces el Salvador examinó todo detenidamente y dio un mordisco al infierno; pues, con la misma rapidez con que había arrojado una parte al tártaro, subió consigo la otra a los cielos.

X (XXVI)

Entonces todos los santos de Dios rogaron al Señor que dejase en los infiernos el signo de la santa cruz, señal de victoria, para que sus perversos ministros no consiguieran retener a ningún inoculado a quien hubiere absuelto el Señor. Y así se hizo; y puso el Señor su cruz en medio del infierno, que es señal de victoria y permanecerá por toda la eternidad.

Después salimos todos de allí en compañía del Señor, dejando a Satanás y al Infierno en el tártaro. Y se nos mandó a nosotros y a otros muchos que resucitáramos con nuestro cuerpo para dar testimonio en el mundo de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo y de lo que tuvo lugar en los infiernos.

Esto es, hermanos carísimos, lo que hemos visto y de lo que damos testimonio, después de ser conjurados por vosotros, y lo que atestigua Aquel que murió y resucitó por nosotros; porque las cosas tuvieron lugar en todos sus detalles según queda descrito».

XI (XXVII)

Y en cuanto terminó de leerse el escrito, todos los que escuchaban dieron con su faz en tierra y se pusieron a llorar amargamente, mientras golpeaban duramente sus pechos y decían a voz en grito: «¡Ay de nosotros! ¿Con qué fin, miserables, nos ha ocurrido esto? Huye Pilato, huyen Anás y Caifás, huyen los sacerdotes y levitas, huye también el pueblo de los judíos diciendo entre sollozos: ¡Ay de nosotros! Hemos derramado en tierra sangre inocente».

Así pues, durante tres días y tres noches no probaron pizca de pan ni de agua y ninguno de ellos volvió a la sinagoga. Mas al tercer día, reunido de nuevo el consejo, se leyó íntegramente el otro escrito

(el volumen de Leucio) y no se encontró en él ni más ni menos, ni siquiera con relación a una sola letra, que lo que contenía el escrito de Karino. Entonces se conmovió la sinagoga y lloraron todos durante cuarenta días y cuarenta noches, esperando de la mano de Dios la muerte y la divina venganza. Pero el Altísimo, que es todo piedad y misericordia, no los aniquiló inmediatamente para ofrecerles generosamente ocasión de arrepentirse. Pero no fueron dignos de convertirse al Señor.

Éstos son, hermanos carísimos, los testimonios de Karino y de Leucio acerca de Cristo, Hijo de Dios, y de sus santas gestas en los infiernos. Al cual demos todos alabanza y gloria por los siglos infinitos. Amén.

B) ESCRITOS COMPLEMENTARIOS

a) *Carta de Poncio Pilato a Tiberio*

Se conserva únicamente en algunos manuscritos latinos, de cuyo cotejo salió el texto de Tischendorf, en que se apoya nuestra traducción. El estilo elegante y amanerado del escrito parece delatar una refundición tardía, que probablemente tuvo lugar en la época del Renacimiento.

Texto latino: Tischendorf, 433-434; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 466-467.

Bibliografía: Craveri, 397; Erbetta, III, 130; Starowieyski, 476-477; Stegmüller-Reinhardt, 151; Geerard, 52.

CARTA DE PONCIO PILATO DIRIGIDA AL EMPERADOR ROMANO ACERCA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Poncio Pilato saluda al emperador Tiberio César.

Jesucristo, a quien te presenté claramente en mis últimas relaciones, ha sido, por fin, entregado a un duro suplicio a instancias del pueblo, cuyas instigaciones seguí de mal grado y por temor. Un hombre, por vida de Hércules, piadoso y austero como éste, ni existió ni existirá jamás en época alguna. Pero se dieron cita para conseguir la crucifixión de este legado de la verdad, por una parte, un extraño empeño del mismo pueblo, y por otra, la confabulación de todos los escribas, jefes y ancianos, contra los avisos que les daban sus profetas y, a nuestro modo de hablar, las sibillas. Y mientras estaba pendiente de la cruz, aparecieron señales que sobrepujaban las fuerzas naturales y que presagianaban, según el juicio de los físicos, la destrucción a todo el orbe. Viven aún sus discípulos, que no desdician del Maestro ni en sus obras ni en la morigeración de su vida; más aún, siguen haciendo mucho bien en su nombre. Si no hubiera sido, pues, por el temor de que surgiera una sedición en el pueblo (que estaba ya como en estado de efervescencia), quizá nos viviera todavía aquel insigne varón. Atribuye, pues, más a mis deseos de fidelidad para contigo que a mi propio capricho el que no me haya resistido con todas mis fuerzas a que la sangre de un justo inmune de toda culpa, pero víctima de la malicia humana, fuera inicuamente vendida y sufriera la pasión; siendo así, además, que, como dicen sus escrituras, esto había de ceder en su propia ruina. Adiós. Día 28 de marzo.

b) *Carta de Tiberio a Pilato*

Además de la contestación a Pilato, incluye este documento una peregrina historia acerca de la condenación de éste por parte del emperador. Se narra también de manera fabulosa la muerte del procurador romano y de los notables judíos culpables de la muerte de Jesús. Conservado en griego, es probablemente el único documento de origen oriental que manifiesta una actitud desfavorable hacia Pilato.

Texto griego: M. R. JAMES, *Apocrypha anecdota*, II (Texts and studies 5,1. Cambridge 1897) 78-81; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 467-471.

Bibliografía: Craveri, 398-400; Moraldi, I, 707-709; Erbetta, III, 125-126; Starowieyski, 468-470; Stegmüller-Reinhardt, 151; Geerard, 50.

CARTA DE TIBERIO A PILATO

Esto es lo que contestó César Augusto a Poncio Pilato, gobernador de la provincia oriental. El mismo César añadió la sentencia de su puño y letra y se la envió con el mensajero Raab, a quien entregó, además, soldados en número de dos mil:

«Por quanto tuviste la osadía de condenar a muerte a Jesús Nazareno de una manera violenta y totalmente inicua y, aun antes de dictar sentencia condenatoria, le pusiste en manos de los insaciables y furiosos judíos; por cuanto, además, no tuviste compasión de este justo, sino que, después de mojar la pluma y de someterle a una horrible sentencia y al tormento de la flagelación, le entregaste, sin culpa alguna por su parte, al suplicio de la crucifixión, no sin antes haber aceptado presentes por su muerte; por cuanto, en fin, manifestaste, sí, compasión con los labios, pero le entregaste con el corazón a unos judíos sin ley; por todo esto, vas tú mismo a ser conducido a mi presencia, cargado de cadenas, para que presentes tus excusas y rindas cuentas de la vida que has entregado a la muerte sin motivo alguno. Pero ¡ay de tu dureza y desvergüenza! Desde que esto ha llegado a mis oídos, estoy sufriendo en el alma y siento que se desmenuzan mis entrañas. Pues ha venido a mi presencia una mujer, la cual se dice discípula de Él (es María Magdalena, de quien, según afirma, expulsó siete demonios), y atestigua que Jesús obraba portentosas curaciones, haciendo ver a los ciegos, andar a los cojos, oír a los sordos, limpiando a los leprosos, y que todas estas curaciones las verificaba con sola su palabra. ¿Cómo has consentido que

fuera crucificado sin motivo alguno? Porque, si no queríais aceptarlo como Dios, deberíais al menos haberos compadecido de Él como médico que es. Hasta la misma relación astuta que me ha llegado de tu parte está reclamando tu castigo, ya que en ella se afirma que éste era superior a todos los dioses que nosotros veneramos. ¿Cómo ha sido para entregarle a la muerte? Pues sábete que, así como tú le condenaste injustamente y le mandaste matar, de la misma manera yo te voy a ajusticiar a ti con todo derecho; y no sólo a ti, sino también a todos tus consejeros y cómplices, de quienes recibiste el soborno de la muerte».

Se les entregó, pues, la carta a los emisarios y, juntamente con ella, la sentencia en que Augusto mandaba por escrito que pasaran por el filo de la espada a todo el pueblo de los judíos y trajeran a Pilato, preso como reo, a Roma, y juntamente con él a los principales de entre los judíos (los que eran a la sazón gobernadores): a Arquelao, hijo del odiosísimo Herodes, y a su cómplice Filipo; al pontífice Caifás y a Anás, su suegro, y a todos los principales de entre los judíos.

Así pues, marchó Rachaab con los soldados e hizo como le había sido ordenado, pasando por la espada a todos los varones de entre los judíos, mientras que las impuras mujeres de éstos quedaban expuestas a la violación de los paganos, con lo que brotó una ralea abominable, como engendro que era de Satanás. Después el emisario se hizo cargo de Pilato, de Arquelao y Filipo, de Anás y Caifás y de todos los principales de entre los judíos, y, cargándolos de cadenas, se puso con ellos camino de Roma. Y sucedió que, al pasar por cierta isla llamada Creta, Caifás perdió la vida de una manera violenta y miserable. Lo tomaron, pues, para sepultarlo, pero ni siquiera la tierra se dignó admitirlo en su seno, sino que lo arrojaba fuera. Cuando esto vieron los muchos que allí estaban, tomaron piedras con sus manos y las arrojaron sobre el cadáver, dejándole de esta manera sepultado. Los demás arribaron a Roma.

Existía entre los reyes de la antigüedad la costumbre de que, si un reo de muerte contemplaba el rostro real, se veía libre de su condenación. César, pues, dio las órdenes oportunas para no dejarse ver por Pilato, de manera que no pudiera escapar de la muerte. Así pues, lo metieron en una caverna y allí lo dejaron, conforme a las órdenes del emperador.

Mandó asimismo que Anás fuera envuelto en una piel de buey; y, al secarse el cuero por el sol, quedó oprimido por él, saliéndosele las

entrañas por la boca y perdiendo violentamente su vida miserable. A los demás presos judíos los ejecutó pasándolos a filo de espada. Mas a Arquelao, el hijo del odiosísimo Herodes, y a su cómplice Filipo los condenó a ser empalados.

Cierto día salió de caza el emperador e iba en persecución de una gacela. Ésta, al pasar por la boca de la caverna [donde estaba Pilato], se paró. Pilato estaba a punto de perecer a manos del César, e intentó fijar en él su mirada; pero, para que se realizara lo que estaba a punto de suceder, la gacela vino a ponerse frente a él; César entonces disparó una flecha con el fin de derribar al animal, pero el proyectil atravesó la entrada de la caverna y mató a Pilato. [Todos los que creéis que Cristo es el Dios verdadero y Salvador nuestro, glorificadle a Él y engrandecedle, pues le pertenece la alabanza, el honor y la adoración con su Padre sin principio y su Espíritu consustancial, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.]

c) Relación de Pilato (*«Anaphora»*)

Este documento, escrito originariamente en griego, se presenta como una memoria enviada por Pilato al césar Augusto en Roma para darle cuenta de los acontecimientos que acompañaron a la muerte y resurrección de Jesús. En él se excusa de haber pronunciado sentencia condenatoria —a pesar de estar convencido de la inocencia del reo— y echa la culpa de esta decisión a la coacción de que fue objeto por parte de quienes se lo entregaron: Herodes, Arquelao, Filipo, Anás y Caifás. Se trata de un escrito relativamente tardío (alrededor del siglo VII) que ha sido transmitido en varias versiones orientales (siríaca, árabe, antigua eslava, etc.) y en dos redacciones griegas —A y B— de las que reproducimos la A.

Texto griego: Tischendorf, 435-442; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 471-478.

Bibliografía: Craveri, 382-385; Moraldi, I, 710-713; Erbetta, III, 120-121; Starowieyski, 463-466; Stegmüller-Reinhardt, 150-151; Geerard, 50.

RELACIÓN DEL GOBERNADOR PILATO ACERCA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, ENVIADA A CÉSAR AUGUSTO A ROMA

En aquellos días que siguieron a la crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo, en tiempo de Poncio Pilato, gobernador de Palestina y de

Fenicia, se compusieron en Jerusalén estas memorias que refieren lo que hicieron los judíos contra el Señor. Pilato, pues, juntamente con su correspondencia particular, envió estas memorias al César, residente en Roma, después de escribir así:

«Al excelentísimo, piadosísimo, divinísimo y terribilísimo César Augusto, el gobernador de la provincia oriental, Pilato.

I

Excelencia: La relación que voy a haceros es causa de que me sienta cohibido por el temor y por el temblor. Pues habéis de saber que en esta provincia que gobierno, única entre las ciudades en cuanto al nombre de Jerusalén, el pueblo en masa de los judíos me entregó un hombre llamado Jesús, acusándole de muchos crímenes que no pudieron demostrar con la afluencia de las razones. Había entre ellos una facción enemiga suya porque Jesús les decía que el sábado no era día de descanso ni fiesta de guardar. Él, en efecto, obró muchas curaciones en tal día: devolvió la vista a los ciegos y la facultad de andar a los cojos; resucitó a los muertos; limpió a los leprosos; curó a los paralíticos, incapaces en absoluto de tener impulso corporal ni erección de nervios, sino sólo voz y articulaciones, dándoles fuerzas para andar y correr. Y extirpaba la enfermedad con sola su palabra. Otra nueva acción más portentosa, desconocida entre nuestros dioses: resucitó a un muerto de cuatro días con sólo dirigirle su palabra; y es de notar que el muerto tenía ya la sangre corrompida y estaba putrefacto a causa de los gusanos salidos de su cuerpo y despedía un hedor de perro. Viéndole, pues, yacente como estaba en el sepulcro, le mandó que echara a correr; y él, como si no tuviera lo más mínimo de cadáver, sino más bien como un esposo que sale de la cámara nupcial, así salió del sepulcro, rebosante de perfume.

II

Y a unos extranjeros, endemoniados a todas luces, que tenían su domicilio en los desiertos y comían sus propias carnes, portándose como bestias y reptiles, incluso a ellos les hizo honrados ciudadanos, les volvió cuerdos con su palabra y les preparó para ser sabios, po-

derosos y gloriosos, comensales de todos los que odiaban los espíritus inmundos y perniciosos que habitaban anteriormente en ellos, a quienes arrojó a lo profundo del mar.

III

Había, además, otro que tenía la mano seca. Mejor dicho, no sólo su mano, sino la mitad entera de su cuerpo estaba petrificada, de manera que no tenía figura de varón ni dilatación de músculos. E incluso a éste le curó con una palabra y le dejó sano.

IV

Y había otra mujer hemorroísa, cuyas articulaciones y venas estaban agotadas por el flujo de sangre, que no llevaba ya consigo ni cuerpo humano siquiera, que se asemejaba a un cadáver y que, finalmente, se había quedado sin voz. Tal era su gravedad, que ningún médico del territorio encontró manera de curarla y ni esperanza siquiera de vida le quedaba. Mas una vez que Jesús pasaba en secreto por allí, tomó fuerzas de la sombra de éste y tocó por detrás la orla de su vestido; inmediatamente sintió que una fuerza henchía sus oquedades y, como si jamás hubiera estado enferma, empezó a correr ágilmente camino de su ciudad, Cafarnaúm, estando a punto de igualar la marcha de seis jornadas.

V

Y esto que acabo de relatar con toda circunspección, lo hizo Jesús en día de sábado. Obró, además, otros milagros mayores que éstos, de manera que he llegado a pensar que los portentos suyos son mayores que los que hacen los dioses venerados por nosotros.

VI

Éste es, pues, aquel a quien Herodes, y Arquelao, y Filipo, Anás y Caifás, me entregaron en connivencia con todo el pueblo, haciéndome mucha fuerza para que lo juzgara. Y así, aun sin habercontra-

do a su cargo causa alguna de delitos o malas acciones, mandé que le crucificaran después de someterle a la flagelación.

VII

Y mientras le crucificaban, sobrevinieron unas tinieblas que cubrieron toda la tierra, quedando oscurecido el sol a mediodía y apagando las estrellas, en las que no había resplandor; la luna cesó de brillar, como si estuviera teñida en sangre, y el mundo de los infiernos quedó absorbido; incluso lo que era llamado santuario desapareció, a la caída de éstos, de la vista de los mismos judíos; finalmente, por el eco de los truenos repetidos, se produjo una hendidura en la tierra.

VIII

Y, cuando todavía cundía este pánico, aparecieron algunos muertos que habían resucitado, como atestiguaron los mismos judíos, y dijeron ser Abrahán, Isaac, Jacob, los doce patriarcas, Moisés y Job, las primicias de los muertos, como ellos dicen, que fallecieron hace tres mil quinientos años, y muchísimos de ellos, a los que yo pude ver también aparecidos corporalmente, se lamentaban a su vez a causa de los judíos: por la prevaricación que estaban cometiendo, por su perdición y por la de su ley.

IX

Duró el miedo del terremoto a partir de la hora sexta del viernes hasta la hora nona. Y, al llegar la tarde del primer día de la semana, se oyó un eco procedente del cielo, mientras éste adquiría un resplandor siete veces más vivo que todos los días. Y a la hora tercia de la noche apareció incluso el sol brillando más que nunca y embelleciendo todo el firmamento, y de la misma manera que los relámpagos sobrevienen de repente en el invierno, así aparecieron súbitamente unos varones, excelsos por su vestidura y por su gloria, que daban voces semejantes al fragor de un enorme trueno, diciendo: «Jesús, el que fue crucificado, acaba de resucitar. Levantaos del abismo los que estáis presos en los subterráneos del infierno». Y la hendidura de la tierra era tal, que parecía no había fondo, sino que dejaba

ba ver los mismos fundamentos de la tierra, entre los gritos de los que estaban en el cielo y paseaban corporalmente en medio de los muertos que acababan de resucitar; y aquel que dio vida a los muertos y encadenó al infierno decía: «Dad este encargo a mis discípulos: Él va delante de vosotros a Galilea; allí podréis verle».

X

Por toda aquella noche no cesó la luz de brillar, y muchos de los judíos perecieron absorbidos por la hendidura de la tierra, de manera que al día siguiente no compareció gran parte de los que habían estado en contra de Jesús. Otros veían apariciones de resucitados, a quienes ninguno de nosotros había visto, y en Jerusalén mismo no quedó ni una sola sinagoga de los judíos, pues todas desaparecieron en aquel derrumbamiento.

XI

Así pues, fuera de mí por aquel pánico y cohibido por un temblor horrible en extremo, he hecho a vuestra excelencia la relación escrita de lo que mis ojos vieron en aquellos momentos. Y, poniendo además en orden lo que hicieron los judíos contra Jesús, lo he remitido a vuestra divinidad, ¡oh Señor!»

d) Correspondencia entre Pilato y Herodes

Se trata de dos cartas escritas en griego que se presentan como intercambio epistolar entre ambos personajes y en que salta a la vista la simpatía que el autor sentía por el procurador romano. Al mismo tiempo se mezclan extrañas leyendas de cuño medieval sobre la muerte de Herodes y de sus allegados. La redacción es muy defecuosa, de manera que en algunos casos sólo es posible dar una traducción aproximada. Además del original griego, se conservan versiones siriacas de esta correspondencia.

Texto griego: M. R. JAMES, *Apocrypha anecdota II* (Texts and Studies 5,1. Cambridge 1897) 66-70; SANTOS OTERO, *Los evangelios...,* 478-483.

Bibliografía: Craveri, 393-396; Moraldi, I, 703-706; Erbetta, III, 127-129; Starowieyski, 473-476; Stegmüller-Reinhardt, 150; Geerard 51-52.

CARTA DE PILATO A HERODES

Pilato, gobernador de Jerusalén, saluda al tetrarca Herodes.

Nada bueno hice bajo tu instigación el día aquel en que los judíos presentaron a Jesús, el llamado Cristo. Pues de la misma manera que fue crucificado, así también ha resucitado al tercer día de entre los muertos, como acaban de anunciarme algunos, y entre ellos el centurión. Yo mismo he decidido enviar una expedición a Galilea y atestiguan haberle visto en su propio cuerpo y conservando el mismo semblante. Y ha llegado a dejarse ver de más de quinientas personas, con la misma voz e idénticas enseñanzas. Estos individuos han ido por ahí dando testimonio de ello, y, lejos de vacilar, han predicado su resurrección como fenómeno extraordinario y han anunciado un reino eterno, hasta el punto de que los cielos y la tierra parecían alegrarse de sus santas enseñanzas [de Jesús].

Y has de saber que Procla, mi mujer, dando crédito a las apariciones que tuvo de él cuando yo estaba a punto de mandarle crucificar por tu instigación, me dejó solo y se fue con diez soldados y Longinos, el fiel centurión, para contemplar su semblante, como si se tratara de un gran espectáculo. Y le han visto sentado en un campo de cultivo, rodeado de una gran turba y enseñando las magnificencias del Padre; de manera que todos estaban fuera de sí y llenos de admiración, [pensando] si había resucitado de entre los muertos aquel que había padecido el tormento de la crucifixión.

Y, mientras todos estaban observándole con gran atención, divisó a éstos y se dirigió a ellos en estos términos: «¿Todavía no me creéis, Procla y Longinos? ¿No eres tú por ventura el que hiciste guardia durante mi pasión y vigilaste mi sepulcro? Y tú, mujer, ¿no eres la que enviaste a tu esposo una misiva acerca de mí? [...] el testamento de Dios que dispuso el Padre. Yo, pues, el que fui levantado y sufri mucha cosa, vivificaré por medio de mi muerte, tan conocida para vosotros, toda la carne que ha perecido. Ahora, pues, sabed que no perecerá todo aquel que haya creído en Dios Padre y en mí, pues yo hice desaparecer los dolores de la muerte y traspasé al dragón de muchas cabezas. Y, en ocasión de mi futura venida, cada uno resucitará con el mismo cuerpo y alma que ahora tiene y bendecirá a mi Padre, al Padre de aquel que fue crucificado en la época de Poncio Pilato».

Al oírle decir tales cosas, tanto mi mujer, Procla, como el centurión que tuvo a su cargo la ejecución de Jesús, como los soldados

que habían ido en su compañía, se pusieron a llorar llenos de aflicción, y vinieron a mí para referirme estas cosas. Yo, a mi vez, después de oírlas, se las referí a mis grandes comisarios y compañeros de milicia; éstos, llenos de aflicción y ponderando el mal que habían hecho contra Jesús, se pusieron a llorar durante el día; y asimismo yo, compartiendo el dolor de mi mujer, estoy entregado al ayuno y duermo sobre la tierra. [...] y en esto vino el Señor y nos levantó del suelo a mí y a mi mujer; yo entonces fijé mi vista en él y vi que su cuerpo conservaba aún los cardenales. Y Él puso sus manos sobre mis hombros, diciendo: «Bienaventurado te llamarán todas las generaciones y los pueblos, porque en época tuya murió el Hijo del hombre y resucitó y ahora va a subir a los cielos y se sentará en lo más alto. Y caerán en la cuenta todas las tribus de la tierra de que yo soy el que va a juzgar a los vivos y a los muertos en el último día».

CARTA DE HERODES A PILATO

Herodes, tetrarca de los galileos, saluda al gobernador de los judíos, Poncio Pilato.

Estoy sumido en no pequeña aflicción, conforme al dicho de las Sagradas Escrituras, por las cosas que paso a relatarte, así como pienso que tú a tu vez te afigirás al leerlas. Pues has de saber que mi hija Herodíades, a quien yo amaba ardientemente, ha perecido por estar jugando junto al agua cuando ésta desbordaba sobre las márgenes del río. Efectivamente, el agua la cubrió de repente hasta el cuello; su madre entonces la agarró de la cabeza para que no se la llevara la corriente, pero se desprendió ésta del tronco y fue lo único que mi esposa pudo recoger, pues lo restante del cuerpo fue arrastrado por el agua. Mi mujer ahora aprieta, llorando, la cabeza sobre sus rodillas, y toda mi casa está sumida en una pena incesante.

Yo, por mi parte, me encuentro rodeado de muchos males a partir del momento en que supe que tú le habías despreciado [a Jesús]; y quiero ponerme en camino tan sólo para verle, adorarle y escuchar alguna palabra de sus labios, pues he perpetrado muchas maldades contra Él y contra Juan el Bautista; ciertamente estoy recibiendo con toda justicia mi merecido, pues mi padre derramó sobre la tierra mucha sangre de hijos ajenos a causa de Jesús, y yo, a mi vez, he degollado a Juan, el que le bautizó.

Justos son los juicios de Dios, porque cada cual recibe su recompensa en consonancia con sus deseos. Así pues, ya que te es dado ver de nuevo a Jesús, lucha ahora por mí y dile en mi favor una palabra; porque a vosotros, los gentiles, os ha sido entregado el reino, conforme a lo que dijeron Cristo y los profetas.

Lesbónax, mi hijo, se encuentra en una necesidad extrema, presa de una enfermedad agotadora desde hace muchos días. Yo, a mi vez, me encuentro enfermo de gravedad, sometido al tormento de la hidropesía, hasta el punto de que salen gusanos de mi boca. Mi mujer ha llegado incluso a perder el ojo izquierdo por la desgracia que se ha cernido sobre mi casa. Justos son los juicios de Dios, por cuanto hemos ultrajado al ojo inocente. No hay paz para los sacerdotes, dice el Señor. La muerte hará presa en ellos y en el senado de los hijos de Israel, pues pusieron inicuamente sus manos sobre el justo Jesús: Todo esto ha venido a cumplirse en la consumación de los siglos; y así, las naciones van a recibir en herencia el reino de Dios, mientras que los hijos de la luz serán arrojados fuera por no haber observado lo que convenía en relación con el Señor y con su Hijo.

Por todo lo cual ciñe ahora tus lomos, asume tu autoridad judicial de noche y de día, unido a tu mujer en el recuerdo de Jesús, y será vuestro el reino, pues nosotros hemos hecho padecer al Justo. Y si es que hay lugar para mis ruegos, ¡oh Pilato!, puesto que nacimos simultáneamente, da sepultura diligentemente a mi casa, pues preferimos ser sepultados por ti que no por los sacerdotes, a quienes en breve, según las escrituras de Jesús, les espera el juicio. Adiós.

Te he enviado los pendientes de mi mujer y mi propio anillo. Si es que te acuerdas, me lo devolverás en el último día. Ya van aflorando los gusanos a mi boca y con ello recibo el castigo de este mundo; pero temo más la sentencia de allá, pues los módulos de justicia que me aplicará el Dios vivo serán por duplicado. Vamos desapareciendo fugazmente de esta vida a los pocos años de nacer, y de allí proviene el juicio eterno y la retribución de las acciones.

e) Tradición de Pilato («Paradosis»)

Puede considerarse este escrito como una continuación de la *Anaphora*, en que el autor insiste en exculpar a Pilato de su responsabilidad, aduciendo datos conocidos ya por las *Actas de Pilato*. De ahí

su carácter secundario. Escrito originariamente en griego, se ha conservado también en versiones orientales.

Texto griego: Tischendorf, 449-455; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 484-489.

Bibliografía: Craveri, 386-388; Moraldi, I, 717-720; Erbetta, III, 122-124; Starowieyski, 466-468; F. SCHEIDWEILER, en *Schneemelcher*, I, 422; Stegmüller-Reinhardt, 148; Geerard, 50-51.

TRADICIÓN DE PILATO

I

Llegó a Roma la carta y fue leída al César en presencia de no pocas personas. Y todas quedaron atónitas al oír que, a causa del delito de Pilato, las tinieblas y el terremoto habían afectado a toda la tierra. Y, montando el César en cólera, envió soldados y ordenó que llevaran preso a Pilato.

II

Conducido que fue a Roma y enterado el César de que había llegado, se sentó éste en el templo de los dioses a la cabeza del senado, acompañado de todo el elemento militar y de la multitud que integraba sus fuerzas. Entonces dio órdenes de que avanzara delante Pilato y quedara de pie. A continuación le dijo: «¿Por qué has tenido la osadía de hacer tales cosas, monstruo de impiedad, después de haber visto prodigios como los que hacía aquel hombre? Por atreverte a cometer tal villanía, has acarreado la ruina a todo el universo».

III

Mas Pilato replicó: «¡Oh emperador!, yo no soy culpable de esto; los incitadores y responsables son la turba de los judíos». César dijo: «¿Y quiénes son éstos?» Respondió Pilato: «Herodes, Arquelao, Filipo, Anás, Caifás y toda la turba de los judíos». Repuso César: «¿Y por qué secundaste tú el propósito de aquéllos?» Dijo Pilato: «Su nación es levantisca e insumisa; no se somete a tu imperio». A lo que replicó César: «Nada más entregártelo debiste ponerlo a buen seguro y enviármelo a mí y no dejarte persuadir por ellos para crucificar a un personaje como éste, que era justo y que hacía prodigios tan

buenos como hacías constar en tu relación. Pues señales como éstas bien daban a conocer que Jesús era el Cristo, el rey de los judíos».

IV

Y nada más decir esto César, cuando mencionó el nombre de Cristo, toda la caterva de dioses se desplomó y quedó reducida a una especie de polvareda que ocupó el recinto en que estaba sentado el César acompañado del senado. Y el pueblo que estaba en presencia del César quedó todo amedrentado al oír pronunciar el nombre y ante la caída de aquellos dioses, y, -sobrecogidos de temor, se fue cada cual a su casa, llenos de admiración por lo ocurrido. Entonces mandó el César que Pilato fuera sometido a una segura vigilancia, de manera que él pudiera conocer la verdad de lo que concernía a Jesús.

V

Al día siguiente se sentó César en el Capitolio juntamente con el senado en pleno y se propuso de nuevo interrogar a Pilato. Dijo, pues, el César: «Di la verdad, monstruo de impiedad, pues, por la acción impía que llevaste a cabo contra Jesús, tu mala conducta ha venido a ponerte aquí de manifiesto por el hecho de que los dioses se hayan desplomado. Dime, pues, ¿quién es aquel crucificado, ya que su nombre ha traído la perdición incluso de todos los dioses?» Pilato respondió: «Efectivamente, lo que de Él se menciona es verdadero; yo mismo, al ver sus obras, llegué a persuadírmel de que aquel personaje era de mayor categoría que todos los dioses que nosotros veneramos». Preguntó entonces el César: «¿Cómo, pues, tuviste la osadía de hacer aquello contra Él, conociéndole como le conocías? ¿O es que maquinabas algún mal contra mi imperio?» Mas Pilato respondió: «Hice esto por la iniquidad y la sublevación de estos judíos sin ley y sin Dios».

VI

Encolerizado entonces el César, se puso a deliberar con todo el senado y su ejército. Y mandó escribir un edicto contra los judíos concebido en estos términos: «A Liciano, gobernador de la provin-

cia oriental, salud. He venido en conocimiento del hecho atrevido e ilegal que ha tenido lugar en nuestros tiempos por parte de los judíos que habitan Jerusalén y las ciudades circunscritas, hasta el punto de que han obligado a Pilato a crucificar a cierto dios llamado Jesús, crimen tan horrendo, que por él el universo, entenebrecido, iba a ser arrastrado a la ruina. Haz, pues, ánimo de presentarte a ellos con toda premura, bien pertrechado de fuerzas, y declara la esclavitud por el presente edicto. Sé obediente a la consigna de atacarlos y desparramarlos por el mundo; redúcelos a servidumbre en todas las naciones, y, después de expulsar de toda la Judea hasta la reliquia más insignificante de su raza, haz que no aparezca ni esto siquiera, llenos como están de maldad».

VII

Llegado este edicto al Oriente, Liciano obedeció al tenor terrible de la orden y dio al exterminio a la nación entera de los judíos; y a los que quedaron en Judea les echó a la diáspora de las naciones para ser esclavos, de manera que llegó a conocimiento del César lo que había hecho Liciano contra los judíos en Oriente, y le agradó.

VIII

Y el César se dispuso de nuevo a juzgar a Pilato. Luego mandó a un jefe llamado Albio que le cortara la cabeza, diciendo: «De la misma manera que éste levantó su mano contra aquel hombre justo llamado Cristo, de manera semejante caerá éste también sin remisión».

IX

Mas Pilato, cuando hubo llegado al lugar señalado, se puso a orar en silencio de esta manera: «Señor, no me pierdas en compañía de los perversos hebreos, pues yo no hubiera levantado mi mano contra ti si no hubiera sido por el pueblo de los inicuos judíos, pues se rebelaron contra mí; pero tú sabes que obré sin saber. Así pues, no me pierdas por este pecado, sino sé benigno conmigo, ¡oh Señor!, y con tu sierva Procla, que está a mi lado en esta hora de mi muerte, a quien te dignaste designar como profetisa de tu futura crucifixión. No condenes también a ésta por mi pecado, sino perdónanos y cuéntanos entre la porción de tus escogidos».

X

Y he aquí que, después de terminar Pilato su oración, vino una voz del cielo que decía: «Bienaventurado te llamarán las generaciones y patrias de las gentes, porque en tu tiempo se cumplieron todas estas cosas que habían sido dichas por los profetas acerca de mí; y tú has de aparecer como testigo en mi segunda venida, cuando vaya a juzgar a las doce tribus de Israel y a los que no han confesado mi nombre». Y sacudió el prefecto la cabeza de Pilato, y he aquí que un ángel del Señor la recibió. Y al ver Procla, su mujer, al ángel que venía para recibir la cabeza de él, rebosante de alegría, entregó también su espíritu al instante y fue sepultada juntamente con su marido.

f) *Muerte de Pilato*

A este relato de origen latino apenas puede dársele la categoría de «apócrifo». Se trata de una leyenda medieval sobre el trágico fin del procurador romano, en que se insertan diversos episodios no menos legendarios (por ejemplo, el de la imagen de Jesús transmitida por la Verónica), que tuvieron amplia difusión en Occidente, sobre todo a través de la *Leyenda áurea*.

Texto latino: Tischendorf, 456-458; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 490-494.

Bibliografía: Craveri, 389-392; Moraldi, I, 721-724; Starowieyski, 470-473; Stegmüller-Reinhardt, 149; Geerard, 53.

MUERTE DE PILATO, EL QUE CONDENÓ A JESÚS

Encontrándose Tiberio César, emperador de los romanos, aquejado de una grave enfermedad y habiéndose enterado de que en Jerusalén había un médico llamado Jesús, el cual curaba las enfermedades con sola su palabra, ignorando que los judíos y Pilato le hubieran dado muerte, dio esta orden a cierto allegado suyo llamado Volusiano: «Vete lo antes posible al otro lado del mar y di a Pilato, mi servidor y amigo, que me envíe este médico para que me restituya al estado de salud en que antes me encontraba». El referido Volusiano, oída la orden del emperador, partió al instante y llegó hasta Pilato, de acuerdo con la orden que había recibido. Y contó al men-

cionado Pilato lo que le había encargado Tiberio César, diciendo: «Tiberio César, emperador de los romanos, señor tuyo, al enterarse de que en esta ciudad se encuentra un médico capaz de curar las enfermedades con sola su palabra, te ruega encarecidamente se lo envíes para que le cure su propia enfermedad». Cuando oyó esto Pilato, se atemorizó en gran manera, sabiendo que le había hecho matar por envidia. Respondió, pues, Pilato al citado mensajero de esta manera: «Aquel hombre era malhechor y llevaba en pos de sí todo el pueblo. Por lo cual, después de celebrarse un consejo entre los sabios de la ciudad, mandé que fuera crucificado». Cuando el mensajero en cuestión volvía a su casa, se encontró con cierta mujer llamada Verónica, que había tratado a Jesús, y le dijo: «Oh mujer!, ¿por qué dieron muerte los judíos a cierto médico residente en esta ciudad, que con sola su palabra curaba a los enfermos?» Mas ella empezó a llorar, diciendo: «¡Ay de mí! Señor, Dios y Señor mío, a quien Pilato por envidia entregó, condenó y mandó crucificar». Entonces él, embargado de un profundo dolor, dijo: «Lo siento enormemente, porque no voy a poder cumplir el cometido que me había dado mi señor». Le dijo la Verónica: «Cuando mi Señor se iba a predicar, yo llevaba muy a mal el verme privada de su presencia; entonces quise que me hicieran un retrato para que, mientras no pudiera gozar de su compañía, me consolara a lo menos la figura de su imagen. Y, yendo yo a llevar el lienzo al pintor para que me lo diseñase, mi Señor salió a mi encuentro y me preguntó adónde iba. Cuando le manifesté mi propósito, me pidió el lienzo y me lo devolvió señalado con la imagen de su rostro venerable. Si, pues, tu señor mira devotamente su aspecto, se verá inmediatamente agraciado con el beneficio de la curación». Él entonces le dijo: «¿Un tal retrato puede adquirirse con oro o con plata?» Ella respondió: «No, sino con un piadoso afecto de devoción. Marcharé, pues, contigo y llevaré la imagen para que la vea el César; después me volveré».

Vino, pues, Volusiano a Roma en compañía de Verónica y dijo al emperador Tiberio: «Aquel Jesús a quien tú desde largo tiempo vienes deseando fue entregado por Pilato y los judíos a una muerte injusta y por envidia fue clavado en el patíbulo de la cruz. Ha venido, pues, en mi compañía cierta matrona que trae consigo un retrato del mismo Jesús; si tú le miras con devoción, obtendrás al momento el beneficio de tu curación». Hizo, pues, el César que el camino fuera alfombrado con paños de seda y mandó que le presentaran la imagen. Y, nada más mirarla, recobró su antigua salud.

En consecuencia, Poncio Pilato fue detenido por orden del César y traído a Roma. Al enterarse el emperador de su llegada, se sintió dominado por un gran furor contra él y mandó que se lo presentaran. Es de saber que Pilato había traído consigo la túnica inconsútil de Jesús, prenda que llevó puesta a la presencia del emperador. Y nada más verle el emperador, depuso toda su ira, se levantó inmediatamente ante él y no osó decir una palabra dura. Y así, el que en ausencia suya parecía tan fiero y terrible, ahora en su presencia estaba manso hasta cierto punto. Pero, nada más despedirle, empezó a encenderse terriblemente contra él, llamándose a sí mismo miserable a voz en grito por no haberle mostrado la indignación de su pecho. Y al momento le hizo llamar nuevamente, jurando y declarando que era hijo de muerte y que no era lícito que viviera sobre la tierra. Mas, en cuanto le vio de nuevo, le saludó inmediatamente y depuso toda la ferocidad de su alma. Todos, e incluso él mismo, estaban admirados de que así se encolerizara en ausencia de Pilato, mientras que en su presencia no era capaz de decir ninguna palabra áspera. Finalmente, por inspiración divina, o quizás por consejo de algún cristiano, mandó que le despojaran de aquella túnica. Y al instante recobró contra él su antigua ferocidad de ánimo. Grandemente admirado de esto el emperador, le fue dicho que aquella túnica había pertenecido a Jesús. Entonces mandó que fuera metido en la cárcel, mientras deliberaba el consejo de los sabios qué debería hacerse con él. Pocos días después se dictó sentencia contra Pilato para que fuera condenado a una muerte ignominiosa en extremo.

Cuando esto llegó a oídos de Pilato, él mismo se suicidó con un cuchillo, y con esta muerte dio fin a su vida. Al enterarse de ello César, dijo: «En verdad que ha muerto muy ignominiosamente, pues su propia mano no le ha perdonado». Lo ataron, pues, a una ingente mole y lo arrojaron a lo profundo del Tíber. Mas sucedió que ciertos espíritus inmundos y malignos, gozándose con un cuerpo de su misma condición, se movían en las aguas y traían en los aires rayos y tempestades, truenos y granizo, hasta el punto de que todos estaban sobrecogidos de un terrible temor. Por lo cual los romanos lo sacaron del río Tíber y lo llevaron en son de burla a Viena y lo arrojaron a lo profundo del Ródano, pues Viena suena algo así como *camino de la gehena* (infierno), por ser en aquel tiempo un lugar maldito. Pero también allí se presentaron los malos espíritus, haciendo las mismas cosas. No aguantando, pues, aquellos habitantes tan gran invasión de demonios, echaron lejos de sí aquel vaso maldito y encargaron

que recibiera sepultura en el territorio de Lausana. Los habitantes de esta región, sintiéndose excesivamente oprimidos por las susodichas invasiones, lo echaron lejos de sí y lo arrojaron a un pozo rodeado de montañas, donde, de dar crédito a la relación de algunos, se dice que andan bullendo todavía algunas maquinaciones diabólicas.

g) Declaración de José de Arimatea

Viene a ser un apéndice, o —si se quiere— una compilación de las *Actas de Pilato*, a semejanza de la *Anaphora* y de la *Paradosis*. De origen oriental, estuvo muy en boga durante la Edad Media, como lo atestiguan los muchos códices griegos y las diversas versiones orientales en que ha llegado hasta nosotros.

Texto griego: Tischendorf, 459-470; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 495-506.

Bibliografía: Craveri, 401-409; Moraldi, I, 683-692; Erbetta, I/2, 397-401; Starowieyski, 487-493; Geerard, 55-56.

DECLARACIÓN DE JOSÉ DE ARIMATEA, EL QUE DEMANDÓ EL CUERPO DEL SEÑOR, QUE CONTIENE LAS CAUSAS DE LOS DOS LADRONES

I

1. Yo soy José el de Arimatea, el que pidió a Pilato el cuerpo del Señor Jesús para sepultarlo, y que por este motivo se encuentra ahora encadenado y oprimido por los judíos, asesinos y refractarios de Dios, quienes, además, teniendo en su poder la ley, fueron causa de tribulación para el mismo Moisés y, después de encollerizar al legislador y de no haber reconocido a Dios, crucificaron al Hijo de Dios, cosa que quedó bien de manifiesto a los que conocían la condición del Crucificado. Siete días antes de la pasión de Cristo fueron remitidos al gobernador Pilato desde Jericó dos ladrones, cuyos cargos eran éstos:

2. El primero, llamado Gestas, solía dar muerte de espada a algunos viandantes, mientras que a otros les dejaba desnudos y colgaba a las mujeres de los tobillos cabeza abajo para cortarles después los pechos; tenía predilección por beber la sangre de miembros infantiles; nunca conoció a Dios; no obedecía a las leyes y venía ejecu-

tando tales acciones, violento como era, desde el principio de su vida.

El segundo, por su parte, estaba encartado de la siguiente forma. Se llamaba Dimas; era de origen galileo y poseía una posada. Atracaba a los ricos, pero a los pobres les favorecía. Aun siendo ladrón, se parecía a Tobit [Tobías], pues solía dar sepultura a los muertos. Se dedicaba a saquear a la turba de los judíos; robó los libros de la Ley en Jerusalén, dejó desnuda a la hija de Caifás, que era a la sazón sacerdotisa del santuario, y sustrajo incluso el depósito secreto colocado por Salomón. Tales eran sus fechorías.

3. Fue detenido asimismo Jesús la tarde del día 4 antes de la Pascua. Y no había fiesta para Caifás ni para la turba de los judíos, sino enorme aflicción, a causa del robo que había efectuado el ladrón en el santuario. Y, llamando a Judas Iscariote, se pusieron al hablar con él. Es de saber que éste era sobrino de Caifás. No era discípulo sincero de Jesús, sino que había sido dolosamente instigado por toda la turba de los judíos para que le siguiera; y esto, no con el fin de que se dejara convencer por los portentos que Él obraba, ni para que le reconociese, sino para que se lo entregase, con la idea de cogerle alguna mentira. Y por esta gloriosa empresa le daban regalos y un didracma de oro cada día. Y a la sazón hacía ya dos años que se encontraba en compañía de Jesús, como dice uno de los discípulos llamado Juan.

4. Y tres días antes de que fuera detenido Jesús, dijo Judas a los judíos: «¡Ea!, pongamos el pretexto de que no fue el ladrón quien sustrajo los libros de la Ley, sino Jesús en persona; yo mismo me comprometo a hacer de acusador». Mientras esto se decía, entró en nuestra compañía Nicodemo, el que tenía a su cargo las llaves del santuario, y se dirigió a todos, diciendo: «No llevéis a efecto tal cosa». Es de saber que Nicodemo era más sincero que todos los judíos juntos. Mas la hija de Caifás, llamada Sara, dijo a voz en grito: «Pues Él ha dicho delante de todos contra este lugar santo: Soy capaz de destruir este templo y de levantarla en tres días». A lo que respondieron los judíos: «Te damos todos nuestro voto de confianza», pues la tenían como profetisa. Y, una vez celebrado el consejo, fue detenido Jesús.

II

1. Y al día siguiente, que era miércoles, le llevaron a la hora de nona al palacio de Caifás. Y Anás y Caifás le dijeron: «Oye, ¿por qué has robado nuestra Ley y has puesto a pública subasta las promesas de Moisés y de los profetas?» Mas Jesús nada respondió. Y, ante toda la asamblea reunida, le dijeron: «¿Por qué pretendes deshacer en un solo momento el santuario que Salomón levantó en cuarenta y seis años?» Y Jesús no respondió nada a esto. Es de saber que el santuario de la sinagoga había sido saqueado por el ladrón.

2. Mas el miércoles, a la caída de la tarde, la turba se disponía a quemar a la hija de Caifás por haberse perdido los libros de la Ley, pues no sabían cómo celebrar la Pascua. Pero ella les dijo: «Esperad, hijos, que daremos muerte a este Jesús y encontraremos la Ley y la santa fiesta se celebrará con toda solemnidad». Entonces Anás y Caifás dieron ocultamente a Judas Iscariote una buena cantidad de oro con este encargo: «Di, según nos anunciate: Yo sé que la Ley ha sido sustraída por Jesús, para que el delito recaiga sobre él y no sobre esta irreprochable doncella». Y cuando se hubieron puesto de acuerdo sobre el particular, Judas les dijo: «Que no sepa el pueblo que vosotros me habéis dado instrucciones para hacer esto contra Jesús; soltadle más bien a éste, y yo me encargo de convencer al pueblo de que la cosa es así». Y astutamente pusieron en libertad a Jesús.

3. Así pues, el jueves al amanecer entró Judas en el santuario y dijo a todo el pueblo: «¿Qué queréis darme y yo os entregaré al que hizo desaparecer la Ley y robó los Profetas?» Respondieron los judíos: «Si nos lo entregas, te daremos treinta monedas de oro». Mas el pueblo no sabía que Judas se refería a Jesús, pues bastantes confesaban que era Hijo de Dios. Judas, pues, se quedó con las treinta monedas de oro.

4. Y, habiendo salido a la hora cuarta y a la hora quinta, encontró a Jesús paseando en el atrio. Y, echándose ya encima la tarde, dijo a los judíos: «Dadme una escolta de soldados armados de espadas y palos y yo lo pondré en vuestras manos». Y le dieron fuerza para prenderle. Y mientras iban caminando, les dijo Judas: «Echad mano a aquel a quien yo besare, pues Él es quien ha robado la Ley y los Profetas». Después se acercó a Jesús y le besó, diciendo: «Salve, Maestro». Era a la sazón la tarde del jueves. Y, una vez preso, lo pusieron en manos de Caifás y de los pontífices, diciéndoles Judas:

«Éste es el que ha hurtado la Ley y los Profetas». Y los judíos sometieron a Jesús a un injusto interrogatorio, diciendo: «¿Por qué has hecho esto?» Mas Él nada respondió.

Entonces Nicodemo y yo, José, viendo la cátedra de la pestilencia, nos sepáramos de ellos, no estando dispuestos a perecer juntamente con el consejo de los impíos.

III

1. Y, después de que aquella noche hicieran otras cosas terribles contra Jesús, la madrugada del viernes fueron a entregárselo al gobernador Pilato para crucificarle; y con este fin acudieron todos. Y el gobernador Pilato, después de interrogarle, mandó que fuera crucificado en compañía de dos ladrones. Y fueron crucificados juntamente con Jesús, a la izquierda Gestas y a la derecha Dimas.

2. Y empezó a gritar el de la izquierda, diciendo a Jesús: «Mira cuántas cosas malas he hecho sobre la tierra, hasta el punto incluso de que, si yo hubiera sabido que tú eras rey, aun contigo hubiera acabado. ¿Por qué te llamas a ti mismo Hijo de Dios, si no puedes socorrerte en caso de necesidad? ¿Cómo, pues, vas a prestar auxilio a otro que te lo pida? Si tú eres el Cristo, baja de la cruz para que pueda creer en ti. Pero, por de pronto, no te considero como hombre, sino como bestia salvaje que está pereciendo juntamente conmigo». Y comenzó a decir muchas otras cosas contra Jesús mientras blasfemaba y hacia rechinuar sus dientes contra Él, pues había caído preso el ladrón en el lazo del diablo.

3. Mas el de la derecha, cuyo nombre era Dimas, viendo la gracia divina de Jesús, gritaba de este modo: «Te conozco, joh Jesucristo!, y sé que eres Hijo de Dios; te estoy viendo como Cristo adorado por miradas de ángeles. Perdóname los pecados que he cometido; no hagas venir contra mí los astros en el momento de mi juicio, o la luna cuando vayas a juzgar toda la tierra, puesto que de noche realicé mis malos propósitos; no muevas el sol, que ahora se está oscureciendo por ti, para que pueda manifestar las maldades de mi corazón; ya sabes que no puedo ofrecerte presente alguno por la remisión de mis pecados. Ya se me echa encima la muerte a causa de mis maldades, pero tú tienes poder para expiarlas; líbrame, Señor universal, de tu terrible juicio; no concedas al enemigo poder para engullirme y hacerse heredero de mi alma, como lo es de la de ese

que está colgado a la izquierda; pues estoy viendo cómo el diablo recoge su alma, mientras sus carnes desaparecen. No me ordenes tampoco pasar a la parte de los judíos, pues estoy viendo sumidos en un gran llanto a Moisés y a los profetas, mientras el diablo se ríe a costa suya. Antes, pues, joh Señor!, de que mi alma salga, manda que sean borrados mis pecados, y acuédate de mí, pecador, en tu reino, cuando vayas a juzgar a las doce tribus sobre el trono grande y alto, pues gran tormento has preparado a tu mundo por tu propia causa».

4. Y, cuando el ladrón terminó de decir esto, le respondió Jesús: «En verdad, en verdad te digo, Dimas, que hoy mismo vas a estar conmigo en el paraíso. Mas los hijos del reino, los descendientes de Abrahán, de Isaac, de Jacob y de Moisés, serán arrojados fuera a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes. Mas tú serás el único que habites en el paraíso hasta mi segunda venida, cuando vaya a juzgar a los que no han confesado mi nombre». Y añadió: «Márchate ahora y di a los querubines y a las potestades, que están blandiendo la espada de fuego y guardan el paraíso del que Adán, el primero de los creados, fue arrojado, después de haber vivido allí, por haber prevaricado y no haber guardado mis mandamientos: Ninguno de los primeros verá el paraíso hasta que venga de nuevo a juzgar a vivos y muertos. Habiéndolo escrito así Jesucristo, el Hijo de Dios, el que descendió de las alturas de los cielos, el que salió inseparablemente del seno del Padre invisible y bajó al mundo para encarnarse y ser crucificado para salvar a Adán, a quien formó, para conocimiento de los escuadrones de arcángeles, guardianes del paraíso y ministros de mi Padre. Quiero y mando que penetre dentro el que está siendo crucificado conmigo, y que reciba por mí la remisión de sus pecados, y que entre en el paraíso con cuerpo incorruptible y engalanado, y que habite allí donde nadie jamás puede habitar».

Y he aquí que, cuando hubo dicho esto, Jesús entregó su espíritu. Tenía esto lugar el viernes a la hora de nona. Mientras tanto, las tinieblas cubrían la tierra entera y, habiendo sobrevenido un gran temblor, se derrumbó el santuario y el pináculo del templo.

IV

1. Entonces yo, José, demandé el cuerpo de Jesús y lo puse en un sepulcro nuevo, sin estrenar. Mas el cadáver del que estaba a la

derecha no pudo ser hallado, mientras que el de la izquierda tenía un aspecto parecido al de un dragón.

Y, por el hecho de haber pedido el cuerpo de Jesús para darle sepultura, los judíos, dejándose llevar de un arranque de cólera, me metieron en la cárcel donde solía retenerse a los malhechores. Me ocurría esto a mí la tarde del sábado en que nuestra nación estaba prevaricando. Y mira por cuánto esta nuestra misma nación sufrió el sábado tribulaciones terribles.

2. Y precisamente la tarde del primer día de la semana a la hora quinta, cuando yo me encontraba en la cárcel, vino hacia mí Jesús acompañado del que había sido crucificado a su derecha, a quien había enviado al paraíso. Y había una gran luz en el recinto. De pronto, la casa quedó suspensa de sus cuatro ángulos, el espacio interior quedó libre y yo pude salir. Entonces reconocí a Jesús en primer lugar y luego al ladrón, que traía una carta para Jesús. Y, mientras íbamos camino de Galilea, brilló una luz tal, que no podía soportarla la creación; el ladrón, a su vez, exhalaba un gran perfume procedente del paraíso.

3. Luego se sentó Jesús en un lugar y leyó así: «Los querubines y los hexáptéritos, que recibimos de tu divinidad la orden de guardar el jardín del paraíso, hacemos saber esto por medio del ladrón que fue crucificado juntamente contigo por disposición tuya: Al ver en éste la señal de los clavos y el resplandor de las letras de tu divinidad, el fuego se extinguió, no pudiendo aguantar la flamígera señal; y nosotros, sobrecogidos por un gran temor, quedamos amedrentados; pues oímos al autor del cielo y de la tierra y de la creación entera que bajaba desde la altura hasta las partes más bajas de la tierra a causa del primero de los creados, Adán. Pues, al ver la cruz inmaculada que fulguraba por medio del ladrón y que hacía reverberar un resplandor siete veces mayor que el del sol, se apoderó de nosotros, presa de la agitación de los infiernos, un gran temblor. Y, haciendo coro con nosotros los ministros del infierno, dijimos a grandes voces: Santo, Santo, Santo es el que impera en las alturas. Y las potestades dejaban escapar este grito: Señor, te has manifestado en el cielo y sobre la tierra, dando la alegría de los siglos, después de haber salvado de la muerte a la misma criatura».

V

1. Mientras iba yo contemplando esto, camino de Galilea, en compañía de Jesús y del ladrón, Aquél se transfiguró, y no era lo mismo que al principio, antes de ser crucificado, sino que era luz por completo. Y los ángeles le servían continuamente, y Jesús mantenía conversación con ellos. Y pasé tres días a su lado, sin que ninguno de sus discípulos le acompañara, sino sólo el ladrón.

2. Mediada la fiesta de los Ázimos, vino su discípulo Juan, y todavía no habíamos visto al ladrón ni sabíamos qué había sido de él. Juan entonces preguntó a Jesús: «¿Quién es éste, pues no me has permitido ser visto por él?» Mas Jesús no le respondió nada. Entonces él se echó a sus pies y le dijo: «Señor, sé que desde el principio me amaste; ¿por qué no me haces ver a aquel hombre?» Le dijo Jesús: «¿Por qué vas en busca de lo arcano? ¿Eres obtuso de inteligencia? ¿No percibes el perfume del paraíso que ha inundado el lugar? ¿No te das cuenta de quién era? El ladrón colgado de la cruz ha venido a ser heredero del paraíso; en verdad, en verdad te digo que de él sólo es hasta que llegue el gran día». Y Juan dijo: «Hazme digno de verle».

3. Y, mientras Juan estaba aún hablando, apareció de repente el ladrón. Aquél entonces, atónito, cayó al suelo. El ladrón no conservaba la misma figura que tenía antes de venir Juan, sino que era como un rey majestuoso en extremo, engalanado como estaba con la cruz. Y se dejó oír una voz, emitida por una gran muchedumbre, que decía así: «Has llegado al lugar del paraíso que te estaba preparado; nosotros hemos sido designados por el que te envió para servirte hasta que venga el gran día». Y, al producirse esta voz, quedamos invisibles el ladrón y yo. Yo entonces me encontré en mi propia casa y ya no vi a Jesús.

4. Y habiendo sido testigo ocular de estas cosas, las he dejado escritas para que todos crean en Jesucristo crucificado, nuestro Señor, y no sirvan ya a la ley de Moisés, sino que den crédito a los prodigios y portentos obrados por Él, de manera que, creyendo, sean herederos de la vida eterna y podamos encontrarnos todos en el reino de los cielos; porque a Él le conviene gloria, fuerza, alabanza y majestad por los siglos de los siglos. Amén.

h) *Venganza del Salvador («Vindicta»)*

Se narra en este escrito la destrucción de Jerusalén llevada a cabo por Tito y Vespasiano, la historia de Natán y la Verónica, así como una serie de curaciones milagrosas atribuidas al retrato que esta mujer conservó de Jesús. Este conjunto de leyendas —a pesar de sus incongruencias históricas— suscitó un enorme interés en varias regiones del Occidente medieval, particularmente en Aquitania, por una supuesta relación con la evangelización de estos lugares.

Texto latino: Tischendorf, 471-486; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 506-526.

Bibliografía: Craveri, 411-422; Moraldi, I, 736-747; Starowieyski, 477-486; Stegmüller-Reinhardt, 147; Geerard, 52.

LA VENGANZA DEL SALVADOR

I

En los días del emperador Tiberio César, siendo Herodes tetrarca, bajo el dominio de Poncio Pilato, Cristo fue entregado por los judíos y declarado inocente por Tiberio.

Por aquellos días estaba Tito de régulo a las órdenes de Tiberio en la región de Equitania [Aquitania], en una ciudad de la Libia llamada Burgidalla [Burdeos]. Es de saber que Tito tenía una llaga en la parte derecha de la nariz, originada por un cáncer, estando su rostro deshecho hasta el ojo.

II

Salió por entonces de Judea un hombre llamado Natán, hijo de Naúm. Éste era un ismaelita que iba de región en región y de mar en mar, por todos los confines de la tierra. Natán venía enviado desde Judea al emperador Tiberio, siendo portador de un tratado que habían hecho con la ciudad de Roma. Es de notar que Tiberio estaba enfermo, lleno de úlceras y fiebres malignas, y tenía nueve clases de lepra.

III

Natán llevaba la intención de dirigirse a Roma. Pero sopló el viento del norte e impidió su navegación, haciéndole arribar a un puerto

de Libia. Tito, que vio venir la nave, conoció que procedía de Judea. Y todos se llenaron de admiración y convinieron en que nunca habían visto balsa alguna venir de allí en semejantes condiciones.

IV

Tito entonces hizo llamar al patrón de la nave y le preguntó quién era. Él respondió: «Yo soy Natán, hijo de Naúm, de origen ismaelita, y vivo en Judea bajo el dominio de Poncio Pilato. Ahora vengo enviado a Tiberio, emperador romano, con objeto de poner en sus manos un tratado de parte de Judea. Pero un fuerte viento se echó sobre el mar, y heme aquí en una región para mí desconocida».

V

Y Tito dijo: «Si alguna vez fueras capaz de encontrar algún medicamento, ya sea de mejunjes o de hierbas, apto para curarme la herida que, como ves, tengo en la cara, de manera que sanara y recuperara mi antigua salud, te colmaría de favores».

VI

Respondió Natán: «Yo, por mi parte, no sé ni conozco cosas parecidas, señor, a las que tú me indicas. No obstante, si hubieras estado hace algún tiempo en Jerusalén, allí hubieras encontrado un profeta elegido, cuyo nombre era Emmanuel (pues Él ha de salvar al pueblo de sus pecados). Éste obró su primer milagro en Caná de Galilea, convirtiendo el agua en vino; y con su palabra limpió a los leprosos, hizo huir a los demonios, resucitó a tres muertos, libertó a una mujer cogida en adulterio, condenada por los judíos a ser apedreada; y a otra mujer llamada Verónica, que padecía flujo de sangre desde hacía doce años y que se acercó a Él por detrás, tocando la orla de su vestido, la sanó también; y con cinco panes y dos peces sació a cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños, quedando doce espuertas de fragmentos; todas estas y muchas otras cosas tuvieron lugar antes de su pasión. Después de su resurrección le vimos con el mismo cuerpo que antes había tenido».

VII

Le dijo entonces Tito: «¿Cómo es que resucitó de entre los muertos, siendo así que estuve muerto?» Natán respondió: «Murió sin duda alguna; fue suspendido en una cruz y nuevamente descolgado de ella; estuvo tres días en el sepulcro; después resucitó de entre los muertos y bajó a los infiernos, donde liberó a los patriarcas, profetas y a todo el humano linaje; luego se apareció a sus discípulos y comió con ellos, y, finalmente, le vieron subir al cielo. De manera que es verdad cuanto os vengo diciendo. Yo mismo le vi con mis propios ojos, así como la casa entera de Israel». Entonces Tito exclamó: «¡Ay de ti, emperador Tiberio!, lleno de úlceras y cercado por la lepra, por haberse cometido tal escándalo durante tu reinado; por haber promulgado unas leyes en Judea, tierra natal de Nuestro Señor Jesucristo, que sirvieron para prender al rey y dar muerte al gobernador de los pueblos, sin que le hicieran venir hasta nosotros para que te limpiara a ti de la lepra y a mí me curara de mi enfermedad. Por lo cual, si esto hubiera ocurrido a mis ojos, con mis propias manos daría muerte a los cuerpos de aquellos judíos y los colgaría de un teso madero por haber acabado con mi Señor sin que mis ojos fueran dignos de ver su rostro».

IX

Y, nada más decir esto, desapareció la herida del rostro de Tito, quedando su carne y su cara nuevamente sanas. Y todos los enfermos que allí estaban recuperaron la salud en aquel momento. Y exclamó Tito en unión de todos ellos diciendo a grandes voces: «Rey mío y Dios mío, ya que tú me has curado sin que nunca pudiera verte, mándame ir navegando sobre las aguas hasta la tierra donde naciste para que tome venganza de tus enemigos; ayúdame, Señor, para que pueda borrarlos y vengar tu muerte; tú, Señor, los entregáras en mi mano».

X

Y, en diciendo esto, mandó que se le bautizara. Para lo cual llamó a Natán y le dijo: «¿Cómo viste que eran bautizados los que creían

en Cristo? Ven a mí y bautízame en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, amén. Pues yo creo firmemente en Nuestro Señor Jesucristo con todo mi corazón y con toda mi alma, porque ninguno otro hay en parte alguna del globo que me haya creado y me haya curado».

Y, dicho esto, envió legados a Vespasiano para avisarle que viniera lo más rápidamente posible con los individuos más esforzados dispuestos para la guerra.

XI

Entonces Vespasiano tomó consigo cinco mil hombres armados y acudió adonde estaba Tito. Y, en llegando a la ciudad de la Libia, dijo a éste: «A qué se debe el que me hayas hecho venir hasta aquí?» Él respondió: «Has de saber que Jesús vino a este mundo y nació en Judea, en un lugar llamado Belén; que los judíos le entregaron y fue flagelado y crucificado en el monte Calvario, y que, finalmente, se manifestó a sus discípulos y éstos creyeron en Él. Nosotros, por nuestra parte, queremos hacernos discípulos tuyos. Ahora, pues, vayamos y borremos a sus enemigos de la superficie del globo para que caigan en la cuenta de que no hay semejante a Nuestro Señor en toda la faz de la tierra».

XII

Así pues, tomada la resolución, salieron de la ciudad de la Libia llamada Burgidalla y embarcaron rumbo a Jerusalén. Llegados allí, sitiaron el reino de los judíos y empezaron a provocar su ruina. Cuando los reyes de los judíos se enteraron de lo que hacían y de la devastación de la tierra, se apoderó de ellos el miedo y quedaron consternados. Y Arquelao se dejó llevar de la turbación en sus palabras y habló así a su hijo: «Mira, hijo, hazte cargo de mi reino y de su administración; toma además consejo con los demás reyes que están en tierra de Judá, de manera que podáis escapar de nuestros enemigos». Y, dicho esto, desenvainó su espada y se echó sobre ella; luego inclinó la espada más penetrante que tenía, la hundió en su cuerpo y murió.

XIII

Su hijo entonces hizo causa común con los otros reyes que estaban a sus órdenes. Y, después de deliberar entre sí, se retiraron todos dentro de Jerusalén en compañía de los nobles que habían asistido a su consejo, y permanecieron allí durante siete años.

XIV

Tito y Vespasiano, por su parte, tomaron la determinación de sitiatar la ciudad. Y así lo hicieron. Cumplidos los siete años, se agravó mucho el problema del hambre, y, obligados por la carestía de pan, empezaron a comer tierra.

XV

Entonces todos los soldados pertenecientes a los cuatro reyes tomaron consejo entre sí y dijeron: «Nosotros de todas maneras hemos de morir. ¿Qué nos va a hacer Dios? ¿Y de qué nos sirve el seguir viviendo, si los romanos han venido a apoderarse de nuestra tierra y nación? Mejor será que nos quitemos la vida a nosotros mismos, y no que vayan a decir luego los romanos que han sido ellos los que nos han dado muerte y los que nos han derrotado». Y, en esto, sacaron sus espadas y se hirieron, pereciendo doce mil hombres entre ellos.

XVI

Y así, a causa de los cadáveres de aquellos muertos, se produjo un gran hedor en la ciudad. Los reyes fueron presa de un pánico mortal y no pudieron aguantar el hedor de aquéllos, ni darles sepultura, ni arrojarlos fuera de la ciudad. Y se dijeron entre sí: «¿Qué vamos a hacer? Nosotros en verdad dimos muerte a Cristo, pero ya hemos sido, a nuestra vez, entregados a la muerte. Apartemos nuestras cabezas y entreguemos a los romanos las llaves de la ciudad, pues Dios nos ha arrojado ya en manos de la muerte». Y acto seguido subieron a las murallas de la ciudad y se pusieron todos a gritar, diciendo a

grandes voces: «Tito y Vespasiano, tomad las llaves de la ciudad que os acaba de entregar el Mesías, llamado Cristo».

XVII

Y, dicho esto, se entregaron en manos de Tito y Vespasiano, diciendo: «Juzgadnos, pues hemos de morir, ya que nosotros juzgamos a Cristo y le entregamos sin causa alguna». Entonces Tito y Vespasiano les apresaron. Luego apedrearon a unos y colgaron a otros de la cruz, pies arriba y cabeza abajo, y les hirieron a golpes de lanza; mas a otros les pusieron en venta y a otros se los repartieron entre sí, haciendo cuatro partes, como ellos habían hecho con las vestiduras del Señor. Y dijeron: «Ellos vendieron a Cristo por treinta monedas de plata; vendamos asimismo nosotros a treinta de ellos por un solo denario». Y lo hicieron así. Después se apoderaron de todas las tierras de Judea y de Jerusalén.

XVIII

Entonces hicieron una investigación acerca de la faz del Señor, sobre cómo podrían encontrarla. Y hallaron que estaba en poder de una mujer llamada Verónica. Después detuvieron a Pilato y lo metieron en la cárcel, donde había de ser custodiado por cuatro pelotones de soldados de a cuatro, apostados a la puerta de la prisión.

XIX

Acto seguido enviaron sus legados a Tiberio, emperador de Roma, para que les remitiera a Vespasiano. Y el emperador dijo a éste: «Toma contigo todo lo que sea necesario para que te hagas a la mar y bajes a Judea en busca de algún discípulo de aquél que se llamaba Cristo y Señor, de manera que venga hasta mí y en nombre de Dios me cure de la lepra y de las enfermedades que duramente me aquejan y de mis llagas, pues estoy postrado de mala manera. Manda, además, contra los reyes de Judá, sometidos a mi imperio, tus garfios y terribles instrumentos de tortura, pues dieron muerte a Jesucristo Nuestro Señor, y condénalos a muerte. Y si encuentras un

hombre capaz de librarme de esta enfermedad, yo creeré en Cristo, Hijo de Dios, y me haré bautizar también en su nombre». Velosiano dijo: «Señor emperador: si encuentro un hombre capaz de ayudarnos y librarnos, ¿qué recompensa debo prometerle?» Dijo Tiberio: «Que tendrá en su mano la mitad del imperio sin duda alguna».

XX

Entonces Velosiano partió al momento, subió a la nave, levantó anclas y se dio a la mar. Duró la navegación un año y siete días, en cuyo plazo llegó a Jerusalén. Citó inmediatamente a algunos de los judíos para que se presentaran ante su acatamiento e instruyó una diligente investigación acerca de lo que se había hecho con Jesucristo.

XXI

Entonces José de Arimatea y Nicodemo acudieron simultáneamente. Este último dijo: «Yo tuve ocasión de verle y estoy seguro de que Él es el Salvador del mundo». José, por su parte, le dijo: «Yo a mi vez le bajé de la cruz y le coloqué en un sepulcro nuevo, excavado en la roca. Razón por la cual los judíos me cogieron preso el viernes por la tarde. Y, mientras estaba haciendo oración el sábado siguiente, la casa quedó suspendida de sus cuatro ángulos y vi a Nuestro Señor Jesucristo como un relámpago de luz, y, consternado, caí en tierra. Y oí una voz que me decía: Mírame, pues yo soy Jesús, aquel cuyo cuerpo sepultaste tú en tu propio sepulcro. Yo le dije: Muéstrame el sepulcro donde te coloqué. Entonces Jesús me tomó de la mano con su diestra y me llevó al lugar donde yo le había dado sepultura».

XXII

Vino también una mujer llamada Verónica y le dijo: «Yo, por mi parte, toqué la orla de su vestido en medio de la turba, pues hacía doce años que estaba padeciendo flujo de sangre, y al momento me curó».

XXIII

Entonces Velosiano dijo a Pilato: «Y tú, impío y cruel, ¿por qué diste muerte al Hijo de Dios?» Mas él respondió: «Es que su pueblo

y los pontífices Anás y Caifás me lo entregaron». Y replicó Velosiano: «Impío y desalmado, eres digno de una pena cruel». Y con esto le envió de nuevo a la cárcel.

XXIV

Finalmente, Velosiano se puso a buscar la faz o efigie del Señor. Le dijeron todos los circunstantes: «Cierta mujer llamada Verónica es la que tiene la faz del Señor en su casa». Mandó en seguida que fuera llevada ante su acatamiento, y le dijo: «¿Tú tienes en casa la faz del Señor?» Mas ella dijo que no. Entonces Velosiano ordenó que le diesen tormento hasta tanto que mostrase la faz del Señor. Ella, por fin, sin otro remedio, dijo: «Yo la tengo, señor mío, envuelta en un lienzo limpio y todos los días le rindo adoración». Velosiano dijo: «Enséñamela». Ella entonces mostró la faz del Señor. Velosiano, en cuanto la vio, se postró en tierra; luego la tomó con corazón pronto y fe recta y la envolvió en un lienzo de oro y asimismo la colocó en un estuche, que selló con su anillo. Despues formuló un juramento en estos términos: «Vive el Señor Dios y por la salud del César; no la verá más hombre alguno sobre la superficie del globo hasta que yo vea el rostro de mi señor Tiberio».

XXV

Después que hubo dicho esto, los nobles más destacados de Jerusalén cogieron a Pilato para llevarle al puerto. Velosiano, por su parte, tomó la faz del Señor con todos sus discípulos y todos sus tributarios y el mismo día se embarcaron.

XXVI

Entonces Verónica dejó todas sus posesiones por amor de Cristo y siguió a Velosiano. Éste le dijo: «Mujer, ¿quéquieres o qué buscas?» Mas ella respondió: «Yo busco la faz de Nuestro Señor Jesucristo, que me iluminó, no por mis méritos, sino por su santa piedad. Devuélveme la faz de mi Señor Jesucristo, pues me estoy muriendo con este piadoso anhelo. Y si no me la devuelves, no la

perderé de vista hasta ver dónde la ponéis; y sábete que yo, miserable cual ninguna, la serviré todos los días de mi vida, pues estoy persuadida de que mi Redentor en persona vive por siempre».

XXVII

Velosiano mandó entonces que Verónica fuera trasladada consigo a la nave. Y, desplegando velas, emprendieron la navegación en el nombre del Señor y se hicieron a la mar. Mas Tito y Vespasiano subieron a Judea para tomar venganza de todas las naciones de aquella tierra. Y, concluido el año, llegó Velosiano a Roma y dejó su embarcación en el río llamado Tíberis o Tíber, entrando a continuación en la ciudad. Luego envió su mensajero a Tiberio, emperador de Le-trán, para darle cuenta de su feliz arribo.

XXVIII

Cuando el emperador oyó al mensajero de Velosiano, se alegró en gran manera y mandó que fuera ante su presencia. Llegado éste, le habló así: «Velosiano, ¿cómo ha resultado el viaje y qué has encontrado en tierra de Judea acerca de Cristo y de sus discípulos? Señálame, te ruego, a aquel que va a curarme de mi enfermedad, de manera que quede limpio al momento de esta lepra que tengo encima de mi cuerpo, y os entregaré a ti y a él todo mi imperio».

XXIX

Y dijo Velosiano: «Señor mío emperador, he encontrado en Judea a tus siervos Tito y Vespasiano, temerosos de Dios, los cuales se han visto limpios de todas sus llagas y dolencias. He averiguado además que Tito ha hecho colgar a todos los reyes y caciques de Judea: Anás y Caifás han sido lapidados, Arquelao se alanceó a sí mismo, y a Pilato le he dejado preso en Damasco, encerrado en la cárcel bajo severa vigilancia. He hecho asimismo investigaciones acerca de Jesús, a quien los judíos bárbaramente atacaron armados de espadas y palos y luego crucificaron; éste era el que hubiera debido venir para librarnos e iluminarnos, y ellos le colgaron en una cruz. Y vinieron

José de Arimatea y Nicodemo, trayendo una mezcla de mirra y áloe, en cantidad como de unas cien libras, para ungir el cuerpo de Cristo; ellos le bajaron de la cruz y le colocaron en un sepulcro nuevo. Pero al tercer día resucitó certísimo de entre los muertos y se dejó ver de sus discípulos en el mismo cuerpo con que había nacido. Finalmente, al cabo de cuarenta días, le vieron subir al cielo. Muchos otros milagros hizo además Jesús antes y después de su pasión. El primero fue cambiar el agua en vino; luego resucitó a los muertos, limpió a los leprosos, dio vista a los ciegos, curó a los tullidos, hizo huir a los demonios, dio oído a los sordos y habla a los mudos; a Lázaro, muerto ya de cuatro días, le resucitó del sepulcro; a Verónica, que venía padeciendo flujo de sangre durante doce años, le dio salud al tocar ella la orla de su vestido».

XXX

«Entonces plugo al Señor en los cielos que aquel Hijo de Dios que, enviado a este mundo, vino a ser el primogénito de los muertos, enviaría a su vez un ángel. Y mandó a Tito y a Vespasiano, a quienes conocí en este mismo lugar en que se asienta tu trono. Plugo además al Señor omnipotente que partieran a Judea y Jerusalén y que prendieran a tus súbditos y les sometieran a un juicio parecido a aquel a que ellos sometieron a Jesús cuando le prendieron y le ataron».

XXXI

«Y Vespasiano dijo después: ¿Qué vamos a hacer de los que quedan? Tito respondió: Ellos colgaron a Nuestro Señor de un madero verde y le hirieron con una lanza; colgúmosles asimismo nosotros a ellos de un leño seco y perforemos sus cuerpos con una lanza. Y así lo hicieron. Vespasiano entonces dijo: ¿y qué haremos de estos que aún han quedado? Tito respondió: Ellos cogieron la túnica de Nuestro Señor Jesucristo e hicieron de ella cuatro partes; tomémosles también nosotros a ellos y dividámosles en cuatro partes: una para ti, otra para mí, otra para tus hombres y una última para mis siervos. Y así lo hicieron. Y dijo Vespasiano: De aquellos que quedaron, ¿qué vamos a hacer? Respondió Tito: Aquellos judíos vendieron a nuestro Señor por treinta monedas de plata: vendamos, pues, nosotros a treinta de ellos por una

sola moneda. Despues prendieron a Pilato y me lo entregaron a mí; yo le metí en una cárcel de Damasco para que fuera custodiado por cuatro pelotones de soldados de a cuatro».

XXXII

«Despues hicieron diligentes pesquisas para dar con la faz del Señor, y encontraron a una mujer, llamada Verónica, que tenía la citada efigie».

XXXIII

Entonces el emperador Tiberio dijo a Velosiano: «¿Cómo la conservas?» Este respondió: «La tengo envuelta en la capa y metida en un lienzo de oro». Dijo Tiberio: «Tráemela y descúbrela ante mis ojos para que yo la adore sobre el suelo, cayendo en tierra y doblando la rodilla». Entonces Velosiano extendió su manto y el lienzo de oro donde estaba grabada la faz del Señor, y el emperador Tiberio pudo verla. Éste adoró en seguida con un corazón puro la efigie del Señor, y su carne quedó limpia como la de un niño pequeño. Y todos los ciegos, leprosos, cojos, mudos, sordos y aquejados de diversas enfermedades que estaban allí presentes, fueron recuperando la salud y quedaron sanos y limpios.

XXXIV

Mas el emperador Tiberio, considerando de rodillas y con la cabeza inclinada aquella frase: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que mamaste», exhaló un gemido al Señor y dijo entre lágrimas: «Dios del cielo y de la tierra, no permitas que yo peque, sino confirma mi alma y mi cuerpo y colócalos en tu reino, pues confío siempre en tu nombre; líbrame de todos los males así como libraste a los tres niños del horno de fuego ardiente».

XXXV

Despues dijo el emperador Tiberio a Velosiano: «Velosiano, ¿has visto alguno de aquellos hombres que podrían haber contemplado a Cristo?» Velosiano respondió: «Sí lo he visto». Añadió el emperador: «Y preguntaste cómo bautizaban a los que creían en Cristo?» Velo-

siano entonces dijo: «Aquí, señor mío, tenemos uno de los discípulos del mismo Cristo». Así pues, mandó que llamaran a Natán para que viniera a su presencia. Y vino Natán y le bautizó en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, amén. Luego el emperador Tiberio, restablecido ya de todas sus dolencias, subió a su trono y dijo: «Bendito eres, Señor omnipotente y laudable, que me libraste del lazo de la muerte y me limpiaste de todas mis iniquidades, pues cometí, ¡oh Señor!, muchos pecados en tu presencia y no soy digno de contemplar tu rostro». Entonces el emperador Tiberio fue instruido por completo en todos los artículos de la fe.

XXXVI

El mismo Dios omnipotente, que es rey de reyes y señor de los que dominan, nos proteja en su fe, nos defienda, nos libre de todo mal y peligro y, finalmente, se digne llevarnos a la vida eterna una vez acabada la vida temporal. El cual es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

i) *Sentencia de Pilato*

Como apéndice al presente ciclo añadimos un curioso texto apócrifo de la sentencia que pronunció Pilato contra Jesús.

Está contenido en un manuscrito italiano perteneciente al Archivo General de Simancas (Sección «Secretaría de Estado», legajo 847 [antiguo], fol. 1). Una nota preliminar dice que el texto fue encontrado el año 1580 en la ciudad de Aquila de los Abruzzos. En él se contienen curiosos datos de carácter cronológico e histórico acerca de la pasión. La versión castellana que ofrecemos es del siglo XVIII y se debe a D. N. Guerra, obispo de Segovia (*Libro de varias noticias y apuntaciones* [ms. de la Biblioteca Nacional de Madrid, Sign. Kk-91, p.281-288]).

SENTENCIA

DADA DE PONCIO PILATO CONTRA NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

«Copia hallada en la Ciudad de Aqüila, del Reyno de Nápoles, de la sentencia dada por Poncio Pilatos, Presidente de la Judea en el año 18 [sic] de Tiberio César, Emperador de Roma, contra Jesu-Cris-

to, Hijo de Dios, y de María Virgen, sentenciándolo á muerte de Cruz en medio de dos Ladrones el día 25 de marzo; hallada milagrosamente dentro de una hermosísima piedra, en la qual estaban dos cajitas, una de hierro, y dentro de ella otra de finísimo marfil, donde estaba inclusa la infrascripta sentencia en letra Hebreayca en carta peccora del modo siguiente:

El año XVIIIº. [sic] de Tiberio César, emperador Romano, y de todo el Mundo, Monarca invencible, en la Olympiada C. XXI., en la Cliade XXIV., y en la Creación del Mundo, segun el numº. y computo de los Hebreos quatro veces M. C. LXXXVII., y de la propagine del Romano Imperio L. XXIII., de la liveración de la servidumbre de Babilonia M. CC. XI.; siendo Consules del Pueblo Romano Lucio Pisano y Mauricio Pisarico; Proconsules Lucio Balesna, publico Govern. de la Judea, y Quinto Flavio, so el regimiento y Govierno de Jerusalen, Presidente gratissimo Poncio Pilatos, regente de la baxa Galilea, y Herodes Antipa, Pontifices del Sumo Sacerdocio Annas, Cayfas, Alit Almael el Magr. del Templo, Roboan Ancabel, Franchino Centurion, y Consules Rom.ºs, y de la Ciudad de Jerusalen Quinto Cornelio Sublima, y Sexto Ponfilio Rufo; en el mes de marzo y en el dia xxv. de él.

YO Poncio Pilatos, aqui Presidente Romano dentro del Palacio de la Archipresidencia Juzgo, condeno y sentencio á muerte a Jesus llamado de la Pleve *Christo Nazareno*, y de Patria Galileo, hombre sedicioso de la Ley Moysena, contrario al grande Emp.º Tiberio Cesar; y determino, y pronuncio por esta, que su muerte sea en Cruz, y fixado con clavos á usanza de reos, porque aqui congregando, y juntando muchos hombres ricos, y pobres; no ha cesado de mover tumultos por toda la Judea, haciendose hijo de Dios, y Rey de Jerusalen, con amenazarles la ruina de esta Ciudad, y de su Sacro Templo, negando el Tributo al Cesar, y habiendo aun tenido el atrevimiento de entrar con ramos, y triumpho, y con parte de la Pleve dentro de la Ciudad de Jerusalen, y en el Sacro Templo. Y mando á mi primer Centurion Quinto Cornelio lleve publicamente por la Ciudad á Jesus Christo ligado, y azotado, y que sea vestido de purpura, y coronado de algunas espinas, con la propia Cruz en los hombros para que sea exemplo á todos los malhechores: y con él quiero sean llevados dos Ladrones homicidas, y saldrán por la P.º sagrada, ahora Antoniana, y que lleve á Jesus al publico monte de Justicia llamado Calvario, donde crucificado, y muerto, quede el cuerpo en la Cruz, como espectáculo de todos los malvados; y que sobre la Cruz sea puesto el título en tres lenguas, y en todas tres (Hebreo, Griega, y Latina) diga JESUS NAZAR. REX JUDAEORUM.

Mandamos asi mismo, que ninguno de cualquier estado, ó calidad se atreva temerariamente á impedir la tal Justicia por mi mandada, administrada, y executada con todo rigor según los decretos, y Leyes Romanas, y Hebreas so pena de rebelion al Imperio Romano = Testigos de la nra. Sentencia: por los 12. Tribus de Israel Rabain Daniel, Rabain, seg. Joannin Bonicar, Barbasu. Sabi Potuculam. Por los Faraoneos Bulio, Simeon, Ronol, Rabani, Mondagul, Boncurfosu. Por el Sumo Sacerdocio Rabban, Nidos, Boncasado. Notarios de esta publicacion: por los Hebreos Nitanbarta; Por el Juzgado, y Presidente de Roma Lucio Sextilio, Amasio Chlio.

(Copias sacadas del ms. titulado *Libro de varias noticias y apuntaciones*, que dejó escritas en Latín, Español, Francés e Italiano D. N. Guerra, Obispo de Segovia. Copiadas de su original en M. DCC. LXXXVI).».

3. EVANGELIO DE BARTOLOMÉ

De la época patrística apenas se han conservado alusiones esporádicas que refrenden la existencia de un *Evangelio de Bartolomé* en la antigüedad cristiana. Tales son —entre otras— la de San Jerónimo (siglo IV) en el prólogo a su comentario a San Mateo y la del Pseudo Dionisio Areopagita (finales del siglo V) en su obra *De mystica theologia* (I, 3), sin que estos testimonios puedan dar pie para identificar este apócrifo con los muchos textos fragmentarios, vinculados al nombre de Bartolomé que han llegado hasta nosotros en multitud de lenguas.

El material de que disponemos puede clasificarse en dos grupos perfectamente distintos: el *copto* y el *griego*. Al primero corresponde un gran número de fragmentos escritos en esta lengua y descubiertos a lo largo del siglo XIX. Al principio se creyó ver en estos textos restos dispersos de un *Apocalipsis de Bartolomé*, pero en realidad no parecen ser otra cosa que reelaboraciones posteriores del original griego de nuestro apócrifo. A causa de su carácter secundario no les damos cabida en esta edición.

El grupo *griego*, representado por los dos manuscritos conservados en esta lengua —a los que hay que añadir el valioso testimonio de las versiones *eslava* y *latina*—, caracteriza a este apócrifo en la mayor parte de sus testigos como *Preguntas del apóstol Bartolomé*, pero no cabe duda de que, hoy por hoy, representa la forma literaria más cercana al *Evangelio de Bartolomé* citado por San Jerónimo en el siglo IV. En él se apoya la traducción castellana que ofrecemos.

Contrastando con el estilo narrativo de los otros apócrifos de la pasión, el texto que nos ocupa asume la forma de un *diálogo* en que Bartolomé hace una larga serie de preguntas a Jesús resucitado y a su madre María. Objeto de estas preguntas son sobre todo la bajada de Cristo a los infiernos y la liberación de los santos padres que reposaban en el seno de Abrahán. Especialmente dramática resulta en este contexto la personificación del Infierno, quien juntamente con Belial —el príncipe de los ángeles caídos— ve acercarse con este incidente el fin de su reinado. Toda esta temática recuerda muy de cer-

ca varios pasajes de la segunda parte de las *Actas de Pilato* (el «Des-census»), y sitúa a este evangelio con todo derecho en el círculo de apócrifos de la Pasión. Objeto de las «preguntas de Bartolomé» son también otros temas menos relacionados con este ciclo, por ejemplo, el de la maternidad de María (c.II) —con detalles que recuerdan al Protoevangelio— y el de la caída de los ángeles, con un trasfondo abiertamente apocalíptico.

Dado el estado fragmentario y defectuoso en que han llegado hasta nosotros los principales testigos de este apócrifo, ofrecemos de él un texto ecléctico, tomando como base el códice griego Sabbaítico 13 de Jerusalén, publicado por A. Wilmart y E. Tisserant en 1913, e intercalando variantes y lecturas de otras fuentes (a saber: Cód. Vindobonense gr. histórico 67 = G; Cód. Vindobonense eslavo 125 = Vs; Cód. eslavo de San Petersburgo editado por Tichonravov = N; Cód. Vaticanus Reginensis lat. 1050 = Vr) para llenar sus lagunas. La última parte (c.IV,32-70; V,7-11), que no tiene correspondencia en las fuentes griegas y eslavas, la tomamos del códice latino 1880 de la Biblioteca Casanatense de Roma, publicado por U. Moricca en 1921, que ofrece una versión completa —pero enormemente adulterada— del Evangelio de Bartolomé.

Textos griegos y latinos: A. VASSILIEV, *Anecdota graeco-byzantina*, I (Moscú 1893) 10-23; N. BONWETSCH, «Die apokryphen Fragen des Bartholomäus», en *Nachrichten der königl. Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen - Phil.-hist. Klasse* (Gotinga 1897) 1-42; A. WILMART-E. TISSERANT, «Fragments grecs et latins de l'Évangile de Barthélémy», *Revue Biblique* 10 (1913) 161-190.321-368; U. MORICCA, «Un nuovo testo dell'Evangelo di Bartolomeo», *Revue Biblique* 30 (1921) 481-516, 31 (1922) 20-30; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 530-566.

Textos eslavos: A. N. PYPIN, *Ložnye i otrečennye knigi russkoj stariny* (San Petersburgo 1862) 109-112; N. S. TICHONRAVOV, *Pamjatniki otrečennoj russkoj literatury*, II (Moscú 1863) 18-22; V. N. MOČUL'SKIJ, *Sledy narodnoj Biblii v slavjanskoj i drevnerusskoy pis'mennosti* (Odessa 1893) 276-281.

Bibliografía: Craveri, 423-439; Moraldi, I, 749-758; Erbetta, I/2, 288-300; Starowieski, 494-519; F. SCHEIDWEILER, en *Schneemelcher*, I, 424-437; Wilson, 336; SANTOS OTERO, *Die handschriftliche...*, II, 56-59; Stegmüller-Reinhardt, 81-82; Gerard, 47-48.

EVANGELIO DE BARTOLOMÉ

[Códice sabbaítico de Jerusalén]

I

1. Despues de que Nuestro Señor Jesucristo resucitó de entre los muertos, se acercó a él Bartolomé y le abordó de esta manera: «Descúbreme, Señor, los misterios de los cielos».

2. Jesús le respondió diciendo: «Si [antes no] me despojo de este cuerpo carnal, no podré revelártelo».

3. ^N [Pero cuando resucitó, después de estar sepultado, ninguno se atrevió a preguntarle, porque, aunque no se le podía ver, su divinidad estaba realmente presente.]

4. Bartolomé, pues, acercándose al Señor, le dijo: «Tengo algo que decirte, Señor».

5. Jesús a su vez respondió: «Ya sé lo que vas a decirme. Dime, pues, lo que quieras. Pregunta y yo te daré razón».

6. Bartolomé habló entonces: «Cuando marchabas camino de la cruz, yo iba siguiendo de lejos. Y te vi a ti pendiente del madero y a los ángeles que, bajando de los cielos, te adoraban. Al sobrevenir las tinieblas,

7. yo estaba contemplándolo todo. Y vi cómo desapareciste de la cruz y sólo pude oír los lamentos y el crujir de dientes que se produjeron súbitamente en las entrañas de la tierra. Comunicame, Señor, adónde fuiste desde la cruz».

8. Jesús entonces respondió de esta manera: «Dichoso de ti, Bartolomé, amado mío, porque te fue dado contemplar este misterio. Ahora puedes preguntarme cualquier cosa que se te ocurra, que todo te lo daré a conocer».

9. «Cuando desaparecí de la cruz, es que bajé al infierno para sacar de allí a Adán y a todos los que con él se encontraban, accediendo a la súplica del arcángel Miguel».

10. Dice entonces Bartolomé: «¿Y qué significaba aquella voz que se oyó?»

11. Le responde Jesús: «Era la voz del Infierno, que decía a Belial: *A mi modo de ver, Dios se ha hecho presente aquí*».

12. ^{Vs} [11. Cuando descendí, pues, con mis ángeles al Infierno para romper los cerrojos y las puertas de bronce, decía éste al Diablo: «Me parece como si viniera Dios a la tierra». Y los ángeles dirigían sus clamores a las potestades diciendo: «Alzad, ¡oh príncipes!,

las puertas y haced correr los canceles eternales, porque el Rey de la gloria va a bajar a la tierra». Y el Infierno dijo: «¿Quién es este Rey de la gloria que viene del cielo hacia nosotros?»

13. Mas, cuando hube descendido quinientos pasos, el Infierno se llenó de turbación y dijo: «Me parece que es Dios el que baja a la tierra, pues oigo la voz del Altísimo y no puedo aguantarla».

14. El Diablo respondió diciendo: «No decaigas de ánimo, Infierno; recobra tu vigor, que Dios no desciende hasta la tierra».

15. Y cuando volví a bajar otros quinientos pasos y los ángeles y potestades exclamaban: «Alzad las puertas a vuestro Rey y elevad los canceles eternos, pues he aquí que está para entrar el Rey de la gloria», dice de nuevo el Infierno: «¡Ay. de mí! Ya siento el hálito de Dios».

16. Y dijo el Diablo al Infierno: «¿Para qué me asustas, Infierno? Si es sólo un profeta semejante en algo a Dios... Atrapémoslo y llevémoslo a presencia de esos que creen que está subiendo al cielo».

17. Mas el Infierno replicó: «¿Y quién es de entre los profetas? Infórmame. ¿Es acaso Henoc, el escritor veracísimo? Pero Dios no le permite bajar a la tierra hasta después de seis mil años. ¿Acaso te refieres a Elías, el vengador? Pero éste no podrá bajar hasta el fin del mundo. ¿Qué haré? Para nuestra perdición ha llegado el fin de todo, pues aquí tengo escrito en mi mano el número de los años.]

16-17. Belial, a su vez, replicó al Infierno: «Observa atentamente quién es el que ha llegado, porque, o es Elías, o Henoc, o uno de los profetas, a mi modo de ver».

Mas el Infierno respondió de esta manera a la Muerte: «Aún no se han cumplido los seis mil años. ¿De dónde, pues, son éstos, Belial? La cantidad está escrita en mis manos».

18. Belial dijo al Infierno: «No te turbes. Asegura bien tus puertas y refuerza los cerrojos. Hazme caso: Dios no baja hasta la tierra».

19. Responde el Infierno: «No puedo oír tus bellas palabras. Siento que revienta mi seno y mis entrañas se llenan de aflicción. No puede ser otra cosa sino que Dios se ha presentado aquí. ¡Ay de mí! ¿Adónde iré huyendo de su rostro, de la fuerza del gran Rey? Déjame esconderme en tus entrañas, pues fui hecho antes que tú».

20. En aquel preciso momento penetré yo y le flagelé y le até con cadenas irrompibles. Después hice salir a todos los patriarcas y vine de nuevo a la cruz».

21. Bartolomé le dijo: «Dime, Señor, ¿quién era aquel hombre de talla gigante a quien portaban los ángeles en sus manos?»

22. Jesús respondió: «Aquel era Adán, el primer hombre que fue creado, por quien yo bajé del cielo a la tierra. Yo le dije: *Por tí y por tus descendientes he sido colgado de la cruz*. Él, al oírla, dio un suspiro y dijo: *Así te plugo a tí, Señor*».

23. De nuevo dijo Bartolomé: «También vi a los ángeles que subían delante de Adán y que cantaban himnos».

24. «Mas uno de éstos, el más esbelto de todos, no quería subir. Tenía en sus manos una espada de fuego y te hacía señales a ti únicamente.

25. ^{Vr} [Y los demás le rogaban que subiera al cielo, mas él no quería. Pero, cuando tú le mandaste subir, vi una llama que salía de sus manos y que llegaba a la ciudad de Jerusalén].

26. Y dijo Jesús: «Era uno de los ángeles encargados de vengar el trono de Dios».

27. «Y estaba suplicándome. La llama que viste salir de sus manos hirió el edificio de la Sinagoga de los judíos para dar testimonio de mí, por cuanto ellos me habían crucificado.]

28. ^G [Y cuando hubo hablado esto, dijo a los apóstoles: «Esperadme en este lugar, porque hoy se ofrece un sacrificio en el paraíso y he de estar allí presente para recibirllo.]

29. Y dijo [Bartolomé]: «¿Cuál es el sacrificio que se ofrece hoy en el paraíso?» Jesús respondió: «Las almas de los justos que han salido ^G [del cuerpo] van a entrar hoy en el Edén, y, si no estoy yo allí presente, no podrán hacerlo».

30. Bartolomé respondió diciendo: «¿Cuántas almas salen diariamente de este mundo?» Le dice Jesús: «Treinta mil».

31. Le dice de nuevo Bartolomé: «Señor, cuando te encontrabas entre nosotros enseñándonos tu palabra, ¿recibías sacrificios en el paraíso?» Le responde Jesús diciendo: «En verdad te digo, amado mío, que, cuando me hallaba entre vosotros enseñándoos la palabra, estaba simultáneamente sentado junto a mi Padre».

32. ^G [Y Bartolomé respondió y dijo: «Son sólo tres las almas que salen cada día?» Le responde Jesús: «Apenas cincuenta y tres, amado mío.»]

33. [Y entre las almas que] salen del mundo, ¿cuántas almas justas se encuentran? Le dice Jesús: «Cincuenta». ^G [De nuevo dice Bartolomé: «¿Y cómo es que sólo entran tres en el paraíso?» Le responde Jesús: «Las cincuenta y tres entran en el paraíso o son depositadas en el seno de Abrahán. Las demás se quedan en el lugar

de la resurrección, porque aquellas tres no son como estas cincuentas».]

34. Le dice Bartolomé: «Señor, ¿cuántas almas nacen diariamente en el mundo?» Le responde Jesús: «Una sola más de las que salen del mundo».

35. Y en diciendo esto, les dio la paz y desapareció de entre ellos.

II

1. Estaban los apóstoles en el lugar llamado Chilturá (Chiruvim, Chritir) ^{vs} [con María madre de Dios].

2. Y Bartolomé, acercándose a Pedro, Andrés y Juan, les dice: «Por qué no pedimos a la llena de gracia que nos diga cómo concibió al Señor y cómo pudo llevar en su seno y dar a luz al que no puede ser gestado?» Mas ellos vacilaban en preguntarle.

3. Y dice Bartolomé a Pedro: «Tú, como corifeo y maestro nuestro que eres, acércate e interrógala».

Pedro le dice a Juan: «Tú, como virgen, irreprochable y amado, acércate y pregúntaselo».

4. Mas, al ver a todos vacilantes y en desacuerdo, Bartolomé se acercó afable a ella y le dijo: «Dios te salve, tabernáculo del Altísimo; aquí venimos todos los apóstoles a preguntarte cómo concebirte ^G [al que es incomprendible, y cómo llevaste en tu seno a Aquel que no puede ser gestado, o cómo, en fin, diste a luz a tanta grandeza.]

5. Pero María responde: «No me interroguéis acerca de este misterio. Si empiezo a hablaros de él, saldrá fuego de mi boca y consumirá toda la tierra».

6. Mas ellos insistían, y María, no queriendo darles oídos, dijo: «Pongámonos en oración».

7. Los apóstoles se pusieron de pie detrás de María. Ésta dijo a Pedro: «¿Y tú, Pedro, que eres jefe y gran pilar, estás de pie detrás de nosotros? ¿Pues no dijo el Señor que la cabeza del varón es Cristo, ^N [y la de la mujer el varón?] Poneos delante de mí y orad».

8. Pero ellos replicaron: «En ti plantó su tienda el Señor y en ti tuvo a bien ser contenido. Tú debes ser nuestro guía en la oración».

9. María entonces les dice: «Vosotros sois [estrellas] brillantes del cielo. Vosotros sois los que debéis orar ^N [antes de mí]».

10. Le dicen: «Tú debes orar, ^G [que eres la madre] del Rey celestial».

11. Les dice María: ^G [«A semejanza vuestra formó el Señor los pajarillos y los envió a los cuatro ángulos de la tierra».]

12. Entonces ellos responden: ^G [«Aquel a quien apenas pueden contener siete cielos, ha tenido a bien encerrarse dentro de tí».]

13. Con lo que María se puso delante de ellos, y elevando sus manos al cielo, empezó a decir: «Elfuza ... Oloth. Ke Mia Thesse. Liso. Adonai. Rerumvavvelth. Varvur. Tharasû. Erura. Edeth. Errose ... Theothea. Arnenioth. Anev...as. Evargth. Marmarige. Eophros. Thyriamuch. Evsvar ...p ...en la tierra...» ^G [que en griego significa:] «Oh Dios! Tú que eres el grande, el sapientísimo, el Rey de los siglos inexplicable e inefable, el que con una palabra has dado consistencia a las magnitudes siderales, el que has fundamentado en acorde de harmonía la excelsitud del firmamento, el que has separado la oscuridad tenebrosa de la luz, el que has cimentado en un mismo sitio los hontanares de las aguas; ^G [tú que eres el terror de los que cruzan el aire y el espanto de los habitantes de la tierra]; tú que has dado base a ésta ^G [y no has tenido a bien dejarla perecer], ya que proporciona a todos el sustento, empapándola con las lluvias [y otorgándole las bendiciones del Padre]; tú, quien, no pudiendo apenas ser contenido en los siete cielos, te dignaste ^G [ser contenido por mí sin dolor alguno], siendo Verbo ^G [perfecto del Padre, por quien todas las cosas fueron hechas]; da gloria, Señor, a tu magno nombre y ^G [mándame hablar en presencia de tus santos apóstoles]».

14. Y, terminada que hubo la oración, dijo: «Sentémonos en el suelo y ven tú, Pedro, que eres el jefe. Siéntate a mi derecha y apoya con tu izquierda mi brazo. Tú, Andrés, haz lo mismo desde el lado izquierdo. Tú, Juan, que eres virgen, sujetame el pecho. Y tú, Bartolomé, ponte de rodillas detrás de mí y apoya mis espaldas, no sea que, al empezar a hablar, mis huesos se desarticulen».

15. Y, cuando hubieron hecho esto, empezó a hablar de esta manera: «Estando yo en el templo de Dios, donde recibía el alimento de manos de un ángel, se me apareció cierto día una figura que parecía ser angelicala. Mas su faz era indescriptible y en su mano no tenía pan ni cálix, como el ángel que había venido anteriormente a mí».

16. «Y he aquí que súbitamente se rasgó el velo del templo y sobrevino un gran terremoto. Yo me eché por tierra, no pudiendo soportar su aspecto».

17. «Mas él me tendió su mano y me levantó. Yo miré hacia el cielo y vi una nube de rocío^G [sobre mi faz] que me asperjó desde la cabeza hasta los pies. Pero él me enjugó después con su mano».

18. «Y me dijo: *Salve, llena de gracia, vaso de elección.* Entonces dio un golpe con su mano derecha y apareció un pan muy grande, que colocó sobre el altar del templo. Comió él primero, y luego me dio también a mí».

19. «Dio otro golpe con la orla izquierda de su vestido y apareció un cáliz muy grande lleno de vino. Bebió él primero, y luego me dio también a mí. Y mis ojos vieron un cáliz rebosante y un pan».

20. Entonces me dijo: «Al cabo de tres años, yo te dirigiré de nuevo mi palabra y concebirás un hijo por el que será salva toda la creación. Tú eres el cáliz del mundo. La paz sea contigo, amada mía, y mi paz te acompañará siempre».

21. «Y en esto desapareció de mi presencia, quedando el templo tal como estaba anteriormente».

22. Mas, al terminar ella de hablar, empezó a salir fuego de su boca. Y, cuando el mundo estaba ya para ser destruido, se apareció el Señor y dijo a María: «No reveles este misterio, porque, [si lo haces], va a sufrir en el día de hoy un cataclismo la creación entera». Los apóstoles, consternados, temieron no fuera a airarse contra ellos el Señor.

III

1. Entonces [el Señor] se marchó con ellos al monte Moria y se sentó en medio de ellos.

2. ^G [Mas a causa del miedo vacilaban en preguntarle].

3. ^G [Y Jesús respondió y dijo]: «Preguntadme lo que os plazca, pues dentro de siete días^G [me marcharé a mi Padre, y ya no me dejaré ver de vosotros de esta manera]».

4. Y ellos, ^G [vacilantes, le dicen]: «Permítenos ver el abismo según lo que nos prometiste».

5. ^N [Y les dijo] Jesús: «Mejor os vendría no ver el abismo; pero, si queréis, seguidme y lo veréis».

6. Y les condujo al lugar llamado Cherudik, que significa *lugar de verdad*,

7. e hizo una señal a los ángeles del Occidente y la tierra se abrió como un libro y apareció el abismo;

8. y, al verlo, los apóstoles cayeron en tierra.

9. Mas el Señor les levantó diciendo: «No os decía hace un momento que no os vendría bien ver el abismo?»

IV

1. Y, tomándolos de nuevo, se puso en camino del monte de los Olivos.

2. Y Pedro decía a María: «¡Oh tú!, llena de gracia, ruega al Señor para que nos revele los arcanos celestiales».

3. María repuso a Pedro: «¡Oh tú!, piedra escogida, ¿acaso no prometió Él fundar su Iglesia sobre ti?»

4. ^G [Pedro insiste: «A ti, que eres amplio tabernáculo, te corresponde preguntar»].

5. ^G [María dice: «Tú eres la imagen de Adán; éste no fue formado de la misma manera que Eva]. Fíjate en el sol y mira cómo, a imagen de Adán, aventaja en brillo a los demás astros. Fíjate también en la luna y mira cómo está enfangada por la transgresión de Eva. Porque el Señor puso a Adán al oriente y a Eva al occidente, ordenando a ambos que se den la cara mutuamente».

6. Y, cuando hubieron llegado a la cumbre del monte, el Señor se retiró un poco de ellos, y Pedro dijo a María: «Tú eres la que has deshecho la transgresión de Eva, cambiándola de vergüenza en regocijo».

7. Y, habiendo aparecido de nuevo el Señor, le dice Bartolomé: «Señor, muéstranos al adversario de los hombres para que veamos quién es y cuáles son sus obras, ya que ni de ti siquiera se apiadó, sino que te hizo pender del patíbulo».

8. Y Jesús, habiendo fijado en él su mirada, le dice: «Tu corazón es duro. No te es dado ver eso que pides».

9. Entonces Bartolomé, todo agitado, cayó a los pies de Jesús, diciendo: «Jesucristo, lucero inextinguible, creador de la luz eterna, tú que has dado la gracia universal a todos los que te aman y que nos has otorgado por medio de la Virgen María el fulgor perenne de tu presencia en este mundo, concédenos la razón de nuestra demanda».

10. Al terminar de decir esto Bartolomé, el Señor le levantó, diciendo: «Ya veo que es tu deseo ver al adversario de los hombres. Pero ten en cuenta que, al mirarle, no solamente tú, sino los demás apóstoles e incluso María, ^G [caeréis a tierra y quedaréis como muertos]».

11. Mas todos le dijeron: «Señor, veámosle».

12. Entonces les hizo bajar del monte de los Olivos. Y, habiendo lanzado una mirada de furor a los ángeles que custodiaban el Tártaro, indicó a Miguel que hiciera sonar la trompeta fuertemente. Cuando éste la hubo sonado, subió Belial aprisionado por 560 ángeles y atado con cadenas de fuego.

13. El dragón tenía de largo mil seiscientos codos y de ancho cuarenta. Su rostro era como una centella, y sus ojos, tenebrosos. De su nariz salía humo maloliente, y su boca era como la hendidura ^G [de un precipicio].

14. Al verle los apóstoles, cayeron en tierra sobre sus rostros y quedaron como muertos.

15. Mas Jesús ^G [se acercó a ellos, los levantó y les infundió ánimo. Y dice a Bartolomé:] «Písale con tu propio pie en su cerviz y pregúntale cuáles eran sus obras [hasta ahora] ^G [y cómo engaña a los hombres]».

16. Jesús estaba de pie con los demás apóstoles.

17. Y Bartolomé, temeroso, elevó su voz y dijo: «Sea bendecido desde ahora y para siempre el nombre de tu reino inmortal». Cuando esto hubo dicho, Jesús le exhortó de nuevo: «Anda, conculta a Belial en su cerviz». Entonces Bartolomé vino apresuradamente sobre Belial y le pisó en la cerviz, dejándole temblando.

18. Y Bartolomé huyó asustado, diciendo: «Déjame la orla de tus vestidos para que me atreva a acercarme a él».

19. Jesús le contesta: «Tú no puedes tomar la fimbria de mis vestidos, pues estos que llevo ahora no son los mismos que llevaba antes de ser crucificado».

20. Le dice Bartolomé: «Tengo miedo, Señor, de que, así como no se compadeció de tus ángeles, de la misma manera me aplaste también a mí».

21. Responde Jesús: «¿Pero es que acaso no han venido todas las cosas al ser gracias a mi palabra y a la inteligencia de mi Padre? A Salomón se le sometieron los espíritus. Vete tú, pues, en mi nombre y le preguntas lo que quieras».

22. Y al hacer Bartolomé la señal de la cruz y orar a Jesús, sobrevino un incendio y los vestidos del apóstol se inflamaron.

Le dice entonces Jesús de nuevo: «Písale, como te dije, en la cerviz, de manera que puedas preguntarle cómo es su poder». Bartolomé, pues, se fue y le pisó en la cerviz que tenía oculta hasta las orejas,

23. diciéndole: «Dime quién eres tú y cuál es tu nombre».

24. ^{Vs} [Y él (Bartolomé) le aflojó un poco las ligaduras y le dijo: «Da cuenta de cuanto has hecho y estás haciendo»].

25. [Respondió Belial]: «Al principio me llamaba Satanaíl, que quiere decir *mensajero de Dios*. Mas, cuando no reconocí la imagen de Dios, mi nombre fue llamado Satanás, que quiere decir *ángel guardián del Tártaro*».

26. Bartolomé le dice de nuevo: «Manifiéstame todo sin ocultarme nada».

27. Y él responde: «Te juro por la gloria de Dios que, aunque quisiera ocultarlo, me sería imposible. Esté aquí presente el que me arguye. Y, si me fuera posible, os haría desaparecer a todos de la misma manera que lo hice con aquel de entre vosotros ^G [que os predicó]».

28. «Yo también fui llamado *primer ángel*, porque, ^G [cuando] Dios hizo el cielo y la tierra, tomó un puñado de fuego y me formó a mí el primero».

29. «el segundo a Miguel, el tercero a Gabriel, el cuarto a Rafael, el quinto a Uriel, el sexto a Xathanael y otros seis mil ángeles, cuyos nombres me es imposible pronunciar, pues son los lectores de Dios y me flagelan ^G [siete veces] cada día y siete veces cada noche. No me dejan un [momento y son los encargados de] cercenar mis fuerzas. Los dos ángeles vengadores son estos que están ante la faz del trono de Dios. Ellos fueron creados los primeros».

30. «Después de éstos fue creada la multitud de los ángeles: en el primer cielo hay cien miríadas; en el segundo, cien miríadas; en el tercero, cien miríadas; en el cuarto, cien miríadas; en el quinto, cien miríadas; en el sexto, cien miríadas; en el séptimo, cien miríadas. Fuera del ámbito de los siete cielos está el primer firmamento, donde residen las potestades que ejercen su actividad sobre los hombres».

31. «Hay también otros cuatro ángeles: Uno es el Bóreas, cuyo nombre es ...vroil ^G [Cherum]. Tiene en su mano una vara de fuego y hace cesar la fuerza ^G [que la humedad ejerce] sobre la tierra, para que ésta no llegue a secarse».

32. «Otro ángel está en el Aquilón, cuyo nombre es Elvisthá».

Versión latina casanatense

32. «Etalfatha tiene a su cargo el Aquilón. Y ambos, [contando a Mauch, que está en el Bóreas], sostienen en sus manos antorchas

encendidas y varas de fuego para contrarrestar su frío, [el de los vientos], de manera que no se seque la tierra y perezca el mundo».

33-34. «Cedor se cuida del Austro, para que el sol no perturbe a la tierra, pues Lenevior apaga la llama que sale de la boca de aquél para que ésta no sea abrasada».

35. «Hay otro ángel que ejerce dominio sobre el mar y abate el empuje de sus olas».

36. «Lo demás no estoy dispuesto a manifestártelo».

37. Entonces le dice el apóstol Bartolomé: «Anda, dime, malhechor y mentiroso, ladrón desde el principio, lleno de amargura, engaño, envidia y astucia, viejo reptil marrullero, lobo rapaz, ¿cómo te las arreglas para embauchar a los hombres, de modo que dejen al Dios vivo, creador de todas las cosas, que hizo el cielo y la tierra y todo lo que en ellos está contenido? Pues tú siempre eres enemigo del género humano». [...]

40. Y le dijo el Anticristo: «Te lo diré. He aquí que sube una rueda del abismo y tiene siete cuchillos de fuego. El primero de éstos tiene doce canales».

41. Y le preguntó Bartolomé: «¿Quiénes están en los cuchillos?»

42. Respondió el Anticristo: «Al canal ígneo situado en el primer cuchillo van a parar los dados al sortilegio, a la adivinación y al arte de encantamiento, y también los que les dan oídos o les buscan, ya que por la malicia de su corazón encontraron adivinaciones falsas. Al segundo canal de fuego van los blasfemos, que maldicen de Dios, de sus prójimos y de las Escrituras. Aquí vienen también los hechiceros y los que los buscan o les dan crédito. Entre los míos se encuentran asimismo los suicidas, que se echan al agua, o se ahorcan, o se hieren con la espada. Todos éstos estarán conmigo. Al tercer canal van los homicidas, los que se dan a la idolatría y los que se dejan llevar por la avaricia o por la envidia, que fue la que me arrojó a mí del cielo a la tierra. A los demás canales van los perjurios, los ladrones, los soberbios, los ansiosos de usura, los que blasfeman de los espíritus, los que desechan a los peregrinos, los que no hacen limosna, los que no ayudan a los encarcelados, los que sirven con tibieza en la Iglesia, los calumniadores, los que no aman a sus prójimos y los demás pecadores que no buscan a Dios o le sirven con tibieza. A todos éstos les escandalizo yo a mi capricho».

43. Le dice entonces Bartolomé: «Dime, diablo mentiroso e insincero: ¿Haces estas cosas tú personalmente o por medio de tus semblantes?»

44. Le responde el Anticristo: «¡Oh si yo hubiera podido salir y hacer estas cosas por mí mismo! En tres días destruiría el mundo entero. Pero, desgraciadamente, ni yo ni ninguno de los que fueron arrojados juntamente conmigo podemos salir. Tenemos, sin embargo, otros ministros más débiles, que, a su vez, se atraen otros colegas, a los que endosamos nuestra vestimenta y les mandamos a poner insidias para que enreden a las almas de los hombres con mucha suavidad, halagándolas, para que sigan la embriaguez, la avaricia, la blasfemia, el homicidio, el hurto, la fornicación, la apostasía, la idolatría, la desviación de la Iglesia, el desprecio de la Cruz, el falso testimonio o, en fin, todo lo que Dios abomina. [Esto es lo que] nosotros hacemos. A unos les echamos al fuego, a otros les lanzamos desde los árboles para que se ahoguen; a unos les rompemos los pies o las manos, a otros les arrancamos los ojos. Estas y otras cosas más son las que hacemos. Les ofrecemos oro y plata y todo cuanto es codizable en el mundo, y a aquellos que no conseguimos pequin despiertos les hacemos pecar dormidos». [...]

45. «También te diré los nombres de los ángeles de Dios que nos son contrarios. Uno de ellos se llama Mermeoth, que es el que domina las tempestades. Mis satélites le conjuran y él les da permiso para que habiten donde quieran; mas, al volverse, se incendian. Hay otros cincuenta ángeles que tienen bajo su poder el rayo. Cuando algún espíritu de entre nosotros quisiere salir por el mar o por la tierra, estos ángeles envían contra él una descarga de piedra. Con lo cual prende el fuego y se abren las rocas y los árboles. Y, cuando han podido dar con nosotros, nos persiguen, siguiendo el mandato de Aquel a quien sirven. Gracias a este mandato, tú puedes ejercer poderío sobre mí, por lo que me veo obligado, bien a pesar mío, a manifestarte el secreto y las cosas que no pensé decirte».

Le pregunta de nuevo Bartolomé: «¿Qué es lo que has hecho y qué es lo que sigues haciendo todavía? Manifiéstame».

Satanás responde: «Tenía pensado no manifestarte todo el secreto, pero, por Aquel que preside el Universo, cuya cruz me cautivó, no puedo ocultarte nada». [...]

50. Y dijo el Señor Jesús al apóstol Bartolomé: «Aflójale las ligaduras y mándale que vuelva a su sitio hasta la venida del Señor. Lo demás, ya me encargaré yo de revelárselo a vosotros. Porque es necesario nacer de nuevo para que aquellos que vencieron en la prueba puedan entrar en el reino de los cielos, de donde fue derrocado este

enemigo por su soberbia juntamente con aquellos de cuyo consejo se servía».

51. Después de esto, dijo el apóstol Bartolomé al Anticristo: «Vuélvete, condenado y enemigo de los hombres, al abismo hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo, el cual ha de venir a juzgar a vivos y muertos y al mundo entero por medio del fuego y a condenar-te a ti con todos tus semejantes. No pretendas de aquí en adelante seguir practicando eso que te has visto obligado a manifestar».

Entonces Satanás, lanzando, como un león, voces mezcladas con rugidos y gemidos, dijo: «¡Ay de mí, que me he servido de mujeres para engañar a muchos y yo mismo he venido a ser burlado por una virgen! Ahora me veo aherrojado y atado con cadenas de fuego por el Hijo de ésta y estoy ardiendo de mala manera. ¡Oh virginidad, que me eres siempre contraria! Todavía no han pasado los siete mil años. ¿Cómo es, pues, que me he visto condenado a confesar las cosas que acabo de decir?» [...]

52. Entonces el apóstol Bartolomé, admirando la audacia del enemigo y confiando en el poder del Salvador, dice a Satán: «Manifiéstame, inmundísimo demonio, la causa por la que fuiste derrocado de lo más alto del cielo; pues me diste palabra de decirme todo».

53. El diablo respondió y dijo: «Cuando Dios se propuso formar a su imagen a Adán, padre de los hombres, mandó a cuatro ángeles que trajeran tierra de las cuatro partes del globo y agua de los cuatro ríos del paraíso. Yo me encontraba a la sazón en el mundo, y el hombre llegó a ser un animal viviente en los cuatro rincones de la tierra donde yo no estaba. Entonces [Dios] le bendijo porque era su imagen. Después vinieron a rendirle sus homenajes Miguel, Gabriel y Uriel».

54. «Cuando yo retorné del mundo, me dijo el arcángel Miguel: *Adora esa figura que ha hecho Dios según su beneplácito*. Yo me di cuenta de que había sido hecho de barro [y dije]: *Yo fui hecho de fuego y agua y con anterioridad a éste; yo no adoro al barro de la tierra*».

55. «De nuevo me dijo Miguel: *Adórale, no sea que el Señor se vaya a enfadar contra ti*. Yo repliqué: *El Señor no seaira contra mí. Yo voy a poner mi trono contra el suyo*. Entonces Dios se enfureció contra mí, mandó abrir las compuertas del cielo y me arrojó a la tierra».

56. «Después que yo fui arrojado, preguntó el Señor a los demás ángeles que estaban a mis órdenes si estaban dispuestos a rendirse ante la obra que Él había hecho con sus manos. Mas ellos dijeron: *Así como hemos visto que nuestro jefe no doblaba su cerviz, de la misma*

manera nosotros no adoraremos a un ser inferior a nosotros. En aquel momento fueron también ellos derrocados conmigo».

57. «Y nos quedamos dormidos durante un período de cuarenta años. Yo, al despertarme, me di cuenta de los que estaban debajo de mí durmiendo,

58. y les desperté siguiendo mi capricho. Después tomé acuerdo con ellos para ver cómo embaucar al hombre por cuya causa fui yo arrojado del cielo».

59. «Y, tomada la resolución, entendí cómo podía seducirle: Tomé unas hojas de higuera en mis manos, sequé [con ellas] el sudor de mi pecho y de mis sobacos y [las] arrojé a la corriente. Eva entonces, al beber, encontró el deseo carnal y se lo ofreció a su marido. A ambos les pareció dulce su sabor y no cayeron en la cuenta de lo amargo que era por haber prevaricado. De no haber bebido ellos de esta agua, jamás pudiera yo haberles embaucado, y no tenía yo a mano otro medio para poder prevalecer sobre ellos sino éste». [...]

60. Entonces el apóstol Bartolomé se puso a orar diciendo: «¡Oh Señor Jesucristo! Mándale que entre en el infierno, porque se pone insolente contra mí». Y dice el Señor Jesucristo a Satán: «Vete, desciende al abismo y estate allí hasta mi llegada». Y al instante desapareció el diablo.

61. Bartolomé entonces, cayendo a los pies de Nuestro Señor Jesucristo, empezó a decir bañado en lágrimas: «Abba! ¡Padre! Tú que sigues siendo el único y glorioso Verbo del Padre, por quien fueron hechas todas las cosas; tú, a quien apenas pudieron contener los siete cielos y que tuviste a bien habitar en el seno de una Virgen; a quien la Virgen gestó y dio a luz sin sentir dolor. Tú, Señor, elegiste a la que verdaderamente pudiste llamar madre, reina y esclava. Madre, porque por ella te dignaste descender y de ella tomaste carne mortal. Y Reina, porque la has constituido reina de las vírgenes».

63. «Tú que llamaste a los cuatro ríos y éstos obedecen a tu mandato y se apresuran a servirte. El *primero*, el río de los Filósofos, para la unidad de la Iglesia y de la fe, que ha sido manifestada en el mundo. El *segundo*, el Geón, porque [el hombre] fue hecho de tierra, o [también] por los dos testamentos. El *tercero*, el Tigris, porque a los que creemos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, Dios único por quien fueron hechas todas las cosas en el cielo y en la tierra, nos ha sido revelada la Trinidad sempiterna, que está en los cielos. El *cuarto*, el Éufrates, porque tú te has dignado saciar a toda alma viviente por medio del baño de la regeneración, que representaba la

imagen de los Evangelios que corren por todo el orbe de la tierra, y que te dignaste anunciar por tus siervos, para que, por medio de la confesión y la fe, sean salvos todos los que creen en tu nombre grande y terrible y en tus santos Evangelios, de manera que puedan llegar a la vida que [todavía] no poseen». [...]

66. Dice entonces Bartolomé: «¿Es lícito manifestar estas cosas a todos los hombres?»

67. Le dice Jesús: «Podéis descubrirlas a todos los que sean creyentes y observen este misterio que acabo de manifestaros. Pues entre los gentiles hay algunos que son idólatras, borrachos, fornicarios, perjurados, blasfemos, detractores de la Iglesia católica, envidiosos, maléficos, hechiceros, malvados, que siguen las malas artes del enemigo y que odian a sus prójimos. Todos éstos no son dignos de oír este misterio».

68. «Mas son dignos de oírlo todos los que guardan mis mandamientos, los que reciben en sí las palabras de vida eterna que no tienen fin, y todos los que tienen parte en los cielos con los santos, justos y fieles en el reino de mi Padre. Todos aquellos que se hayan conservado exentos del error de la iniquidad y hayan seguido el camino de la salvación y de la justicia, deben oír este misterio. Y tú, Bartolomé, eres dichoso juntamente con tu generación».

69. Entonces Bartolomé, al escribir todas estas cosas que oyó de labios de Nuestro Señor Jesucristo, con rostro alegre, bendijo al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, diciendo: «Gloria a ti, Señor, redentor de los pecadores, vida de los justos, fe de los creyentes, resurrección de los muertos, luz del mundo, amante de la castidad».

70. Entonces, ciñéndose la coraza, dijo: «Yo soy bueno, manso y benigno, misericordioso y clemente, fuerte y justo, admirable y santo, médico y defensor de huérfanos y viudas, remunerador de los justos y fieles, juez de vivos y muertos, luz de luz y destello de la claridad, consolador de los atribulados y ayudador de los pupilos. Alegraos conmigo, amigos míos, y recibid mi regalo. Os voy a dar un don celeste. A todos los que en mí tienen puesto su deseo y su fe y a vosotros os galardonaré con la vida eterna».

V

7. Le dice de nuevo Bartolomé: «Señor, y si uno comete un pecado carnal, ¿cómo se las va a haber en el juicio?»

8. Le responde Jesús: «Está bien que el bautizado observe todo aquello a que le obliga su bautismo, que guarde castidad y que permanezca en ella. Mas, si le sobreviene la concupiscencia carnal, debe casarse con una sola mujer; de manera que la mujer no conozca otro marido y éste aborreza a cualquiera otra esposa. Y si observan la castidad [según su estado] y ofrecen sus diezmos a la Iglesia, de la misma manera que lo hizo mi siervo Abrahán, que siempre guardó mis mandatos, yo les daré el céntuplo, y su matrimonio estará libre de pecado. Y si la necesidad obligara a tomar una segunda mujer o un segundo marido, puede hacerse esto con tal de que comparezcan en la Iglesia, hagan limosna, vistan al desnudo, den comida y bebida al hambriento y al sediento, den hospedaje a los peregrinos, lejos de despreciarlos, visiten a los enfermos, sirvan a los encarcelados, digan siempre la verdad, reciban con toda veneración al sacerdote y a todo aquel que teme a Dios, y, como dije antes, den sus diezmos a la Iglesia y hagan las restantes obras buenas de modo que puedan agradar a Dios».

«Mas, si alguno hubiera contraído matrimonio ya por tercera vez, será tenido por indigno y pecador en el reino de los cielos juntamente con la consorte. Pero quien guardare su virginidad y castidad y fuere perfecto en la Iglesia católica, éste, sea hombre o mujer, será llamado perfecto en el reino de los cielos». [...]

11. [...] Entonces Bartolomé, juntamente con los demás apóstoles, empezó a glorificar al Señor Jesús, diciendo: «Gloria a ti, padre de los cielos, rey de la vida eterna, foco de luz inextinguible, sol radiante y resplandor de la claridad perpetua, rey de los reyes y señor de los señores. A ti sea dada la magnificencia, la gloria, el imperio, el reino, el honor y la potestad juntamente con el Padre y el Espíritu Santo. Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque nos ha visitado y ha redimido a su pueblo de la mano de sus enemigos y con nosotros ha usado de misericordia y de justicia. Alabad a Nuestro Señor Jesucristo todas las naciones y creed que Él es el juez de vivos y muertos y el salvador de los fieles. El cual vive y reina, juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén».

V. *APÓCRIFOS ASUNCIONISTAS*

APÓCRIFOS ASUNCIONISTAS



Dormición de María. Pintura bizantina del año 1535. *Katholikon* de la Megali Lavra, Monte Atos.

Probablemente no existe un acontecimiento relacionado con el Nuevo Testamento que haya dado lugar a una proliferación tan grande de leyendas apócrifas como el que atañe a la *asunción* de María. No menos de 70 piezas distintas conservadas en una multitud de manuscritos y redactadas en las más diversas lenguas (griego, siríaco, copto, latín, irlandés, armenio, árabe, etíope, georgiano, eslavo) se conocen hoy día, sin que sea posible —a pesar del gran número de ensayos y aportaciones publicadas— establecer definitivamente la filiación de unos textos que se presentan a su vez bajo las más diversas formas: relatos fragmentarios, reelaboraciones, paráfrasis, homilías, traducciones, etc.

El punto de arranque de esta literatura parece, sin embargo, estar claro: no llega más allá del siglo IV. Entre éste y el VI en que el emperador Mauricio (582-602) instituye por decreto la fiesta de la Asunción, fijándola en el día 15 de agosto, se desarrolla el núcleo fundamental de estas leyendas, llegando algunas a cristalizarse en textos más o menos definitivos, que —al ser sancionados por la liturgia— adquieren una difusión extraordinaria tanto en Oriente como en Occidente. Esto no quiere decir que su carácter «apócrifo» pasara siempre inadvertido y no fuera incriminado de cuando en cuando por diversos documentos, tales como el llamado *Decretum Gelasianum*, de principios del siglo VI, que en una lista de libros prohibidos —con el número 29— incluye el «*diber qui appellatur Transitus sanctae Mariae, apocryphus*», probable alusión al Pseudo Melitón, obra latina que difundía por ese tiempo diversas leyendas asuncionistas de origen oriental.

Dentro de la diversidad aludida, hay algunos rasgos comunes a casi todos los apócrifos de este ciclo. Tales son: el anuncio del ángel a María, indicándole el momento inminente de su *dormición*; la venida milagrosa de Juan, en primer lugar, y luego de los demás apóstoles para acompañarla en este trance; el atentado perpetrado contra el féretro en que era llevado el cuerpo de María para su inhumación, y, finalmente, el hecho mismo de la *asunción*, presentado de diversas formas.

Por las razones expuestas, vamos a prescindir aquí de una pormenorizada y no menos enojosa enumeración de textos —que fácilmente puede encontrarse en otras obras de erudición—, contentándonos con ofrecer al lector el libro de *San Juan Evangelista* y la homilía de *Juan, arzobispo de Tesalónica* (dos prototipos significativos de las dos grandes familias en que se puede clasificar toda esta literatura), así como la narración latina del *Pseudo José de Arimatea* por sus características especiales como divulgador de las leyendas asuncionistas en Occidente.

1. LIBRO DE SAN JUAN EVANGELISTA (EL TEÓLOGO)

Este apócrifo pertenece a una numerosa familia de textos que se distingue por señalar la ciudad de *Belén* como punto de partida de los acontecimientos que preceden a la Asunción y por el uso continuo del *incienso* en los diversos episodios de ésta. Sin ser el texto más antiguo de esta rama, es sin embargo el más difundido de todo el ciclo asuncionista. Sólo en el ámbito griego, en el que hay que fijar su origen, se han conservado más de 100 códices. A esto hay que añadir las diversas versiones antiguas (latina, etíopica, árabe, georgiana), entre las que descuelga la *eslava*, por el número de manuscritos en que se han conservado: más de 90.

Esta enorme difusión en las áreas tributarias de la cultura bizantina se explica en primer lugar por cierta carta de oficialidad que obtuvo este texto a raíz de la institución de la fiesta de la Asunción en el siglo VI, a la que, por cierto, no se alude en todo el escrito. Este último detalle puede considerarse como indicio de que su composición hay que datarla con anterioridad al período 582-602, a pesar de que los códices griegos en que ha sido conservado —y en los que a veces aparecen notas marginales muy críticas respecto a su contenido— no sobrepasan en antigüedad al siglo X.

Otro factor importante favorable a la difusión de este apócrifo viene constituido por el carácter ágil y compendioso del relato, huendo de las divagaciones y ampulosidad que delatan ciertas fuentes orientales (particularmente *siriacas*), en que probablemente se inspiró su autor.

Éste se ampara bajo la autoridad del apóstol Juan Evangelista, quien aparece como testigo principal de los hechos consignados, narrándolos siempre en primera persona. Es curioso que del traslado milagroso de los apóstoles cabalgando sobre las nubes —que es rasgo común de todos los apócrifos asuncionistas— queden aquí excluidos Andrés, Felipe, Lucas, Simón Cananeo y Tadeo por haber fallecido anteriormente. Éstos acuden también sin embargo, no sin antes haber sido resucitados de entre los muertos (c.13). El miedo

que embarga a María antes de morir no radica aquí en visiones de ultratumba, cosa corriente en otros apócrifos asuncionistas, sino en el recelo de que su cuerpo vaya a ser profanado por los judíos después de su muerte (c.10). Se insiste en que «da partida de la santa y gloriosa Virgen tuvo lugar en domingo» (c.37-38). Por otra parte, el hecho mismo de la *asunción* queda reducido al traslado del cuerpo al paraíso y tiene lugar en absoluto secreto (c.48-49).

Texto griego: K. VON TISCHENDORF, *Apocalypses apocryphae* (Leipzig 1866) [repr. Hildesheim 1966] 95-112; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 576-600.

Bibliografía: M. VAN ESBROECK, «Les textes littéraires sur l'assomption avant le x^e siècle», en F. BOVON (ed.), *Les actes apocryphes des apôtres* (Ginebra 1981) 265-285; SANTOS OTERO, *Die handschriftliche...*, II, 161-195; Craveri, 447-464; Mormaldi, I, 885-895; Erbetta, I/2, 483-491; Starowieyski, 564-572; Stegmüller-Reinhardt, 115-116; Geerard, 77.

TRATADO DE SAN JUAN EL TEÓLOGO SOBRE LA DORMICIÓN DE LA SANTA MADRE DE DIOS

I

Cuando la santísima y gloriosa Madre de Dios y siempre virgen María iba, según su costumbre, cabe el sepulcro del Señor para quemar aromas y doblaba sus santas rodillas, solía suplicar a Cristo, hijo suyo y Dios nuestro, que se dignara venir hacia sí.

II

Mas, al notar los judíos la asiduidad con que se acercaba a la sagrada tumba, se fueron a los príncipes de los sacerdotes para decirles: «María viene todos los días al sepulcro». Éstos llamaron a los guardias que habían puesto allí con objeto de impedir que alguien se acercara a orar junto al sagrado monumento y empezaron a hacer averiguaciones sobre si era verdad lo que con relación a ella se decía. Los guardias respondieron que nada semejante habían notado, pues, de hecho, Dios no les permitía percibirse de su presencia.

III

Cierto día —que era viernes— fue, como de costumbre, la santa (virgen) María al sepulcro. Y, mientras estaba en oración, acaeció que se abrieron los cielos y descendió hasta ella el arcángel Gabriel, el cual le dijo: «Dios te salve, ¡oh madre de Cristo nuestro Dios!, tu oración, después de atravesar los cielos, ha llegado hasta la presencia de tu Hijo y ha sido escuchada. Por lo cual abandonarás el mundo de aquí a poco y partirás, según tu petición, hacia las mansiones celestiales, al lado de tu Hijo, para vivir la vida auténtica y perenne».

IV

Y, oído esto de labios del santo arcángel, se volvió a la ciudad santa de Belén, teniendo junto a sí las tres doncellas que la atendían. Cuando hubo, pues, reposado un poco, se incorporó y dijo a éstas: «Traedme un incensario, que voy a ponerme en oración». Y ellas lo trajeron, según se les había mandado.

V

Después se puso a orar de esta manera: «Señor mío Jesucristo, que por tu extrema bondad tuviste a bien ser engendrado por mí, oye mi voz y envíame a tu apóstol Juan para que su vista me proporcione las primicias de la dicha. Mándame también a tus restantes apóstoles, los que han volado ya hacia ti y aquellos que todavía se encuentran en esta vida, de cualquier sitio donde estén, a fin de que, al verlos de nuevo, pueda bendecir tu nombre, siempre loable. Me siento animada porque tú atiendes a tu sierva en todas las cosas».

VI

Y, mientras ella estaba en oración, me presenté yo, Juan, a quien el Espíritu Santo arrebató y trajo en una nube desde Éfeso, dejándome después en el lugar donde yacía la madre de mi Señor. Entré, pues, hasta donde ella se encontraba y alabé a su Hijo; después dije: «Salve, ¡oh madre de mi Señor, la que engendraste a Cristo nuestro Dios! alégrate, porque vas a salir de este mundo muy gloriosamente».

VII

Y la santa madre de Dios loó a Dios porque yo, Juan, había llegado junto a sí, acordándose de aquella voz del Señor que dijo: «He aquí a tu madre y he aquí a tu hijo» [Jn 19,26ss]. En esto vinieron las tres jóvenes y se postraron ante ella.

VIII

Entonces se dirigió a mí la santa madre de Dios, diciéndome: «Ponte en oración y echa incienso». Yo oré de esta manera: «¡Oh Señor Jesucristo, que has obrado [tantas] maravillas!, obra alguna también en este momento, a vista de aquella que te engendró; salga tu madre de esta vida y sean abatidos los que te crucificaron y los que no creyeron en ti».

IX

Después que hube dado por terminada mi oración, me dijo la santa [virgen] María: «Tráeme el incensario». Y, tomándolo ella, exclamó: «Gloria a tí, Dios y Señor mío, porque ha tenido cumplimiento en mí todo aquello que prometiste antes de subir a los cielos, que, cuando fuera yo a salir de este mundo, vendrías tú a mi encuentro lleno de gloria y rodeado de multitud de ángeles».

X

Entonces yo, Juan, le dije a mi vez: «Ya está para venir Jesucristo, Señor y Dios nuestro; y tú vas a verle, según te lo prometí». A lo que repuso la santa madre de Dios: «Los judíos han hecho juramento de quemar mi cuerpo cuando yo muera». Yo respondí: «Tu santo y precioso cuerpo no ha de ver la corrupción». Ella entonces replicó: «Anda, toma el incensario, echa incienso y ponte en oración». Y vino una voz desde el cielo diciendo el amén.

XI

Yo, por mi parte, oí esta voz, y el Espíritu Santo me dijo: «Juan, ¿has oído esa voz que ha sido emitida en el cielo después de termi-

nada la oración?» Yo le respondí: «Efectivamente; sí que la he oído». Entonces añadió el Espíritu Santo: «Esta voz que has escuchado es señal de la llegada inminente de tus hermanos los apóstoles y de las santas jerarquías, pues hoy se van a dar cita aquí».

XII

Yo, Juan, me puse entonces a orar. Y el Espíritu Santo dijo a los apóstoles: «Venid todos en alas de las nubes desde los [últimos] confines de la tierra y reuníos en la santa ciudad de Belén para asistir a la madre de Nuestro Señor Jesucristo, que está en commoción: Pedro desde Roma, Pablo desde Tibería, Tomás desde el centro de las Indias, Santiago desde Jerusalén».

XIII

Andrés, el hermano de Pedro, y Felipe, Lucas y Simón Cananeo, juntamente con Tadeo, los cuales habían muerto ya, fueron despertados de sus sepulcros por el Espíritu Santo. Éste se dirigió a ellos y les dijo: «No creáis que ha llegado ya la hora de la resurrección. La causa por la que surgís en este momento de vuestras tumbas es que habéis de ir a rendir pleitesía a la madre de vuestro Salvador y Señor Jesucristo, tributándole un homenaje maravilloso; pues ha llegado la hora de su salida [de este mundo] y de su partida para los cielos».

XIV

También Marcos, vivo aún, llegó de Alejandría juntamente con los otros, [venidos], como se ha dicho, de todos los países. Pedro, arrebatado por una nube, estuvo en medio del cielo y de la tierra sostenido por el Espíritu Santo, mientras los demás apóstoles eran a su vez arrebatados también sobre las nubes para encontrarse juntamente con Pedro. Y así, de esta manera, como queda dicho, fueron llegando todos a la vez por obra del Espíritu Santo.

XV

Después entramos en el lugar donde estaba la madre de nuestro Dios y, postrados en actitud de adoración, le dijimos: «No tengas

miedo ni aflicción. El Señor Dios, a quien tú alumbraste, te sacará de este mundo gloriosamente». Y ella, regocijándose en Dios su salvador, se incorporó en el lecho y dijo a los apóstoles: «Ahora sí que creo que viene ya desde el cielo nuestro Dios y maestro, a quien voy a contemplar, y que he de salir de esta vida de la misma manera como os he visto presentaros a vosotros aquí. Quiero [ahora] que me digáis cómo ha sido para venir en conocimiento de mi partida y presentaros a mí y de qué países y latitudes habéis venido, ya que tanta prisa os habéis dado en visitarme. Aunque habéis de saber que no ha querido ocultármelo mi Hijo, nuestro Señor Jesucristo y Dios universal, pues estoy firmemente persuadida, incluso en el momento presente, de que Él es el Hijo del Altísimo».

XVI

Pedro entonces se dirigió a los apóstoles en estos términos: «Cada uno de nosotros, de acuerdo con lo que nos ha anunciado y ordenando el Espíritu Santo, dé información a la madre de Nuestro Señor».

XVII

Yo, Juan, por mi parte, respondí y dije: «Me encontraba en Éfeso, y, mientras me acercaba al santo altar para celebrar los oficios, el Espíritu Santo me dijo: Ha llegado a la madre de tu Señor la hora de partir; ponte [pues] en camino de Belén para ir a despedirla. Y en esto una nube luminosa me arrebató y me puso en la puerta de la casa donde tú yaces».

XVIII

Pedro respondió: «También yo, cuando me encontraba en Roma, oí de madrugada una voz del Espíritu Santo, la cual me dijo: La madre de tu Señor, habiendo ya llegado su hora, está para partir; ponte [pues] en camino de Belén para despedirla. Y he aquí que una nube luminosa me arrebató, y pude ver también a los demás apóstoles que venían hacia mí sobre las nubes y percibí una voz que decía: Marchaos todos a Belén».

XIX

Pablo, a su vez, respondió y dijo: «También yo, mientras me encontraba en una ciudad a poca distancia de Roma, llamada tierra de los Tiberios, oí al Espíritu Santo que me decía: La madre de tu Señor está para abandonar este mundo y emprender por medio de la muerte su marcha a los cielos; ponte [pues] tú también en camino de Belén para despedirla. Y en esto una nube luminosa me arrebató y me puso en el mismo sitio en que a vosotros».

XX

Tomás, por su parte, respondió y dijo: «También yo me encontraba recorriendo el país de los indios, y la predicación iba afianzándose con la gracia de Cristo [hasta el punto de que] el hijo de la hermana del rey, por nombre Lavdán, estaba para ser sellado (con el bautismo) por mí en el palacio, cuando de repente el Espíritu Santo me dijo: Tú, Tomás, preséntate también en Belén para despedir a la madre de tu Señor, pues está para efectuar su tránsito a los cielos. Y en esto una nube luminosa me arrebató y me trajo a vuestra presencia».

XXI

Marcos, a su vez, respondió y dijo: «Yo me encontraba en la ciudad de Alejandría celebrando el oficio de tercia, y, mientras oraba, el Espíritu Santo me arrebató y me trajo a vuestra presencia».

XXII

Santiago respondió y dijo: «Mientras me encontraba yo en Jerusalén, el Espíritu Santo me intimó esta orden: Márchate a Belén, pues la madre de tu Señor está para partir. Y una nube luminosa me arrebató y me puso en vuestra presencia».

XXIII

Mateo, por su parte, respondió y dijo: «Yo alabé y continúo alabando a Dios porque, estando lleno de turbación al encontrarme dentro de

una nave y ver la mar alborotada por las olas, de repente vino una nube luminosa e hizo sombra sobre la furia del temporal, poniéndolo en calma; después me tomó a mí y me puso junto a vosotros».

XXIV

Respondieron, a su vez, los que habían marchado anteriormente y narraron de qué manera se habían presentado. Bartolomé dijo: «Yo me encontraba en la Tebaida predicando la palabra, y he aquí que el Espíritu Santo se dirigió a mí en estos términos: La madre de tu Señor está para partir; ponte, pues, en camino de Belén para despedirla. Y he aquí que una nube luminosa me arrebató y me trajo hasta vosotros».

XXV

Todo esto dijeron los apóstoles a la santa madre de Dios: cómo y de qué manera habían efectuado el viaje. Y luego ella extendió sus manos hacia el cielo y oró diciendo: «Adoro, ensalzo y glorifico tu celebradísimo nombre, pues pusiste tus ojos en la humildad de tu esclava e hiciste en mí cosas grandes, tú que eres poderoso. Y he aquí que todas las generaciones me llamarán bienaventurada [Lc 1,48]».

XXVI

Y cuando hubo acabado su oración, dijo a los apóstoles: «Echad incienso y poneos en oración». Y, mientras ellos oraban, se produjo un trueno en el cielo y se dejó oír una voz terrible, como [el fragor de] los carros. Y en esto [apareció] un nutrido ejército de ángeles y de potestades y se oyó una voz como [la] del Hijo del hombre. Al mismo tiempo, los serafines circundaron en derredor la casa donde yacía la santa e inmaculada virgen y madre de Dios. De manera que cuantos estaban en Belén vieron todas estas maravillas y fueron a Jerusalén anunciando todos los portentos que habían tenido lugar.

XXVII

Y sucedió que, después que se produjo aquella voz, apareció de repente el sol y, asimismo, la luna alrededor de la casa. Y un grupo

de primogénitos de los santos se presentó en la casa donde yacía la madre del Señor para honra y gloria de ella. Y vi también que tuvieron lugar muchos milagros: ciegos que volvían a ver, sordos que oían, cojos que andaban, leprosos que quedaban limpios y poseidos de espíritus inmundos que eran curados. Y todo el que se sentía aquejado de alguna enfermedad o dolencia, tocaba por fuera el muro [de la casa] donde yacía y gritaba: «Santa María, madre de Cristo, nuestro Dios, ten compasión de nosotros». E inmediatamente se sentían curados.

XXVIII

Y grandes multitudes procedentes de diversos países, que se encontraban en Jerusalén por motivo de oración, oyeron [hablar de] los portentos que se obraban en Belén por mediación de la madre del Señor y se presentaron en aquel lugar suplicando la curación de diversas enfermedades: cosa que obtuvieron. Y aquel día se produjo una alegría inenarrable, mientras la multitud de los curados y de los espectadores alababan a Cristo nuestro Dios y a su madre. Y Jerusalén entera, de vuelta de Belén, festejaba cantando salmos e himnos espirituales.

XXIX

Los sacerdotes de los judíos, por su parte, y todo su pueblo, estaban extáticos de admiración por lo ocurrido. Pero, dominados por una violentísima pasión y después de haberse reunido en consejo, llevados por su necio raciocinio, decidieron atentar contra la santa madre de Dios y contra los santos apóstoles que se encontraban en Belén. Mas, habiéndose puesto en camino de Belén la turba de los judíos y a distancia como de una milla, acaeció que se les presentó a éstos una visión terrible y quedaron con los pies [como] atados y marcharon hacia sus connacionales y narraron a los príncipes de los sacerdotes por entero la terrible visión.

XXX

Mas aquéllos, requemados más aún para la ira, se fueron a presencia del gobernador gritando y diciendo: «La nación judía se ha venido abajo por causa de esta mujer; échala fuera de Belén y de la co-

marca de Jerusalén». Mas el gobernador, sorprendido por los milagros, replicó: «Yo, por mi parte, no la expulsaré ni de Jerusalén ni de ningún otro lugar». Pero los judíos insistían dando voces y conjurándole por la incolumnidad del césar Tiberio a que arrojase a los apóstoles fuera de Belén, [diciendo:] «Y, si no haces esto, daremos cuenta de ello al emperador». Entonces él se vio constreñido a enviar un quiliarco [jefe de mil] a Belén contra los apóstoles.

XXXI

Mas el Espíritu Santo dijo entonces a los apóstoles y a la madre del Señor: «He aquí que el gobernador ha enviado un quiliarco contra vosotros a causa de los judíos que se han amotinado. Salid, pues, de Belén y no temáis, porque yo os voy a trasladar en una nube a Jerusalén, y la fuerza del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo está con vosotros».

XXXII

Levantáronse, pues, en seguida los apóstoles y salieron de la casa llevando la litera de [su] Señora, la madre de Dios, y dirigiendo sus pasos camino de Jerusalén. Mas al momento, de acuerdo con lo que había dicho el Espíritu Santo, fueron arrebataos por una nube y se encontraron en Jerusalén en casa de la Señora. Una vez allí, nos levantamos y estuvimos cantando himnos durante cinco días ininterrumpidamente.

XXXIII

Y cuando llegó el quiliarco a Belén, al no encontrar allí ni a la madre del Señor ni a los apóstoles, detuvo a los betlemitas, diciéndoles: «¿No sois vosotros los que habéis venido contando al gobernador y a los sacerdotes todos los milagros y portentos que se acaban de obrar y [le habéis dicho] que los apóstoles han venido de todos los países? ¿Dónde están, pues? Ahora poneos todos en seguida camino de Jerusalén para presentarlos ante el gobernador». Es de notar que el quiliarco no estaba enterado de la retirada de los apóstoles y de la

madre del Señor a Jerusalén. Prendió, pues, el quiliarco a los betlemitas y se presentó al gobernador para decirle que no había encontrado a nadie.

XXXIV

Cinco días después llegó a conocimiento del gobernador, de los sacerdotes y de toda la ciudad que la madre del Señor, en compañía de los apóstoles, se encontraba en su propia casa de Jerusalén, a causa de los portentos y maravillas que allí se obraban. Y una multitud de hombres, mujeres y vírgenes se reunieron gritando: «Santa virgen, madre de Cristo nuestro Dios, no te olvides del género humano».

XXXV

Ante estos acontecimientos, tanto el pueblo judío como los sacerdotes fueron aún más juguete de la pasión, y, tomando leña y fuego, la emprendieron contra la casa donde estaba la madre del Señor en compañía de los apóstoles, con intención de hacerla pasto de las llamas. El gobernador contemplaba desde lejos el espectáculo. Mas, en el momento mismo en que llegaba el pueblo judío a la puerta de la casa, he aquí que salió súbitamente del interior una llamarada por obra de un ángel y abrasó a gran número de judíos. Con esto la ciudad entera quedó sobrecogida de temor y alababan al Dios que fue engendrado por ella.

XXXVI

Y cuando el gobernador vio lo ocurrido, se dirigió a todo el pueblo, diciendo a grandes voces: «En verdad, aquel que nació de la Virgen, a la que vosotros maquinabais perseguir, es hijo de Dios, pues estas señales son propias del verdadero Dios». Así pues, se produjo escisión entre los judíos, y muchos creyeron en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo a causa de los portentos realizados.

XXXVII

Y después de que se obraron estas maravillas por mediación de la madre de Dios y siempre virgen María, madre del Señor, mien-

tras nosotros los apóstoles nos encontrábamos con ella en Jerusalén, nos dijo el Espíritu Santo: «Ya sabéis que en domingo tuvo lugar la anunciación del arcángel Gabriel a la virgen María, y que en domingo nació el Salvador en Belén, y que en domingo salieron los hijos de Jerusalén con palmas a su encuentro diciendo: ¡Hosanna en las alturas! Bendito el que viene en nombre del Señor [Mt 21,9; Mc 11,10], y que en domingo resucitó de entre los muertos, y que en domingo ha de venir a juzgar a vivos y muertos, y que en domingo [finalmente] ha de bajar de los cielos para honrar y glorificar [con su presencia] la partida de la santa y gloriosa virgen que le dio a luz».

XXXVIII

En este mismo domingo dijo la madre del Señor a los apóstoles: «Echad incienso, pues Cristo está ya viniendo con un ejército de ángeles». Y en el mismo momento se presentó Cristo sentado sobre un trono de querubines. Y, mientras todos nosotros estábamos en oración, aparecieron multitudes incontables de ángeles, y el Señor [estaba] lleno de majestad sobre los querubines. Y he aquí que se irradió un eflujo resplandeciente sobre la santa Virgen por virtud de la presencia de su Hijo unigénito, y todas las potestades celestiales cayeron en tierra y le adoraron.

XXXIX

El Señor se dirigió entonces a su madre y le dijo: «María». Ella respondió: «Aquí me tienes, Señor». Él le dijo: «No te aflijas; alégrese más bien y gócese tu corazón, pues has encontrado gracia para poder contemplar la gloria que me ha sido dada por mi Padre». La santa madre de Dios elevó entonces sus ojos y vio en Él una gloria tal, que es inefable a la boca del hombre e incomprendible.

El Señor permaneció a su lado y continuó diciendo: «He aquí que desde este momento tu cuerpo va a ser trasladado al paraíso, mientras que tu santa alma va a estar en los cielos, entre los tesoros de mi Padre, [coronada] de un extraordinario resplandor, donde [hay] paz y alegría [propia] de santos ángeles y más aún».

XL

La madre del Señor respondió y le dijo: «Imponme, Señor, tu diestra y bendícame». El Señor extendió su santa diestra y la bendijo. Ella la estrechó y la colmó de besos mientras decía: «Adoro esta diestra que ha creado el cielo y la tierra. Y ruego a tu nombre siempre bendecido, ¡oh Cristo Dios, Rey de los siglos, Unigénito del Padre!: recibe a tu sierva, tú que te has dignado encarnarte por medio de mí, la pobrecita, para salvar al género humano según tus inefables designios. Otorga tu ayuda a todo el que invoque o que ruegue o que [simplemente] haga mención del nombre de tu sierva».

XLI

Mientras ella decía esto, se acercaron los apóstoles a sus pies y, adorándola, le dijeron: «Déja, ¡oh madre del Señor!, una bendición al mundo, puesto que lo vas a abandonar. Pues ya lo bendijiste y lo resucitaste, perdido como estaba, al engendrar tú la luz del mundo». Y la madre del Señor, habiéndose puesto en oración, hizo esta súplica: «¡Oh Dios, que por tu mucha bondad enviaste a tu unigénito Hijo para que habitara en mi humilde cuerpo y te dignaste ser engendrado de mí, la pobrecita!, ten compasión del mundo y de toda alma que invoca tu nombre».

XLII

Y oró de nuevo de esta manera: «¡Oh Señor, Rey de los cielos, Hijo del Dios vivo!, recibe a todo hombre que invoque tu nombre para que tu nacimiento sea glorificado». Después se puso a orar nuevamente, diciendo: «¡Oh Señor Jesucristo, que todo lo puedes en el cielo y en la tierra!, ésta es la súplica que dirijo a tu santo nombre: santifica en todo tiempo el lugar en que se celebre la memoria de mi nombre y da gloria a los que te alaban por mí, recibiendo de estos tales toda ofrenda, toda súplica y toda oración».

XLIII

Después que hubo orado de esta manera, el Señor dijo a su propia madre: «Alégrese y regocijese tu corazón, pues toda clase de gracias y de dones te han sido dados por mi Padre celestial, por mí y por el Espíritu Santo. Toda alma que invoque tu nombre se verá libre de la confusión y encontrará misericordia, consuelo, ayuda y sostén en este siglo y en el futuro ante mi Padre celestial».

XLIV

Volvióse entonces el Señor y dijo a Pedro: «Ha llegado la hora de dar comienzo a la salmodia». Y, entonando Pedro, todas las potencias celestiales respondieron el *Aleluya*. Entonces un resplandor más fuerte que la luz nimbó la faz de la madre del Señor y ella se levantó y fue bendiciendo con su propia mano a cada uno de los apóstoles. Y todos dieron gloria a Dios. Y el Señor, después de extender sus puras manos, recibió su alma santa e inmaculada.

XLV

Y en el momento de salir su alma inmaculada, el lugar se vio inundado de perfume y de una luz inefable. Y he aquí que se oyó una voz del cielo que decía: «Dichosa tú entre las mujeres». Pedro entonces, lo mismo que yo, Juan, y Pablo y Tomás, abrazamos a toda prisa sus santos pies para ser santificados. Y los doce apóstoles, después de depositar su santo cuerpo en el ataúd, se lo llevaron.

XLVI

En esto, he aquí que, durante la marcha, cierto judío llamado Jefonías, robusto de cuerpo, la emprendió impetuosamente contra el féretro que llevaban los apóstoles. Mas de pronto un ángel del Señor, con fuerza invisible, separó, sirviéndose de una espada de fuego, las dos manos de sus respectivos hombros y las dejó colgadas en el aire a los lados del féretro.

XLVII

Al obrarse este milagro, exclamó a grandes voces todo el pueblo de los judíos, que lo había visto: «Realmente es Dios el hijo que diste a luz, ¡oh madre de Dios y siempre Virgen María!». Y Jefonías mismo, intimado por Pedro para que declarara las maravillas del Señor, se levantó detrás del féretro y se puso a gritar: «Santa María, tú que engendraste a Cristo Dios, ten compasión de mí». Pedro entonces se dirigió a él y le dijo: «En nombre de su Hijo, júntense las manos que han sido separadas de ti». Y, nada más decir esto, las manos que estaban colgadas junto al féretro donde yacía la Señora se separaron y se unieron de nuevo a Jefonías. Y con esto creyó él mismo y alabó a Cristo Dios, que fue engendrado por ella.

XLVIII

Obrado este milagro, llevaron los apóstoles el féretro y depositaron su santo y venerado cuerpo en Getsemaní, en un sepulcro sin estrenar. Y he aquí que se desprendía de aquel santo sepulcro de nuestra Señora, la madre de Dios, un exquisito perfume. Y por tres días consecutivos se oyeron voces de ángeles invisibles que alababan a su Hijo, Cristo nuestro Dios. Mas, cuando concluyó el tercer día, dejaron de oírse las voces, por lo que todos cayeron en la cuenta de que su venerable e inmaculado cuerpo había sido trasladado al paraíso.

XLIX

Verificado el traslado de éste, vimos de pronto a Isabel, la madre de San Juan Bautista, y a Ana, la madre de nuestra Señora, y a Abrahán, a Isaac, a Jacob y a David que cantaban el *Aleluya*. Y vimos también a todos los coros de los santos que adoraban la venerable reliquia de la madre del Señor. Se nos presentó también un lugar radiante de luz, con cuyo resplandor no hay nada comparable. Y el sitio donde tuvo lugar la traslación de su santo y venerable cuerpo al paraíso estaba saturado de perfume. Y se dejó oír la melodía de los que cantaban himnos a su Hijo, y era tan dulce cual solamente les es dado escuchar a las vírgenes; y era tal, que nunca llegaba a producir hartura.

L

Nosotros, pues, los apóstoles, después de contemplar súbitamente la augusta traslación de su santo cuerpo, nos pusimos a alabar a Dios por habernos dado a conocer sus maravillas en el tránsito de la madre de Nuestro Señor Jesucristo.

Por cuyas oraciones e intercesión seamos dignos de alcanzar el poder vivir bajo su cobijo, amparo y protección en este siglo y en el futuro, alabando en todo lugar y tiempo a su Hijo unigénito, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

.

2. LIBRO DE JUAN, ARZOBISPO DE TESALÓNICA

La gran familia de apócrifos aquí representada por el escrito atribuido a Juan de Tesalónica ofrece dos características especiales que la distinguen de la otra rama encabezada por el *Libro de San Juan Evangelista* que acabamos de presentar. Una es el lugar de la dormición, vinculado unánimemente a la ciudad de *Jerusalén*, y otra el símbolo omnipresente en los diversos episodios del relato: la *palma*, como árbol de la vida.

Dentro de la multitud de textos que pertenecen a esta familia, ofrece el *Tesalonicense* un interés histórico especial por tratarse de una homilía compuesta por Juan I, arzobispo de esta metrópoli, entre los años 610 y 649, en que el autor inculpa a los herejes de haber «corrompido» con sus escritos la tradición antiquísima de la Asunción y de haber contribuido así a que esta fiesta cayera en desuso en la iglesia de Tesalónica. Por ello se propone en su homilía expurgar todo lo que ha viciado esta venerable tradición y —basándose en fuentes auténticas— ofrecer un relato fiable de los acontecimientos que acompañaron la muerte de María (c.1-2).

Esta actitud del arzobispo refleja, por una parte, su rechazo de la literatura apócrifa asuncionista anterior al siglo VII, pero confirma, al mismo tiempo, el uso que de ella se hacía en el ámbito eclesiástico. Esto último queda bien manifiesto al leer lo que Juan ofrece en su homilía como «relato auténtico» y comprobar que apenas difiere de otros «relatos apócrifos» anteriores al siglo VII que han llegado hasta nosotros.

El principal de éstos —dentro del área bizantina— es el contenido en el manuscrito Vat. gr. 1982 [siglo XI], descubierto y publicado por A. Wenger (*L'Assomption de la T. S. Vierge dans la tradition byzantine du VI^e au X^e siècle* [París 1955] 210-240), en el que aparece como autor Juan Evangelista. No cabe duda de que Juan de Tesalónica al escribir su homilía utilizó y en gran parte copió el sustrato apócrifo contenido en este texto, que ya había inspirado a su vez anteriormente —de manera directa o indirecta— otros «Transitus» pertene-

cientes a la misma familia y conservados tanto en griego como en versiones latinas e irlandesas.

Otra cuestión es si el origen de toda esta familia de textos, íntimamente ligados entre sí, hay que buscarlo en fuentes *etiópicas*, tales como las que refleja el llamado *Libro del Descanso*, publicado por V. Arras (*De transitu Mariae apocrypha aethiopice*, I [Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium 342-343] Louvain 1973), tomando como base dos manuscritos de los siglos XV y XVIII respectivamente. Dejando aparte lo tardío de estos documentos en comparación con los que presentan las fuentes griegas, es evidente que el *Libro del Descanso* no es un relato específicamente asuncionista —a pesar del título—, sino una extensísima rapsodia en que se dan cita los temas apócrifos más heterogéneos. El que en él se desarrollen también episodios referentes a la Asunción contenidos en fuentes griegas o siriacas no parece indicar que éstas sean tributarias de aquél, sino más bien lo contrario, dada la tendencia, hartamente conocida en el ámbito de la literatura etiópica, a reproducir fuentes ajenas, parafraseándolas y remodelándolas.

La homilia de Juan de Tesalónica se ha conservado en dos redacciones griegas diferentes: una llamada *corta*, en la que se apoya la versión castellana que ofrecemos, y otra considerada como *interpolada*. Esta no es en su conjunto necesariamente posterior a la primera, ya que contiene episodios que sin duda pertenecieron a la homilia original y faltan sin embargo en la redacción breve. El más significativo es el que se refiere a la «resurrección del cuerpo de María y su traslado triunfante al paraíso, junto al árbol de la vida», que sólo se encuentra en la redacción interpolada, en consonancia con otras narraciones apócrifas pertenecientes al mismo tronco asuncionista.

Esta diversidad de redacciones es sin duda una señal más de la difusión de esta homilia en el mundo greco-bizantino, no tan grande ciertamente como la del *Libro de San Juan Evangelista*, pero de todas formas impresionante a juzgar por la impronta que ha dejado en la iconografía de la Asunción.

Texto griego: M. JUGIE, *Homélies mariales byzantines* (Patrologia Orientalis, 19; París 1925) 375-405; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 605-639.

Bibliografía: M. VAN ESBROECK, «Les textes littéraires sur l'assomption avant le x^e siècle», en F. BOVON (ed.), *Les actes apocryphes des apôtres* (Ginebra 1981) 265-285; SANTOS OTERO, *Die handschriftliche...*, II, 161-195; McNamara, 122-123; Moraldi, I, 841-862; Erbetta, I/2, 511-533; Geerard, 78.

DORMICIÓN DE NUESTRA SEÑORA, MADRE DE DIOS Y SIEMPRE VIRGEN MARÍA, ESCRITA POR JUAN, ARZOBISPO DE TESALÓNICA

I

A la admirable, gloriosísima y verdaderamente gran señora del mundo; a la madre siempre virgen de Jesucristo, Dios y salvador nuestro; a la que es realmente madre de Dios, le son debidos perpetuamente justos homenajes de alabanza, honra y gloria de toda criatura que vive bajo el cielo por el beneficio que recibió por su medio la creación entera en la economía del advenimiento carnal del unigénito Hijo y Verbo de Dios Padre.

Ésta, después de que el Verbo divino, que de ella tomó realmente carne y se humanó por nosotros, consumó voluntariamente su pasión corporal, resucitó de entre los muertos y subió a los cielos, permaneció en compañía de los santos apóstoles, pasando un lapso de tiempo no pequeño en los alrededores de Judea y de Jerusalén y habitando, según dice la Sagrada Escritura [Jn 19,27], casi siempre en casa del apóstol virgen y amado del Señor.

Esta misma virgen gloriosísima y madre de Dios, pasado algún tiempo desde que los apóstoles se lanzaron a la predicación del evangelio por todo el mundo bajo el impulso del Espíritu Santo, abandonó la tierra de muerte natural.

Ahora bien, ha habido quienes han consignado por escrito las maravillas que tuvieron lugar por aquel tiempo en relación con ella, y casi la tierra entera celebra con toda solemnidad la memoria anual de su reposo, exceptuados unos pocos lugares, entre los cuales se encuentra el que circunda a esta metrópoli de los tesalonicenses, protegida por Dios. ¿Qué (haremos) pues? ¿Condenaremos la desidia o la indolencia de los que nos precedieron? Lejos de nosotros el decir esto, o ni aun siquiera pensarlo, ya que fueron ellos los únicos en legar a su patria, sancionado con leyes, este (privilegio) excepcional; me refiero a la costumbre de celebrar la memoria, no sólo de los santos locales, sino también la de aquellos en su mayor parte que lucharon por Cristo sobre la tierra, haciendo así familiares a Dios espiritualmente a base de sagradas reuniones y oraciones.

No fueron, pues, desidiosos o indolentes. Sucedió más bien que, si bien es verdad que los testigos de su muerte, [de María], describieron fielmente cuanto a ella se refiere, vinieron, sin embargo, después unos nocivos herejes que diseminaron su cizaña y depravaron los es-

critos. Ésta es la razón por la que nuestros padres se mantuvieron alejados de ellos, por considerarlos en desacuerdo con la Iglesia católica. De aquí el que la fiesta cayera en olvido entre ellos.

Y no os extrañéis al oír que los herejes corrompieron tales escritos, ya que se les ha sorprendido haciendo cosas semejantes en distintas ocasiones con las cartas del divino Apóstol y aun con los santos evangelios. Pero no vayamos a despreciar los escritos verdaderos por la astucia de aquéllos, abominable para Dios; sino que, después de extirpar la mezcla dañina de la simiente, recogeremos y conmemoraremos con provecho de las almas y agrado de Dios lo que tuvo efectivamente lugar para gloria de Dios en relación con sus santos.

Pues así hicieron, según hemos averiguado, tanto los que últimamente nos han precedido a nosotros como los santos padres que vivieron antes que ellos: éstos, en lo que toca a los llamados viajes de los santos apóstoles Pedro, Pablo, Andrés y Juan; aquéllos, en lo concerniente a la mayor parte de los escritos sobre los mártires, portadores de Cristo. Pues es necesario algo así como *limpiar*, según lo que está escrito [Jer 50,26], *las piedras del camino*, para que no encuentre tropiezo el rebaño que Dios ha juntado.

II

Nosotros, pues, ya que, en provecho de esta metrópoli amada de Cristo y para que no se vea privada de ningún bien, es del todo necesario honrar sinceramente a María, siempre virgen y madre de Dios, (particularmente) con la celebración regocijada de su venerado reposo; nosotros, digo, hemos puesto a contribución justamente no pequeña diligencia, en orden a la excitación y edificación de las almas, para exponer a vuestros oídos, amigos de Dios, no todo lo que indiscriminadamente hemos encontrado escrito en diversos libros acerca de ella, sino sólo aquellas cosas que realmente tuvieron lugar, que como tales se recuerdan y que vienen siendo refrendadas hasta ahora por el testimonio de los lugares. Hemos, pues, recogido todo esto con temor de Dios y amor a la verdad, no haciendo caso de apreciaciones personales, cuya inserción se debe a la perfidia de quienes han falsificado estas cosas.

Oyendo, pues, con una compunción provechosa para el alma, las maravillas tremendas, magníficas y en verdad dignas de la madre de Dios, que tuvieron efectivamente lugar con motivo de su admirable

dormición, ofreceremos, después de Dios, a María, la inmaculada señora y madre de Dios, el agradecimiento y el honor que le es debido, mostrándonos a nosotros mismos dignos de sus dádivas por nuestras buenas obras. Y vosotros, después de recibir este pequeño (testimonio) de nuestro amor y de dar vuestro beneplácito a la diligencia con que os exhortamos por el presente escrito a cosas mejores, corresponded con vuestro amor, como hermanos e hijos queridos en el Señor, recabándonos la ayuda de Dios por medio de una oración continua; pues suya es la gloria, la honra y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

III

Cuando María, la santa madre de Dios, iba ya a desprenderse del cuerpo, vino hacia ella el gran ángel y le dijo: «María, levántate y toma esta palma que me ha dado el que plantó el paraíso; entrégasela a los apóstoles para que la lleven entre himnos ante ti, pues dentro de tres días vas a abandonar el cuerpo. Sábete que voy a enviar a todos los apóstoles a tu lado; ellos se preocuparán de tus funerales y contemplarán tu gloria hasta que (por fin) te lleven al lugar que te está reservado». Y María respondió al ángel diciéndole: «¿Por qué has traído esta palma solamente y no una para cada cual, no sea que, al dársela a uno, murmuren los demás? ¿Y qué es lo que quieres que haga o cuál es tu nombre para que se lo diga, si me lo preguntan?» Respondióle el ángel: «¿Por qué inquieres mi nombre?, pues causa admiración (sólo) el oírlo. No titubees en lo concerniente a la palma, porque muchos serán curados por su medio y servirá de prueba para todos los habitantes de Jerusalén. Al que, por consiguiente, da crédito, se le manifiesta; y al que no cree, se le oculta. Ponte, pues, en camino de la montaña».

Entonces María echó a andar y subió al monte de los Olivos, mientras iba brillando ante ella la luz del ángel y tenía en sus manos la palma. Y cuando llegó al monte, éste se alegró juntamente con todas las plantas que allí había, hasta el punto de que éstas inclinaban sus cabezas y (la) adoraban. María se turbó al ver esto, pensando que estaba Jesús, y dijo: «Eres tú, por ventura, el Señor, pues por ti se ha obrado tal maravilla, ya que estas plantas te han adorado? Porque digo yo que nadie puede hacer un portento semejante, sino el Señor de la gloria, el que se entregó a sí mismo a mí».

Entonces le dijo el ángel: «Nadie puede hacer prodigios si no es por su mano, pues Él comunica virtud a cada uno de los seres. Yo soy el que tomo las almas de los que se humillan a sí mismos ante Dios y el que las traslado al lugar de los justos el mismo día en que salen del cuerpo; y por lo que a ti se refiere, si llegas a abandonar el cuerpo, yo mismo en persona vendré por ti».

Le dice entonces María: «Señor mío, ¿cómo te presentas a los elegidos? Dime, pues, lo que es; dímelo para que yo obre (como conviene) cuando vengas a asumirme». Él le responde: «¿Qué es lo que tienes, señora? Has de saber que, cuando envíe por ti el Señor, no vendré yo sólo, sino que acudirán también todos los ejércitos angélicos e irán cantando ante tí». Y el ángel, en diciendo esto, se hizo como luz y subió al cielo.

IV

María, por su parte, volvió a su casa. Y al instante se conmovió el edificio por la gloria de la palma que estaba en su mano. Y, después que hubo cesado la conmoción, entró en su cámara secreta y dejó la palma sobre un lienzo finísimo. Entonces se puso a orar al Señor, diciendo: «Escucha, Señor, la oración de tu madre, María, que clama a tí, y envía sobre mí tu benevolencia, y que ningún genio maligno venga a mi presencia en el momento aquel en que vaya a salir del cuerpo, sino cumple más bien lo que dijiste cuando lloré en tu presencia diciendo: ¿Qué haré para evadirme de las potestades que vengan sobre mi alma? Y me hiciste la siguiente promesa: No llores; no son ángeles, ni arcángeles, ni querubines, ni serafines, ni ninguna otra potestad los que han de venir por tí, sino que yo mismo en persona vendré a recoger tu alma. Ahora, pues, se ha acercado el dolor a la parturienta». Y se puso a orar diciendo: «Bendigo la luz eterna en que habitas; bendigo toda plantación de tus manos, que permanece por los siglos. Santo, que habitas entre los santos, escucha la voz de mi oración».

V

Y, en diciendo esto, salió y dijo a la doncella de su casa: «Oye, vete a llamar a mis parientes y a los que me conocen, diciéndo(les): María

os llama». La doncella marchó y avisó a todos en conformidad con lo que se le había mandado. Y, después que aquéllos hubieron entrado, les dijo María: «Padres y hermanos míos, venid en mi socorro, pues voy a salir del cuerpo para mi eterno descanso. Levantaos, pues, y hacedme un gran favor. No os pido oro ni plata, ya que todas estas cosas son vanas y corruptibles; sólo os pido la caridad de que permanezcáis conmigo estas dos noches y de que cada uno de vosotros tome una lámpara, sin que la deje apagarse durante tres días consecutivos. Yo, por mi parte, os bendeciré antes de morir».

E hicieron tal como les había indicado. Y la noticia fue transmitida a todos los conocidos de María y a sus parientes, por lo que todos ellos se reunieron a su lado. Volvióse María y, viendo a todos presentes, elevó su voz diciendo: «Padres y hermanos míos, ayudémonos mutuamente y vigilemos después de encender las lámparas, pues no sabemos *a qué hora ha de venir el ladrón* [Mt 24,43]. Me ha sido dado a conocer, hermanos míos, el momento en que voy a partir; lo he sabido y he sido informada sin que el miedo me invada, pues es (un fenómeno) universal. Al que únicamente temo es al insidiador, a aquél que hace la guerra a todos; sólo que no puede prevalecer contra los justos y contra los fieles; mas se apodera de los infieles, de los pecadores y de los que hacen su voluntad, obrando en ellos lo que le place. Pero de los justos no se apodera, porque (este) ángel malo no tiene nada en ellos, sino que, avergonzado, huye de su lado. Es de saber que son dos los ángeles que vienen por el hombre: uno el de la justicia y otro el de la maldad. Ambos entran en compañía de la muerte. Ésta (al principio) molesta al alma, (después) vienen estos dos ángeles y palpan su cuerpo. Y, si ha hecho obras de justicia, el ángel bueno se alegra por esto, pues el ángel malo no tiene nada en él. Entonces vienen más ángeles sobre el alma, cantando himnos ante ella hasta el lugar donde están todos los justos. Mientras tanto, el ángel malo se aflige, pues no tiene parte en él. Pero, si se da el caso de uno que haya obrado la iniquidad, se alegra también aquel (ángel malo) y toma consigo otros espíritus malignos y se apoderan (todos) del alma, arrancándola. Mientras tanto, el ángel bueno se aflige en extremo. Ahora, pues, padres y hermanos míos, ayudémonos mutuamente para que nada malo se encuentre dentro de nosotros».

Después que habló así María, dijeronle las mujeres: «Oh hermana nuestra, que has llegado a ser madre de Dios y señora de todo el mundo!, por más que todos tengamos miedo, ¿qué tienes tú que temer,

siendo la madre del Señor? Porque, ¡ay de nosotros!, ¿adónde habremos de huir, si tú dices estas cosas? Tú eres nuestra esperanza. ¿Qué vamos, pues, a hacer o adónde vamos a huir nosotros, los más insignificantes? Si el pastor tiene miedo del lobo, ¿adónde huirán las ovejas?»

Lloraban, pues, todos los circunstantes, y María les dijo: «Callad, hermanos míos, y no lloréis; alabad más bien a la que en el momento presente se encuentra en medio de vosotros. Os ruego que no lloréis en este lugar a la virgen del Señor, sino que, en lugar de lamentaros, entonéis salmos para que la alabanza se propague a todas las generaciones de la tierra y a todo hombre de Dios. Entonad salmos en lugar de lamentos, para que, en lugar de llanto, se convierta en bendición para vosotros».

VI

En diciendo esto, María llamó a todos cuantos se encontraban junto a ella y les dijo: «Levantaos y orad». Y, después de hacer oración, se sentaron dialogando entre sí sobre las maravillas de Dios y los portentos que había obrado. Y, mientras se encontraban así charlando, he aquí que se presenta Juan, el apóstol, llamando a la puerta de María. Después abrió y penetró dentro. Pero María, al verlo, sintió turbación en su espíritu y sollozó y lloró, hasta que luego se puso a gritar diciendo a grandes voces: «Juan, hijo mío, no olvides la recomendación que te hizo tu Maestro en relación conmigo cuando yo estuve llorándole junto a la cruz y le dije: Tú te vas, Hijo mío, y ¿a quién me dejas confiada? ¿Con quién habitaré? Y me dijo mientras tú estabas presente y lo oías: *Juan es el que te ha de guardar*. Ahora, pues, hijo, no eches en olvido las recomendaciones que te fueron hechas por causa mía y acuérdate de que Él te hizo a ti objeto de un amor especial entre todos los apóstoles. Recuerda que fuiste el único que pudiste reclinarte sobre su pecho. Recuerda que sólo a ti confió su secreto cuando estabas reclinado sobre su pecho, secreto que nadie ha conocido fuera de ti y de mí, ya que tú eres el virgin y (el) elegido. En cuanto a mí, no quiso contristarme, pues vine a ser su habitación. Y así le dije: *Dame a conocer qué es lo que has dicho a Juan*. Y Él te dio órdenes y tú me lo participaste. Ahora, pues, Juan, hijo mío, no me abandones».

María, mientras decía esto, lloraba suavemente. Pero Juan no pudo resistir sin que se turbara su espíritu. Y no entendió qué era lo

que le estaba diciendo, pues no cayó en la cuenta de que iba a salir del cuerpo. Entonces le dice: «María, madre del Señor, ¿qué quieres que te haga? Ya he dejado mi diácono a tu servicio para que te presente los alimentos. No quieras que vaya a quebrantar el mandato que me dio el Señor al decirme: *Recorre todo el mundo hasta tanto que sea destruido el pecado*. Descúbreme, pues, ahora el dolor de tu alma. ¿Es que te falta alguna cosa?» Y María le dice: «Juan, hijo mío, no necesito cosa alguna de este mundo; pero, puesto que pasado mañana salgo de este cuerpo, te ruego uses conmigo de caridad y pongas a buen recaudo mi cuerpo, depositándolo a él solo en un sepulcro. Y monta guardia en compañía de tus hermanos los apóstoles, a causa de los pontífices. Pues les he oído decir con mis propios oídos: *Si encontramos su cuerpo, lo haremos pasto de las llamas, pues de ella nació aquel seductor*».

Cuando oyó decir Juan que iba a salir del cuerpo, cayó de rodillas y dijo entre sollozos: «¡Oh Señor!, ¿quiénes somos nosotros para que nos hayas hecho ver estas tribulaciones? Todavía, en efecto, no habíamos olvidado las primeras, y he aquí que hemos de sufrir otra. ¿Por qué no salgo yo también del cuerpo, para que tú me protejas, oh María?»

Cuando María oyó a Juan llorar y decir estas cosas, rogó a los presentes que callaran (pues estaban también ellos llorando), y así a Juan diciéndole: «Hijo mío, sé magnánimo juntamente conmigo, dejando de llorar». Entonces Juan se levantó y enjugó sus lágrimas. Después le dijo María: «Salte conmigo y ruega a la gente que cante himnos mientras yo te esté hablando a ti». Y, mientras ellos salmodiaban, introdujo a Juan en su propia cámara y le mostró su mortaja y todo el equipo de su (futuro) cadáver, diciendo: «Juan, hijo mío, ves que nada poseo sobre la tierra, fuera de mi mortaja y de dos túnicas. Sábete que hay aquí dos viudas; cuando muera, pues, dales una de éstas a cada una». Después le llevó al lugar donde estaba la palma que le había sido dada por el ángel, y le dijo: «Juan, hijo mío, toma esta palma para que la lleves delante de mi féretro; pues esto me ha sido ordenado». Él replicó: «No puedo tomarla sin (el consentimiento de) mis hermanos en el apostolado, estando ellos ausentes, no sea que, cuando vengan, haya murmuraciones y quejas entre nosotros, ya que hay uno que está constituido como el mayor sobre todos. Pero, si nos reunimos, habrá concordia».

VII

Y en el momento mismo en que ellos salieron de la cámara, sobrevino un gran trueno, de manera que todos los presentes fueron presa de la turbación. Y, cuando cesó el ruido del trueno, los apóstoles fueron aterrizando a la puerta de María en alas de nubes. Venían en número de once, cada uno volando sobre una nube: Pedro el primero y Pablo el segundo; éste viajaba también bajo una nube y había sido añadido al número de los apóstoles, pues el principio de la fe se lo debía a Cristo. Después de éstos se reunieron también los otros apóstoles a las puertas de María cabalgando sobre nubes. Se saludaron mutuamente y se miraron unos a otros, pasmados al ver cómo habían venido a encontrarse en el mismo sitio. Y dijo Pedro: «Hermanos, hagamos oración a Dios, que nos ha reunido, sobre todo por encontrarse entre nosotros el hermano Pablo». Cuando Pedro hubo dicho estas palabras, se levantaron (todos) en actitud de orar y elevaron su voz diciendo: «Roguemos para que nos sea dado el conocer por qué Dios nos ha congregado». Entonces cada uno hizo reverencia al otro para que orase.

Le dice, pues, Pedro a Pablo: «Pablo, hermano mío, levántate y ora antes de mí, pues me embarga una alegría inenarrable por haber llegado tú a la fe de Cristo». Pablo le dijo: «Dispénsame, Pedro, padre (mío), pues no soy más que un neófito y no soy digno de seguir las huellas de vuestros pies; ¿cómo, pues, voy a ponerme a orar antes que tú? Tú eres, en efecto, la columna luminosa, y todos los hermanos presentes son mejores que yo. Tú, pues, ¡oh padre!, ruega por mí y por todos para que la gracia del Señor permanezca en nosotros».

Entonces se alegraron los apóstoles por la humildad de Pablo y dijeron: «Padre Pedro, tú has sido constituido jefe de nosotros; ora tú el primero». Pedro, pues, se puso en oración, diciendo: «Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo os glorificarán de la misma manera que es glorificado mi ministerio, porque yo soy siervo y mínimo entre los hermanos. De la misma manera que fui elegido yo, así lo fuisteis vosotros, y es idéntico el llamamiento que se hizo a todos nosotros. Por consiguiente, todo el que glorifica al prójimo, es a Jesús a quien glorifica, no a un hombre. Pues éste es el mandato del Maestro: que nos amemos mutuamente».

Después Pedro extendió las manos y dio gracias de esta manera: «Señor omnipotente, que estás sentado sobre los querubines [4 Re 19,15] en las alturas y miras las cosas humildes (Sal 112,6), que habitas una luz

inaccesible [2 Tim 6,16], tú resuelves las cosas difíciles [Dan 5,12], tú descubres tesoros escondidos [Is 45,3], tú has sembrado en nosotros tu bondad. Pues ¿quién hay misericordioso entre los dioses como tú? Y no has retirado tu misericordia de nosotros [2 Mac 6,16], pues libras de los males a todos los que esperan en ti; tú que vives y que has vencido a la muerte, desde ahora y por los siglos de los siglos. Amén». Y saludó a todos de nuevo.

VIII

Y al momento apareció Juan en medio de ellos, diciendo: «Bendicidme también a mí todos». Y le fue saludando cada uno según su orden. Y, después del saludo, Pedro le dijo: «Juan, amado del Señor, ¿cómo has venido aquí y de cuántos días dispones?» Juan respondió: «Sucedió, encontrándome yo en la ciudad de Sardes explicando la doctrina hasta la hora nona, que descendió una nube sobre el lugar donde estábamos reunidos y me arrebató en presencia de todos los que conmigo estaban, trayéndome hasta aquí. Golpeé la puerta y, cuando me abrieron, encontré toda una multitud rodeando a nuestra madre María, quien me dijo: *Voy a salir del cuerpo*. Yo no pude aguantar en medio de los que estaban a su alrededor, y el llanto me venció. Ahora, pues, hermanos, si entráis de madrugada hasta ella, no lloréis ni os turbéis, no sea que, viéndonos llorar los que están a su alrededor, duden acerca de la resurrección y digan: *También ellos tuvieron miedo a la muerte*. Animémonos más bien a nosotros mismos con las palabras del buen Maestro».

Entraron, pues, los apóstoles de mañana en casa de María y dijeron a una voz: «Bienaventurada, María, la madre de todos los que se salvan, la gracia está contigo». María, por su parte, les dice: «¿De qué manera habéis entrado hasta aquí o quién es el que os ha anunciado que estoy para salir del cuerpo? ¿Y cómo habéis venido a reuniros en este lugar? Pues os veo juntos y me alegro». Y le fue diciendo cada cual el país desde donde había sido trasladado y cómo, arrebatados por las nubes, habían venido a reunirse allí. Entonces la glorificaron todos, diciendo: «Bendígate el Señor, que salva a todos». Se regocijó María en espíritu y dijo: «Te bendigo a ti, de quien todos han recibido las bendiciones; bendigo la habitación de tu gloria; te bendigo a ti, dador de la luz, que quisiste ser huésped en mi seno; bendigo todas las obras de tus manos, las cuales te obedecen con

todo rendimiento; te bendigo a ti, que nos has bendecido a nosotros; bendigo las palabras de vida que salen de tu boca, y que nos han sido dadas en verdad. Creo que todo cuanto has dicho se realiza en mí; pues dijiste: *Te enviaré todos los apóstoles cuando vayas a salir del cuerpo*, y helos aquí reunidos, estando yo en medio de ellos como una vid fructífera, como cuando estaba en tu compañía. Te bendigo con toda bendición; cúmplanse en mí también las demás cosas que dijiste, pues me hiciste esta promesa: Has de verme cuando salgas del cuerpo».

En diciendo esto, llamó a Pedro y a todos los apóstoles y les introdujo en su cámara, donde les mostró su mortaja. Después salió y se sentó en medio de ellos, mientras iban ardiendo las lámparas. Pues no las habían dejado apagar, como les había ordenado María.

IX

Cuando se puso, pues, el sol (era a la sazón el día segundo), yendo ya a salir ella del cuerpo, dijo Pedro a todos los apóstoles: «Hermanos, el que tenga palabra de edificación, que la diga y adoctrine al pueblo durante toda la noche». Dijeronle los apóstoles: «¿Y quién (de nosotros) es antes que tú? Nos alegraremos extraordinariamente si nos es dado oír tus instrucciones».

Entonces Pedro empezó a decir: «Hermanos míos y todos cuantos habéis venido a este lugar en esta hora en que va a partir nuestra madre María: los que habéis encendido estas lámparas visibles con el fuego terreno, habéis hecho bien; pero quisiera yo también que cada uno tuviera su lámpara inmaterial en el siglo que no tiene fin. Me refiero a la lámpara del hombre interior, que consta de tres pabilos, esto es: nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestro espíritu. Pues si brillan estas tres cosas con el verdadero fuego por el que lucháis, no os avergonzaréis cuando entréis en la boda a descansar con el Esposo. Esto es lo que (ahora) sucede con nuestra madre María; pues la luz de su lámpara ha llenado la tierra y no se apagará hasta la consumación de los siglos, para que todos los que quieran salvarse tomen ánimo por ella. Porque no habéis de pensar que es muerte (auténtica) la de María. No es muerte, sino vida eterna, porque *la muerte de los justos es alabada por Dios* [Sal 115,151]. Pues ésta es la (verdadera) gloria, y la segunda muerte no podrá causarles molestia alguna».

Y, mientras Pedro estaba aún hablando, brilló una gran luz dentro de la casa en medio de todos, de manera que palidecieron sus lámparas. Y se dejó sentir una voz que decía: «Pedro, háblales sabiamente las cosas que puedan aguantar. Pues el médico más competente aplica el remedio según las dolencias de los pacientes y la nodriza da abrigo proporcionado a la edad del niño». Pedro levantó entonces su voz y dijo: «Te bendecimos a ti, ¡oh Cristo!, que eres el timón de nuestras almas».

X

Y luego, dirigiéndose a las vírgenes que allí se encontraban, dijo: «Oíd (cuál es) vuestro privilegio, vuestra gloria y vuestra honra. Porque dichosos todos aquellos que guardan el hábito de su pureza. Escuchad y aprended lo que dijo nuestro Maestro (a este respecto): *Semejante es*, dice, *el reino de los cielos a unas vírgenes* [Mt 25,1]. No dijo: es semejante a *mucho tiempo*, pues el tiempo pasa, mas el nombre de la virginidad no pasará. No lo asemejó a un rico, porque las riquezas van disminuyendo, mientras que la virginidad permanece (inalterable). Así pues, creo que habréis de ser gloriosas. Porque vosotras no tenéis preocupación alguna, por eso asemejó a vosotras el reino de los cielos. Pues, cuando os llegue la hora de morir, no diréis: «Ay de nosotras! ¿Adónde partimos, dejando nuestros pobres hijos, o nuestras grandes riquezas, o nuestros campos sembrados, o nuestras grandes haciendas? Porque nada de esto os tiene solícitas. No tenéis preocupación alguna sino la de vuestra virginidad. Y, cuando os sea enviada la muerte, estaréis preparadas, sin falta de cosa alguna. Y para que os deis cuenta de que no hay cosa mejor que la virtud y de que nada es más gravoso que las cosas mundanas, escuchad esto también:

Había en una ciudad un hombre rico en toda clase de bienes. Tenía también unos criados. Y sucedió que dos de éstos faltaron contra él, no obedeciendo a sus palabras. Se airó entonces el señor y les confinó por algún tiempo en un lugar lejano con intención de llamarles de nuevo. Uno de estos siervos desterrados se construyó una casa, plantó una viña, hizo un horno y adquirió otras muchas posesiones. Mas el otro, todo lo que sacaba de su trabajo, lo iba depositando en oro. Después llamó al orfebre y le dio el diseño de una corona diciéndole: Yo soy un siervo perteneciente a un señor y al hijo

de éste; cincela (pues) la imagen de éstos en la corona de oro. El orfebre ejecutó su obra de arte y dijo al siervo: Levántate y pon la corona sobre tu cabeza. Mas el siervo replicó: Toma tu salario, pues yo (ya) dispongo de ocasión especial para llevar la corona. Entendió el orfebre el sentido de estas palabras del siervo y se marchó a su casa.

Y con esto se echó encima el límite prefijado del destierro. Envío entonces el señor a cierto áspero (emisario), diciéndole: Si en el plazo de siete días no me los presentas, peligrará tu vida. Partió el emisario con gran diligencia. Y, al llegar a aquel país, encontró a los siervos (que estaban) de noche como de día. Y deteniendo al que había adquirido la casa, la viña y demás hacienda, le dijo: Vámonos, porque tu señor me ha enviado por ti. Éste aparentemente respondió: (Sí), vámonos; pero luego añadió: Ten paciencia conmigo hasta que venda todos los bienes que he adquirido aquí. El emisario replicó: No puedo tener paciencia, pues dispongo de siete días a plazo fijo y por miedo a su amenaza no puedo demorar. Entonces el siervo se puso a llorar, diciendo: ¡Ay de mí!, que me han cogido desprevenido. Y el emisario le dijo: ¡Oh siervo pésimo!, ¿ignorabas tu condición de esclavo y desterrado y (no te daban cuenta) de que el señor podía reclamarte en el momento en que le pluyese? ¿Por qué te has entretenido en plantar viñas de las que nada puedes llevarte y te has dejado coger desprevenido? Deberías haberte aprestado antes de mi llegada. Entonces dijo el siervo entre lágrimas: ¡Ay de mí!, pues pensaba estar confinado para siempre, creyendo que no iba a reclamarme el señor, y por eso he adquirido toda esta hacienda en este país. El empleado le obligó a marchar sin que pudiera llevar nada consigo.

Mas, cuando el otro siervo oyó que habían enviado por ellos, se levantó, tomó su corona y, dirigiéndose al camino por donde había de pasar el emisario, se puso a esperarle. Y, en cuanto llegó, le dirigió estas palabras: Mi señor te ha enviado, sin duda, por mí; vámonos, pues, alegres los dos juntos, pues no tengo ningún estorbo que me detenga, ya que mi bagaje es ligero. No dispongo efectivamente de otra cosa más que de esta corona de oro. La he construido estando diariamente en espera y deseando me fuera propicio el señor y enviara por mí para levantarle el destierro, no fuera que algunos me cobraran envidia y me arrebataran la corona. Por consiguiente, ahora he visto cumplido mi deseo; vámonos, pues, y pongámonos en camino.

Entonces los siervos se pusieron en marcha con el empleado. Y en cuanto fueron vistos por el señor, dijo éste al que nada tenía: ¿Dónde está el fruto de tu trabajo durante tanto tiempo como ha

durado tu confinamiento? Y el siervo respondió: Señor, has enviado por mí a un soldado cruel, a quien rogué me permitiera vender mis bienes y tomar en mis manos (su producto), pero él me respondió que no le era lícito. Dícele entonces su señor: ¡Oh siervo inicuo!, ¿te acordaste de hacer la venta precisamente en el momento en que te reclamé? ¿Por qué no paraste mientes en tu confinamiento ni caíste en la cuenta de que aquella hacienda no representaba nada para ti? Y, montando en cólera, manda que le aten de pies y manos y sea enviado a otros parajes más inhóspitos. Despues llama al que había traído la corona y le dice: Bien, siervo bueno y fiel; la corona que hiciste fue un testimonio del deseo de tu libertad, pues la corona es propia de los hombres libres. Por otra parte, no te has atrevido a llevarla sin permiso de tu señor. Así pues, como has deseado la libertad, (así) recíbelas de mis manos. Con esto el siervo queda libertado y es puesto al frente de muchas cosas».

XI

Después de decir estas palabras a las vírgenes que rodeaban a María, Pedro se volvió hacia la multitud y dijo: «Oigamos también, hermanos, qué es lo que ha de sobrevenirnos a nosotros. Pues, en verdad, nosotros somos las vírgenes del verdadero Esposo, del Hijo de Dios y Padre de toda la creación; (esto es), somos la humanidad contra la que se airó Dios desde el principio, arrojando a Adán a este mundo. Por consiguiente, vivimos aquí como desterrados, sometidos a su indignación; pero no nos es lícito permanecer (para siempre), pues a cada uno le llegará su día y será trasladado al lugar donde están nuestros padres y progenitores, donde están Abrahán, Isaac y Jacob. Pues al sobrevenir el fin de cada cual, le es enviado el fuerte emisario, esto es, la muerte. Y cuando ésta viene por el alma del pecador enfermo, que ha acumulado sobre sí muchos pecados e iniquidades, y le causa muchas molestias, entonces le suplica diciendo: Ten paciencia conmigo tan sólo por esta vez hasta que acabe de redimir los pecados que he sembrado en mi cuerpo. Mas la muerte no hace caso; porque ¿cómo va a dar treguas, habiéndose cumplido ya su plazo? No teniendo, pues, en su haber nada bueno, es deportada al lugar del tormento. Pero el que hace obras buenas, se alegra, diciendo: Nada me detiene, pues en este momento no tengo cosa alguna que llevar, fuera del nombre de la virginidad. Así pues, le hace

esta súplica: No me dejes en la tierra, no sea que algunos me cobren envidia y arrebaten el nombre de mi virginidad. Entonces sale el alma del cuerpo y es trasladada entre himnos hasta la presencia del Esposo inmortal, quien la deposita en un lugar de descanso. Luchad, pues, ahora, hermanos, sabiendo que no vamos a permanecer aquí eternamente».

XII

Mientras Pedro estaba entretenido en decir estas cosas para confortar a las turbas, se echó encima el alba y salió el sol. María entonces se levantó, salió fuera, elevó sus manos e hizo oración al Señor. Terminada ésta, entró de nuevo y se tendió sobre el lecho. Pedro se sentó a su cabecera y Juan a sus pies, mientras los demás apóstoles rodeaban la cama. Y sobre la hora de tercia sonó un gran trueno desde el cielo y se exhaló un perfume de fragancia (tan suave), que todos los circunstantes fueron dominados por el sueño, exceptuados solamente los apóstoles y tres vírgenes, a quienes el Señor hizo velar para que dieran testimonio de los funerales de María y de su gloria. Y he aquí que (de repente) se presenta el Señor sobre las nubes con una multitud sin número de ángeles. Y Jesús en persona, acompañado de Miguel, entró en la cámara donde estaba María, mientras que los ángeles y los que por fuera rodeaban la estancia cantaban himnos. Y, al entrar, encontró el Salvador a los apóstoles en torno a María y saludó a todos. Después saludó a su madre. María entonces abrió su boca y dio gracias con estas palabras: «Te bendigo porque no me has desairado en lo que se refiere a tu promesa. Pues me diste palabra reiteradamente de no encargar a los ángeles que vinieran por mi alma, sino venir tú (en persona) por ella. Y todo se ha cumplido en mí, Señor, conforme a tu ofrecimiento. ¿Quién soy yo, pobrecita de mí, para haberme hecho digna de tan gran gloria?» Y al decir estas palabras cumplió su cometido, mientras su rostro sonreía al Señor. Mas Él tomó su alma y la puso en manos de Miguel, no sin antes haberla envuelto en unos como velos, cuyo resplandor es imposible describir.

Mas nosotros los apóstoles vimos que el alma de María, al ser entregada en manos de Miguel, estaba integrada por todos los miembros corporales, fuera de la diferencia sexual, no habiendo en ella sino la semejanza de todo cuerpo (humano) y una blancura que so-

brepasaba siete veces a la del sol. Pedro, por su parte, rebosante de alegría, preguntó al Señor, diciendo: «¿Quién de nosotros tiene un alma tan blanca como la de María?» El Señor respondió: «¡Oh Pedro!, las almas de todos los que nacen en este mundo son semejantes; pero al salir del cuerpo no se encuentran tan radiantes, porque en unas condiciones se las envío y en otras (muy distintas) se las encontró, por haber amado la oscuridad de muchos pecados. Mas, si alguno se guardare a sí mismo de las iniquidades tenebrosas de este mundo, su alma goza al salir del cuerpo de una blancura semejante». Despues dijo de nuevo el Salvador a Pedro: «Pon a buen recaudo con mucha diligencia el cuerpo de María, mi habitación. Sal por el lado izquierdo de la ciudad y encontrarás un sepulcro nuevo; deposita en él el cuerpo y esperad allí, como se os ha mandado».

Al decir esto el Salvador, empezó a gritar el cuerpo de la santa madre de Dios, diciendo en presencia de todos: «Acuérdate de mí, Rey de la gloria; acuérdate de mí, pues soy obra de tus manos; acuérdate de mí, pues he guardado el tesoro que me fue dado en depósito». Respondió entonces Jesús al cuerpo: «No te dejaré, tesoro de mi margarita; no te dejaré a ti, que fuiste hallado fiel (guardián) del depósito que te había sido encomendado; lejos de mí el abandonarte a ti, que fuiste el arca que gobernaste a tu gobernador; lejos de mí el abandonarte a ti, tesoro sellado, hasta que seas buscado». Y, al decir esto, desapareció el Salvador.

XIII

Pedro, en compañía de los demás apóstoles y las tres vírgenes, amortajaron el cadáver de María y lo pusieron sobre el féretro. Despues de esto se levantaron los que habían sido vencidos por el sueño. Pedro entonces tomó la palma y dijo a Juan: «Tú eres el virgen; tú eres, por tanto, el que debes ir cantando himnos delante del féretro con la palma en las manos». Pero Juan replicó: «Tú eres nuestro padre y obispo; así pues, tú debes presidir el cortejo hasta tanto que llevemos el féretro al lugar (fijado)». Entonces dijo Pedro: «Para que nadie de nosotros se apene, coronemos el féretro con la palma».

Se levantaron, pues, los apóstoles y cargaron con el féretro de María. Pedro, mientras tanto, entonó: «*Salió Israel de Egipto* [Sal 113,1]. Aleluya». El Señor y los ángeles, por su parte, se paseaban sobre las nubes y cantaban himnos y alabanzas sin ser vistos. Sola-

mente se percibía la voz de los ángeles. Se extendió el rumor de (aquella) numerosa multitud por Jerusalén entera. Cuando oyeron, pues, los sacerdotes el tumulto y la voz de los que cantaban, se estremecieron y exclamaron: «¿A qué viene este tumulto?» Uno les dijo que María acababa de salir del cuerpo y que los apóstoles estaban en derredor suyo cantando himnos. Al momento penetró Satanás en su interior y, montando en cólera, dijeron: «Venid, vámónos fuera, demos muerte a los apóstoles y hagamos pasto de las llamas el cuerpo que llevó (en su seno) a aquel embaucador». Se levantaron, pues, y salieron armados de espadas y (otros) medios de defensa con el propósito de matarlos. Pero inmediatamente los ángeles que iban sobre las nubes les hirieron de ceguera. Éstos, al no saber adónde se dirigían, daban con sus cabezas contra los muros, exceptuado únicamente un pontífice de entre ellos, el cual había salido para ver lo que ocurría. Cuando se acercó, pues, éste al cortejo y vio el féretro coronado y a los apóstoles que cantaban himnos, dijo lleno de ira: «He aquí la habitación de aquel que despojó nuestra nación. Mira de qué gloria tan terrible goza». Y, dicho esto, se abalanzó furiosamente sobre el féretro. Lo agarró por donde estaba la palma con ánimo de destruirlo; después lo arrastró y quiso echarlo por los suelos. Pero repentinamente sus manos quedaron pegadas al féretro y pendientes de él al ser desprendidas violentamente del tronco por los codos.

Entonces el hombre aquel se puso a llorar a vista de todos los apóstoles, dirigiéndoles esta súplica: «No me dejéis abandonado, sumido como estoy en una necesidad tan grande». Pedro entonces le dijo: «La virtud que se precisa para ayudarte no es mía ni de ninguno de éstos. Pero, si crees que Jesús, contra el que os concitasteis y a quien prendisteis y matasteis, es el Hijo de Dios, te verás libre efectivamente de este ejemplar castigo». A lo que repuso el hombre: «¿Es que acaso no sabíamos que era Hijo de Dios? Pero ¿qué íbamos a hacer teniendo nuestros ojos oscurecidos por la avaricia? Porque nuestros padres, en trance ya de morir, nos llamaron para decirnos: Hijos, he aquí que Dios os ha escogido de entre todas las tribus para que estéis enérgicamente al frente de este pueblo y no trabajéis con materia de esta tierra. He aquí vuestro cometido: edificar al pueblo y percibir de todos (en recompensa) diezmos y primicias juntamente con todo primogénito que rompe la matriz. Pero cuidado, hijos, con que por vosotros nade el pueblo en la abundancia y luego, rebelándoos, comerciéis en provecho vuestro y provoqueís la ira de Dios. Dad más bien lo superfluo a los pobres, huérfanos y viudas de vue-

tro pueblo, y no despreciéis un alma acongojada. Mas nosotros no dimos oído a las tradiciones de nuestros padres, sino que, viendo que la tierra sobreabundaba extraordinariamente, hicimos de los primogénitos de las ovejas, bueyes y de todos los animales, negocio de vendedores y compradores. Entonces vino el Hijo de Dios y expulsó a todos fuera, lo mismo que a los cambistas, diciendo: *Quitad estas cosas de aquí y no bagáis de la casa de mi Padre una casa de comercio* [Jn 2,16]. Mas nosotros, poniendo nuestros ojos en las (depravadas) costumbres suprimidas por Él, maquinamos maldades dentro de nosotros mismos, nos concitamos contra Él y le dimos muerte, (aun) reconociendo realmente que era Hijo de Dios. Pero no vayáis ahora a tener en cuenta nuestra maldad, sino perdonadme más bien. Pues esto me ha ocurrido a mí por ser amado de Dios y para que viva».

Entonces Pedro hizo depositar el féretro y dijo al pontífice: «Si crees ahora de todo corazón, ve y deposita un ósculo en el cuerpo de María, diciendo: Creo en ti y en el Dios que engendraste». Entonces el pontífice se puso a bendecir a María en hebreo por espacio de tres horas y no permitió que nadie la tocara, trayendo testimonios de los santos libros de Moisés y de los demás profetas, ya que está escrito de ella: Vendrá a ser templo del Dios glorioso, hasta el punto de que los oyentes se quedaron admirados al oír tales tradiciones, que nunca habían escuchado.

Pedro entonces le dijo: «Vete y junta tus manos una con otra». Él hizo ademán de juntarlas, diciendo: «En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, el hijo de María, madre de Dios, júntense mis manos entre sí». Y al instante quedaron como estaban al principio, sin defecto alguno. Y Pedro insistió: «Levántate (ahora) y toma un ramito de la palma y entra en la ciudad. Allí encontrarás una multitud que carece de vista y no encuentra camino por dónde salir; diles lo que te ha ocurrido, y a aquel que creyere imponle el ramito sobre sus ojos, que al instante recobrará la vista».

Marchó el pontífice conforme al mandato de Pedro y encontró muchos ciegos —aquellos a quienes el ángel había herido de ceguera—, los cuales decían entre lamentos: «¡Ay de nosotros!, pues nos ha sobrevenido lo mismo que ocurrió en Sodoma» —pues, en primer lugar, Dios los había herido de ceguera, y después trajo fuego del cielo y los abrasó—; «¡Ay de nosotros!, pues, encima de quedar mutilados, viene también el fuego». Entonces el hombre aquel que había tomado el ramito les habló acerca de la fe. Y el que creyó vol-

vió a ver; mas el que no dio oídos, no recuperó la vista, sino que continuó ciego.

XIV

Y llevándose los apóstoles el precioso cuerpo de la gloriosísima madre de Dios, señora nuestra y siempre virgen María, lo depositaron en un sepulcro nuevo [allí] donde les había indicado el Salvador. Y permanecieron unánimemente junto a él tres días para guardarle. Mas, cuando fuimos a abrir la sepultura con intención de venerar el precioso tabernáculo de la que es digna de toda alabanza, encontramos solamente los lienzos, (pues) había sido trasladado a la eterna heredad por Cristo Dios, que tomó carne de ella. Este mismo Jesucristo, Señor nuestro, que glorificó a María, madre suya immaculada y madre de Dios, dará gloria a los que la glorifiquen, librará de todo peligro a los que celebran con súplicas anualmente su memoria y llenará de bienes sus casas, como lo hizo con la de Onesíforo. Éstos recibirán, además, la remisión de sus pecados aquí y en el siglo futuro. Pues Él la escogió para ser su trono querúbico en la tierra y su cielo terrenal y, a la vez, para ser esperanza, refugio y sostén de nuestra raza; de manera que, celebrando místicamente la fiesta de su gloriosa dormición, encontremos misericordia y favor en el siglo presente y en el futuro, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual sea dada la gloria y la alabanza juntamente con su Padre, que no tiene principio, y el santísimo vivificador Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

3. NARRACIÓN DEL PS. JOSÉ DE ARIMATEA

Entre los apócrifos asuncionistas en lengua latina no es éste el más antiguo. Anterior es sin duda, por ejemplo, el *Pseudo Melitón*, que —después de haber sido editado por Tischendorf en 1866 como «*Transitus B*» (*Apocalypses apocryphae*, 124-136)— ha adquirido una nueva actualidad gracias a la edición de M. Haibach-Reinisch (*Ein neuer «Transitus Mariae» des Ps. Melito* [Roma 1962] 63-87).

La Narración del *Pseudo José de Arimatea* ofrece sin embargo especial interés por algunos rasgos característicos, ausentes en otros apócrifos asuncionistas, que han ejercido notable influencia sobre la tradición posterior. De tener que adscribir este relato a una de las dos familias en que hemos dividido este ciclo de apócrifos, habría que pensar en primer término en la representada por el *Tesalonicense* (características: *Jerusalén*, la *palma*), pero también hay detalles propios del *Libro de San Juan Evangelista*, por ejemplo, el de las tres doncellas que acompañan a María en sus últimos días, a las que aquí se les da los nombres de Séfora, Abigea y Zael (c.5).

Frente a estas semejanzas hay que señalar como característica propia de esta narración la que afecta al episodio de la venida milagrosa de los apóstoles con la variante de la *ausencia de Tomás*, quien posteriormente se convierte sin embargo en el único testigo del traslado del cuerpo de María al paraíso y recibe en prenda el *cinturón* con que éste había sido ceñido antes de morir (c.17-21).

Este episodio aparece también —no sin variantes— en fuentes griegas (tales como la *Historia Euthymiaca* del siglo IX y en algunos manuscritos de la redacción interpolada del *Tesalonicense*), así como en distintas versiones orientales y eslavas. En estas últimas llega incluso a independizarse, formando un relato con existencia propia en la tradición manuscrita. De lo que no queda duda es de la pervivencia de este motivo de inspiración en la iconografía asuncionista, como lo demuestra —entre otros ejemplos— la tabla de N. Florentino (siglo XV) en la Catedral Vieja de Salamanca.

Texto latino: K. VON TISCHENDORF, *Apocalypses apocryphae* (Leipzig 1866, Hildesheim 1966) 113-123; SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 640-653.

Bibliografía: M. VAN ESBROECK, «Les textes littéraires sur l'assomption avant le X^e siècle», en F. BOVON (ed.), *Les actes apocryphes des apôtres* (Ginebra 1981) 265-285; SANTOS OTERO, *Die handschriftliche...*, II, 161-195; Moraldi, I, 863-869; Erbetta, I/2, 529-533; Starowieyski, 580-585; Geerard, 82.

TRÁNSITO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA
[Narración falsamente atribuida a José de Arimatea]

I

Entre las muchas cosas que la madre inquirió de su hijo durante el tiempo aquel que precedió a la pasión del Señor figuran las referentes a su tránsito, sobre el cual empezó a preguntarle en estos términos: «¡Oh carísimo hijo!, ruego a tu Santidad que, cuando llegue el momento en que mi alma haya de salir del cuerpo, me lo hagas saber con tres días de antelación; y entonces tú, querido hijo, hazte cargo de ella en compañía de tus ángeles».

II

Él, por su parte, acogió la súplica de su madre querida y le dijo: «¡Oh habitación y templo del Dios vivo, oh madre bendita, oh reina de todos los santos y bendita entre todas las mujeres!, antes de que me llevaras en tu seno te guardé continuamente y te hice alimentar con mi manjar angélico, como sabes. ¿Cómo voy a abandonarte después de haberme gestado y alimentado, después de haberme llevado en la huida a Egipto y haber sufrido por mí muchas angustias? Sábe-te, pues, que mis ángeles siempre te guardaron y te seguirán guardando hasta el momento de tu tránsito. Mas después que hubiere sufrido por los hombres conforme a lo que está escrito y después que hubiere resucitado al tercer día y subido al cielo al cabo de los cuarenta días, cuando me vieres venir a tu encuentro en compañía de los ángeles y de los arcángeles, de los santos, de las vírgenes y de mis discípulos, ten por cierto entonces que ha llegado el momento en que tu alma va a ser separada del cuerpo y trasladada por mí al cielo, donde nunca ha de experimentar la más mínima tribulación o angustia».

III

Entonces ella se vio inundada de gozo y de gloria, besó las rodillas de su hijo y bendijo al Creador del cielo y de la tierra, que tal don le había deparado por medio de Jesucristo, su hijo.

IV

Durante el segundo año a partir de la ascensión de nuestro Señor Jesucristo, la beatísima virgen María solía entregarse asidua y constantemente a la oración de noche y de día. Pero en la antevíspera de su muerte recibió la visita de un ángel del Señor, el cual la saludó diciendo: «Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo». Ella, por su parte, respondió: «Gracias sean dadas a Dios». Él tomó de nuevo la palabra para decirle: «Recibe esta palma que te fue prometida por el Señor». Ella entonces, rebosante de gozo y de gratitud para con Dios, tomó de manos del ángel la palma que le había sido enviada. Y le dijo el ángel del Señor: «De aquí a tres días tendrá lugar tu asunción». A lo que ella repuso: «Gracias sean dadas a Dios».

V

Entonces llamó a José el de Arimatea y a otros discípulos del Señor. Y cuando éstos se hubieron reunido, así como sus propios conocidos y allegados, anunció a todos los presentes su tránsito inminente. Luego la bienaventurada (virgen) María se aseó y engalanó como una reina y quedó en espera de la llegada de su Hijo, en conformidad con la promesa de éste. Y rogó a todos sus parientes que la guardaran y le proporcionaran (algún) solaz. Tenía a su lado tres vírgenes: Séfora, Abigea y Zael. Mas los discípulos de nuestro Señor Jesucristo estaban ya a la sazón dispersos por el mundo entero para evangelizar al pueblo de Dios.

VI

En aquel momento (era entonces hora de tercia), mientras estaba la reina [santa] María en su cámara, se produjeron grandes truenos,

lluvias, relámpagos, tribulación y terremotos. El apóstol y evangelista Juan fue trasladado desde Éfeso; penetró en la pieza donde se encontraba la bienaventurada [virgen] María y la saludó con estas palabras: «Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo». Ella a su vez respondió: «Gracias sean dadas a Dios»; y, levantándose, dio un ósculo a Juan. Después le dijo: «Oh hijo queridísimo!, ¿por qué me has abandonado durante tanto tiempo y no has hecho caso del encargo que te hizo tu Maestro referente a mi custodia, como te mandó mientras estaba pendiente de la cruz?» Él entonces, cayendo de rodillas, se puso a pedirle perdón. Y la bienaventurada [virgen] María le bendijo y le besó de nuevo.

VII

Y, cuando se disponía a preguntarle de dónde venía o por qué causa se había presentado en Jerusalén, he aquí que (de repente) fueron llevados en una nube hasta la puerta de la cámara donde estaba la bienaventurada [virgen] María todos los discípulos del Señor, exceptuado Tomás el llamado Dídimo. Se pararon, pues, y luego entraron y adoraron a la reina, saludándola con estas palabras: «Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo». Ella entonces se levantó solícita e, inclinándose, les fue besando y dio gracias a Dios.

VIII

He aquí los nombres de los discípulos del Señor que fueron llevados hasta allí en una nube: Juan el evangelista y su hermano Santiago; Pedro y Pablo; Andrés, Felipe, Lucas, Bernabé; Bartolomé y Mateo; Matías, por sobrenombre el Justo; Simón Cananeo; Judas y su hermano; Nicodemo y Maximiano, y otros muchos, finalmente, que no es posible contar.

IX

Entonces la bienaventurada [virgen] María dijo a sus hermanos: «A qué se debe el que hayáis venido todos a Jerusalén?» Pedro respondió de esta manera: «Tú nos preguntas a nosotros, siendo así

que a ti era a quien nosotros debíamos hacerlo? Para mí es seguro que nadie de entre nosotros conoce la causa por la que nos hemos presentado aquí tan velozmente. He estado en Antioquía y ahora me encuentro aquí». Y todos fueron indicando el lugar donde habían estado aquel día, quedando sobrecoyidos de admiración por verse allí presentes al escuchar tales relaciones.

X

Dijoles la bienaventurada [virgen] María: «Antes de que mi hijo sufriera la pasión, yo le rogué que tanto él como vosotros asistierais a mi muerte, gracia que me fue otorgada. Por lo cual habéis de saber que mañana tendrá lugar mi tránsito. Vigilad y orad conmigo para que, cuando venga el Señor a hacerse cargo de mi alma, os encuentre en vela». Entonces dieron todos palabra de permanecer vigilantes. Y pasaron toda la noche en vigilia y en adoración, entonando salmos y cantando himnos, acompañados de grandes luminarias.

XI

Llegado el domingo, y a la hora de tercia, bajó Cristo acompañado de multitud de ángeles, de la misma manera que había descendido el Espíritu Santo sobre los apóstoles en una nube, y recibió el alma de su madre querida. Y mientras los ángeles entonaban el pasaje aquel del Cantar de los Cantares en que dice el Señor: «Como el lirio entre espinas, así mi amiga entre las hijas», sobrevino tal resplandor y un perfume tan suave, que todos los circunstantes cayeron sobre sus rostros (de la misma manera que cayeron los apóstoles cuando Cristo se transfiguró en su presencia en el Tabor), y durante hora y media ninguno fue capaz de incorporarse.

XII

Pero, a la vez que el resplandor empezó a retirarse, dio comienzo la asunción al cielo del alma de la bienaventurada virgen María entre salmodias, himnos y los ecos del Cantar de los Cantares. Y, cuando la nube comenzó a elevarse, la tierra entera sufrió un estremecimiento

to, y en un instante todos los habitantes de Jerusalén pudieron apercibirse claramente de la muerte de Santa María.

XIII

Mas en aquel mismo momento penetró Satanás en su interior y dieron en pensar qué harían con el cuerpo [de María]. Y así se proveyeron de armas para prender fuego al cadáver y matar a los apóstoles, pues [pensaban] que ella [María] había sido la causa de la dispersión de Israel, [que había sobrevenido] por sus propios pecados y por la confabulación de los gentiles. Pero fueron atacados de ceguera y vinieron a dar con sus cabezas contra los muros y entre sí.

XIV

Entonces los apóstoles, consternados por claridad tan grande, se levantaron al compás de la salmodia y dio comienzo el traslado del santo cadáver desde el monte de Sión hasta el valle de Josafat. Pero, al llegar a la mitad del camino, he aquí que cierto judío por nombre Rubén les salió al paso, pretendiendo echar al suelo el féretro juntamente con el cadáver de la bienaventurada [virgen] María. Mas de pronto sus manos vinieron a quedar secas hasta el codo, y, de grado o por fuerza, hubo de bajar hasta el valle de Josafat llorando y sollozando al ver que sus manos habían quedado rígidas y adheridas al féretro y que no era capaz de atraerlas de nuevo hacia sí.

XV

Después rogó a los apóstoles que le obtuvieran por sus oraciones la salud y el hacerse cristiano. Ellos entonces doblaron sus rodillas y rogaron al Señor que le librarse. En aquel mismo momento consiguió, en efecto, la curación y se puso a dar gracias a Dios y a besar las plantas de la Reina y de todos los santos y apóstoles. Inmediatamente fue bautizado en aquel lugar y comenzó a predicar el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

XVI

Después los apóstoles depositaron el cadáver en el sepulcro con toda clase de honores y rompieron a llorar y a cantar, por lo excesivo del amor y de la dulzura. De pronto se vieron circundados por una luz celestial y cayeron postrados en tierra, mientras el santo cadáver era llevado al cielo en manos de ángeles.

XVII

Entonces el dichosísimo Tomás se sintió repentinamente transportado al monte Olivete, y, al ver cómo el bienaventurado cuerpo se dirigía hacia el cielo, empezó a gritar diciendo: «Oh madre santa, madre bendita, madre inmaculada!, si he hallado gracia a tus ojos, ya que me es dado contemplarte, ten a bien por tu bondad alegrar a tu siervo, puesto que te vas camino del cielo». Y en el mismo momento le fue arrojado desde lo alto al bienaventurado Tomás el cinturón con que los apóstoles habían ceñido el cuerpo santísimo [de María]. Al recibirla entre sus manos, lo besó, y, dando gracias a Dios, retornó al valle de Josafat.

XVIII

Y encontró a todos los apóstoles y a una gran muchedumbre en actitud de golpearse los pechos, sobrecogidos como estaban por el resplandor que habían visto. Y, después de que se entrevistaron y se dieron el ósculo [de paz] entre sí, el bienaventurado Pedro se dirigió a él en estos términos: «En verdad que tú siempre has sido terco e incrédulo y [quizá] por tu incredulidad el Señor no ha tenido a bien concederte la gracia de que asistieras con nosotros al entierro de la madre del Salvador». Él respondió golpeándose el pecho: «Lo sé y estoy firmemente convencido de ello; siempre he sido un hombre perverso e incrédulo; os pido, pues, perdón a todos por mi contumacia y mi incredulidad». Y todos se pusieron a orar por él.

XIX

Entonces dijo el bienaventurado Tomás: «¿Dónde pusisteis su cuerpo?» Ellos señalaron el sepulcro con el dedo. Mas él replicó: «No, no está allí este cuerpo que es llamado santísimo». A lo cual repuso el bienaventurado Pedro: «Ya otra vez te negaste a darnos crédito acerca de la resurrección de nuestro Maestro y Señor, si no te era dado ver y palpar con tus dedos. ¿Cómo vas a creer ahora que el santo cadáver se encontraba ahí?» Él, por su parte, insistía diciendo: «No está aquí». Entonces, como encolerizados, se acercaron al sepulcro, que estaba recién excavado en la roca, y apartaron la piedra; pero no encontraron el cadáver, con lo que se quedaron sin saber qué decir al verse vencidos por las palabras de Tomás.

XX

Después el bienaventurado Tomás se puso a contarles cómo se encontraba celebrando misa en la India. Estaba aún revestido de los ornamentos sacerdotales, [cuando], ignorando la palabra de Dios, se vio transportado al monte Olivete y tuvo ocasión de ver el cuerpo santísimo de la bienaventurada [virgen] María que subía al cielo; y rogó a ésta que le otorgara una bendición. Ella escuchó su plegaria y le arrojó el cinturón con que estaba ceñida. Entonces él mostró a todos el cinturón.

XXI

Al ver los apóstoles el ceñidor que ellos mismos habían colocado, glorificaron a Dios y pidieron perdón al bienaventurado Tomás, [movidos] por la bendición de que había sido hecho objeto por parte de la bienaventurada [virgen] María y haberle caído en suerte contemplar su cuerpo santísimo al subir a los cielos. Entonces el bienaventurado Tomás les bendijo, diciendo: «Mirad qué bueno y qué agradable es el que los hermanos vivan unidos entre sí».

XXII

Y la misma nube que les había traído, llevó a cada uno a su lugar respectivo, de una manera análoga a lo ocurrido con Felipe cuando bautizó al eunuco, como se lee en los Hechos de los Apóstoles, y con el profeta Habacuc, cuando llevó la comida a Daniel, que se encontraba en el lago de los leones, y al momento retornó a Judea. De idéntica manera fueron devueltos también los apóstoles rápidamente al lugar donde antes se encontraban para evangelizar al pueblo de Dios.

XXIII

Y no tiene nada de extraño el que opere tales maravillas quien entró y salió de una virgen dejando sellado su seno, quien penetró a puertas cerradas en el lugar donde estaban los apóstoles, quien hizo oír a los sordos, quien resucitó a los muertos, quien limpió a los leprosos, quien dio vista a los ciegos e hizo, en fin, otros muchos milagros. No hay razón ninguna para dudar de esta creencia.

XXIV

Yo soy José, el que deposité el cuerpo del Señor en mi sepulcro y le vi resucitado; el que guardé de continuo su templo sacratísimo, la bienaventurada siempre virgen María, antes y después de la ascensión del Señor; el que escribí, finalmente, en el papel y en mi corazón las palabras que salieron de la boca de Dios y el modo como llegaron a realizarse los acontecimientos arriba consignados. Y di a conocer a todos, judíos y gentiles, lo que mis ojos vieron y mis oídos oyeron, y no dejaré de predicar[lo] mientras viva.

Roguemos instantemente a aquélla, cuya asunción es hoy venerada y honrada por todo el mundo, que se acuerde de nosotros ante su piadosísimo Hijo en el cielo. Al cual le es debida alabanza y gloria por los siglos de los siglos sin fin. Amén.

VI. *CARTAS DEL SEÑOR*



Martirio de Zacarías y persecución de Isabel (*Protoevangelio* c 22-23)
San Eustacio, iglesia rupestre de Capadocia (s X)



Adoración de los magos y ofrenda del *Libro de los misterios*
(*Evangelio arménio de la infancia* c 10)
Arco triunfal de Santa María la Mayor de Roma (s V)



Afrodísio sale al encuentro de la Sagrada Familia (*Pseudo Mateo* c 24)
Arco triunfal de Santa María la Mayor de Roma (s V)

1. CORRESPONDENCIA ENTRE JESÚS Y ABGARO

En toda la literatura apócrifa es difícil encontrar una leyenda tan breve y de una antigüedad al mismo tiempo tan acreditada como la correspondencia entre Jesús y Abgaro. A estas características se une la enorme popularidad de que ha gozado en las más diversas culturas a través de los siglos.

La historia es, en resumen, la siguiente: desde el año 4 a.C. hasta el 7 d.C. y posteriormente desde el 13 al 50 de nuestra era reinaba en la ciudad siria de Edesa (hoy Urfa, en el extremo oriental de Turquía) el rey Abgaro V Ukama, que se encontraba aquejado de una grave enfermedad. Habiendo oído hablar de Jesús, le escribió por el año 30 o 32 de nuestra era una carta y se la envió por su mensajero Ananías. En ella le rogaba viniera a Edesa a curarle de su enfermedad y le ofrecía acogida en su territorio, conociendo la animosidad que tenían contra él los judíos. Jesús le envió su contestación por el mencionado emisario haciéndole saber que, si bien le era imposible trasladarse personalmente a Edesa por tener que dar cumplimiento a su misión, una vez que fuera asumido al lado del Padre, le enviaría uno de sus discípulos para que le curase.

El documento más antiguo en que ha llegado hasta nosotros esta correspondencia es la *Historia Eclesiástica* de Eusebio (I,13; II,1.6-8), escrita en griego lo más tardar a principios del siglo IV, ya que su autor vivió entre los años 263 y 339 de nuestra era. Eusebio reproduce el tenor de estas cartas después de haberlas traducido —como él dice— «palabra por palabra» de los documentos siráficos que encontró en los archivos de Edesa. Pero no se contenta con ello, sino que añade toda una serie de detalles procedentes de las mismas fuentes en que se confirma a posteriori la venida del apóstol Tadeo, «uno de los 70», a Edesa para curar a Abgaro y predicar el evangelio en la región, tal como Jesús había prometido en su respuesta al monarca.

El texto eusebio está apoyado por una larga serie de documentos griegos de gran antigüedad que se han ido descubriendo posteriormente. Tales son los papiros de Fayum, Góteborg y Nessana,

pertenecientes al siglo VI o VII, y sobre todo las numerosas inscripciones en piedra halladas en diversos lugares —por ejemplo, en el Ponto (2), en Éfeso, en Filippos, en Ancyra y en la misma ciudad de Edesa— cuya antigüedad oscila entre los siglos IV y V. Dentro de su desigual estado de conservación, coinciden estos documentos en lo esencial con el texto de Eusebio, pero añaden en su mayoría una línea al final de la respuesta de Jesús que no se encuentra en éste y reza de la siguiente manera: «[...] y mi discípulo [...] hará tu ciudad inexpugnable contra los ataques de tus enemigos».

Cabe preguntarse si esta última línea constituye una laguna en el texto eusebio o es más bien una añadura posterior, que se introdujo con el uso que se fue haciendo de la respuesta de Jesús, primero como «talismán» contra incursiones enemigas y luego incluso como «amuleto» personal. De inclinarse por esta última solución, hay que tener en cuenta que este fenómeno se remonta a una antigüedad muy respetable, como lo demuestran las inscripciones aludidas del siglo IV o V y el testimonio de la princesa Egeria (o Aetheria), que en su peregrinación por Tierra Santa visitó Edesa por el año 384 (ver Devos, en *Analecta Bollandiana* 85 [1967] 381-400), y cuenta cómo el obispo de la ciudad la informó sobre la correspondencia entre Abgaro y Jesús, así como sobre la costumbre de leer públicamente la respuesta de éste cuando la ciudad se veía amenazada por el enemigo, con lo que desaparecía el cerco inmediatamente. Los edesanos llegaron incluso a fijar una copia de esta carta en las puertas de la ciudad, uso que viene confirmado por las inscripciones en piedra arriba mencionadas.

El texto griego de Eusebio fue conocido muy pronto en Occidente gracias a la traducción latina que hizo Rufino (345-410) de la *Historia Eclesiástica*. Su difusión hubo de ser muy grande, pero el texto de las cartas fue recibido con recelo: San Agustín (*Contra Faustum* 28,4) y San Jerónimo (*In Ez.* 44,29) insistían, por ejemplo, en que Jesús no escribió nada en su vida; el *Decretum Gelasianum* (siglo VI) lleva incluso a incluir esta correspondencia en la lista de los libros apócrifos (nn.56 y 57).

Otra fuente importante para conocer la correspondencia entre Jesús y Abgaro es la llamada *Doctrina de Addai*, escrito redactado y conservado en siríaco, es decir, la misma lengua de la que Eusebio hizo su traducción al griego. Pese a esta circunstancia y al hecho de que en esta obra se pueden encontrar claves importantes para elucidar los orígenes del cristianismo en Edesa —como demuestran so-

bre todo las investigaciones de H. J. W. Drijvers en este campo—, sigue siendo el texto griego de Eusebio el testimonio más antiguo y fehaciente de que hoy día disponemos.

La *Doctrina de Addai*, cuya redacción completa (a juzgar por los documentos que han llegado hasta nosotros) no es anterior al siglo VI, es todo un mosaico de leyendas en que, además de la correspondencia en cuestión, se encuentra toda una serie de narraciones de origen ciertamente posterior, tales como la invención de la verdadera cruz según el relato de Protonike o la correspondencia entre el rey Abgaro y el emperador Tiberio, entre otras.

Por lo que se refiere al texto mismo de la correspondencia, la versión siríaca de la *Doctrina* ofrece diferencias significativas respecto a la griega, sobre todo en lo que afecta a la supuesta respuesta de Jesús. En ella no consta que fuera éste el que escribiera la carta, sino que se da a entender que se trató simplemente de un mensaje verbal que el emisario Hannan (= Ananías, de Eusebio) recogió de labios de Jesús y transmitió (¿por escrito?) a Abgaro. De la imagen de Cristo confeccionada por el emisario en esta ocasión, nada sabe la versión griega. Finalmente aparece también aquí, como en otros textos griegos arriba indicados, la última línea de la respuesta de Jesús referente a la *protección de la ciudad*, que tampoco figura en el texto eusebio.

Una cuestión interesante suscita el nombre siríaco del «apóstol Addai» (que Eusebio en su traducción identificó con «Tadeo, uno de los 70»), encargado de dar cumplimiento a posteriori a la promesa de Jesús en su respuesta: sanar a Abgaro y predicar el evangelio en Edesa.

El hecho de que también se llamara «Addai» uno de los más íntimos colaboradores de Mani —fundador del maniqueísmo—, la importancia que en la correspondencia se da a la virtud curativa de Jesús en consonancia con uno de los atributos que más destacaba Mani, como propio, ante sus seguidores («soy médico, del país de Babilonia»), la preferencia por el género epistolar como medio de indoctrinación en la secta dualista y —finalmente— la situación geográfica de Edesa (lejos de los núcleos cristianos y expuesta al influjo religioso-cultural del vecino Irán), dan pie para pensar que la correspondencia entre Jesús y Abgaro no es otra cosa que una falsificación que surgió en la minoría cristiana de Edesa a finales del siglo III para contrarrestar el prepotente movimiento maniqueo y combatirlo con los mismos métodos y figuras que éste usaba para su expansión en las regiones colindantes.

Después de lo dicho es casi superfluo subrayar que —partiendo de las fuentes griegas y siriacas indicadas— la correspondencia entre Jesús y Abgaro fue conocida prácticamente en todas las lenguas de la antigüedad cristiana: latín, armenio, copto, etíope, árabe, georgiano, irlandés, antiguo eslavo, etc.

Texto griego EUSEBIO DE CESARIA, *Historia Eclesiastica*, I, 13,15, II, 1,6-8

Texto siriaco [Doctrina Addai] G PHILLIPS, *The Doctrine of Addai, the Apostle* (Londres 1876), E N MIŠČERSKAJA, *Legenda ob Avgare - drevnesiryskij literaturnyj pamjatnik* (Moscu 1984) 119-184 185-203 [repr facsimile con trad rusa]

Bibliografía R PFPFRMÜLLER, «Griechische Papyrusfragmente der Doctrina Addai» *Vigiliae Christianae* 25 (1971) 289-301, H J W DRIJVERS, «Addai und Mani Christentum und Manichäismus im dritten Jahrhundert in Syrien» *Orientalia Christiana Analecta* 221 (Roma 1983) 171-185, ID, en *Schneemelcher*, I, 389-395, SANTOS OTFRO, *Los evangelios*, 656 663, ID, *Die handschriftliche*, I, 149-157, E N MIŠČERSKAJA, *Legenda ob Avgare - drevnesiryskij literaturnyj pamjatnik* (Moscu 1984), G HAILF, «The Legend of Abgar in Ethiopic Tradition» *Orientalia Christiana Periodica* 55 (1989) 275-410, Stegmüller-Reinhardt, 90-93, McNamara, 58-59, Moraldi, II, 1657-1658, Erbetta, III, 77-84, Geerard, 65-70

COPIA DE LA CARTA QUE EL REY ABGARO ESCRIBIO A JESUS, Y QUE LE ENVIO A JERUSALEN POR MEDIO DEL CORREO ANANIAS

Abgaro, rey de Edesa, saluda a Jesús, el buen Salvador que ha aparecido en Jerusalén:

Han llegado a mis oídos noticias referentes a ti y a las curaciones que, por lo visto, realizas sin necesidad de medicinas ni de hierbas. Pues, según dicen, devuelves la vista a los ciegos y la facultad de andar a los cojos, limpias a los leprosos y expulsas espíritus inmundos y demonios; devuelves la salud a los que se encuentran aquejados de largas enfermedades y resucitas a los muertos.

Al oír, pues, todo esto acerca de ti, he dado en pensar una de estas dos cosas: o que tú eres Dios en persona, que has bajado del cielo y obras estas cosas, o bien que eres el Hijo de Dios y [por eso] realizas estos portentos. Ésta es la causa que me ha impulsado a escribirte, rogándote al propio tiempo te tomes la molestia de venir hasta mí y curar la dolencia que me aqueja.

He oído decir, además, que los judíos murmuran contra ti y que pretenden hacerte mal. Sábete, pues, que mi ciudad es muy pequeña, pero noble, y nos basta para los dos.

CONTESTACION QUE ENVIO JESUS AL REY ABGARO POR EL CORREO ANANIAS

Abgaro: Dichoso de ti por creer en mí sin haberme visto. Pues escrito está acerca de mí que los que me hubieren visto, no creerán en mí, para que los que no me hayan visto crean y tengan vida.

Por lo que se refiere al objeto de tu carta, en la que me rogabas viniera hasta ti, [he de decirte que] es de todo punto necesario que yo cumpla íntegramente mi misión y que, cuando la hubiere cumplido, suba de nuevo al lado de Aquel que me envió.

Mas, cuando estuviere allí, te enviaré uno de mis discípulos para que cure tu dolencia y te dé vida a tí y a los tuyos.

2. LA CARTA DEL DOMINGO

Frente a la sencillez y sobriedad que caracterizan la correspondencia entre Jesús y Abgaro, se presenta la *Carta del domingo* en términos completamente distintos. Se trata de una «carta caída del cielo» (según unas redacciones «en la ciudad de Jerusalén», según otras «sobre el altar de San Pedro en Roma»), que en estilo ampuloso y un tanto apocalíptico exhorta a los cristianos a la observancia del domingo y a otras prácticas religiosas —concretamente, al ayuno de los miércoles y viernes—, cominándolos en su defecto con graves penas.

Escrita originariamente en griego y traducida a multitud de lenguas, ha tenido una larga pervivencia a través de los siglos, expuesta siempre a nuevas modificaciones y añadiduras, que han dejado su huella en las diversas redacciones en que han llegado hasta nosotros, pero conservando —eso sí— su mensaje central. La insistencia en la obligatoriedad del descanso dominical da pie sin duda a establecer cierta analogía con el descanso *sabático* y ha contribuido, ya desde antiguo, a dar a este escrito un carácter judeo-cristiano. Esta hipótesis no parece verse confirmada si se tiene en cuenta el contenido de la carta, ya que los motivos que se alegan para subrayar el carácter santo del domingo son exclusivamente cristianos. El domingo es el día del Señor, porque en él resucitó Cristo de entre los muertos y en él tuvo lugar la anunciación a María y el bautismo en el Jordán; en él tendrá lugar asimismo el juicio final. También es el día en que Dios creó el universo y en que la Trinidad se apareció a Abrahán en figura de los tres ángeles, etc.

Dejando aparte las adherencias textuales que han ido dejando los siglos en las diversas redacciones, cuyo origen circunstancial es fácil de detectar, son pocos los testimonios externos a nuestra disposición para poder apreciar la antigüedad del núcleo primitivo del apócrifo.

Uno de ellos, y de gran valor, está contenido en la correspondencia mantenida entre Liciniano, obispo de Cartagena —que vivió en la segunda mitad del s.VI—, y su contemporáneo Vicente, obispo de Ibiza. Como se puede colegir de la carta-respuesta de Liciniano, que es la que se conserva (texto latino en *Scriptores ecclesiastici hispano-latini*

n, ed. por A. C. Vega [Escorial 1944], fasc. III), su colega de Ibiza le había enviado un escrito que se presentaba como «carta bajada del cielo sobre el altar de Cristo, en memoria de San Pedro apóstol» para que le comunicara qué juicio le merecía. Liciniano le contesta en términos categóricos, recriminando su conducta por haberlo leído en público y por haber dado oído a las habladurías del vulgo, que le atribuían origen divino. De sí mismo dice que, nada más abrirlo y leer el encabezamiento en que se presentaba como «una carta de Cristo bajada del cielo para recomendar la observancia del domingo», lo rompió y lo arrojó al suelo.

Es una lástima que Liciniano no tuviera la paciencia necesaria para leer el escrito hasta el final y darnos más detalles sobre su contenido. Pero los consignados por él mismo y por su colega Vicente son más que suficientes para poder afirmar que la *Carta del domingo*, de la que ofrecemos al lector la versión castellana, partiendo del original griego de la redacción A según Bittner, era bien conocida en la Hispania del s. VI en una traducción latina. Lo cual quiere decir, entre otras cosas, que el origen de nuestro apócrifo hay que situarlo, por lo menos, en el s. V o VI de nuestra era.

Texto griego A VASSILIEV, *Anecdota Graeco-Byzantina*, I (Moscu 1893) 23-32, M. BRITTLER, *Der vom Himmel gefallene Brief Christi in seinen morgelandischen Versionen und Rezensionen* (Denkschriften der Kaiserl Akademie der Wissenschaften Phil-Hist Kl., 51, Viena 1905), SANTOS OTIRO, *Los evangelios*, 664-676

Bibliografía T. AYUSO MARAZUFLA, «Un apócrifo español del siglo VI de probable origen judeo-cristiano» *Sefarad* 4 (1944) 3-29, SANTOS OTIRO, *Die handschriftliche*, I, 158-169, ID., «Der apokryphe sogenannte Sonntagsbrief», en *Studia Patristica*, III (Berlín 1961) 290-296, H. DELFHAYE, «Note sur la légende de la lettre du Christ tombée du ciel» *Subsidia hagiographica* 42 (1966) 150-178, M. VAN ESBROECK, «La lettre sur le dimanche, descendue du ciel» *Analecta Bollandiana* 107 (1989) 267-284, Erbetta, III, 113-118, Stegmüller-Reinhardt, 93-96, McNamara, 60-63, Geerard, 190-193

LA CARTA DEL DOMINGO

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea. Discurso acerca del domingo, día santo del Señor entre todos los demás, en que Jesucristo, Dios y Señor nuestro, resucitó de entre los muertos. Bendice, Señor.

Carta de Jesucristo, Señor Dios y Salvador nuestro, que fue enviada a la antigua ciudad de Roma, al templo del santo apóstol y prínci-

pe de los apóstoles, Pedro, a quien dijo Cristo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no la abatirán, y te daré a ti las llaves del reino de los cielos; y cuanto atares sobre la tierra, estarás atado en el cielo; y cuanto desatares sobre la tierra, estarás desatado en el cielo». Esta carta quedó suspendida en medio del templo, en el santuario. Mas Pedro, el gran apóstol del Señor, se apareció al obispo de Roma en sueños y le dijo: «Levántate, obispo, y mira la carta inmaculada de Nuestro Señor Jesucristo». El pontífice se levantó temblando y penetró en el santuario. Y, al ver la carta inmaculada en medio del templo, suspendida en el aire, exclamó entre lágrimas: «Grande eres, Señor, y admirables son tus obras, pues nos has dado a conocer a nosotros esta carta (que diriges) a todo el mundo». Y después de convocar a todos los clérigos de la gran iglesia, a los sacerdotes, monjes, jefes, hombres, mujeres y niños, y de recitar entre lágrimas durante tres días y tres noches esta plegaria: «Muéstranos, Señor, la riqueza de tus misericordias (al pueblo) humilde e indigno que ruega», sobre la hora de tercia, descendió la carta inmaculada a las manos del pontifice. Éste, lleno de temor y de temblor, la veneró y la besó, después la abrió y encontró escrito lo que sigue:

«Ved y considerad, hijos de los hombres, que os entregué el día santo del domingo; mas vosotros no lo habéispreciado ni guardado. Entonces envié naciones bárbaras, las cuales derramaron vuestra sangre, y obré cosas terribles en gran cantidad. Mas ni aun así os arrepentisteis. ¿No escuchasteis aquello del evangelio que dice: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán eternamente?* Os envié tempestades, heladas, pestes, terremotos, granizadas, plagas de langostas, orugas y saltamontes y muchas otras calamidades a causa del día santo del domingo; y no os arrepentisteis lo más mínimo. Luego os di trigo, vino, aceite y toda clase de bienes. Mas, en cuanto os saciasteis, volvisteis a portarlos peor. Y tomé la determinación de aniquilar a todo hombre a causa del día santo del domingo, pero me moví de nuevo a misericordia por la súplica de mi Madre inmaculada y de los santos ángeles, apóstoles y mártires y también del Precursor y Bautista. Ellos apartaron mi cólera de vosotros. Viudas, huérfanos y pobres claman ante mí, y vosotros no les compadecéis. Los gentiles se mueven a compasión; mas vosotros, cristianos como sois, no tenéis piedad. Dí a los judíos una ley por medio de Moisés, y no la quebrantan, a vosotros os di el santo evangelio, mi ley y mi bautismo, y no lo habéis observado.

¿No sabéis, hijos de los hombres, que en el primer día hice el cielo y la tierra y el principio de los días y de los tiempos y que le di el nombre de domingo radiante, gran pascua y resurrección? Por eso todo bautizado debe venerarlo y honrarlo, frecuentando la iglesia santa de Dios. ¿No sabéis asimismo que la formación de Adán (el primero que fue creado) y de Eva tuvo lugar en viernes y que en este mismo día fui yo crucificado y recibí sepultura y que al domingo siguiente resucité por la salvación del mundo? Por eso os mandé que todo cristiano se abstuviera de carne, queso y aceite los miércoles y viernes. ¿No sabéis que fue en el día santo del domingo cuando la hospitalidad de Abrahán me retuvo en su casa y cuando éste sacrificó un novillo para obsequiar a la Santa Trinidad? En domingo me aparecí también a Moisés en el monte Sinaí, y, después de que hubo ayunado durante cuarenta días, le entregué las tablas escritas con mano divina [o sea, la ley]. Y el día santo del domingo mi arcángel Gabriel vino a traer el mensaje del “Dios te salve” [o sea, la Anunciación]. Y en domingo recibí el bautismo de manos del Precursor, para daros ejemplo y para que no os ensoberbezcaís al ser bautizados por sacerdotes pobres; [no seáis altaneros; no despreciéis ni a un pobre siquiera], pues Juan, el que me bautizó a mí, no vestía sino pelos de camello y no comía pan ni bebía vino. ¡Ay del que no respeta a su padrino y a sus propios hijos! ¡Ay de los que conculcan la cruz! ¿No sabéis que en el día santo del domingo he de juzgar a toda la tierra y que han de ser emplazados ante mi presencia reyes y jefes, ricos y pobres, desnudos y desvergonzados? Juro por mi excelso trono que, si no guardáis el día santo del domingo, los miércoles y viernes y las santas fiestas solemnes, he de enviar bestias venenosas para que devoren los pechos de las mujeres que no amamantan a los niños (desprovistos de la leche de sus madres), y lobos salvajes arrebaratarán a vuestros hijos. Maldito el hombre que no respeta el día santo del domingo desde la hora nona del sábado anterior hasta la alborada del lunes [y que no observa] la prescripción del ayuno y de la abstinencia los miércoles y viernes. Glorificad mi excelso nombre.

Y si no hacéis esto, no creáis que os voy a enviar otra carta, sino que abriré los cielos y haré llover fuego, granizo, agua hirviendo (porque el hombre continúa en su inconsciencia); provocaré espantosos terremotos; haré llover sangre y estacte en abril; haré desaparecer toda semilla, viña y plantas; finalmente, acabaré con vuestras ovejas y animales. Y todo esto, a causa del día santo del domingo. He de enviar, además, bestias aladas para que devoren vuestras car-

nes y digáis: *Abrid los sepulcros, los que reposáis desde la eternidad, y ponedlos a cubierto de la ira del Señor Dios todopoderoso.* Oscureceré la luz del sol y haré sobrevenir las tinieblas, como hice una vez con los egipcios valiéndome de mi siervo Moisés. He de enviar al pueblo de los ismaelitas para que los esclavice, y acabarán con ellos a espada, dándoles una muerte cruel. Entonces lloraréis y os arrepentiréis. Mas yo volveré mi rostro para no oíros, a causa del día santo del domingo. Hombres malhechores, mentirosos, adúleros, rebeldes, impíos, injustos, odiosos, traidores, insidiosos, blasfemos, hipócritas, abominables, falsos profetas, ateos, [...], esquivos, [...], enemigos de vuestros propios hijos, conculcadores de la cruz, codiciosos del mal, desobedientes, charlatanes, enemigos de la luz y amantes de las tinieblas; vosotros que decís: *Amamos a Cristo, pero deshonramos al prójimo* y [...] devorando a los pobres. ¡De cuántas cosas se arrepentirán en el día del juicio los que obran tales maldades! ¿Cómo no se va a abrir la tierra y os va a devorar vivos? Porque ejecutan las obras del diablo y heredarán la condenación juntamente con Satanás. Y sus hijos desaparecerán de la faz de la tierra como el polvo. Por mi Madre inmaculada y por los querubines de muchos ojos y por Juan, el que me bautizó, sabed que no ha sido mano de hombre la que ha escrito esta carta, sino que salió enteramente de las manos de mi Padre invisible. Si hay algún malévolo o malpensado que niegue el origen divino de esta carta, tendrá por herencia, lo mismo él que su casa, la condenación, igual que Sodoma y Gomorra; y su alma irá al fuego eterno por no haber dado crédito. Lo que es imposible a los hombres, es posible ante Dios.

¡Ay del sacerdote aquel que no dé acogida a esta carta [y que no la quiera] leer ante el pueblo! ¡Ay, además, de aquella ciudad y de aquel pueblo que no la escuchen de todo corazón! ¡Ay del hombre que se burla y desprecia al sacerdote!, pues no se mofa del sacerdote, sino de la Iglesia de Dios, así como también de su fe y de su bautismo. El sacerdote, en efecto, ruega por todo el pueblo: por los que le odian y por los que le aman. ¡Ay de los que charlan entre sí durante la santa misa y escandalizan al sacerdote que está orando por sus pecados, pues el sacerdote y el diácono ruegan por el pontífice y por el pueblo cristiano! ¡Ay de los que no honran a su padrino!, (pues él) llevó la cruz a tu casa y fue para ti un segundo padre por el bautismo. ¡Ay de los que no dan crédito a las santas escrituras! ¡Ay de los que juntan casa con casa y finca con finca para no dejar extenderse a su prójimo! ¡Ay de los que privan a los obreros de su salario! ¡Ay de los

que prestan su dinero con usura!, pues serán juzgados juntamente con Judas. ¡Ay del monje que no permanece en su monasterio y en la iglesia santa de Dios! ¡Ay del monje que se da a la fornicación! ¡Ay de aquel que deja a su mujer y se adhiere a otra! Maldito el sacerdote que no lea esta (carta) en público, pues cierra a los hombres el reino de Dios y ni entra él ni deja entrar a los que quieren. Dichoso el sacerdote que posea y lea esta (carta) ante el pueblo y la copie para (que llegue a) otras ciudades y países; en verdad os digo que encontrará su recompensa en el día del juicio y la remisión de sus pecados. ¡Ay del amo de casa que no hace producir su hacienda!, pues será quemado en el fuego como madero estéril. ¡Ay del que ofrece dones en el templo y está en guerra con sus prójimos! ¡Ay del sacerdote que celebra la misa estando enemistadol, pues no está sólo celebrando y elevando los santos dones, sino que los ángeles concelebran con él. Yo, Dios, soy el primero; yo estoy también después de todas estas cosas, y fuera de mí no hay otro. ¿Adónde huiréis de mi faz? ¿Dónde os ocultaréis? Yo escudriño los corazones y los riñones y conozco bien las cavilaciones de los hombres y descubriré lo que está oculto. Yo mando que todo hombre confiese fielmente a su padre espiritual cuanto hizo desde su juventud, pues éste ha sido dado por mí y por mi santa Iglesia para desatar y retener los pecados de los hombres. Bienaventurado aquel que ha observado el día santo del domingo; yo, Cristo, soy el que le ha bendecido, y será bendito».

Entonces el arzobispo, papa de Roma, dijo a todos: «Hermanos e hijos de nuestra humildad. Oíd, reyes y jefes. Sed cuerdos y aprended a hacer bien. Juzgad y oíd cosas justas, patriarcas, metropolitas, obispos, priores, confesores, sacerdotes, monjes, diáconos y todo el pueblo cristiano del Señor: observad cuanto ha determinado Cristo, Señor (nuestro), acerca del día santo del domingo para que tengáis paz en este mundo. Sin la caridad pura, el hombre no posee bien alguno. Lo mismo que los manjares sin sal son inservibles e insípidos, así también los hombres sin amor son inútiles. Por eso (os) hago esta recomendación: guardad y respetad el día santo del domingo y de la resurrección (que así ha venido a llamarse) y las fiestas solemnes, para que encontréis misericordia el día del juicio en Cristo Jesús, Señor nuestro, al cual sea dada gloria y poderío por (todos) los siglos. Así sea».

VII. APÓCRIFOS GNÓSTICOS DE NAG HAMMADI

Por los años 1945-1946 se descubrió en el pueblo de Nag Hammadi, situado a las orillas del Nilo en el Alto Egipto, una gran biblioteca gnóstica en lengua copta, cuyo contenido son 13 volúmenes papiráceos en que se encuentran no menos de 52 obras de carácter heterogéneo y de una antigüedad considerable (siglos II-IV). Este hallazgo ha supuesto un enorme enriquecimiento en el campo de la literatura cristiana antigua relacionada con la Gnosis, aun antes de que se pueda elucidar completamente y publicar el contenido del material descubierto. Entre los escritos que más se relacionan con el tema de este libro, damos la preferencia a los evangelios de *Tomás* y de *Felipe*, ofreciendo al lector una versión castellana, partiendo del original copto.

1. EVANGELIO DE TOMÁS

Ante todo hay que dejar claro que el evangelio a que aquí nos referimos no tiene nada que ver con el escrito del mismo título que ya insertamos entre los apócrifos de la infancia (sección III). El texto copto del *Evangelio de Tomás* ocupa los folios 32-51 del códice II de Nag Hammadi, cuya antigüedad puede cifrarse paleográficamente alrededor del siglo IV y que es a su vez una traducción del griego.

La principal novedad de este hallazgo consiste en que por fin ha llegado a nuestras manos el texto completo de un *Evangelio de Tomás* que antes sólo conocíamos por diversas referencias de autores antiguos —quienes insistían en que era de uso corriente entre los maniqueos—, y del que posefamos, sin saberlo, algunos fragmentos griegos, tales como los contenidos en los papiros de Oxyrhynchus I, 654 y 655 descubiertos a principios del siglo XX (ver A. DE SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 83-91).

El que busque en este «evangelio» una trama narrativa, tan corriente en otros apócrifos, se llevará una gran desilusión: 114 sentencias o «dichos» (= *logia*), yuxtapuestos sin un orden concreto y encabezados la mayor parte por el estribillo «Dijo Jesús», es todo lo que ofrece el texto. Su autoría queda bien clara desde el primer momento, ya que el título reza: «Éstas son las palabras secretas que pronunció Jesús el Viviente y que Dídimo Judas Tomás consignó por escrito». Y para mayor abundamiento se lee al final el siguiente colofón: «Evangelio según Tomás». Lo cual no tiene nada de extraño, dada la conocida predilección de los gnósticos por Tomás, el Dídimo (= mellizo), como principal depositario de los secretos de Jesús.

De los 114 dichos o *logia* de que se compone el texto copto, unos 17 nos eran conocidos en su original griego a través de los papiros de Oxyrhynchus que acabamos de mencionar; más numerosos son los que tienen una correspondencia más o menos aproximada en los evangelios canónicos (principalmente en Mateo, Marcos y Lucas); otros parecen haber sido partes integrantes del evangelio de los *Hebreos* o del de los *Egiptios*, mientras que del resto no se conoce la procedencia. Su autor se ha propuesto, pues, hacer una compilación

de «dichos de Jesús» extrayéndolos de diversas fuentes, pero con un fin muy concreto: ofrecer a un círculo determinado de lectores una colección de «palabras secretas de Jesús», invitándole a «encontrar el sentido recóndito de ellas», como condición para librarse de la muerte (ver v.1).

Este estado de cosas ha hecho del *Evangelio de Tomás* uno de los temas a los que la investigación ha dedicado más esfuerzo en las últimas décadas, como lo demuestra la multitud casi inabarcable de publicaciones desde el punto de vista filológico, histórico y neotestamentario. Destacamos brevemente los puntos que más interés ofrecen.

Cabe preguntarse, en primer lugar, a qué círculo de lectores dirige el autor su compilación. Sobre este asunto no hay apenas duda alguna, después de lo expuesto anteriormente: se trata de una elaboración *gnóstica* para uso de los iniciados en esta corriente. Es verdad que no contiene ninguna de las especulaciones habituales en tratados de alta Gnosis, pero también es verdad que en ella se inculca claramente —y a la vez se presupone— el método típicamente gnóstico de leer las Escrituras: no contentarse con el sentido obvio y tradicional, sino adentrarse a buscar, llevado por el propio conocimiento, otro sentido oculto, que sólo está reservado a un grupo de elegidos. Esta polisemia, o ambigüedad de sentidos, hace que, sin necesidad de alterar en nada la estructura de frases tomadas de la Escritura, el iniciado pueda leer perfectamente el *Evangelio de Tomás* en clave gnóstica.

Otro punto que ha atraído la atención de los investigadores es la relación que puedan tener 17 párrafos del texto copto con los correspondientes incisos de los papiros griegos de Oxyrhynchus, de los que hablábamos antes (se trata de los vv.1-7, 26-33, 36-37 y 39). Aun partiendo de la hipótesis, dada por segura, de que el *Evangelio de Tomás* es una traducción copta de un original griego, no se puede afirmar que la fuente inmediata de los 17 párrafos indicados haya que identificarla necesariamente con el texto griego de los mencionados papiros. Las diferencias y coincidencias entre ambas redacciones hacen pensar que se trata más bien de dos versiones distintas, procedentes de un arquetipo común que puede situarse en el siglo II de nuestra era.

La cuestión que más ha acaparado hasta ahora la atención de los investigadores es sin duda la relación entre el *Evangelio de Tomás* y los evangelios canónicos, especialmente los tres sinópticos. Son más de

una treintena los incisos que ofrecen un paralelismo muy claro con los lugares correspondientes de los evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas (ver vv.5, 8-10, 14, 16, 20, 26, 31-36, 39, 41, 44-46, 54-55, 57, 63-66, 86, 93-94, 96, 99-101, 103, 107, 113), llegando en algunos casos a una coincidencia literal.

El hecho de que con este apócrifo tengamos por primera vez una colección de *logia* sin el entramado narrativo de los evangelios canónicos da pie a pensar en otras colecciones análogas perdidas, como la que recuerda Papías en el siglo II (ver EUSEBIO, *Hist. Eccl.*, III, 39,16) o la fuente *Q*, que la crítica textual presupone como estadio precedente a la redacción de los sinópticos. Sin embargo, la tesitura de los *logia* contenidos en nuestro apócrifo refleja un estadio de tradición secundaria en relación con los paralelos canónicos, con lo que malamente pueden ser considerados como fuente de éstos.

Siendo esto así, queda aún por averiguar qué grado de dependencia, o independencia, reflejan los *logia* de nuestro evangelio en relación con la tradición canónica. Es ésta una cuestión sumamente compleja que ha hecho proliferar un gran número de hipótesis en uno u otro sentido. Parece claro que el *Evangelio de Tomás* no puede considerarse como una mera *adaptación gnóstica* de los textos canónicos. Las diferencias, y aun las discrepancias, son notorias, tanto si se le compara con el original griego del Nuevo Testamento como con la versión copta de éste. Además, su compilador utilizó otras fuentes extracanónicas, como el evangelio de los *Hebreos* y el de los *Egiptios*, con las diversas tendencias a éstos vinculadas, por ejemplo el encratismo.

Cabe, pues, la posibilidad de que el origen del *Evangelio de Tomás* radique en una *tradición paralela* a la de los sinópticos, que podría localizarse en una comunidad judeo-cristiana de Siria a mediados del siglo II.

Ofrecemos al lector la versión castellana del original copto, dejando aparte la extensa bibliografía y los pormenorizados comentarios que fácilmente pueden encontrarse en la edición bilingüe de esta obra (BAC 148). La cifra entre paréntesis que figura al fin de cada párrafo indica el folio y las líneas que éste ocupa en el códice II de Nag Hammadi.

Texto copto: A. GUILLAUMONT-H.-CH. PUECH-G. QUISPEL-W. TILL-W. YASSA
'ABD AL MASIH, The Gospel according to Thomas. Coptic Text established and translated

(Leiden 1959); [Edición facsímil], *The Facsimile Edition of the Nag Hammadi Codices. Codex II* (Leiden 1974) 32-51.

Bibliografía: R. MCL WILSON, 323-326; ID., *Studies in the Gospel of Thomas* (Londres 1960); W. SCHRAGH, *Das Verhältnis des Thomas-evangeliums zur synoptischen Tradition und zu den koptischen Evangelienübersetzungen* (Berlín 1964); A. ORBE, *Parábolas evangélicas en San Ireneo, I-II* (Madrid 1972); ID., *Cristología gnóstica, I-II* (Madrid 1976); G. QUISPHEL, *Tatian and the Gospel of Thomas* (Leiden 1975); J. E. McNARD, *L'Évangile selon Thomas* (Leiden 1975); R. TREVIJANO ETCHEVERRIA, «Gnosticismo y hermenéutica»: *Salmanticensis* 26 (1979) 51-74; ID., «La escatología del Evangelio de Tomás»: ibid. 28 (1981) 415-441; ID., «Las prácticas de piedad en el Evangelio de Tomás»: ibid. 31 (1984) 295-319; J. P. RADEJORDI, *El evangelio según Tomás, apócrifo gnóstico* (Barcelona 1981); F. T. FALLON-R. CAMERON, «The Gospel of Thomas: A Forschungsbericht and Analysis», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II, 25, 6 (Berlín-NY 1988) 4195-4251; Craveri, 481-508; Moraldi, I, 475-501; Erbetta, I/1, 253-282; BLATZ, en *Schneemelcher* I, 93-113; SANTOS OTERO, *Los evangelios..., 678-705; Starowieyski, 121-133; Stegmüller-Reinhardt, 133-135; Geerard, 8-9.*

EVANGELIO DE TOMÁS

Éstas son las palabras secretas que pronunció Jesús el Viviente y que Dídimo Judas Tomás consignó por escrito.

1. Y dijo: «Quien encuentre el sentido [έρμηνεία] de estas palabras no gustará la muerte» (32₁₂₋₁₄)

2. Dijo Jesús: «El que busca no debe dejar de buscar hasta tanto que encuentre. Y cuando encuentre se estremecerá, y tras su estremecimiento se llenará de admiración y reinará sobre el universo» (32₁₄₋₁₉).

3. Dijo Jesús: «Si aquellos que os guían os dijeron: *Ved, el Reino está en el cielo*, entonces las aves del cielo os tomarán la delantera. Y si os dicen: *Está en la mar* [θάλασσα], entonces los peces os tomarán la delantera. Mas el Reino está dentro de vosotros y fuera de vosotros. Cuando lleguéis a conoceros a vosotros mismos, entonces seréis conocidos y caeréis en la cuenta de que sois hijos del Padre Viviente. Pero si no os conocéis a vosotros mismos, estáis sumidos en la pobreza y sois la pobreza misma» (32₁₉₋₃₃).

4. Dijo Jesús: «No vacilará un anciano a su edad en preguntar a un niño de siete días por el lugar [tópicος] de la vida, y vivirá; pues muchos primeros vendrán a ser últimos y terminarán siendo uno solo» (33₅₋₁₀).

5. Dijo Jesús: «Reconoce lo que tienes ante tu vista y se te manifestará lo que te está oculto, pues nada hay escondido que no llegue a ser manifiesto» (33₁₀₋₁₄).

6. Le preguntaron sus discípulos [μαθητής] diciéndole: «¿Quieres que ayunemos [νηστεύειν]? ¿Y de qué forma hemos de orar y dar limosna [έλεημοσύνη], y qué hemos de observar [παρατηρεῖν] respecto a la comida?» Jesús dijo: «No mintáis ni hágais lo que aborrecedis, pues ante el cielo todo está patente, ya que nada hay oculto que no termine por quedar manifiesto y nada escondido que pueda mantenerse sin ser revelado» (33₁₄₋₂₃).

7. Jesús dijo: «Dichoso [μακάριος] el león que al ser ingerido por un hombre se hace hombre; abominable el hombre que se deja devorar por un león y éste se hace hombre» (33₂₃₋₂₈).

8. Y dijo: «El hombre se parece a un pescador inteligente que echó su red al mar [θάλασσα] y la sacó de él llena de peces pequeños. Al encontrar entre ellos un pez grande y bueno, aquel pescador inteligente arrojó todos los peces pequeños al mar y escogió sin vacilar el pez grande» (33₂₈₋₃₄).

9. Dijo Jesús: «He aquí que el sembrador salió, llenó su mano y desparramó. Algunos (granos de simiente) cayeron en el camino y vinieron los pájaros y se los llevaron. Otros cayeron sobre piedra [πέτρα] y no arraigaron en la tierra ni hicieron germinar espigas hacia el cielo. Otros cayeron entre espinas —éstas ahogaron la simiente— y el gusano se los comió. Otros cayeron en tierra buena y (ésta) dio una buena cosecha [καρπός], produciendo 60 y 120 veces por medida» (34₃₋₁₃).

10. Dijo Jesús: «He arrojado fuego sobre el mundo [κόσμος] y ved que lo mantengo hasta que arda» (34₁₄₋₁₆).

11. Dijo Jesús: «Pasará [παρόγειν] este cielo y pasará asimismo el que está encima de él. Y los muertos no viven ya, y los que están vivos no morirán. Cuando comáis lo que estaba muerto, lo hacíais revivir; ¿qué vais a hacer cuando estéis en la luz? El día en que erais una misma cosa, os hicisteis dos; después de haberos hecho dos, ¿qué vais a hacer?» (34₁₆₋₂₅).

12. Los discípulos [μαθητής] dijeron a Jesús: «Sabemos que tú te irás de nuestro lado; ¿quién va a ser el mayor entre nosotros?» Les dijo Jesús: «Dondequier que os hayáis reunido, dirigíos a Santiago el Justo [δίκαιος], por quien el cielo y la tierra fueron creados» (34₂₅₋₃₀).

13. Dijo Jesús a sus discípulos [μαθητής]: «Haced una comparación y decidme a quién me parezco». Le dijo Simón Pedro: «Te pareces a un ángel justo [ἄγγελος δίκαιος]». Le dijo Mateo: «Te pareces a un filósofo [φιλόσοφος], a un hombre sabio». Le dijo Tomás: «Maes-

tro, mi boca es absolutamente incapaz de decir a quién te pareces». Respondió Jesús: «Yo ya no soy tu maestro, puesto que has bebido y te has emborrachado del manantial [πηγή] que yo mismo he medido». Luego le tomó consigo, se retiró [ἀναχωρεῖν] y le dijo tres palabras. Cuando Tomás se volvió al lado de sus compañeros, le preguntaron éstos: «¿Qué es lo que te ha dicho Jesús?» Tomás respondió: «Si yo os revelara una sola palabra de las que me ha dicho, cogeríais piedras y las arrojaríais sobre mí: entonces saldría fuego de ellas y os abrasaría» (34₃₀₋₃₅₁₄).

14. Les dijo Jesús: «Si ayunáis [γηστεύειν], os engendaréis pecados; y si hacéis oración, se os condenará [κατακρίνειν]; y si dais limosnas [ἐλεημοσύνη], haréis mal [κακόν] a vuestros espíritus [πνεῦμα]. Cuando vayáis a un país cualquiera y caminéis por las regiones [χώρα], si se os recibe [παραδέχεσθαι], comed lo que os presenten (y) curad [θεραπεύειν] a los enfermos entre ellos. Pues lo que entra en vuestra boca no os manchará, mas lo que sale de vuestra boca, eso sí que os manchará» (35₁₄₋₂₇).

15. Dijo Jesús: «Cuando veáis al que no nació de mujer, postraos sobre vuestro rostro y adoradle: Él es vuestro padre» (35₂₇₋₃₁).

16. Dijo Jesús: «Quizá piensan los hombres que he venido a traer paz [εἰρήνη] al mundo [κόσμος], y no saben que he venido a traer disensiones sobre la tierra: fuego, espada, guerra [πόλεμος]. Pues cinco habrá en casa: tres estarán contra dos y dos contra tres, el padre contra el hijo y el hijo contra el padre. Y todos ellos se encontrarán en soledad [μονοχός]» (35₃₁₋₃₆₅).

17. Dijo Jesús: «Yo os daré lo que ningún ojo ha visto y ningún oído ha escuchado y ninguna mano ha tocado y en ningún corazón humano ha penetrado» (36₅₋₉).

18. Dijeron los discípulos [μαθητής] a Jesús: «Dinos cómo va a ser nuestro fin». Respondió Jesús: «Es que habéis descubierto ya el principio [ἀρχή] para que preguntéis por el fin? Sabed que donde está el principio, allí estará también el fin. Dichoso [μακάριος] aquel que se encuentra en el principio: él conocerá el fin y no gustará la muerte» (36₉₋₁₇).

19. Dijo Jesús: «Dichoso [μακάριος] aquel que ya existía antes de llegar a ser. Si os hacéis mis discípulos [μαθητής] (y) escucháis mis palabras, estas piedras se pondrán a vuestro servicio [διακονεῖν]. Cinco árboles tenéis en el paraíso [παράδεισος] que ni en verano ni en invierno se mueven y cuyo follaje no cae: quien los conoce no gustará la muerte» (36₁₇₋₂₅).

20. Dijeron los discípulos [μαθητής] a Jesús: «Dinos a qué se parece el reino de los cielos». Les dijo: «Se parece a un grano de mostaza, que es (ciertamente) la más exigua de todas las semillas, pero cuando cae en tierra de labor hace brotar un tallo (y) se convierte en cobijo [σκέπη] para los pájaros del cielo» (36₂₆₋₃₃).

21. Dijo Mariham a Jesús: «A qué se parecen tus discípulos [μαθητής]?» Él respondió: «Se parecen a unos muchachos que se han acomodado en una parcela ajena. Cuando se presenten los dueños del terreno les dirán: *Devolvednos nuestra finca*. Ellos se sienten desnudos en su presencia al tener que dejarla y devolvérsela». Por eso os digo: «Si el dueño de la casa se entera de que va a venir el ladrón, se pondrá a vigilar antes de que llegue y no permitirá que éste penetre en la casa de su propiedad y se lleve su ajuar [σκεῦος]. Así pues, vosotros estad también alerta ante el mundo [κόσμος], ceñid vuestros lomos con fortaleza [δύναμις] para que los ladrones [λῃστής] encuentren cerrado el paso hasta vosotros; pues (si no), darán con la recompensa [χρεία] que vosotros esperáis. ¡Ojalá surja de entre vosotros un hombre sabio [ἐπιστήμων] que —cuando la cosecha hubiere madurado— venga rápidamente con la hoz en la mano y la siegue! El que tenga oídos para oír, que oiga» (36₃₃₋₃₇₁₉).

22. Jesús vio unas criaturas que estaban siendo amamantadas y dijo a sus discípulos [μαθητής]: «Estas criaturas a las que están dando el pecho se parecen a quienes entran en el Reino». Ellos le dijeron: «Podremos nosotros —haciéndonos pequeños— entrar en el Reino?» Jesús les dijo: «Cuando seáis capaces de hacer de dos cosas una, y de configurar lo interior con lo exterior, y lo exterior con lo interior, y lo de arriba con lo de abajo, y de reducir a la unidad lo masculino y lo femenino, de manera que el macho deje de ser macho y la hembra hembra; cuando hagáis ojos de un solo ojo y una mano en lugar de una mano y un pie en lugar de un pie y una imagen [εἴκων] en lugar de una imagen, entonces podréis entrar [en el Reino]» (37₂₀₋₃₅).

23. Dijo Jesús: «Yo os escogeré uno entre mil y dos entre diez mil; y resultará que ellos quedarán como uno solo» (38₁₋₃).

24. Dijeron sus discípulos [μαθητής]: «Instrúenos acerca del lugar [tópος] donde moras, pues sentimos la necesidad [ἀνάγκη] de indagarlo». Les dijo: «El que tenga oídos, que escuche: en el interior de un hombre de luz hay siempre luz y él ilumina todo el universo [κόσμος]; sin su luz reinan las tinieblas» (38₃₋₁₀).

25. Dijo Jesús: «Ama a tu hermano como a tu alma [ψυχή]; cuídalo [τηρεῖν] como la pupila de tu ojo» (38₁₀₋₁₂).

26. Dijo Jesús: «La paja en el ojo de tu hermano, sí que la ves; pero la viga en el tuyo propio, no la ves. Cuando hayas sacado la viga de tu ojo, entonces verás de quitar la paja del ojo de tu hermano» (38₁₂₋₁₇).

27. (Dijo Jesús): «Si no os absteneís [νηστεύειν] del mundo [κόσμος], no encontraréis el Reino; si no hacéis del sábado sámodo [σάββατον], no veréis al Padre» (38₁₇₋₂₀).

28. Dijo Jesús: «Yo estuve en medio del mundo [κόσμος] y me manifesté a ellos en carne [σάρξ]. Los hallé a todos ebrios (y) no encontré entre ellos uno siquiera con sed.. Y mi alma [ψυχή] sintió dolor por los hijos de los hombres, porque son ciegos en su corazón y no se percatan de que han venido vacíos al mundo y vacíos intentan otra vez salir de él. Ahora bien: por el momento están ebrios, pero cuando hayan expulsado su vino, entonces se arrepentirán [μετανοεῖν]» (38₂₀₋₃₁).

29. Dijo Jesús: «El que la carne [σάρξ] haya llegado a ser gracias al espíritu [πνεῦμα], es un prodigo; pero el que el espíritu (haya llegado a ser) gracias al cuerpo [σῶμα], es prodigo [de prodigios]. Y yo me maravillo cómo esta gran riqueza ha venido a alojarse en esta pobreza» (38₃₁₋₃₉).

30. Dijo Jesús: «Dondequiera que hubiese tres dioses, dioses son; dondequiera que haya dos o uno, con él estoy yo» (39₂₋₅).

31. Dijo Jesús: «Ningún profeta [προφήτης] es aceptado en su aldea; ningún médico cura [θεραπεύειν] a aquellos que le conocen» (39₅₋₇).

32. Dijo Jesús: «Una ciudad [πόλις] que está construida (y) fortificada sobre una alta montaña no puede caer ni pasar inadvertida» (39₇₋₁₀).

33. Dijo Jesús: «Lo que escuchas con uno y otro oído, pregónalo desde la cima de vuestros tejados; pues nadie enciende una lámpara y la coloca bajo el celemín o en otro lugar escondido, sino que la pone sobre el candelero [λυχνία] para que todos los que entran y salen vean su resplandor» (39₁₀₋₁₈).

34. Dijo Jesús: «Si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el hoyo» (39₁₈₋₂₀).

35. Dijo Jesús: «No es posible que uno entre en la casa del fuerte y se apodere de ella (o de él) de no ser que logre atarle las manos a éste: entonces sí que saqueará su casa» (39₂₀₋₂₄).

36. Dijo Jesús: «No estéis preocupados desde la mañana hasta la noche y desde la noche hasta la mañana (pensando) qué vais a poneros» (39₂₄₋₂₇).

37. Sus discípulos [μαθητής] dijeron: «¿Cuándo te nos vas a manifestar y cuándo te vamos a ver?» Dijo Jesús: «Cuando perdáis (el sentido de) la vergüenza y —cogiendo vuestros vestidos— los pongáis bajo los talones como niños pequeños y los pisoteéis, entonces [veréis] al Hijo del Viviente y no tendréis miedo» (39₂₇₋₄₀).

38. Dijo Jesús: «Muchas veces deseasteis [έπιθυμεῖν] escuchar estas palabras que os estoy diciendo sin tener a vuestra disposición alguien a quien oírse las. Días llegarán en que me buscaréis (y) no me encontraréis» (40₂₋₇).

39. Dijo Jesús: «Los fariseos [φαρισαῖος] y los escribas [γραμματεῦς] recibieron las llaves del conocimiento [γνῶσις] y las han escondido: ni ellos entraron, ni dejaron entrar a los que querían. Pero vosotros sed cautos [φρόνιμος] como las serpientes y sencillos [άκεραιος] como las palomas» (40₇₋₁₃).

40. Dijo Jesús: «Una cepa ha sido plantada al margen del Padre y —como no está firmemente arrraigada— será arrancada de cuajo y se malogrará» (40₁₃₋₁₆).

41. Jesús dijo: «A quien tiene en su mano se le dará; y a quien nada tiene —aun aquello poco que tiene— se le quitará» (40₁₆₋₁₈).

42. Dijo Jesús: «Haceos pasajeros [παράγειν]» (40₁₉).

43. Le dijeron sus discípulos [μαθητής]: «¿Quién eres tú para decirnos estas cosas?» [Jesús respondió]: «Basándoos en lo que os estoy diciendo, no sois capaces de entender quién soy yo; os habéis vuelto como los judíos [Ιουδαῖος], ya que éstos aman el árbol y odian su fruto [καρπός], aman el fruto y odian el árbol» (40₂₀₋₂₆).

44. Dijo Jesús: «A quien insulte al Padre, se le perdonará; y a quien insulte al Hijo, (también) se le perdonará. Pero quien insulte al Espíritu Santo [πνεῦμα] no encontrará perdón ni en la tierra ni en el cielo» (40₂₆₋₃₁).

45. Dijo Jesús: «No se cosechan uvas de los zarzales ni se cogen higos de los espinos, (pues) éstos no dan fruto alguno. [Un] hombre bueno [(άγα)θός] saca cosas buenas [άγαθόν] de su tesoro; un hombre malo [κα(κός)] saca cosas malas del mal tesoro que tiene en su corazón y habla maldades, pues de la abundancia del corazón saca él la maldad» (40₃₁₋₄₁).

46. Dijo Jesús: «Desde Adán hasta Juan el Bautista [Βαπτιστής], no hay entre los nacidos de mujer nadie que esté más alto que Juan

el Bautista, de manera que sus ojos no se quiebren. Pero yo he dicho: *Cualquiera de entre vosotros que se haga pequeño, vendrá en conocimiento del Reino y llegará a ser encumbrado por encima de Juan*» (41₆₋₁₂).

47. Dijo Jesús: «No es posible que un hombre monte dos caballos y tense dos arcos; no es posible que un esclavo sirva a dos señores, sino que más bien honrará [τιμᾶν] a uno y despreciará [ὑβρίζειν] al otro. A ningún hombre le apetece [ἐπιθυμεῖν] —después de haber bebido vino añejo— tomar vino nuevo; no se echa vino nuevo en odres [άσκος] viejos, no sea que éstos se rompan, y no se echa vino añejo en odre nuevo para que éste no le eche a perder. No se pone un remedio viejo en un vestido nuevo, pues se produciría un rasgón» (41₁₂₋₂₃).

48. Dijo Jesús: «Si dos personas hacen la paz [εἰρήνη] entre sí en esta misma casa, dirán a la montaña: ¡Desaparece de aquí! Y ésta desaparecerá» (41₂₄₋₂₇).

49. Dijo Jesús: «Bienaventurados [μακάριος] los solitarios [μοναχός] y los elegidos: vosotros encontrareis el Reino, ya que de él procedéis (y) a él tornaréis» (41₂₇₋₃₀).

50. Dijo Jesús: «Si os preguntan: ¿De dónde habéis venido?, decidles: *Nosotros procedemos de la luz, del lugar donde la luz tuvo su origen por sí misma; (allí) estaba afincada y se manifestó en su imagen [εἰκόνι]*. Si os preguntan: ¿Quién sois vosotros?, decid: *Somos sus hijos y somos los elegidos del Padre Viviente*. Si se os pregunta: ¿Cuál es la señal de vuestro Padre que lleváis en vosotros mismos?, decidles: *Es el movimiento y a la vez el reposo [ἀνάπαυσις]*» (41₃₀₋₄₂).

51. Le dijeron sus discípulos [μαθητής]: «¿Cuándo sobrevendrá el reposo [ἀνάπαυσις] de los difuntos y cuándo llegará el mundo [κόσμος] nuevo?» Él les dijo: «Ya ha llegado (el reposo) que esperáis, pero vosotros no caéis en la cuenta» (42₇₋₁₂).

52. Sus discípulos [μαθητής] le dijeron: «24 profetas [προφῆτης] alzaron su voz en Israel y todos hablaron de ti». Él les dijo: «Habéis dejado a un lado al Viviente (que está) ante vosotros ¡y habláis de los muertos!» (42₁₂₋₁₈).

53. Sus discípulos [μαθητής] le dijeron: «¿Es de alguna utilidad [ώφελεῖν] la circuncisión o no?» Y él les dijo: «Si para algo valiera, ya les engendraría su padre circuncisos en el seno de sus madres; sin embargo, la verdadera circuncisión en espíritu [πνεῦμα] ha sido de gran utilidad» (42₁₈₋₂₃).

54. Dijo Jesús: «Bienaventurados [μακάριος] los pobres, pues vuestro es el reino de los cielos» (42₂₃₋₂₄).

55. Dijo Jesús: «Quien no odie a su padre y a su madre, no podrá ser discípulo [μαθητής] mío. Y (quien no) odie a sus hermanos y hermanas (y no cargue) con su cruz [σταυρός] como yo, no será digno [ἄξιος] de mí» (42₂₅₋₂₉).

56. Dijo Jesús: «Quien haya comprendido (lo que es) el mundo [κόσμος], ha dado con un cadáver [πτῶμα]. Y quien haya encontrado un cadáver, de él no es digno el mundo» (42₂₉₋₃₂).

57. Dijo Jesús: «El Reino del Padre se parece a un hombre que tenía una [buena] semilla. Vino de noche su enemigo y sembró cizaña [ζιζάνιον] entre la buena semilla. Este hombre no consintió que ellos (los jornaleros) arrancasen la cizaña, sino que les dijo: *No sea que [μήπως] vayáis a escardar la cizaña y con ella arranquéis el trigo; ya aparecerán las matas de cizaña el día de la siega, (entonces) se las arrancará y se las quemará*» (42₃₂₋₄₃).

58. Dijo Jesús: «Bienaventurado [μακάριος] el hombre que ha sufrido: ha encontrado la vida» (43₇₋₉).

59. Dijo Jesús: «Fijad vuestra mirada en el Viviente mientras estás vivos, no sea que luego muráis e intentéis contemplarlo y no podáis» (43₉₋₁₂).

60. (Vieron) a un samaritano [Σαμαρείτης] que llevaba un cordero camino de Judea [Ἰουδαία] y dijo a sus discípulos [μαθητής]: «(¿Qué hace) éste con el cordero?» Ellos le dijeron: «(Irá) a sacrificarlo para comérselo». Y les dijo: «Mientras esté vivo no se lo comerá, sino sólo después de haberlo degollado, cuando (el cordero) se haya convertido en un cadáver [πτῶμα]». Ellos dijeron: «No podrá obrar de otro modo». Él dijo: «Vosotros aseguraos un lugar [tópicos] de reposo [ἀνάπαυσις] para que no os convirtáis en cadáveres y seáis devorados» (43₁₂₋₂₃).

61. Dijo Jesús: «Dos reposarán en un mismo lecho: el uno morirá, el otro vivirá». Dijo Salomé: «¿Quién eres tú, hombre, y de quién? Te has subido a mi lecho y has comido de mi mesa [τράπεζα]». Le dijo Jesús: «Yo soy el que procede de quien (me) es idéntico; he sido hecho partícipe de los atributos de mi Padre». (Salomé dijo): «Yo soy tu discípula [μαθητής]». (Jesús le dijo): «Por eso es por lo que digo que si uno ha llegado a ser idéntico, se llenará de luz; mas en cuanto se desintegre, se inundará de tinieblas» (43₂₃₋₃₄).

62. Dijo Jesús: «Yo comunico mis secretos [μυστήριον] a los que [son dignos] de ellos. Lo que hace tu derecha, no debe averiguar tu izquierda lo que haga» (43₃₄₋₄₄₂).

63. Dijo Jesús: «Había un hombre rico [πλούσιος] que poseía una gran fortuna [χρῆμα], y dijo: *Voy a emplear [χρῆσθαι] mis riquezas [χρήματα] en sembrar, cosechar, plantar y llenar mis graneros de frutos [καρπός]* de manera que no me falte de nada. Esto es lo que él pensaba en su corazón; y aquella noche se murió. El que tenga oídos, que oiga» (44₂₋₁₀).

64. Dijo Jesús: «Un hombre tenía invitados. Y, cuando hubo preparado la cena [δεῖπνον], envió a su criado a avisar a los huéspedes. Fue (éste) al primero y le dijo: *Mi amo te invita.* Él respondió: *Tengo (asuntos de) dinero con unos mercaderes [έμπορος]; éstos vendrán a mí por la tarde y yo habré de ir y darles instrucciones; pido excusas por la cena.* Fuese a otro y le dijo: *Estás invitado por mi amo.* Él le dijo: *He comprado una casa y me requieren [αἰτεῖν] por un día [ἡμέρα]; no tengo tiempo.* Y fue a otro y le dijo: *Mi amo te invita.* Y él le dijo: *Un amigo mío se va a casar y tendré que organizar el festín. No voy a poder ir; me excuso [παραιτεῖσθαι] por lo de la cena.* Fuese a otro y le dijo: *Mi amo te invita.* Éste replicó: *Acabo de comprar una hacienda [κώμη] (y) me voy a cobrar la renta; no podré ir, presento mis excusas.* Fuese el criado (y) dijo a su amo: *Los que invitaste a la cena se han excusado.* Dijo el amo a su criado: *Sal a la calle (y) tráeteme a todos los que encuentres para que participen en mi festín [δειπνεῖν]; los mercaderes y hombres de negocios [no entrarán] en los lugares [tópicos] de mi Padre»* (44₁₀₋₃₅).

65. Él dijo: «Un hombre de bien [χρηστός] poseía un majuelo y se lo arrendó a unos viñadores para que lo trabajaran y así poder percibir de ellos el fruto [καρπός]. Envío, pues, a un criado para que éstos le entregaran la cosecha del majuelo. Ellos prendieron al criado y le golpearon hasta casi matarlo. Este fue y se lo contó a su amo, quien dijo: *Tal vez no les reconocí;* y envió otro criado. También éste fue maltratado por los viñadores. Entonces envió a su propio hijo, diciendo: *A ver si respetan por lo menos a mi hijo!* Los viñadores —a quienes no se les ocultaba que éste era el heredero [κληρονόμος] del majuelo— le prendieron (y) le mataron. El que tenga oídos, que oiga» (45₁₋₁₆).

66. Dijo Jesús: «Mostradme la piedra que los albañiles han rechazado: ésta es la piedra angular» (45₁₆₋₁₉).

67. Dijo Jesús: «Quien sea conocedor de todo, pero falle en (lo tocante a) sí mismo, falla en todo» (45₁₉₋₂₀).

68. Dijo Jesús: «Dichosos [μακάριος] vosotros cuando se os odie y se os persiga [διώκειν], mientras que ellos no encontrarán un lugar [tópico] allí donde se os ha perseguido a vosotros» (45₂₁₋₂₄).

69. Dijo Jesús: «Dichosos [μακάριος] los que han sufrido persecución [διώκειν] en su corazón: éstos son los que han reconocido al Padre de verdad». (Dijo Jesús): «Dichosos los hambrientos, pues el estómago de aquellos que hambrean se saciará» (45₂₄₋₂₉).

70. Dijo Jesús: «Cuando realicéis esto en vosotros mismos, aquello que tenéis os salvará; pero si no lo tenéis dentro, aquello que no tenéis en vosotros mismos os matará» (45₂₉₋₃₃).

71. Dijo Jesús: «Voy a des[truir esta] casa y nadie podrá [re]edificarla» (45₃₄₋₃₅).

72. [Un hombre] le [dijo]: «Di a mis hermanos que repartan conmigo los bienes de mi padre». Él replicó: «¡Hombre! ¿Quién ha hecho de mí un repartidor?» Y se dirigió a sus discípulos [μαθητής], diciéndoles: «¿Es que soy por ventura un repartidor?» (46₁₋₆).

73. Dijo Jesús: «La cosecha es en verdad abundante, pero los obreros [ἔργατης] son pocos. Rogad, pues, al Señor que envíe obreros para la recolección» (46₉₋₉).

74. Él dijo: «Señor, hay muchos alrededor del aljibe, pero no hay nadie dentro del aljibe» (46₉₋₁₁).

75. Dijo Jesús: «Muchos están ante la puerta, pero son los solitarios [μοναχός] los que entrarán en la cámara nupcial» (46₁₁₋₁₃).

76. Dijo Jesús: «El reino del Padre se parece a un comerciante poseedor de mercancías [φορτίον], que encontró una perla [μαργαρίτης]. Ese comerciante era sabio: vendió sus mercancías y compró aquella perla única. Buscad vosotros también el tesoro imperecedero allí donde no entran ni polillas para devorar(lo) ni gusano para destruir(lo)» (46₁₃₋₂₂).

77. Dijo Jesús: «Yo soy la luz que está sobre todos ellos. Yo soy el universo: el universo ha surgido de mí y ha llegado hasta mí. Partid un leño y allí estoy yo; levantad una piedra y allí me encontraréis» (46₂₂₋₂₈).

78. Dijo Jesús: «¿A qué salisteis al campo? ¿Fuisteis a ver una caña sacudida por el viento? ¿Fuisteis a ver a un hombre vestido de ropas finas? [Mirad a vuestros] reyes y a vuestros magnates [μεγατάνος]: ellos son los que llevan [ropas] finas, pero no podrán reconocer la verdad» (46₂₈₋₄₇₃).

79. Le dijo una mujer de entre la turba: «Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Él [le] respondió: «Bienaventurados aquellos que han escuchado la palabra [λόγος] del Padre (y) la han guardado de verdad, pues días vendrán en que diréis: *Dichoso el vientre que no concibió y los pechos que no amamantaron*» (47₃₋₁₂).

80. Dijo Jesús: «El que haya reconocido al mundo [κόσμος], ha encontrado el cuerpo [σῶμα]. Pero de quien haya encontrado el cuerpo, de éste no es digno el mundo» (47₁₂₋₁₅).

81. Dijo Jesús: «Quien haya llegado a ser rico, que se haga rey; y quien detente el poder [δύναμις], que renuncie [ἀρνεῖσθαι]» (47₁₅₋₁₇).

82. Dijo Jesús: «Quien esté cerca de mí, está cerca del fuego; quien esté lejos de mí, está lejos del Reino» (47₁₇₋₁₉).

83. Dijo Jesús: «Las imágenes [εἰκόνες] se manifiestan al hombre, y la luz que hay en ellas permanece latente en la imagen de la luz del Padre. Él se manifestará, quedando eclipsada su imagen por su luz» (47₁₉₋₂₄).

84. Dijo Jesús: «Cuando contempláis lo que se os parece, os alegráis; pero cuando veáis vuestras propias imágenes [εἰκόνες] hechas antes que vosotros —imperecederas y a la vez invisibles—, ¿cuánto podréis aguantar?» (47₂₄₋₂₉).

85. Dijo Jesús: «El que Adán llegara a existir se debió a una gran fuerza [δύναμις] y a una gran riqueza; (sin embargo), no llegó a ser digno de vosotros, pues en el supuesto de que hubiera conseguido ser digno [δέξιος], [no hubiera gustado] la muerte» (47₂₉₋₃₄).

86. Dijo Jesús: «[Las zorras tienen su guarida] y los pájaros [sus] nidos, pero el Hijo del hombre no tiene lugar donde reclinar su cabeza (y) descansar» (47₃₄₋₄₈).

87. Dijo Jesús: «Miserable [ταλαίπωρος] es el cuerpo [σῶμα] que depende de un cuerpo, y miserable es el alma [ψυχή] que depende de ambos» (48₄₋₇).

88. Dijo Jesús: «Los ángeles [ἄγγελος] y los profetas [προφῆτης] vendrán a vuestro encuentro y os darán lo que os corresponde; vosotros dadles asimismo lo que está en vuestra mano, dádselo (y) decíos: ¿Cuándo vendrán ellos a recoger lo que les pertenece?» (48₇₋₁₂).

89. Dijo Jesús: «¿Por qué laváis lo exterior del vaso [ποτήριον]? ¿Es que no comprendéis [νοεῖτε] que aquel que hizo el interior no es otro que quien hizo el exterior?» (48₁₃₋₁₆).

90. Dijo Jesús: «Venid a mí, pues mi yugo es adecuado [χρηστός] y mi dominio suave, y encontraréis reposo [άναπαυσίς] para vosotros mismos» (48₁₆₋₂₀).

91. Ellos le dijeron: «Dinos quién eres tú, para que creamos [πιστεύειν] en ti». Él les dijo: «Vosotros observáis [πειράζειν] el aspecto del cielo y de la tierra, y no habéis sido capaces de reconocer a aquel que está ante vosotros ni de intuir el momento [καιρός] presente» (48₂₀₋₂₅).

92. Dijo Jesús: «Buscad y encontrareis; mas aquello por lo que me preguntabais antaño —sin que yo entonces os diera respuesta alguna— quisiera manifestároslo ahora, y vosotros no me hacéis preguntas en este sentido» (48₂₅₋₃₀).

93. [Dijo Jesús]: «No echéis las cosas santas a los perros, no sea que vengan a parar en el muladar [κοπτία]; no arrojéis las perlas [μαργαρίτης] a los puercos, para que ellos no las [...]» (48₃₀₋₃₂).

94. [Dijo] Jesús: «El que busca encontrará, [y al que llama] se le abrirá» (48₃₃₋₃₄).

95. [Dijo Jesús]: «Si tenéis algún dinero, no lo prestéis con interés, sino dádselo a aquel que no va a devolvéroslo» (48₃₅₋₄₉₂).

96. [Dijo] Jesús: «El reino del Padre se parece a [una] mujer que tomó un poco de levadura, la [introdujo] en la masa (y) la convirtió en grandes hogazas de pan. Quien tenga oídos, que oiga» (49₂₋₆).

97. Dijo Jesús: «El reino del [Padre] se parece a una mujer que transporta(ba) un recipiente lleno de harina. Mientras iba [por un] largo camino, se rompió el asa (y) la harina se fue desparramando a sus espaldas por el camino. Ella no se dio cuenta (ni) se percató del accidente. Al llegar a casa puso el recipiente en el suelo (y) lo encontró vacío» (49₇₋₁₅).

98. Dijo Jesús: «El reino del Padre se parece a un hombre que tiene la intención de matar a un gigante [μεγιστάνος]: desenvainó (primero) la espada en su casa (y) la hundió en la pared para comprobar la fuerza de su mano. Entonces dio muerte al gigante» (49₁₅₋₂₀).

99. Los discípulos [μαθητής] le dijeron: «Tus hermanos y tu madre están afuera». Él les dijo: «Los aquí (presentes) que hacen la voluntad de mi Padre, éstos son mis hermanos y mi madre; ellos son los que entrarán en el reino de mi Padre» (49₂₁₋₂₆).

100. Le mostraron a Jesús una moneda de oro, diciéndole: «Los agentes de César [Καῖσαρ] nos piden los impuestos». Él les dijo: «Dad a César lo que es de César, dad a Dios lo que es de Dios y dadme a mí lo que me pertenece» (49₂₇₋₃₁).

101. (Dijo Jesús): «El que no aborreció a su padre y a su madre como yo, no podrá ser [discípulo] mío; y quien [no] amó [a su padre] y a su madre como yo, no podrá ser [discípulo] mío; pues mi madre, la que [...], pero [mi madre] de verdad me ha dado la vida» (49₃₂₋₅₀₁).

102. Dijo Jesús: «Ay de ellos, los fariseos [φαρισαῖος], pues se parecen a un perro echado en un pesebre de bueyes!: ni come, ni deja comer a los bueyes» (50₂₋₅).

103. Dijo Jesús: «Dichoso [μ(ακά)ριος] el hombre que sabe [por qué] flanco [μέρος] van a entrar los ladrones [ληστής], de manera que (le dé tiempo a) levantarse, recoger sus [...] y ceñirse los lomos antes de que entren» (50₅₋₁₀).

104. [Le] dijeron: «Ven, vamos hoy a hacer oración y a ayunar [νηστεύειν].» Respondió Jesús: «¿Qué clase de pecado he cometido yo, o en qué he sido derrotado? Cuando el novio [νυμφός] haya abandonado la cámara nupcial [νυμφών], ¡que ayunen y oren entonces!» (50₁₀₋₁₆).

105. Dijo Jesús: «Quien conociere al padre y a la madre, será llamado hijo de prostituta [πόρνη]» (50₁₆₋₁₈).

106. Dijo Jesús: «Cuando seáis capaces de hacer de dos cosas una sola, seréis hijos del hombre; y si decís: ¡Montaña, trasládate de aquí!, se trasladará» (50₁₈₋₂₂).

107. Dijo Jesús: «El Reino se parece a un pastor que poseía cien ovejas. Una de ellas —la más grande— se extravió. Entonces dejó abandonadas (las) noventa y nueve (y) se dio a la búsqueda de ésta hasta que la encontró. Luego —tras la fatiga— dijo a la oveja: Te quiero más que a (las) noventa y nueve» (50₂₂₋₂₇).

108. Dijo Jesús: «Quien bebe de mi boca, vendrá a ser como yo; y yo mismo me convertiré en él, y lo que está oculto le será revelado» (50₂₈₋₃₀).

109. Dijo Jesús: «El Reino se parece a un hombre que tiene [escondido] un tesoro en su campo sin saberlo. Al morir dejó el terreno en herencia a su [hijo, que tampoco] sabía nada de ello: éste tomó el campo y lo vendió. Vino, pues, el comprador y —al arar— [dio] con el tesoro; y empezó [δρχεσθαι] a prestar dinero con interés a quienes le plugo» (50₃₁₋₅₁).

110. Dijo Jesús: «Quien haya encontrado el mundo [κόσμος] y se haya hecho rico, ¡que renuncie [ἀρνεῖσθαι] al mundo!» (51₄₋₅).

111. Dijo Jesús: «Arrollados serán los cielos y la tierra en vuestra presencia, mientras que quien vive del Viviente no conocerá muerte ni [...]; pues Jesús dice: *Quien se encuentra a sí mismo, de él no es digno el mundo* [κόσμος]» (51₆₋₁₀).

112. Dijo Jesús: «Ay de la carne [σάρξ] que depende del alma [ψυχή]! ¡Ay del alma que depende de la carne!» (51₁₀₋₁₂).

113. Le dijeron sus discípulos [μαθητής]: «¿Cuándo va a llegar el Reino?» (Dijo Jesús): «No vendrá con expectación. No dirán: ¡Helo aquí! o ¡Helo allá!, sino que el reino del Padre está extendido sobre la tierra y los hombres no lo ven» (51₁₂₋₁₈).

114. Simón Pedro les dijo: «¡Que se aleje Mariham de nosotros!, pues las mujeres no son dignas de la vida». Dijo Jesús: «Mira, yo me encargaré de hacerla macho, de manera que también ella se convierta en un espíritu [πνεῦμα] viviente, idéntico a vosotros los hombres: pues toda mujer que se haga varón, entrará en el reino del cielo» (51₁₈₋₂₆).

EL EVANGELIO [ΕΥΑΓΓΕΛΙΟΝ] SEGÚN [ΚΑΤΑ] TOMÁS

2. EVANGELIO DE FELIPE

Inmediatamente después del evangelio de Tomás se encuentra en el códice II de Nag Hammadi un amplio escrito sin título, que ocupa los folios 51-86 y concluye de la siguiente manera: *Evangelio de Felipe*. Fuera de este colofón —que parece ser una añadidura posterior— y del párrafo 91, en que se cita simplemente al «apóstol Felipe» en relación con un *logion* o sentencia, no hay en el transcurso de este escrito un solo lugar que acredite de manera inequívoca a Felipe como su autor.

Tan problemática como la cuestión de la autoría es la del carácter de la obra, que el citado colofón califica como «evangelio». A diferencia del evangelio de Tomás, que ya en su prólogo se presenta como una colección de «palabras de Jesús» (cuyo contenido es en buena parte análogo a los *logia* que se encuentran en los evangelios canónicos), el presente escrito no pretende de manera sistemática fundamentar sus teorías con palabra alguna de Jesús, por lo que el calificativo de «evangelio» es aún menos coherente que en el caso anterior.

¿Qué es, pues, el *Evangelio de Felipe*? Sencilla y llanamente, un escrito esotérico para iniciados en la Gnosis. Frente a la ambigüedad característica del *Evangelio de Tomás*, que permite leerlo también «en clave gnóstica», el *Evangelio de Felipe* sólo tiene sentido teniendo en cuenta su trasfondo de categorías gnósticas, concretamente *valentianas*.

Esto no quiere decir que nuestro apócrifo sea un tratado sistemático y menos aún una colección de *logia*, a pesar de la apariencia que le da en las versiones modernas la subdivisión en 127 párrafos o sentencias. Estos incisos no son sino una especie de concatenación de pensamientos y consideraciones esotéricas que el autor va desgranando al desgaire, sin otra trabazón entre sí que la que ofrece una momentánea asociación de ideas, una metáfora más o menos inteligible o una contraposición entre conceptos o cosas que el autor considera antitéticos.

Esta falta de sistematización, unida a una redacción descuidada —con interrupciones bruscas del discurso e incongruencias aparen-

tes de pensamiento—, y el estado lagunoso del papiro constituyen una dificultad añadida para dar con el hilo conductor en que el autor ha ido hilvanando sus consideraciones, siendo todo esto a la vez terreno abonado para toda clase de especulaciones sobre el sustrato ideológico del *Evangelio de Felipe*.

Una de las tendencias que más nítidamente afloran a la superficie —dentro del mundo de la Gnosis— es la corriente valentiniana en sus diversas vertientes. Ideal último del gnóstico según nuestro escrito es la conjunción de la «imagen» (= semilla espiritual o alma del «pneumático», como elemento femenino) con su «ángel» (= elemento masculino). Esta unión se corresponde con los «conyugios» entre Cristo y el Espíritu Santo o entre el Salvador y la Sofía inferior —en el plano trascendente— o incluso con el de Jesús y María Magdalena en la esfera terrenal. La unión de las simientes pneumáticas con su ángel se consuma en este mundo mediante el sacramento de la «cámara nupcial», como símbolo de la reinserción definitiva de los elegidos en el Pleroma.

A esta proyección soteriológica hay que añadir la *cristológica* (con la diversidad de «Cristos» e interpretación consecuente del nacimiento virginal) y la *antropológica* (necesidad ineludible de la Gnosis y contraposición entre los que poseen este don [«pneumáticos»] y los que están privados de él [«psíquicos» e «hílicos»]), y así tendremos el trasfondo que da cohesión a una obra que a primera vista desconcierta por la disparidad de sus elementos integrantes.

Una de las características que más llama la atención en este apócrifo es la importancia que se da a los *sacramentos* en la vida del gnóstico, extremo del que hasta ahora apenas teníamos noticias fidedignas. Llegan a enumerarse cinco sacramentos distintos: bautismo, unción, eucaristía, redención y matrimonio o «cámara nupcial» (sent. 68). Queda clara la supremacía de este último sobre todos los demás, en el sentido que arriba explicábamos, y la *redención* parece ser el único sacramento típicamente valentiniano. Por lo demás, parecen haber adoptado los gnósticos del *Evangelio de Felipe* la praxis sacramental de la Iglesia del siglo II, contentándose con aportar correcciones, añadiduras e interpretaciones coherentes con su sistema.

Dentro de su esquema mental, no tiene reparo el autor de nuestro apócrifo en echar mano de los recursos que le ofrece su entorno, como acabamos de ver a propósito de los sacramentos. Es, sobre todo, el Nuevo Testamento su fuente principal de inspiración, particularmente los evangelios de Mateo y de Juan, así como las epístolas

de éste y las paulinas, sin que siempre sea posible distinguir con claridad entre citas bíblicas y simples alusiones o paráfrasis. De vez en cuando afloran *logia* extracanónicos (por ejemplo, sent. 18, 26, 57, 69, 91, 97), pero su importancia es escasa.

También se sirve, como es lógico, de fuentes apócrifas, y no sólo de las más próximas a su ideología —como pueden ser el *Evangelio de la Verdad* o el *Apócrifo de Juan*—, sino incluso de otras menos relacionadas con la Gnosis, como son, por ejemplo, los evangelios de los *Hebreos* (sent. 34, 76), de *Pedro* (sent. 72, 76), de *María Magdalena* (sent. 32), *árabe de la Infancia* (sent. 43, 54), *Acta Pilati* (sent. 92), *Visio Pauli* (sent. 65) etc.

Los estudios paleográficos convienen en asignar al papiro en cuestión una antigüedad próxima al siglo IV, como vimos al presentar el *Evangelio de Tomás*. Teniendo en cuenta este extremo, así como el medio cultural que refleja el *Evangelio de Felipe* (por ejemplo, conocimiento y utilización del canon neotestamentario, estado simbiótico en las relaciones Gnosis-Ortodoxia, impacto filosófico-neoplatónico en la expresión literaria, etc.), no es descabellado suponer que el origen de nuestro apócrifo se remonta a finales del siglo II o principios del III.

Ofrecemos a continuación la versión castellana del original copto-sahídico, precedida de una breve bibliografía. Más amplia información bibliográfica, así como comentarios al texto, puede encontrar el lector en la edición bilingüe de esta obra (BAC 148).

Texto copto: P. LABIB, *Coptic Gnostic Papyri in the Coptic Museum at Old Cairo*, I (El Cairo 1956); W. C. TILL, *Das Evangelium nach Philippus* (Berlín 1963); [Edición facsímil], *The Facsimile Edition of the Nag Hammadi Codices. Codex II* (Leiden 1974) 58-86.

Bibliografía: H.-M. SCHENKE, «Das Evangelium nach Philippus»: *Theologische Literaturzeitung* 84 (1959) 1-26; 90 (1965) 321-332; ID., en *Schneemelcher*, I, 148-173; R. MCL. WILSON, *The Gospel of Philip* (Nueva York 1963); J. MÉNARD, *L'Évangile selon Philippe* (París 1967); A. ORBE, *Cristología gnóstica*, I-II (Madrid 1976); G. SFAMENI GASPARRO, «Il Vangelo secondo Filippo», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II, 25, 5 (Berlín-NY 1988) 4107-4166; Craveri, 507-546; Erbetta, I/1, 213-243; Stegmüller-Reinhardt, 130-132; Geerard, 9-10.

EVANGELIO DE FELIPE

1. Un hebreo [έβραῖος] hace un hebreo y se [le] denomina de esta manera: «prosélito» [προσήλυτος]. Pero un prosélito no hace otro prosélito; [algunos] son como [...] y crean otros; [otros sin embargo] se contentan con llegar a existir (51₂₉-52₂).

2. El [esclavo] sólo aspira a ser libre [ἐλεύθερος] y no ambiciona los bienes [οὐσία] de su señor; pero el hijo no es sólo hijo, sino que reclama para sí la herencia [κληρονομία] del padre (52₂₋₆).

3. Los que heredan [κληρονομεῖν] de los muertos están muertos ellos mismos y son herederos de quienes están muertos. Los que heredan de quien está vivo viven ellos mismos y son herederos de quien está vivo y de quienes están muertos. Los muertos no heredan de nadie, pues ¿cómo va a heredar el que está muerto? Si el muerto hereda de quien está vivo, no morirá, sino que vivirá con tanto mayor motivo (52₆₋₁₅).

4. Un hombre pagano [έθνικός] no muere, pues realmente no ha vivido nunca, para que luego (pueda) morir. El que ha llegado a tener fe [πιστεύειν] en la verdad, ha encontrado la vida y corre peligro [κινδυνεύειν] de morir, pues se mantiene vivo (52₁₅₋₁₉).

5. A partir de la venida de Cristo, el mundo [κόσμος] es creado, las ciudades [πόλις] son embellecidas [κοσμεῖν] y se retira lo que ha fenecido (52₁₉₋₂₁).

6. Mientras éramos hebreos [έβραῖος], éramos huérfanos [ὄρφανος]: teníamos (sólo) nuestra madre. Pero al hacernos cristianos [χριστιανός] surgieron un padre y una madre para nosotros (52₂₁₋₂₄).

7. Los que siembran en invierno, cosechan en verano. El invierno es el mundo [κόσμος]; el verano es el otro eón [αιών]. ¡Sembremos en el mundo para que podamos cosechar en verano! Por ello es conveniente para nosotros no hacer oraciones en invierno. Al invierno le sucede el verano; pero si uno (se empeña en) cosechar en invierno, no hará cosecha, sino que erradicará (52₂₅₋₃₂).

8. De la misma manera que uno como éste, él [no] producirá fruto —y no sólo[...], sino que incluso en el otro sábado [σάββατον] permanece [...] estéril (52₃₂₋₃₅).

9. Cristo vino para rescatar a algunos, para salvar a otros y redimir a otros. Él rescató a los foráneos y los hizo suyos. Él segregó a los suyos, pignorándolos según su voluntad. No sólo al manifestarse se desprendió del alma [ψυχή] cuando le plugo, sino que desde el día

mismo en que el mundo tuvo su origen, la mantuvo depuesta. Cuando quiso vino a recuperarla, ya que ésta había sido (previamente) pignorada: había caído en manos de ladrones [λῃστῆς] y había sido hecha prisionera [αἰχμάλωτος]. Pero Él la liberó, rescatando a los buenos que había en el mundo y (también) a los malos (52_{35-53₁₄}).

10. La luz y las tinieblas, la vida y la muerte, los de la derecha y los de la izquierda son hermanos entre sí, siendo imposible separar a unos de otros. Por ello ni los buenos son buenos, ni los malos malos, ni la vida es vida, ni la muerte muerte. Así que cada uno vendrá a disolverse en su propio origen [ἀρχή] desde el principio; pero los que están por encima del mundo [κόσμος] son indisolubles y eternos (53₁₄₋₂₃).

11. Los nombres que se dan (a las cosas) del mundo [κοσμικός] son susceptibles de un gran engaño [πλάνη], pues distraen la atención de lo estable (y la dirigen) hacia lo inestable. Y así quien oye (la palabra) «Dios» entiende [νοεῖν] no lo estable, sino lo inestable. Lo mismo ocurre con el «Padre», el «Hijo», el «Espíritu [πνεῦμα] Santo», la «Vida», la «Luz», la «Resurrección» [ἀνάστασις], la «Iglesia» [ἐκκλησία] y tantos otros: no se entienden los (conceptos) estables, sino los inestables, de no ser que [(πλ.)ην] se conozca (de antemano) los primeros. Éstos están en el mundo [...]; si [estuvieran] en el eón [αιών], no se les nombraría [όνομά(ζειν)] nunca en el mundo [κόσμος] ni se les echaría entre las cosas terrenas [κοσμικόν]; ellos tienen su fin en el eón (53₂₃₋₅₄).

12. Sólo hay un nombre que no se pronuncia en el mundo [κόσμος]: el nombre que el Padre dio al Hijo. Es superior a todo. Se trata del nombre del Padre, pues el Hijo no llegaría a ser Padre si no se hubiera apropiado el nombre del Padre. Quienes están en posesión de este nombre lo entienden [νοεῖν], pero no hablan de él; mas los que no están en posesión de él, no lo entienden. La verdad ha creado (diversos) nombres en este mundo, porque sin ellos es de todo punto imposible aprehenderla. La verdad es (pues) única y múltiple por causa nuestra, para enseñarnos a través de muchos este único (nombre) por amor [ἀγάπη] (54₅₋₁₇).

13. Los Arcontes [ἄρχων] quisieron engañar [ἀπατᾶν] al hombre, viendo que éste tenía parentesco [συγγένεια] con los verdaderamente buenos: quitaron el nombre a los que son buenos y se lo dieron a los que no son buenos con el fin de engañarle a través de los nombres y vincularle a los que no son buenos. Luego —en el caso de que quieran hacerles un favor— harán que se separen de los que

no son buenos y los integran entre los que son buenos, que ellos (ya) conocían. Pues ellos pretendían raptar al que es libre [έλευθερος] y hacerlo su esclavo para siempre (54₁₈₋₃₁).

14. Hay Potencias [δύναμις] que [son] otorgadas al hombre [...], pues no quieren que éste [llegue a salvarse] para que ellas consigan ser [...]; pues si el hombre [se salva], se hacen sacrificios [θυσία] [...] y se ofrecen animales [θηρίον] a las Potencias. [Es a éstas] a quienes se hacen tales ofrendas, (que) en el momento de ser ofrecidas estaban vivas, pero al ser sacrificadas murieron. El hombre, por su parte, fue ofrecido a Dios estando muerto y vivió (54₃₁₋₅₅).

15. Antes de la venida de Cristo no había pan en el mundo [κόσμος]. Lo mismo que en el paraíso —lugar en que moraba Adán—, había aquí muchos árboles para alimento [τροφή] de los animales [θηρίον], pero no había trigo como alimento para el hombre. Éste se nutría como los animales, pero al venir Cristo —el hombre perfecto [τέλειος]— trajo pan del cielo para que el hombre se nutriera [τρέφεσθαι] con alimento de hombre (55₆₋₁₄).

16. Los Arcontes creían que por su fuerza y por su voluntad hacían lo que hacían; pero es el Espíritu [πνεῦμα] Santo el que operaba [ἐνεργεῖν] en todo ocultamente a través de ellos según su voluntad. Ellos siembran por todas partes la verdad, que existe desde el principio, y muchos la contemplan al ser sembrada; pero pocos de los que la contemplan la cosechan (55₁₄₋₂₂).

17. Algunos dicen que María ha concebido por obra del Espíritu [πνεῦμα] Santo: éstos se equivocan [πλανᾶσθαι], no saben lo que dicen. ¿Cuándo jamás ha concebido de mujer una mujer? María es la virgen [παρθένος] a quien ninguna Potencia [δύναμις] ha manchado. Ella es un gran anatema para los judíos [έβραϊος], que son los apóstoles [ἀπόστολος] y los apostólicos [ἀπόστολικός]. Esta virgen que ninguna Potencia ha violado, [...] mientras que] las Potencias se contaminaron. El Señor no [hubiera] dicho: «[Padre mío que estás en] los cielos», de no haber tenido [otro] padre; sino que habría dicho simplemente: «[Padre mío]» (55₂₃₋₃₅).

18. El Señor dijo a los discípulos [μαθ(ητής)] [...]: «Entrad en la casa del Padre, pero no toméis ni os llevéis nada de la casa del Padre» (55₃₆₋₅₆₃).

19. «Jesús» es un nombre secreto, «Cristo» es un nombre manifiesto. Por eso «Jesús» no existe en lengua alguna, sino que su nombre es «Jesús», como se le llama generalmente. «Cristo», sin embargo —por lo que toca a su nombre en siríaco [-ουπος]—, es «Mesías» y

en griego Χριστός. Y todos los demás lo tienen asimismo [πάντως] con arreglo a la lengua de cada uno. «El Nazareno» [Ναζαρηνός] es (el nombre) que está manifiesto en lo oculto (56₃₋₁₃).

20. Cristo encierra todo en sí mismo —ya sea «hombre», ya sea «ángel» [ἄγγελος], ya sea «misterio» [μυστήριον]—, incluso al Padre (56₁₃₋₁₅).

21. Los que dicen que el Señor primero murió y (luego) resucitó, se engañan [πλανᾶν]; pues primero resucitó y (luego) murió. Si uno no consigue primero la resurrección [ἀνάστασις], <no> morirá; (tan verdad como que) Dios vive, éste [morirá] (56₁₅₋₂₀).

22. Nadie esconde un objeto [πράγμα] grande y precioso en un gran recipiente, sino que muchas veces se guardan tesoros sin cuento en un cofre que no vale más de un maravedí [ἀσσάριον]. Esto ocurre con el alma [ψυχή]: es un objeto precioso (y) ha venido a caer en un cuerpo [σῶμα] despreciable (56₂₀₋₂₆).

23. Hay quienes tienen miedo de resucitar desnudos y por eso quieren resucitar en carne [σάρξ]: éstos no saben que los que están revestidos [φορεῖν] de carne son los desnudos. Aquellos que [osan] desnudarse son precisamente [los que] no están desnudos. «Ni la carne [ni la sangre] heredarán [κληρονομεῖν] el Reino [de Dios]». ¿Cuál es la (carne) que no va a heredar? La que llevamos encima. ¿Y cuál es, por el contrario, la que va a heredar? La (carne) de Jesús y su sangre. Por eso dijo Él: «El que no come mi carne y bebe mi sangre, no tiene vida en sí». Y ¿qué es esto? Su carne es el Logos [Λόγος] y su sangre es el Espíritu [πνεῦμα] Santo. Quien ha recibido estas cosas tiene alimento [τροφή], bebida y vestido.

Yo recrimino a los otros que afirman que (la carne) no va a resucitar, pues ambos yerran. Tú dices que la carne no resucitará. Entonces dime: ¿qué es lo que va a resucitar?, para que podamos hacerte los honores. Tú dices que el espíritu (está) dentro de la carne y que también esta luz está dentro de la carne. Mas el Logos [Λόγος] es eso otro que asimismo está dentro de la carne, pues —cualquiera de las cosas a que te refieras— (nada podrás aducir) que se encuentre fuera del recinto de la carne. Es, pues, necesario resucitar en esta carne, ya que en ella está todo contenido (56₂₆₋₅₇₁₉).

24. En este mundo [κόσμος], aquellos que se ponen un vestido valen más que el propio vestido. En el reino de los cielos valen más (sin embargo) los vestidos que quienes se los han puesto por agua y fuego, que purifican todo el lugar (57₁₉₋₂₄).

25. Los que están manifiestos (lo son) gracias a los que están manifiestos y los que están ocultos (lo son) por los que están ocultos. Hay quienes (se mantienen) ocultos gracias a los que están manifiestos. Hay agua en el agua y fuego en la unción [χρῖσμα] (57₂₄₋₂₈).

26. Jesús los llevó a todos a escondidas, pues no se manifestó como era (de verdad), sino de manera que pudiera ser visto. Así se apareció [...] a los grandes como grande, a los pequeños como pequeño, a los ángeles como ángel [ἄγγελος] y a los hombres como hombre. Por ello su Logos [Λόγος] se mantuvo oculto a todos. Algunos le vieron y creyeron que se veían a sí mismos; mas cuando se manifestó gloriosamente a sus discípulos [μαθητής] sobre la montaña, no era pequeño: se había hecho grande e hizo grandes a sus discípulos para que estuvieran en condiciones de verle grande (a Él mismo). Y dijo aquel día en la acción de gracias [εὐχαριστία]: «Tú que has unido al perfecto [τέλειος] (y) a la luz con el Espíritu [πνεῦμα] Santo, une también a los ángeles con nosotros, con las imágenes [εἰκών]» (57₂₈₋₅₈₁₄).

27. No despreciéis [καταφρονεῖν] al Cordero, pues sin él no es posible ver al rey. Nadie podrá ponerse en camino hacia el rey estando desnudo (58₁₄₋₁₇).

28. Más numerosos son los hijos del hombre celestial que los del hombre terrenal. Si los hijos de Adán son numerosos —a pesar de ser mortales—, ¡cuánto más los hijos del hombre perfecto [τέλειος], que no mueren, sino que son engendrados ininterrumpidamente! (58₁₇₋₂₂).

29. El padre hace un hijo y el hijo no tiene posibilidad de hacer a su vez un hijo: pues quien ha sido engendrado no puede engendrar por su parte, sino que el hijo se procura hermanos, pero no hijos (58₂₂₋₂₆).

30. Todos los que son engendrados en el mundo [κόσμος] son engendrados por la naturaleza [φύσις], el resto por [el espíritu]. Los que son engendrados por éste [dan gritos] al hombre desde aquí abajo [para ...] de la promesa [...] de arriba (58₂₆₋₃₂).

31. [El que ...] por la boca; [si] el Logos hubiera salido de allí, se alimentaría por la boca y sería perfecto [τέλειος]. Los perfectos son fecundados por un beso y engendran. Por eso nos besamos nosotros también unos a otros (y) recibimos la fecundación por la gracia [χάρις] que nos es común (58₃₃₋₅₉₆).

32. Tres (eran las que) caminaban continuamente con el Señor: su madre María, la hermana de ésta y Magdalena, a quien se designa

como su compañera [κοινωνός]. María es, en efecto, su hermana, su madre y su compañera (59₆₋₁₁).

33. «Padre» e «Hijo» son nombres simples [ἀπλοῦν]; «Espíritu [πνεῦμα] Santo» es un nombre compuesto [διπλοῦν]. Aquéllos se encuentran de hecho en todas partes: arriba, abajo, en lo secreto y en lo manifiesto. El Espíritu Santo está en lo revelado, abajo, en lo secreto, arriba (59₁₁₋₁₈).

34. Las Potencias [δύναμις] malignas [πονηρόν] están al servicio de los santos, después de haber sido reducidas a ceguera por el Espíritu Santo para que crean que están sirviendo [ὑπηρετεῖν] a un hombre, siendo así que están operando en favor de los santos. Por eso —(cuando) un día un discípulo [μαθητής] le pidió [αἰτεῖν] al Señor una cosa del mundo [κόσμος]— Él le dijo: «Píde(selo) a tu madre y ella te hará partícipe de las cosas ajenas [ἄλλοτριον]» (59₁₈₋₂₇).

35. Los apóstoles [ἀπόστολος] dijeron a los discípulos [μαθητής]: «que toda nuestra ofrenda [προσφορά] se procure sal a sí misma». Ellos llamaban «sal» a [la Sofía], (pues) sin ella ninguna ofrenda [es] aceptable (59₂₇₋₃₁).

36. La Sofía es estéril [στεῖρ(α)], [sin] hijo(s); por eso se la llama [también] «sal». El lugar en que aquéllos [...] a su manera [es] el Espíritu Santo; [por esto (?)] son numerosos sus hijos (59₃₁₋₆₀₁).

37. Lo que el padre posee le pertenece al hijo, pero mientras éste es pequeño no se le confía [πιστεύειν] lo que es suyo. Cuando se hace hombre, entonces le da el padre todo lo que posee (60₁₋₆).

38. Cuando los engendrados por el espíritu [πνεῦμα] yerran, yerran también por él. Por la misma razón un idéntico soplo atiza el fuego y lo apaga (60₆₋₉).

39. Una cosa es «Echamoth» y otra es «Echmoth». Echamoth es la Sofía por antonomasia [ἀπλῶς], mientras que Echmoth es la Sofía de la muerte, aquella que conoce la muerte, a la que llaman «Sofía la pequeña» (60₁₀₋₁₅).

40. Hay animales [θηρίον] que viven sometidos [ὑποτάσσειν] al hombre, tales como las vacas, el asno y otros parecidos. Hay otros, sin embargo, que no se someten y viven solos en parajes desiertos [έρημία]. El hombre ara el campo con animales domesticados y así se alimenta a sí mismo y a los animales, tanto a los que se someten como a los que no se someten. Lo mismo pasa con el hombre perfecto [τέλειος]: con (la ayuda de las) Potencias [δύναμις] que le son dóciles ara (y) cuida de que todos subsistan. Por esto se mantiene en pie todo el lugar, ya se trate de los buenos, de los malos, de los que

están a la derecha o de los que están a la izquierda. El Espíritu [πνεῦμα] Santo apacienta a todos y ejerce su dominio [ἄρχειν] sobre [todas] las Potencias, lo mismo sobre las dóciles que sobre las [indó-ciles] y solitarias, pues él [...] las recluye para que [...] cuando quieran (60₁₅₋₃₄).

41. [Si Adán] fue creado [πλάσσειν] [...], estarás de acuerdo en que sus hijos son obras [πλάσμα] nobles [εὐγενῆς]. Si él no hubiera sido creado, sino engendrado, estarías también de acuerdo en que su posteridad [σπέρμα] es noble. Ahora bien, él fue creado y engendró (a su vez). ¡Qué nobleza [εὐγένεια] supone esto! (60₃₄₋₆₁₅).

42. Primero hubo adulterio y luego (vino) el asesino engendrado de adulterio, pues era el hijo de la serpiente. Por ello vino a ser homicida como su padre y mató a su hermano. Ahora bien, toda relación sexual [κοινωνία] entre seres no semejantes entre sí es adulterio (61₅₋₁₂).

43. Dios es tintorero. Así como el buen tinte —que llaman «auténtico» [ἀληθινόν]— desaparece (sólo) con las cosas que con él han sido teñidas, lo mismo ocurre con aquellos a quienes Dios ha teñido: puesto que su tinte es imperecedero, gracias a él resultan ellos mismos inmortales. Ahora bien, Dios bautiza a los que bautiza [βαπτίζειν] con agua (61₁₂₋₂₀).

44. Ninguno puede ver a nadie de los que son estables de no ser que él mismo se asimile a ellos. Con la verdad no ocurre lo mismo que con el hombre mientras se encuentra en este mundo [κόσμος], que ve el sol sin ser el sol y contempla el cielo y la tierra y todas las demás cosas sin ser ellas mismas. Tú, en cambio, viste algo de aquel lugar y te convertiste en aquellas cosas (que habías visto): viste al espíritu [πνεῦμα] y te hiciste espíritu; [viste a] Cristo y te hiciste Cristo; viste [al Padre] y te harás padre. Por eso tú [aquel] ves todas las cosas y no [te ves] a ti mismo; pero [allí] sí te verás, pues [llegarás a ser] lo que estás viendo (61₂₀₋₃₅).

45. La fe [πίστις] recibe, el amor [ἀγάπη] da. [Nadie puede recibir] sin la fe; nadie puede dar sin amor. Por eso creemos [πιστεύειν] nosotros, para poder recibir; pero para poder dar de verdad (hemos de amar también); pues si uno da, pero no por amor, no saca utilidad [ώφελεια] alguna de lo que ha dado (61₃₆₋₆₂₅).

46. Aquel que no ha recibido al Señor es todavía un hebreo [έβραιος] (62₅₋₆).

47. Los apóstoles [ἀπόστολος] antes de nosotros (le) llamaron así: «Jesús el Nazareno [Ναζωραῖος], Mesías», que quiere decir: «Je-

sús el Nazareno, el Cristo». El último nombre es «el Cristo», el primero «Jesús», el de en medio «el Nazareno». «Mesías» tiene un doble significado [σημασία]: «el Cristo» y «el Medido». «Jesús» en hebreo es la «Redención», «Nazareno» es la «Verdad» [ἀλήθεια]. «El Nazareno» es, pues, la «Verdad». El Cristo ha sido medido: «el Nazareno» y «Jesús» son los que han sido medidos (62₆₋₁₇).

48. Si se arroja la perla [μαργαρίτης] a la basura [βόρβορον], no por ello pierde su valor. Tampoco se hace más preciosa al ser tratada con ungüento de bálsamo [όποβάλσαμον], sino que a los ojos de su propietario conserva siempre su valor. Esto mismo ocurre con los hijos de Dios dondequiera que estén, pues conservan (siempre) su valor a los ojos del Padre (62₁₇₋₂₆).

49. Si dices «soy judío», nadie se preocupará; si dices «soy romano», nadie se inquietará [ταράσσειν]; si dices «soy griego, bárbaro, esclavo o libre [[έλευθερος]], nadie se perturbará. [Pero si dices] «soy cristiano [χριστιανός]», [todo el mundo] se echará a temblar. ¡Ojalá pueda yo [γένοι(το) [...] este signo que [...] no son capaces de soportar [...] esta denominación! (62₂₆₋₃₅).

50. Dios es antropófago, por eso se le [ofrece] al hombre [en sacrificio]. Antes de que fuera inmolado el hombre se inmolaban bestias [θηρίον], pues no eran dioses aquellos a quienes se hacían sacrificios (62₃₅₋₆₃₄).

51. Tanto las vasijas [-σκεῦος] de vidrio como las de arcilla se construyen a base de fuego. Las de vidrio pueden remodelarse si se rompen, pues ha sido por un soplo [πνεῦμα] por lo que han llegado a ser. Las de arcilla, en cambio —de romperse—, quedan destruidas (definitivamente), pues no ha intervenido ningún soplo en su construcción (63₅₋₁₁).

52. Un asno, dando vueltas alrededor de una rueda de molino, caminó 100 millas [μίλος] y cuando lo desuncieron se encontraba aún en el mismo lugar. Hay hombres que hacen mucho camino sin adelantar [προκόπτειν] un paso en dirección alguna. Al verse sorprendidos por el crepúsculo no han divisado ciudades [πόλις], ni aldeas [κώμη], ni creación [κτίσις], ni naturaleza [φύσις], ni potencia [δύναμις] o ángel. ¡En vano se han esforzado los pobres [ταλαιπωρος]! (63₁₁₋₂₁).

53. La Eucaristía [εὐχαριστία] es Jesús, pues a éste se le llama en siríaco «Pharisata», que quiere decir «aquel que está extendido». Jesús vino, en efecto, a crucificar [σταυροῦν] el mundo [κόσμος] (63₂₁₋₂₄).

54. El Señor fue a la tintorería de Leví, tomó 72 colores [χρώμα] y los echó en la tinaja. Luego los sacó todos teñidos de blanco y dijo: «Así es como los ha tomado el hijo <del Hijo> del hombre [...]» (63₂₅₋₃₀).

55. La Sofía —a quien llaman «la estéril [στείρα]»— es la madre de los ángeles [(ἄγγ)ελος]; la compañera [κοινωνός] [de Cristo es María] Magdalena. [El Señor amaba a María] más que a [todos] los discípulos [μαθήτης] (y) la besó [ἀσπάζειν] en la [boca repetidas] veces. Los demás [...] le dijeron: «¿Por qué [la quieres] más que a todos nosotros?» El Salvador [Σωτήρ] respondió y les dijo: «A qué se debe el que no os quiera a vosotros tanto como a ella?» (63₃₀₋₆₄₅).

56. Un ciego y un vidente —si ambos se encuentran a oscuras— no se distinguen uno de otro; mas cuando llegue la luz, el vidente verá la luz, mientras que el ciego permanecerá en la oscuridad (64₅₋₉).

57. Dijo el Señor: «Bienaventurado [μακάριος] es el que existe antes de llegar a ser, pues el que existe existía y existirá» (64₉₋₁₂).

58. La superioridad del hombre no es patente, sino oculta. Por eso domina las bestias [θηρίον] que son más fuertes que él y de gran tamaño —tanto en apariencia como realmente— y les proporciona su sustento. Mas cuando se separa de ellas, éstas se matan unas a otras y se muerden hasta devorarse mutuamente por no hallar qué comer [τροφή]. Mas ahora —una vez que el hombre ha trabajado la tierra— han encontrado su sustento (64₁₂₋₂₂).

59. Si alguien —después de bajar a las aguas— sale de ellas sin haber recibido nada y dice «soy cristiano [χριστιανός]», este nombre lo ha recibido (sólo) en préstamo. Mas si recibe al Espíritu Santo, queda en posesión de (dicho) nombre a título de donación [δώρεά]. A quien ha recibido un regalo nadie se lo quita, pero a quien se le da un préstamo, se le reclama (64₂₂₋₂₉).

60. Lo mismo ocurre cuando uno ha sido [...] en un misterio [μ(υ)στήριο(v)]. El misterio del matrimonio [γάμος] [es] grande, pues [sin él] el mundo [κόσμος] no existiría. La consistencia [(σύ)στασις] [del mundo depende del hombre], la consistencia [del hombre depende del] matrimonio. Reparad [νοεῖν] en la unión [κοινωνία] [sin mancha], pues tiene [un gran] poder [(δύναμις]. Su imagen [εἰκόνη] radica en la polución [corporal] (64₂₉₋₆₅₁).

61. Entre los espíritus [πνεῦμα] impuros [ἀκάθαρτον] los hay machos y hembras. Los machos son aquellos que copulan [κοινωνεῖν] con las almas [ψυχή] que están alojadas [πολιτεύεσθαι]

en una figura [σχῆμα] femenina. Las hembras, al contrario, son aquellas que se encuentran unidas con los que están alojados en una figura masculina por culpa de un desobediente. Y nadie podrá huir de estos (espíritus) si se apoderan de uno, de no ser que se esté dotado simultáneamente de una fuerza masculina y de otra femenina —esto es, esposo [νυμφίος] y esposa [νύμφη]— provenientes de la cámara nupcial [νυμφών] en imagen [εἰκωνικός]. Cuando las mujeres necias descubren a un hombre solitario se lanzan sobre él, bromean con él (y) lo manchan. Lo mismo ocurre con los hombres necios: si descubren a una mujer hermosa que vive sola, procuran insinuarse [πειθεῖν] e incluso forzarla [βιάζειν] con el fin de violarla. Pero si ven que hombre y mujer viven juntos, ni las hembras podrán acercarse al macho ni los machos a la hembra. Lo mismo ocurre si la imagen [εἰκόνη] y el ángel [(ἄ)γγελος] están unidos entre sí: tampoco se atreverá nadie a acercarse al hombre o a la mujer.

Aquel que sale del mundo [κόσμος] no puede caer preso por la sencilla razón de que (ya) estuvo en el mundo. Está claro que éste es superior a la concupiscencia [ἐπιθυμία] [...] y al] miedo; es señor de sus [...] y más frecuente que los celos. Mas si [se trata de...], lo prenden y lo sofocan, y ¿cómo podrá [éstos] huir de [...] y estar en condiciones de [...]? [Con frecuencia vienen] algunos [y dicen] «nosotros somos creyentes [πιστός]» (a fin de escapar de... y) demonios [δαιμόνιον]. Si éstos hubieran estado en posesión del Espíritu Santo, no se les habría adherido [κολλᾶν] ningún espíritu inmundo [(ἀ)κάθαρτον] (65₁₋₆₆₄).

62. No tengas miedo de la carne [σάρξ] ni la ames: si la temes se enseñoreará de ti, si la amas te devorará y te entumecerá (66₄₋₆).

63. O se está en este mundo [κόσμος] o en la resurrección [ἀνάστασις] o en lugares [tópic] intermedios. ¡Quiera Dios que a mí no me encuentren en éstos! En este mundo hay cosas buenas y cosas malas: las cosas buenas no son las buenas y las malas no son las malas. Pero hay algo malo después de este mundo que es en verdad malo y que llaman el «Intermedio» [μεσότης], es decir, la muerte. Mientras estamos en este mundo es conveniente que nos esforcemos por conseguir la resurrección para que —una vez que depongamos la carne [σάρξ]— nos hallemos en el descanso [ἀνάπαυσις] y no tengamos que ir errando en el «Intermedio». Muchos de hecho yerran [πλανᾶσθαι] el camino. Es, pues, conveniente salir del mundo antes de que el hombre haya pecado (66₇₋₂₃).

64. Algunos ni quieren ni pueden, otros —aunque quieran— no les sirve de nada, por no haber obrado. De manera que un (simple) «querer» los hace pecadores, lo mismo que un «no querer». La Justicia [δικαιοσύνη] se esconderá de ambos. El «querer» [es...], el «obrar» no (66₂₃₋₂₉).

65. Un discípulo de los apóstoles [ἀπόστολος] vio en una visión [(ō)π(τ)ασία] algunas (personas) encerradas en una casa en llamas, encadenadas [con grillos] de fuego y arrojadas [en un mar] de fuego. [Y decían...] agua sobre [...]. Mas (éstos) replicaban que —muy en contra de su voluntad— [no] estaban en condiciones de salvar(las). Ellos recibieron [la muerte como] castigo [κόλασις], aquella que llaman «tiniebla [exterior]» por [tener su origen] en el agua y en el fuego (66_{29-67.2}).

66. El [alma] y el espíritu [πνεῦμα] han llegado a la existencia partiendo de agua, fuego y luz (por mediación) del hijo de la cámara nupcial [νυμφών]. El fuego es la unción [χρῖσμα], la luz es el fuego; no estoy hablando de este fuego que no posee forma [μορφή] alguna, sino del otro cuya forma es de color blanco, que es refulgente y hermoso e irradia (a su vez) hermosura (67₂₋₉).

67. La verdad [ἀλήθεια] no ha venido desnuda a este mundo, sino envuelta en símbolos [τύπος] e imágenes [εἰκών], ya que ésta no podrá recibirla de otra manera. Hay una regeneración y una imagen de regeneración. Es en verdad [ἀληθώς] necesario que se renazca a través de la imagen. ¿Qué es la resurrección [ἀνάστασις]? Es preciso que la imagen resucite por la imagen; es preciso que la cámara nupcial y la imagen a través de la imagen entren en la verdad que es la restauración final [ἀποκατάστασις]. Es conveniente (todo esto) para aquellos que no sólo reciben, sino que han hecho suyo por méritos propios el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Si uno no los obtiene por sí mismo, aun el mismo nombre le será arrebata- do. Ahora bien, estos nombres se confieren en la unción [(χρῖσμα] con el bálsamo de la fuerza [δύναμις] [...] que los apóstoles [ἀπόστολος] llamaban «da derecha» y «da izquierda». Pues bien, uno así no es ya un (simple) cristiano [(χριστι)ανός], sino un Cristo [Χριστός] (67₉₋₂₇).

68. El Señor [realizó] todo en un misterio [μυστήριον]: un bautismo [βά(πτ)ισμα], una unción [χρῖσμα], una eucaristía [εὐχα-ριστία], una redención y una cámara nupcial [νυμφών] (67₂₇₋₃₀).

69. [El Señor] dijo: «Yo he venido a hacer [las cosas inferiores] como las superiores [y las externas] como las [internas, para unirlas]

a todas en el lugar». [Él se manifestó aquí] a través de símbolos [τύπος] [...]. Aquellos, pues, que dicen: «[...] hay quien está encima [...]», se equivocan [(πλα)νᾶσθαι], [pues] el que se manifiesta [...] es el que llaman «de abajo» y el que posee lo oculto está encima de él. Con razón, pues, se habla de la «parte interior» y de «la exterior» y de «la que está fuera de la exterior». Y así denominaba el Señor a la perdición «tiniebla exterior, fuera de la cual no hay nada». Él dijo: «Mi Padre que está escondido», y también: «Entra en tu habitación [ταμεῖον], cierra la puerta y haz oración a tu Padre que está en lo escondido», esto es, «el que está en el interior de todos ellos». Ahora bien, lo que está dentro de ellos es el Pleroma [πλήρωμα]: más interior que él no hay nada. Éste es precisamente aquel de quien se dice: «está por encima de ellos» (67_{30-68.17}).

70. Antes de Cristo salieron algunos del lugar donde no habían de volver a entrar y entraron en el lugar de donde no habían de volver a salir. Pero Cristo, con su venida, sacó fuera a aquellos que habían entrado y metió dentro a aquellos que habían salido (68₁₇₋₂₂).

71. Mientras Eva estaba [dentro de Adán] no existía la muerte, mas cuando se separó [de él] sobrevino la muerte. Cuando ésta retoñe y él la acepte, dejará de existir la muerte (68₂₃₋₂₆).

72. «Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué, Señor, me has abandonado?» Esto dijo Él sobre la cruz [σταύρος] después de separar este lugar [de todo lo que] había sido engendrado por [...] a través de Dios. [El Señor resucitó] de entre los muertos [...]. Mas [su cuerpo] era perfecto [τέλειον]: [tenía sí] una carne [σάρξ], pero ésta [era una carne] de verdad [ἀληθινή]. [Nuestra carne al contrario] no es auténtica, [sino] una imagen [εἰκών] de la verdadera (68₂₆₋₃₇).

73. La cámara nupcial [παστός] no está hecha para las bestias [β(η)ρίον], ni para los esclavos, ni para las mujeres mancilladas, sino para los hombres libres [έλευθερος] y para las vírgenes [παρθένος] (69₁₋₄).

74. Nosotros somos —es verdad— engendrados por el Espíritu Santo, pero reengendrados por Cristo. En ambos (casos) somos asimismo ungidos por el espíritu, y —al ser engendrados— hemos sido también unidos (69₄₋₈).

75. Sin luz nadie podrá contemplarse a sí mismo, ni en una superficie de agua ni en un espejo; pero si no tienes agua o espejo —aun teniendo luz—, tampoco podrás contemplarte. Por ello es preciso bautizarse [βαπτίζειν] con dos cosas: con la luz y con el agua. Ahora bien, la luz es la unción [χρῖσμα] (69₈₋₁₄).

76. Tres eran los lugares en que se hacían ofrendas [προσφορά] en Jerusalén: uno que se abría hacia el Poniente, llamado el «Santo»; otro abierto hacia el Mediodía, llamado el «Santo del Santo», y el tercero abierto hacia el Oriente, llamado el «Santo de los Santos», donde sólo podía entrar el Sumo Sacerdote [ἀρχιερε(ῦ)ς]. El bautismo [βάπτισμα] es el «Santo», [la redención] es el «Santo del Santo», mientras que la cámara nupcial [νυμφών] es el «[Santo] de los Santos». [El bautismo] trae consigo la resurrección [ἀνάστασ(ις)] [y la] redención, mientras que ésta se realiza en la cámara nupcial. Mas la cámara nupcial se encuentra en la cúspide [de ...]. Tú no serás capaz de encontrar [...] aquellos que hacen oración [...] Jerusalén [...] Jerusalén [...]. Jerusalén [...] llamada «Santo de los Santos» [...] el velo [...] la cámara nupcial [παστός], sino la imagen [εἰκών] [...]. Su velo [καταπέτασμα] se rasgó de arriba abajo, pues era preciso que algunos subieran de abajo arriba (69₁₄-70₄).

77. Aquellos que se han vestido de la luz perfecta [τέλειον] no pueden ser vistos por las Potencias [δύναμις] ni detenidos por ellas. Ahora bien, uno puede revestirse de esta luz en el sacramento [μυστήριον], en la unión (70₅₋₉).

78. Si la mujer no se hubiera separado del hombre, no habría muerto con él. Su separación vino a ser el comienzo [ἀρχή] de la muerte. Por eso vino Cristo, para anular la separación que existía desde el principio, para unir a ambos y para dar la vida a aquellos que habían muerto en la separación y unirlos de nuevo (70₁₀₋₁₈).

79. Pues bien, la mujer se une con su marido en la cámara nupcial [παστός] y todos aquellos que se han unido en dicha cámara no volverán a separarse. Por eso se separó Eva de Adán, porque no se había unido con él en la cámara nupcial (70₁₈₋₂₂).

80. El alma [ψυχή] de Adán llegó a la existencia por un soplo. Su cónyuge es el [espíritu; el espíritu] que le fue dado es su madre [y con] el alma le fue otorgado [...] en su lugar. Al unirse [pronunció] unas palabras que son superiores a las Potencias [δύνα(μις)]. Éstas le tomaron envidia [βασκάνειν] [...] unión espiritual [πνευμα(τικόν)] [...] (70₂₂₋₃₄).

81. Jesús manifestó [su gloria en el] Jordán. La plenitud [πλή(ρωμα)] del reino de los cielos, que [preexistía] al Todo, nació allí de nuevo. El que antes [había sido] ungido, fue ungido de nuevo. El que había sido redimido, redimió a su vez (70₃₄-71₃).

82. Digamos —si es permitido— un secreto [μυστήριον]: el Padre del Todo se unió con la virgen [παρθένος] que había descendido

y un fuego le iluminó aquel día. Él dio a conocer la gran cámara nupcial [παστός], y por eso su cuerpo [σῶμα] —que tuvo origen aquel día— salió de la cámara nupcial como uno que ha sido engendrado por el esposo [νυμφίος] y la esposa [νύμφη]. Y asimismo gracias a éstos enderezó Jesús el Todo en ella, siendo preciso que todos y cada uno de sus discípulos [μαθητής] entren en su lugar de reposo [ἀνάπαυσις] (71₃₋₁₅).

83. Adán debe su origen a dos vírgenes [παρθένος]: esto es, al Espíritu [πνεῦμα] y a la tierra virgen. Por eso nació Cristo de una Virgen, para reparar la caída que tuvo lugar al principio (71₁₆₋₂₁).

84. Dos árboles hay en el [centro del] paraíso: el uno produce [animales] y el otro hombres. Adán [comió] del árbol que producía animales [θηρί(ον)] y se convirtió él mismo en animal y engendró animales. Por eso adoran [σέβεσθαι] los [hijos] de Adán [a los animales]. El árbol [cuyo] fruto [καρπός] [comió Adán] es [el árbol del conocimiento]. [Por] eso se multiplicaron [los pecados]. [Si él hubiera] comido [el fruto del otro árbol, es decir, el] fruto del [árbol de la vida, que] produce hombres, [entonces adorarían los dioses] al hombre. Dios hizo [al hombre y] el hombre hizo a Dios (71₂₂₋₇₂₁).

85. Así ocurre también en el mundo [κόσμος]: los [hombres] elaboran dioses y adoran la obra de sus manos. Sería conveniente que fueran más bien los dioses los que venerasen a los hombres como corresponde a la verdad [ἀλήθεια] (72₁₋₅).

86. Las obras del hombre provienen de su potencia [δύναμις]; por eso se las llama las «Potencias». Obras suyas son asimismo sus hijos, provenientes de un reposo [ἀνάπαυσις]. Por eso radica [πολιτεύεσθαι] su potencia en sus obras, mientras que el reposo se manifiesta en los hijos. Y estarás de acuerdo en que esto atañe hasta la (misma) imagen [εἰκών]. Así pues, aquél es un hombre modelo [εἰκονικός], que realiza sus obras por su fuerza, pero engendra sus hijos en el reposo (72₅₋₁₇).

87. En este mundo [κόσμος] los esclavos sirven [ὑπηρετεῖν] a los libres [έλευθερος]; en el reino de los cielos servirán [διακον(εῖν)] los libres a los esclavos (y) los hijos de la cámara nupcial [νυμφών] a los hijos del matrimonio [γά(μος)]. Los hijos de la cámara nupcial tienen un nombre [...]. El reposo [es común] a ambos: no tienen necesidad [χρεία] de [...] (72₁₇₋₂₄).

88. La contemplación [θεωρία] [...] (72₂₅₋₃₀).

89. [...] Cristo] bajó al agua [...] para redimirle; [...] aquellos que Él ha [...] por su nombre. Pues Él dijo: «[Es conveniente] que cumplamos todo aquello que es justo [δικαιοσύνη]» (72₃₀₋₇₃₁).

90. Los que afirman: «Primero hay que morir y (luego) resucitar», se engañan [πλανάσθαι]. Si uno no recibe primero la resurrección [ἀνάστασις] en vida, tampoco recibirá nada al morir. En estos términos se expresan también acerca del bautismo [βάπτισμα], diciendo: «Gran cosa es el bautismo, pues quien lo recibe, vivirá» (73₁₋₈).

91. El apóstol [ἀπόστολος] Felipe dijo: «José el carpintero plantó un vivero [παράδεισος], pues necesitaba [-χρεια] madera para su oficio [τέχνη]. Él fue quien construyó la cruz [σταυρός] con los árboles que había plantado. Su semilla quedó colgada de lo que había plantado. Su semilla era Jesús, y la cruz el árbol» (73₈₋₁₅).

92. Pero el árbol de la vida está en el centro del paraíso [παράδεισος] y también el olivo, del que procede el óleo [χρῖσμα], gracias al cual (nos ha llegado) la resurrección [ἀνάστασις] (73₁₅₋₁₉).

93. Este mundo [κόσμος] es necrófago: todo lo que en él se come [se ama también]. La verdad [ἀλήθεια], en cambio, se nutre de la vida (misma), [por eso] ninguno de los que [de ella] se alimentan morirá. Jesús vino [del otro] lado y trajo alimento [τροφή] [de allí]. A los que lo deseaban dio Él [vida para que] no murieran (73₂₀₋₂₇).

94. [Dios plantó un] paraíso [παράδεισος]; el hombre [vivió en él] paraíso [...]. Este paraíso [es el lugar donde] se me dirá: «[Hombre, come de] esto o no comas [de esto, según tu] antojo». Éste es el lugar donde yo comeré de todo, ya que allí se encuentra el árbol del conocimiento [γνώσις]. Éste causó (allí) la muerte de Adán y dio, en cambio, aquí vida a los hombres. La ley [νόμος] era el árbol: éste tiene la propiedad de facilitar el conocimiento del bien y del mal, pero ni le alejó (al hombre) del mal ni le confirmó en el bien, sino que trajo consigo la muerte a todos aquellos que de él comieron; pues al decir: «Comed esto, no comáis esto», se transformó en principio [ἀρχή] de la muerte (73₂₇₋₇₄₁₂).

95. La unción [χρίσμα] es superior al bautismo [βάπτισμα], pues es por la unción por la que hemos recibido el nombre de cristianos, no por el bautismo. También a Cristo se le llamó (así) por la unción, pues el Padre ungíó al Hijo, el Hijo a los apóstoles [ἀπόστολος] y éstos nos ungieron a nosotros. El que ha recibido la unción está en posesión del Todo: de la resurrección [ἀνάστασις], de la luz, de la cruz [σταυρός] y del Espíritu Santo. El Padre le otorgó todo esto en la cámara nupcial [νυφών], Él (lo) recibió (74₁₂₋₂₂).

96. El Padre puso su morada en el [Hijo] y el Hijo en el Padre: esto es [el] reino de los cielos (74₂₂₋₂₄).

97. Con razón [καλῶς] dijo el Señor: «Algunos entraron sonriendo en el reino de los cielos y salieron [...]. Un cristiano [...] e inmediatamente [descendió] al agua y subió [siendo señor del] Todo; [no] porque [pensaba que] era una broma [(π)αίγνιον], sino [porque] despreciaba [(καταφ)ρονεῖν] esto [como indigno del] reino de [los cielos]. Si [lo] desprecia y lo toma a broma, [saldrá de allí] riendo (74₂₄₋₃₆).

98. Lo mismo ocurre con el pan, el cáliz [ποτήριον] y el óleo, si bien hay otro (misterio) que es superior a esto (74₃₆₋₇₅₂).

99. El mundo [κόσμος] fue creado por culpa de una transgresión [παράπτωμα], pues el que lo creó quería hacerlo imperecedero e inmortal [ἀθάνατος], pero cayó y no pudo realizar sus aspiraciones [ἐλπίς]. De hecho no había incorruptibilidad ni para el mundo ni para quien lo había creado, ya que incorruptibles no son las cosas, sino los hijos, y ninguna cosa podrá ser perdurable de no ser que se haga hijo, pues ¿cómo podrá dar el que no está en disposición de recibir? (75₂₋₁₄).

100. El cáliz [ποτήριον] de la oración contiene vino y agua, ya que sirve de símbolo [τύπος] de la sangre, sobre la que se hace la acción de gracias [εὐχαριστεῖν]. Está lleno del Espíritu Santo y pertenece al hombre enteramente perfecto [τέλειος]. Al beberlo haremos nuestro al hombre perfecto (75₁₄₋₂₁).

101. El agua es un cuerpo [σῶμα]. Es preciso que nos revistamos del hombre vivo: por eso, cuando uno se dispone a descender al agua, ha de desnudarse para poder revestirse de éste (75₂₁₋₂₅).

102. Un caballo engendra un caballo, un hombre engendra un hombre y un dios engendra un dios. Lo mismo ocurre con el esposo y [la esposa: sus hijos] tuvieron su origen en la cámara nupcial [νυφών]. No hubo judíos [que descendieran] de griegos [έ(λλην)] [mientras] estaba en vigor [la Ley. Nosotros, en cambio, descendemos de] judíos [a pesar de ser] cristianos [χριστιανός] [...]. Éstos fueron llamados [...] «pueblo [γένος] escogido» de [...] y «hombre verdadero [ἀληθινός]» e «Hijo del hombre» y «simiente [σπέρμα] del Hijo del hombre». Ésta es la que llaman [όνομάζειν] en el mundo [κόσμος] «la raza auténtica» (75₂₅₋₇₆₄).

103. Éstos son el lugar donde se encuentran los hijos de la cámara nupcial [νυμφών]. La unión está constituida en este mundo por hombre y mujer, aposento de la fuerza y de la debilidad; en el otro mundo [αἰών] la forma de la unión es muy distinta (76₄₋₈).

104. Nosotros los denominamos así, pero hay otras denominaciones superiores a cualquiera de los nombres que pueda dárseles [όνομάζειν] y superiores a la violencia (misma). Pues allí donde hay violencia [βία] hay quienes valen más que la violencia. Los de allí no son el uno y el otro, sino que ambos son uno mismo. El de aquí es aquel que nunca podrá sobrepasar el sentido carnal [σάρξ] (76₈₋₁₇).

105. No es preciso que todos los que se encuentran en posesión del Todo se conozcan a sí mismos enteramente. Algunos de los que no se conocen a sí mismos no gozarán [ἀπολαύειν], es verdad, de las cosas que poseen. Mas los que hayan alcanzado el propio conocimiento, éstos sí que gozarán de ellas (76₁₇₋₂₂).

106. El hombre perfecto [τέλειος] no sólo no podrá ser retenido, sino que ni siquiera podrá ser visto, pues si lo vieran, lo retendrían. Nadie estará en condiciones de conseguir de otra manera esta gracia [χάρις], de [no] ser que se revista de la luz perfecta [τέλειον] y [se convierta en hombre] perfecto. Todo aquel que [se haya vestido de ella] caminará [...]: ésta es la [luz] perfecta (76₂₂₋₃₀).

107. [Es preciso] que nos hagamos [hombres perfectos] antes de que salgamos [del mundo]. Quien ha recibido el Todo [sin ser señor] de estos lugares [no] podrá [dominar en] aquel lugar, sino que [irá a parar al lugar] intermedio [μεσότης] como imperfecto. Sólo Jesús conoce el fin de éste (76₃₁₋₇₇₁).

108. El hombre santo lo es enteramente, incluso en lo que afecta a su cuerpo [σῶμα], puesto que si al recibir el pan él lo santifica —lo mismo que el cáliz [ποτήριον] o cualquiera otra cosa que recibe, él lo santifica—, ¿cómo no va a hacer santo también el cuerpo? (77₂₋₇).

109. De la misma manera que Jesús (ha hecho) perfecta el agua del bautismo [βάπτισμα], asimismo ha liquidado la muerte. Por eso nosotros descendemos —es verdad— hasta el agua, pero no bajamos hasta la muerte, para no quedar anegados en el espíritu [πνεῦμα] del mundo [κόσμος]. Cuando éste sopla hace sobrevenir el invierno, mas cuando es el Espíritu Santo el que sopla se hace verano (77₇₋₁₃).

110. Quien posee el conocimiento [γνῶσις] de la verdad es libre [ἐλεύθερος]; ahora bien, el que es libre no peca, pues quien peca es

esclavo del pecado. La madre es la verdad [ἀλήθεια], mientras que el conocimiento es el padre. Aquellos a quienes no está permitido pecar, el mundo [κόσμος] los llama libres. Aquellos a quienes no está permitido pecar, el conocimiento de la verdad eleva sus corazones, esto es, los hace libres y los pone por encima de todo el lugar. El amor [ἀγάπη], por su parte, edifica, mas el que ha sido hecho libre por el conocimiento hace de esclavo por amor hacia aquellos que todavía no llegaron a recibir la libertad del conocimiento; luego éste los capacita [ἰκανός] para hacerse libres. [El] amor [no se apropiará] nada, pues ¿cómo [va a apropiarse algo, si todo] le pertenece? No [dice «Esto es mío»] o «Aquello me pertenece a mí», [sino que dice «Esto es] tuyo» (77₁₃₋₃₅).

111. El amor espiritual [πνευματική] es vino y bálsamo. De él gozan [ἀπολαύειν] los que se dejan ungir con él, pero también aquellos que son ajenos a éstos, con tal de que los ungidos continúen (a su lado). En el momento en que los que fueron ungidos con bálsamo dejan de (ungirse) y se marchan, quedan despidiendo de nuevo mal olor los no ungidos que tan sólo [μόνον] estaban junto a ellos. El samaritano no proporcionó al herido más que vino y aceite. Esto no es otra cosa que la unción. Y (así) curó [θεραπεύειν] las heridas [πληγή], pues el amor cubre multitud de pecados (77₃₅₋₇₈₁₂).

112. Los (hijos) que da a luz una mujer se parecen a aquel que ama a ésta. Si se trata de su marido, se parecen al marido; si se trata de un adulterio, se parecen al adulterio. Sucede también con frecuencia que cuando una mujer se acuesta por necesidad con su marido —mientras su corazón está al lado del adulterio, con quien mantiene relaciones [κοινωνεῖν]— da a luz lo que tiene que dar a luz manteniendo su parecido con el amante. Mas vosotros, que estáis en compañía del Hijo de Dios, no améis al mundo [κόσμος], sino al Señor, de manera que aquellos que vayáis a engendrar no se parezcan al mundo, sino al Señor (78₁₂₋₂₅).

113. El hombre copula con el hombre, el caballo con el caballo, el asno con el asno: las especies [γένος] copulan con sus congéneres. De esta misma manera se une el espíritu [πνεῦμα] con el espíritu, el Logos con el Logos [y la luz con la luz. Si tú] te haces hombre, [es el hombre el que te] amará; si te haces [espíritu], es el espíritu [πνεῦμα] el que se unirá contigo; si te haces Logos, es el Logos el que se unirá contigo; si te haces luz, es la luz la que se unirá [κοινωνεῖν] contigo; si te haces como uno de los de arriba, son los de arriba los que vendrán a reposar sobre ti; si te haces caballo, asno, vaca, perro, oveja u

otro cualquiera de los animales que están afuera y que están abajo, no podrás ser amado ni por el hombre, ni por el espíritu, ni por el Logos, ni por la luz, ni por los de arriba, ni por los del interior. Éstos no podrán venir a reposar dentro de ti y tú no formarás parte de ellos (78₂₅₋₇₉₁₃).

114. El que es esclavo contra su voluntad podrá llegar a ser libre [ἐλεύθερος]. El que después de haber alcanzado la libertad por gracia de su señor se ha vendido a sí mismo nuevamente como esclavo, no podrá volver a ser libre (79₁₃₋₁₈).

115. La agricultura de (este) mundo [κόσμος] está basada en cuatro elementos [είδος]: se recolecta partiendo de agua, tierra, viento [πνεῦμα] y luz. Asimismo la economía de Dios depende de cuatro (elementos): fe [πίστις], esperanza [έλπις], amor [άγαπη] y conocimiento [γνῶσις]. Nuestra tierra es la fe, en la que echamos raíces; el agua es la esperanza, por la que [nos alimentamos]; el viento es el amor, por [el que] crecemos [αὔξα(v)ειν]; la luz [es] el conocimiento, por el que [maduramos] (79₁₈₋₃₀).

116. La gracia [χάρις] es [...]; el labrador son [...] por encima del cielo. Bienaventurado [(μακά)ριος] es el que no ha atribulado a un alma [ψυχή]. Éste es Jesucristo. El vino al encuentro [άπανταν] de todo el lugar sin onerar [βαρεῖν] a nadie. Por eso, dichoso es el que es así, pues es un hombre perfecto [τέλειος], ya que éste (es) el Logos (79₃₁₋₈₀₅).

117. Preguntadnos acerca de él, pues es difícil enderezarlo. ¿Cómo vamos a ser capaces de realizar [κατορθοῦν] esta gran obra? (80₅₋₈).

118. ¿Cómo va a conceder el descanso [άνάπαυσις] a todos? Ante todo, no se debe causar tristeza [λυπεῖν] a nadie, sea grande o pequeño, no creyente [άπιστος] o creyente. Luego hay que proporcionar descanso a aquellos que reposan en el bien. Hay gente a quienes aprovecha proporcionar descanso al hombre de bien [-καλῶς]. Al que practica el bien no le es posible proporcionar a éstos descanso, pues no está en su mano; pero tampoco le es posible causar tristeza, al no dar ocasión a que ellos sufran angustia [θλίβειν]. Pero el hombre de bien les causa a veces aflicción. Y no es que él lo haga adrede, sino que es su propia maldad [κακία] la que los aflige. El que dispone de la naturaleza [φύσις] (adecuada) causa gozo al que es bueno, pero algunos se aflijen a causa de esto en extremo [κακῶς] (80₈₋₂₃).

119. Un amo de casa se proveyó de todo: hijos, esclavos, [ganado], perros, cerdos, trigo, cebada, paja, heno, [huesos], carne y bellotas [βάλανος]. Era inteligente y conocía el alimento [τροφή] (adecuado) para cada cual. A los hijos les ofreció pan [ἄρτος], [aceite y carne]; a los esclavos les ofreció aceite de ricino [κί(κυ)] [y] trigo; a los animales [les echó cebada], paja y heno [χόρ(τος)]; a los perros les echó huesos; [a los cerdos] les echó bellotas y [restos de] pan. Lo mismo ocurre con el discípulo [μαθητής] de Dios: si es inteligente, comprende [αἰσθάνεσθαι] lo que es ser discípulo. Las formas [μορφή] corporales [σωματική] no serán capaces de engañarle [ἀπατᾶν], sino que se fijará en la disposición [διάθεσις] del alma de cada cual y (así) hablará con él. Hay muchos animales [θηρίον] en el mundo que tienen forma humana. Si es capaz de reconocerlos, echará bellotas a los cerdos, mientras que al ganado le echará cebada, paja y heno; a los perros les echará huesos, a los esclavos les dará (alimentos) rudimentarios, y a los hijos lo perfecto [τέλειον] (80₂₃₋₈₁₁₄).

120. Hay un Hijo del hombre y hay un hijo del Hijo del hombre. El Señor es el Hijo del hombre, y el hijo del Hijo del hombre es aquel que fue hecho por el Hijo del hombre. El Hijo del hombre recibió de Dios la facultad de crear, él tiene (también) la de engendrar (81₁₄₋₂₁).

121. Quien ha recibido la facultad de crear es una criatura, quien ha recibido la de engendrar es un engendrado. Quien crea no puede engendrar, quien engendra puede crear. Suele decirse: «Quien crea engendra», pero lo que engendra es una criatura. Por [eso] los que han sido engendrados por él no son sus hijos, sino [...]. El que crea, actúa [visiblemente] y él mismo es [visible]. El que engendra, [actúa ocultamente] y él mismo permanece oculto: [...] la imagen [εἰκών]. El que crea [lo hace] abiertamente [φανερόν], mas el que engendra [engendra] hijos ocultamente (81₂₁₋₃₄).

122. [Nadie podrá] saber nunca cuál es [el día en que el hombre] y la mujer copulan [κοινωνεῖν] —fuera de ellos mismos—, ya que las nupcias [γάμος] de (este) mundo [κόσμος] son un misterio [μυστήριον] para aquellos que han tomado mujer. Y si el matrimonio de la polución permanece oculto, ¿cuánto más constituirá el matrimonio impoluto un verdadero misterio? Éste no es carnal [σαρκικόν], sino puro; no pertenece a la pasión [έπιθυμία], sino a la voluntad; no pertenece a las tinieblas o a la noche, sino al día y a la luz. Si la unión matrimonial se efectúa al descubierto, queda reduci-

da a un acto de fornicación [πορνεία]. No sólo cuando la esposa recibe el semen de otro hombre, sino también cuando abandona su dormitorio [κοιτών] a vista (de otros), comete un acto de fornicación [πορνεύειν]. Sólo le está permitido exhibirse a su propio padre, a su madre, al amigo del esposo [νυμφίος] y a los hijos del esposo. Éstos pueden entrar todos los días en la cámara nupcial [νυμφών]. Los demás, que se contenten con el deseo aunque sólo sea de escuchar su voz y de gozar [ἀπολαύειν] de su perfume y de alimentarse de los desperdicios que caen de la mesa [τράπεζα] como los perros. Esposos y esposas pertenecen a la cámara nupcial. Nadie podrá ver al esposo y a la esposa de no ser que [él mismo] llegue a serlo (81₃₅-82₂₆).

123. Cuando a Abrahán [le fue dado] ver lo que hubo de ver, circuncidó la carne [σάρξ] del prepucio [άκροβυστία] enseñándonos (con ello) que es necesario destruir la carne [...] del mundo [(κό)σμος]. Mientras sus [pasiones están escondidas] persisten y continúan viviendo, [mas si salen a la luz] perecen [a ejemplo] del hombre visible. [Mientras] las entrañas del hombre están escondidas, está vivo el hombre; si las entrañas aparecen por fuera y salen de él, morirá el hombre. Lo mismo ocurre con el árbol: mientras su raíz está oculta, echa renuevos y (se desarrolla), mas cuando su raíz se deja ver por fuera, el árbol se seca. Lo mismo ocurre con cualquier cosa que ha llegado a ser en (este) mundo, no sólo con lo manifiesto, sino también con lo oculto: mientras la raíz del mal [κακία] está oculta, éste se mantiene fuerte; pero nada más ser descubierta, se desintegra y —no bien se ha manifestado— se desvanece. Por eso dice el Logos: «Ya está puesta el hacha [όξινη] a la raíz de los árboles». Éste no podará, (pues) lo que se poda brota de nuevo, sino que cava(rá) hasta el fondo, hasta sacar la raíz. Mas Jesús ha arrancado de cuajo la raíz de todo el lugar, mientras que otros (lo han hecho únicamente) en parte.

Por lo que se refiere a nosotros, todos y cada uno debemos socavar la raíz del mal que está en cada cual y arrancarla) enteramente del corazón. (El mal) lo erradicamos cuando lo reconocemos, pero si no nos damos cuenta de él echa raíces en nosotros y produce sus frutos [καρπός] en nuestro corazón; se enseñorea de nosotros y nos hacemos sus esclavos; nos tiene cogidos en su garra [αἰχμαλ(ωτίζειν)] para que hagamos aquello que [no] queremos y [omitimos] aquello que queremos; es poderoso porque no lo hemos reconocido y mientras [está allí] sigue actuando [ἐνέργειν]. La [ignorancia] es la madre del [...]; la ignorancia [está al servicio de...]; lo que proviene [de ella] ni existía, ni [exis-

te], ni existirá. [Mas aquellos que vienen de la verdad (?)] alcanzarán su perfección cuando toda la verdad [ἀλήθεια] se manifieste. La verdad es como la ignorancia: si está escondida, descansa [ἀναπαύειν] en sí misma; pero si se manifiesta y se la reconoce, es objeto de alabanza porque es más fuerte que la ignorancia y que el error [πλάνη]. Ella da la libertad. Ya dijo el Logos: «Si reconocéis la verdad, la verdad os hará libres». La ignorancia es esclavitud, el conocimiento [γνῶσις] es libertad [ἐλευθερία]. Si reconocemos la verdad, encontraremos los frutos de la verdad en nosotros mismos; si nos unimos a ella, nos traerá la plenitud [πλήρωμα] (82₂₆-84₁₄).

124. Ahora estamos en posesión de lo que es manifiesto dentro de la creación y decimos: «Esto es lo sólido y codiciable, mientras que lo oculto es débil y digno de desprecio». Así ocurre con el elemento manifiesto de la verdad [ἀλήθεια], que es débil y despreciable, mientras que lo oculto es lo sólido y digno de aprecio. Manifiestos están los misterios de la verdad a manera de modelos [τύπος] e imágenes [εικών], mientras que la cámara nupcial [κοιτών] —que es el Santo dentro del Santo— permanece oculta (84₁₄₋₂₃).

125. El velo [καταπέτασμα] mantenía oculta en un principio la manera como Dios gobernaba [διοικεῖν] la creación [κτίσις]; pero cuando se rasgue y aparezca lo del interior, quedará desierta [ἔρημος] esta casa o más bien será destruida [κατα(λύειν)]. Mas la divinidad en su conjunto no huirá [de] estos lugares (para irse) al Santo de los Santos, pues no podrá unirse con la [luz acisolada] ni con el Pleroma sin [mancha]. Ella [se refugiará] más bien bajo las alas de la cruz [σταυρός] [y bajo sus] brazos. El arca [κιβωτός] [les] servirá de salvación cuando el diluvio [κατακλυσμός] de agua irrumpa sobre ellos.

Los que pertenezcan al linaje [φυλή] sacerdotal podrán penetrar en la parte interior del velo con el Sumo Sacerdote. Por eso se rasgó aquél no sólo por la parte superior, pues (si no) sólo se habría abierto para los que estaban arriba; ni tampoco se rasgó únicamente por la parte inferior, pues (si no) sólo se habría mostrado a los que estaban abajo. Sino que se rasgó de arriba abajo. Las cosas de arriba nos quedaron patentes a nosotros que estamos abajo, para que podamos penetrar en lo recóndito de la verdad [ἀλήθεια]. Esto es realmente lo apreciable, lo sólido. Pero nosotros hemos de entrar allí a través de debilidades y de símbolos [τύπος] despreciables, pues no tienen valor alguno frente a la gloria perfecta. Hay una gloria por encima de la gloria y un poder por encima del poder. Por eso nos ha sido

hecho patente lo perfecto [τέλειον] y el secreto de la verdad. Y el Santo de los Santos se (nos) ha manifestado y la cámara nupcial [κοιτών] nos ha invitado a entrar.

Mientras esto permanece oculto, la maldad [κακία] está neutralizada, pero no ha sido expulsada de la simiente [σπέρμα] del Espíritu Santo, (por lo que) ellos siguen siendo esclavos de la maldad [πονηρία]. Mas cuando esto se manifieste, entonces se derramará la luz perfecta sobre todos y todos los que se encuentran en ella [recibirán] la unción [(χρῖσμα]. Entonces quedarán libres [έλευθεροις] los esclavos y los cautivos [αἰχμάλωτοις] serán redimidos (84₂₃-85₂₉).

126. [Toda] planta que [no] haya plantado mi Padre que está en los cielos [será] arrancada. Los separados serán unidos [y] colmados. Todos los que [entren] en la cámara nupcial [κοιτών] irradiarán [luz], pues ellos [no] engendran como los matrimonios [γάμος] que [...] actúan en la noche. El fuego [brilla] en la noche (y) se apaga, pero los misterios de esta boda se desarrollan de día y (a plena) luz. Este día y su fulgor no tienen ocaso (85₃₀-86₄).

127. Si uno se hace hijo de la cámara nupcial [νυμφών], recibirá la luz. Si uno no la recibe mientras se encuentra en estos parajes, tampoco la recibirá en el otro lugar. Si uno recibe dicha luz, no podrá ser visto ni detenido, y nadie podrá molestar [σκύλλειν] a uno de esta índole mientras vive [πολιτεύεσθαι] en este mundo, e incluso cuando haya salido de él, (pues) ya ha recibido la verdad en imágenes [εἰκών]. El mundo se ha convertido en eón, pues el eón es para él plenitud [πλήρωμα], y lo es de esta forma: manifestándose a él exclusivamente, no escondido en las tinieblas y en la noche, sino oculto en un día perfecto [τέλειος] y en una luz santa (86₄ 19).

EL EVANGELIO [ΕΥΑΓΓΕΛΙΟΝ] SEGUN [ΚΑΤΑ] FELIPE

ÍNDICE DE TEXTOS *

- Actas de Pilato [Acta Pilati], ver Evangelio de Nicodemo
- Actos apócrifos de los apóstoles, ver Hechos ap de los apóstoles
- Agrapha 45-53
- Anaphora, ver Relacion de Pilato
- Apocalipsis de Bartolome 285
- Apocalipsis de Juan XXIV
- Apocalipsis de Pablo XVII XXIII XXV
- Apocalipsis de Pedro XV XXIV XXV
- Apocalipsis de Tomás XXIII.
- Apócrifo de Juan XII 389
- Apócrifos asuncionistas 305 306
- Apócrifos bogomiles XXIX
- Apócrifos gnósticos de Nag Hammadi 367
- Biblioteca gnóstica de Nag Hammadi XV 41 367
- Carta de Abgaro a Jesus XXIV 358
- Carta del domingo 361-366
- Carta de Herodes a Pilato 255-256
- Carta de Jesús a Abgaro XXIV 359
- Carta de Pilato a Herodes 254-255
- Carta de Pilato a Tiberio 246
- Carta de Tiberio a Pilato 247-249
- Cod 566 NT 7 15
- Cod 1424 NT 15
- Correspondencia entre Jesús y Abgaro XV 355-359
- Declaracion de José de Arimatea 263-269.
- Decretum Gelasianum XIV XVI XX XXII-XXIV XXVIII 23 58 305 356
- Descendimiento de Cristo a los infiernos [Descensus] 205 228-245 286
- Descensus, ver Descendimiento de Cristo a los infiernos
- Diatessaron XII 17
- Divina Comedia XVII
- Doctrina de Addai 365 357
- Dormición de María, ver Apócrifos asuncionistas
- Epistola a los Alejandrinos XIX
- Epistola a los Laodicenses XIX
- Evangelio de los Adversarios de la ley y de los profetas 25
- Evangelio de Apeles 27
- Evangelio árabe de la infancia XXVII 137-165 185 389
- Evangelio árabe del Pseudo Juan XXVII
- Evangelio armenio de la infancia 185-191
- Evangelio de Bartolomé XXIII 285-301
- Evangelio de Basílides 26
- Evangelio de Bernabé XXIII XXV XXVIII
- Evangelio de los Cuatro rincones y quicios del mundo 26
- Evangelio de los Doce apóstoles XXI 16-20
- Evangelio de los Ebionitas XII 16-20
- Evangelio de los Egipcios XXI 20-23 371
- Evangelio de Eva 26
- Evangelio de Felipe XIII XX XXII 41 387-412
- Evangelio [gnóstico] de Tomás XII 7 25 29 31 32 40 41 121 369-385 387
- Evangelio de los Hebreos XI XII XVI XXIV 5-15 16 21 33 371 389
- Evangelio de la infancia según Pedro XXVII-XXVIII
- Evangelio de Judas Iscariote 26

* La base de este índice son los textos citados o reproducidos en este volumen. Para un análisis pormenorizado ver A. DI SANTOS OTI RO, *Los Evangelios apócrifos* (BAC, Madrid 1999), donde el lector dispondrá de cinco índices distintos.

Evangelio de María Magdalena 39-41
389.
Evangelio de Matías XXV 23-25.
Evangelio monofisita georgiano
XXVIII-XXIX.
Evangelio de los Nazarenos XI XII 5-15
33.
Evangelio de Nicodemo XIII XVII
205-245 389.
Evangelio de Pedro 25 195-203 389.
Evangelio de la Perfección 26.
Evangelio del Pseudo Mateo XVI
XXVII 75-108 122.
Evangelio del Pseudo Tomás XVI
XXVII 121-136 137.
Evangelio de Santiago el Mayor XXX.
Evangelio de Santiago el Menor XXIII.
Evangelio según Tomás XXII XXIII
XXV.
Evangelio de la Verdad XIII XIX 389.
Evangelio vivo 26.
Fragmento de Akhmîm, ver: Evangelio
de Pedro.
Fragmento Muratoriano XIX.
Hechos apócrifos de los apóstoles XV
XVI XX.
Hechos de Andrés XXII.
Hechos de Felipe XXIII.
Hechos de Juan XXII 41.
Hechos de Pablo XXV.
Hechos de Pablo y Tecla XXIII.
Hechos de Pedro XXIII.
Hechos de Tomás XIV XXI XXII
XXIII 121.
Historia Euthymiana 343.
Historia de José el Carpintero XV
167-184.
Historia Lausiana 137.
Historia de Santiago, ver: Protoevange-
lio de Santiago.
Homilía de Juan, arz. de Tesalónica, ver:
Libro de Juan, arz. de Tesalónica.
Interrogatio Iohannis XXIX.
Iudaikon 7 15.
Legenda aurea XVII.
Liber de infantia Salvatoris 109-117.
Libro del Descanso 324.
Libro de Henoc XV.

Libro sobre la infancia del Salvador
XXIII.
Libro de Juan, arz. de Tesalónica
323-342.
Libro de San Juan Evangelista XIII
307-322 343.
Libro sobre la Natividad del Salvador
XXIII.
Libro de Santiago, ver: Protoevangelio.
Lista de los 60 libros XXI XXV 23.
Logia de Oxyrhynchus 29-32 369 371.
Logion de Freer 46 48.
Memoria de los apóstoles [Memoria
- apostolorum] XXII 25.
Muerte de Pilato 260-263.
Nacimiento de María 26.
Narración del Pseudo José de Arimatea
343-351.
Pap. Berolinensis 8502 39.
Pap. Bodmer V 57.
Pap. Egerton 2 36-39.
Pap. El Cairo 10735 35-36.
Pap. Estrasburgo copt. 5-6 41-43.
Pap. de Fayum 35.
Pap. Manchester Ryl. III 463, ver:
Evangelio de María Magdalena.
Pap. Oxyrhynchus 1 31.
Pap. Oxyrh. 654 7 29 30.
Pap. Oxyrh. 655 32.
Pap. Oxyrh. 840 32-34.
Pap. Oxyrh. 1081 34-35.
Pap. Oxyrh. 3525 39.
Paradosis, ver: Tradición de Pilato.
Plomos del Sacro Monte XXX.
Preguntas del apóstol Bartolomé 285.
Protoevangelio de Santiago XIII XVI
XXV XXVII 26 57-73 137 167.
Relación de Pilato [Anaphora] 249-253.
Revelaciones apócrifas, ver: Apocalipsis.
Sentencia de Pilato 281-283.
Sophia Iesu Christi 34.
Speculum historiale XVII.
Stichometria de Nicéforo XXI 14.
Synopsis del Pseudo Atanasio XXV.
Synopsis scripturaræ sacrae XXI.

Tajnaja kniga XXXIX.
Testamento de Adán 185.
Tradición de Pilato [Paradosis] 257-260.
Tradiciones de Matías, ver: Evangelio
de Matías.
Tránsito de Santa María [Transitus S.
M.] XXIII 305.
Transitus del Pseudo Melitón 305 343.

Venganza del Salvador [Vindicta]
270-281.
Viajes de Juan XXV.
Viajes de Pablo XXV.
Viajes de Pedro XXII XXV.
Viajes de Tomás XXV.
Vindicta, ver: Venganza del Salvador.
Visio Pauli, ver: Apocalipsis de Pablo.